RODOLFO WALSH

Cuentos reunidos

Fundación Editorial
el perro y la rana

COLECCIÓN
los ríos profundos
serie contemporáneos

Cuentos reunidos

Fundación Editorial
el perro y la rana

© Rodolfo Walsh
© Fundación Editorial el perro y la rana, 2018 (digital)
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Compilación: Coral Pérez Gómez

Edición al cuidado de

Julio Bustamante

Milagros Carvajal

Gabriela Correa

Karen Rosa

Joyce Ortiz

Carlos Zambrano

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: DC2018000079
ISBN: 978-980-14-4109-0

La ***Colección Los ríos profundos,*** haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie ***Clásicos*** concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y ***Contemporáneos*** reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.

los ríos profundos
Contemporáneos

Rodolfo Walsh

Cuentos reunidos

Prólogo
Uno de nuestros grandes

Confío en que, con el tiempo, comprenderán que las cosas
contra las que yo lucho son cosas vergonzosas,
y que los que luchamos contra ellas somos pocos.
R. W.
Carta a su hija Victoria (1965)

En 1977, un día después de fechada su "Carta abierta de un escritor a la Junta Militar", Rodolfo Walsh fue víctima de una emboscada a manos de la última dictadura militar en Argentina (Videla: 1976-1981). Se resiste y su cuerpo queda desaparecido desde la fecha.

Entre el testimonio personal de la persecución y ajusticiamientos a peronistas y militantes de la resistencia, y el balance con cifras y datos de la labor represiva de esa dictadura a un año de instaurarse; así comienza su carta abierta:

> 1. La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años.
>
> (...)

> 2. Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de este terror.
>
> (...)

Así cierra:

> Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.

Poco tiempo antes, en 1976, en reacción a la dictadura militar de Videla, Rodolfo Walsh crea el ANCLA (Agencia de Noticias Clandestina), cuyos folletos incitan a una difusión de la información desde la base y de carácter más autónomo, lo que constituye exactamente su evangelio periodístico:

> Reproduzca esta información, hágala circular por los medios a su alcance: a mano, a máquina, a mimeógrafo, oralmente. Mande copias a sus amigos: nueve de cada diez estarán esperando. Millones quieren ser informados. El terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad. Derrote el terror. Haga circular esta información.

Como él mismo dice: "Propaganda infatigable por medios artesanales"; otra forma de resistencia que ya no es sólo la organización clandestina armada de la que formó parte antes.

Años antes había colaborado con periódicos alternativos y organizaciones de base. Luego fue director del semanario sindical *CGT* (1958), allanado en 1969. En Cuba, en 1958, es cofundador de Prensa Latina. En 1961 hace un trabajo de criptología descifrando un mensaje de la CIA en relación al ataque en Bahía de Cochinos. De esos años son sus *Crónicas de Cuba* (1969).

En Argentina se alió al peronismo de base de los sesenta, del que luego se distancia por discrepancias y del que en sus comienzos también desconfiaba, como se ve en su prólogo a *Operación masacre*. En los setenta fue miembro del movimiento obrero de los Montoneros (1970-1979), organizados en reacción ante gobiernos golpistas en contra de Perón (presidente en 1946-1955 y en 1973-1974), por lo que promovían el regreso de éste, hasta que desaparecieron con la muerte de la viuda de Perón. Con los Montoneros también establece Walsh diferencias basándose en críticas específicas.

Rodolfo Walsh es un adelantado en visión y experiencia en cuanto a la necesidad de creación de formas de organización alternativas; es decir, organizaciones clandestinas y de base como publicaciones periodísticas y agencias de información; toda vez que su militancia de esencia popular estaba enfocada en ser parte y servir a la causa de la clase obrera. Ejemplo de ello son los talleres que organizó para periodistas comunitarios. Su preocupación más central, en su hacer literario y su praxis, es la relación entre las masas y el intelectual.

Se ha dicho que él es "un periodista que se sabía orgánicamente dependiente de la clase trabajadora argentina" (Gabriel Fernández, en "Cuaderno de homenaje a Walsh"). En cuanto a la concepción de enfoque en el poder del pueblo más que en el poder en un solo líder, en la entrevista que le hizo Ricardo

Piglia y publicada en *Un oscuro día de justicia*, explica Rodolfo Walsh: "…cuando se delega en él lo que es una cosa de todos no se da el proceso, no se puede dar". Con relación a ambas, su praxis literaria y su praxis militante, dice Rodolfo Walsh en la entrevista: "Hay que convertir la novela en un vehículo subversivo". Precisamente, estando consciente de que son medios de un mismo fin, y que ese modo de escribir incluso cambia con las épocas, aludiendo al hecho de no tener que ser exactamente una literatura de denuncia de estética realista.

Sus primeros cuentos policiales fueron inspirados en el internado irlandés donde pasó parte de su infancia: "Allí se hace cristiano, pero también opositor a la Iglesia, a la Jerarquía, al Poder, al Abuso. Allí aprende a ser solidario con los abusados… y enemigo siempre de los poderosos", escribe Roberto Baschetti ("Rodolfo Walsh", 2004, publicado digitalmente). En este sentido, prosigue Baschetti, refiriéndose a la vivencia de Rodolfo Walsh, ya adulto, de la persecución peronista, con el golpe a Perón desde 1956: "Y en ese contexto Walsh toma parte por la causa de los agredidos, de los fusilados, de los sin derechos, de los perseguidos".

Tres son sus novelas, todas trascendentales: *Operación masacre* (1957); *El caso de Satanowsky* (1958), acerca de la relación entre los crímenes políticos y los medios de prensa, y *¿Quién mató a Rosendo?* (1969), cuya temática es el "vandorismo" y el sindicalismo peronista del cincuenta y cinco. Estos testimonios ficcionales, que constituyen un íntegro periodismo de investigación, dan con un nuevo método de develar una realidad. Sobre todo, parte de esa historia que no fue reflejada en los periódicos o noticias. Estas novelas de género y estilo divergente de la tradición literaria del momento recaban una acusación implícita contra la labor de los medios de comunicación de su tiempo en complicidad con hechos

políticos y represivos. Como dijo Rodolfo Walsh, la idea es ir con la visión típica de la novela ficcional burguesa, bajo la noción que la convierte en inofensiva "para que no moleste".

Con *Operación masacre*, publicada en 1957, su labor como escritor hace un giro definitivo y determinante, en tanto que comienza su militancia dentro del peronismo y su conciencia hacia la realidad del terrorismo de Estado. De *Operación masacre* dijo Rodolfo Walsh: "…cambió mi vida. Haciéndola, comprendí que además de mis perplejidades íntimas, existía un amenazante mundo exterior". Se trata del comienzo de la persecución y asesinato sistemático y clandestino de militantes políticos y peronistas en una serie de gobiernos de facto que durará hasta principios de la década de los ochenta (no sólo en Argentina, sino en otros países latinoamericanos).

En el prólogo de *Operación masacre* precisa las circunstancias subjetivas y materiales del hecho narrado: cuando escucha el comentario de que existe un sobreviviente de una ejecución sumaria en 1956 de civiles y militantes, decide reconstruir el fusilamiento clandestino. Este hecho se da a raíz de una rebelión militar en contra del gobierno de facto de Pedro Eugenio Aramburu que destituía a Perón en 1955. El fusilamiento fue luego amparado por un decreto de ley nacional, y justamente esos asesinatos son reconocidos ahora como "la semilla de la violencia de la década de los setenta".

Este ajusticiamiento fue reconstruido por Walsh con métodos de investigación criminalística y técnicas ficcionales de narrativa de vanguardia. Se considera la primera novela *non-fiction*. En este caso, se toma el término en inglés, porque se adelantaría al *New journalism* o ficción periodística, específicamente, al estadounidense Truman Capote y su novela *A sangre fría* (1966).

De su labor como editor, antólogo y traductor surgió en 1953 la primera antología de género policial en Argentina: Diez cuentos policiales, en un contexto editorial favorable para el género, y en 1956 la compilación en cuatro tomos de la *Antología del cuento extraño*; una de las mejores que existe del género.

Suele decirse que renunció a quedarse cómodo con un puesto alto en la literatura argentina. En cuanto a ese gesto de renuncia, dice Piglia en su entrevista: "No sólo privilegia la militancia sino que también, inmensamente coherente y generoso, socializa sus conocimientos apelando al bajo perfil". Es decir, ese gesto sintetiza de alguna manera su visión de una literatura para todos, y, a la vez, su visión de servir a las necesidades de la clase obrera antes que a las necesidades propias del prestigio literario.

Aunque, dicho así, podría ser una dicotomía maniquea. Mejor decir que éste es un gesto que concilia la dialéctica entre el puesto en la literatura y su militancia revolucionaria, a la vez que representa el conflicto. Este conflicto embargaría la conciencia durante gran parte de su vida, a quien, no hay que olvidarlo, firmara como "escritor" su último testamento público y de denuncia: "Carta abierta de un escritor a la Junta Militar". Respondiendo a quienes sobreponen o privilegian una a otra esas dos facetas, Piglia apunta que no hay dos Rodolfo, el militante y el intelectual sino uno "único e indivisible".

Jorge Lafforque bien lo dice, a propósito de una nueva compilación de su narrativa por Ediciones de la Flor:

> Estos textos nos permiten gozar una vez más de la prosa de ese escritor sin muchos parangones en la literatura argentina contemporánea. Un ícono alrededor del cual ha surgido más

de un malentendido, pero frente a cuyos textos se disipa todo equívoco. Porque en esa escritura, de múltiples vertientes, lo que se dice y cómo se dice forman una conjunción perfecta, una alquimia que pocos logran.

Rodolfo Walsh, uno de nuestros más grandes escritores y periodistas de investigación, es un renovador de la nueva novela latinoamericana del siglo XX, no sólo por la deslimitación de géneros, sino por la maestría de sus propuestas y matices técnicos: la disolución del narrador, y la inclusión de la oralidad y de distintos registros tanto discursivos como los considerados minoritarios o menores, proponiendo lo que se conoce como texto plural.

La presente antología *Cuentos reunidos* incluye todos sus primeros libros de relatos, de los cuales se dice que se retractó: *Variaciones en rojo* (1953), libro de tres cuentos al estilo del género policial clásico, ganador del premio Municipal de Literatura. La llamada serie irlandesa, escrita entre 1965-68, con seis cuentos: *Los oficios terrestres* (1965), en los que comienza a relacionarse más directamente con la crítica militar, social y política, y que incluye el magistral cuento acerca del robo del cuerpo de Eva Perón ("Esa mujer"). *Un kilo de oro* (1967), de cuatro cuentos, donde aparece el cuento "Nota al pie". Y *Un oscuro día de justicia* (1973), escrito en 1967; parte también de la serie de cuentos irlandeses, en la que el elemento autobiográfico es un pretexto para hablar, en una de tantas formas, de lo colectivo, como explica el mismo Rodolfo Walsh.

Se agregaron para esta antología algunos relatos no incluidos en la *Obra literaria completa*, editada por Siglo XXI

Editores, 1985[1]: "Los nutrieros" (de *Cuentos para tahúres y otros relatos*); el cuento policial "Cuento para tahúres" (de la compilación que hizo el autor: *Diez cuentos policiales argentinos*, de 1953); "Ese hombre" (cuento acerca de Perón, de *Ese hombre y otros papeles*); "El santo"; "Portugueses"; seis de los siete casos de "Los casos del comisario Laurenzi" (1956-1961), y el cuento "La máquina del bien y del mal" (1965).

También se anexó como epílogo la entrevista "Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política", que le hiciera Ricardo Piglia en 1970, y publicada en la edición en 1973 de *Un oscuro día de justicia*.

La recopilación de sus artículos periodísticos titulada *El violento oficio de escribir* (Editorial Planeta, 1995), publicados durante veinticuatro años: 1955-1977; fue editada póstumamente. Además, dos antologías de sus relatos: *Cuento para tahúres y otros relatos policiales* (Punto Sur, 1987; Ediciones de la Flor, 1996, con once relatos policales, casi todos los que Walsh no editó en libros), y *Ese hombre y otros papeles personales* (Seix Barral, 1996, con apuntes de relatos y textos).

Para concluir, valga regresar a lo que reza Rodolfo Walsh en su "Teoría General de la Novela":

> 1. Ser absolutamente diáfano. Renunciar a todas las canchereadas, elipsis, guiñadas, a los entendidos o los contemporáneos. Confiar mucho menos en aquella famosa "aventura del lenguaje". Escribir para todos. Confiar en lo que tengo para decir, dando por descontado un mínimo de artesanía. Eludir la elefantiasis literaria, tipo David.

1 Antología que, en cambio, incluye sus dos obras de teatro *La granada* (1965) y *La batalla* (1965); ambas, sátiras contra los militares. A pasar de titularse *Obra literaria completa*, debe considerarse que, además de que no incluye todos sus relatos, las tres novelas de testimonio de investigación de Walsh, por ejemplo, también son parte de su obra literaria.

2. Recuperar la verdad, las propias contradicciones. Evitar puerilidades como la de Z (Se refiere al personaje de la película homónima dirigida por Costa Gavras), ese personaje impoluto. No hay personajes impolutos.

3. Recuperar la verdad del pueblo, de las masas que es más importante que la de los individuos. Trazar el avance de los héroes, desde la resignación hasta el triunfo que se sabe no-definitivo, porque tampoco es posible ya ser inocente ante la Revolución. Todo esto equivale a aprender de nuevo multitud de cosas.

Coral Pérez Gómez

Variaciones en rojo (1953)

La aventura de las pruebas de imprenta

A Horacio A. Maniglia

Entonces Daniel fue traído delante del rey. Y habló el rey, y dijo a Daniel: ...Y yo he oído de ti que puedes declarar las dudas y desatar dificultades. Si ahora pudieras leer esta escritura, y mostrarme su explicación, serás vestido de púrpura, y collar de oro será puesto en tu cuello, y en el reino serás el tercer señor.

Biblia, Libro de Daniel, v, 13-16

Capítulo I

En la Avenida de Mayo, entre una agencia de lotería y una casa de modas, se yerguen los tres pisos de la antigua librería y editorial Corsario. En la planta baja, grandes escaparates exhiben a un público presuroso e indiferente la muestra multicolor de los "recién aparecidos". Confluyen allí, en heterogénea mezcla, el último *thriller* y el más reciente Premio Nobel, los macizos tomos de una patología quirúrgica y las sugestivas tapas de las revistas de modas.

Adentro, en una suave penumbra, se extiende una interminable perspectiva de estanterías, colmadas de libros, que a esta hora de escasa afluencia de público recorren pausadamente, las manos a la espalda, taciturnos empleados, que a veces toman de una mesa un plumerito con el que sacuden el polvo de dos o tres libros, para volver a dejarlo en la mesa siguiente. Aún no son las cinco de la tarde. Dentro de un rato

habrá un hervor de gente que entra y sale. Vendrá el poeta que acaba de "publicar", para preguntar si "sale" su libro. Los vendedores lo conocen, conocen el gesto ambiguo que no quiere desalentar, pero tampoco infundir excesivas esperanzas. Vendrá el autor desconocido que ha escrito una novela de genio, y quiere a toda costa que esta editorial —y no otra— sea la primera en publicarla. Si insiste, si se muestra irreductible, algún vendedor lo mandará al tercer piso, donde está la sección Ediciones. El manuscrito permanecerá dos o tres semanas en un cajón, hasta que al fin un empleado leerá las primeras veinte páginas, por simple tranquilidad de conciencia, y lo devolverá con una nota cortés, explicando que "por el corriente año está completo nuestro plan de ediciones". Vendrá la ex secretaria de Mussolini, del rey Faruk o del Mahatma Gandhi, que quiere publicar sus memorias, pues las considera de sumo interés para resolver la situación mundial. Y también —por qué no— vendrán algunos honestos clientes, que sólo desean comprar un libro.

En el segundo piso, en un vasto salón calentado por estufas a kerosén, están las secciones Contaduría y Créditos, donde empleados de guardapolvo gris y empleadas de guardapolvo blanco hacen incesantes y misteriosas anotaciones en grandes libros comerciales, y manipulan las teclas rojas y blancas de las máquinas de calcular.

Un piso más arriba está la sección Ediciones, donde revisores silenciosos y absortos corrigen los originales y las pruebas de imprenta, de las obras del sello. En las mesas y escritorios se amontonan grabados, muestras de telas y cueros de las encuadernaciones, proyectos de tapas e ilustraciones. Los estantes de las paredes contienen una vasta colección de diccionarios: etimológicos, enciclopédicos y de ideas afines, de idiomas extranjeros, de modismos, de sinónimos…

Y en aquel tercer piso conversaban desde hacía unos minutos Daniel Hernández y Raimundo Morel.

La presencia física de Raimundo Morel proporcionaba siempre a Hernández dos disculpables consuelos: Raimundo era casi tan corto de vista como él, y algo más feo, lo que no es poco decir. Pero no era la suya de esas fealdades inconscientes que se llevan por el mundo sin pensar en sus posibles consecuencias en el prójimo, sino que parecía construida casi a designio y sobrellevada con plena responsabilidad y aun con cierta dignidad. Se desprendía sólo de la inarmonía de los rasgos individuales, pero sin afectar una especie de serenidad del conjunto. Era una fealdad que parecía sugerir excelencias del espíritu, de esas que se llaman o deberían llamarse fealdades inteligentes, porque una fuerza interior las ha ido modelando paulatinamente desde sus orígenes, hasta volverlas tolerables y aun inadvertibles. La frente demasiado amplia, la nariz larga y un poco torcida, el mentón casi inexistente, los anteojos, la avanzada calvicie, cierto encorvamiento de la espalda y cierta torpeza en el andar daban a Morel el aire inconfundible del profesor envejecido en el tedioso ejercicio de la cátedra.

Y sin embargo, Morel no era viejo. Contaba apenas treinta y cinco años. Y tanto su obra incesantemente renovada como su inteligencia siempre lúcida y despierta eran testimonio de esa juventud. Sus medios económicos lo dispensaban de la agria necesidad de trabajar, y ese hecho daba a todos sus escritos una objetividad y un desprendimiento de las transitorias circunstancias que era quizás el mayor de sus méritos.

De sus viajes de estudios, iniciados en plena juventud, ninguno tan fructífero como el que había realizado a los Estados Unidos, con el propósito de estudiar la literatura de ese país. Egresado de Harvard, su valoración crítica de autores tan dispares como Whitman, Emily Dickinson y Stephen Crane había llamado profundamente la atención. Eran estos antecedentes los que lo autorizaban a abordar la traducción al castellano del único quizá de los clásicos norteamericanos

completamente ignorado en nuestra lengua, y que fuera a su vez brillante y perenne alumno de Harvard: Oliver Wendell Holmes.

Sobre la pila de pruebas de imprenta descansaba en su plácida sobrecubierta celeste el tomo de la "Everyman Library" en que Holmes hace divagar con chisporroteante ingenio al poeta sentado a la mesa del desayuno. Raimundo Morel lo había contemplado con gratitud al entrar.

Daniel, advirtiéndolo, sonrió.

—Han demorado mucho las pruebas en la imprenta —dijo—, pero en fin, ya ve usted que aquí están. —Hizo una pausa y añadió: —Como de costumbre, han enviado el tercer tomo antes que el primero y el segundo.[2]

Morel desdobló las largas galeras y con gesto mecánico buscó la numeración de las últimas, calculando el tiempo que llevaría en revisarlas.

Después, hablaron de Holmes, de su múltiple personalidad de ensayista, poeta y hombre de ciencia. Morel demostró cierta inquietud por algunos detalles de la versión: aún no había resuelto si convenía traducir directamente los poemas intercalados en el texto, o si era preferible incluir la versión original y traducirla en nota al pie. Lo inquietaba, además, el marcado localismo de algunas alusiones. Estas características, a juicio de Daniel, eran el motivo por el cual aún nadie había traducido a Holmes.

El último sol de la tarde entraba por el ventanal de la oficina, dorando los escritores y las bibliotecas. Los empleados habían empezado a enfundar las máquinas de escribir y lanzaban miradas disimuladas al reloj eléctrico de la pared. Cuando éste marcó las siete menos cuarto, hora habitual de

2 *El poeta en la mesa del desayuno* es el tercer eslabón de la serie que iniciara Oliver W. Holmes en 1858 con *El autócrata en la mesa del desayuno*, y que prosiguiera al año siguiente con *El profesor en la mesa del desayuno*. La editorial Corsario publicó las tres obras en 1946, en versión castellana de Raimundo Morel. Esa versión, precedida de un laborioso estudio preliminar, fue la obra póstuma de Morel.

salida, tomaron sus sombreros de las perchas y se marcharon apresuradamente.

Daniel y Raimundo aún permanecieron unos minutos en la oficina. Después bajaron sin prisa la escalera. Cuando llegaron a la planta baja, el vasto salón de ventas estaba desierto, salvo por la presencia del sereno, un hombre simiesco que los aguardaba junto a la entrada con visible impaciencia. Raimundo tuvo que agacharse mucho para pasar por la diminuta puerta abierta en la cortina metálica, y Daniel casi nada. Era aproximadamente la medida de su estatura.

Caminaron por la Avenida de Mayo, y al llegar a la esquina de Piedras se separaron. Morel siguió por la avenida, tropezando con el río de transeúntes, y Daniel dobló la esquina en dirección a su casa. Al cruzar la calle, miró su reloj pulsera.

Eran las siete.

Capítulo II

Cinco horas más tarde Raimundo Morel estaba muerto.

Fue su esposa, Alberta, quien encontró el cadáver. Vivían solos en un departamento de la calle Alsina, cerca de la avenida. Ella había ido al cine con una amiga. Más tarde declaró que había salido antes de finalizar el programa, dejando a su amiga en el cine. Explicó que la había asaltado un brusco dolor de cabeza, que le impedía disfrutar del espectáculo. Tomó un taxímetro y regresó a su casa.

El departamento estaba en el quinto piso. Mientras subía en el ascensor, Alberta consultó su reloj. Eran las once y media.

Cuando entró en el departamento, el *hall* estaba a oscuras, pero por la puerta de la sala que utilizaba su esposo para trabajar se filtraba un hilo de luz. Esto no le extrañó. Raimundo acostumbraba permanecer levantado hasta altas

horas de la noche. Sin embargo lo llamó en alta voz para anunciar su presencia, mientras se quitaba la ropa algo húmeda (había empezado a llover antes de que tomara el taxímetro) y se enfundaba en una bata.

Recién cuando acabó de cambiarse se dio cuenta de que Raimundo no le había contestado. Recordó que habían tenido una pequeña disputa antes de que ella saliera, y pensó que seguiría enojado. Se encaminó al baño, donde tomó un calmante, que ya no parecía necesitar (su dolor de cabeza había disminuido sensiblemente), y se lavó los dientes.

Entonces volvió a llamarle la atención el desusado silencio de la casa. La puerta del estudio seguía cerrada, y no se oía el tecleo de la máquina de escribir ni el ruido de una silla o el crujido de las páginas de un libro. Pensó que Raimundo se habría quedado dormido.

Se dirigió al escritorio y abrió silenciosamente la puerta. Raimundo estaba sentado ante su escritorio. Tenía la cabeza apoyada en el brazo derecho, y en efecto parecía dormir. Su inmovilidad era absoluta. Alberta se acercó y trató de despertarlo. Con ambas manos logró levantarle un poco la cabeza, y entonces vio la negra herida que obliteraba el ojo derecho.

Casi oculta por el brazo derecho estaba el arma homicida, una pistola de pequeño calibre. Uno de los cajones del escritorio permanecía abierto. Sobre un periódico había una minúscula lata de aceite, un frasquito de bencina, una pequeña baqueta de cerdas, una gamuza y un cargador con varios proyectiles. A la izquierda del escritorio un libro de sobrecubierta celeste descansaba sobre una pila de pruebas de imprenta. A la derecha, en una bandeja, una botella de whisky, un sifón y un vaso vacío.

Todo estaba en perfecto orden y no había en la habitación señales de lucha.

Esto fue lo que declaró Alberta a la llegada del comisario Jiménez.

El comisario era un hombre moreno y medianamente corpulento. Cuando hablaba con cierta prisa, un oído avezado podía distinguir en su pronunciación un remoto acento provinciano, que por lo general disimulaba bastante bien. Impecablemente vestido de negro, habría podido tomársele por un alto funcionario de un banco o un agente de bienes raíces. Sin embargo, el comisario Jiménez se había formado en la escuela de estudiosos e investigadores que han incorporado a la policía científica más de una brillante innovación. Quizá por eso se le reprochaba a veces dar excesiva preeminencia al trabajo de laboratorio en desmedro de la rutina habitual de las pesquisas. Para él —decían con ironía hombres más viejos— todos los casos debían resolverse debajo de la lámpara de Wood, el fotocomparador o en los tubos de ensayo. Pero este reproche no era del todo justificado. Jiménez, en efecto, concedía una importancia suprema al indicio material, y todos los testimonios y declaraciones debían estar sujetos a su riguroso control. Pero no carecía de la habilidad necesaria para tocar en sus interrogatorios, sin esfuerzo aparente, los puntos esenciales que deseaba esclarecer. Solía reírse de buena gana de algunos de sus colegas, más partidarios del "ruido y la furia", cuando algún juez se negaba a admitir el valor probatorio de ciertas confesiones no del todo espontáneas.

El comisario examinó brevemente el estudio de Morel. Se asomó a la ventana, que daba a la calle, y comprobó que por allí no había ninguna vía de acceso al escritorio. Los balcones de los demás departamentos estaban a suficiente distancia para garantizarlo.

La botella de whisky había sido abierta esa noche: el sello yacía retorcido sobre la bandeja. Faltaban de ella tres medidas y media. En el fondo del vaso quedaba un resto de bebida.

El fotógrafo había colocado sobre el piso un cuadrado de papel blanco, de un metro de lado, cuya imagen, incluida en las fotografías del escenario del hecho, serviría en el transcurso del procedimiento judicial para establecer automáticamente,

en caso necesario, las dimensiones de la habitación y objetos de la misma.

Uno de los hombres que acompañaban al comisario introdujo en el cañón de la pistola el tanque de una lapicera a bolilla, y con esta precaución la levantó para llevarla al laboratorio de dactiloscopia. El comisario advirtió que era una Browning 6.35. Del cargador depositado en el periódico faltaba una bala. La cápsula correspondiente, con las marcas del percutor y el eyector, apareció a un costado de la habitación. La huella del percutor era muy profunda, lo que indicaba que el arma era nueva o había sido poco usada.

El médico policial finalizó el examen preliminar del cadáver y conferenció con el comisario. Era un hombre calvo, de barriga prominente, que hablaba con cierto atropellamiento.

La muerte —dijo— había sido producida por una bala de pequeño calibre que había atravesado el frontal encima del ojo derecho. La perforación del plano óseo, levemente estrellada, indicaba que el proyectil había penetrado con una leve inclinación. La hemorragia era muy escasa. El proyectil no tenía orificio de salida, y seguramente se había alojado en el cerebro. El tatuaje de la pólvora era apenas visible, pero existía, y dado el escaso calibre del arma, indicaba que el disparo había sido hecho de cerca, a una distancia menor de veinte centímetros. La posición relativa del orificio y del tatuaje causado por la pólvora y los productos de combustión confirmaba la presunción de que la trayectoria del proyectil había sido levemente oblicua, y dirigida de abajo hacia arriba. A su juicio, el ángulo de tiro no era inferior a ochenta y cinco grados.

—No hay deflagraciones de pólvora en las manos del cadáver —prosiguió el médico—. Pero eso no indica, en mi opinión, que la propia víctima no haya podido disparar el arma, ya sea por accidente o deliberadamente. Usted sabe,

las armas modernas… Quizá la reacción del nitrato pueda decirnos algo más. Personalmente…

El comisario oía pacientemente las conclusiones del médico, y trataba de pasar por alto sus hipótesis. Sabía por experiencia que es una desventaja ser influido por apreciaciones ajenas. Y el doctor Meléndez rara vez se contentaba con un enunciado de hechos directamente comprobables. Finalizada su exposición, el comisario le agradeció y lo despachó con el mayor tacto posible.

La bandeja con el vaso y la botella, así como el periódico con su curioso cargamento, habían sido llevados al laboratorio con todas las precauciones de práctica.

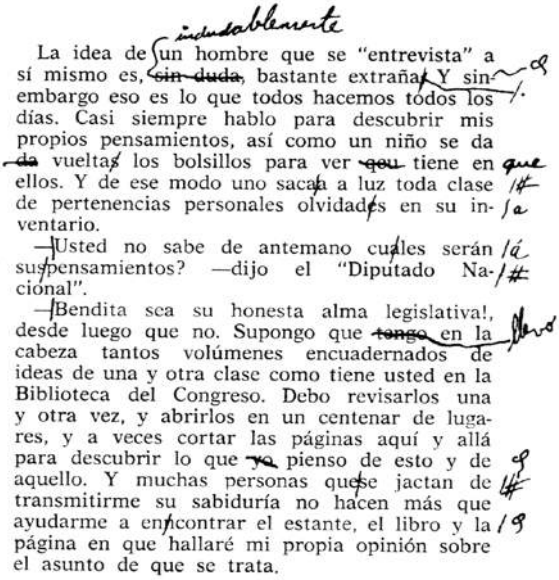
Sólo quedaba sobre el escritorio un libro de tapas celestes encima de una pila de hojas impresas de un solo lado, cuyo ancho era algo mayor que el de la página de un libro corriente, y cuya altura era aproximadamente el doble de la de una página común. El comisario nunca había visto una prueba de imprenta, pero comprendió en seguida que se trataba de eso. En la primera, vio el sello de la editorial Corsario. Pensó entonces en Daniel Hernández, a quien conocía de mucho tiempo atrás, y se felicitó de que hubiera alguna relación entre él y aquel indicio material, el único sobre el cual no estaba en condiciones de juzgar con pleno conocimiento de causa. Si fuera necesario, podría consultarlo.

En la primera página, algunas letras, a veces alguna palabra y en ocasiones una línea entera estaban tachadas, bien con barras oblicuas o con rayas horizontales. En los anchos blancos marginales aparecían las correcciones correspondientes: la letra suplantada, la palabra o la línea reemplazadas o enmendadas. Observó también la presencia de ciertos signos desconocidos para él y más o menos repetidos. Los dos más frecuentes tenían cierta semejanza con la letra *fi* del alfabeto

griego y con el signo musical "sostenido". Supuso que eran signos tipográficos de valor convencional.[3]

Todas las correcciones estaban hechas con una estilográfica. Las tachaduras horizontales eran sumamente irregulares y a veces dejaban intactas algunas letras de la palabra que se proponían abolir.

30



La idea de un hombre que se "entrevista" a sí mismo es, bastante extraña. Y sin embargo eso es lo que todos hacemos todos los días. Casi siempre hablo para descubrir mis propios pensamientos, así como un niño se da vueltas los bolsillos para ver tiene en ellos. Y de ese modo uno saca a luz toda clase de pertenencias personales olvidades en su inventario.

—Usted no sabe de antemano cuales serán sus pensamientos? —dijo el "Diputado Nacional".

—Bendita sea su honesta alma legislativa!, desde luego que no. Supongo que en la cabeza tantos volúmenes encuadernados de ideas de una y otra clase como tiene usted en la Biblioteca del Congreso. Debo revisarlos una y otra vez, y abrirlos en un centenar de lugares, y a veces cortar las páginas aquí y allá para descubrir lo que pienso de esto y de aquello. Y muchas personas que se jactan de transmitirme su sabiduría no hacen más que ayudarme a encontrar el estante, el libro y la página en que hallaré mi propia opinión sobre el asunto de que se trata.

Imagen 1

Pero lo que más le llamó la atención fue la grafía vacilante y a veces casi ilegible de las correcciones. Parecía la letra de un hombre no habituado a escribir, o que escribe en un estado anormal. La presión ejercida era irregular. Algunos rasgos parecían excesivamente prolongados, y otros casi atrofiados. Los puntos de las íes estaban invariablemente mal

3 El signo semejante a una letra *fi* se llama *deleatur* o simplemente "dele" indica que debe suprimirse una palabra, letra, etc. El signo # indica: "separar".

colocados, a veces demasiado adelante, a veces demasiado atrás. La tangente verbal era muy sinuosa.

El comisario recordó el vaso y la botella y se encogió de hombros.

Capítulo III

Alberta había demostrado una admirable presencia de ánimo. Fue ella misma quien denunció lo ocurrido a la policía. A la llegada de ésta, sufrió una pequeña crisis nerviosa, de la que se repuso poco después con ayuda de un sedante que le administró el doctor Meléndez. Y cuando el comisario Jiménez —concluido su examen del lugar de los hechos— le preguntó si estaba en condiciones de declarar o si prefería dejarlo para más tarde, contestó que prefería hacerlo en seguida.

El comisario sacó del bolsillo una libreta negra y fue anotando las respuestas a medida que Alberta las formulaba.

—¿A qué hora encontró el cadáver?

—Entre las doce menos cuarto y las doce.

—¿No lo sabe con exactitud?

—No. Llegué a casa a las once y media, pero no entré en seguida en el escritorio de mi esposo.

—¿Cerró usted la puerta del departamento cuando entró?

—Sí.

—¿No oyó ningún ruido antes de encontrar a su esposo muerto?

—No.

—¿Un disparo, por ejemplo?

—No. No oí nada.

—Entonces ¿él ya estaba muerto a su llegada?

—Supongo que sí.

—¿Halló usted la puerta del departamento cerrada con llave?

—Sí.

—¿Se encontró con alguien en el vestíbulo, o al subir en el ascensor?

—No, no había nadie.

—¿El ascensor estaba en la planta baja?

—Sí.

—¿La puerta de calle estaba cerrada con llave?

—Sí, después de las nueve de la noche permanece cerrada.

—¿Qué hizo usted cuando entró en el escritorio de su esposo?

—Al principio me pareció que se había quedado dormido. Pero cuando me acerqué vi que estaba muerto. Llamé a la policía. Después llamé a mi cuñado, Agustín, y a un amigo de Raimundo. Han de estar por llegar.

—¿Tocó alguna de las cosas del escritorio?

—No.

—¿El arma?

—No.

—¿Quizá se movió algo cuando usted trató de levantarle la cabeza?

—Es posible.

—¿A qué hora había salido usted?

—A las nueve. Fui al cine con una amiga.

—¿Su esposo quedó en la casa?

—Sí. Quise que me acompañase, pero me dijo que estaba muy ocupado. Tenía que corregir un libro o algo parecido. Esto sucedía a menudo. A veces discutíamos, pero no era grave, ¿comprende usted? A mí me fastidiaba que nunca tuviera tiempo para salir conmigo, pero comprendo que debía realizar su trabajo… Y ahora que está muerto…

Alberta se interrumpió para dejar paso a una breve crisis de llanto, y el comisario aguardó mirándola con simpatía.

Ella se enjugó los ojos y sonrió pálidamente, como disculpándose.

—¿Él permaneció toda la tarde en la casa?

—No. Salió antes de las cinco y volvió a las siete y media. Traía un paquete debajo del brazo. Me dijo que eran unas pruebas de imprenta.

—¿Serían esas que están sobre su escritorio?

—Quizá. No se lo pregunté.

—¿Su esposo acostumbraba beber?

—A veces, por complacer a las visitas. Pero nunca demasiado.

—¿Cree usted que esa pequeña escena de que me habló pudo afectarlo al extremo de hacerle beber algo más de lo habitual?

Alberta pareció reflexionar.

—No sé —dijo llevándose la mano a los ojos—. No sé. Preferiría no recordar que las últimas palabras cambiadas entre nosotros…

Se interrumpió, haciendo visibles esfuerzos por dominarse, y el comisario cambió apresuradamente de tema.

—Comprendo —dijo—. Pasemos a otra cosa. ¿Usted había visto anteriormente el arma?

—Sí.

—¿Era de él?

—Sí. La trajo hace cinco años de Estados Unidos. Se la regaló un oficial norteamericano que había sido compañero suyo, y que a su vez la había traído de Europa.

—¿Su esposo era aficionado a las armas de fuego?

—No. La conservaba como un recuerdo, guardada en un cajón del escritorio.

—¿El estuche y los demás elementos de limpieza venían con la pistola?

—Sí.

—¿Cree usted que su esposo pensaba utilizarla con algún fin?

—No.

—¿Sabe usted si tenía algún enemigo?

—No. No lo creo. Era el hombre más inofensivo del mundo.

—¿Lo notó usted nervioso o preocupado los últimos días?

—No.

—¿Alguna vez lo vio limpiando esa pistola automática?

—Una o dos veces. Pero no creo que lo hiciera porque pensara utilizarla o porque abrigara algún temor. Su trabajo solía agotarlo, y siempre se lamentaba de no tener algún *hobby*, alguna habilidad manual capaz de distraerlo. Pienso que esta noche se habrá sentido particularmente fatigado, y a falta de otra cosa trató de interesarse en la limpieza de esa pistola. Otras veces jugaba solo al ajedrez, o hacía algún solitario. Supongo que esas ocupaciones sencillas eran una especie de compensación.

—¿Sabe usted si hay en la casa más balas de ese calibre que las que tenía el cargador?

Alberta se encogió de hombros, como deplorando su incapacidad para contestar.

—No sé —dijo—. Nunca las he visto.

El comisario pareció reflexionar.

—Señora —dijo bruscamente, como si hubiera llegado a una conclusión—, no quisiera importunarla demasiado, pero me gustaría ver algo escrito de puño y letra de su esposo. Una carta, una anotación cualquiera…

Alberta volvió a sonreír penosamente. Sus ojos estaban enrojecidos.

—Eso es fácil —murmuró—. Raimundo escribía constantemente. Era su oficio. Los cajones de su escritorio están llenos de papeles. Puede llevarse alguno.

El comisario le agradeció y volvió a entrar en el estudio de Morel. Abrió el cajón central del escritorio y sacó la primera de una pila de hojas manuscritas, que llevaba el siguiente título, escrito con letra perfectamente regular, casi escolar: "Vida y obra de Oliver Wendell Holmes".

En aquel momento el policía de guardia hacía entrar a un hombre delgado y pálido, que parecía profundamente

abatido. A juzgar por sus cabellos despeinados y el desorden de su ropa, la noticia lo había arrancado bruscamente del sueño. Se encaminó directamente hacia Alberta, la besó en la mejilla y le palmeó la espalda, sin decir palabra. Ella apoyó brevemente la cabeza en su pecho, y cuando se volvió hacia el comisario, tenía los ojos brillantes.

El recién llegado se dirigió a la puerta del estudio y allí se detuvo. Su mirada parecía hipnotizada por la pequeña mancha de sangre que aún quedaba sobre el escritorio. El comisario se interpuso con rapidez.

—¿Usted es el hermano? —dijo casi atropelladamente—. Me alegro de que haya venido. La señora Morel necesitará su compañía. Ha estado sola hasta ahora. Lamento lo ocurrido —añadió en voz baja.

Agustín Morel tenía los ojos agrandados por el espanto. Quería hablar, pero las palabras se le quedaban en la garganta.

—¿Quién lo mató? —barbotó por fin.

El comisario se encogió de hombros.

—Aún no lo sabemos —dijo—. Ni siquiera sabemos si alguien lo mató.

Agustín lo miró sin comprender.

—Pudo haber sido un accidente —dijo el comisario—. O un suicidio. ¿Sabe si su hermano tenía algún motivo para suicidarse?

La expresión de Agustín decía a las claras que aún no se le había ocurrido aquella posibilidad. Sacudió la cabeza vigorosamente.

—No —respondió—. Me costaría creerlo. Raimundo siempre ha sido feliz, y últimamente más que nunca. Empezaban a publicarse sus libros, su nombre se iba haciendo conocido… Vivía enteramente dedicado a su trabajo.

El comisario lo miró, como considerando qué valor podían tener las declaraciones de aquel hombrecillo trastornado por el asombro y el dolor.

—¿Reconocería usted su letra si la viera? —preguntó inesperadamente.

—¿Su letra? —repitió Agustín—. Sí, desde luego, pero no veo qué relación…

—No importa —dijo suavemente el comisario—. Quizá la relación no sea del todo evidente, pero aun así quiero saber si usted podría reconocer su escritura.

—Sí —respondió Agustín sin vacilar—. Raimundo a menudo iba a pasar unos días a mi casa. Yo tengo una quinta en Moreno. Nunca dejaba de anunciarme su visita. Creo que aún debo tener aquí su última carta, y por supuesto conozco su letra de memoria.

Hizo ademán de registrarse los bolsillos, pero el comisario lo contuvo con un gesto.

—Está bien —dijo, y añadió mostrándole la primera prueba de imprenta—: ¿Es de él la letra de estas correcciones?

Agustín observó atentamente la hoja, y a medida que lo hacía se dibujaba en su rostro una expresión de perplejidad.

—No —respondió, y agregó con cierta vacilación:— No me parece. Algunos de los rasgos son parecidos, pero Raimundo no escribía así. Parece la letra de un colegial…

El comisario no dijo nada.

—Sin embargo —prosiguió Agustín—, hay algo… No sé qué es, pero me recuerda la letra de Raimundo. Se me ocurre que ésa podría ser su letra si estuviera muy apurado, o nervioso, o…

Se interrumpió, como si descubriera de pronto las implicaciones de lo que iba a decir.

Antes de que el comisario pudiera contestar, entró un nuevo personaje. Era un hombre atlético, rubio, vestido de gris. Saludó a Agustín con un movimiento de cabeza, estrechó la mano de Alberta y murmuró unas frases de condolencia.

—Le agradezco que haya pensado en llamarme —dijo—, y estoy a su disposición. Felizmente pude tomar un micro, porque el primer tren salía después de las cuatro. Yo

vivo en La Plata —explicó, volviéndose hacia el comisario—, me llamo Anselmo Benavídez, soy amigo de la familia. Si en algo puedo ayudarlo, estoy a sus órdenes.

—Gracias —respondió el comisario—, pero por el momento no hay nada más que hacer aquí. Usted, señora, tal vez quiera retirarse a descansar. Y ustedes —agregó en voz baja, llevándose a Agustín y Benavídez hacia la puerta— tomarán las providencias necesarias. Quizá la señora Morel necesite un médico. Supongo que ha sido un golpe duro para ella. Los veré esta noche.

Dos hombres acababan de precintar la puerta del estudio. Con las pruebas de imprenta y las páginas manuscritas de Morel debajo del brazo, el comisario Jiménez salió del departamento. Eran las cinco de la mañana.

Capítulo IV

Los periódicos de la mañana enteraron a Daniel Hernández de la muerte de Morel. Casi todos publicaban la noticia en lugar destacado, y algunos agregaban una semblanza biográfica. No mencionaban mayores detalles acerca de las circunstancias de su muerte, pero tácitamente parecían descartar la posibilidad de un hecho delictuoso. Morel no tenía enemigos, y no se habían hallado señales de robo. Personal policial a las órdenes del comisario Jiménez —añadían— estaba realizando las diligencias necesarias para esclarecer el hecho.

Daniel logró comunicarse con el comisario, y éste lo puso al tanto brevemente de lo ocurrido. Convinieron encontrarse por la noche.

Daniel no tenía gran apego por la atmósfera de las casas mortuorias, pero aparte de la amistad que lo había ligado a Morel, se sentía profundamente intrigado por las circunstancias de su muerte. Le parecía una incongruencia que Raimundo hubiera muerto de un balazo. El brillante alumno de

Harvard y las armas de fuego parecían elementos de mundos distintos.

Se lo dijo al comisario, cuando se encontró con él entre la muchedumbre de personas que llegaban a ofrecer sus condolencias, pero Jiménez se rió.

—No —dijo—. Lo que ocurre es que nunca conocemos realmente a las personas que mejor creemos conocer. Nuestras relaciones con los demás suelen ser muy unilaterales. El punto de contacto entre dos seres humanos es más estrecho de lo que se supone. Son como dos circunferencias que se cortan dejando una pequeña zona de intereses comunes, pero lo demás permanece ignorado. Usted conocía a Morel, pero nunca hablaba con él sino de libros. Y por eso le extraña que un hombre que al parecer llevaba una vida puramente intelectual se suicide brutalmente pegándose un tiro en la cabeza, como un vulgar comerciante en quiebra, o se mate por accidente al limpiar una pistola automática, como un vulgar asaltante que planeara un atraco.

—Entonces —dijo Daniel—, ¿usted cree que se trata de un suicidio o de un accidente?

—Sí —respondió el comisario—. Y aun la hipótesis de un suicidio me parece poco plausible.

—¿No podría ser un asesinato? —preguntó Daniel.

—Difícil. La puerta del departamento estaba cerrada con llave, y el arma pertenecía a la víctima.

—No es imposible que alguien se haya procurado una llave del departamento —arguyó Daniel—. Y el detalle del arma no me parece concluyente.

El comisario lo miró con una chispa de ironía en sus ojos oscuros.

—Desde luego —dijo—. Aún no hemos abandonado la investigación. Eso que usted dice es posible, pero hasta ahora no existen otros indicios que lo confirmen.

—¿Han interrogado a la esposa?

—Sí. Tiene una excelente coartada. Fue al cine con una amiga. Lo hemos verificado. Y también hemos localizado al chofer del taxímetro que la trajo a su casa. Llegó aquí a las once y media de la noche. Y tenemos motivos para suponer que a las once y cuarto Raimundo estaba muerto. Uno de sus amigos lo llamó por teléfono a esa hora, pero nadie atendió el llamado. Y los vecinos de uno de los departamentos creen haber oído el disparo aproximadamente a esa hora. No lo identificaron como un disparo de pistola en el momento de oírlo, pero después recordaron haber escuchado un ruido seco, no muy intenso, como el estallido de un petardo. El arma era de pequeño calibre. A propósito —agregó el comisario—, ¿a qué hora se separó de él?

—A las siete.

—Perfecto —dijo el comisario—. Eso también concuerda con las declaraciones de Alberta. Dice que su esposo llegó al departamento alrededor de las siete y media, y que permaneció allí cuando ella salió a las nueve.

Desde el rincón donde se habían refugiado para hablar con tranquilidad, el comisario observaba desde hacía rato a un hombre pequeño y encorvado, de rostro aindiado y expresión distraída, que se paseaba con las manos a la espalda por entre los grupos donde se cuchicheaban las circunstancias de la muerte de Morel y se pronunciaban los habituales lugares comunes. La expresión de ironía de Jiménez se acentuó.

—¿Sabe que tenemos entre nosotros una especie de investigador privado? —dijo señalando con un gesto al hombre de las manos a la espalda, que seguía paseándose, al parecer muy absorto en sus pensamientos—. Parece algo grotesco, ¿verdad? Sin embargo, ése es un hombre que me gustaría tener conmigo.

—¿Investigador privado? —preguntó Daniel con una sonrisa—. ¿Existen realmente?

—Desde luego —respondió el comisario—. Los grandes hoteles, las joyerías, los bancos tienen sus hombres de

confianza. Le aseguro que es un oficio aburrido y poco emocionante. Alvarado es agente de una compañía de seguros. Suelen destinarlo a casos como éste. Oficialmente, viene a presentar sus condolencias en nombre de la compañía, pero en realidad está aquí para escuchar las conversaciones. En un asunto como éste, una palabra oída a tiempo puede ahorrarles muchos miles de pesos.

—¿Morel estaba asegurado? —preguntó Daniel con asombro.

—Sí, ¿no lo sabía usted? Tenía un seguro contra accidente. Trescientos mil pesos, que cobrará su esposa. Ahora comprenderá por qué Alvarado se pasea con tanto fervor entre los amigos y los conocidos de Morel. Si llegara a enterarse, por ejemplo, de que éste había contraído deudas, o de que padecía una enfermedad incurable, o de que tenía cualquier otro motivo para quitarse voluntariamente la vida, la compañía recibiría esa noticia con sumo interés. Y nosotros también —agregó riendo—. Por eso no ahuyentamos a esa clase de hombres. A veces pueden darnos datos de sumo valor.

En aquel momento el agente de la compañía de seguros se detuvo a cierta distancia de ellos y saludó al comisario con una sonrisa que daba a su rostro desagradable una profunda vivacidad. Después se encaminó casi en puntas de pie al grupo donde Alberta, Agustín, Benavídez y el doctor Quintana, abogado de la familia, hablaban en voz baja, y casi sin que nadie lo advirtiera se mezcló en su conversación.

—Lo veré mañana en mi despacho —dijo el comisario disponiéndose a retirarse—. Supongo que ustedes necesitan esas pruebas de imprenta. Y además quiero su impresión sobre algunos detalles que nos ayudarán a formar una conclusión definitiva.

Viéndolo alejarse, Daniel tuvo la certeza de que el comisario ya había llegado a esa conclusión.

Capítulo V

El comisario estaba del mejor humor del mundo. Habituado a teorizar con Daniel sobre asuntos criminales cuando se encontraba ocasionalmente con él en el club, o cuando aquél iba a cenar a su casa, agradecía la oportunidad que se le presentaba de poder analizar sobre el terreno de los hechos un caso auténtico, y de poder hacerlo sin violar la reserva oficial. Daniel, en efecto, estaba en su despacho en calidad de testigo. Era una de las últimas personas que había visto a Morel con vida, le había entregado uno de los indicios más importantes encontrados en el escenario de los acontecimientos, y seguramente estaría en condiciones de identificar su escritura, confirmando o desmintiendo testimonios anteriores.

—Nuestra opinión está formada —dijo—. Tengo en mi poder los informes periciales y los resultados de la autopsia, y todo señala en una única dirección. Me parece que la compañía de Alvarado tendrá que pagar esos trescientos mil pesos.

—¿Ha sido un accidente entonces?

—Sí. Es casi seguro. Y creo que estamos en condiciones de reconstruir las circunstancias en que se produjo. —Hizo una pausa, como ordenando mentalmente los hechos en que basaría su demostración, y después prosiguió: —Raimundo Morel tenía un arma, una pistola automática de calibre 6.35. Según su esposa, la había traído de los Estados Unidos. Nadie ha desmentido ese testimonio. Es más, el hermano de Raimundo recuerda haberla visto en el escritorio de aquél.

"Éste es un punto muy importante. Si el arma era de la víctima, se reducen las posibilidades de que alguien haya entrado en el departamento con la deliberada intención de asesinarlo, al menos valiéndose de ella. Raimundo guardaba la pistola automática en un cajón de su escritorio. Esto sólo podía saberlo quien lo conociera muy íntimamente. Podía saberlo su esposa, por ejemplo, pero ella tiene una buena

coartada. Podía saberlo su hermano, pero también nos ha presentado una coartada satisfactoria. Además, es difícil admitir que estando Raimundo sentado a su escritorio, permitiera que alguien sacara el arma de un cajón del mismo.

"El arma en sí no hemos podido identificarla aún. Al principio pensé que fuera una Browning, pero aunque tiene características similares, no es de esa marca. En realidad, carece de marca, número de serie y aun de la mención del país donde se ha fabricado. No figura en el atlas de Metzger, que contiene más de 250 fotografías y descripciones de pistolas automáticas. Pero eso no es del todo raro. Después de la guerra han aparecido armas de las más variadas procedencias, y se sabe que en algunos países se han imitado los tipos más corrientes de armas de fuego. De todas maneras, esto no nos ha impedido comprobar con absoluta certeza que el proyectil causante de la muerte de Morel fue disparado con la pistola automática que encontramos en su escritorio."

—¿No pudo ser disparado por otra arma del mismo calibre? —arriesgó Daniel tímidamente—. ¿O aun de otro calibre? He leído en algún lugar que con un revólver, por ejemplo, pueden dispararse en ciertas condiciones balas de pistola.

El comisario sonrió con la superioridad que le daba su conocimiento del oficio.

—Sí, pero en este caso no. Usted sabe que las estrías del cañón de una pistola o un revólver dejan una huella en el proyectil. Merced a esa huella es posible identificar el arma que lo ha disparado, y esa identificación tiene un valor probatorio equivalente al de las impresiones digitales, es decir absoluto. En el laboratorio se dispara un proyectil con el arma sospechosa contra una sustancia blanda, para no deformarlo. Después se comparan los dos proyectiles en el hastoscopio, que es un microscopio comparador con dos objetivos y un ocular, o en el fotocomparador, que además fotografía las estrías del

proyectil colocado en un soporte giratorio.[4] Cotejando ambas imágenes del hastoscopio o del fotocomparador, se establece si hay identidad o no. Para ello se tiene en cuenta el número de estrías, que puede ser de cuatro, cinco o seis, la dirección hacia la derecha o la izquierda, el ancho, y el "paso" de la estría helicoidal, es decir el intervalo comprendido sobre la generatriz entre las extremidades de una misma espira…—Se echó a reír al ver la expresión de susto de Daniel, y agregó—: En este caso la identidad es absoluta. Podría mencionarle además que las marcas del percutor, extractor y eyector de la cápsula también son características así como algunas señales dejadas por el plano inclinado de la cámara y la parte superior del cañón. Pero todos estos detalles técnicos han de fatigarlo, y en definitiva creo que le conviene más aceptar mi palabra: el proyectil fue disparado con la pistola automática que Morel guardaba en el cajón de su escritorio, al alcance de su mano.

"El arma presenta otra característica muy interesante, que es la que me inclina a creer que se produjo un accidente. Gran número de pistolas automáticas tienen dispositivos de seguridad, cuyo fin es impedir que se dispare accidentalmente un tiro. Algunos modelos tienen hasta tres, a saber: sólo puede efectuarse un disparo cuando se apoya simultáneamente en el gatillo y en la parte posterior de la culata; o bien en la parte posterior izquierda del arma hay un "seguro" que colocado en determinada posición inmoviliza el mecanismo e impide disparar; o bien el mecanismo queda automáticamente inmovilizado al retirar el cargador. En una pistola de fabricación francesa, el cañón gira en torno a un eje delantero y se levanta automáticamente al retirar el cargador, para que si el percutor funciona accidentalmente, golpee en el vacío.

"Todo esto le está indicando cuál es el accidente más común en el manejo de las pistolas automáticas: se quiere limpiar el arma, se retira el cargador y no se advierte que ha

4 El fotocomparador Belaunde es invento argentino.

quedado una bala en la cámara. Un movimiento cualquiera, sale un disparo y mata a un vecino o al propio dueño…"

El comisario hizo una pausa, como para dar mayor relieve a lo que iba a decir.

—Y la pistola automática de Morel —agregó por fin—, un arma de origen desconocido y fabricación deficiente, *no tenía ningún dispositivo de seguridad*.

Daniel movió la cabeza en gesto de duda, pero el comisario se adelantó a sus objeciones.

—Ese detalle por sí solo no es definitivo —dijo—, pero hay muchos otros. En primer término, debemos recordar que el cargador de la pistola había sido retirado, y que le faltaba un proyectil, que evidentemente había quedado en la cámara. Eso, juntamente con los implementos que encontramos encima del escritorio, sobre un periódico, indica que Morel tenía el propósito de limpiar la pistola. Llegó a humedecer en bencina la pequeña baqueta de cerdas. La latita de aceite estaba destapada. Parece que es un gesto instintivo cuando se limpia un revólver o una pistola levantarlo con el pulgar en el gatillo y los cuatro dedos restantes en la parte posterior de la culata, y acercar al ojo el cañón para ver si está sucio. Naturalmente, esto se hace confiando en que el arma está descargada. En el caso de una pistola de ese tipo no se puede ver nada, pero ello no impide la supervivencia del gesto. Trate de imaginar ese gesto. Morel cree que la pistola está descargada. Él mismo ha retirado el cargador para limpiarla. La acerca al ojo derecho con el pulgar en el gatillo. El gatillo en sí es algo "celoso", nosotros lo hemos probado en el tensómetro. Un ruido en el exterior, un sobresalto cualquiera, una contracción nerviosa de la mano, y ya ha ocurrido el accidente. *Sobre todo si la víctima se encuentra en ciertas condiciones que predisponen al accidente*.

Daniel lo miró sin comprender.

—Después volveremos sobre eso —dijo el comisario—. Pero aún queda otro detalle por analizar en el escenario del

hecho. Muy a menudo, en los casos de suicidio, se encuentra el arma en la mano del suicida. Éste, al disparar el arma, la empuña en la posición normal. La mano se crispa por el llamado espasmo cadavérico, un fenómeno de origen vital, es decir, distinto de la rigidez cadavérica que sobreviene después de la muerte. El espasmo cadavérico es la persistencia después de la muerte de una contracción muscular determinada *voluntariamente* durante la vida, y prolongada en el cadáver debido a lo repentino de la muerte. En el caso de Morel, el arma estaba debajo de su brazo. Esto se debe a que no la había empuñado en la posición normal, favorable al espasmo cadavérico, y a que no se había producido esa contracción muscular voluntaria, previa al suicidio, puesto que él no tenía intención de suicidarse. Sus dedos la sostenían apenas, en la posición inestable que he mencionado anteriormente. Después del disparo, se desprendió de la mano y quedó aprisionada debajo del brazo. Este pequeño detalle, junto con la circunstancia de que Morel no dejó mensaje alguno en que anunciara su determinación de quitarse la vida, y la falta aparente de motivos para hacerlo, me inclinaron a suponer que tampoco se trataba de un suicidio.

"Pero aún hay algo más. Hay ciertas condiciones que predisponen a un accidente. Un estado de nerviosidad excesiva, por ejemplo, o de relativa ebriedad."

Daniel se incorporó de un salto.

—¿Quiere decir que Morel estaba *ebrio* cuando se produjo ese accidente?

—Está bien, no se escandalice —dijo Jiménez con ademán conciliador—. Yo no le pido que acepte una suposición infundada. Infortunadamente, hay hechos. Más de uno. Tres, en realidad. El primero de ellos es que encima de su escritorio encontramos una botella con whisky que aparentemente había sido abierta esa misma noche. Junto a la botella había un vaso con restos de bebida. De la botella faltaba cierta

cantidad que quizá no fuera suficiente para embriagar a un hombre acostumbrado a beber, pero Morel no era un hombre acostumbrado a beber. Su esposa dice que lo hacía muy rara vez. El segundo hecho proviene de la autopsia: se encontró cierta cantidad de alcohol en el cadáver. Y acerca del tercero, creo que usted mismo nos podrá dar una definición.

Sacó de un cajón de su escritorio un sobre del que extrajo las pruebas de imprenta que había corregido Morel antes de su muerte, separó la primera y la puso en manos de Daniel.

Éste la observó con suma atención y después miró perplejo al comisario.

—Ésta no es la letra de Raimundo —dijo.

—La pericia de las escrituras —sentenció el comisario— es la más difícil, y la de resultados menos ciertos. Usted se guía por algunas evidentes diferencias externas, y se equivoca. El experto analiza detalles menos superficiales, y por lo tanto más reveladores. Usted lanza una mirada y emite un juicio. El experto mide y compara. Utiliza más de un método. Recurre a la grafoscopia, que es el más simple y más antiguo: la comparación de las formas, que se realiza en ampliaciones fotográficas de dos o tres diámetros. Analiza la forma general del grafismo y la forma de cada letra en particular. Si esto no basta, apela a la grafometría, que analiza no ya las formas sino los caracteres cuantitativos, altura media de las letras minúsculas en general y en particular, altura media de las mayúsculas, separación de las letras y palabras; en el caso de una letra determinada, por ejemplo la f, se tomarán en cuenta el índice de intersección de la barra, el índice de lateralidad, de elevación, de oblicuidad, etcétera.

"En nuestro caso, lo primero que me llamó la atención fue lo vacilante y torpe de las correcciones. El propio hermano de Morel tuvo dificultad en reconocer esa escritura.

"Existía pues la posibilidad de que las pruebas de imprenta hubieran sido corregidas por otra persona. Y en tal

caso, podía robustecerse la suposición de un asesinato, ya que ése sería el primer indicio de la presencia de un tercero en el departamento de Morel, aunque por el momento no pudiéramos comprender por qué ese hipotético visitante se había puesto a corregir las pruebas. Por eso me procuré una muestra de la verdadera escritura de Morel y pedí una pericia caligráfica. La han realizado antes de lo que yo pensaba, y sus resultados son muy significativos.

"No quiero insistir en detalles técnicos, pero del análisis de los pequeños rasgos característicos de las letras, los puntos de ataque, la involución y la versión de los círculos en las letras redondas, oblicuidad de los ejes, etc., el experto llega a la conclusión de que la persona que corrigió esa prueba de imprenta es la misma que escribió la hoja manuscrita que yo le llevé. Las diferencias observables las explica suponiendo que esa prueba fue corregida bajo la influencia de un fuerte estado emocional, de una droga, o de cualquier otro excitante, o por lo menos en circunstancias distintas de las normales, que a él, naturalmente, no le corresponde determinar, pues su misión se reduce a establecer si hay o no identidad. Los peritos calígrafos suelen ser muy cautos en sus juicios; todo dictamen lleva implícito una posibilidad bastante grande de error. Si se tiene eso en cuenta, sus conclusiones son singularmente categóricas.

"Creo que ahora podemos completar el panorama trazado anteriormente. Sabemos que Morel tenía una pistola automática de calibre 6.35 sin dispositivo de seguridad. Sabemos o tenemos derecho a suponer que estuvo solo en su departamento a partir de las nueve. Poco antes había tenido una pequeña escena con su esposa. Eso pudo deprimirlo e inducirlo a beber. Después pensó quizá que con eso no remediaría nada, y resolvió ponerse a trabajar. Empezó a corregir las pruebas que usted le había entregado unas horas antes. Pero no estaba acostumbrado a beber, y la bebida había

empezado a surtir su efecto. Quizá no estaba ebrio, pero la seguridad de su mano no era la habitual. Después de corregir algunas páginas, decidió abandonar el trabajo y ocuparse en algo que no le exigiera ningún esfuerzo mental. Quizás al abrir un cajón de su escritorio para guardar las pruebas de imprenta vio el estuche de la pistola. La sacó, retiró el cargador con el propósito de limpiarla, sin advertir que quedaba una bala adentro, y algún movimiento brusco de su mano produjo el accidente."

Daniel se levantó, disponiéndose a marcharse. Arrugas de preocupación le surcaban la frente.

—Muy razonable —murmuró—. Demasiado razonable. Quizá por eso no alcanza a convencerme.

El comisario se encogió de hombros.

—Lo siento, pero esas son mis conclusiones —guardó las galeras en el sobre de donde las había sacado y se las entregó a Daniel—. Supongo que ustedes necesitarán esas pruebas de imprenta —y añadió con cierto sarcasmo—: Tal vez usted pueda descubrir en ellas algo que se nos haya escapado a nosotros.

Capítulo VI

Aurelio Rodríguez, viejo empleado de la Editorial Corsario, fue el imprevisible y efímero Watson de aquella singular aventura de las pruebas de imprenta. Pero su encumbramiento a esa alta dignidad dependió de una circunstancia puramente accidental: su escritorio era el más próximo al de Daniel.

Éste, al volver de su entrevista con el comisario, depositó ante sí las pruebas de la obra de Holmes y distraídamente empezó a hojearlas.

Fue entonces cuando Rodríguez oyó el estrepitoso crujido de una silla, y alzando la vista advirtió que Daniel se había incorporado de un salto. Señalaba con el índice extendido una

de las páginas, y movía los labios pronunciando palabras inaudibles. Sus ojos parecían desorbitados.

Rodríguez se acercó, dominado por la curiosidad, y observó los primeros renglones de la galera que Hernández le señalaba con gesto imperioso. Después leyó las correcciones y se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? —dijo—. Yo no veo nada. Hay algunas correcciones, pero parecen bien hechas.

—Holmes —musitó Daniel con expresión extraviada—. Oliver Wendell Holmes. Sherlock Holmes. Extraña coincidencia… ¿Recuerda usted el curioso incidente del perro?

Rodríguez lo miró como si empezara a creer que se había vuelto loco.

—¿Ha olvidado los clásicos? —insistió Daniel—. El curioso incidente del perro era que no había ladrado de noche. Y el curioso incidente de estas dos o tres correcciones es que están bien hechas, están bien escritas con una letra perfecta, con la letra auténtica de Raimundo Morel. ¿Comprende ahora?

Rodríguez meneó la cabeza, desalentado.

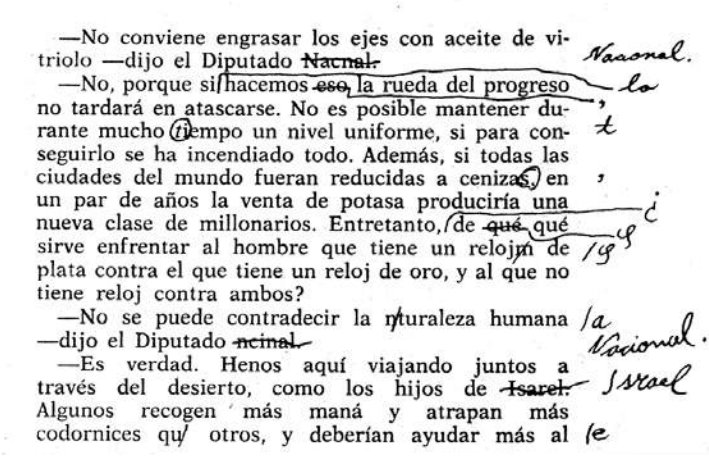
—Mire, señor Hernández, yo…

—Se lo explicaré en términos más sencillos. Mejor aún, dejaré que lo explique usted. Se lo explicaré en preguntas. ¿Usted cree en la ebriedad intermitente?

Rodríguez se encogió de hombros.

—Perfecto. ¿Cree que la bebida agudiza la visión y estimula las facultades mentales?

Rodríguez debía tener cierta experiencia al respecto, porque esta vez respondió con una categórica negativa.



—No conviene engrasar los ejes con aceite de vitriolo —dijo el Diputado ~~Nacnal.~~ Nacional.
—No, porque si hacemos ~~eso,~~ la rueda del progreso no tardará en atascarse. No es posible mantener durante mucho tiempo un nivel uniforme, si para conseguirlo se ha incendiado todo. Además, si todas las ciudades del mundo fueran reducidas a cenizas, en un par de años la venta de potasa produciría una nueva clase de millonarios. Entretanto, de ~~qué~~ qué sirve enfrentar al hombre que tiene un reloj de plata contra el que tiene un reloj de oro, y al que no tiene reloj contra ambos?
—No se puede contradecir la naturaleza humana —dijo el Diputado ~~ncinal.~~ Nacional.
—Es verdad. Henos aquí viajando juntos a través del desierto, como los hijos de ~~Isarel.~~ Israel Algunos recogen más maná y atrapan más codornices que otros, y deberían ayudar más al

Imagen 2

—Gracias —respondió Daniel con expresión sibilina—, ya está usted en condiciones de deslumbrar al comisario Jiménez.

Rodríguez volvió a su escritorio y por espacio de media hora escuchó con creciente espanto las intermitentes exclamaciones de Daniel Hernández a medida que éste hojeaba las pruebas de galera. Después lo vio recoger apresuradamente el sobretodo y el sombrero y bajar a saltos la escalera.

Dos horas más tarde estaba de vuelta con un gran paquete del que sacó un mapa ferroviario y media docena de horarios de ferrocarriles.

Llamó a Rodríguez y, entregándole una galera sin revisar de las que componían la pila, le pidió que la corrigiera minuciosamente. Rodríguez se puso a la tarea, más intrigado que nunca, mientras Daniel, reloj en mano, aguardaba los resultados.

Cuando Rodríguez le entregó la larga hoja corregida, Daniel murmuró:

—Seis minutos. Noventa y ocho renglones. Morel corrigió veintidós galeras. Excelente. Acaba usted de resolver el caso.

En seguida se entregó con renovado furor a la tarea de consultar los horarios de trenes, el mapa y las pruebas de imprenta, al tiempo que borroneaba hojas en blanco con largas anotaciones.

Por fin pidió una regla y papel transparente, y con ayuda de esos implementos estuvo ocupado en calcar algún detalle del mapa ferroviario y en trazar un minucioso gráfico.

A las seis y media de la tarde hizo un paquete con todo, se puso el sombrero y se fue sin saludar a nadie.

El subterráneo lo dejó en la estación Once, donde sólo tuvo que caminar unos pasos para tomar un tren de la línea suburbana que lo llevó a Moreno. Allí desembarcó, cruzó las vías y tomó el primer tren de regreso.

Al día siguiente no fue a la oficina. Alrededor de las siete de la tarde alguien lo vio atravesar rápidamente el gran *hall* central de Constitución y subir a un tren estacionado en una de las plataformas.

El próximo en tener noticias de él fue el comisario Jiménez. A la una de la mañana lo despertó el estridente campanilleo del teléfono, en su domicilio particular, y oyó la voz excitada de Daniel.

—Comisario, ¿puede reunir mañana a primera hora a todos los implicados en la muerte de Raimundo Morel? Creo que he descubierto algo muy importante.

—¿Usted también? —replicó el comisario de pésimo humor—. Parece que todo el mundo se ha dedicado a investigar por su cuenta. A este paso yo no sé para qué está la policía.

—¿Hay alguien más? —preguntó Daniel con un sobresalto.

—Sí —repuso el comisario—. Hace unas horas me llamó Alvarado. Él también dice que ha descubierto algo

importante. En él lo comprendo. Son trescientos mil pesos que trata de salvar. Pero usted…

Daniel cortó apresuradamente.

Capítulo VII

El despacho del comisario casi resultaba chico para contener todas las personas reunidas en él. Alberta Morel, severamente vestida de luto, parecía exhausta y demacrada. A su lado, Anselmo Benavídez exageraba el papel de amigo de la familia, mirando a Alberta con expresión protectora y a Daniel y a Alvarado con gesto feroz. El doctor Quintana, después de ajustarse cuidadosamente los anteojos, había cruzado los brazos y se había echado hacia atrás en su silla, aguardando los acontecimientos. Agustín Morel parecía más macilento que nunca. Alvarado miraba a todos con una expresión levemente burlona en su rostro oscuro y desagradable.

El comisario fue el primero en hablar. Le resultaba difícil ocultar su impaciencia. Le desagradaba el carácter marcadamente teatral de aquella reunión, y se comprendía que sólo un escrúpulo de funcionario consciente le impedía desechar aquella vaga posibilidad de descubrir algún hecho ignorado. En el fondo creía estar perdiendo el tiempo, y de buena gana habría despachado a Alvarado y Daniel con cajas destempladas.

—Señora —dijo dirigiéndose a Alberta—, le agradezco que haya venido. Estos dos caballeros —añadió mirando a los improvisados investigadores— afirman que han descubierto algo importante relacionado con la muerte de su esposo, y naturalmente usted es la primera interesada en saberlo. Además, ellos han solicitado que estuviera presente. Sin embargo, creo necesario advertirle que no se trata de un interrogatorio oficial, y que no tiene obligación de contestar a ninguna pregunta que se le formule, si no desea hacerlo.

"Me parece conveniente agregar que la opinión de la policía está formada. Creemos que su esposo murió a consecuencia de un accidente que soy el primero en deplorar. Comprendo, sin embargo —añadió lanzando una mirada turbia al agente de seguros—, que hay ciertos intereses en juego, y creo que nada se pierde con tratar de esclarecer, aún más, circunstancias que a mí, personalmente, me parecen ya bastante claras."

Después de este breve exordio, el comisario hizo un gesto en dirección de Alvarado, indicándole que podía empezar.

—No sé si lo que yo traigo es una nueva solución de este problema —dijo con voz meliflua—. Confío plenamente en la capacidad de la policía para reconstruir las circunstancias de la muerte de Morel. Pero no me parece probado que esa muerte se deba a un accidente. Y adelanto el propósito de la compañía que represento —agregó con repentino estridor— de no hacer efectivo el seguro de que es beneficiaria la señora de Morel mientras existan serias presunciones de que las cosas ocurrieron de otra manera.

Las palabras iniciales de Alvarado causaron revuelo. Daniel, sonriendo a pesar suyo, pensó que aquel hombre sería un excelente orador político. Benavídez tomó el brazo de Alberta, como si temiera que fuera a desmayarse. Alberta, en efecto, se puso blanca como un papel y abrió la boca para decir algo, pero su abogado se le adelantó.

—Eso es absurdo —dijo—. Usted sabe muy bien que la muerte de Morel fue accidental. Cualquier magistrado proveerá a favor de mi cliente.

Alvarado lo miró con sonrisa exasperante.

—En su lugar, doctor, yo no estaría tan seguro. Y si he condescendido en dilucidar aquí la cuestión, antes de que pase a los estrados judiciales, es precisamente para evitarle desagradables sorpresas.

El abogado enmudeció. Alvarado hablaba con sorprendente seguridad. Consciente de haber impuesto ciertas condiciones, moderó nuevamente la voz.

—Sin duda —dijo— la hipótesis policial parece muy sólida, cosa que no debe extrañar a quien como yo conoce hace muchos años al comisario —hizo una reverencia algo burlona en dirección de Jiménez, que este ignoró—. Pero todas las cosas pueden mirarse desde muchos ángulos, y a la luz de ciertos hechos que voy a revelar y que aún no han surgido en el transcurso de la investigación, creo que el mismo comisario las verá de otro modo.

"Yo propongo que examinemos nuevamente todas las circunstancias que rodean la muerte de Morel, y veamos si admiten la interpretación que les da la policía, si admiten sólo esa interpretación, o si es posible formular otras.

"No pongo en duda la validez de los testimonios surgidos en el transcurso de la investigación. Creo que están debidamente corroborados. Admitimos pues que Raimundo Morel volvió a su casa, la noche del supuesto accidente, alrededor de las siete y media, según ha declarado su esposa. Poco antes de las nueve, ella le pidió que la acompañara al cine, y él se negó, pretextando que debía realizar cierto trabajo. Sobrevino entonces una pequeña escena, sobre cuya trascendencia no estamos en condiciones de abrir juicio, pero que conviene no olvidar.

"A las nueve la señora Morel salió, dejando a su esposo en su habitación de trabajo, se encontró con una amiga y fueron juntas a un cinematógrafo. Todo eso está verificado. A las once y cuarto un amigo de Morel llamó por teléfono a casa de éste, pero nadie atendió el llamado. Aproximadamente a esa misma hora, algunos vecinos oyeron o creyeron oír un disparo. Y también a la misma hora, la señora Morel, aquejada de un súbito dolor de cabeza, resolvió volver a su casa antes de que terminara el espectáculo. Poco después de

llegar al departamento, entró en el escritorio de su esposo, y lo encontró muerto.

"Naturalmente, se presentan a nuestra consideración las tres posibilidades habituales: asesinato, suicidio, accidente. Tratemos de reducir el campo de nuestro análisis. Tratemos de eliminar alguna de esas posibilidades.

"¿A quién beneficia la muerte de Morel? A su esposa, que cobra trescientos mil pesos si la muerte de aquél pasa por un accidente. Pero ella tiene una excelente coartada. Debemos eliminarla como posible sospechosa.

"El hermano de Morel, además de contar también con una coartada, carece de motivo aparente para asesinarlo, puesto que su muerte en nada lo beneficia. Por otra parte, la puerta del departamento está cerrada con llave, y esa circunstancia debilita la hipótesis de un crimen. En efecto, el presunto asesino debería poseer una llave del departamento.

"En el escritorio de Morel no hay señales de lucha, no falta dinero, todo está en orden.

"Eliminada la hipótesis de que se haya cometido un crimen, quedan las otras dos. ¿Es un accidente o es un suicidio? Admito las grandes dificultades que se presentan para zanjar la cuestión. El comisario ha hecho un lúcido estudio de todas las circunstancias que rodean la muerte de Morel. Observó que el arma autora del disparo fatal carecía de dispositivo de seguridad. Advirtió claros indicios de que Morel había tenido intención de limpiar esa pistola automática, había retirado el cargador, había destapado una latita de aceite, había humedecido en bencina una pequeña baqueta. Él no puede ignorar cuál es la causa que produce mayor número de accidentes en el manipuleo de pistolas automáticas: una bala olvidada en la cámara, precisamente al sacar el cargador con el propósito de limpiarla. Notó algo más: la pistola automática estaba debajo del brazo de Morel. En muchos casos de suicidio el arma permanece en la mano del suicida, debido

al espasmo cadavérico. No era un hecho decisivo, pero sí una presunción más en favor de la teoría del accidente.

Por último observó que Morel había bebido, hecho confirmado por la autopsia. Y descubrió que la bebida había surtido algún efecto en él: la escritura de ciertas correcciones realizadas por Morel en unas pruebas de imprenta era en extremo vacilante. Ese estado ligeramente alcoholizado de la víctima era muy favorable a un accidente.

"Por último, notó la ausencia de ciertos elementos que acompañan casi invariablemente a los casos de suicidio. Morel no había dejado mensaje alguno en que expresara su propósito de quitarse la vida. Un hombre dispuesto a eliminarse no suele comprometer a las personas que lo rodean, a menos que lo anime el deseo deliberado de causarles daño, y en este caso no hay motivos para suponerlo. Y por sobre todas las cosas, en sus prolijos interrogatorios de los miembros de la familia y allegados, el comisario no había descubierto el menor motivo para que Morel se suicidara.

"Aisladamente, ninguno de esos indicios es definitivo para decretar que Morel no se suicidó, pero en conjunto debo reconocer que de ellos se desprende una presunción muy fuerte en favor de la muerte accidental.

"Pero yo demostraré que todos esos hechos pueden mirarse bajo una faz completamente distinta.

"Yo demostraré que Morel no murió de muerte accidental.

"*Raimundo Morel se suicidó*."

Del semicírculo de sillas que enfrentaba a Alvarado se elevaron voces airadas. El doctor Quintana sacudía la cabeza, haciendo centellear sus espejuelos, pero no se oía lo que decía: la voz tonante de Anselmo Benavídez cubría la suya. Y el propio Agustín parecía haber salido de su letargo y lanzaba escandalizadas exclamaciones de incredulidad. Sólo Alberta permanecía callada, con los ojos muy abiertos.

—Raimundo Morel se suicidó —repitió Alvarado, impávido—. Y tuvo un excelente motivo para hacerlo.

"Yo —añadió en voz más baja y algo teatral—, yo ejerzo un oficio ingrato, y nunca más que ahora, porque ahora debo demoler la obra minuciosa construida por la inteligencia de un hombre a quien admiro, un hombre que tuvo la entereza de morir su propia muerte, una muerte planeada íntegramente por él en sus menores detalles y en sus más lejanas consecuencias.

"Pero antes de reconstruir lo sucedido en el escritorio de Morel la noche de su presunta muerte accidental, es preciso establecer uno o dos puntos de referencia.

"Doctor Quintana —añadió dirigiéndose al sorprendido abogado—, la pregunta que yo le voy a formular tiene una importancia decisiva. Advierto de antemano que conozco la respuesta. Pero me parece que nadie más indicado que usted para decirnos qué restaba, a la muerte de Raimundo Morel, de la fortuna heredada de sus padres."

El abogado se levantó con pausada dignidad y envolvió a Alvarado en una mirada de imponente desdén.

—A usted eso no le interesa —respondió con voz firme—. No tengo obligación de contestar a su pregunta, que me parece completamente al margen del caso.

—Y sin embargo, tiene mucho que ver —insistió Alvarado acentuando la mueca sardónica de su rostro—. Es casi decisivo.

—Está bien, doctor —dijo Alberta con brusca resolución—. No vale la pena ocultarlo. Se lo diré yo. No quedaba casi nada. En unos pocos meses más habría desaparecido lo poco que teníamos. Raimundo empezaba a ganar cierto nombre, pero no dinero. El dinero se había ido en sus viajes de estudio y en sus libros.

—Gracias, señora —dijo Alvarado con una reverencia que quería ser cortés y era casi grotesca—. Acabamos pues de

establecer un punto muy importante: los recursos económicos de Raimundo Morel habían disminuido considerablemente en el transcurso de sus viajes al extranjero, y ahora estaban casi agotados.

"Esto nosotros lo sospechábamos por un pequeño detalle. Morel había sacado su seguro hace unos siete años. En todo ese tiempo siempre pagó puntualmente las primas. Pero en la última hubo cierta demora, no muy grande, pero que tratándose de un hombre que había poseído considerables recursos, nos llamó la atención.

"Morel se había asegurado contra accidente. En realidad, siempre temió que pudiera ser víctima de un accidente. Como muchos hombres de su tipo, era sumamente distraído, y comprendía que una distracción cualquiera, al cruzar la calle, al bajar la escalera, podía costarle la vida. Además, había previsto para un futuro no inmediato el agotamiento de sus medios económicos, y naturalmente pensó que debería dar a su esposa una protección contra cualquier eventualidad.

"Últimamente sus temores se acentuaron. Ya casi había llegado a la situación prevista por él años atrás. Aún le quedaba algo de dinero, pero pronto se acabaría.

"Entonces pensó sacar un nuevo seguro, un seguro de vida esta vez. Llegado el momento, podría trabajar, pero entretanto era necesario proteger a su esposa contra el riesgo de una enfermedad repentina, por ejemplo. Morel era un hombre escrupuloso, consciente de sus responsabilidades.

"Hace un par de meses gestionó el seguro ante nosotros. Nuestra compañía estaba dispuesta a concedérselo en las mejores condiciones.

"Pero entonces descubrió algo imprevisto, algo con lo que no había contado y que lo llenó de pavor. Porque después del examen médico de rigor, nuestra compañía se negó a extenderle la póliza. El médico no le dijo de qué se trataba, pero le recomendó que viera a un especialista del corazón.

"Morel sufría de una enfermedad incurable, que ponía continuamente en peligro su vida, y que en cualquier momento podía tener un desenlace fatal.

"Seguramente fue a ver al especialista, y éste le dijo de qué se trataba, y confirmó sus peores aprensiones.

"Tratemos de imaginar su situación. Sus días estaban contados. Si moría bruscamente a consecuencia de la enfermedad, su mujer quedaría desamparada. Pero en cambio, si moría en un accidente…

"¿Comprenden la diferencia? Para él el fin era igualmente cierto, pero de un modo su esposa quedaría prácticamente en la miseria, y del otro cobraría trescientos mil pesos.

"No le dijo nada a Alberta. Por un lado, pensó que era inútil alarmarla. Y por otro, era necesario que llegado el momento ella también creyera que había muerto accidentalmente, que obrara con naturalidad para que nadie sospechara nada.

"No dijo nada a nadie. Durante días y días llevó en su interior esa carga intolerable de la muerte cierta y próxima. No modificó ninguna de sus costumbres, no dio señales de preocupación o de inquietud. Y empezó a planear el 'accidente' que pondría fin a su vida.

"El problema no era fácil. Primero habrá pensado lanzarse al paso de un tren o ahogarse en un río. Pero en ese caso debía contar con eventuales testigos, cuyas reacciones no podía prever ni impedir. Quizás alguien advertiría en sus últimos movimientos el propósito deliberado del suicidio, quizás él mismo no podría disimularlo.

"No, era más fácil llevar a cabo su plan a solas, sin testigos, con la sola ayuda de ciertos indicios materiales que él combinaría sabiamente para lograr la apariencia de un accidente.

"Durante muchos días imaginó todas las circunstancias que pueden rodear a un accidente. Elaboró una verdadera

técnica del accidente. Se colocó imaginariamente en el lugar de la policía. Debía eliminar del lugar del hecho todo indicio que hiciera pensar en un crimen o en un suicidio.

"Morel tenía un arma que nunca había utilizado, y que guardaba en el fondo de uno de sus cajones. Era una pistola automática que se prestaba admirablemente a sus planes. En primer lugar, era suya: su presencia en el lugar del hecho no causaría extrañeza. Y, en segundo lugar, carecía de dispositivo de seguridad.

"Ésa es el arma que debía utilizar.

"Ahora debía crear condiciones que hicieran plausible el manipuleo de esa arma. Recurrió a los mismos utensilios de limpieza que vienen en el estuche. Al retirar el cargador, dejó una bala en la cámara. Destapó la latita de aceite y humedeció la baqueta en bencina. Todo el mundo pensaría que había tenido el propósito de limpiar la pistola.

"Antes se había ocupado de sembrar otros indicios. Había sostenido una breve discusión con su esposa, que le daría un pretexto para beber. Podemos imaginar con qué íntimo dolor habrá cruzado aquellas agrias palabras finales con la mujer a quien quería ayudar.

"Cerró con llave la puerta del departamento, para reducir las posibilidades de que la policía creyera que se había cometido un crimen. Con el mismo propósito extremó el orden que reinaba en su cuarto. No debían quedar señales de lucha ni el menor indicio de una presencia extraña.

"En casa había una botella de whisky, reservada para algún visitante, porque Morel raramente bebía. Pero esa noche él la abrió y vació dos o tres vasos, dejando la botella a la vista.

"En aquellas dos horas que precedieron a su muerte, Morel violó los hábitos de toda una vida. Tenía aversión por las armas de fuego; esa noche se entretuvo en limpiar una pistola automática. Tenía aversión por la bebida; esa

noche bebió. Amaba a su esposa; esa noche riñó ásperamente con ella.

"Las pruebas de imprenta que acababa de recibir del editor le dieron la oportunidad de añadir a su plan un toque de genio. Esperó a que la bebida surtiera su efecto. Podemos imaginarlo tendiendo su mano a la luz de la lámpara y observando su temblor. Pero detrás de la embriaguez de su cuerpo lo animaba una terrible lucidez. Ninguno de los detalles de su puesta en escena debía parecer inventado. Todo debería ser auténtico.

"Entonces, en lucha con el alcohol que pugnaba por nublar su cerebro, empezó esa tarea atroz de corregir las pruebas, una tarea larga, minuciosa y desesperada. Observó con sombría satisfacción que su mano temblaba, su letra se volvía vacilante, irreconocible. Raimundo Morel, el hombre de letras, el ensayista brillante, escribía como un campesino, como un ebrio.

"Por fin llegó el instante decisivo. Todos los indicios estaban preparados. Hizo a un lado las pruebas de imprenta, y tomó la pistola automática.

"Hasta el último momento conservó una astucia instintiva. Sabía que si empuñaba el arma en la forma habitual y se disparaba un balazo en la sien, quizá no podría impedir que sus dedos se crisparan en torno a la culata de la pistola, aferrándola después de la muerte, y dando una prueba irrebatible de que se había suicidado. Por eso la tomó con la mayor delicadeza, sosteniéndola apenas con la punta de los dedos, en la misma posición que imaginó el comisario, la posición favorable a un accidente. Una leve presión del dedo y salió el disparo. La pistola se desprendió de su mano y quedó aprisionada debajo del brazo.

"Ya ve usted, comisario, cuál es la técnica del accidente. Ya ve cómo los mismos hechos que usted ha invocado en

apoyo de su teoría del accidente pueden invocarse para sostener que Morel se suicidó.

"Usted creyó que no se había suicidado porque no dejaba un mensaje anunciando que se quitaba voluntariamente la vida. Ya sabe por qué no lo dejó: era esencial que nadie supiera que se había suicidado, era esencial que su sacrificio permaneciera ignorado. Usted creyó que no tenía un motivo para suicidarse. Pero yo acabo de demostrar que lo tenía, y muy poderoso: el deseo de proteger a la mujer a quien había ligado su vida y con quien había contraído una grave responsabilidad.

"Por eso dije al empezar que todas las cosas podían mirarse desde más de un ángulo. Y por eso lamento verme obligado a repetir que la compañía que represento no se considera obligada a pagar el seguro contra accidente sacado por Raimundo Morel en favor de su esposa."

Alvarado hizo una pausa de efecto dramático, antes de proseguir:

—Sin embargo, la casa aseguradora reconoce la valentía implícita en la decisión de su antiguo cliente, y puedo adelantar que está dispuesta a hacer ciertas concesiones, a las que no se siente obligada legalmente, pero que exigen las relaciones normales entre seres humanos.

En el tumulto que siguió a esta extraña declaración —en cuyo epílogo el comisario creyó advertir más cautela que generosidad—, Daniel fue el único que no intervino. Permaneció inmóvil, observando a los demás con ojos entrecerrados. El doctor Quintana, convencido a pesar suyo por el vigor argumental de Alvarado, no sabía qué partido tomar. Se adivinaba en su actitud el deseo de inquirir en qué consistían aquellas "concesiones". Alberta permanecía pálida y ojerosa, como muerta. Anselmo Benavídez había abandonado su expresión beligerante, y casi parecía dispuesto, en su papel de amigo de la familia, a parlamentar con Alvarado. Sólo Agustín mantenía una exasperada intransigencia, proclamando que la

hipótesis de Alvarado era un puro juego de palabras, y que no tenía ningún asidero serio. En cuanto al comisario, si bien contemplaba con tristeza los pulverizados fragmentos de su teoría, estaba más alerta y vigilante que nunca.

Alvarado se pasaba un pañuelo de colores chillones por la frente sudorosa, y en su rostro se reflejaba la satisfacción del abogado que acaba de pronunciar un brillante alegato. Quizá saboreaba de antemano la recompensa que le valdría su intervención en el caso.

Dirigiéndose a Daniel Hernández con sonrisa algo irónica, dijo:

—Espero que su versión del caso sea idéntica a la mía.

Daniel tardó en contestar. Parecía reconcentrado en sí mismo, olvidado de la presencia de los demás, con la mirada vuelta hacia adentro.

—No —dijo por fin—. Pero yo también creo que las cosas pueden mirarse desde muchos ángulos. Tranquilícese —añadió con una breve sonrisa, al ver la expresión de sobresalto de Alvarado—, su compañía no tendrá que pagar el seguro.

Capítulo VIII

—Mi versión de los hechos —dijo Daniel cuando todos hubieron ocupado nuevamente sus lugares bajo la mirada cada vez más intrigada y vigilante del comisario— se aparta fundamentalmente de las dos que se han presentado hasta aquí.

"Usted —añadió dirigiéndose a Alvarado— deploró hace un rato la misión que había aceptado de deshacer la minuciosa trama preparada por un hombre inteligente y abnegado. La mía es aún más ingrata. Porque yo debo destruir la imagen de un héroe y sacar a la luz a un asesino.

"Daniel esperaba un tumulto semejante al que habían desencadenado las revelaciones de Alvarado. Pero se equivocó.

Todos permanecieron inmóviles, absolutamente silenciosos. En el despacho del comisario se hizo bruscamente audible el zumbido del ventilador, que oscilaba blandamente, como saludando a derecha e izquierda, con pesada ironía.

—Usted creyó que antes de su muerte Raimundo Morel había creado una férrea cadena de indicios que permitiría reconstruir sus actos físicos (no el recóndito proceso interior que animaba esos actos). Y en efecto, Morel nos ha dejado indicios que nos permiten seguir paso a paso sus movimientos en la noche del crimen. Pero no son los indicios a que usted se refiere, y él los dejó sin saberlo.

"Hace dos o tres días, comisario, usted iluminó mi ignorancia con una lúcida exposición de conocimientos técnicos aplicados al caso que nos ocupa. Me demostró que el proyectil causante de la muerte de Morel había sido disparado por el arma encontrada en el estudio, me demostró que las correcciones de las pruebas de imprenta habían sido realizadas por el propio Morel, me demostró con qué facilidad puede producirse un accidente cuando se trata de limpiar un arma desprovista de seguro. En suma, se reveló usted como un hombre que conoce a fondo su oficio —aún recuerdo aquel intervalo sobre la generatriz entre los extremos de una espira—. Quizás ahora no me agradezca que yo exponga ciertos detalles referentes al mío.

"Pero antes de seguir adelante, adoptaré el prudente método seguido por Alvarado, y trataré de fijar algunos puntos de referencia.

"Señora —añadió dirigiéndose a Alberta—, ¿tiene usted algo que agregar a los testimonios ofrecidos en relación con la muerte de su esposo?"

Alberta lo miró con expresión desfalleciente.

—No —dijo en voz casi inaudible—. No tengo nada que agregar.

—¿Insiste en afirmar que su esposo permaneció en su casa entre las siete y media, hora en que llegó, y las nueve, hora en que salió usted?

—Sí. Todo lo que dije es cierto. Yo…

Se interrumpió, sepultando el rostro en las manos.

Benavídez palmeó el brazo de la mujer, tratando de reanimarla, y el comisario miró a Daniel con expresión de reproche.

—Muy bien —dijo Daniel tranquilamente—. Esto nos permite seguir adelante.

"Mi tarea consistirá en destruir uno de los pilares en que se basan las teorías del comisario y de Alvarado; en demoler uno de los testimonios más importantes presentados en relación con el caso, y finalmente en crear una presunción muy fuerte en favor de la teoría de un asesinato y de la culpabilidad de uno de los implicados.

"Para los fines de mi demostración importa bien poco en realidad quién es el asesino. Lo fundamental, lo que constituirá el tema de la mayor parte de mi exposición, es el procedimiento que he seguido para llegar a conclusiones que colocarán el problema en un plano rutinario donde los métodos policiales serán mucho más eficaces que los míos, y donde la solución estará al alcance de la mano.

"Deseo insistir sobre este aspecto del problema, porque la reconstrucción que voy a ofrecer es larga y nada sencilla.

"Mi demostración es múltiple. Parte, naturalmente, de un razonamiento por probable inferencia, y se va apoyando en no menos de catorce demostraciones parciales, sin contar algunas deducciones marginales.[5]

"Usted, comisario, tuvo en sus manos la prueba de que Morel había sido asesinado. No sólo la tuvo en sus manos, sino que la hizo analizar por sus expertos. Porque esas pruebas de imprenta son la demostración más acabada de

5 Resuelto el problema, el comisario confesó que el pronóstico de Daniel Hernández le había parecido algo exagerado. Como al lector puede sucederle lo mismo, y en bien de la exactitud, iremos numerando a un costado de la página cada uno de los catorce eslabones que constituyen la teoría de Daniel Hernández, cada una de las catorce conclusiones que se van desprendiendo ineludiblemente de la inferencia inicial, y que según sus propias palabras colocan al problema en un plano rutinario, donde la solución es accesible a todo el mundo.

que Morel no se quitó la vida y tampoco fue víctima de un accidente.

"Merced a esas pruebas de imprenta podemos reconstruir *minuto por minuto* los movimientos de Morel entre la hora en que se separó de mí y el momento en que su esposa lo encontró muerto en su estudio.

"Usted advirtió desde el primer momento que había algo anormal en la escritura de esas correcciones. La grafía era irregular, torpe, vacilante. Al propio hermano de Raimundo le costó trabajo reconocerla. Y yo admito que no la reconocí cuando la vi por primera vez. Aquella letra era la de Morel, sin duda, pero deformada por algún agente conjetural: la prisa, la nerviosidad, algún excitante, alguna droga, el alcohol. Todo esto cuadraba perfectamente con la teoría que usted se había formulado mentalmente al advertir indicios de que Morel había bebido. Y cuando el experto confirmó sus impresiones, no le quedó a usted ninguna duda de que aquella letra era la de un hombre que había bebido en cantidades inusitadas para él.

"La idea era aceptable, pero debió ser sometida a exigencias más rigurosas. Cuando usted pidió la pericia de la escritura, separó la primera galera de las demás y la envió junto con una página manuscrita de Morel. Creía usted que en las correcciones de aquella primera galera había elementos suficientes de comparación en qué fundar un dictamen. Y en efecto los había. Por eso no se ocupó usted de las restantes, y se limitó a comprobar que la escritura deformada de Morel persistía hasta la última de las hojas que había corregido.

"Pero si hubiera examinado a fondo *todas* esas páginas, habría descubierto algunos detalles muy significativos. Y aun sin ir tan lejos, si al separar la hoja que envió al experto, la primera del lote, hubiera puesto los ojos en la que quedaba al descubierto, en *la segunda*, habría entrevisto en un relámpago la solución del problema.

"Porque fue eso justamente lo que me ocurrió a mí. Cuando llevé a mi oficina las pruebas de imprenta que usted acababa de devolverme, y empecé a revisarlas, lo hice sin ninguna prevención. O por lo menos mis prevenciones no estaban orientadas en una dirección definida.

"Pero al levantar la primera hoja y examinar el comienzo de la segunda, descubrí algo muy singular. Descubrí que dos de las correcciones estaban realizadas con una escritura perfectamente regular, caligráfica, con la letra auténtica de Raimundo Morel, que yo conocía muy bien. Y en las enmiendas subsiguientes volvían a caer en la torpeza y el desaliño.

"Es más: una misma palabra, la palabra "Nacional" había sido corregida dos veces. La *escritura* de la primera corrección era normal, la de la segunda, no.[6]

"Esto era casi inverosímil. En ambos casos la letra era de Morel. Pero en uno, según usted, era un Morel algo alcoholizado el que escribía. Y al instante siguiente, según el testimonio de mis ojos, era un Morel perfectamente sobrio, que un segundo más tarde retornaba a su embotamiento. Por eso pregunté si alguien creía en la ebriedad intermitente.

"Pero había algo más. Usted había realizado lo que podríamos llamar la crítica externa de esas correcciones. Yo la completé con la crítica interna. La escritura de las mismas era muy desordenada, pero las correcciones en sí tenían una notable precisión. He examinado prolijamente las galeras revisadas por Morel y no he descubierto que se le haya escapado una sola errata. Incluso podría reprochársele un exceso de celo y minuciosidad. Así, por ejemplo, en esa prueba que acabo de mostrarles, señaló una coma defectuosa, y una letra en bastardilla que debía ir en redonda…[7]

6 Ver imagen 2.

7 Véase imagen 2.

"¿Cómo aceptar que un hombre alcoholizado, a quien le tiembla el pulso por efectos de la bebida, conserve esa agudeza de la vista y esa lucidez mental?

"*Yo llegué a la conclusión de que Morel no había bebido antes de corregir esas pruebas, o por lo menos no había bebido en cantidad suficiente para perder el pleno dominio de sus movimientos y de sus ideas*.(1)

"Sin embargo persistía el hecho indudable de que su escritura estaba deformada. Con una complicación: estaba deformada en algunos lugares y en otros no, es decir que el agente interno o externo que había producido esa desfiguración de la escritura no había obrado sin interrupción. Era difícil por lo tanto atribuirla a la bebida, a una droga, a la nerviosidad o a la prisa, influencias cuya duración puede ser mayor o menor, pero que difícilmente podemos concebir como intermitentes.

"¿Cómo explicar esto?

"Usted supuso un agente interno. Yo imaginé un agente *externo*. Usted creyó que la causa de esa deformación procedía del mismo Morel. Yo pensé que provenía de afuera.

"Formulé una hipótesis de trabajo que por el momento no podía demostrar, pero que me serviría de punto de partida, y que más tarde podría aceptar si otros hechos la corroboraban.

"*Imaginé, sencillamente, que Morel había hecho un viaje, un viaje en ferrocarril, y que había corregido las pruebas durante ese viaje*.(2)

"Eso explicaba perfectamente las irregularidades observadas en la letra de Morel: el vaivén del tren imprime un leve temblor a la mano, que se refleja en la letra del que escribe. Pero explicaba algo mucho más importante, algo que no se podía explicar de otra manera: que a determinados intervalos Morel escribiera con su letra normal. Eso ocurría sencillamente cuando el tren se detenía en alguna estación, y el efecto perturbador del movimiento de los coches cesaba.

"Era evidente que Morel había efectuado esas correcciones entre el momento en que yo le entregué las pruebas de imprenta y el momento en que su esposa entró en el estudio y lo encontró muerto, es decir entre las siete de la tarde y las once y media de la noche.

"*Por lo mismo era evidente que había realizado el viaje en el transcurso de esas cuatro horas y media, entre las siete y las once y media*.(3)

"Tenemos pues fijado un *terminus a quo* y un *terminus ad quem*.

"Igualmente obvio era que el viaje realizado era de ida y vuelta, puesto que yo le entregué las pruebas de imprenta aquí, en la ciudad, y también aquí se encontró más tarde su cadáver.

"Pero esto solo no servía de mucho. Servía únicamente para destruir la teoría de que Morel estaba alcoholizado antes de morir, teoría que el comisario empleó para demostrar que su muerte era accidental, y que Alvarado utilizó para demostrar que era un suicidio…

"¿Era posible determinar con más precisión *cuándo* había realizado Morel ese viaje, en qué momento había iniciado el trayecto de ida, cuándo el de vuelta, cuánto había durado? ¿Era posible, en suma, reducir a límites más convenientes ese intervalo de cuatro horas y media?

"Sí, era posible. Y ni aun las más optimistas previsiones habrían permitido sospechar hasta qué punto era posible. Porque en esas hojas corregidas, sin proponérselo, sin siquiera sospecharlo, Morel nos dejó una minuciosa tabla cronológica de todos sus actos.

"La primera aproximación a este problema, la primera reducción de ese intervalo de cuatro horas y media es muy sencilla. Yo me separé de Morel en la Avenida de Mayo, en un punto situado a pocas cuadras de su casa y equidistante de las principales estaciones ferroviarias.

"Calculando en media hora, aproximadamente, el tiempo mínimo necesario para llegar a cualquiera de esas estaciones, comprar el boleto y tomar el tren en el viaje de ida, y el mismo tiempo para llegar a su domicilio al regresar, podemos establecer que *el viaje se realizó entre las siete y media de la tarde y las once de la noche*.(4)

"El intervalo que nos queda ahora es de tres horas y media. Veamos si podemos reducirlo aún más. Para ello es esencial determinar la *duración* del viaje en tren.

"Y una vez más las pruebas de imprenta nos dan la clave.

"Morel corrigió un total de veintidós galeras. Tenemos derecho a suponer que la duración del viaje de ida fue la misma del viaje de vuelta, ya que la distancia evidentemente era igual, y el medio de transporte empleado el mismo. Por idéntico motivo tenemos derecho a suponer que el número de galeras corregidas en el viaje de ida fue igual al número de galeras corregidas en el viaje de vuelta, es decir, la mitad del total.

"Digamos pues que corrigió once galeras en el viaje de ida y once en el de regreso."

—Un momento —dijo el comisario—, eso no me parece del todo seguro. Tanto a la ida como a la vuelta pudo interrumpir su trabajo por cualquier motivo, y entonces esa igualdad desaparece. Además, usted sólo ha probado que realizó un viaje en tren, pero no ha demostrado que tanto al ir como al regresar lo hizo en tren. Pudo realizar el viaje en ferrocarril, y el regreso en automóvil, por ejemplo, o viceversa. En ese caso, todos sus cálculos se derrumban.

Daniel sonrió.

—Muy bien, comisario —dijo—. Veo que su perspicacia se mantiene bien templada. Sin embargo, creo que puedo responder a sus objeciones.

"Dije casi al comienzo de esta exposición que utilizaría una simple hipótesis de trabajo, y que sólo la aceptaría si

nuevos hechos la confirmaban. Y en el caso particular que usted plantea, hay un hecho que la confirma. Ese hecho, como todos los demás, se desprende de las mismas pruebas de imprenta."

Hojeó brevemente el lote de pruebas que había traído consigo, separó una y la tendió al comisario.

—Las galeras están numeradas. Esa lleva el número once. Yo pensé que si mi suposición era acertada, es decir, si Morel había realizado tanto el viaje de ida como el de regreso en ferrocarril, quizás habría algún indicio que marcara esa separación, que señalara cuándo había finalizado el viaje de ida y cuándo había empezado el de regreso. Las galeras estaban resultando tan pródigas en indicios, que no era arriesgado esperar uno más.

"¿Dónde buscar ese indicio? Yo acabo de suponer que Morel corrigió once galeras en el trayecto de ida y once en el de regreso. Si eso es cierto, si hay algún detalle que lo confirme, ese detalle debe estar al finalizar la página once o al empezar la página doce.

"Y en efecto, casi al fin de la página once, en el blanco marginal, observará usted una raya horizontal, bastante prolongada y sinuosa, que separa dos párrafos.

"¿Qué indica esa raya? Indica que en aquel punto Morel interrumpió su trabajo, y dejó una señal para poder reanudarlo más tarde sin dilación. Morel trazó esa raya para marcar el último párrafo corregido, y no perder tiempo más tarde buscando el siguiente, del mismo modo que uno dobla la página de un libro o coloca un señalador cualquiera para saber dónde interrumpió la lectura.

"Y esa interrupción significaba simplemente que Morel había llegado a la estación de destino, que había completado el viaje de ida, después de corregir once galeras. Y las once galeras siguientes, en las que vuelve a observarse la

deformación característica de su escritura, las corrigió en el trayecto de regreso.

"Queda establecido, por lo tanto, que corrigió once galeras en el viaje de ida y once en el de vuelta.(5)

"El paso siguiente consistió en determinar cuánto se tarda normalmente en revisar una galera de características similares a las que había corregido Morel, es decir, del mismo número de renglones —unos noventa y ocho, término medio—, el mismo tipo de letra, la misma caja. Para ello contaba con las pruebas del mismo lote aún no corregidas por Morel. Yo mismo hice la experiencia, y para mayor seguridad pedí a un empleado competente que corrigiera una de aquellas galeras en mi presencia.

"Llegamos a resultados similares. También él como yo, tardamos seis minutos en leer una de esas pruebas."

—Un momento —interpuso una vez más el comisario—. Creo que esta vez sí lo he pescado en falta. Usted parte de un razonamiento falaz. Supone que todo el mundo lee con la misma velocidad. Pero eso no es exacto. Hay lectores rápidos y lectores lentos. Mi esposa, por ejemplo…

Daniel volvió a sonreír.

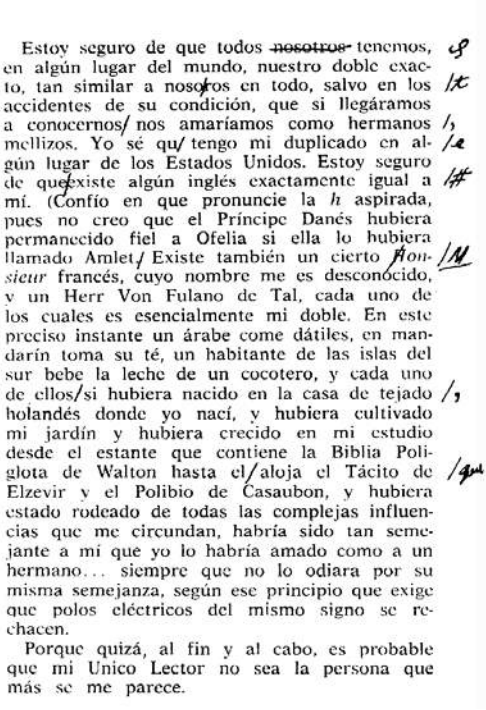
—No —dijo—, es usted quien parte de un razonamiento falso. Usted se refiere a la lectura corriente, pero no a la lectura de pruebas de imprenta. Probablemente usted leería más rápidamente que un corrector avezado, porque usted no tiene experiencia.

El comisario se echó a reír.

—Eso sí que está bueno —dijo—. ¿Yo leería más rápidamente porque no tengo experiencia? Entonces, ¿para qué sirve la experiencia?

—Para leer despacio —respondió Daniel—. El fin de la lectura de las pruebas es descubrir las erratas, las faltas de construcción, las deficiencias de la traducción. Eso obliga a una lectura lenta, silabeada. En la lectura corriente no se leen las palabras completas, sílaba por sílaba, letra por letra. En

la corrección de pruebas, sí. Por eso digo que usted leería con más rapidez, pero con menos eficacia, pasando por alto gran número de errores.



Estoy seguro de que todos ~~nosotros~~ tenemos, en algún lugar del mundo, nuestro doble exacto, tan similar a nosotros en todo, salvo en los accidentes de su condición, que si llegáramos a conocernos nos amaríamos como hermanos mellizos. Yo sé que tengo mi duplicado en algún lugar de los Estados Unidos. Estoy seguro de que existe algún inglés exactamente igual a mí. (Confío en que pronuncie la *h* aspirada, pues no creo que el Príncipe Danés hubiera permanecido fiel a Ofelia si ella lo hubiera llamado Amlet.) Existe también un cierto *Monsieur* francés, cuyo nombre me es desconocido, y un Herr Von Fulano de Tal, cada uno de los cuales es esencialmente mi doble. En este preciso instante un árabe come dátiles, en mandarín toma su té, un habitante de las islas del sur bebe la leche de un cocotero, y cada uno de ellos si hubiera nacido en la casa de tejado holandés donde yo nací, y hubiera cultivado mi jardín y hubiera crecido en mi estudio desde el estante que contiene la Biblia Poliglota de Walton hasta el aloja el Tácito de Elzevir y el Polibio de Casaubon, y hubiera estado rodeado de todas las complejas influencias que me circundan, habría sido tan semejante a mí que yo lo habría amado como a un hermano... siempre que no lo odiara por su misma semejanza, según ese principio que exige que polos eléctricos del mismo signo se rechacen.

Porque quizá, al fin y al cabo, es probable que mi Unico Lector no sea la persona que más se me parece.

Imagen 3

"Esa obligada lentitud establece un factor de regularidad que no existe en la lectura corriente. Tratándose de ésta existen, como usted dice, lectores rápidos y lectores lentos. Pero los correctores experimentados son siempre lentos y cuidadosos. No digo que no persistan algunas diferencias individuales, pero son menos acentuadas y en nuestro caso no pueden afectar mayormente los resultados. Por eso el cálculo aproximado que hice yo sigue siendo válido para Morel, que

también era un corrector meticuloso, como lo demuestra el hecho de que en las veintidós galeras corregidas no se le haya escapado ninguna errata.

"Quedamos pues en que se tardan seis minutos, término medio, para corregir una galera de esas características. Naturalmente el tiempo puede variar de una página a otra según la cantidad de correcciones que haya que realizar, pero tomando un número suficientemente grande de páginas se obtiene un promedio estable, que es el que yo acabo de señalar.

"Morel había corregido once galeras en el viaje de ida y once en el de vuelta. Una simple operación de multiplicar nos da la duración de cada uno de esos viajes. *Tardó aproximadamente 66 minutos para realizar el trayecto de ida, y otro tanto para el regreso*. (6)

"Una hora y seis minutos. Digamos, para simplificar, que tanto la ida como la vuelta duraron una hora, es decir, dos horas en total.

"Veamos si estos datos nos sirven para determinar con más precisión la hora a que viajó.

"Habíamos demostrado anteriormente que el viaje ida-vuelta se realizó entre las siete y media y las once. Es decir que *Morel estuvo de regreso en alguna estación ferroviaria de la ciudad no después de las once* (puesto que media hora más tarde apareció muerto en su casa, y esa media hora la necesitó para trasladarse a ella, subir a su departamento, etc.)

"Pero yo acabo de demostrar que el viaje de regreso le llevó como mínimo una hora: *por lo tanto el viaje de regreso no pudo iniciarse después de las diez*.(7)

"*Pero además había empleado una hora en el viaje de ida*; y si el viaje de regreso debió iniciarse antes de las diez, *el de ida debió iniciarse como mínimo antes de las nueve*.(8)

"*Del mismo modo se demuestra que el regreso no pudo iniciarse antes de las ocho y media*.(9)

"Para mayor sencillez, limitémonos al viaje de ida. El viaje total duró dos horas. Morel regresó antes de las once.

Por consiguiente, inició el trayecto de ida antes de las nueve, como mínimo, y esto suponiendo que al llegar al punto de destino haya tomado el primer tren de regreso, que ese tren saliera en ese preciso instante, etcétera.

"En resumen, *el viaje de ida se inició entre las siete y media de la tarde y las nueve de la noche*.

"Y podríamos ceñir aún más este intervalo si en vez de redondear las cifras, tomáramos en cuenta esos seis minutos que hemos desdeñado. Pero no será necesario.

"Por lo pronto llegamos a una conclusión que es absolutamente definitiva. Porque seguramente usted, comisario, ha comprendido ya que acabo de destruir uno de los testimonios más importantes que se han presentado en el curso de su investigación y del cual nadie hasta ahora ha dudado."

El comisario lo miró con perplejidad.

—No comprendo —dijo—. No veo qué relación…

Daniel suspiró con resignación.

—Es natural —dijo—. Fascinados por el detalle, olvidamos el conjunto. Y sin embargo, al iniciar mi exposición, yo pedí la ratificación de ese testimonio.

"*Yo le pregunté a la señora de Morel si efectivamente su esposo había estado con ella, en su departamento, entre las siete y media de la tarde y las nueve*."(10)

Una aurora de comprensión creció lentamente en los ojos del comisario, agrandándose hasta adquirir la nitidez de la certeza. Se adivinaba que un segundo más tarde su mirada buscaría al asesino, con la seguridad de encontrarlo. Pero antes de que pudiera hacerlo, alguien saltó como un tigre de una de las sillas colocadas en semicírculo y se abalanzó sobre Daniel, ciñéndole la garganta con dedos de hierro.

El comisario saltó a su vez, los dedos de su mano izquierda se hundieron en una cara, obligándola a volverse, su puño derecho golpeó el mentón de aquella cara, con un chasquido seco como de madera que se astilla. Y recién después de dar el golpe vio quién era.

Sentado en el suelo, Anselmo Benavídez se acariciaba la barbilla con una mano.

Capítulo IX

Dos de las sillas estaban vacías. Un agente se había llevado a Benavídez. La señora Morel, en una brusca crisis de histeria, había requerido los servicios de un médico.

Daniel se pasaba suavemente la mano por el cuello, donde aún perduraban unas leves manchas rojizas. Alguien le trajo un vaso de agua, que bebió torpemente.

—La propiedad triangular… —murmuró, y los demás creyeron que la ruda impresión sufrida le había afectado el juicio—. ¡No, no! —añadió casi a gritos al ver que se le acercaban con la evidente intención de remitirlo también al médico—. Estaba pensando en Euclides. Ustedes saben, la suma de dos lados de un triángulo es mayor que el tercero… Morel era el tercero. Ellos lo mataron. Yo…

Pero el comisario no lo dejó proseguir hasta que le hicieron unos masajes que le dolieron terriblemente, mientras se discutía si convenía darle más agua o una copa de brandy, optándose al fin por ambas cosas. Cuando volvió a hablar tenía el aspecto de un muerto, pero era por el tratamiento.

—Ya saben ustedes quién es el asesino —murmuró—. Pero eso no tiene importancia. Lo único importante son esas pruebas de imprenta.

—¿Usted sabía que era él? —preguntó el comisario, impaciente por conocer los detalles.

—Sí —respondió Daniel—, lo supe casi desde el principio, pero me habría sido difícil probarlo en una forma absoluta. Podía probar que Alberta Morel había mentido. Dijo que su esposo estuvo con ella entre las siete y media y las nueve, que son justamente los límites del intervalo en que Raimundo inició su viaje. Había mentido para proteger a alguien. Ese alguien no era su hermano, a quien amparaba su coartada. Por lo tanto, debía

ser Benavídez. También podía probar que Morel había hecho un viaje muy significativo. Pero no sé si eso habría bastado. Felizmente, Benavídez es un hombre impulsivo. Les ha ahorrado mucho trabajo.

—Gracias a usted —dijo el comisario con cierto esfuerzo—. Pero ahora que el caso está terminado…

—¿Terminado? —exclamó Daniel con los ojos muy abiertos—. No, recién empieza. Esas pruebas de imprenta aún tienen mucho que decirnos.

—¿Más aún? —preguntó el comisario con una sonrisa.

—Sí. Más, mucho más. Aún tenemos que averiguar adónde fue Morel aquella noche, a qué hora tomó el tren de ida, a qué hora tomó el tren de regreso, en qué estaciones se detuvo, qué hizo él en ese intervalo… Estas pruebas *hablan* —añadió acariciándolas distraídamente—, y el juez querrá conocer todos los detalles.

"Para obtener nuevas conclusiones debo retroceder a los hechos iniciales. Como usted recordará, yo observé que a veces la escritura de Morel estaba deformada, y otras no. Las correcciones hechas con su letra normal indicaban una detención del tren en una estación intermedia. Y la letra normal de Morel, en las once galeras que había corregido en el trayecto de ida, aparecía en seis lugares distintos. *Es decir que el tren se había detenido en seis estaciones intermedias*. (10)

—¿Y no podría ser que en alguna de esas estaciones Morel no hubiera hecho ninguna corrección? —preguntó el comisario—. En ese caso, el número de estaciones intermedias podría ser mayor.

—Es posible —dijo Daniel—, pero no es probable. En primer lugar, las correcciones son numerosas. No son sólo simples enmiendas tipográficas, sino también modificaciones del texto. Morel estaba corrigiendo su propia traducción. Pero hay algo más importante. El movimiento de los vagones produce la dificultad para escribir que ya hemos visto. Y si uno tiene que hacer una corrección cuando el tren aminora la velocidad

para detenerse en una estación, naturalmente espera a que se detenga, para hacerla con mayor comodidad. Por eso creo que cada uno de esos lugares en que la escritura de Morel es normal, corresponde a una estación intermedia, y que no hubo más paradas intermedias que ésas, es decir, seis en total. Y en las once galeras revisadas en el trayecto de regreso la letra normal de Morel también aparece seis veces.

"Examinando esas hojas en que irrumpe la escritura normal de Morel, observé que los intervalos que las separaban no eran regulares. Eso es lógico, porque las paradas intermedias de una línea ferroviaria tampoco están separadas por intervalos regulares.

"Cada uno de esos intervalos es traducible en tiempo, en minutos. Recordemos que se tarda aproximadamente seis minutos en corregir una hoja. La escritura no desfigurada de Morel aparece por primera vez a comienzos de la segunda galera, es decir, cuando acabó de corregir la primera, o sea seis minutos después de empezar a corregir las pruebas, por lo tanto seis minutos después de iniciado el viaje… *La primera parada intermedia, por lo tanto, está a seis minutos de la estación de origen.*(11)

"Procediendo de la misma manera, podemos determinar a cuántos minutos de tren está cada una de las paradas intermedias con respecto a la estación de origen. Yo hice un cuadro en el que incluí las estaciones intermedias (representadas por los lugares donde aparece la escritura normal de Morel) en correlación con los parciales de hojas corregidas y con los tiempos parciales y totales empleados en corregirlas, atribuyendo el valor 0 a la estación de origen y considerando que la raya horizontal de la página 11 representaba el punto de llegada:

Estaciones intermedias	*Lugares donde aparece la escritura normal*		*Hojas corregidas entre estaciones*	*Tiempos correspondientes parciales*	*Tiempos correspondientes totales*
(Salida)	—		—	0	0
1ª	Comienzos	2ª hoja	1	6	6
2ª	1/3	4ª "	2 1/3	14	20
3ª	fin	4ª "	2/3	4	24
4ª	1/6	6ª "	1 1/6	7	31
5ª	fin	6ª "	5/6	5	36
6ª	5/6	10ª "	3 5/6	23	59
(Raya: llegada)	fin	11ª "	1 1/6	7	66
			11		—

Imagen 4

"Estos datos están levemente modificados según las conclusiones posteriores obtenidas de ellos mismos. Morel no se había propuesto una regularidad cronométrica en su trabajo. Pero en lo esencial son exactos, y nos permiten obtener datos fundamentales para explicar todo lo que sucedió después. *Nos permiten determinar exactamente a qué hora inició Morel su viaje, dónde lo inició y adónde fue.*

"Para ello contamos con los siguientes elementos. Sabemos que el viaje de Morel duró alrededor de 66 minutos (página 68). Sabemos que lo inició entre las siete y media y las nueve (página 68). Sabemos que el tren se detuvo en seis estaciones intermedias (página 72). Y acabamos de establecer los intervalos justos que separan esas seis estaciones intermedias (página 72).

"Como usted ve, identificar el tren en que viajó es tan sencillo como identificar a un asesino cuando se tienen sus impresiones digitales. En efecto, de todos los trenes urbanos que salen entre las siete y media y las nueve, sólo uno responde

a los especialísimos requisitos que terminamos de fijar. Yo no sabía si el lugar adonde se había dirigido Morel era una estación terminal o no, pero conocía los intervalos de tiempo que separan las seis estaciones intermedias, y ese detalle me sobraba para identificar el tren que había tomado.

"Desde luego, tuve que recurrir a los horarios de las compañías ferroviarias. Los revisé todos, uno por uno, hasta encontrar lo que buscaba. La circunstancia de haber podido restringir a los límites conocidos el intervalo en que tomó el tren facilitó enormemente mi tarea. En realidad no tardé más de un par de horas en encontrarlo. *Y el único tren que respondía a aquellas exigencias era uno que salía de la Estación Constitución a las 19.33 y llegaba a La Plata a las 20.39.* (12)

"Con idéntico método, determiné que había regresado en un tren que sale de La Plata a las 21.36 y llega a Constitución a las 22.42. (13)

"Pero no me conformé con esto. Resolví someter mi teoría a la prueba experimental. Reconstruí personalmente los movimientos de Morel. Obtuve dos juegos de pruebas de imprenta similares a las que había corregido Morel, de la misma obra. Había un tren que salía de la Estación Once después de las siete y media, con destino a Moreno. No respondía a los requisitos anteriores, pero yo recordé que Agustín Morel vivía en Moreno y quise descartarlo, realizando el viaje y corrigiendo en el trayecto los primeros capítulos del libro de Holmes. Y en efecto, no había la menor coincidencia entre los intervalos de tiempo que yo había determinado y los que iba señalando en las pruebas que corregía.

"Al día siguiente repetí la experiencia, pero con el tren que sale de Constitución a las 19.33. Y esta vez la coincidencia fue absoluta. Mi letra desfigurada borroneó las pruebas de imprenta, interrumpida a los intervalos previstos por mi letra auténtica."

Daniel sacó del bolsillo un horario de ferrocarriles, arrancó una hojita y se la tendió al comisario.

—Puede compararla con los datos del cuadro anterior —dijo—. Verá que los tiempos parciales y totales se corresponden, y que si en el cuadro primitivo remplaza el 0 correspondiente a la estación de origen por la hora 19.33, reconstruye el horario[8].

El comisario tomó la hojita y la cotejó con el cuadro dactilografiado.

—¿Y no podía haber sido otro tren de la misma línea? —preguntó—. Hay dos entre las siete y media y las nueve. El de las 20.12, por ejemplo, o el de las 20.53.

Daniel sonrió.

—No —dijo—. Esos se detienen sólo en cinco estaciones. El de las 19.33, afortunadamente para mí, se detiene en seis.

"Pero volvamos a nuestro crimen. El análisis que acabo de realizar no es inútil. Agrega un nuevo indicio a los anteriores. *Morel viajó a La Plata. Y es ahí donde vivía otro de los personajes de quienes se debió sospechar. Es ahí donde vivía Anselmo Benavídez.*(14)

"Me parece que ya hemos logrado colocar el problema en un plano donde la investigación más rutinaria podría resolverlo. Morel era un hombre dedicado al estudio, con una visión profunda para los problemas relacionados con su vocación, con su credo, con sus ideas, pero algo miope, como suele ocurrir, para las cosas más vulgares de la vida cotidiana. Quizá nunca pensó que ese alejamiento de las pequeñas cosas diarias podría influir desfavorablemente en su propia esposa, alejarla, entregarla finalmente a otro hombre. Pero eso ocurrió. Y ese hombre fue Benavídez.

8 Daniel Hernández entregó también al comisario un gráfico que no agregaba nada nuevo a su demostración, pero que la presentaba desde otro aspecto; y una tabla cronológica que el lector exigente podrá encontrar en el "Apéndice" incluido al final de este relato.

Lunes a Sábado

Tren Nº	747	763	703H	767	773	777	787	787H	791	801
Andén Nº	11	11	..	9	9	11	9	..	10	8
P. Constitución ...	18 18	19 33	..	19 36	19 50	19 56	20 12	..	20 15	20 36
H. Irigoyen	..	..	..	19 41	..	20 01	..	..	20 20	20 41
Avellaneda	19 23	18 39	..	19 44	19 58	20 04	20 18	..	20 23	20 44
Sarandí	19 20	..	..	19 51	..	20 11	..	..	20 30	20 51
Gb. D. A. Mercante	19 35	..	..	19 55	..	20 15	..	..	20 34	20 55
Wilde	19 38	..	..	19 58	..	20 18	..	..	20 37	20 58
Don Bosco	19 42	..	..	20 02	..	20 22	..	..	20 41	21 02
Bernal	19 48	19 53	..	20 06	20 26	20 26	20 23	..	20 45	21 06
Quilmes ..... llg.	19 50	19 57	..	20 10	20 18	20 30	20 37	..	20 49	21 10
Quilmes ..... sal.	—	19 58	..	—	20 18	—	20 38	..	—	21 11
Ezpeleta	..	20 04	—	..	20 24	..	20 44	—	..	21 17
Berazategui	..	20 09	20 15	..	20 29	..	20 49	20 57	..	21 22
Plátanos	..	..	20 21	..	—	..	..	21 03	..	—
G. E. Hudson	..	..	20 25	..		..	..	21 07	..	
D. de la Ancianidad	..	..	20 34	..		..	..	21 18	..	
Villa Elisa	..	..	20 39	..	a Ranelagh	..	..	21 20	..	a Ranelagh
City Bell	..	..	20 43	..		..	..	21 25	..	
M. B. Gonnet.	..	..	20 48	..		..	..	21 30	..	
Ringuelet	..	20 32	20 61	..		..	..	21 33	..	
Tolosa	..	..	20 68	..		..	..	21 38	..	
La Plata	..	20 39	21 00	..		..	21 17	21 42	..	

Los trenes son para viajar cómodamente. No ocupe su asiento ni espacios llenándolos de maletas. Pierda unos minutos: despáchelos en el furgón.

Imagen 5

"Tampoco tenía una visión privilegiada para el manejo de sus recursos económicos. En algunos años gastó el dinero heredado de sus padres, y dentro de poco no le habrían quedado más que algunos magros derechos de autor.

"Hace algún tiempo había sacado un seguro de accidente a favor de su esposa. Era la máxima concesión que podía hacer a las ideas de seguridad y previsión. Ese seguro se convirtió más tarde en una fuerte tentación para Alberta y su amante.

"Seguramente fue Benavídez el autor de la idea. Quiero creer que ella se negó en un principio, y que sólo accedió cuando supo que Raimundo padecía de una enfermedad incurable (fue él mismo quien se lo dijo), que tal vez le quedaba poco tiempo de vida y que al morir la dejaría desamparada. El mismo razonamiento que alegó Alvarado es válido, pero no fue Morel quien se lo formuló, sino Alberta. Si Raimundo moría a causa de su enfermedad, ella no vería un céntimo. En cambio si moría en un accidente, cobraría trescientos mil pesos. Y Raimundo podía morir en cualquier momento. ¿Qué importaban uno o dos meses más de vida?

"No debemos criticarla demasiado. En cierto modo estaba defendiendo su derecho a la felicidad, un derecho que Morel, ciego a todo lo que no fuera su vocación de escritor, había descuidado. Además, estoy convencido de que a último momento ella se arrepintió. Su apresurado regreso al departamento lo demuestra. Pero llegó unos minutos demasiado tarde, Morel ya estaba muerto, y era preciso llevar el plan adelante.

"Ese plan había sido elaborado cuidadosamente. Debían preparar las cosas de manera que todos creyeran en un accidente. Para eso debían eliminar toda presunción de suicidio o de asesinato. Fueron ellos mismos los autores de esa serie de razonamientos que Alvarado atribuyó a Morel. Fueron ellos y no Morel quienes elaboraron una verdadera técnica del accidente.

"Alberta sabía que su esposo guardaba una pistola automática en el cajón de su escritorio, y preveía que no notaría su ausencia. La sacó, y la entregó a Benavídez, quien sería el autor material del crimen. También le dio una llave de la puerta de calle, para que pudiera entrar y salir cómodamente de la casa, y una llave del departamento para que al salir de él, después de asesinar a Morel, pudiera cerrar la puerta con llave. Benavídez iría a verlo con cualquier pretexto. Morel lo conocía y lo recibiría en su casa, sin sospechar.

"Pero algún rumor de lo que estaba sucediendo debió llegar a oídos de Morel. Quizá recibió algún anónimo, o alguno de sus amigos le dio a entender que pasaba algo raro entre Alberta y Benavídez. No creo que lo haya advertido él mismo, y probablemente no prestó mucha fe a lo que se murmuraba, pero de todas maneras resolvió ir a ver al amigo de Alberta para tratar de aclarar la situación en la forma más discreta posible.

"Esto precipitó los acontecimientos. Al separarse de mí, después que yo le entregué las pruebas de imprenta, Morel se dirigió a la estación, con el propósito de tomar el tren para entrevistarse con Benavídez. De la misma estación telefoneó

a su esposa, para anunciarle que no iría a su casa. Quizás agregó que tenía intención de viajar a La Plata. Ella debió adivinar que estaba al descubierto, y que era preciso obrar sin dilación. Telefoneó inmediatamente a Benavídez para ponerlo sobre aviso de que su esposo iría a verlo. En el transcurso de esa conversación determinaron que el crimen se cometería esa misma noche. No necesitaban aludir directamente a él, bastaba que Benavídez le insinuara la conveniencia de dejar el campo libre y procurarse una coartada.

"Cuando Morel llamó a su casa, Benavídez no salió. Había apagado todas las luces para dar la impresión de que estaba ausente. Seguramente espió a Morel, lo vio apretar repetidamente el timbre y por fin, frustrado, regresar a la estación. Lo siguió a prudente distancia. Es posible que mientras esperaba el primer tren de regreso Morel haya entrado en el bar de la estación, y que allí, contra su costumbre, haya bebido alguna bebida alcohólica, para aplacar su explicable nerviosidad.

"Benavídez tomó el mismo tren que Morel. Probablemente viajó algunos vagones más atrás, para no ser visto. Y cinco minutos después de entrar en su departamento, Morel oyó sonar el timbre.

"Fue a abrir y se encontró con Benavídez. Sin duda agradeció el azar que traía a su casa al mismo hombre con quien quería hablar. No se le ocurrió pensar que era una coincidencia demasiado extraña. Lo hizo pasar, lo invitó a sentarse, le sirvió un vaso de whisky y se consideró obligado a beber él también. En seguida se dispuso a exponer el problema que lo inquietaba.

"Pero no hablaron mucho. Benavídez llevaba en el bolsillo la pistola automática que le había facilitado Alberta. Con un veloz movimiento acercó el arma a la cara de Morel e hizo fuego. Yo tengo motivos para opinar sobre la agilidad de ese hombre —añadió llevándose la mano al cuello.

"Lo demás fue simple rutina, por decirlo así. Dejó sobre el escritorio los implementos de limpieza que venían en el estuche, preparándolos en la forma más adecuada para simular un accidente, dejó también allí el cargador de la pistola, con una bala de menos. En esta última etapa quizá trabajó con guantes. Borró del arma sus propias impresiones digitales, se ingenió para estampar en ella las de Morel, le colocó la pistola debajo del brazo, lavó y secó cuidadosamente el vaso en que había bebido, lo guardó, dejó sobre la bandeja el otro, con las impresiones digitales de Morel… En fin, usted conoce todo el repertorio de la simulación.

"Las pruebas de imprenta eran un detalle con el que no había contado, pero cuando las vio, cuando observó aquella letra irregular y temblorosa, creyó que secundarían perfectamente sus planes.

"Al salir, cerró con llave la puerta del departamento. Quizá regresó a su casa, quizá permaneció en algún lugar de la ciudad, esperando la llamada de Alberta.

Esta se había preparado una coartada para que no sospecharan de ella, pues era la única, aparentemente, que tenía un motivo para asesinar a Raimundo. Pero a último momento debió arrepentirse, porque regresó precipitadamente al lugar, dejando a su amiga en el cine. Infortunadamente, era demasiado tarde. Unos minutos antes Morel había muerto.

"Era necesario llevar el plan a buen término. De lo contrario el crimen sería inútil. Por eso mintió cuando dijo que su esposo había permanecido toda la tarde con ella. Comprendía que si usted llegaba a descubrir que Raimundo se había entrevistado con Benavídez poco antes de su muerte, las sospechas se orientarían hacia aquél.

"Desde luego el plan tenía muchas fallas, y era bastante arriesgado. Pero son justamente esa clase de planes los que suelen tener éxito. De todos los riesgos más evidentes que corrieron, ninguno llegó a concretarse: nadie vio a Morel

en el viaje de ida ni en el de regreso, nadie vio a Benavídez, y los pocos que oyeron la detonación del arma no le dieron importancia. Pero el único detalle que no tuvieron en cuenta, el único que a primera vista no entrañaba ningún peligro, y que aún parecía favorecerlos, fue ese justamente el que los perdió."

Daniel guardó silencio, pero al ver la expresión desolada de Alvarado que aún permanecía allí, acurrucado en una silla, se echó a reír.

—En cuanto a la enfermedad de Morel —dijo—, me admira la forma en que usted sacó partido de ella. Personalmente no creo que haya sido tan grave. Supongo que como la mayor parte de las dolencias cardíacas podía tener un desenlace fatal en cualquier momento, pero también podía prolongarse muchos años si Morel tomaba las debidas precauciones. Existían las dos alternativas. Morel se apoyó en una de ellas para seguir su vida normal, su trabajo, sus estudios.

"Alberta y Benavídez se apoyaron en la opuesta para resolver que había llegado el momento de cometer el crimen."

Apéndice

Entre los distintos elementos de prueba que Daniel Hernández presentó al comisario Jiménez se encontraba un gráfico en el que había representado, sobre una línea recta, el número de hojas corregidas, con los intervalos en que aparecía la letra normal de Morel y los tiempos correspondientes.

Comparando ese gráfico con un diagrama de la línea ferroviaria en que había marcado las estaciones intermedias, se observaba una evidente similitud.

También entregó al comisario una tabla con la definitiva reconstrucción cronológica de los movimientos de Morel, a saber:

19.00 horas: M. se separa de Daniel.
19.33 horas: inicia el viaje de ida.
20.39 horas: finaliza el viaje de ida.
20.50 horas: llega a casa de Benavídez (se determinó más tarde que B. vivía a dos cuadras de la estación).
21.36 horas: inicia el viaje de regreso.
22.42 horas: finaliza el viaje de regreso.
23.05 horas: M. llega a su departamento.
23.10 horas: llega B.
23.15 horas: hora aproximada del crimen.
23.30 horas: Alberta vuelve a su casa.

Variaciones en rojo

A Elina Tejerina,
que sobrevivió a innumerables versiones
preliminares de este relato.
***

Entonces Daniel, cuyo nombre era Balthasar,
estuvo callando casi una hora,
y sus pensamientos le espantaban.

Biblia, Libro de Daniel, IV, 19.

Capítulo I

Cuando el cadáver de Carla de Velde apareció en el estudio de Duilio Peruzzi, un rumor localizado pero irreversible, como un hilo de agua entre rocas, aseguró en los medios artísticos y literarios de la ciudad que el ya célebre pintor había consumado el más hábil de sus trucos publicitarios. Algunos llegaron a afirmar que toda su anterior carrera propendía a esa culminación perfecta y asombrosa. Otros, más prudentes o vengativos, declamaron que Peruzzi había llevado a extremos dogmáticos la pronunciada necrofilia que se había advertido en sus últimos cuadros. Sus más peligrosos admiradores observaron que la muerte de Carla de Velde y las circunstancias que la rodearon eran los elementos de la más prodigiosa obra de arte de nuestros desacreditados tiempos…

A todos ellos el gran Duilio respondió haciendo publicar en un periódico de vanguardia su efigie de romano antiguo, exornada por la legendaria y flamígera barba caldea, de

indignado vértice, flexionado el brazo izquierdo e intercalado el derecho entre brazo y antebrazo, en porteñísimo gesto de desdén y repulsa. Aquella fotografía, tomada en un corredor de Tribunales, donde Peruzzi aparecía entre dos sonrisas desconocidas, catalizó las más enconadas y pintorescas reacciones.

Tres galerías de la calle Florida y una de la calle Santa Fe inauguraron simultáneas exposiciones de las obras de Peruzzi. De los doscientos cincuenta cuadros y dibujos en que se calculaba su producción hasta ese entonces, se vendieron en pocas semanas más de doscientos, lo que demuestra la rápida inventiva y el fervor artístico de los agentes. Resucitaron viejos afiches y bocetos de propaganda en los que se advirtió de pronto el incipiente toque genial de quien por un instante inconcebible eclipsó en el ánimo del público la notoriedad de Picasso y Matisse, de Dalí y Chirico. *La Nación* publicó en su suplemento dominical una reproducción a toda página de su inmortal goyesca Interpretación de un tema de Kafka, en que el célebre personaje de *La metamorfosis* se jactaba de una reconocible semejanza con un ilustre personaje de la vida política internacional. *La Nación* fue brevemente clausurada —por perturbar determinadas relaciones diplomáticas— pero todos elogiaron su sacrificio en aras de la verdad pictórica y cívica.

Otros periódicos y revistas ilustradas de tendencia más crasamente sensacionalista descuidaron el aspecto artístico del caso en beneficio del meramente policial. Obedeciendo a leyes periodísticas tan inescapables como las que rigen el mundo de los fenómenos físicos, recayeron en previsibles reminiscencias de Gastón Leroux, y con un ágil salto de la imaginación bautizaron aquel nudo de circunstancias pérfidas con el título de *El misterio del cuarto escarlata*. Título que proponía dos negligibles falacias, una de orden pictórico, otra simplemente descriptiva: la de suponer un cuarto cerrado por dentro.

Porque en realidad, el caso de Carla de Velde, para los que quisieron ver en él un halo de misterio, fue el exacto reverso de aquel problema clásico: un cuarto cerrado por fuera. Y para los que, como el comisario Jiménez, se negaban a esos bruscos improntus de la fantasía, algo tan evidente como la misma luz.

La descripción que Carmen Sandoval, casera del edificio, hizo de la escena del crimen, merece a pesar de su discutible origen un lugar de privilegio entre los más meditados "Infernos" de las literaturas occidentales. Yo propongo que se retenga su nombre junto a los del Dante y Beckford, May Sinclair y su temprano vástago: Jean-Paul Sartre.

Con esta diferencia: el horror se desprende de los hechos, no de las balbucientes palabras que la Sandoval, inculta y aterrorizada, pronunció ante los pesquisas.

Ella —dijo— acostumbraba llegar a las seis de la mañana. A esa hora por lo general el pintor, que trabajaba de noche, se había marchado. Subió la escalera y advirtió que en la puerta del estudio la llave estaba puesta del lado de afuera. Hizo girar el picaporte y comprobó que la puerta estaba cerrada con llave. Esto le extrañó, porque Peruzzi acostumbraba llevarse la llave, y ella tenía la suya.

En aquel momento el lechero dejaba su botella de leche junto al umbral de la puerta, al pie de la escalera. La Sandoval acostumbraba prepararse el desayuno apenas concluida la limpieza del estudio.

Como obedeciendo a un presentimiento, lo hizo subir. En presencia del hombre abrió la puerta y apareció ante sus ojos una fantástica escena.

Una viva luz roja fluía del techo y las paredes como una impalpable lluvia de sangre. El cuarto parecía un estanque de aguas purpúreas, en el que todos los objetos se destacaban teñidos del mismo color, como una flora monstruosa. Una cabeza erguida en un pedestal la miró con sardónica sonrisa

escarlata. Una máscara suspendida de un hilo flotaba con la boca desmesuradamente abierta.

Tendido en el piso estaba el cadáver de Carla de Velde, con su larga cabellera cobriza acariciándole la garganta y los hombros desnudos. Y en mitad del pecho un agujero diminuto manaba una colérica víbora de sangre.

Un par de ojos inesperadamente blancos animaron una figura acurrucada en un rincón. Aquella figura se irguió bruscamente en su estatura colosal, y antes de soltar un grito y desmayarse, la Sandoval la vio recortada en rojo. Era Duilio Peruzzi.

Capítulo II

Media hora más tarde llegaba al estudio el comisario Jiménez, con un considerable séquito en el que venía mimetizado un joven de cabellos rubios, pronunciadamente miope a juzgar por sus lentes de ocho dioptrías. Si Daniel Hernández, corrector de pruebas de la editorial Corsario, hubiera tenido que explicar su presencia en aquel lugar, tal vez habría invocado la prolongada amistad que lo unía al comisario Jiménez y la circunstancia de haber resuelto tres o cuatro de los casos más complicados en que aquél intervino. Pero su peculiar habilidad para no ser notado, para confundirse con la atmósfera y aun con el moblaje de una casa, lo ponía a cubierto de esas indiscreciones.

Duilio Peruzzi estuvo a la altura de las circunstancias. Prescindiendo olímpicamente del vigilante que custodiaba la puerta y lo miraba con torva expresión, se adelantó a recibir al comisario con un gesto de gran señor. El bífido extremo de su barba amarilla y rizada abarcó horizontalmente, en ángulo de ciento ochenta grados, el ámbito del estudio.

—Es terrible —exclamó por fin con voz profunda y sonora—. *Une véritable horreur*! Tan hermosa que estaba

Carla con ese vestido escarlata… Y ahora… —Su voz se astilló, como un bloque de mármol al golpe del cincel—. Una máscara de yeso. La muerte trae al rostro todos los defectos que en vida casi no advertimos. Los gérmenes de disolución y decadencia que rescatamos bajo el movible velo de la expresión se concentran de pronto en unos labios, en unos párpados, en el hueco de una mejilla, como una invasión sorda y creciente. Estéticamente, es espantoso.

—Peruzzi —dijo el comisario con voz algo guasona—, déjese de discursos y préndanos una luz decente. Aquí se ve todo colorado.

El pintor apretó un botón de la pared y la lámpara roja que colgaba del techo se apagó. La incandescente atmósfera del estudio se convirtió momentáneamente en un lago de negrura. Después unas bruscas manos vigorosas apartaron unos cortinados también rojos y por una puerta vidriera con reja al exterior irrumpió triunfalmente la plena luz del día.

—Bueno, ahora está mejor —dijo el comisario respirando con alivio—. Peruzzi —agregó serio—, si usted no anda con vueltas y confiesa, nos ahorra trabajo y yo quedo su amigo. ¿Por qué la mató?

Duilio Peruzzi se irguió y paseó la vista alrededor, como tomando a los demás por testigos del atropello.

—Comisario —dijo al fin dignamente—. Yo tenía un buen motivo para matarla. Era mi amante y me traicionaba con su marido. Mi dinero ha henchido los bolsillos de un hombre a quien detesto. Pobre Carla. Pero yo no la maté.

—Está bien —dijo el comisario atusándose el bigote gris—. Ramírez, Carletti, me lo llevan a Moreno y le toman los datos. Ya tendrá tiempo para ablandarse. Después iré yo.

Los dos hombres flanquearon al pintor. Carletti le dio un golpecito amistoso en la espalda, como animándolo a caminar. Pero Duilio Peruzzi no se movió. Permaneció clavado en el

lugar, estatuario, con una enigmática sonrisa en el altanero rostro de bronce.

—¿Estoy arrestado? —preguntó inconsecuentemente.

—En su lugar, comisario —dijo una voz opaca que parecía venir del extremo opuesto del cuarto—, yo no me apresuraría. Creo que falta algo.

El comisario se volvió para encontrarse con la mirada límpida y azul de Daniel.

—No me parece —respondió—. Este hombre solo con la víctima, la puerta cerrada…

—Precisamente —dijo Daniel—. *La puerta cerrada por fuera*. ¿Quién la cerró?

—Eso lo averiguamos después —repuso el comisario encogiéndose de hombros—. Pero éste, cómplice o asesino, no hay vueltas que darle.

—Falta algo más —murmuró tímidamente el hombrecito del rincón—. Falta el arma.

Jiménez lo miró como arrepintiéndose de haberlo traído.

Después se encaró con el pintor.

—Bueno —dijo—, ¿qué espera? ¿Dónde la puso?

Peruzzi tardó en responder. Las comisuras de su boca parecían ascender hacia las orejas en cinceladas curvas por las que se derramaba como un aceite una sonrisa mefistofélica.

—¡Ah, el arma! —dijo—. *Voilà la question*! ¿Qué se habrá hecho esa pícara arma? ¿Por qué no me revisa?

El comisario meditó, como si considerara la posibilidad de hacerlo.

—No —dijo por fin—. No es necesario. Estará entre todos esos trastos.

—Y algo más —insistió Daniel—. Creo que Peruzzi está tratando de hacerle oler ese pañuelo que tiene en la mano.

—En efecto —dijo Peruzzi con entusiasmo—. Huela usted, comisario. Metano triclorado. Cloroformo. La impronta del asesino. Yo, víctima inocente.

El comisario se llevó el pañuelo a la nariz e hizo una mueca. Después lo guardó cuidadosamente en el bolsillo.

El examen de los trastos no dio resultado. Había allí telas nuevas y pintadas, cacharros, pinceles, pomos de pintura, elementos de utilería y una increíble parafernalia de máscaras, estatuillas y muñecos articulados.

En un ángulo descollaba una especie de escenario en miniatura, con un vasto rascacielos de cartón que sobrevolaban dos grandes murciélagos de terciopelo negro, suspendidos con hilos. A la derecha del escenario, una grúa hundía una mano metálica en el piso de tierra adornado por un túmulo de pequeñas cruces blancas de madera.

Daniel observaba con sumo interés una colección de hondas, cerbatanas, arcos y flechas alineados en una esquina.

En aquel momento llamaron a la puerta y un hombre menudo y moreno entró suspendiendo en la punta de los dedos un objeto afilado y brillante.

—Creo que encontramos algo, comisario —dijo mostrándole el estilete—. Estaba al pie de la escalera, detrás de la puerta de calle. Por eso no lo hemos visto al entrar.

El médico de la policía, que terminaba su examen del cadáver, alzó la cabeza y al ver el estilete asintió sin decir palabra.

—¡Ah, apareció el arma! —dijo Duilio Peruzzi con acento fanfarrón—. ¿*Y afuera*? ¿Afuera del estudio? ¿*Del estudio-cerrado-con-llave*? No, no se disculpe, comisario. Está perdonado. Todos cometemos errores.

—Sí —murmuró vagamente la voz de Daniel y los demás se volvieron como si hubieran olvidado su presencia—. El error es el troquel de la sabiduría. ¡Qué tabladillo tan curioso! ¿Será una ilusión óptica? —agregó dirigiéndose a Peruzzi—. Pero aún falta algo. Yo no entiendo de escenografía ni de pintura, y en realidad no sé qué es lo que falta aquí, pero algo falta.

—¡*Ah, mon ami*! —se exaltó Peruzzi—. ¡Esa perspicacia me entusiasma! Usted tiene la visión intuitiva a la que rara

vez accede el burgués estragado por el *affiche* y las revistas! ¡Usted merece empedernirse en el encumbrado ejercicio de la crítica! Es justamente lo que yo me dije anoche cuando entré y vi el escenario de Hans. ¡Este animal de Hans! Casi un año trabajando para mí, y aún no ha adquirido el sentido de la composición… ¡Ah, pero lo despido, esta misma noche lo despido! *Sale bête*!

—¿Se puede saber de qué están hablando? —tronó el comisario—. ¿Quién diablos es ese Jan, y qué diablos falta ahí? A mí me parece que sobra todo.

—El comisario se apresura a reincidir por la pendiente de las falacias —dijo Peruzzi—. Permítame que lo ilumine, comisario. Seré su Virgilio, su ángel de la guarda, su Baedeker en esta *terra incógnita* que es el arte. Hans Baldung es mi ayudante, mi escenógrafo, mi proveedor de nuevas emociones, un bellaco de siete suelas a quien desnucaré no bien asome la cabeza. Ese escenario es su última chapucería, el último engendro de su imaginación debilitada por las miasmas de la guerra. Y como bien dice este joven de mirada de águila —añadió contemplando los gruesos lentes de Daniel—, ahí falta algo. Lo proclaman las leyes irrefragables de la composición. Lo advierte de un golpe la mirada de saeta del artista, experimentado. Lo descubre tardíamente el ojo del profano que intuitivamente condesciende a los secretos del arte. Pero no deja su huella en la coriácea retina de meros idólatras del indicio material.

—Gracias —dijo el comisario, amostazado—. Mi coriácea retina se estremecerá de placer si le muestra usted concretamente lo que falta. No me gusta que falten cosas cuando yo investigo.

—¡Ah, eso sí que no, comisario! —dijo Peruzzi con ademán magistral—. Eso es imposible. Como ya insinué, ahí falta algo, pero no falta una cosa determinada. Falta algo en general. Una figura, un árbol, cualquier cosa. Cada uno debe

suplirlo a su manera. Sin embargo, tal vez le interese saber cómo he enmendado yo la incurable incompetencia de Hans.

Tomó de la mesa un boceto que mostró al comisario con visible orgullo. Daniel reconoció los elementos del tabladillo de Hans que evidentemente le había servido de modelo. El rascacielos estaba dibujado como una mole oscura en cuyo extremo superior se abrían dos ventanitas rojas, semejantes a las pupilas de un monstruo maligno. A un lado, sobre la línea del horizonte, se empinaban bruscas llamaradas de color carmesí. Y en el centro, próximo a la grúa, el gran Duilio había pintado un camión volcador cuya parte delantera se abría en coléricas fauces amarillas, devorando a una fila de hombres oscuros, que vomitaba por la culata amarrados a las crucecitas blancas de Hans.

El comisario abrió la boca como si fuera a reírse, pero después empezó a maldecir con la indignación del hombre honrado a quien le han estropeado el almuerzo.

—¿Y esto qué significa? —rugió—. ¿A eso le llama pintar?

Peruzzi lo miró con arrogancia.

—El profano no tiene derecho a juzgar la obra del artista —dijo—. Le sugiero que resuelva su problema policial, y me deje resolver mis problemas estéticos.

—Ahora entiendo —dijo Daniel—. Eso es lo que faltaba.

Todos lo miraron como si fuera un estúpido.

—Naturalmente —dijo Peruzzi—. Yo he querido dar una interpretación de nuestro mundo actual. El hombre devorado por la máquina, y un horizonte incendiado que es la profecía de su destino. Es muy posible, desde luego, que mi idea no coincida con lo que se propuso Hans. La imaginación del artista creador capta los estímulos externos y los combina en nuevas formas. Hans es un imbécil incapaz de apreciar la intrínseca grandeza de sus creaciones paranoicas.

—Paranoico o no —dijo el comisario, furibundo—, a mí me explica de una vez quién es ese Hans, qué significa ese escenario y cómo se cometió el crimen.

—Ya le he dicho quién es Hans: mi ayudante, mi fuente de estímulos externos. —Y añadió volviéndose a Daniel, en quien presentía un auditorio más simpático—: En la vida cotidiana rara vez se nos presenta la oportunidad de ver algo auténticamente nuevo, de experimentar una impresión primera. Para pintar como un primer hombre, hay que ver como un primer hombre. La propia imaginación es agotable. Yo la he agotado. La naturaleza sobre todo es agotable. La mera repetición de árboles y crepúsculos me da náuseas. Por eso pago a Hans. Él me da temas, él me surte de efectos imprevistos, él combina elementos cotidianos en un orden nuevo. Dalí tuvo que encolar solo sus burros. Yo me los hago encolar por Hans. Una vez por semana me prepara un escenario, un ambiente, una pesadilla. Yo irrumpo bruscamente en ese orden nunca visto, en esas arquitecturas alucinadas, y mi espíritu recibe una impresión indeleble. Mi alma de artista se sacude como la mísera pata de rana pegada al borne de la pila. Estas deliciosas conmociones son el origen de mis cuadros más vendibles.

"Claro está que yo no copio servilmente la irrealidad de Hans. Retengo sólo la impresión experimentada en el instante de entrar a un lugar desconocido: mi estudio. Retengo el instante angustioso y único, y eso me sirve de punto de partida. Lo demás se elabora en los recónditos corredores de mi espíritu. Nunca sé lo que voy a encontrar: una cobra enroscada al caballete, una tortuga amaestrada o al propio Hans colgado de una viga.

"Ya sé lo que va a preguntar, comisario. ¿Por qué he elegido a Hans y no a otro para esa oscura tarea? ¿Por qué él y no otro el Daniele da Volterra de este nuevo Migue Ángel? ¿Por qué he remplazado el plato de manzanas y el pescado por los turbios engendros de Hans? Muy profunda su pregunta,

comisario. Hans es un esquizofrénico, un psicótico, un desquiciado por los bombardeos, el mercado negro y el Hotel de Inmigrantes. Hans es la ventana a través de la cual yo, el artista, veo como en un acuario los elusivos monstruos que constituyen la fauna del alma moderna. Hans es una psique en carne viva. Perdone la paradoja, comisario. En el alma de Hans un río de escorpiones devora una paloma. Perdone la metáfora. Yo soy el espejo encargado de reflejar esa alma cándida y lacerada.

"He citado un motivo práctico de raíces psicológicas. Mencionaré otro humanitario: mi ayudante es un pobre diablo, un inmigrado, una víctima ingenua del cruel anatema recaído en las camisas pardas. Antes del advenimiento del régimen, Baldung era un escenógrafo de mérito, discípulo de Reinhardt. Después decoró palcos oficiales. Ahora devora el pan casi blanco del exilio…"

—Este hombre habla como una canilla descompuesta —dijo el comisario—. A ver si me dice clarito y sin tantas vueltas qué ha pasado aquí, quién lo encerró y cómo mataron a esa mujer.

—*Nescio* —dijo Peruzzi—. *Search me* —añadió sobrevolando siglos de evolución expresiva—. Una conjunción de circunstancias perversas me envuelve como una red. Acepto filosóficamente esa injusticia. Tolero que una mano desconocida me anestesie. Soporto que un puñal aleve interrumpa mi dulce intimidad y que unos dedos ágiles me encierren con llave en compañía del creciente espanto de un cadáver. Sufro su interrogatorio. Pero yo no tengo nada que ver. Soy la cloroformada víctima de un equívoco.

—Para estar cloroformado, me parece que habla mucho —dijo el comisario— ¿Usted vio a su atacante?

—No. Estábamos de espaldas, Carla y yo. La puerta debió abrirse silenciosamente. Carla había llegado unos diez minutos antes y estábamos mirando el boceto que yo acababa de pintar sobre la estenografía de Baldung. En realidad, ya había empezado a trasladar el boceto a la tela.

En efecto, algunas pinceladas rojas adornaban la tela puesta en el caballete.

—¿Y usted pinta con esa luz colorada? —preguntó el comisario.

Peruzzi enarcó una ceja.

—Ah, no —dijo—. Naturalmente que no. Había encendido la lámpara de pie y apagado la luz del techo. Hans estaba autorizado para poner el estudio patas arriba, si eso convenía a sus planes. Lo esencial era que me procurase una impresión nueva. En esta oportunidad había cambiado la lamparilla del techo por una luz roja. Supongo que se había propuesto un efecto apocalíptico.

El comisario se lanzó sobre la contradicción como un perro de presa.

—Usted declara que apagó la luz del techo —dijo—. Esta mañana estaba encendida.

—¡Ah, eso es admirable! —apoyó Peruzzi, impávido—. Eso demuestra que el asesino es un artista. Captó instantáneamente las posibilidades dramáticas del escenario. Asesinó a Carla, la de incendiada cabellera, e inauguró en el estudio una ardiente lluvia de sangre. ¡Magnífico!

En aquel momento llamaron a la puerta y entró un hombre alto, cargado de espaldas, de ojos hundidos y afilada nariz, vestido impecablemente de azul.

—¡*Ah, monsieur le comte*! Su mujer ha muerto —exclamó brutalmente Peruzzi—. Ya no podrá explotarla. Se acabó la mina de oro.

El recién llegado lo miró con una fría llamita de desprecio en sus ojos grises, y sin hacer caso de él se presentó al comisario Jiménez.

—Me llamo Romo Giardino —dijo con leve acento extranjero—. He sabido que mi esposa ha sido asesinada, y vengo a ponerme a su disposición. Aunque probablemente —agregó mirando con odio a Peruzzi— no será difícil descubrir al asesino.

—La gallina que canta —dijo Peruzzi—. Señor conde, yo estoy a cubierto. Dos imposibilidades físicas me amparan.

El comisario se esforzaba por mantener su actitud cortés.

—Señores —dijo—. Así no vamos a ninguna parte. Las cosas se van a aclarar debidamente. Señor Giardino —agregó con benevolencia—, siento lo que le ha ocurrido a su mujer, y agradezco su colaboración. Más tarde hablaré con usted. Ahí afuera encontrará al inspector Valbuena, que le tomará declaración. Y le ruego que me vea antes de irse.

Giardino salió, cerrando la puerta, y el comisario volvió a encararse con Peruzzi.

—Bueno, es hora de que pongamos las cosas en su lugar. Yo le diré lo que pasó, según usted, y usted me dirá si falta algo. Y a la primera palabra de más que me diga, lo mando directo al calabozo. Tome nota —ordenó dirigiéndose a un joven que esperaba instrucciones esgrimiendo una libreta de apuntes taquigráficos—. Usted —dijo encarándose nuevamente con Peruzzi— fue el primero en llegar anoche aquí. ¿A qué hora vino?

—A las diez y media. Una hora más tarde llegó Carla. Y diez minutos después, el asesino.

—Perfecto —dijo el comisario—. Las doce menos veinte. Al fin contesta como una persona normal. Usted dice que estaba de espaldas a la puerta y no vio al asesino. Éste lo anestesió con un pañuelo empapado en cloroformo. ¿Vio usted u oyó algo antes de perder definitivamente el sentido?

—Oí un grito de Carla. La oí pronunciar un nombre. Después caí al piso y alcancé a percibir, como en un sueño, que se encendía la luz roja. Vi borrosamente al asesino inclinado sobre el cadáver de Carla, pero estaba de espaldas. Me desmayé.

—¿Qué nombre pronunció la mujer?

—No puedo decirlo —respondió Peruzzi con arrogancia.

A una señal del comisario, Ramírez y Carletti volvieron a flanquear al pintor.

—No puedo decirlo —repitió apresuradamente Peruzzi—, pero en fin, lo diré. Al fin de cuentas lo llamaría en su auxilio. Era el nombre de su esposo. "¡Rómolo, Roooómolo!" Muy dramático. Parecía una ópera.

—Hum, ya veo —dijo el comisario acariciándose la barbilla—. ¿Y usted trabaja siempre de noche?

—Sí.

—¿No es mejor la luz diurna?

—Para pintar esas aborrecibles naturalezas muertas y paisajes que adornan las casas de familia, sí —respondió el artista con insolencia—. Yo, Duilio Peruzzi…

—Está bien, no se sulfure. ¿La botella de cloroformo estaba aquí?

—Sí. Junto a la puerta, en esa mesita. Creo que fue ese animal de Hans quien la puso.

—¿Para qué tenía usted cloroformo en su estudio?

—Lo uso como solvente. Hay muchos otros —añadió señalando un estante colmado de frasquitos.

—¿Es habitual el empleo del cloroformo como solvente?

—No. Usted debería comprender que yo he renunciado a lo habitual. Pero se usa ocasionalmente como solvente de las lacas. Justamente estuve pintando con una laca. *El cuádruple lecho de Yu-pi-yu*. Una interpretación modernista de un viejo tema oriental. ¿Quiere verlo?

—¡No! —se apresuró a responder el comisario—. Me interesa más la llave. ¿Estaba colocada por dentro antes de la llegada del asesino?

Pero estaba escrito que el interrogatorio del comisario no llegaría a su fin. Se abrió la puerta y del brazo de un pesquisa entró un hombrecito moreno, de ojos escurridizos y rostro *emaciado*, que evidentemente no tenía el menor deseo de participar en los acontecimientos. Al verlo, los ojos de Peruzzi se inyectaron en sangre. Aferrando con ambas manos un vaso ornamental, se lanzó sobre el aterrorizado Hans Baldung. Éste se desprendió con un alarido del brazo del pesquisa y

salió corriendo, atinando a último momento a cerrar la puerta para postergar la ira del tonante Duilio Peruzzi.

El comisario, desesperado, buscó con la vista a Daniel, pero éste se había escabullido un minuto antes sin ser visto, y tuvo oportunidad de presenciar a la distancia la espectacular retirada de Hans Baldung.

Capítulo III

La casa tenía dos pisos, sin comunicación entre sí, que daban a la calle por puertas gemelas. Era un edificio viejo, construido a principios de siglo. Duilio Peruzzi alquilaba el piso alto, que sólo utilizaba para trabajar —vivía en Belgrano— y al que se llegaba por una escalera de mármol. La planta baja estaba alquilada por la familia de un médico.

El piso alto constaba de tres habitaciones, además de un patio semicubierto y dependencias. El estudio propiamente dicho tenía dos puertas, pero una sola entrada. Porque la segunda de ellas era una puerta vidriera que daba al patio y estaba protegida desde el exterior por una sólida reja de hierro, cuyos barrotes estaban separados por una distancia no mayor de diez centímetros, y a través de ellos no podía entrar ni salir ningún ser humano.

De las otras dos habitaciones, una era el depósito y taller donde Hans Baldung armaba sus escenografías. La otra hacía las veces de sala de exposición privada, en cuyas paredes colgaban numerosos cuadros. Y a esta última habitación había encaminado Daniel sus errabundos pasos, atravesando la multitud de policías que llenaban el patio y la escalinata.

La mayoría de lo expuesto formaba parte del repertorio corriente de las escuelas de vanguardia. Evidentemente, Peruzzi practicaba un despreocupado eclecticismo. Las meras combinaciones de formas y colores de las escuelas abstractas se mezclaban a las fantasías surrealistas, dejando algún lugar al retrato convencional.

Pero una de las telas le llamó poderosamente la atención. Representaba en tintes sombríos a un hombre tendido de espaldas en lo alto de un peñasco. La cabeza echada hacia atrás pendía sobre el filo del abismo, y los ojos clavados en el cielo oscuro parecían grandes placas de escarcha. Los cabellos caían en una cascada vertical, y los brazos en cruz. En el cuerpo violáceo y lamentable parecían insinuarse vagamente las formas del esqueleto. Era la muerte absoluta, la muerte hecha más muerte por la soledad y la altura desnuda de estrellas. En el pecho, una puerta de sangre se alargaba en hilos que descendían pausados por la piedra. Y en aquellos hilos de sangre bajaba una extraña procesión de seres diminutos, hombres, mujeres y niños, tenues figurillas de humo, entrevistas imágenes de un sueño. Y alguien reía, y alguien lloraba desolado, y alguien caminaba indiferente, y un hombrecillo inverosímil con los brazos en jarras se asomaba curiosamente al pozo de la sangre de estrellados bordes…

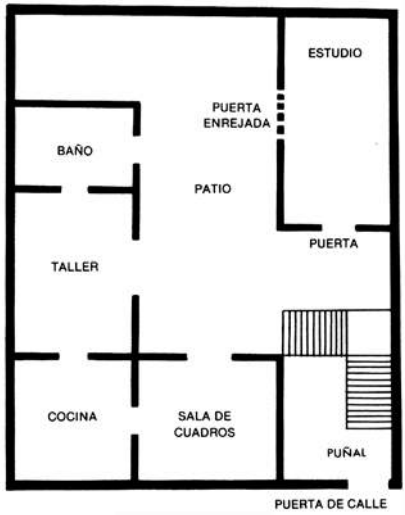


Imagen 6

La voz de Peruzzi lo arrancó de su contemplación con un sobresalto.

—¡Hola! —dijo alegremente—. Al fin encuentro un semejante. A estos policías no les interesan más que los asesinatos. Buen muchacho, el comisario. Un poco impaciente, pero no se puede pedir demasiado. Me ha prohibido salir, *ce satané gringalet*. Prisionero en mi estudio. ¿Qué le parece? Ahora se está rompiendo la cabeza con el negado de Baldung y con *il conte* Giardino. A propósito, ¿sabe usted que no es conde? Es un escapado al pelotón de fusilamiento. Aquí se nos presentó como industrial, pero yo sé cuál es la industria que lo beneficia… Pobre Carla. Él dice que era su esposa, pero ya quisiera yo conocer al cura que los casó. Eh, ¿qué me dice?

—Creo que ese cuadro es muy hermoso —respondió Daniel.

—¡Ah, qué visión privilegiada! —replicó el gran Duilio con carcajada de bronce—. No, amigo mío, a usted no podría engañarlo. Todo esto no es más que basura inspirada en un craso mercantilismo. ¡Si viera usted a los fabricantes de salchichas que me pagan cinco mil pesos por cuadro! Pero ahora —añadió bajando misteriosamente la voz—, ahora sí que he dado con la tecla. Me haré famoso. Mi nombre será pronunciado con reverencia en el mundo entero. Me incorporaré al número de los grandes forjadores de la historia del arte. ¡Shhh! —añadió llevándose el dedo a la boca y asomándose a la puerta con ridículas precauciones—. No lo diga a nadie. ¡*He fundado una nueva escuela*! Usted es el primero en saberlo. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué broma colosal! ¡Quiero ver la cara de los críticos cuando lean mis primeros cuadros!

—¿Cuando lean sus cuadros? —preguntó Daniel, intrigado—. ¿Una nueva escuela?

—Sí. ¡Cuadros sin marco, cuadros sin tela, cuadros sin pintura! ¡Pintura superabstracta!

Daniel lo miraba con asombro.

—¿No entiende? —preguntó Peruzzi entusiasmándose a medida que hablaba—. ¿Qué es un cuadro en definitiva? Quiero decir, independientemente del complejo de emociones e ideas que lo origina y que a su vez desencadena en el espectador, ¿qué es materialmente un cuadro? Un conjunto de superficies, un conjunto de colores. ¿Comprende ahora?

Sin duda que no —contestó Daniel cada vez más perplejo.

—Pero, ¡qué animal! —exclamó Peruzzi—. ¿Tengo que explicárselo todo? Esas superficies, esos colores pueden definirse matemáticamente. El arte está aún en una etapa empírica. Yo propongo una etapa científica. En el caso de la pintura, eso involucra un cuadro absolutamente ideal, definitivamente abstracto, perfectamente definible en símbolos, como un teorema. Tomemos el ejemplo más sencillo, esa pintura que actualmente llaman abstracta. Usted, espectador ignaro, mira, ¿y qué ve? Unos rectángulos, unos círculos, unas líneas rectas o curvas, y determinadas combinaciones de colores. Pero toda forma puede definirse por una figura geométrica, o por determinada combinación de figuras geométricas. Y a cada color, no, a cada infinitesimal matiz del color corresponde una cierta longitud de onda que lo determina inequívocamente. El cuadro que yo propongo es un conjunto de superficies, de intensidades, de unidades amstrong, pero todo ello expresado en la taquigrafía matemática; un conjunto de números en suma.

"Puedo ir más lejos: puedo decretar el grosor, la textura, la consistencia de la 'tela' y el 'marco' ideales. Y aún más: puedo prohibir, merced a ciertas sutilezas del léxico, que algunos 'vean' ese cuadro, puedo admitir que lo perciban otros, aquellos que no pueden deformarlo en su imaginación.

"Hecho esto, previsto en mi inteligencia cada detalle, *el cuadro ya existe*, ya está pintado, aunque yo no haya tomado un pincel en mis manos, ni me haya manchado la nariz con pintura. De hecho, yo propongo la abolición de *todos* los medios materiales. Elimino la más penosa de las etapas de

la creación artística: la ejecución material. Reduzco el arte a la mera, a la lúcida, a la límpida concepción. Si experimento algún deseo de comunicarla, la expreso en símbolos. Y con estos símbolos cualquier artesano hábil podrá trasladar, si lo desea, el cuadro al plano material, podrá reproducirlo, es decir 'interpretarlo'. Habrá virtuosos de la interpretación, como hay grandes pianistas. Pero cualquier artista verdadero lo *verá*, con sólo leer mi lista de símbolos matemáticos, así como un músico no necesita oír una sinfonía para gustar de ella: le basta con leer la partitura.

"Mi cuadro será independiente de la calidad de la pintura, inaccesible a los descuidos del pincel, a los destrozos del tiempo, al juicio de los carentes de imaginación. Una forma platónica, incorruptible, perdurable más allá del tiempo y el espacio, pues estará situado fuera de ellos. Fácil y eternamente recordable, recreable; universal porque todos (muchos) podrán no sólo verlo sino hacerlo. Incluirá colores desterrados de la paleta del pintor, el infrarrojo, el ultravioleta. Por último, llenará una inmemorial aspiración: será un cuadro pintado con luz, y no con groseros pigmentos.

"¿Prevé usted la trascendencia de esta teoría? ¿Puede seguirla hasta sus últimas consecuencias? ¿La imagina proyectada a las demás artes? ¿Imagina, por ejemplo, un drama o una novela que consista en un solo, vasto número, que para el iniciado represente inconfundiblemente todas las descripciones de caracteres, todos los incidentes, todos los diálogos, todas las honduras psicológicas de la obra?"

En el silencio de la sala de cuadros la carcajada del gran Duilio Peruzzi retumbó como un gigantesco *gong* de cobre.

—Ah, ya veo —murmuró Daniel, aterrado—. ¿Y usted cree…?

—¿Que si creo? —rugió Peruzzi—. Ya lo he hecho. ¡Mire! —y antes de que Daniel pudiera impedirlo, sacó del bolsillo un papel con una larga lista de símbolos—. ¡Este es

mi primer cuadro! ¡Ja, ja, ja! Se titula: *Suspiro decreciente en función del logaritmo de pi.*

Daniel Hernández huyó desvergonzadamente, perseguido por la risa estentórea del gran Duilio Peruzzi.

Capítulo IV

Una feliz versatilidad era el secreto de muchos de los triunfos del comisario Jiménez. Conocía a la perfección el difícil arte de ponerse en el lugar de los demás, y desde ese nuevo punto de observación estudiaba minuciosamente sus reacciones, mostrándose unas veces cordial, otras simplemente cortés, y en ocasiones airado y espantable, según conviniera a las circunstancias.

—No quiero demorarlos demasiado —decía ahora extremando su engañosa actitud de condescendencia—. Estoy seguro de que ustedes podrán aclarar su situación. Estoy seguro de que nadie cometió el crimen. Quiero decir —añadió apresuradamente— que no deben inquietarse demasiado. Es un asunto desagradable, principalmente para usted, señor Giardino, pero naturalmente debemos cumplir con las formalidades. Veamos, vamos por partes. Usted, seguramente, puede recordar dónde estuvo ayer entre las once y las doce de la noche, ¿verdad? ¿Fue al club, lo vio algún amigo, recibió alguna visita?

Giardino se encogió de hombros y sonrió penosamente.

—Lo siento —dijo—, pero la verdad es que salí a dar un paseo, y no creo que nadie me haya visto. No me encontré con conocidos.

—Naturalmente, naturalmente —dijo el comisario—. Es una lástima. Eso le habría ahorrado muchas preguntas verdaderamente innecesarias. Veamos si podemos ayudarlo por otro lado. ¿Usted conocía a Peruzzi?

—No mucho. Carla me lo presentó alguna vez.

—¿Ella venía aquí con frecuencia?

La mirada de Giardino se volvió sombría.

—Últimamente sí —dijo—. Creo que ese… ese pintamonas quería hacerle un retrato. No me opuse. Peruzzi está de moda, sobre todo en ciertos sectores. En Europa —añadió con sarcasmo— pintaría paredes.

El comisario se puso serio.

—Hace un rato —dijo con el mayor tacto posible— se han pronunciado aquí ciertas palabras… palabras maliciosas, sin duda, que echan algunas sombras sobre la reputación de su esposa. Estoy seguro de que usted podrá desmentirlas.

Giardino se puso encarnado.

—Mejor hablarle con franqueza —dijo—. Carla no era legalmente mi esposa. La conocí en Río, al venir de Europa. Vivía conmigo, pero era dueña de hacer lo que quería. No sé si esos rumores a que usted alude eran ciertos. Pero tampoco me interesa.

—Ah, ya veo —murmuró el comisario. Con un brusco movimiento sacó algo del bolsillo y se lo mostró a Giardino—. ¿Reconoce usted este pañuelo?

Rómolo lo examinó.

—Sí, es mío —admitió—. Pero tiene un olor extraño.

—Cloroformo —dijo el comisario—. ¿Es usted algo descuidado con su ropa, señor Giardino? —Y sin esperar respuesta se volvió hacia el despavorido Hans, que se había refugiado en un rincón con el evidente deseo de transfundirse en su escenario—. Baldung —dijo con voz tonante—, ¿es suyo este puñal?

Hans se puso a temblar de pies a cabeza y respondió en un murmullo apenas perceptible:

—Sí, señor. Estaba en mi taller. Yo…

—Desde luego —interrumpió secamente Jiménez.

—La Fortuna también tiene los ojos vendados —dijo una voz desde la puerta vidriera enrejada—. ¿O era la Justicia? ¿O tal vez la Verdad?

Todos se volvieron para ver la magra figura de Daniel asomado a la reja desde el patio. Su rostro pegado a los barrotes sugería un extraño pájaro encerrado en una jaula cuyo techo era el cielo.

—¿De qué habla usted? —preguntó el comisario con cierta impaciencia—. ¿Y qué diablos hace ahí afuera?

—Usted cree que hay una diferencia irreductible entre adentro y afuera —respondió enigmáticamente Daniel—. ¿Nunca estuvo encerrado afuera? —Se echó a reír con aquella risa característica, algo monótona y desentonada, que exasperaba siempre al comisario—. ¿Nunca ha pensado que el patio puede ser el lugar más interesante de una casa? Compruebo con dolor que la escultura es un arte desdeñado, comisario. Tiene a su lado una cabeza cubierta con un paño húmedo y aún no le ha echado una mirada. Le sugiero que le quite la venda. Quizá pueda decirnos algo.

El comisario extendió la mano y descubrió una cabeza de arcilla colocada en un pedestal. Los rasgos parecían torpemente modelados; habría sido difícil decir si era una cabeza de hombre o de mujer. Pero el conjunto tenía una notable expresión. Los ojos hundidos parecían vigilarlos, y la boca estaba torcida en una mueca sardónica. El comisario la tocó y retiró apresuradamente los dedos.

—Está fresca —dijo.

En aquel momento entró Peruzzi.

En dos zancadas estuvo junto a la cabeza, que protegió con ambos brazos extendidos.

—Líbrenos Alá de la curiosidad iconoclasta —exclamó contradictoriamente—. ¡Ya me le ha torcido usted la nariz!

—Está bien, disculpe —dijo el comisario, amoscado—. No veo que haya que hacer tanto ruido por un poco de barro.

—Advierto que Peruzzi es tan notable escultor como pintor —dijo Daniel—. Y además, trabaja con sorprendente rapidez. En la hora transcurrida entre su llegada y la de Carla pintó el boceto basado en el escenario de Hans, empezó la tela

correspondiente al mismo boceto, como lo atestiguan esas pinceladas rojas, y además modeló esa sorprendente cabeza.

—¿Y quién le ha dicho que la modelé anoche? —preguntó Duilio con insolencia.

—El comisario —repuso Daniel—. Dice que está fresca.

—¡Ah, lo que es la ignorancia de los secretos del arte! —exclamó Duilio con expresión de superioridad—. Esa cabeza no está acabada. En realidad la empecé hace varios días, y todas las noches trabajo unos minutos en ella. Pero todo el mundo sabe que la arcilla no debe dejarse secar porque se agrieta y se resquebraja. Por eso se la humedece cada veinticuatro horas y se la cubre con un paño húmedo, como he hecho yo.

En aquel momento entró el mismo sujeto moreno y menudo que por la mañana había traído el estilete, y murmuró algo al oído del comisario. Éste se irguió enseguida y miró a los presentes con misteriosa sonrisa.

—Bueno —dijo—, de todas maneras eso no tiene ninguna importancia. Y creo que por el momento no hay nada más que hacer aquí. Todos ustedes, señores, quedan en libertad, pero en libertad relativa, ¿entendido? No pueden salir de la ciudad y preferiblemente deben permanecer en su casa hasta que yo los llame.

Peruzzi lo miró con asombro.

—¿Y la solución? —protestó—. ¿Quiere decir que nos ha tenido toda la mañana de la Ceca a la Meca para después dejarnos en ayunas? Creo que tengo cierto derecho a saber quién es el que utiliza mi estudio para cometer sus pequeños asesinatos.

—No se preocupe —dijo el comisario con una sonrisa—. Ya lo sabrá. En realidad, creo que esta noche el asesino estará en nuestras manos.

—En ese caso —dijo Peruzzi volviendo a su actitud de gran señor—, me parece que podrían utilizar mi estudio para

reconstruir el crimen. Lo exige la ley de las tres unidades. Lo solicita la justicia poética. Lo reclama la mera simetría.

—Nada más apropiado —accedió el comisario de excelente humor. Y añadió dirigiéndose a Giardino y a Baldung—: les ruego que estén aquí esta noche a las nueve. Y creo mi deber advertirles que si bien están en libertad, quedan bajo vigilancia.

—¡Magnífico! —aprobó Peruzzi—. No los pierda de vista, comisario. Apuesto cualquier cosa a que los dos son culpables.

—¡Uf, qué hombre! —suspiró aliviado el comisario al salir a la calle en compañía de Daniel.

Y añadió al subir a su automóvil:

—Esta vez, mi amigo, creo que le he ganado de mano. Ya sé quién es el asesino.

Capítulo V

Los periódicos de la tarde habían remontado a entusiastas alturas el globo sonda del misterio. Efímero misterio que sobrevoló unas horas la ciudad asombrada para desinflarse lastimosamente poco después, cuando el comisario Jiménez declaró ante una emocionada reunión de prensa que el "Caso del cuarto escarlata" estaba resuelto.

La escultural silueta de Carla de Velde, fotografiada en malla, había adornado primeras planas efusivas. La barba asiria y los ojos de sátiro de Duilio Peruzzi habían inquietado a honestas amas de casa. La expresión victimizada de Hans Baldung y la nariz aguileña de Rómolo Giardino sugirieron, respectivamente, enérgicas condenaciones del Tercer Reich y el contrabando humano.

Horas antes de efectuarse la reconstrucción del hecho, un doble cordón policial dificultaba el acceso al estudio de Duilio Peruzzi, con especial encargo de reprimir a reporteros

y fotógrafos. Uno de ellos había querido introducirse disfrazado de Carmen Sandoval. Lo delataron la voz rauca y el bulto de la lámpara de magnesio.

El comisario Jiménez llegó en su Chevrolet 42, con una sonrisa escondida debajo del bigote gris. Un vigilante le abrió la portezuela y volvió a cerrarla, descubriendo con tardía sorpresa una gesticulante cabeza asomada a la ventanilla. Era el inadvertible Daniel Hernández.

Duilio Peruzzi los recibió en lo alto de la escalera, con los brazos abiertos y el ademán triunfal.

Rómolo Giardino llegó en un modesto taxi. Hans Baldung, custodiado por dos empleados de Investigaciones, que lo habían sorprendido cuando trataba de fomentar el turismo a tierras uruguayas.

El estudio que había sido testigo del crimen, fue testigo de su brillante esclarecimiento. El auditorio se ubicó en semicírculo, en un extremo Daniel Hernández, en el otro el turbulento Peruzzi, reducido por primera vez al papel de espectador. El inspector Valbuena, improvisado Atlas, sostenía la puerta.

El comisario se aclaró la voz y con favorable viento botó la barca de su discurso.

—Este caso —dijo con sobria satisfacción— ilustra perfectamente la validez de los métodos oficiales de investigación. Como ustedes no ignoran, tenemos entre nosotros a un lúcido cultor de los estudios criminológicos, a un brillante aficionado. El policía rutinario de la vieja escuela niega existencia a esa categoría de seres, y confía exclusivamente en el oficio. El aficionado, por su parte, cuando la rigidez de los procedimientos oficiales le da margen a la existencia, sigue cauces estrictamente intelectualistas, y en ese sentido es tan unilateral como el anterior. El verdadero investigador moderno reúne en feliz conjunción ambas tendencias opuestas. Conoce el valor de la rutina, no desestima la importancia de la

imaginación y el razonamiento. Sabe, con el gran Locard, que la ciencia policíaca ha nacido y se ha desarrollado en el gabinete de los escritores, pero comprende que sólo la larga experiencia permite la afortunada aplicación de la teoría.

"Este exordio me es sugerido por la diversidad de hechos que nos presenta este caso, aparentemente tan complicado. Pero, ¿es complicado, en realidad? No, señores, es sencillísimo.

"Analicemos los hechos. En el estudio de un pintor que comienza a adquirir notoriedad, se comete un asesinato. La puerta está cerrada con llave por fuera, y el arma homicida también está afuera. El pintor aparece encerrado con la víctima, y al parecer ha sido cloroformado por el asesino.

"Todo esto es muy claro. La simple prueba indicial nos llevará a una solución. Evidentemente el asesino es alguien procedente del exterior, que después de cometer su crimen pretende inculpar a un tercero, encerrándolo con la víctima.

"Pero la imaginación del *amateur*, viciada por la literatura del género, percibe de inmediato ciertos elementos que le llaman poderosamente la atención y lo conducen por una senda equivocada. ¿Cuáles son esos elementos? ¡Naturalmente! Una puerta que *pudo* estar cerrada por dentro, pero está cerrada por fuera. Un puñal que *pudo* estar adentro, pero está afuera. Un hombre sospechoso que *pudo* estar afuera, pero está *adentro*…

¿Qué sugiere todo esto? Sombras ilustres desfilan por la mente del aficionado: Poe y O'Brien, Leroux y Zangwill, Wallace y Chesterton. El problema del cuarto cerrado. El mismo problema, pero al revés.

Confiéselo, Daniel. Yo he leído esas ideas en sus ojos. Lo vi examinar una cerbatana y una honda, un arco y unas flechas. Desde luego usted comprendió en seguida que con esos elementos era imposible sacar el arma del estudio y llevarla donde la encontramos. Pero la idea persistió.

"Creo que único entre todos yo comprendí la delicada insidia de una de sus preguntas. Lo vi frecuentar el patio e interesarse por una cabeza de arcilla que a juicio suyo había nacido a la existencia con sospechosa rapidez.

"Ya ve que yo también conozco los clásicos. Pero no me quedo en ellos. Fundamentalmente soy un hombre de mi oficio, y el oficio me enseña que la realidad es siempre menos espectacular de lo que podemos imaginar. Usted, entre una solución simple y una complicada, elige instintivamente la más complicada. Yo conservo la libertad de optar hasta que los hechos, hechos decisivos, me inclinan hacia una cualquiera de ellas. Y en este caso demostraré que la solución más sencilla es la única correcta.

"Debo admitir, sin embargo, que la mera rutina me ha puesto en conocimiento de ciertos hechos que usted ignora, y que son esenciales para resolver el problema. Más adelante volveremos sobre ellos.

"Afortunadas circunstancias de lugar y de tiempo nos permiten circunscribir el número de sospechosos. No me parece necesario insistir en esto. Son tres: Peruzzi, naturalmente, Giardino y Baldung.

"Duilio Peruzzi nos ha confesado que tenía un motivo para asesinar a Carla de Velde. Al principio, claro está, sospeché de él. Pero después comprendí que no se lo podía tomar en serio. Peruzzi no tuvo oportunidad de cometer el crimen. Los hechos demuestran que su declaración es verdadera en lo esencial. Como él mismo ha dicho, lo amparan dos posibilidades físicas. Pudo cometer el asesinato y sacar el arma del estudio, pero no pudo cerrar por fuera la puerta del estudio. A través de la reja es imposible entrar o salir. Y si el asesinato se cometió cuando ya estaba cerrada la puerta tampoco pudo llevar el arma al lugar donde la encontramos, un piso más abajo. Peruzzi, en consecuencia, queda eliminado.

"El motivo de Giardino es perfectamente comprensible. Ustedes conocen los clisés del caso: un hombre devorado por los celos, etc. ¿Algún detalle lo incrimina? Sí. El pañuelo empleado para cloroformar a Peruzzi era suyo. ¿Es decisivo ese detalle? No. No es raro que una mujer lleve en el bolso un pañuelo de su marido, y después lo deje olvidado al alcance del asesino. ¿Tiene coartada Giardino? No. ¿Podemos descartarlo? Por el momento no. Si es necesario, volveremos a él.

"Llegamos así a nuestro tercer sospechoso, y al único punto verdaderamente delicado de toda la cuestión. El único punto en que la intuición de un brillante *amateur* puede ser más útil que el cerrado sentido práctico del policía rutinario. Desde luego, me estoy refiriendo al motivo que pudo tener Hans Baldung para asesinar a Carla de Velde.

"¿Hubo alguna relación entre ellos? No. ¿Tuvo Baldung algún motivo para odiarla? Apenas se conocían. ¿Es Baldung un psicótico, una víctima de la guerra, como pretende Peruzzi, un desquiciado? En ese caso, ¿pudo obrar bajo un impulso irracional? No, señores, no.

"¿Debemos pues descartar a Baldung por ausencia de motivo perfectamente lógico para asesinar a Carla de Velde? No. *Porque Baldung, señores, es el asesino.*

"Baldung no la odiaba, pero odiaba a Peruzzi. Baldung es un hombre de talento, un artista; Peruzzi utilizaba ese talento en beneficio propio. Peruzzi comenzaba a cubrirse de notoriedad y dinero; pero era Baldung quien le suministraba los temas de los cuadros que empezaban a inundar las exposiciones y las casas ricas. Peruzzi podía darse aires de gran señor; pero era Baldung quien encolaba los burros. Y a cambio de ello, ¿qué recibía? Una paga reducida y la certeza de un destino anónimo; desprecio y amenazas; estallidos de cólera e improperios.

"Ustedes presenciaron esa pequeña escena de esta mañana. Este hombre mínimo, este hombre en apariencia

insignificante, conocía bajo la égida del gran Duilio Peruzzi un terror semejante al que había conocido bajo el régimen de su país natal… ¡Siéntese, Peruzzi! —ordenó enérgicamente al ver que el pintor se había levantado y avanzaba hacia él con semblante descompuesto—. A la primera payasada suya, lo pongo seis meses al fresco."

Duilio Peruzzi se sentó con visible esfuerzo, temblándole las manos.

—Sí —prosiguió el comisario con voz perfectamente dominada—, Baldung lo odiaba y yo lo comprendo. Baldung quiso vengarse, y casi simpatizo con él. Entonces se le planteó el problema fundamental. ¿Cómo iba a vengarse? ¿Lo mataría simplemente, borraría de la faz de la tierra su bufonería, su arrogancia, su prepotencia? No, eso era demasiado fácil. Baldung no es un hombre vulgar. Baldung sabe por propia experiencia que hay vidas que son peores que cualquier género de muerte. Planeó algo más sutil, más perverso, más injusto si se quiere, pero más lógico. No mataría a Peruzzi, pero rodearía su vida de circunstancias atroces. Mataría a alguien a quien Peruzzi amaba, llevado quizá por el capricho del momento; pero por encima de todas las cosas lo heriría en lo que él más apreciaba: en su avidez de fama y de dinero, en su vida fácil de artista mimado por el público. Lo expondría a la vergüenza y la deshonra de un proceso, seguramente a la cárcel. En las ciudades y campos de Europa, Baldung había visto morir a millares de inocentes. ¿Qué significaba uno más? Baldung descontó la vida de un inocente para consumar su venganza, una venganza que era semejante a las alucinadas creaciones de sus escenarios.

"Esperó el momento oportuno. Consumado escenógrafo, instaló en el estudio de Peruzzi una luz roja que inundaría todo el drama con sus sangrientos reflejos. Se apostó en las inmediaciones de la casa. Vio llegar a Peruzzi. Una hora después, a Carla.

"La puerta de calle permanecía abierta porque Peruzzi trabajaba de noche. Baldung subió silenciosamente la escalera. Llevaba consigo el cuchillo y el pañuelo. En una mesita, junto a la puerta del estudio, había dejado preparado el frasco de cloroformo. La puerta había quedado abierta al entrar Carla, y ambos le daban la espalda. De un salto felino Hans se lanzó sobre Peruzzi con el pañuelo cloroformado, y lo anestesió. Estos hombres pequeños suelen tener una indomable energía. Después apuñaló a la aterrorizada Carla. Apagó la lámpara de pie y encendió la luz roja del techo. Era el único, aparte de Peruzzi, que hubiera pensado en eso, porque nadie mejor que él conocía la escenografía preparada por él mismo.

"Aquí se le planteaba un problema. Peruzzi no lo había visto, no podía saber que era él el asesino, pero ¿qué ocurriría si el pintor recuperaba el sentido antes de llegar la policía? Podría abandonar tranquilamente el estudio, irse a cualquier lado, dejando allí el cadáver de Carla, y más tarde alegar que no había ido al estudio. Naturalmente se haría sospechoso, pero no más que Giardino, por ejemplo, o que el propio Baldung, que tampoco disponían de coartada. *Era necesario impedir que Peruzzi abandonara el estudio*, para que fuera vinculado inmediatamente al crimen. *Era necesario cerrar la puerta con llave*, dejarlo encerrado con la víctima.

"Y aquí volvía a presentarse otro problema. Baldung había resuelto bien el primero. Ante el segundo vaciló y eligió la alternativa más peligrosa para sus fines. ¿Dónde dejaría el arma? ¿Adentro o afuera?

"La dejó afuera. Seguramente pensó que al volver en sí Peruzzi comprendería la gravedad de la situación y quizá se infligiría con el puñal alguna herida leve que bastara para hacerlo aparecer como víctima. Y en ese caso todos los planes de Baldung se vendrían abajo, porque en efecto nada tenía de extraordinario que el asesino, después de matar a Carla, hiriese a Peruzzi, dejara el arma adentro y cerrara la puerta

con llave. Sea como fuere, Baldung optó por dejar el arma afuera, al pie de la escalera. O quizá no consideró el problema, y fue ésa una reacción de último momento. Es evidente que de todas maneras Peruzzi quedaba en una situación muy comprometida, encerrado con el cadáver de Carla.

"Hay en todo esto alguna incongruencia que los más advertidos no dejarán de notar. Pero ¿acaso no es propio del espíritu humano recaer en la incongruencia? La misión del policía no es preguntarse: ¿cómo un hombre puede incurrir en estos errores?, sino más bien: ¿ha incurrido en ellos? Si hechos ulteriores demuestran que sí, quede para los psicólogos el análisis de motivaciones y sutilezas.

"¿Existen esos hechos ulteriores? Existen. Y son tres. El primero es accesorio, pero arroja sobre el problema una luz muy significativa. El segundo ilustra el comportamiento del presunto asesino después del crimen y refuerza esa presunción. Pero sólo el tercero tiene esa irrebatible fuerza de convicción que surge a menudo de las comprobaciones más vulgares.

"Vayamos por orden. ¿Quién es Hans Baldung? ¿Hay algo oscuro en su pasado? ¿Hay algo que permita forjar ciertas conclusiones acerca de su verdadera personalidad? Una vez más la rutina nos pone sobre la pista. ¿Es Hans Baldung un inmigrante, como se pretende? Sí, pero es un inmigrante clandestino. ¿Es ése su verdadero nombre? No. Su verdadero nombre es otro, Otto Jenke…"

—Ah, pero desde luego —dijo una voz pueril en el extremo del semicírculo de sillas, y el comisario vio parpadear los ojos azules de Daniel detrás de los gruesos anteojos—. Hans Baldung murió en 1545. Era un pintor alemán. Discípulo de Durero. También Grünewald…

—Gracias —interrumpió secamente el comisario, y miró con ira a Duilio Peruzzi, que se reía como si tuviera un batintín dentro del pecho—. Sigamos. Yo sabía ya esta mañana quién era el asesino, pero lo dejé en aparente libertad

previendo cuál sería su próximo movimiento. Y mis previsiones se cumplieron.

"Esta tarde, a las seis, dos de nuestros agentes detuvieron a un hombre que pretendía embarcarse en un avión con destino a Montevideo. Ese hombre era Hans Baldung, a quien por comodidad seguiremos llamando así.

"Todo esto es muy convincente, pero no es definitivo. ¿Hay algo más? Retrocedamos a los acontecimientos iniciales. Según la declaración de Peruzzi y el informe del médico policial, Carla de Velde fue asesinada a las doce menos veinte…"

El comisario hizo una pausa y contempló a los presentes con impresionante seguridad.

—*A las doce menos cuarto* —prosiguió—, *cinco minutos después de cometerse el asesinato, dos testigos vieron a Hans Baldung salir por la puerta de calle de este edificio.*

Daniel Hernández saltó de su silla como si le hubieran pegado un balazo.

—¿Es cierto eso? —exclamó gesticulando desesperadamente—. ¿Es cierto? —Y al ver el gesto afirmativo del comisario se desplomó en su asiento con un gemido.

La reacción de Baldung fue más espectacular. Agazapado y veloz como un conejo se lanzó hacia la puerta, pretendiendo pasar por entre las piernas del azorado inspector Valbuena, que en un reflejo instintivo lo atrapó como en un cepo. La escena había llegado a la culminación de lo grotesco. Peruzzi daba palmotadas y entonaba a pleno pulmón un aire de ópera.

Un minuto más tarde, restablecida la tranquilidad y custodiado el infortunado Baldung por dos policías, el comisario le dirigió la pregunta de rigor:

—¿Confiesa usted haber asesinado a Carla de Velde?

—Sí —dijo Hans, rompiendo a sollozar—. Sí. Yo la maté.

Capítulo VI

El comisario era un hombre modesto. Pero en esta oportunidad la plenitud de su triunfo lo desbordaba. Clavó sus pupilas aceradas en el abatido Daniel, que miraba fijamente el piso, y dijo con mordacidad inusitada:

—Y bien, mi querido amigo, ¿piensa usted en Durero? ¿Piensa en Grünewald?

Daniel tardó en contestar. Cuando alzó los ojos, el comisario debió leer en ellos algo inquietante, porque frunció las cejas y se quedó repentinamente serio.

—No —dijo Daniel con voz casi imperceptible—, no. Pienso en Montaigne.

—¿Montaigne? —repitió el comisario—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Hay seres humanos —dijo Daniel— que abarcan intuitivamente realidades a las que no han podido tener acceso directo. Vastas miradas que penetran en lo pasado y en lo futuro. Creo que fue Montaigne quien dijo: "Millares y millares de hombres se han acusado falsamente."

Sería inexacto decir que en el estudio de Duilio Peruzzi se produjo una conmoción. Si alguien hubiera entrado en aquel momento habría presenciado una escena extraña. El comisario había empezado a llevarse la mano a la frente, y su mano estaba suspendida a mitad de camino. Uno de los hombres que custodiaban a Baldung tenía el brazo echado hacia atrás, en ese gesto típico e inconsciente con que el hombre que camina ayuda a conservar su equilibrio, pero el ademán estaba interrumpido. Los ojos de Duilio Peruzzi habían empezado a sonreír, pero el resto de su cara ignoraba aquella intención y permanecía terriblemente seria. Era una sonrisa a medio cristalizar. Por un instante increíble la fluencia natural de la vida se detuvo.

Una palabra de Daniel puso el mundo en movimiento.

—La solución… —dijo, y entonces el comisario se llevó la mano a la frente, el detective se quedó definitivamente parado y la expresión de Peruzzi revoloteó como un pájaro entre la seriedad y la sonrisa, resolviéndose en definitiva por aquélla.

—Su solución, comisario —repitió Daniel—, es mucho más agradable que la mía, y bastante menos exacta. Es exacta en la descripción de algunos hechos materiales, pero es inexacta en su interpretación.

—No puede ser —exclamó el comisario—, yo acabo de demostrar…

—No, comisario —dijo pacientemente Daniel—, usted sólo ha demostrado que la realidad es siempre más amarga de lo que tenemos derecho a suponer. No vacilo en decirle, comisario, que la demostración que acaba de ofrecernos es particularmente infortunada, y si se la juzga en sus consecuencias, casi culpable. Si usted no hubiera demostrado la culpabilidad de un inocente, comisario, yo podría callarme la boca y no tendría necesidad de acusar a un hombre a quien a pesar de todo admiro, para salvar a un hombre a quien desprecio. No sé, a veces creo que hay algo fundamentalmente erróneo en nuestra idea de la justicia.

—¡Pero este hombre —gritó desesperado el comisario—, este hombre acaba de confesar que es culpable!

—Es culpable, sí —dijo Daniel—, pero no de lo que usted cree. Es culpable de un vasto y múltiple crimen, pero no de este crimen aislado. Sus manos están manchadas en sangre, si me permite esta triste concesión al lugar común, pero no en la sangre de Carla de Velde.

Daniel clavó los ojos en un punto distante. Hondas arrugas surcaban su frente, dándole casi el aspecto de un viejo.

—Mi historia —prosiguió— se remonta a Alemania, la Alemania de 1932 ó 1934. Mi historia empieza con un hombre oscuro, insignificante, un hombre que por extraña

coincidencia tenía el mismo oficio de alguien a quien más vale no nombrar. Como éste, que también había sido un hombre oscuro e insignificante, Otto Jenke o Hans Baldung era pintor. Quizá no carecía de talento, pero algo lo roía por dentro. ¿Recuerda usted aquellas palabras que Shakespeare pone en boca de César? "Prefiero que me rodeen hombres gordos, hombres de cabeza reluciente, que duermen de noche." Admirable sentencia. *Beware of these lean, hungry men*! ¿No era así? Bueno, no importa. Pero Baldung no dormía de noche, Baldung era de esos hombres flacos y hambrientos. Baldung dejó el arte por la política. Escaló posiciones dentro del partido. Intervino en las matanzas de judíos y prisioneros de guerra. Consumado el desastre, huyó. Entró clandestinamente en el país, y volvió a su antiguo oficio de pintor.

"Duilio Peruzzi era el único que lo sabía. Lo sabía y lo había amparado, pero lo despreciaba. Él mismo nos lo ha dicho. Yo no tengo muy buena vista para los indicios materiales, comisario, pero las palabras no se me escapan. El sonido y el sentido de las palabras. Mi oficio está ligado a las palabras. Yo recuerdo cada una de las palabras que se han pronunciado hoy aquí. ¿Y qué fue lo que dijo Peruzzi? 'Hans es un pobre diablo, un inmigrado, una víctima ingenua del cruel anatema recaído en las camisas pardas.' ¿Era posible equivocar el sentido de esa frase? ¿Era posible inadvertir la ironía que encerraba? Pero dijo algo más, algo que no puedo recordar sin admiración: 'Baldung era un escenógrafo de mérito… *Después decoró palcos oficiales*'. ¿Advierte el juego de palabras? Todos pensaron que Baldung, caído en desgracia, rebajado y escarnecido por el régimen, se había visto obligado a realizar la mísera tarea de decorar materialmente esos palcos oficiales. Yo entendí que los había decorado con su presencia, con su presencia de fantoche del régimen. Es curioso que desde el primer momento usted haya creído que Hans era una víctima, cuando en realidad es un victimario.

"Estos elementos nos sirven para destruir el eslabón final de su teoría, comisario, *la proba probatissima*, la confesión del inculpado. ¿Qué motivos pueden inducir a un hombre a acusarse de un crimen que no ha cometido? Hay varios. Hay motivos racionales y extrarracionales. Descartemos estos en primer término. No quiero abrumarlo con ejemplos, pero usted recuerda que en *Crimen y castigo* hay una confesión de este tipo, un hombre que quiere cargar con todas las culpas del mundo y se acusa de algo que no ha hecho. ¿Es éste el motivo de Baldung?

"No, su motivo es perfectamente racional. ¿Quizás, entonces, quiere proteger a alguien, al verdadero culpable? ¿A Peruzzi, por ejemplo? No, usted ha demostrado que lo odiaba y lo temía. Esa demostración sigue en pie. ¿Quiere proteger a Giardino? Apenas lo conoce. ¿A quién entonces? ¿Hay algún otro implicado en el caso?

"Sí. *Él mismo*. Baldung se declara culpable de un crimen que no ha cometido para eludir el castigo de muchos otros que ha cometido. Aún están en pie las horcas de Núremberg. Baldung ha visto en los diarios o ha imaginado en atroces pesadillas las caras patibuladas de los generales nazis, sus jefes. Baldung sabe que si vuelve a Alemania será ejecutado como criminal de guerra. Sabe lo que es un pedido de extradición a un país oficialmente en guerra con el suyo.[9] Sabe que una palabra de Peruzzi bastaría para descubrir su identidad, perdida en la humareda de la gran hecatombe. En algo me consuela ser yo quien pronuncie esa palabra.

"Ya sabe usted por qué Hans se ha confesado autor de ese crimen insignificante. La elección no es difícil. Por un lado, quince o veinte años de cárcel, quizá menos. Por otro lado, el patíbulo.

"Ya sabe usted por qué una palabra, un gesto de Peruzzi bastaban para sacar de quicio a Hans, para infundirle un

9 Esto sucedía en enero de 1946.

terror espantoso. Retengamos este último detalle, porque es fundamental para aclarar todo lo que sucedió después.

"Y sabe también por qué Baldung, aterrado ante la inminencia de estas revelaciones, quiso huir a Montevideo. Ya ve usted, comisario, cómo se pulveriza otro de los eslabones de su teoría.

"Pero queda algo, algo muy importante, tan importante que usted lo erigió en sillar de su hipótesis. Cinco minutos después de cometerse el crimen, dos testigos vieron a Baldung salir de la casa. Para usted, ésa es la prueba decisiva de su culpabilidad. Yo creo que es la prueba decisiva de su inocencia.

"No pienso negar la evidencia. Admito que Baldung salió de esta casa a las doce menos cuarto. Pero ¿demuestra eso que acababa de asesinar a Carla de Velde? De ninguna manera. ¿Demuestra, por lo menos, que fue cómplice o testigo de ese asesinato? En absoluto. Baldung no presenció el crimen ni intervino en él. Recién al día siguiente, es decir hoy, se enteró de que había sido cometido. Ya veremos más adelante qué vino a hacer Hans en un momento tan singular, y en qué medida contribuyó a oscurecer los hechos.

"En cuanto a Giardino, creo como usted que su papel en este asunto ha sido ínfimo.

"Llegamos así al verdadero asesino. *Porque el asesino, naturalmente, es Duilio Peruzzi.*"

En el silencio enorme que se produjo, Peruzzi no se movió. Sus ojos sombríos reflejaban un profundo interés. Tallado en bronce, su rostro estaba aureolado de extraña majestad, que por primera vez parecía auténtica.

—Yo —dijo sencillamente— siempre estoy dispuesto a oír un buen razonamiento. Pero trate de no equivocarse, por favor. El problema es algo complicado.

Daniel sonrió a pesar suyo, apreciando la calidad del rival.

—Sí —admitió—, el problema no es sencillo, y son elementos muy dispares los que me han ayudado a resolverlo. Yo temo que mi exposición no esté a la altura de las

extraordinarias circunstancias que la suscitan. Temo que mis palabras no alcancen a reflejar la maligna belleza que circunda el plan de Peruzzi y su perfecta ejecución. Lo he examinado en detalle: creo poder afirmar que ni uno solo de los actos, ni una sola de las palabras implicadas en ese plan y en su realización carecen del estricto rigor lógico que sólo puede tener su sede en una inteligencia superior.

"Quizás a usted, comisario, le extrañe oírme hablar así de un hombre a quien usted ha considerado un payaso, y que indudablemente es un asesino. No siempre admitimos con facilidad que la inteligencia pueda estar al servicio de fines reñidos con nuestras normas convencionales. Yo ignoro cuál ha sido el verdadero motivo que tuvo Duilio Peruzzi para asesinar a Carla de Velde. Es una necia presunción querer sondear las profundidades del alma ajena. Pero él nos ha dado un motivo plausible, y si así lo prefiere, podemos dejar esto de lado y seguir adelante."

—Yo no sé si ustedes pueden entenderlo —dijo Peruzzi en voz baja y sorda—. Pero en algún momento, de algún modo, la he querido. Pobre Carla.

El comisario recordó la voz de falsete con que Peruzzi había pronunciado antes aquellas mismas palabras, y sin saber por qué sintió un escalofrío.

—Hay una actitud, un estado de ánimo, una atmósfera —prosiguió Daniel con acento monótono y fatigado—, no sé cómo llamarlo, pero es algo que Peruzzi ha introducido en todos los resquicios de sus declaraciones, en sus menores gestos y palabras, y que ha venido a constituir la tónica o el ambiente de todo el caso. Yo siento una especie de temor supersticioso por un hombre que puede crear artificiosamente un determinado plano en las relaciones humanas, y obligar a los demás a situarse en ese plano. Usted, comisario, fue el primero en treparse a ese retablo. Usted creyó de entrada que Peruzzi era un bufón, que bailaría cuando usted restallara su látigo oficial. Y en realidad era él quien movía los hilos, él quien creaba el

escenario, él quien urdía la trama segura y paciente. Así llegó usted, llevado de la mano, a su "solución" del caso. No lo critico. En verdad, su reconstrucción de los hechos estaba sólidamente ensamblada, y habría hecho honor a cualquier brillante "*amateur*". Pero esta vez se encontraba usted ante un rival demasiado fuerte. Peruzzi se entretuvo en hacerlo sospechar alternativamente de Hans y de Giardino. Él no tenía preferencias. Detestaba a los dos.

"Yo también estuve a punto de bailar al son de Peruzzi, de creer que era un mero farsante, un polichinela algo cargoso, que no debía tenerse en cuenta para una interpretación seria de los hechos. Yo también estuve a punto de verme envuelto en su lúcida cortina de humo.

"Pero una cosa eternamente repetida pierde realidad. Se me ocurrió que un hombre no puede ser tan incesantemente ridículo, tan irredimiblemente necio. No es fácil alcanzar la perfección de lo grotesco. Como toda perfección, requiere talento. Pensé que toda aquella ostentación de estupidez era deliberada.

"Más tarde creí encontrar una confirmación de esta vaga sospecha. Yo padezco de manía ambulatoria. Usted se atuvo al escenario del crimen. Yo fatigué las escaleras, el patio, el taller de Baldung, la sala de cuadros. Y en la sala de cuadros descubrí algo muy singular. Mucho de lo que había allí, desde luego, era simple residuo, copia de las disparatadas escenografías de Baldung, obras en venta. Pero entre ellas había una que era algo completamente distinto, un fragmento del pasado de un artista serio y consciente. El único, probablemente, entre los cuadros de Peruzzi que nunca hallará comprador.

"Le sugiero que lo examine. Yo no entiendo gran cosa de pintura. He oído desterrar de ella lo meramente literario. No sé. Tal vez sea lo meramente literario de esa obra lo que me llamó la atención. Me guío por impresiones. Pero, ¿cómo negar la impresión tremenda, abrumadora que me produjo

aquella alta muerte en soledad y el desbordarse por la herida del alma plural de un solo ser humano tendido en una roca?

"¿No era pues, al fin de cuentas, un *clown* aquel hombre que gesticulaba y reía, que hacía cabriolas y entonaba aires de ópera, que mechaba de un francés detestable su conversación incesante, que yuxtaponía criminosamente un *slang* americano a un verbo latino, que copiaba descaradamente los desvaríos escenográficos de su ayudante y los vendía en forma de cuadros? No, Duilio Peruzzi tenía algo de bufón, sin duda, pero no más de lo que necesitaba para triunfar, no más de lo que necesitaba como garantía de un obstinado rigor artístico.

"Debió ser eso lo que él leyó en mi mirada cuando entró en la sala y me vio observando su obra. Debió ser eso, porque inmediatamente se lanzó a una desesperada tentativa por convencerme de que efectivamente era un polichinela. Durante diez minutos esgrimió una ardua teoría que era la estricta negación de todo credo artístico. Y sin embargo, esa teoría también me sugirió algo. Peruzzi se refería, si no me equivoco, a un cuadro ideal, que existiría sin ser pintado, pero que no todos podrían ver. El asesinato de Carla de Velde es como ese cuadro, y pocos pueden imaginarlo.

"Pero yo he supuesto la culpabilidad de Duilio y usted quiere que la demuestre. Para ello debemos destruir aquellas famosas imposibilidades materiales en que se amparaba.

"Esas imposibilidades pueden ser dos, o puede ser una sola, según el orden cronológico que elijamos. Si suponemos que Peruzzi cometió el crimen cuando la puerta aún no estaba cerrada, es una sola: la de cerrar el estudio por fuera, porque antes de hacerlo pudo sacar el arma. Si suponemos que cometió el crimen estando cerrada la puerta, son dos: haber cerrado antes la puerta por fuera, y llevar después el arma adonde usted la encontró, en la planta baja. Ya sabemos que esa reja es infranqueable.

"¿Cuál de estas dos series de tiempo elegiremos? La segunda, la que implica dos aparentes imposibilidades materiales.

"*La segunda, porque cuando Peruzzi se refirió a ellas dijo que eran dos*. Ésa fue la única oportunidad en que se traicionó. Olvidó que una buena explicación vale más que dos."

Daniel hizo una pausa, pero los cinco hombres que lo oían parecían esculpidos en piedra.

—En resumen —prosiguió—, *yo demostraré que Duilio Peruzzi cerró con llave la puerta del estudio por el lado de afuera, sin salir del estudio; demostraré que asesinó a Carla de Velde; y demostraré que sin salir de la habitación cerrada sacó de ella el arma homicida*.

"Como ustedes ven, volvemos a una variante del problema del cuarto cerrado. ¿En qué forma un hombre que está en el interior de un cuarto puede lograr que la llave gire en la cerradura del lado de afuera, sin que él la toque con los dedos?

"Dos soluciones se presentan inmediatamente a nuestra inteligencia. Primera: un cómplice. Segunda: un medio mecánico, un tornillo de mano, un sistema de hilos y alfileres.

"Peruzzi no utilizó medios mecánicos. No recurrió a un cómplice. Utilizó un instrumento, sí, pero el más sutil de todos. *Empleó un instrumento psicológico. Empleó la más elemental de las pasiones humanas: el miedo. El miedo cerró esa puerta con tanta eficacia como las más complicadas invenciones de O'Brien o Wallace*.

"Ya sabemos qué motivo tenía Hans Baldung para sentir pavor de Peruzzi. Éste, con ciego instinto, le hacía sentir en parte lo que Baldung había hecho sentir a otros. No dudo de que en alguna oportunidad recurriera a la violencia física."

—Hay cierto género de ratas —dijo Peruzzi con indiferencia— que han nacido para ser pisoteadas. Él era una.

—Usted, comisario —prosiguió Daniel—, ha recordado la escena que todos presenciamos esta mañana. Cuando llegó Baldung, Peruzzi, fingiendo uno de esos abruptos arrebatos de

cólera que convenían en aquel momento a su papel de payaso, empuñó un florero y se lanzó sobre Hans. ¿Y qué hizo Hans? *Hizo exactamente lo mismo que había hecho anoche. Huyó, y al huir cerró instintivamente la puerta.*

"Creo que ahora podemos reconstruir definitivamente la escena y eliminar la primera imposibilidad material.

"Anoche Peruzzi citó a Carla en su estudio a las once o a las once y media. Después llamó por teléfono a Baldung y le ordenó comparecer a las doce menos veinte, digamos, so pretexto de que faltaba algo en su escenografía.

"Cuando llegó Baldung, la llave de la puerta estaba del lado de afuera. Peruzzi pudo sugerírselo, en el transcurso de una conversación normal, para condicionar su estado de ánimo. Ya sabemos que es maestro en sugerencias. De pronto, con un pretexto cualquiera, fingió uno de esos desorbitados paroxismos de furia que tanto inquietaban a Hans. Podemos imaginarlo empuñando un cuchillo y avanzando sobre él con gesto homicida. Baldung dio media vuelta y huyó. Al salir cerró instintivamente la puerta. Al cerrarla, vio o recordó la llave, comprendió en un relámpago que era el único medio de poner una valla decisiva entre él y su perseguidor, de impedir que le diera alcance en la larga y oscura escalera. Hizo girar la llave en la cerradura y la dejó para que al día siguiente la encargada de la limpieza rescatara a su empleador. Él probablemente no pensaba volver.

"Y a las doce menos cuarto, comisario, sus dos testigos vieron salir a Baldung de la casa en que, sin que él lo supiera, acababa de cometerse un crimen. Yo ignoraba aquel detalle, hasta que oí su dramático anuncio de esta noche. Y entonces todas mis sospechas se confirmaron.

"Ya ve cómo sin medios mecánicos, sin recurrir a un cómplice, puede cerrarse una puerta por fuera. Porque Baldung, evidentemente, no era un cómplice. Cómplice es quien deliberadamente y con conocimiento de causa secunda planes

de otro. Él no había secundado los planes de Peruzzi, puesto que ni siquiera los conocía. Hans creía honestamente haber salvado su vida.

"Hoy, por supuesto, comprendió todo. Había visto a Duilio, había visto a Carla, había visto el estilete en manos de aquél.

"Y entonces sí se convirtió en cómplice forzoso. Porque entonces se le presentaron dos alternativas a cual más desagradable. Si decía que había estado aquí a la hora en que se cometió el crimen, podían ocurrir dos cosas. Primero: Peruzzi podía delatarlo, y eso significaba el patíbulo. Segundo: Peruzzi podía ampararse en la segunda imposibilidad material —el arma fuera del estudio; entonces Hans se convertía en el principal sospechoso, y eso significaba la cárcel. Naturalmente, decidió callarse.

"Volvamos al estudio. Es indudable que Duilio no podía saber con anticipación que su treta daría resultado. Podía muy bien suceder que Hans huyera simplemente, sin cerrar la puerta con llave, sin siquiera cerrar la puerta. ¿Qué perdía Duilio en ese caso? Absolutamente nada. Postergaba su crimen para otro momento. Porque ya veremos que era imprescindible que esa puerta estuviera cerrada para que Duilio pudiera cometer el asesinato y ensayar luego su segundo truco de prestidigitación, el que le aseguraría la absoluta impunidad.

"Quizás esta escena, que nosotros presenciamos esta mañana y que se desarrolló anoche, se haya representado antes. Pero lo cierto es que anoche dio resultado. En cuanto a Carla, ella debió festejar el vertiginoso egreso de Hans Baldung. No sospechaba que aquella escena de sainete formaba parte de la minuciosa trama de su perdición.

"Peruzzi la mató en seguida, con el mismo estilete con que había empavorecido a Hans. Ahora debía resolver la segunda imposibilidad material, sacar el arma del estudio.

"Por la puerta era imposible, porque estaba cerrada y no tiene aberturas capaces de permitirlo. Naturalmente, ahí estaba esa fabulosa puerta vidriera enrejada, y un movimiento del brazo bastaba para lanzar el arma al patio. Pero eso era demasiado evidente. Estoy seguro de que el comisario habría sospechado en seguida.

"No, Peruzzi debía sacar el estilete, pero de manera que quedase bien lejos de la ventana, en cualquier otro lugar insospechable de la casa, preferiblemente en la planta baja, casi en la calle. ¿Cómo obtener ese mágico resultado?

"Volvamos a los indicios. No sé si en este caso interesan para algo, además, mis procesos mentales, pero infortunadamente sólo puedo dilucidarlo recurriendo a ellos. Una de las primeras cosas que observé al llegar esta mañana fue que en la escenografía de Baldung faltaba algo. No *una* cosa en particular, sino cualquier cosa. Supongo que de algún modo intervino en ello eso que Duilio llama el sentido de la composición. Pero algo faltaba, y él mismo lo había introducido en su boceto. Había interpolado aquel detestable juguete devorador de hombres, un camión rojo de fauces amarillas. Todos los demás elementos del retablo entraban en el boceto: el rascacielos de cartón, la grúa metálica, las cruces de madera. Sólo el camión era un elemento nuevo, fruto de la imaginación de Duilio, según él.

"Usted se rió, comisario, cuando me vio asomado a la reja del patio. Supongo que le parecí un gran pájaro amaestrado. Usted creyó tal vez que yo estaba tratando de descubrir si por entre esos barrotes separados entre sí por no más de diez centímetros podía haber pasado un ser humano, lo que manifiestamente era imposible. Pero en realidad yo estaba practicando una modesta versión de lo que después de Euler se llamó *analysis situs*,es decir un examen del terreno, referido no a las dimensiones, sino a la configuración. Y esa configuración era la siguiente: aquí, en el estudio, una reja, después el patio, después la escalera que baja a la calle.

"Yo me tracé mentalmente tres puntos: uno situado en la reja, otro en el extremo superior de la escalera —por donde evidentemente tenía que haber bajado el estilete, ya fuera llevado por manos humanas o no—, y el tercero en el sitio exacto donde se había encontrado el puñal. Uní imaginariamente esos puntos con una línea que por supuesto no debía atravesar ningún insuperable obstáculo material. Esto es lo que se llama trazar una gráfica, la más elemental de las gráficas, compuesta de tres vértices y dos arcos. Después me pregunté si de algún modo el estilete podía haber recorrido esa gráfica. En otras palabras, me pregunté si el puñal podía haber recorrido una doble línea curva, con una caída en el extremo, representada por los escalones.

"Y aunque parezca extraño, esa posibilidad existía.

"Naturalmente, para que un objeto de forma irregular describa esa trayectoria curva, debe se impulsado por una fuerza adecuada. El boceto de Duilio Peruzzi me dijo cuál era esa fuerza. Creo que fue entonces, comisario, cuando le recriminé su desinterés por la escultura."

Daniel se encaminó a la cabeza de arcilla montada en su pedestal y retiró el paño que la cubría.

—Peruzzi —dijo respetuosamente—, ¿usted aprecia mucho esta cabeza?

—No —respondió el pintor con una sonrisa—. Esa cabeza sueña una pesadilla. Puede romperla.

Daniel la tocó con la punta de los dedos y el bloque de arcilla cayó al piso. Y ya rota la mueca sardónica, aventada la sombra de los ojos vigilantes, quedó al descubierto entre migajas de barro un pequeño juguete rojo, un minúsculo camión de cuerda.

Daniel lo levantó delicadamente y se encaminó a la reja. En lo alto de un edificio situado al través de la calle, una celeste liebre luminosa moría a intervalos regulares bajo el

rayo de neón de un cazador azul. Y un reflejo de esa muerte repetida animaba las baldosas rojas del patio.

La voz de Daniel, cuando habló, parecía más distante que nunca.

—Ya lo saben ustedes casi todo. Este juguete de cuerda llevó hasta la escalera el pequeño estilete de Duilio, rodó con él por los escalones, depositándolo lejos del estudio, y volvió atado al extremo de un hilo. El eje delantero está levemente torcido, lo suficiente para hacerle describir el arco necesario. Duilio tuvo tiempo para ensayarlo. Para un hombre de su inteligencia, ha sido extremadamente fácil.

"No podía hacer desaparecer el juguete, pero podía disimularlo. Moldeó a su alrededor una cabeza de arcilla. Encendió la luz roja del techo. Buscó una posición cómoda y se cloroformó. Creo que eso es todo."

—No —dijo Duilio Peruzzi con expresión de ansiedad—. Falta algo.

Daniel sonrió tristemente.

—Sí —dijo—. Una prueba indicial… Cuando usted sacó el estilete por la reja, aún no sabía lo que haría con el camioncito. Limpió cuidadosamente el arma para que no manchara el juguete. La limpió en esa tela que pensaba pintar.

"Después trazó sobre la sangre las primeras pinceladas rojas de su cuadro inconcluso."

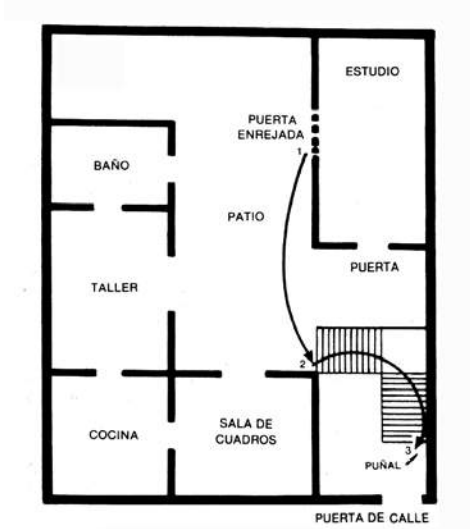

ESTUDIO
PUERTA
ENREJADA
1
BAÑO
PATIO
PUERTA
TALLER
2
COCINA
SALA DE
CUADROS
3
PUÑAL
PUERTA DE CALLE

Imagen 7

Asesinato a distancia

A
D.G. de W.

***

Tis all a Chequer-board of Nights and Days Where Destiny
with Men for Pieces plays Hither and thither moves and mates and slays
And one by in one the Closet lays.
Omar Khayyam

Capítulo I

En la espalda gris del mar perduraban los últimos reflejos de la tarde. Las olas corrían veloces hacia la playa, como una jauría de lebreles blancos. Y en el silencio cargado de un vaho salino, la voz de Silverio Funes parecía más opaca y fatigada que nunca.

—Ha pasado un año, pero aún no puedo creerlo.

Las palabras quedaron flotando en el ambiente, impregnándolo de extrañeza. Daniel Hernández se revolvió incómodo en su silla de cañas. A su lado divisaba vagamente la silueta taciturna de Silverio. El cigarrillo, minúsculo corazón de pausado latir, le encendía a intervalos regulares las facciones reposadas y melancólicas. Daniel lo notaba envejecido.

El chillido áspero de una gaviota invisible surcó el cielo del atardecer. Como desmintiéndolo, se oyó en la playa una risa fresca y alegre, que parecía hecha de menudas cuentas de vidrio. Después una voz masculina, pausada y grave.

—Ella parece haberlo olvidado —prosiguió la voz de Silverio—. Es natural. Yo mismo, a veces, me sorprendo riendo.

Bajó la voz, como avergonzado.

Se divisaban, cercanas, las siluetas de Osvaldo y Herminia, que volvían del mar. Toda la tarde, bajo el sol resplandeciente, habían visto a la distancia las chispas roja y azul de sus mallas, hasta que el crepúsculo las convirtió en puntitos oscuros y la noche las disolvió en su negrura.

Herminia reía. Traía los cabellos húmedos y la malla pegada al cuerpo. La blancura de sus piernas delgadas y ágiles resaltaba en la sombra.

Se acercó a Silverio y lo besó familiarmente en la mejilla.

—Espero que no se hayan aburrido sin mí —dijo alegremente, y añadió con dejo burlón—: Osvaldo nada muy bien.

Daniel pensó que un rubor imperceptible coloreaba fugazmente el rostro atezado de Osvaldo. Osvaldo era el secretario de Funes.

El anciano sonrió.

—Sí, hija, y tú también. ¿Nos acompañas a cenar?

La muchacha se puso seria.

—No —respondió—. Tío no cree que debo salir sola todas las noches. Él cree en la frivolidad organizada. Me voy.

Osvaldo se ofreció para acompañarla, pero ella no le hizo caso.

—No —dijo—, quizás esté espiando desde la ventana.

Se despidió de ellos con una reverencia burlona y se alejó corriendo por la arena, que crujía suavemente bajo sus pies desnudos. Silverio la siguió con la vista hasta que desapareció. Osvaldo había encendido un cigarrillo y permaneció un instante con ellos antes de subir a cambiarse.

En el extremo del breve espigón de piedra brillaba una luz. Otras se iban encendiendo poco a poco en distintos puntos de la costa. En el cobertizo de las barcas se oyó la voz de Braulio, el peón, que cantaba con su voz baja y profunda. Daniel aún no había podido saber qué cantaba todos los días,

porque siempre se dejaba llevar por la voz, sin atender a las palabras.

En el interior de la casa sonó el *gong*. Aquella nota sorda pareció crecer hasta envolverlos, y luego disiparse hasta que sus últimas vibraciones más que oírse se sentían como un levísimo estremecimiento en la piel.

Se acercaron lentamente a la casa.

Lázaro estaba sentado en el centro del dragón escarlata que adornaba la alfombra verde del *hall*. Con las piernas cruzadas, parecía un Buda menudo, deforme y reconcentrado. A Daniel, al cabo de tres días que estaba en Villa Regina, aún lo sorprendía aquella inmovilidad. Seguramente los había oído entrar, pero seguía con los ojos clavados en el tablero donde reproducía una partida de ajedrez. Daniel pensó que deliberadamente no parpadeaba. Disimulaba el ritmo de su respiración y tenía una mano suspendida en el aire, en ademán de capturar una pieza. Los dedos largos y bronceados caían hacia abajo en actitud de indolencia, pero se adivinaba que una fuerza instantánea podría animarlos. Lázaro era un sistema de resortes que manejaba con consciente satisfacción.

Alzó bruscamente la cabeza y los miró con expresión indefinible. De pronto sonrió.

—Tengo aquí la partida de Marshall y Halper —dijo. Se dirigía a Daniel. A su padre no le interesaba el ajedrez.

—¿El gambito escocés?

—Sí. ¿Lo conoce? En realidad, es un gambito danés modificado. —Una luz de repentina ansiedad se encendió en sus ojos—. ¿Lo vemos después de la cena?

Daniel accedió.

Una frialdad involuntaria presidía la cena cuando faltaba Herminia. De noche la casa parecía crecer a pesar de las luces. Crecer y volverse hostil, encerrarse en sí misma, recaer en oscuras meditaciones. De día era el bullicio juvenil en la arena dorada y en el cuadrilátero rojo de la cancha de tenis, bajo el arcoiris de los parasoles y en la verde llamarada

del mar. De noche —cuando faltaba Herminia, que a veces venía con su tío, que a veces venía con alguna amiga, que a veces llegaba sola, que llegaba siempre como un deslumbre de juventud— era una cena de hombres solos.

Sebastián servía los platos y llenaba las copas. Tenía la piel blanca y tensa en el rostro largo y flaquísimo, y el cabello negro pegado a las sienes. Se doblaba como una vara de acero en su chaqueta blanca. Había algo inquietante en el silencio con que entraba en el comedor y volvía a la cocina.

Osvaldo comía con buen apetito, pero sin jovialidad. Era como si en el interior de la casa, bajo la mirada de Funes, se restablecieran viejos lazos de sumisión, nunca abolidos del todo. Daniel pensó, con un sobresalto, que en algunos momentos Osvaldo parecía tener dos rostros superpuestos y diversos, que se influían mutuamente con extraños efectos.

Lázaro miraba a Osvaldo con sorna. Lázaro era deliberadamente mal educado. Hundía el pan en la sopa y hacía ruido con la boca escarbándose los dientes. De sobremesa cruzaba las manos sobre el vientre prominente (a pesar de su juventud) y parecía más que nunca un Buda de ojos entrecerrados y malignos.

Entonces Silverio trataba de animar la conversación. Hablaba de su juventud, cómo había hecho fortuna, cómo había construido todo (con aquellas manos sarmentosas y endebles), cómo había levantado la villa —Villa Regina—, frenando los médanos con sabias líneas de defensa (como un general, con aquellas manos), y aun robando algún palmo al mar.

Todo eso lo había enorgullecido en alguna época, pero ahora lo decía sin convicción. Como un fox-terrier (eso, pensó Daniel, como un tozudo y minúsculo fox-terrier que da vueltas alrededor de la madriguera) volvía a la polvareda de memorias que aquel nombre —Villa Regina— levantaba. Volvía a Regina, casi sin nombrarla. A Regina, que había

sido madre de Ricardo, pero no de Lázaro. De Ricardo, que se parecía a ella y se había vuelto loco y —como ella— había muerto.

Entonces Lázaro, escarbándose los dientes, hacía ruido con la boca.

La madre de Lázaro había muerto antes y nadie la nombraba. Tal vez él la nombrara en algún momento, muy hondo, casi sin darse cuenta, pero ahora cruzaba las manos sobre el vientre y sus ojos se rebajaban a estrías filosas. La madre de Lázaro era oscura como él, oscura como el humo de las fábricas de Silverio, como el agua de los charcos, perdida y remota en la penumbra de un pretérito sueño sin grandeza, mientras que Regina miraba con ojos increíblemente azules desde el óvalo dorado de un cuadro, en la vastedad del comedor, a la luz de los candelabros. Regina tenía ojos azules como Ricardo, que había sido su hermanastro, y había enloquecido y había muerto.

Daniel veía su imagen deformada en los cubiertos de plata, y vanamente trataba de sacudirse aquel desasosiego que sentía crecer a su alrededor, que brotaba de todas las cosas, aquella fábula de muerte y de demencia, grabada en el secreto corazón de las cosas.

Osvaldo escuchaba a medias, por espíritu de subordinación a su empleador (por cortesía, pensaba él) la crónica invariable.

Osvaldo pensaba en Herminia, que se hundía en el agua, en la red incesante y cristalina del agua, trocada en mágico naipe de reflejos dorados.

*

Lázaro comentaba la partida, que sabía de memoria.

—…ha entregado la dama a cambio de dos piezas menores… Es un error…, el análisis posterior lo demuestra.

Pero el adversario, deslumbrado por la certeza del triunfo, no ve la única refutación. Técnicamente, la partida es imperfecta. Psicológicamente, es única. Marshall se ha introducido en el pensamiento del adversario, ha previsto su reacción…

Hablando de su tema favorito, Lázaro se transformaba. Las alternativas del juego se reflejaban en su fisonomía, en los sutiles planos de luz y sombra que componían su rostro. Se operaba en él una misteriosa catarsis. El tablero era un escenario donde las piezas representaban un drama sordo y cargado de pasiones. Observándolo, Daniel recordó las mágicas palabras de Lasker: "Este alfil sonríe." Cada movida era la definición de un hombre, de todos los momentos anteriores de un hombre. Lázaro pensaba que una partida podía dividirse en actos y escenas. Algunas escenas eran como un insidioso juego diplomático, en otras se oía el chocar de las espadas, algunas tenían la gracia de un lánguido *ballet* o el grotesco aparato de una farsa. Y un gran maestro era siempre un clásico o un romántico.

El silencio se había asentado definitivamente en el resto de la casa. Sólo se oía el rumor acompasado del mar en la costa. Sobre el tablero, la voz de Lázaro extinguía pausadamente los últimos esplendores de la lucha breve y fulgurante.

Daniel se dispuso a retirarse. Lázaro volvía a mirarlo con astucia y desconfianza. Daniel pensaba que quería preguntarle algo y no se atrevía. Lázaro tenía la cabeza como hundida entre los hombros. Podría saltar en cualquier momento, como un muñeco de una caja-sorpresa. Sus ojos oscuros y hundidos, su piel olivácea traían a la memoria, por contraste, la tez blanca y los ojos verdosos de Silverio.

Daniel, por un imprevisto truco de la imaginación, se representó a la madre muerta a quien debía parecerse. La veía interpolada como un sueño en la maciza realidad de pilares, candelabros y estatuas de la casa, ajena a esa realidad, sin molestarla ni modificarla. Ella, que había respirado el tufo de los saladeros y las curtiembres, cuando Silverio empezaba

a amasar su fortuna. Y por reflejo veía a Lázaro como recipiente de esa vaga condición, heredero de la insignificancia y la inexistencia, pero en constante profesión de rebeldía.

—Hoy es veinticuatro de noviembre —murmuró Lázaro. Lo miraba de soslayo, fingiendo indiferencia.

Daniel parpadeó.

—Pasado mañana se cumplirá un año —dijo Lázaro. Se echó a reír con una risa de pájaro, silábica y desagradable.

—Un año que murió Ricardo.

Su mano de dedos largos y delgados arrasó las piezas.

—¿Usted ha venido por Ricardo?

Salió del *hall* sin volver la espalda, con su andar de pájaro, y en el corredor oscuro volvió a oírse el agrio acento de su risa.

Capítulo II

En el cobertizo de los botes Braulio limpiaba los aparejos de pesca. El sol brillaba en el mar. Pero la voz del peón, de ordinario jovial, tenía resonancias nocturnas. Devanaba pausadamente la historia, y aún encontraba lugar para el asombro.

—Fue en la punta del espigón. Eso es lo último que hizo construir don Silverio antes de morir la señora Regina. Es un buen sitio para pescar: agua honda y casi siempre tranquila.

—¿Y usted lo vio?

—Sí. Yo estaba aquí, amarrando los botes, porque la noche era tormentosa y el mar estaba bastante agitado.

"Primero oí la voz, que me llamaba de lejos. Él estaba subido al parapeto. Era por esta misma época, pero en aquel momento me di cuenta de que hacía frío. Me asusté. Lo vi tan blanco que me pareció un fantasma. Después comprendí que era porque no llevaba nada encima. Estaba desnudo. Habrá sido entonces cuando me di cuenta de que hacía frío.

"El niño Ricardo era muy alto. Subido en el parapeto, la cabeza le llegaba casi a la altura del farol del espigón. Ese farol, y el banco que usted habrá visto, los hizo poner la señora Regina. Le gustaba ir a sentarse allí por las tardes.

"Ricardo habrá estado así uno o dos segundos antes de tirarse al agua. Parado en el murallón, mirando hacia abajo. Yo traté de ver qué miraba, pero estaba muy oscuro y de aquí a la punta del espigón habrá tal vez unos cien metros. En ese momento tuve la seguridad de que iba a pasar algo malo."

—¿No había nadie con él?

—No. Estaba solo. Yo no podía verle la cara, porque me daba casi la espalda, pero me pareció que agachaba un poco la cabeza, como buscando algo en el agua. De pronto se lanzó. Cayó como un plomo. Corrí en aquella dirección, pero no volví a verlo. Regresé al cobertizo y traté de poner en marcha la lancha, pero el motor estaba descompuesto. Oí gritos en la casa, y eran don Silverio y Sebastián que también lo habían visto y lo habían oído llamarme. Rato después llegó el señor Osvaldo en el automóvil de don Silverio, y estuvo alumbrando el agua con los faros.

"Sebastián y yo nadamos un rato, pero no pudimos encontrarlo. Era una noche de tormenta, muy peligrosa. Don Silverio parecía que iba a enloquecer. Nos gritaba y nos insultaba porque no podíamos encontrar a Ricardo. Quiso lanzarse al agua él también, pero tuvimos que impedírselo, porque no sabía nadar… Desde entonces ha sido otro hombre."

Herminia, de blusa y shorts, venía caminando por la playa. Saludó a Daniel de lejos, con la raqueta en alto. Su cabellera rojiza centelleaba al sol de la mañana.

Daniel se despidió de Braulio y salió a su encuentro.

—¿Nunca se cansa de leer? —dijo ella, señalando el libro que Daniel llevaba debajo del brazo.

Él sonrió.

—A veces —dijo—, pero un libro es como la prolongación natural de mi mano. Se me adhiere solo a los dedos, aunque yo no piense leerlo. No sé, supongo que me da cierta sensación de fuerza. Un fenómeno de compensación.

—¡Qué detestable! —exclamó ella soltando a reír—. Lo que es a mí —añadió sin afectación—, la lectura seria me aburre soberanamente. Mi inteligencia no asimila más que las revistas ilustradas y el Séptimo Círculo.[10]

Daniel sabía que eso no era del todo cierto, pero no dijo nada. Herminia confesaba de antemano su ignorancia de todas las cosas, precaución que después le permitía opinar sobre ellas con el mayor desenfado. Quizá era eso lo que la hacía tan atractiva.

—¿De qué hablaban con Braulio? —preguntó ella repentinamente seria.

Caminaban por la arena, alejándose de la casa. Ahora ella no lo miraba. Clavaba la vista a la distancia, donde se extendían a intervalos las techumbres rojas y los jardines de los chalets vecinos.

—De Ricardo.

—Me lo imaginé —murmuró Herminia, y por un instante Daniel pensó que una sombra de resentimiento, como un gran pájaro de humo, le atravesaba el rostro—. Aquí no se habla sino de él. ¿Es por eso que lo han llamado a usted?

Daniel la miró sin comprender.

—¿Por eso? No, no lo creo. Tengo entendido que Ricardo se suicidó.

Ella se mordió el labio.

—Sí —murmuró—. Todos creyeron que había enloquecido. Como su madre. Pero, ¿por qué pensar eso? —Su voz se había vuelto estridente—. Eso fue lo que me dijeron todos:

10 Nombre de la colección de novelas policíacas más famosas de Argentina, y en la que, precisamente, fueron publicados por primera vez los tres primeros cuentos de este volumen con el título de Variaciones en rojo.

Ricardo recogió la herencia de su madre. Con eso quisieron engañarme, consolarme.

Su barbilla temblaba. Daniel se preguntó cómo habían podido llegar a ese punto. Un par de minutos antes Herminia parecía alegre y llena de vida. Ahora estaba cambiada. Le puso suavemente la mano en el brazo, y la retiró en seguida, convencido de la futileza de ese gesto.

—¿Usted no lo cree?

No. Nunca lo he creído. Ricardo no me quiso y eso es todo. Ni siquiera por mi dinero. Allá él. Bien muerto está.

Se echó a reír con brusca violencia. Después tornó a mirar a lo lejos, y a medida que el paisaje entraba en sus ojos, parecía sosegarse, como si la inundara la vasta quietud de las cosas.

-—Hacía tiempo que tenía ganas de decírselo a alguien. —Lo miró, sorprendida, como si descubriera de pronto que era él—. No sé por qué se lo cuento a usted —dijo.

Porque me cree inofensivo, pensó Daniel con un vago malestar. Porque cree hablar con un libro y un par de anteojos.

—¿Usted lo quería?

Después de pronunciar aquellas palabras, se dio cuenta del esfuerzo que le habían costado. Se sentía algo ridículo.

—No sé —repuso ella—. En algún momento lo supe, pero ya no. Nos íbamos a casar. Faltaban quince días. Quince días que yo iría contando con los dedos. Estaba sola en casa cuando me trajeron la noticia…

Volvió a reír, pero sin resentimiento esta vez, casi de buen humor.

—Me dejó plantada. Ésa es la verdad. Eligió el camino fácil y me dejó. Todos me vieron llorar, y creyeron que era por él. Al principio quizá fue por él, pero después no. Después fue por mí. Y ahora —dijo, levantando la cabeza con un gesto voluntarioso—, ahora no volveré a llorar por nadie.

Con típica inconsecuencia rompió a llorar y echó a correr en dirección de la casa.

Capítulo III

El doctor Larrimbe había venido a almorzar con su sobrina. El doctor era un hombre alto, de nariz aguileña y sienes grises. Su chalet estaba a corta distancia de Villa Regina.

Herminia parecía haber olvidado la tempestuosa escena de la mañana. Reía, y sus ojos estaban brillantes. Mirándola, Silverio también sonreía a pesar suyo. Silverio conocía a Herminia desde que era una chiquilla que empezaba a dar sus primeros pasos.

Lázaro, el pequeño Buda, hostigaba a Osvaldo, que replicaba con mordacidad inusitada. Funes debía estar acostumbrado a aquel duelo marginal de disimulados improperios, porque hacía oídos sordos.

Pero la voz profunda y lenta de Larrimbe era la que presidía la conversación.

Después del almuerzo Silverio se encerró en el escritorio con su secretario. Se excusó diciendo que debía despachar algunos asuntos urgentes. Herminia había subido a descansar, y Daniel y el doctor quedaron solos en la galería.

El médico parecía preocupado. Al fin clavó sus ojos inquisitivos en Daniel.

—¿No le ha dicho nada Silverio?

Daniel tardó en contestar. Experimentaba la desagradable sensación de que todos esperaban algo de él, y de que él era el único que lo ignoraba. Recordó las palabras de Lázaro y la pregunta de Herminia.

—No sé a qué se refiere.

El doctor Larrimbe se encogió de hombros.

—Conmigo puede hablar francamente. Nadie lamentó más que yo la muerte de Ricardo. Por él y por Herminia. Aunque para ella tal vez haya sido mejor.

Daniel lo miró con expresión curiosa.

—Pero no era de eso que quería hablarle —prosiguió el doctor—. Quien me preocupa ahora es Silverio. Y también, indirectamente, usted.

—¿Yo?

—Sí. Temo que Silverio logre contagiarle sus fantasías. Eso podría ser muy molesto para todos.

Daniel no trató de disimular su impaciencia.

—Convendría que alguien me oficiara de traspunte —dijo—. Tengo la sensación de ser el protagonista de una obra cuyo libreto no conozco.

Larrimbe volvió a mirarlo escrutadoramente.

—¿Realmente no sabe nada?

—Creo estar pasando unas vacaciones por invitación del señor Funes —dijo Daniel secamente—. Desde luego, uno nunca puede estar seguro del papel que representa. Tengo entendido, además, que el hijo de Funes se suicidó hace un año. Pero no me parece que eso baste para justificar la afluencia de preguntas misteriosas que se me están formulando.

—¡Qué extraño! —murmuró el doctor—. Yo también había creído… —Se echó a reír bruscamente, y añadió—: Si es así, comprendo su fastidio. Por mi parte le ofrezco disculpas, y trataré de explicarle el porqué de mi pregunta. Además, tarde o temprano Silverio hablará con usted, y cuando eso ocurra, conviene que esté al tanto de la situación.

"Su nombre no nos es del todo desconocido. Es decir, yo no lo conocía, pero mi sobrina sí, porque ha leído en los periódicos uno o dos de los casos resueltos por usted. Yo no leo periódicos —aclaró innecesariamente—. Pero cuando Herminia se enteró de que usted estaba aquí, vino a decírmelo. Naturalmente, pensamos que Funes lo había hecho

venir especialmente para que usted confirmara sus últimas sospechas. No necesito ocultarle que esas sospechas son tan infundadas como desagradables. Silverio cree que Ricardo fue asesinado."

—¿Asesinado? —repitió Daniel algo tontamente.

El médico reprimió un gesto de impaciencia.

—Sí, es la última etapa de la evolución de su idea fija. A pesar del testimonio de sus ojos, Silverio nunca aceptó que Ricardo se había suicidado. Él lo vio lanzarse al mar, y al día siguiente su cadáver apareció en la playa. Murió ahogado. Yo mismo hice la autopsia.

—¿Usted?

El tío de Herminia sonrió irónicamente. Empezaba a preguntarse si la agudeza de los detectives privados consistía en formular preguntas retóricas.

—Sí, entre otras cosas soy médico de la policía local. Me parece innecesario decirle que teniendo en cuenta las extrañas circunstancias del caso, realicé aquel examen del cadáver con las máximas precauciones. Existía la remota posibilidad de que alguien hubiera asesinado a Ricardo con un disparo de arma de fuego, y que nadie hubiera oído la detonación, porque el arma estuviera provista de silenciador o por cualquier otro motivo. Eso no explicaba qué hacía Ricardo, completamente desnudo, en aquel lugar y a esa hora, pero yo me propuse no descartar ninguna posibilidad sensata. Y puedo decirle que no encontré en el cuerpo orificios de bala ni heridas de arma blanca, ni vestigios de drogas o de cualquier sustancia sospechosa. Las únicas señales de violencia que presentaba el cadáver, algunos rasguños poco profundos, algunos golpes incapaces de causar la muerte, eran directamente atribuibles al choque con las rocas de la costa, la permanencia en el mar, la acción de los peces y otros factores similares.

"En resumen, la teoría de un asesinato era una imposibilidad absoluta. Y así lo comprendió la policía, tanto al instruirse

el sumario como últimamente, cuando Silverio trató, en vano, de hacerle compartir sus recientes sospechas.

"Al principio Silverio se había aferrado a la idea de que la muerte de Ricardo era accidental. Ésa era una idea inofensiva, nadie trató de disuadirlo. Pero infortunadamente era insostenible, y él mismo debió comprenderlo."

—¿No pudo ser un accidente? —preguntó Daniel con timidez.

—No. Era una noche muy fría y algo tormentosa. A nadie se le habría ocurrido nadar en esas condiciones. Además, Ricardo estaba desnudo y parece que deliberadamente trató de llamar la atención sobre esa circunstancia, dando voces que oyeron varias personas. Ese exhibicionismo, como lo llama él, es lo que más tortura a Silverio. Yo podría decirle que es común a muchos suicidios.

"Pero él no quiere ser disuadido. Es más, en las actuales circunstancias sería perjudicial que llegara a aceptar la realidad.

"Ricardo, usted lo habrá adivinado, era su hijo preferido, el de su segundo matrimonio. Silverio se casó dos veces. Yo conocí a su primera esposa. Era una mujercita insignificante y sumisa. Murió al dar a luz a Lázaro.

"Después vino Regina. Silverio fue muy feliz con ella, hasta que Regina enfermó… Hubo que internarla en una casa de salud, y al poco tiempo murió."

El médico guardó silencio, como si reuniera sus recuerdos.

—Regina era muy hermosa. Una belleza nórdica, rubia, alta, de ojos azules. Pero no era sólo la belleza física. Era un señorío que se desprendía de toda su persona, de sus actos más insignificantes, lo que la hacía tan grata a quienes la rodeaban. Su muerte y todo lo que la precedió fue un golpe tremendo para Silverio. Y lo de Ricardo acabó de trastornarlo. Ricardo se parecía a ella, y eso explica muchas cosas.

—¿Quiere decir que él heredó una tendencia a la insania?

—No se trata de una herencia biológica, aunque quizás haya también algo de eso. Pero Ricardo sabía lo que le había ocurrido a su madre. Llegó a sentirse identificado con ella, a creer que había recibido una predisposición a la locura. Eso es muy peligroso. Cayó en la melancolía y la depresión: por dentro pensaba que no servía para nada, que no tenía cura, que un signo fatídico presidía su destino. Racionalmente comprendía que esto era absurdo, porque no carecía de inteligencia. Pero el conocimiento de los propios males no basta para curarlos, como suele creerse.

"Yo supe algo de esto porque él mismo vino a consultarme un par de veces. Confieso que no le atribuí demasiada importancia. Pensé que era un estado de ánimo pasajero. Pero me equivoqué.

"En todos los seres humanos existe una fuerza interior, ciega y diabólica, que tiende a aniquilarlos. Los hombres que llamamos sanos y fuertes, los hombres que mueven los negocios y hablan en las plazas públicas, viven y mueren sin tener conciencia de ella. Pero otros ceden tempranamente, y una vez que se cede no hay remisión. Esos son los hombres que en nuestra ignorancia llamamos marcados por la fatalidad. Pero la fatalidad no existe, salvo en nosotros mismos. Y aun muchas cosas que llamamos accidentales, no lo son. Están dictadas por fuerzas oscuras que proceden de nosotros, que mueven nuestro cuerpo sin que lo advirtamos y nos hacen pronunciar palabras que no pensábamos pronunciar. Hay un instinto de conservación y una voluntad de poder. Pero también hay un instinto de autodestrucción y una voluntad de fracaso.

"Además estaba Herminia. Herminia fue el pretexto. Iban a casarse. Ricardo arguyó para sus adentros, falazmente, que su descendencia podría estar contaminada de la misma maldición. Porque de algún modo, en algún recóndito pliegue de su espíritu, él ya había consentido en la locura. La locura es consentimiento, atracción por algo desconocido, renuncia

ante problemas insolubles, cansancio de la personalidad consciente. Todos sentimos que enloquecer es tan grave, tan fundamental como nacer o morir, porque en cierto modo es las dos cosas a un mismo tiempo.

"Pero yo no pensaba hablarle de Ricardo. Ese capítulo está cerrado. Como le dije antes, es Silverio quien me preocupa. Si no lo evitamos a tiempo, esa idea fija de que le hablé se convertirá en manía. Un hombre así puede volverse una pesadilla para los demás. Ya empieza a concebir vagas sospechas acerca de quienes lo rodean. En algún momento lanzará una acusación directa, y entonces no puedo prever lo que sucederá. Esta casa es un polvorín. Yo siento que su atmósfera se hace cada vez más densa, y que hay algo pronto a estallar."

El tío de Herminia hizo una pausa y encendió un cigarrillo antes de proseguir:

—Yo conozco a Silverio hace muchos años, sé cómo funciona su mente y no quiero verlo arrastrado por una obsesión desprovista de sentido. Él no puede aceptar que Ricardo se haya suicidado, porque aceptarlo equivale a admitir que todo lo que hizo por él, los momentos que vivió a su lado, y aun el recuerdo de Regina, todo ha sido inútil o inexistente. Él se sentiría responsable. Responsable y frustrado, aniquilado.

"Pero desde luego es elemental que si Ricardo no se quitó deliberadamente la vida, su muerte fue accidental o provocada por alguien. Ambas teorías son insostenibles a la luz de los hechos, pero la primera es inofensiva y la segunda no. ¿Comprende la diferencia?"

El médico clavó la vista a lo lejos, en el mar que espejeaba bajo el sol de noviembre. Desde hacía uno o dos minutos se oía a un costado de la casa, en la cancha de tenis, el tableteo de las arquetas, y de tanto en tanto la risa de Herminia.

—Hace años —prosiguió el médico con voz reminiscente— tuve un caso muy interesante. Un hombre que se creía atacado de cáncer. Había consultado a muchos médicos y todos

le decían lo mismo: no tenía nada. Le habían sacado decenas de radiografías en la zona que él creía afectada. Todas indicaban que estaba sano. Y sin embargo, era evidente que estaba enfermo. No de lo que él creía, pero estaba enfermo. Experimentaba síntomas dolorosos y vivía en una constante angustia mental. Eventualmente no habría sido raro que contrajese un cáncer auténtico. Yo le dije que en efecto estaba enfermo; y le mostré radiografías que por supuesto no eran de él, en las que aparecía evidente el proceso de "su" enfermedad. Aunque parezca mentira, se mostró muy satisfecho. Y más satisfecho aun cuando le di pocas esperanzas de vida. Porque él venía a tener razón contra todos los médicos ignorantes que no creían en su enfermedad… Empezamos el tratamiento con "sales de radio" que naturalmente no eran tales, y poco a poco yo le iba mostrando nuevas radiografías en las que se veía "disminuir" su mal. Al cabo de un año estaba curado.

Daniel lo miró con ansiedad.

—¿Y usted quiere que yo haga algo semejante?

El doctor vaciló.

—No sé —dijo—. Realmente no lo sé. Todo depende de si es capaz de hacerlo. Mi paciente era un hombre ignorante, y además yo no intenté suplantar su manía por otra más inofensiva. Pero Silverio es un hombre inteligente. Puede aceptar a medias sus propias fantasías, porque son hechura de él y satisfacen íntimas exigencias emocionales, porque encajan con su manera de ser. Pero difícilmente aceptará las de otros, a menos que estén muy sabiamente construidas, que no tengan absolutamente ningún punto débil.

"Yo sé que usted ha resuelto algunos casos difíciles, pero entiendo que es más sencillo desentrañar la verdad que urdir una mentira inexpugnable, porque la verdad es la meta natural de un espíritu inquisitivo. La verdad es una y excluyente, esa unidad se manifiesta de algún modo. Una mentira mal construida sería un pésimo remedio.

"Además, usted se vería en un campo muy restringido. Tendría que efectuar una sustitución, en un plano que no es el de las cosas materiales. No puede demostrarle que Ricardo se suicidó, porque él lo vio suicidarse, y a pesar de eso no lo cree. Y por otro lado, sería extremadamente molesto que usted tratara de confirmar su infundada sospecha de que Ricardo fue asesinado. En primer lugar, porque eso es imposible, y en segundo lugar porque él no se contentaría con saberlo y exigiría el descubrimiento del 'culpable'."

—En suma —dijo Daniel cada vez más perplejo—, ¿yo tendría que inventar las circunstancias en que Ricardo pudo ser víctima de un accidente?

El doctor Larrimbe se echó a reír.

—Nadie lo obliga —dijo—. En el fondo, creo que todos nos hemos puesto de acuerdo para arruinarle las vacaciones.

Capítulo IV

Serían las cinco de la tarde cuando Daniel oyó gritos en la biblioteca. Silverio había ido a la ciudad. Daniel lo había visto sacar del garaje su automóvil, un Buick de color blanco. Lo invitó a que lo acompañara, pero él prefirió quedarse.

Daniel se acercó en puntas de pie a la biblioteca y se asomó. El cuadro que se presentó a su vista era grotesco. Osvaldo estaba sentado ante una mesita, con los ojos clavados en el tablero de ajedrez. Lázaro giraba a su alrededor con veloces movimientos simiescos y se frotaba las manos al tiempo que chillaba:

—¡Mate! ¡Jaque mate! ¿Adónde va ese rey? ¡La apertura Orangután es invencible! ¡Ja, ja, ja! ¡En dieciséis movidas! ¡Jaque mate! ¿Vamos otra? ¡Le juego a ciegas! ¡Ja, ja, ja! ¡Le doy la dama de ventaja!

Osvaldo estaba escarlata. Con un brusco manotazo aventó las piezas por los cuatro costados de la biblioteca y se puso de pie, alto y amenazante. Sus puños estaban crispados.

En aquel momento vio a Daniel y con visible esfuerzo se contuvo. Dio media vuelta sin decir palabra y salió por otra puerta.

Lázaro reía a mandíbula batiente. La risa le desencajaba los ojos.

—¿Ha visto? Yo siempre digo: no hay que ser mal perdedor. ¿Le parece que debe enojarse porque pierde? Hace seis años que le juego la Orangután y todavía no encontró la refutación. Él no conoce más que la Ruy López, pero yo no se la juego, y por eso se enoja. ¿Tengo obligación de jugarle lo que él quiere?

Toda la fisonomía de Lázaro trasuntaba malicia. Lázaro jugaba una apertura refutada porque sabía que su adversario desconocía la refutación[11]. Lázaro se ponía en el lugar del adversario…

Empezó a recoger las piezas de la alfombra y debajo de los muebles. Se movía con la agilidad de un gato. En aquel momento sus grandes ojos negros parecían tener reflejos amarillos, como los de un gato.

—Quizás sea la última partida que le gane a Osvaldo —murmuró, repentinamente serio, mientras colocaba las piezas en el tablero—. ¿Sabe que mi padre perderá a su secretario dentro de poco tiempo?

—¿Piensa irse? —preguntó Daniel.

—No. Ha resuelto ascender de categoría. Se casará con Herminia. ¿No lo sabía?

Daniel movió la cabeza en señal de negación.

11 No es una apertura imaginaria. La popularizó Anthony Santasiere, y fue demolida por L. Levy. He aquí las jugadas iniciales de aquella partida: 1. C3AR, P4D; 2. *P4CD*!!?..., movida que carece de valor intrínseco y cuyo único propósito es desconcertar al adversario. Levy contestó: 2. …P3AR! (Nueva York, 1942).

—Es natural —murmuró Lázaro, mirándolo de soslayo—. Ni siquiera mi padre está enterado. Eso sólo puedo saberlo yo, que escucho a las puertas y me escurro sin ser oído detrás de los bancos del jardín… Para eso me sirve este cuerpo de mico. ¿Juega usted? —inquirió perentoriamente.

Daniel, a pesar suyo, tomó asiento ante la mesita. Tenía curiosidad por conocer los mecanismos mentales de aquel homúnculo enigmático. Se preguntó si la escena que acababa de presenciar sería algo más que una farsa destinada a irritar a Osvaldo.

Lázaro jugaba con enorme seriedad, los brazos cruzados sobre el pecho. La piel de los pómulos salientes estaba tensa. Los ojos inmóviles, y una sola arruga en la frente cetrina indicaba la concentración de su mente.

Daniel, con las negras, ensayó una tímida variante de la defensa siciliana y a las treinta movidas se vio arrollado por un fulmíneo ataque sobre el flanco rey, coronado por sacrificio de torre con perspectiva de mate en pocas.

—No está mal —comentó Lázaro sin ironía, al verlo inclinar el rey—. Pero debió jugar el caballo a cuatro torre dama en la décima movida.

Recogió las piezas y las guardó en la caja. Era evidente que el asombrado Daniel no tenía intención de pedir el desquite, y que por el momento había olvidado su propósito de indagar los procesos mentales de Lázaro…

*

Se oía, a lo lejos, palpitar el motor de la lancha que timoneaba Braulio. Asomada a la borda, Herminia lanzaba risas de júbilo y expectación.

Sobre el parapeto del espigón, el doctor Larrimbe extendía los brazos hacia adelante, disponiéndose a zambullirse. Alto, inmóvil y tenso, recortado contra el cielo del

atardecer, parecía una estatua de acero. Su cabeza se destacó un instante junto a la mancha blanquecina del farol. Después el sol hirió fugazmente su cuerpo lanzado en una parábola perfecta, antes de que se hundiera en la superficie azul del mar, levantando un surtidor de espuma.

*

Aquella noche se cumplió la primera de las predicciones del doctor.

Silverio se paseaba de un lado a otro de su despacho, con las manos en los bolsillos.

—No tiene obligación de ocuparse de este asunto —dijo—. En cierto modo, me siento culpable de haber abusado de su buena fe, pero estoy seguro de que comprenderá los motivos que me han impulsado. Y de todas maneras, aun cuando rehúse usted la menor participación en este caso, seguirá siendo un huésped bienvenido en mi casa. Más aún, me ocuparé de que nadie vuelva a importunarlo con nuevas historias.

Daniel observaba con asombro el cambio operado en Silverio. No era ya el anciano de manos temblorosas, que vivía de recuerdos, devorado por la inquietud, sino el hombre que había salido de la nada para amasar una fortuna, el astuto hombre de negocios que aparenta renunciar a sus propósitos porque está seguro de conseguirlos, y que al mismo tiempo conserva cierta invulnerable dignidad.

Daniel sintió una brusca irritación.

—Señor Funes —dijo secamente—, si no le he entendido mal, quiere que me ocupe de lo que para usted es un caso policial. No vacilo en advertirle que mi experiencia en esa clase de asuntos es más bien desalentadora. Usted adivinó, sin duda, que yo no habría venido aquí si hubiera conocido de antemano sus propósitos. Lo felicito por su penetración. Pero usted ha dispuesto por anticipado de mi tiempo, y si quiere que yo me

tome el más remoto interés por su asunto, debe decirme concretamente en qué consiste. Y le advierto que me considero en completa libertad para desentenderme de él en cualquier momento.

Silverio lo miró con la sonrisa del hombre que acaba de conseguir una primera victoria. Pero en seguida se puso serio.

—Es muy sencillo —dijo—. Mañana hará un año que murió Ricardo. Todos creen que se suicidó. Yo creo que fue asesinado.

—¿En qué se funda?

—No tenía motivos para suicidarse.

—Usted no puede saberlo.

—Yo era su padre.

—Eso no basta.

Silverio enrojeció levemente, apretando los puños.

—Él no era capaz de quitarse la vida en esas… circunstancias. Él no era así.

—No puede saberlo —repitió Daniel.

—Está bien —dijo ásperamente el anciano—. Usted quiere indicios más concretos.

—Sí.

Una ladina expresión de triunfo se dibujó en la cara de Funes. Más tarde, recordando aquel gesto y la conversación precedente, Daniel debió admitir que Silverio era un actor consumado.

—Esos indicios existen. Todos creen que la muerte de Ricardo me ha trastornado. Creen que no puedo aceptar la idea de que se suicidó, y que pretendo negar el testimonio de mis ojos. —Hizo una pausa y añadió con deliberada lentitud—: pero hay otro testimonio más importante, que nadie puede desmentir. Ricardo era un excelente nadador. A partir de los quince años ganó todas las competencias intercolegiales y universitarias en que intervino. ¿Usted cree que se puede vencer el instinto de conservación? ¿Cree que un hombre que sabe nadar y quiere suicidarse elegirá ese procedimiento?

¿Cree que si lo elige se lanzará desnudo al mar para facilitar la reacción salvadora de su instinto?

Daniel no contestó en seguida.

—Tres preguntas de difícil respuesta —admitió por último—. Pero no creo que basten para equilibrar el peso de las restantes evidencias. Yo puedo formularle más de tres que parecen anularlas. ¿Es verdad que la noche en que murió su hijo el mar estaba muy agitado?

—Sí.

—¿Es verdad que usted lo vio con sus propios ojos, sobre el parapeto del espigón?

—Sí. Yo había subido a mi cuarto y oí gritos. Me asomé a la ventana y lo vi.

—¿Otras dos personas lo vieron?

—Sí. Sebastián estaba abajo, en la galería, y Braulio en el cobertizo.

—¿Estaba solo? ¿No había nadie con él?

—No vimos a nadie.

—¿Se lanzó solo al mar, sin que se oyera una detonación de arma de fuego, sin que nadie lo empujara, sin compulsión exterior?

—Sí, ya se lo he dicho.

Daniel se encogió de hombros.

—Y a pesar de todo, ¿usted cree que fue asesinado?

—Sí.

—¿Advierte que lo que usted dice implica la existencia de un asesino invisible?

Funes no contestó.

—¿Imagina cómo pudo ser asesinado su hijo? —preguntó Daniel, exasperado a pesar suyo.

—No. Pero sé que hay medios… He leído. Drogas que paralizan la voluntad y hacen cometer locuras… Pudo ser eso, pudo ser hipnotismo…

Daniel hizo un ruido despectivo con la boca.

—¿Usted cree eso?

—No sé. Usted tiene que averiguarlo.

—¿Ha considerado la posibilidad de un accidente? —preguntó Daniel, recordando, sin el menor entusiasmo, las insinuaciones del doctor Larrimbe.

—Sí. Pero eso es imposible. La noche era muy fría, inapropiada para nadar. Ricardo no se habría lanzado desnudo al agua. Y además, ya le he dicho que era buen nadador.

—¿Ha confiado sus dudas a la policía?

—Sí. No han querido hacerme caso. Ellos también creen que la evidencia en favor del suicidio es abrumadora.

Daniel lo miró con ojos entrecerrados.

—En resumen —dijo—, usted me plantea un caso que a todas luces no puede ser un accidente, que en opinión de la policía no puede ser un asesinato, y que según usted no puede ser un suicidio…, ¿y quiere que yo lo resuelva?

—Sí.

—¿Usted me trae una teoría preconcebida, basada en oscuros reflejos emocionales, y quiere que yo la demuestre?

—Sí.

—¿Usted quiere que yo demuestre algo que atenta contra todas las leyes de la lógica?

—Sí —dijo Silverio.

—Está bien —respondió Daniel con un suspiro— Acepto.

*

Rato después de acostarse, cuando el sueño le ponía en los párpados cerrados bruscas imágenes de dragones, de flores y de estatuas, Daniel imaginó ser un gigantesco oído abierto a todas las voces de un drama indescifrable y turbio. Con este desagrado se quedó dormido.

Capítulo V

Villa Regina estaba rodeada, de un lado por el mar, del otro por los médanos que Silverio había ido alejando año a año por medio de cercados y arboledas. El camino de la costa describía en aquel punto una curva bastante pronunciada, y pasaba por detrás de la casa. Silverio había hecho construir un camino privado de acceso, de casi un kilómetro de extensión, que llevaba directamente a la casa y volvía a desembocar en la ruta principal. En el espacio circundado por estos dos caminos, como en una isla, se extendían los terrenos de Villa Regina, las canchas de tenis, el jardín y la huerta, y una piscina que rara vez era utilizada.

La casa propiamente dicha tenía dos pisos, y el frente daba al mar. Del fondo nacía una larga avenida de eucaliptos que desembocaba en una glorieta, ante el camino principal.

Por esta avenida caminaban Daniel y Osvaldo.

—Aún no lo sabe nadie. Usted es el primero.

Osvaldo acababa de comunicarle la noticia de su próximo casamiento con Herminia. Daniel no estaba seguro de si había sabido transmitir a su rostro la fingida expresión de sorpresa que requerían las circunstancias.

—No lo diremos hasta último momento, cuando ya sea imposible que nadie… —Se interrumpió bruscamente—. Para decirle la verdad, tenemos miedo.

—¿Miedo?

—Sí.

Osvaldo soltó una risa nerviosa. Estaba preocupado. Aun el chasquido de las hojas parecía sobresaltarlo. Las hojas de eucalipto, sobre la tierra húmeda, eran como cuchillos morados, de sutiles curvas. El aroma de los eucaliptos llenaba el aire. Osvaldo miraba nerviosamente a ambos lados de la avenida, donde crecían, entre los altos troncos de las acacias, enmarañados arbustos.

—Silverio no es el único que desconfía. Yo tampoco pude creer que Ricardo se había suicidado. Lo tenía todo: fortuna, juventud, inteligencia. Se iba a casar con la mujer de quien estaba enamorado. Usted conoce a Herminia. Si no fuera materialmente imposible que alguien lo haya asesinado… Pero, por otra parte, su suicidio es casi una imposibilidad psicológica.

—¿Sabe usted si padecía de alguna enfermedad? —preguntó Daniel al azar—. Eso podría explicarlo todo.

Osvaldo se había detenido bruscamente. Su tez bronceada parecía haber palidecido.

—¿Una enfermedad? —repitió—. No, no lo creo. Pero es extraño que me pregunte eso.

—¿Por qué?

Una vaga sonrisa había asomado a los labios del muchacho. Sacudió la cabeza, como apartando una idea inverosímil y desagradable.

—No —murmuró—, no es posible… No me haga caso. Si seguimos así en esta casa, terminaremos todos en el manicomio.

—Usted iba a decir algo —insistió Daniel.

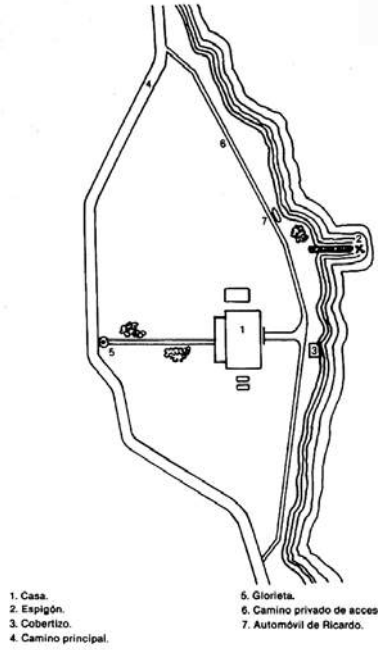


Imagen 8

Osvaldo lo miró, vacilante. Por fin se encogió de hombros, con una carcajada extrañamente aguda.

—Bueno —murmuró—, se lo diré, pero es una idea absurda, y además quiero que recuerde que es usted quien me la sugirió. Creo que es usted quien nos ha contagiado. Desde su llegada la atmósfera se ha cargado de sospechas. Hasta las paredes de la casa parecen cuchichear de noche…

"Yo nunca observé síntomas de enfermedad en Ricardo, pero ahora que usted acaba de pronunciar esa palabra, recuerdo que dos o tres semanas antes de su muerte lo noté algo preocupado. Quizá no sea ese el término exacto, no era una inquietud profunda. Pero él era de ordinario un muchacho alegre, de una extraordinaria vitalidad, y en la ocasión de que

le hablo me pareció un tanto desosegado, expectante, como si estuviera esperando el resultado de algo que sin duda debía salir bien, como le salían a él todas las cosas, pero que por una de esas remotas casualidades también podía salir mal. Me dijo, en una conversación al azar, que dos días antes había ido a ver al médico, y que al día siguiente debía volver. Pero le restó importancia al asunto, dijo que era un examen de rutina, y como después no volvió a hablarme de eso, yo olvidé el incidente… hasta hace un par de minutos."

Miró a Daniel con timidez, como rogándole que no lo dejara proseguir. Pero Daniel fingió una exagerada estupidez.

—¿Usted cree que pudo ser eso? —musitó el joven en voz muy baja.

—¿Qué?

Osvaldo volvió a reír forzadamente.

—No, no puede ser —repitió—. Pero se me ocurrió que un médico… un médico inteligente… ¡Bueno, al diablo! —exclamó desechando bruscamente sus escrúpulos—. Nadie me prohibirá que hable. Un médico puede influir mucho en la vida de un paciente, puede condicionar un estado de ánimo. En la vida moderna el médico desempeña el papel de sumo sacerdote. Un simple diagnóstico es un arma terrible. Un diagnóstico desesperado, por ejemplo…

—¿Puede inducir al suicidio? —completó Daniel.

—Sí —replicó el joven excitándose a medida que hablaba—. Ése sería el auténtico crimen perfecto. Un crimen cometido sin la intervención material del asesino. Un crimen a distancia. Y en el caso de Ricardo, habría sido relativamente sencillo. Pensaba casarse con Herminia. Hay ciertas enfermedades…

—¿Quién atendía a Ricardo?

—Usted podría formarse una idea equivocada —dijo apresuradamente Osvaldo—. Lo que yo acabo de decirle no es más que una teoría sin asidero en la realidad. No hay

ningún otro indicio que la apoye, ni la menor posibilidad de demostrarla.

—¿Quién? —insistió Daniel.

—El tío de Herminia —respondió Osvaldo con un gesto de cansancio—. El doctor Larrimbe.

Caminaron largo rato en silencio. Las ideas más encontradas se agitaban en el espíritu de Daniel. Por primera vez acababa de formularse en su presencia una teoría que abarcaba todos los hechos conocidos y les daba una interpretación radicalmente distinta a las aceptadas hasta entonces. Una teoría que involucraba un suicidio provocado. En el fondo, un asesinato.

—¿El doctor estuvo en Villa Regina aquella noche?

—No. No creo que llegue a necesitarla, pero en todo caso tiene una coartada perfecta. Permaneció toda la noche a la cabecera de un moribundo, a varios kilómetros de aquí. Recién al día siguiente se enteró de lo ocurrido…

Se volvió bruscamente hacia Daniel con un gesto de desesperada súplica. Sus manos temblaban. Finas gotas de transpiración le humedecían la frente.

—¿Comprende ahora por qué tengo miedo? Ricardo se iba a casar con Herminia, y murió. Ahora yo… o ella. Hay una fuerza diabólica que nos acecha, que se mueve en la sombra y hiere de improviso, sin dejar rastros…

Calló súbitamente. Por el sendero avanzaba hacia ellos Herminia, con los brazos llenos de flores que acababa de cortar del jardín. Herminia, cuya sola presencia (pensó Daniel con una vaga zozobra) parecía aventar todas las dudas y rencores. La brisa matinal agitaba sus cabellos rubios, de reflejos cobrizos, y en su cara de delicados rasgos se reflejaba una perfecta serenidad.

Capítulo VI

Los pies de Lázaro, sentado en el sillón de mimbre, apenas tocaban el suelo. Lázaro, con la punta del zapato, trazaba en la tierra pequeños círculos torpes.

—Es una lástima —dijo— que la muerte de Ricardo no pueda haber sido un asesinato. Porque sería difícil encontrar en otro caso cualquiera una colección más variada de motivos. Salvo Herminia y mi padre, todos tenían un motivo para asesinarlo.

—¿Usted también? —preguntó Daniel perezosamente.

—Yo más que ninguno —repuso Lázaro con sencillez—. Yo lo odiaba. Mi padre ha cultivado ese odio desde mi infancia. La típica inconciencia paterna. No necesito decirle que al lado de Ricardo yo he vivido como una sombra. Aun después de muerto, su presencia es más actual que la mía. Sin duda yo lo habría matado, si hubiera encontrado un procedimiento para hacerlo impunemente. Pero él era fuerte y yo… —Lázaro miró sus pies que casi no rozaban el suelo—. Habría sido una historia completamente vulgar, pero es difícil escapar a la coerción de las pasiones vulgares. Afortunadamente, él mismo resolvió el problema para todos.

—¿Quiénes son los demás?

—¿No lo ha descubierto aún?

Daniel meneó la cabeza, y Lázaro lo miró calculadoramente.

—Está bien, yo se lo diré. El primero es Osvaldo.

—¿Osvaldo?

Lázaro se echó a reír con una risa sorda que fue creciendo, creciendo, hasta parar de golpe, cortada de raíz.

—Sí, el atlético Osvaldo, el perfecto secretario, el hábil cazador de fortunas. Ya le dije que dentro de poco se casará con Herminia. ¿Una conquista fulminante, eh? Yo no entiendo mucho de esas cosas, pero he oído decir que el

despecho femenino es el mejor aliado de un hombre emprendedor. Lo cierto es que ahora él será su propio amo, poseerá automóvil y casa propia, y no se verá obligado a refutar la apertura Orangután. Podrá jugarle siempre la Ruy López a su futuro secretario. Eso no ocurriría si Ricardo hubiera vivido. ¡Quisiera ver la cara del doctor cuando se entere!

—¿Él no aprobará ese matrimonio?

—No lo creo —respondió Lázaro con expresión astuta—. Se disipará su última oportunidad de aspirar a la herencia de Herminia.

Daniel se había puesto de pie con un sobresalto.

—¿El doctor hereda a su sobrina?

Lázaro lo miró con expresión divertida.

—Sí, si ella muere antes de casarse. Es el único familiar que queda con vida. Él administrará los bienes de Herminia hasta comienzos del año próximo, fecha en que ella cumplirá la mayoría de edad. Herminia no conoció a sus padres, que murieron juntos en un accidente. He oído decir que hereda varios millones.

Lázaro trazó con la punta del zapato un amplio círculo que envolvía a todos los demás.

—Por eso le decía que es una lástima que el caso sea tan evidentemente un suicidio. Y sin embargo —añadió observando de soslayo a Daniel—, existe por lo menos una posibilidad de que haya sido un asesinato. Es una posibilidad algo remota, pero me extraña que a nadie se le haya ocurrido pensar en ella. Además, esa hipótesis tiene una fascinación muy particular: me excluye automáticamente de toda sospecha.

—¿Cuál es su teoría? —preguntó Daniel.

—Yo creo que los hechos pueden volverse a analizar. Aquella tarde Ricardo había ido a la ciudad. Algunos vecinos lo vieron regresar en su automóvil, poco antes de las nueve, cuando ya había oscurecido. El automóvil mismo fue encontrado más tarde al borde del camino de acceso, a unos cien

metros del espigón. Era un Ford de segunda mano que mi padre le había regalado poco antes. La ropa de Ricardo fue hallada en el interior del coche, sobre el asiento delantero.

"Los movimientos de Ricardo parecen suficientemente claros: se desvistió dentro del automóvil, con cierta prisa al parecer, bajó de él y se dirigió corriendo al espigón. Nadie lo vio hasta que llegó al extremo del mismo y se encaramó al parapeto. Entonces lanzó un grito, como para llamar la atención, y permaneció aún un instante escrutando el agua. Braulio estaba en el cobertizo de los botes y lo vio. También lo vieron mi padre, desde una ventana de la planta alta, y Sebastián, que estaba en la galería, esperando a mi padre con el fin de pedirle instrucciones para el día siguiente. Uno o dos segundos después Ricardo se lanzó al agua.

"Lo que no parece tan claro es el móvil que inspiró esos actos. La policía, muy sensatamente, opinó que Ricardo se había suicidado. Quienes lo conocían y sabían lo sucedido con su madre, mi madrastra, debieron admitir la posibilidad de que Ricardo hubiera actuado así en un repentino ataque de enajenación mental.

"Pero esos mismos hechos admiten otra interpretación. El proceder de Ricardo pudo haber sido perfectamente racional. Un hecho cualquiera, desprendido de las circunstancias que lo preceden y motivan, no significa nada. Es como un color aislado, que sólo adquiere su valor en relación con los demás. Un acto que a primera vista parece absurdo se vuelve natural si lo colocamos en las debidas circunstancias.

"Ricardo pudo ser *atraído* a una trampa, preparada de antemano. Todos sabían que había ido a la ciudad y volvería a determinada hora por ese camino. El asesino (porque desde luego mi hipótesis implica un asesino) pudo esperar su regreso en algún punto de la costa cercano al espigón. Ese camino es privado, sólo lo utilizaban los automóviles de la casa, o de los visitantes que venían a ella. Eso impedía cualquier intromisión inoportuna. Cuando el criminal vio a la distancia los

faros del automóvil de Ricardo, se echó silenciosamente al agua y aguardó su paso. Fingió estar a punto de ahogarse y lanzó un llamado de auxilio. Ricardo, naturalmente, detuvo el coche. Quizás había reconocido la voz del presunto accidentado. Se desvistió apresuradamente para poder nadar con mayor libertad de movimientos. Sabía que el tiempo que perdiera en eso lo recuperaría moviéndose con más presteza en el mar.

"Bajó del automóvil y advirtió que la 'víctima' era arrastrada mar afuera. Entonces echó a correr hacia el espigón, que se interna algunos metros en el mar. Al llegar al extremo del mismo dio voces, para llamar la atención de los demás. La víctima había desaparecido momentáneamente de la superficie. Por eso Ricardo permaneció un instante escrutando el agua. Cuando volvió a verlo, se lanzó.

"Pero su 'víctima' lo estaba esperando. Era un nadador experto, un hombre de músculos de acero. Cuando mi hermanastro se acercó a él, lo aferró por la garganta, y en pocos segundos, a favor de la oscuridad y la sorpresa, lo ahogó. Entonces debió actuar con máxima rapidez. Sebastián y mi padre corrían hacia el espigón, Braulio trataba de poner en marcha el motor de la lancha. Pero llegaron demasiado tarde. El mar, que aquella noche estaba muy picado, arrastraba el cadáver de Ricardo, que al día siguiente apareció en la costa, algunos kilómetros al norte. El asesino escapó, nadando silenciosamente, y volvió a su casa con la seguridad de que el crimen quedaría impune. En efecto, todos habían visto a Ricardo lanzarse al agua deliberadamente, por propia voluntad, sin la menor compulsión exterior.

"Ya ve usted cómo pudo planearse y ejecutarse el asesinato de Ricardo."

Daniel miraba a Lázaro con inquietud, casi con admiración. Osvaldo había imaginado un asesino ausente del lugar del crimen, pero la teoría de Lázaro suponía la presencia real

del asesino. Y como la de Osvaldo, parecía abarcar todos los hechos conocidos, o casi todos.

—¿Cómo explica que sólo Ricardo haya oído el llamado de auxilio de su asesino? No olvide que hubo tres testigos más de los acontecimientos.

—Ése es el punto débil de mi hipótesis —admitió Lázaro—. Pero no es una objeción irreductible. El Ford de Ricardo se encontró a cierta distancia del espigón. Eso indica que fue ahí donde él oyó el llamado de auxilio. Esa distancia puede explicar que los demás no hayan oído nada. En realidad, al asesino las cosas le salieron mejor de lo que pensó. Quizás él no había previsto que los movimientos de Ricardo dejarían en el ánimo de los demás una convicción tan profunda de que se había suicidado. Desde luego, esto es pura teoría.

—¿Dónde estaba usted mientras sucedía todo eso?

Lázaro lo miró con sorna.

—En el lugar más alejado de los hechos —replicó—. Volvía por la avenida de eucaliptos. Estuve toda la tarde leyendo, en la glorieta, frente al camino principal, y permanecí allí aun después de anochecer. Cuando empecé a sentir frío, regresé. A mitad de camino oí voces y eché a correr en dirección de la casa. Desde luego —añadió con acento de burla—, no puedo probarlo. Nadie me vio. No tengo coartada.

—¿Y por qué cree que su teoría lo excluye de toda sospecha?

La expresión burlona de Lázaro se acentuó.

—Porque yo no sé nadar —contestó con una risotada.

—¿Y Osvaldo?

—Osvaldo había ido a ver unos terrenos que mi padre pensaba comprar. Osvaldo es su hombre de confianza. Volvía en aquel momento.

—¿Él también venía de la ciudad?

—No, venía de la dirección opuesta. Cuando yo llegué al espigón lo vi regresar en el automóvil de mi padre. Un automóvil blanco…

Se interrumpió, con los ojos desmesuradamente abiertos. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero desistió. Daniel también miró en la dirección en que miraba Lázaro.

Por uno de los senderos del jardín se acercaban rápidamente tres hombres. Uno de ellos era Silverio, el otro Osvaldo, el tercero, un desconocido.

Silverio lo presentó como un vendedor de tierras con quien debía concertar un negocio, pero ni Daniel ni Lázaro entendieron el nombre. Era un individuo de mediana estatura, vestido de gris.

Se oyó el toque del *gong* y entraron todos juntos en la casa.

Capítulo VII

Aquella noche se cumplió la segunda de las predicciones del doctor Larrimbe.

La cena fue tempestuosa. Todas las nubes que se habían ido amontonando poco a poco, descargaron su contenido de odio y violencia, sin que la presencia de un desconocido pudiera impedirlo.

El vendedor de tierras había empezado hablando con entusiasmo de los lotes cuya adquisición proponía a Silverio. Más de treinta lotes a orillas del mar, en una ubicación privilegiada, con agua corriente y luz eléctrica, a cincuenta metros del afirmado, un lugar lleno de sol, luz y aire… No perdonó ninguno de los clisés habituales.

Pero después, de sobremesa, Silverio volvió insensiblemente a su tema habitual: Villa Regina, los grandes invernáculos que pensaba construir aquel año y que no construyó por la muerte de Ricardo. La casa que había planeado edificar para Ricardo y Herminia, y que se había quedado en los

cimientos. La nueva fábrica que había pensado montar y que también quedó en la nada.

—Ahora que Ricardo no está…

Lázaro tenía las manos cruzadas sobre el vientre. Sus ojos eran meros resquicios donde se estancaba un agua oscura y peligrosa. La presencia de un extraño parecía excitarlo, llenarlo de malignidad. Lázaro tenía en los pómulos verdosos dos minúsculas rosetas de fiebre.

—¡Ahora que él no está —murmuró sordamente—, hay quien es tan hijo suyo como él…!

Una sospecha indescriptible atravesó los ojos de Silverio.

—Sí —dijo con voz ronca—, hay otro. Otro que se alegró de su muerte y recibirá los beneficios. ¡Otro que acaso lleve en la conciencia el peso de un crimen!

Lázaro se puso de pie con la agilidad de un tigre. Parecía haber crecido, y un furor incontenible le incendiaba la mirada. Con espanto, Daniel vio que un reborde de espuma le blanqueaba los labios.

—¡Usted! —barbotó—. ¡Usted se atreve a decir eso! ¡Usted es el asesino! ¡Asesino de almas! ¡La hiena que devora a sus hijos! ¡Usted, con su egoísmo insensato, con su ceguera, entregó a Ricardo a la locura y a mí al odio!

El anciano también se había puesto de pie. Estaba muy blanco y sus ojos tenían una fijeza de sonámbulo. Avanzaba sobre Lázaro con manos extendidas que ya no temblaban, manos que prodigiosamente retornaban a su juventud y volvían a ser las de un constructor, pero animadas de un frenesí homicida, de una ebriedad de destrucción.

Osvaldo se interpuso de un salto. Forcejeó con el anciano que parecía no verlo, que parecía ver a través de él, como si fuera de cristal, la garganta de Lázaro hacia donde se tendían sus manos.

Lázaro dio media vuelta y salió del jardín, perdiéndose en la noche.

El vendedor de tierras parecía haber perdido toda su elocuencia. Se atusaba nerviosamente el bigote y sin duda había olvidado sus treinta lotes con agua y luz eléctrica.

Mucho tiempo después confesó Daniel Hernández que aquélla había sido la noche más misteriosa de su vida. Tres veces estuvo a punto de encontrar la solución, y las tres veces se quedó dormido. En una oportunidad despertó porque en sueños le pareció que alguien sollozaba en la oscuridad del jardín.

Después despertó porque en algún lugar de la casa creyó oír que secretamente se abría una puerta.

Y la tercera vez, definitivamente, lo despertó el estruendo de un balazo.

*

Lázaro estaba muerto. Acurrucado sobre un cantero del jardín, casi arrodillado junto a un banco, parecía más oscuro y menudo que nunca. Los hombres que más tarde lo llevaron dijeron que su cuerpo no pesaba casi nada. De algún modo parecía haber vuelto a su infancia, de algún modo había recobrado perdidas memorias. Una honda serenidad, apenas desmentida por el rictus sanguinolento de la boca, se extendía por su rostro inteligente.

La bala había abierto un profundo boquete en el pecho desgarrando las carnes con la facilidad con que un pico se hunde en la tierra húmeda.

A corta distancia se encontró el Winchester 44 de Silverio, y un par de flexibles guantes, también suyos.

Un tropel de gente se movía en el nocturno jardín. Silverio miraba con cara impasible el cadáver de su hijo. El doctor Larrimbe llegó diez minutos más tarde, y junto con Osvaldo tomó las providencias necesarias para que no se tocara nada hasta que viniera la policía. Braulio, Sebastián y los demás criados también habían acudido. El vendedor de

tierras había bajado a medio vestir y miraba nerviosamente de un lado a otro.

El doctor reunió a la servidumbre en la amplia cocina, encargando a Braulio que no dejara salir a nadie. Después congregó a los demás en el *hall* y en pocas palabras explicó la situación.

—Se ha cometido un crimen —dijo fríamente— y nadie debe moverse de aquí hasta que sepamos quién es el culpable.

Entonces se oyó la voz de Daniel.

—Los crímenes son dos, doctor, y yo sé perfectamente quién es el culpable.

Capítulo VIII

Herminia llegó a último momento, pálida y asustada, y buscó asiento junto a su tío. El hombre de gris, que vendía lotes con agua y luz eléctrica, se ubicó en el sitio más alejado, junto a la puerta, como si quisiera desentenderse del procedimiento o asegurarse la retirada.

—Los crímenes son dos —repitió Daniel—, y ambos están marcados por un signo igualmente abominable. No acostumbro formular juicios morales. He conocido asesinos que tenían cierta íntima grandeza, hombres cuya mano podía estrecharse sin vergüenza. Pero éste no. Nuestro asesino es mezquino y despreciable. Mezquinos y despreciables han sido sus propósitos y sus métodos, a pesar de cierta astucia instintiva, y mezquino y despreciable será su fin.

La voz de Daniel estaba cargada de una extraña pasión. Detrás de los gruesos anteojos sus pupilas azules tenían un brillo extraordinariamente frío.

—Hace hoy justamente un año, en una noche como ésta, murió Ricardo Funes. Hace menos de una hora su hermano Lázaro tuvo un destino semejante. Podemos considerar separadamente ambos asesinatos, o podemos considerar al segundo

como una consecuencia del primero. Pero de cualquier modo que encaremos el problema, la solución es única y excluyente. Para mayor rigor, los analizaremos independientemente, y después estableceremos la necesaria relación entre ellos.

"No es necesario recordar las circunstancias de la muerte de Ricardo. Están grabadas en la memoria de todos. Basta para los fines de nuestra demostración fijar los siguientes puntos. Ricardo se lanzó al mar en una noche de tormenta, desnudo, en presencia de tres testigos, y sin que aparentemente nadie lo obligara. Su automóvil con sus ropas apareció a corta distancia del espigón.

"En todo el transcurso de la investigación policial, y de la que yo acabo de realizar, nadie consideró seriamente la posibilidad de un accidente. En efecto, hay motivos suficientes para descartarla. Sólo cabe mencionarla en relación con el hecho de que una de las personas aquí presentes me sugirió la posibilidad de retomarla, ubicarla en circunstancias adecuadas y presentarla en forma de mentira piadosa a Silverio Funes, a quien se suponía trastornado por la muerte de su hijo.

El doctor Larrimbe miró a Daniel con una sonrisa vacilante, pero no dijo nada.

—La teoría generalmente aceptada fue la del suicidio. Usted, doctor, la fundamentó debidamente en la primera conversación que sostuvimos. La madre de Ricardo había enloquecido. Ricardo pudo heredar una tendencia a la insania, y esa tendencia produjo los resultados conocidos. Esto explicaba también cierto exhibicionismo que había caracterizado a su presunto suicidio.

"Pero había alguien que no podía aceptar la idea de un suicidio. Contra toda razón, contra el testimonio de sus ojos, no podía creer que Ricardo se hubiera quitado deliberadamente la vida. Ese alguien era el padre de Ricardo. Silverio aceptó una imposibilidad material, fundándose en una imposibilidad psicológica. Alegó que Ricardo no tenía motivos para suicidarse. Esa incredulidad no era del todo digna de

confianza, estaba teñida de un sospechoso contenido emocional. Silverio tenía absoluta necesidad de creer que su hijo no se había suicidado, porque de lo contrario él se sentiría de alguna manera responsable de su muerte.

"Si él no hubiera contado con algo más que aquella vaga presunción, yo no habría investigado el caso. Pero Silverio dijo algo más, algo mucho más importante que todas sus razones de orden sentimental, algo que constituye un indicio auténtico, un argumento difícil de rebatir: Ricardo era un excelente nadador. Admitiendo que hubiera querido suicidarse, ¿era lícito creer que hubiera elegido ese procedimiento para hacerlo?

"Silverio pensaba que Ricardo había sido asesinado.

"Yo le hice ver las dificultades que ofrecía esa hipótesis. Podían resumirse en el siguiente enunciado: el asesino era un hombre invisible, un hombre a quien nadie había visto en el escenario del crimen, que en ningún momento se había acercado a su víctima.

"Pero él insistió. Insinuó vagas soluciones, hipnotismos, drogas, totalmente inaceptables.

"Para estudiar el caso desde el punto de vista propuesto por Silverio, era necesario invertir el procedimiento empleado hasta entonces. La policía descartó las posibilidades de un accidente y un asesinato. Quedaba sólo el suicidio. Yo, fundándome en el razonamiento empleado por ellos, descarté el accidente, y basándome en el razonamiento de Silverio rechacé momentáneamente la hipótesis de un suicidio. Quedaba sólo el asesinato.

"Pero, ¿cómo se había cometido? Ése era el punto decisivo, el nudo gordiano. No podía desatarlo con los elementos de que disponía. Resolví dejarlo de lado hasta último momento y proceder como si ese problema ya estuviera resuelto, como si el asesinato se hubiera cometido en circunstancias más vulgares y ya conocidas. Traté de despejar las

otras incógnitas que plantea todo problema de esta índole: motivo y oportunidad.

"Debo a Lázaro la crónica minuciosa de los motivos que tuvieron todos los implicados para asesinar a Ricardo. Él era el primero. Su padre lo había postergado. Inconscientemente, había fomentado en él el odio hacia su hermano. Confesó que de poder matarlo impunemente, lo habría hecho.

"El segundo era Osvaldo. Ricardo iba a casarse con Herminia, quien es heredera de una fortuna considerable. Ahora es Osvaldo quien se casará con ella. La muerte de Ricardo era condición necesaria para que esto ocurriera. Desde luego habría sido el suyo un plan a largo plazo, pero debemos tenerlo en cuenta.

"El tercero es el doctor Larrimbe. El doctor hereda a su sobrina si ella muere antes de contraer matrimonio, porque en este caso sería su esposo el heredero.

"Silverio y Herminia aparentemente no tuvieron motivos para asesinar a Ricardo. No los descartaremos del todo, pero los marcaremos con un signo de interrogación, porque acaso haya aún hechos que no han salido a la luz.

"Pasemos a la oportunidad. Lázaro no tenía coartada. Según él, regresaba a la casa cuando ocurrieron los acontecimientos, pero nadie lo vio. Lázaro, por lo tanto, tuvo oportunidad para asesinar a Ricardo. El hecho de que él también haya sido asesinado no indica que debamos eliminarlo de nuestro análisis, porque aún no hemos probado de manera irrebatible que el asesino sea uno, y ahora sólo nos referimos al primer crimen.

"Osvaldo tampoco tiene una coartada satisfactoria. Llegó al lugar de los hechos media hora después de ocurridos. Es verdad que venía de la dirección opuesta, pero eso no nos autoriza a eliminarlo.

"Herminia me ha dicho en alguna oportunidad que estaba sola en su casa, pero no hay testimonios que lo confirmen.

"Silverio no puede demostrar que no estuvo en el lugar de los hechos, o en sus inmediaciones. Según él, vio desde una ventana del piso alto cómo Ricardo se lanzaba al mar, pero esta declaración tampoco ha podido ser confirmada.

"El doctor Larrimbe es el único que puede ofrecernos una coartada muy conveniente. Permaneció toda la noche a la cabecera de un moribundo. Lo he verificado. Aparentemente, deberíamos descartarlo de nuestra lista de sospechosos. Pero ya veremos que hay por lo menos una hipótesis que invalida su coartada.

"Este análisis nos deja prácticamente en el mismo lugar donde empezamos. No hemos podido eliminar definitivamente a ninguno de nuestros sospechosos. En rigor, cabe preguntarse qué valor tiene el análisis de motivos y oportunidades cuando no se conoce cómo se ha cometido el crimen.

"Ya veremos después que ese análisis tiene algún valor, pero por ahora no nos queda más remedio que volver al punto de partida. Todo confluye hacia ese único interrogante. ¿Cómo se cometió el crimen, el primer crimen? Si no logramos responder a esta pregunta, toda presunción en favor de un asesinato se derrumba automáticamente.

"¿Cómo es posible que haya sido asesinado un hombre a quien tres testigos vieron lanzarse al mar?

"Es curioso señalar que a lo largo de nuestra investigación se han sugerido varias soluciones de esta 'imposibilidad absoluta', como la llamó el doctor. Las más arriesgadas, las más inverosímiles, corrieron por cuenta de Silverio. Él insinuó que su hijo pudo obrar así en un trance hipnótico o bajo los efectos de alguna misteriosa droga.

"Era lógico esperar de la aguda inteligencia de Lázaro una hipótesis más racional. Lázaro, en efecto, pensó que la víctima pudo ser *inducida* a lanzarse al mar mediante un falso llamado de auxilio, y ahogada luego por la misma persona a quien trataba de salvar.

"En realidad, los hechos pudieron suceder así, pero cabe formular dos reparos. En primer lugar es extraño que nadie, salvo Ricardo, haya oído ese pedido de auxilio. En segundo lugar, el asesino no podía saber de antemano que Ricardo correría en dirección al espigón, desnudo, y a la vista de todo el mundo se lanzaría al mar. Si Ricardo acudía a su auxilio desde la misma costa, sin llamar la atención de los demás, y él lo asesinaba, nadie pensaría en un suicidio. Esta teoría introduce un elemento fortuito, que me parece ajeno a la siniestra precisión con que se concibió el crimen. Y aun cuando fuera exacta, llegaríamos al mismo resultado: el asesino sólo puede ser uno.

"A Osvaldo le corresponde el mérito de haber presentado la tercera solución de aquella 'imposibilidad absoluta'. Su teoría es la más sutil de todas, y realmente no hay evidencia material capaz de destruirla, porque sus elementos no son materiales. Sus elementos son palabras que pudieron pronunciarse en el secreto de un consultorio, palabras terribles que equivalían a algo peor que una sentencia de muerte.

"Osvaldo supuso un crimen cometido a distancia, sin la intervención material del asesino y que no requeriría su presencia en el lugar de los hechos. Un asesinato que haría posible la preparación de una coartada irrefutable. Un crimen perfecto, en definitiva, porque ni siquiera la confesión del culpable bastaría para condenarlo en ausencia de toda otra prueba.

"Él imaginó que un médico podía haberle dado a Ricardo un falso diagnóstico, un diagnóstico atroz cuyo solo enunciado lo hiciera desesperarse por obtener la felicidad que buscaba y fuera bastante para inducirlo a suicidarse.

"Osvaldo supuso que ese médico era usted, doctor Larrimbe."

El doctor hizo un gesto como si fuera a hablar, pero Daniel se le adelantó.

—Anteriormente usted mismo había tenido la infortunada idea de demostrarme hasta qué punto un médico puede condicionar la vida anímica de un paciente, y me ilustró con suma elocuencia sobre sus propios poderes de persuasión. Si no recuerdo mal, usted me habló de un enfermo imaginario a quien había curado por mera sugestión. Este caso era el inverso: un hombre sano que podía haber enfermado, que podía haber caído en la desesperación bajo idéntica influencia.

"Yo admiro la capacidad que ha tenido usted, doctor, para hacerse sospechoso en el transcurso de esta investigación. Tenía un excelente motivo para asesinar a Ricardo, trató por todos los medios de convencerme de que su muerte había sido un suicidio, se esforzó aún más para que yo desviara las sospechas de Silverio, fue el objeto de especulaciones tan ingeniosas como la que acabo de referir, y por si eso fuera poco, había realizado usted mismo, en su capacidad de médico policial, la autopsia de la víctima. En esas circunstancias, si usted hubiera sido el culpable, nada le impedía ocultar algún dato fundamental para el esclarecimiento de la verdad."

Al doctor no le gustaba el cariz que empezaban a tomar las cosas. Sus ojos centelleaban nerviosamente detrás de los lentes. Herminia se había apartado levemente de él y lo miraba con inquietud, que de un momento a otro podía convertirse en horror.

—Preferiría —murmuró el médico con voz algo ronca— que me excluyera de ese catálogo de suposiciones.

Daniel sonrió a pesar suyo.

—Creo que esa tercera solución también es falsa. No puedo demostrar que sea falsa, pero mucho más difícil sería demostrar que es verdadera. Es cierto que Ricardo lo había consultado, y que algo lo preocupaba. Pero sus explicaciones al respecto me parecen satisfactorias. Yo basaré mi demostración en indicios más concretos. No lo descarto a usted, por el momento, pero las cosas ocurrieron de otro modo.

"Llegamos así a la cuarta solución de aquella 'imposibilidad absoluta'. Perdone, doctor, pero creo que su frase no fue muy afortunada. Llegamos así a la solución que creo verdadera. Me fue sugerida por una pequeña escena presenciada al azar, una escena sin importancia y enteramente desvinculada del resto de la historia. Más adelante volveré sobre ella.

"Para juzgar mi teoría en todos sus alcances, es preciso insistir en algunos de los numerosos hechos expuestos hasta aquí.

"El presunto suicida se arrojó al mar alrededor de las nueve de la noche. A esa hora ya había oscurecido por completo. Los testigos sólo lo vieron cuando había llegado al extremo del espigón y dio voces para llamar la atención. En ese momento estaba subido en el parapeto, y era vagamente visible gracias a la luz del farol encendido en el espigón. Lo reconocieron porque era muy alto. Subido en el murallón, su cabeza quedaba aproximadamente a la misma altura del farol, que mide tres metros de alto. El parapeto tiene una altura aproximada de un metro y veinte centímetros. Aquel hombre medía alrededor de uno ochenta, que era la estatura de Ricardo…

"Estos elementos bastan para formular una solución. La solución está a la vista de todos."

Daniel hizo una pausa, observando el semicírculo de caras blancas cuyas miradas convergían en él. El silencio era audible. El doctor Larrimbe limpiaba sus lentes con manos temblorosas. Silverio, desmoronado en un sillón, parecía ajeno a todo lo que ocurría. Tenía la mirada vuelta hacia adentro, como si contemplara una espantosa leyenda de odio y de sangre. Herminia temblaba imperceptiblemente. Osvaldo esperaba con ansiedad el teatral desenlace que adivinaba próximo. Más lejos, olvidado de todos, el hombre de gris que vendía lotes con aire y luz eléctrica, lanzaba rápidas miradas a la puerta.

Daniel Hernández se puso bruscamente de pie y dijo en voz más baja de lo que todos esperaban:

—Osvaldo Lezama, usted asesinó a Ricardo Funes. Usted asesinó a Lázaro. Usted trató de incriminar a su padre y acusó falsamente al doctor. Usted planeaba asesinar a Herminia no bien se casara con ella, porque ése era el único fin de todas sus maniobras: quedarse con su fortuna. Usted ha cometido dos crímenes abominables, pero el tercero le queda grande.

Osvaldo palideció. Herminia se había vuelto hacia él y lo miraba con espanto. Silverio parecía haber retornado a la vida. Sus ojos estaban clavados en la cara de su secretario, en una inmovilidad absoluta, como si para salir de ella sólo esperase que aquél respondiera afirmativamente a la acusación.

—Es absurdo —dijo Osvaldo—. Usted no puede probarlo.

—Mis recursos son modestos —murmuró Daniel—. Pero creo que puedo probarlo.

—Usted no puede probar que yo cometí un crimen sin estar en la escena del crimen —exclamó Osvaldo en tono sarcástico—. Supongo que su cuarta teoría no postula un hombre invisible.

—No —dijo Daniel—. Por el contrario, mi teoría postula un hombre demasiado visible. Deliberadamente visible. Un hombre que se "suicida" en presencia de tres testigos, a quienes previamente ha llamado la atención con un grito.

"Usted estuvo en la escena del crimen, pero la escena del crimen no es la que todos pensamos. Dicho de otra manera, el crimen tuvo dos escenarios, y usted estuvo en ambos.

"Los tres testigos vieron a alguien que se lanzaba al mar desde el murallón. *Pero todos lo vieron de espaldas*, como es fácil comprobarlo recordando la posición relativa del espigón, el cobertizo y la casa. Ese hombre tenía una estatura algo superior a la normal, como el propio Ricardo.

"Pero ese hombre no era el suicida Ricardo. Ese hombre era el asesino. Ese hombre era usted. Osvaldo.

"Todos creyeron que había sido Ricardo, porque era el único que faltaba de la casa. Y sobre todo, porque posteriormente apareció ahogado en algún punto de la costa. Pero en realidad, nadie pudo identificar positivamente a Ricardo, a aquella hora de la noche y a semejante distancia. Braulio lo vio desde el cobertizo, que está a cien metros o más del espigón. Silverio y Sebastián lo vieron desde la casa, que está a una distancia aún mayor. Pero lo vieron simplemente como una alta silueta recortada en la noche, un hombre de espaldas, un hombre sin cara.

"Silverio tenía razón en dudar del testimonio de sus ojos. Tenía razón en alegar una imposibilidad psicológica.

"Yo descubrí la idea central del crimen al recordar una escena que había presenciado horas antes. Yo vi al doctor Larrimbe parado en el parapeto del espigón. El doctor era un hombre alto, su cabeza quedaba al nivel del extremo superior del farol. El asesino de Ricardo, el hombre que se había hecho pasar por él, era también un hombre de elevada estatura.

"Intuido el procedimiento, una simple eliminación nos indica quién es el asesino. Lázaro era demasiado pequeño, y además no sabía nadar. Silverio tampoco sabe nadar, carece de motivo aparente, y su estatura no es superior a la normal. El doctor Larrimbe es alto y buen nadador, pero tiene una coartada que en este caso conserva total validez. Herminia… Bueno, Herminia nunca pudo hacerse pasar por Ricardo. Sólo queda Osvaldo.

"Ya hemos visto el motivo de Osvaldo. Ahora examinaremos en detalle la oportunidad que tuvo de cometer el asesinato, y la forma en que la utilizó.

"Ricardo había ido a la ciudad en su automóvil. Osvaldo sabía o presumía que no retornaría antes de anochecer. Él, a su vez, salió en el automóvil de Silverio, pero en la dirección opuesta. Cuando empezaba a anochecer, cuando calculó que

Ricardo estaría por regresar, volvió. Pero no pasó por delante de la casa, no utilizó el camino privado de acceso, sino la ruta principal. Por eso nadie, en la casa, lo vio pasar. Después entró por el extremo opuesto del camino de acceso y paró el automóvil, a quinientos o seiscientos metros de la casa. Sabía que Ricardo volvería por allí, y lo que es más importante, que sólo Ricardo entraría por ese camino, que era utilizado únicamente por los dos automóviles de la casa. Descontaba que Ricardo se detendría, para indagar lo sucedido. Y en efecto así ocurrió. Le dijo que su coche se había descompuesto y que estaba tratando de encontrar el desperfecto. Ricardo, sin sospechar, se ofreció para ayudarlo. Al inclinarse sobre el motor, Osvaldo lo golpeó por la espalda, con fuerza suficiente para desmayarlo, pero no para darle muerte. Pudo utilizar una llave inglesa, pudo emplear otro instrumento cualquiera. Ése era uno de los golpes observados en el cadáver, que el doctor atribuyó al choque con las rocas de la costa.

"Después lo lanzó al mar. Sospecho que un hombre metódico como Osvaldo no dejó nada librado al azar. Sospecho que arrastró el cuerpo de Ricardo mar adentro y no lo soltó hasta tener la certeza de que estaba bien muerto. De ese modo prevenía cualquier posible reacción provocada por el contacto con el agua fría, y lo alejaba bastante de la costa como para que las olas lo arrastraran y el cadáver no fuera encontrado en seguida.

"Pero un cadáver despierta siempre las más negras sospechas. Osvaldo se propuso cortar de raíz toda sospecha. Había cometido un asesinato. Ahora debía disfrazarlo de suicidio. Había desnudado a Ricardo antes de arrastrarlo mar afuera, porque necesitaba dejar la ropa de Ricardo en *otro lugar*, en el interior del automóvil de aquél. Naturalmente, se había desvestido él también; dejó su ropa en el Buick de Silverio, con el que debía regresar a la casa. Desnudo condujo el Ford de Ricardo a las cercanías del lugar que todos hemos considerado la escena del crimen, o del suicidio.

"Dejó la ropa de Ricardo en el coche de éste, bajó silenciosamente y al abrigo de la noche se encaminó al extremo del espigón. Una vez allí un grito le bastó para llamar la atención de los demás. Sabía que nadie reconocería su voz, deformada por el eco. Tuvo cuidado de permanecer uno o dos segundos erguidos junto al farol, que pondría de relieve su estatura.

"Osvaldo se arrojó desnudo al mar porque el cadáver de Ricardo sería hallado desnudo y al mismo tiempo porque así tendría más libertad de acción. Se había buscado testigos que lo vieran 'suicidarse', pero se habría visto en apuros si esos testigos lo hubieran 'salvado'. Osvaldo es un buceador experto, capaz de burlar los esfuerzos de quienes lo buscaran. Contaba además con la ventaja de la oscuridad y la sorpresa.

"Habiendo dejado la ropa de Ricardo en el automóvil de éste, para que todo el mundo la reconociera, consumada exitosamente la farsa del 'suicidio', Osvaldo regresó a la costa. Oculto por los arbustos que allí crecen, se encaminó rápidamente al sitio donde había dejado su propio automóvil, a algo más de medio kilómetro del espigón.

"Se vistió apresuradamente, puso en marcha el Buick de Silverio, entró en el camino principal, dio la vuelta a Villa Regina y pocos minutos más tarde volvía a penetrar en el camino de acceso por la dirección opuesta, y se disponía a cooperar en el 'salvamento' de Ricardo. Sin duda abrigaba la certeza de haber cometido uno de los crímenes más ingeniosos de que haya noticia. Un crimen que nadie habría descubierto si Silverio no hubiera dudado del testimonio de sus ojos…"

Daniel se interrumpió y lanzó un grito de alarma. Osvaldo se había puesto de pie y retrocedía lentamente en dirección a la puerta. Hundía una mano en el bolsillo del saco y su rostro estaba descompuesto.

—Está bien —dijo en voz baja—, pero todavía no me han atrapado. Nadie se mueva. He matado a dos hombres y no vacilaré en matar a un tercero.

Silverio también se había levantado y se acercaba paso a paso al asesino de Ricardo y Lázaro. Una furia infinitamente sorda y tenaz le endurecía la cara.

—¡No se acerque! —repitió Osvaldo.

El anciano avanzó un paso más.

En la mano de Osvaldo brilló un revólver. Su rostro oculto, el que hasta entonces sólo se había adivinado en algunos fugaces momentos, como a través de un grueso cristal, apareció a la superficie, lleno de resolución y malignidad.

Silverio no se detuvo. Desdeñoso, inexorable, terrible en su sed de venganza, se acercaba sorteando las sillas y los muebles.

Los dedos de Osvaldo se crisparon en torno al gatillo.

Se oyó el disparo. Una nube de humo desdibujó las caras. Herminia lanzó un grito.

El humo empezó a disiparse lentamente. Sobre el dragón escarlata de la alfombra, dilatándolo con su sangre, en las últimas convulsiones de la agonía yacía Osvaldo, con un balazo en la cabeza.

El hombre de gris que vendía lotes con sol y luz eléctrica empuñaba una pesada pistola automática.

El hombre de gris era el comisario Jiménez.

Capítulo IX

La cinta blanca del camino transcurría interminablemente bajo los faros del automóvil. El comisario y Daniel viajaban en silencio desde hacía una hora. Muy atrás había quedado Villa Regina, con su extraña pesadilla de locura y de muerte, con la hermosa y desconsolada Herminia, con Silverio, a quien Daniel sólo había podido apaciguar a costa de otras dos muertes.

El comisario iba absorto y pensativo. En circunstancias distintas quizás se le habría ocurrido jactarse de la elocuencia

que había desplegado en beneficio de sus fabulosos terrenos, pero la muerte de un ser humano, por inevitable que fuese, no era para él una carga liviana.

—Ese telegrama —murmuró por fin—. Si yo lo hubiera recibido ayer…

—Ayer yo no sabía nada —respondió Daniel—. Creía que todo el mundo se había confabulado para arruinarme las vacaciones. Recién después de hablar con Silverio pensé que podía haber algo de cierto en sus sospechas. Y en la primera oportunidad que tuve le telegrafié. La culpa no es suya —agregó poniendo la mano sobre el brazo de Jiménez—. En realidad, llegó usted muy a tiempo. Llegó a tiempo para impedir la muerte de Silverio, y quizá la de alguien más.

"La mía", pensaba Daniel para sus adentros, pero no lo dijo.

—Lo que no me explico —dijo el comisario— es por qué mató también a Lázaro. Lázaro no representaba un obstáculo para sus planes.

—Hasta anoche, no. Pero en el preciso momento en que llegó usted con Silverio y Osvaldo, Lázaro pronunciaba las palabras que constituyeron su sentencia de muerte. Lázaro decía que la noche del crimen Osvaldo había regresado en el automóvil de Silverio, un automóvil blanco… Al llegar a ese punto calló, con los ojos desmesuradamente abiertos, como si hubiera recordado de pronto algo que lo explicaba todo. Osvaldo debió de oír esas palabras.

"Recordará usted que en mi reconstrucción de los hechos dije que Osvaldo se había dirigido a la escena del crimen por la ruta principal, que pasa detrás de la casa, y no por el camino de acceso, con el propósito de que nadie lo viera.

"Pero Lázaro había permanecido hasta después de anochecer frente a la ruta principal, en la glorieta donde remata la avenida de eucaliptos. Él vio pasar el automóvil de Osvaldo, con las luces apagadas, pero en el momento no lo identificó, porque el automóvil de Osvaldo no tenía por qué pasar por allí.

"Sólo esta noche, después de formular su brillante hipótesis, y cuando yo empezaba a incubar la mía, recordó aquel detalle: un automóvil blanco, claramente reconocible en la oscuridad, que había pasado delante de sus ojos momentos antes de cometerse el crimen. El Buick de Silverio, el automóvil en que había salido Osvaldo. En aquel momento Lázaro comprendió todo. Pero acababan de llegar ustedes, sonaba el *gong* que llamaba a la cena, y él prefirió dejar su revelación para más tarde.

"Lázaro era una inteligencia lúcida, pero alejada de lo práctico, un teórico. Durante la cena cometió dos terribles errores. Se dejó arrastrar por la cólera al oír las injustas palabras de su padre, y después salió al jardín. Allí fue a buscarlo más tarde el asesino.

"Lázaro había intuido, aun antes, que Osvaldo podía ser el asesino. Esa vaga creencia, que aún no se había concretado conscientemente, era quizá lo que lo impulsaba a hostilizar constantemente al secretario de su padre, al asesino de su hermano. Lo cierto es que el día antes Lázaro había pronunciado palabras proféticas. Él dijo: 'Quizá sea la última partida que le gane a Osvaldo.' Y en efecto, en el terreno de la práctica, Osvaldo era más diestro jugador que él."

Daniel volvió a guardar silencio. Un aire fresco entraba por la ventanilla. Empezaban a cantar los pájaros. Sobre el mar, en el esfumado horizonte, se dibujaban las primeras pinceladas rojas del sangriento amanecer.

Cuento para tahúres
(1953)

Salió no más el 10 —un 4 y un 6— cuando ya nadie lo creía. A mí qué me importaba, hacía rato que me habían dejado seco. Pero hubo un murmullo feo entre los jugadores acodados a la mesa del billar y los mirones que formaban rueda. Renato Flores palideció y se pasó el pañuelo a cuadros por la frente húmeda. Después juntó con pesado movimiento los billetes de la apuesta, los alisó uno a uno y, doblándolos en cuatro, a lo largo, los fue metiendo entre los dedos de la mano izquierda, donde quedaron como otra mano rugosa y sucia entrelazada perpendicularmente a la suya. Con estudiada lentitud puso los dados en el cubilete y empezó a sacudirlos. Un doble pliegue vertical le partía el entrecejo oscuro. Parecía barajar un problema que se le hacía cada vez más difícil. Por fin se encogió de hombros.

—Lo que quieran... —dijo.

Ya nadie se acordaba del tachito de la coima. Jiménez, el del negocio, presenciaba desde lejos sin animarse a recordarlo. Jesús Pereyra se levantó y echó sobre la mesa, sin contarlo, un montón de plata.

—La suerte es la suerte —dijo con una lucecita asesina en la mirada—. Habrá que irse a dormir.

Yo soy hombre tranquilo; en cuanto oí aquello, gané el rincón más cercano a la puerta. Pero Flores bajó la vista y se hizo el desentendido.

—Hay que saber perder —dijo Zúñiga sentenciosamente, poniendo un billetito de cinco en la mesa. Y añadió con retintín—: total, venimos a divertirnos.

—¡Siete pases seguidos! —comentó, admirado, uno de los de afuera.

Flores lo midió de arriba abajo.

—¡Vos, siempre rezando! —dijo con desprecio.

Después he tratado de recordar el lugar que ocupaba cada uno antes de que empezara el alboroto. Flores estaba lejos de la puerta, contra la pared del fondo. A la izquierda, por donde venía la ronda, tenía a Zúñiga. Al frente, separado de él por el ancho de la mesa del billar, estaba Pereyra. Cuando Pereyra se levantó dos o tres más hicieron lo mismo. Yo me figuré que sería por el interés del juego, pero después vi que Pereyra tenía la vista clavada en las manos de Flores. Los demás miraban el paño verde donde iban a caer los dados, pero él sólo miraba las manos de Flores.

El montoncito de las apuestas fue creciendo: había billetes de todos los tamaños y hasta algunas monedas que puso uno de los de afuera. Flores parecía vacilar. Por fin largó los dados. Pereyra no los miraba. Tenía siempre los ojos en las manos de Flores.

—El cuatro —cantó alguno.

En aquel momento, no sé por qué, recordé los pases que había echado Flores: el 4, el 8, el 10, el 9, el 8, el 6, el 10... Y ahora buscaba otra vez el 4.

El sótano estaba lleno del humo de los cigarrillos. Flores le pidió a Jiménez que le trajera un café, y el otro se marchó rezongando. Zúñiga sonreía maliciosamente mirando la cara de rabia de Pereyra. Pegado a la pared, un borracho despertaba de tanto en tanto y decía con voz pastosa:

—¡Voy diez a la contra! —Después se volvía a quedar dormido.

Los dados sonaban en el cubilete y rodaban sobre la mesa. Ocho pares de ojos rodaban tras ellos. Por fin alguien exclamó:

—¡El cuatro!

En aquel momento agaché la cabeza para encender un cigarrillo. Encima de la mesa había una lamparita eléctrica, con una pantalla verde. Yo no vi el brazo que la hizo añicos. El sótano quedó a oscuras. Después se oyó el balazo.

Yo me hice chiquito en mi rincón y pensé para mis adentros: "Pobre Flores, era demasiada suerte". Sentí que algo venía rodando y me tocaba en la mano. Era un dado. Tanteando en la oscuridad, encontré el compañero.

En medio del desbande alguien se acordó de los tubos fluorescentes del techo. Pero cuando los encendieron, no era Flores el muerto. Renato Flores seguía parado con el cubilete en la mano, en la misma posición de antes. A su izquierda, doblado en su silla, Ismael Zúñiga tenía un balazo en el pecho.

"Le erraron a Flores", pensé en el primer momento, "y le pegaron al otro. No hay nada que hacerle, esta noche está de suerte".

Entre varios alzaron a Zúñiga y lo tendieron sobre tres sillas puestas en hilera. Jiménez (que había bajado con el café) no quiso que lo pusieran sobre la mesa de billar para que no le mancharan el paño. De todas maneras ya no había nada que hacer.

Me acerqué a la mesa y vi que los dados marcaban el 7. Entre ellos había un revólver 48.

Como quien no quiere la cosa tomé hacia el lado de la puerta y subí despacio la escalera. Cuando salí a la calle había muchos curiosos y un milico que doblaba corriendo la esquina.

Aquella misma noche me acordé de los dados, que llevaba en el bolsillo —¡lo que es ser distraído!—, y me puse a jugar solo, por puro gusto. Estuve media hora sin sacar un 7. Los miré bien y vi que faltaban unos números y sobraban

otros. Uno de los "chivos" tenía el 8, el 4 y el 5 repetidos en caras contrarias. El otro, el 5, el 6 y el 1. Con aquellos dados no se podía perder. No se podía perder en el primer tiro, porque no se podía formar el 2, el 3 y el 12, que en la primera mano son perdedores. Y no se podía perder en los demás porque no se podía sacar el 7, que es el número perdedor después de la primera mano. Recordé que Flores había echado siete pases seguidos, y casi todos con números difíciles: el 4, el 8, el 10, el 9, el 8, el 6, el 10... Y a lo último había sacado otra vez el 4. Ni una sola clavada. Ni una barraca. En cuarenta o cincuenta veces que habría tirado los dados no había sacado un solo 7, que es el número más salidor.

Y, sin embargo, cuando yo me fui, los dados de la mesa formaban el 7, en vez del 4, que era el último número que había sacado. Todavía lo estoy viendo, clarito: un 6 y un 1.

Al día siguiente extravié los dados y me establecí en otro barrio. Si me buscaron, no sé; por un tiempo no supe nada más del asunto. Una tarde me enteré por los diarios que Pereyra había confesado. Al parecer, se había dado cuenta de que Flores hacía trampa. Pereyra iba perdiendo mucho, porque acostumbraba jugar fuerte, y todo el mundo sabía que era mal perdedor. En aquella racha de Flores se le habían ido más de tres mil pesos. Apagó la luz de un manotazo. En la oscuridad erró el tiro, y en vez de matar a Flores mató a Zúñiga. Eso era lo que yo también había pensado en el primer momento.

Pero después tuvieron que soltarlo. Le dijo al juez que lo habían hecho confesar a la fuerza. Quedaban muchos puntos oscuros. Es fácil errar un tiro en la oscuridad, pero Flores estaba frente a él, mientras que Zúñiga estaba a un costado, y la distancia no habrá sido mayor de un metro. Un detalle lo favoreció: los vidrios rotos de la lamparita eléctrica del sótano estaban detrás de él. Si hubiera sido él quien dio el manotazo —dijeron— los vidrios habrían caído del otro lado de la mesa de billar, donde estaban Flores y Zúñiga.

El asunto quedó sin aclarar. Nadie vio al que pegó el manotazo a la lámpara, porque estaban todos inclinados sobre los dados. Y si alguien lo vio, no dijo nada. Yo, que podía haberlo visto, en aquel momento agaché la cabeza para encender un cigarrillo, que no llegué a encender. No se encontraron huellas en el revólver, ni se pudo averiguar quién era el dueño. Cualquiera de los que estaban alrededor de la mesa —y eran ocho o nueve— pudo pegarle el tiro a Zúñiga.

Yo no sé quién habrá sido el que lo mató. Quien más quien menos tenía alguna cuenta que cobrarle. Pero si yo quisiera jugarle sucio a alguien en una mesa de pase inglés, me sentaría a su izquierda, y al perder yo, cambiaría los dados legítimos por un par de aquellos que encontré en el suelo, los metería en el cubilete y se los pasaría al candidato. El hombre ganaría una vez y se pondría contento. Ganaría dos veces, tres veces... y seguiría ganando. Por difícil que fuera el número que sacara de entrada, lo repetiría siempre antes de que saliera el 7. Si lo dejaran, ganaría toda la noche, porque con esos dados no se puede perder.

Claro que yo no esperaría a ver el resultado. Me iría a dormir, y al día siguiente me enteraría por los diarios. ¡Vaya usted a echar diez o quince pases en semejante compañía! Es bueno tener un poco de suerte; tener demasiada no conviene, y ayudar a la suerte es peligroso...

Sí, yo creo que fue Flores no más el que mató a Zúñiga. Y en cierto modo lo mató en defensa propia. Lo mató para que Pereyra o cualquiera de los otros no lo mataran a él. Zúñiga —por algún antiguo rencor, tal vez— le había puesto los dados falsos en el cubilete, lo había condenado a ganar toda la noche, a hacer trampa sin saberlo, lo había condenado a que lo mataran, o a dar una explicación humillante en la que nadie creería.

Flores tardó en darse cuenta; al principio creyó que era pura suerte; después se intranquilizó; y cuando comprendió la treta de Zúñiga, cuando vio que Pereyra se paraba y no le

quitaba la vista de las manos, para ver si volvía a cambiar los dados, comprendió que no le quedaba más que un camino. Para sacarse a Jiménez de encima le pidió que le trajera un café. Esperó el momento. El momento era cuando volviera a salir el 4, como fatalmente tenía que salir, y cuando todos se inclinaran instintivamente sobre los dados.

Entonces rompió la bombita eléctrica con un golpe del cubilete, sacó el revólver con aquel pañuelo a cuadros y le pegó el tiro a Zúñiga. Dejó el revólver en la mesa, recobró los "chivos" y los tiró al suelo. No había tiempo para más. No le convenía que se comprobara que había estado haciendo trampa, aunque fuera sin saberlo. Después metió la mano en el bolsillo de Zúñiga, le buscó los dados legítimos, que el otro había sacado del cubilete, y cuando ya empezaban a parpadear los tubos fluorescentes, los tiró sobre la mesa.

Y esta vez sí echó clavada, un 7 grande como una casa, que es el número más salidor...

Los casos del comisario Laurenzi (1956-1961)

Simbiosis

—El país es grande —dijo el comisario Laurenzi—. Usted ve campos cultivados, desiertos, ciudades, fábricas, gente. Pero el corazón secreto de la gente, usted no lo comprende nunca. Y eso es asombroso, porque soy un policía. Nadie está en mejor posición para ver los extremos de la miseria y la locura. Lo que pasa es que uno es también un ser humano. Pasado un tiempo nos cansamos, dejamos que las cosas resbalen sobre nosotros. Siempre las mismas elipses concéntricas, las mismas pasiones, los mismos vicios. Con tres o cuatro palabras explicamos todo: un crimen, una violación o un suicidio. Vea, queremos que nos dejen tranquilos. ¡Pobre de usted si me trae un problema que no se pueda resolver en términos sencillos: dinero, odio, miedo! Yo no puedo tolerar, por ejemplo, que usted me salga matando a alguien sin un motivo razonable y concreto.

El comisario, a todas luces, hablaba en presente histórico. Hace ocho años que está jubilado.

—Gracias —dije, sin embargo—. Lo tendré muy en cuenta.

—Bueno, eso es lo que yo pienso. Pero, tarde o temprano, un hombre que se mueve por el mundo husmeando en cosas turbias asiste al nacimiento de algo que es un monstruo. Fíjese: no digo una cosa, un ser material. Puede ser una idea, un sentimiento, un determinado acto que es de por sí aberrante. Puede ser todo eso al mismo tiempo.

Hizo una pausa que aprovechó para aumentar la presión barométrica con el humo deletéreo de su cigarrillo negro. Estábamos en el café de costumbre, en la mesa de siempre.

—Ciertas atmósferas —concluyó, espiando con los ojos encapuchados el efecto que me producían sus palabras— generan monstruos.

Sonreí. El comisario, esa noche, mostraba cierta propensión al tremendismo.

—Hablo en serio —insistió—. ¿Le conté alguna vez que a mí me han tenido como bola sin manija por todas las comisarías del país?

—No.

—No —repitió—. Sería demasiado largo, pero créame.

—Una vez —dijo el comisario Laurenzi— fui a parar a un pueblo de Santiago del Estero, a unos ochenta kilómetros de la capital, un pueblecito sucio con una calle única que tiene la invariable dirección del viento y donde nunca termina de posarse el polvo. No había agua. A veces pasaba medio año sin llover. Cuando llegaba el tren con los tanques aguateros, las mujeres y los chicos formaban una cola harapienta y resignada.

"Todo tenía el color de la tierra: las caras, las manos, las cosas. Usted podía cerrar las puertas y las ventanas, pero no podía impedir la sorda invasión del polvo. A las dos horas había una capa de polvo sobre los muebles, los vidrios, la ropa: una película blancuzca, casi imperceptible, pero inexorable y triunfante. Creo que con el tiempo eso llegaba a adquirir una proyección anímica."

La población tenía casi toda sangre india. En los alrededores vegetaban algunos obrajes. Esto quiere decir que durante toda la semana el pueblo, falto de hombres, dormía. Usted sabe lo que es ese sueño de los pueblos del interior.

"Los domingos, el panorama se animaba. Llegaban los hacheros, para nosotros, en la comisaría, aumentaba el trabajo. Había rozamientos, pendencia. O esas interminables

discusiones en que dos hombres bajo los efectos de la bebida, al rayo del sol, hablan de todo y no se entienden en nada, aunque finjan admitir el razonamiento del contrario para entrar a refutarlo. Al fin apelaban al cuchillo y llegábamos nosotros, la policía. Y después la curandera."

"Pero la mañana siguiente todo estaba muerto de nuevo. Ni un alma en la calle, las puertas cerradas, y el sol calcinante y eterno. Como un escenario vacío donde periódicamente se representara una misma escena. Porque esa animación dominical era lo irreal. La realidad permanente era la otra."

"Yo me había acostumbrado a esa inmovilidad, esa apatía, esa casi inexistencia. Es muy extraño, porque yo era un hombre de Buenos Aires. Sin embargo, llegué a dilatar toda resolución, a reducir mis movimientos al mínimo indispensable. Me convertí en la imagen perfecta del comisario tomando mate."

"Yo era feliz. Todo marchaba perfectamente. Hasta que ocurrió eso brutal que le voy a contar."

Se le había enfriado el café. Lo tomó de un trago, haciendo una mueca.

—Yo no sé —dijo— si usted ha visto un incendio en el campo. A veces arden leguas enteras de pastizal. Usted mira el horizonte y ve las columnas de humo. De noche es como un vasto cinturón de fuego, bello y terrible. Lo que pasó fue algo así, pero en otro plano. Ríase, pero no encuentro palabras para designarlo: un inconcebible incendio de almas.

"No —se anticipó—, no es una imagen poética. Las llamas sacan de sus guaridas toda clase de bestias feroces. Dejan tras sí olores pestilentes. Aquí también hubo algo de eso."

El comisario carraspeó y encendió un nuevo cigarrillo. Tiene el don natural de la pausa dramática. Tal vez por eso le he dicho que debería dedicarse a escribir cuentos para las revistas. Él se ríe y contesta que lo deja para gente como yo. Conociendo su mal natural presumo que es una forma disimulada de insultarme.

—Es evidente —prosiguió— que las primeras señales de lo que acontecía se me pasaron por alto. Debo atribuirlo, por una parte, a la inercia que me dominaba, y por otra, al hecho de que yo seguía siendo para la gente del lugar un forastero. Lo cierto es que una tarde comprobé con asombro que el domingo estaba llegando a su fin y en el pueblo no había nadie. Durante largos períodos yo no llevaba la cuenta de los días. Una vez a la semana me despertaban los gritos de los hacheros, y entonces sabía que era domingo. Pero hoy la calle estaba vacía desde el amanecer. El cabo y los dos vigilantes no habían aparecido después de mediodía.

"Fui al almacén, y lo encontré cerrado. En las casas no había luz. Tuve la impresión de haber quedado absolutamente solo en un lugar desierto. ¿Sabe lo que hice? Me tomé media botella de caña y me fui a dormir."

El comisario se rió con risa áspera.

—La tarde siguiente apareció el cabo y me contó lo que pasaba. Y fue entonces cuando oí hablar por primera vez del Iluminado. Creo que los diarios de Buenos Aires, más tarde, lo llamaron así. Usted recordará cómo les divirtió el asunto.

"El Manosanta (dijo el cabo) estaba a unas dos leguas del pueblo, en un rancho a la orilla del viejo cauce del río. Y por todos los caminos y picadas iba llegando gente para verlo. Gente enferma: tullidos, lisiados, ciegos, hombres y mujeres cubiertos de llagas y de pústulas. Gente pobre, harapienta, con una caterva de perros de igual condición."

"Empezaba a atardecer cuando aparecimos nosotros. Mire, yo nunca he visto nada igual. Pensaba que cosas así sólo ocurren en esos países raros que vemos en los noticiarios."

—La India —intercalé—. La procesión anual a las aguas del Ganges.

—Si usted lo dice… —admitió—. Bueno, había allí como dos mil personas en círculo, en un claro del monte. ¿Y sabe lo que hacían? ¡Rezaban! Estaban arrodillados y rezaban…

"Esas voces, si usted las hubiera escuchado… Era como un rugido en el desierto que llegaba en ráfagas potentes histéricas, con algo indefiniblemente doloroso. Me costó trabajo reconocer las palabras familiares. 'Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores…"

"Y ese hombre, el Manosanta, pegado al tronco de un árbol en el centro del círculo, tan inmóvil que las ramas del árbol parecían brotar de su cuerpo, y las hojas, de su cara encendida por un crepúsculo violento."

"Cuando terminó el rezo hubo un gran silencio. Apenas un llanto casi imperceptible se desprendía de algún rincón de la muchedumbre. Entonces el Iluminado se adelantó y empezó a hablar. Era increíble. Le digo que era increíble."

Yo no recuerdo las palabras exactas que dijo, y de todas maneras no importan, porque era su voz, esa melopea áspera y al mismo tiempo irresistible, lo que hipnotizaba a la multitud...

"Pero había algo más. Una especie de relación telepática. No puedo describirla de otra manera. De otra manera no se explica el diálogo en que ese viejecito absurdo (yo ahora lo veía perfectamente desde mi caballo: la barbita rala amarilla de nicotina, los ojos saltones) se dirigía con una pregunta a la muchedumbre y ésta contestaba al momento, sin vacilar."

"Casi todos los redentores, usted sabe, hablan el mismo lenguaje, un lenguaje que a los hombres serenos, en circunstancias normales, nos deja enteramente fríos o nos hace sonreír. No le pido, pues, que repare en las palabras que se cruzaron esa tarde, sino en el mecanismo de esa comunicación."

"—¿Cuál es nuestro pan? —preguntaba el santón."

"—¡El hambre! —rugía la multitud."

"—¿Y nuestra agua?"

"—¡El miedo!"

"—¿Y nuestra esperanza?"

"—¡El milagro! ¡El milagro!"

"Él les prometía el milagro, un ancho y difuso milagro que lamería todas esas cabezas vencidas, esos miembros llagados. ¿Acaso el viejo río no volvería a su antiguo cauce? ¿Acaso no se quebraría el cielo, esa misma noche, en una lluvia purificadora y bienhechora? Con los brazos abiertos trazaba imaginarias riquezas, fecundidades imposibles."

"Mire, si en ese momento yo no me hubiera dado cuenta de que estaba anocheciendo, si no hubiera visto el último sol que ardía entre los montes bajos, si no hubiera sentido el frío imperceptible que invadía el aire, creo que me habría quedado allí indefinidamente escuchando a ese hombre harapiento y sucio, colgado de sus palabras, como el último de los hacheros. Yo, el hombre de la ciudad, de la civilización."

"¿No le hablé todavía del hedor que reinaba en ese campamento inconcebible? ¿Ni de las moscas y tábanos que flotaban en nubes espesas? Seguramente fue eso lo que me decidió. Empecé a abrirme paso con el caballo a través del gentío."

"—¡Paso a la autoridá! —gritaba el cabo haciendo restallar vigorosamente el arreador."

"Y así llegamos ante el profeta. Créame, cuando no hablaba, era un hombrecito insignificante. Se quedó mirándome de soslayo, con esos ojos saltones y astutos, las manos cruzadas al pecho."

"Le dije… ¿Qué podía decirle? Vea, amigo, váyase, que le conviene. No me alborote a esta pobre gente."

"Se van a apestar todos con tanto amontonamiento."

"¿Usted cree que me hizo caso? ¡Cualquier día! Empezó a agitar los brazos y balbucear incoherencias. ¿Por qué lo perseguían? ¿Acaso él no era enviado para curar a los pobres? Y otras estupideces por el estilo."

"Giré en torno y sólo vi caras amenazantes, manos oscuras apoyadas en los mangos de las hachas. En cierto modo esos pobres diablos eran mi gente, yo me había

acostumbrado a tratarlos y comprenderlos. Ahora me resultaban desconocidos. Estoy seguro de que me hubieran hecho pedazos si intentaba algo contra ese individuo. Hasta el cabo, que siempre me había demostrado una fidelidad de perro, empezaba a mirarme con desconfianza y reproche. Una voz gritó que me fuera. Luego, otras y otras, muchas. Un cascote se desmenuzó en polvo contra el pescuezo de mi caballo."

"Pasó algo peor, algo que no alcanzo a explicarme. Yo creía y sigo creyendo que aquel sujeto era un simple farsante, que mi deber era ponerlo en un calabozo, o por lo menos alejarlo. Pero por un momento, un increíble momento, sentí esa vergüenza, ese sentimiento de culpa que debe asaltar al que persigue a un inocente."

"Ya era de noche cuando atravesé el campamento. Brillaban hogueras. Y la voz del santón repetía un lúgubre estribillo:

"—Mi sangre es la curación de todos los males. —O algo así."

"Cuando llegué al pueblo despaché un telegrama pidiendo tropas del ejército. ¿Qué otra cosa podía hacer? En cualquier momento estallaba una peste que se llevaría a la tumba a la mitad de aquellos infelices…"

Hizo una larga pausa, como si pensara dejar la historia inconclusa.

—Bueno —apremié—, ¿qué pasó con el Manosanta?

—Lo mataron —dijo el comisario Laurenzi—. Lo mataron esa misma noche.

Pidió una grappa doble y la tomó ceremoniosamente antes de proseguir la narración.

—Entre la primera y la segunda vez que estuve en el campamento —dijo— pasaron doce horas. Y en esas doce horas sucedieron algunas cosas raras. La muerte de ese pobre diablo, desde luego, y el nacimiento del monstruo y las huellas que dejó en el barro, y…

—¡Un momento! —grité—. Comisario, usted me toma el pelo. Vea, primero se hace el Lucio V. Mansilla, o si prefiere el Esteban Echeverría, y me pinta un desierto, inconmensurable, abierto, etcétera, donde nunca termina de posarse el polvo. Luego pretende reencarnar a Mary Shelley. Y ahora me sale hablando de huellas en el barro…

—Llovió esa noche —murmuró quedamente—. Lo más raro de todo. En seis meses no había caído una gota. Pero esa noche fue brutal lo que llovió. Hasta el cañadón traía agua, como si el río volviera al viejo cauce.

—No —dije—. No. No puede ser.

Él se quedó mirándome, de lo más divertido, mientras yo movía obstinadamente la cabeza.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Que el Iluminado fuera auténtico. Que haya ocurrido el milagro. Que usted pretenda introducir una nueva religión oficial, en evidente perjuicio de la Madre María y Pancho Sierra. Que encima intente convertirme. Le doy mi palabra de honor, nada de eso puede ser.

—Piense lo que quiera —dijo suavemente, llamando al mozo e iniciando ese vago ademán de pagar que siempre completaba yo—. Desde el punto de vista policial, que era el de la realidad escueta, que era el mío, el muerto se llamaba Varela, linyera y vagabundo con muchas y frecuentes entradas en la policía de San Luis, Córdoba y Tucumán, por ejercicio del curanderismo.

—Así vamos mejor —aprobé—. ¿Cómo lo mataron?

—De una puñalada en la carótida. Limpita, vea. Casi más una incisión que un tajo.

—Perfecto. Ahora explíqueme lo del monstruo.

—Usted no cree, ¿verdad?

—Hechos, comisario. Hechos.

—Bueno, los hechos es fácil anunciarlos. Parece que apenas empezó a llover Varela fue al rancho y se acostó. Por

lo menos allí lo encontraron a la mañana siguiente, tendido en unas mantas. Al lado tenía un cofre abierto y sin nada.

"Al criminal había que buscarlo entre centenares de personas. Menos mal que llegó una compañía de soldados, y pudimos impedir el desbande. Pero de todas maneras nadie quería hablar."

"Por eso me alegré tanto cuando descubrimos el rastro. Eran unas pisadas que seguían la orilla del cañadón y se paraban ante el rancho. Con un poco de suerte, pensé, resultaría fácil encontrar al asesino."

"No me duró el entusiasmo. El cabo, que era medio baquiano, dijo que nunca había visto huellas como ésas. Y me hizo notar que eran demasiado profundas, demasiado hundidas en la tierra."

"—Eso quiere decir que buscamos a un gordo —le dije."

"No lo vi muy convencido. Hasta parecía asustado, supersticioso. Lo cierto es que el gordo no apareció. Quiero decir que no apareció nadie capaz de duplicar esas pisadas en el mismo terreno. Para eso, según el cabo, hacía falta un hombre que pesara entre ciento treinta y ciento cincuenta kilos. Y él estaba convencido de que no era un hombre."

"Entretanto, el ambiente del campamento empezaba a descomponerse. Estallaban peleas que los soldados apenas podían dominar. Cuando vinieron a decirme que habían encontrado a un hombre con manchas de sangre en la camisa, pensé que todo se iba a aclarar."

"Pero no fue así. Era un tullido. Tenía las dos piernas paralíticas, una lamentable cara de idiota y no hacía más que sonreír. Era evidente que no podía haber caminado hasta la choza ni dejado esas huellas. En cuanto a las manchas de sangre, se había lastimado con un cuchillo. Me mostró el cuchillo y me mostró la herida, poco profunda, que se había hecho en el brazo mientras dormía."

"Fue entonces cuando apareció esa vieja, diciendo que de madrugada había visto al diablo rondar el campamento. Calcule usted el caso que podía hacer yo de una historia semejante. Pero hasta ese momento no tenía otra cosa."

"Era evidente que la mujer hablaba en serio y estaba asustada. Había visto al diablo, dijo, y sin duda el diablo se había llevado al santo porque no podía sufrir que hiciera milagros. ¿Y cómo era? Muy alto, aseguró, y encorvado, y ustedes no me van a creer: tenía dos cabezas. Bueno, él se aparecía siempre en la forma que más le conviniera. ¿Si se había asustado? No ven que apenitas les puedo hablar… Temblaba y se hacía la cruz."

"Créame, yo estaba harto de esas cosas."

"Al fin me trajeron un ciego, porque le habían encontrado encima mucha plata y hasta anillos y relicarios de oro. A lo mejor los había tomado del cofre del muerto. Pero él declaró que los tenía en depósito y que no iba a decir quién se los dio. Lo amenacé con meterlo adentro, por encubridor."

"Este ciego era muy inteligente. No se le movió un pelo ante mis apremios."

"—Descubridor, puede ser —me dijo—. Ciego y desgraciado también. Pero delator, ¡nunca!"

"—¿Y no serás vos no más el que mató al curandero?"

"—A lo mejor —repuso—, pero entonces tendría que explicarme cómo habría hecho para atravesar todo el campamento dormido, con centenares de personas tendidas en el suelo, sin pisar a nadie. Para alguien que no ve, era imposible."

"En eso vino el teniente que mandaba los soldados a preguntar qué íbamos a hacer con esa gente. No podíamos tenerlos más tiempo; ni siquiera había para comer."

"Le dije que mandara a cada uno a su casa, porque el problema ya estaba resuelto."

—No insultaré su inteligencia —concluyó el comisario Laurenzi con una sonrisa maligna— diciéndole cuál era la solución, porque usted seguramente la ha adivinado."

—Mi inteligencia, señor comisario, prefiere ser insultada —le informé secamente.

—Voy a darle una ayudita —dijo el comisario, como en una audición de preguntas y respuestas—. El testimonio de la mujer resultó decisivo. El culpable era ese monstruo de dos cabezas.

—¿El diablo? —interrogué con profundo sarcasmo.

—Si usted quiere, aunque sólo en sentido figurado —respondió con perfecta ecuanimidad—. Vea, es muy simple. Una cabeza era la del tullido. Otra, la del ciego que lo llevaba a horcajadas. Ninguno de los dos podía haber llegado por sus propios medios a la choza de Varela. Pero los dos juntos…

—Comprendo —interrumpí—. Es muy fácil. El ciego utilizó las piernas y el tullido los ojos y las manos. Pero su técnica narrativa es deplorable —agregué buscando un ilusorio desquite—. Usted acude al esperpento literario para referir un crimen vulgar con el más trillado de los móviles: el robo.

—Eso cree usted —dijo mientras salíamos a la calle—. Porque usted se atiene a las interpretaciones más superficiales. Yo le hablé de un monstruo, y usted cree que me refería exclusivamente a esa extraña simbiosis del ciego y el paralítico. Por lo tanto, yo perdí el tiempo cuando le aclaré, ya de entrada, que lo monstruoso podía residir más bien en una idea.

"Las dos cabezas elaboraron ideas muy distintas con respecto al presunto Iluminado. La del ciego, que era esencialmente la cabeza de un incrédulo, llegó a la conclusión de que Varela, siendo un farsante, hacía dinero con sus sermones y falsos milagros. Por lo tanto, valía la pena matarlo para quitarle el dinero. Hasta ahí, usted anda acertado. Pero la otra cabeza del monstruo bicéfalo era la de un creyente absolutamente elemental.

"Como tantos curanderos, Varela utilizaba esas frases espectaculares que constituyen el repertorio universal del embaucamiento. Recuerde: 'en mi sangre está la curación de todos los males'. Esa fue la última sentencia que yo le oí y le resultó fatídica."

"Porque el paralítico, el creyente elemental, el simple idiota de la dulce sonrisa, la tomó al pie de la letra."

La trampa

El comisario Laurenzi volteó los cinco palillos, hizo carambola de cuatro y mandó mi bola a la tronera.

—¿Usted cree en el diablo? —preguntó sobre el pucho.

—Acabo de cambiar de opinión —repuse con cierta amargura—. Hasta hace un momento no creía.

Él, que se había distraído, volvió una mirada de asombro al paño verde de la mesa de casino.

—¿Yo hice todo eso? —preguntó.

—No. Yo.

El partido había terminado.

—Me ganó bien —dije sin convicción.

—Desde luego —repuso con absoluta convicción—. Pero, ¿usted cree en el diablo?

—No.

—Yo sí.

—¿Lo ha visto?

—Y oído.

—¿Qué aspecto tiene?

—No sea superficial. Usted debería saber que hay cosas que no pueden describirse por su aspecto. El aspecto que tienen es la forma de su engaño.

Colgó el taco pesarosamente y volvimos a la mesa de costumbre. El comisario, como siempre, pidió un café y una grappa.

—Vamos a ver, ¿por qué no cree en el diablo?

Las historias del comisario Laurenzi comenzaban invariablemente así, con alguna pregunta más bien absurda.

Yo lo toreaba adrede:

—Porque es un concepto medioeval. La ciencia lo ha desprestigiado. No podría enseñar nada a los simples mortales. Mire, yo conozco un hombre enteramente común, pero se le ocurren las ideas más atroces.

—¿Se las cuenta a usted?

—A alguien tiene que contárselas. Si no, reventaría. Yo las publico, pero le cambio el nombre. Además, él no lee lo que yo escribo.

—Yo tampoco.

—Su pensamiento —proseguí sin hacer caso de la interrupción— sigue sin esfuerzo la pendiente de la perversidad. A ese hombre el diablo no podría enseñarle nada nuevo.

—¿Y a usted?

—Yo he escuchado durante cuatro horas a una mujer gorda dictando una conferencia sobre psicología infantil en un día de calor. He iniciado expedientes en oficinas nacionales. Tengo trato privilegiado con usureros. Viajo diariamente en colectivo. Ya ve usted: he sacado carta de ciudadanía en el infierno.

Se echó a reír, silbando.

—¡Qué suerte tiene! —dijo—. Mire, yo le voy a contar un caso que hubo aquí, en Buenos Aires, antes de que yo me jubilara y después me va a decir.

—Si es una historia de aparecidos, me la cuenta otro día. Yo sólo cultivo el cuento policial. Para el género fantástico hace falta talento.

—Eso es muy cierto —dijo con sorna—. Pero es un caso policial. Intervine yo.

—¿Lo resolvió?

—Sí —repuso—. Dentro de lo que pueden las fuerzas humanas, lo resolví. Pero escuche: nunca quiera llegar al fondo de la verdad, de ninguna verdad. La verdad es como la

cebolla: usted quita una capa, después otra, y cuando sacó la última, no le queda nada.

Le dije que había errado la vocación.

—Usted —prosiguió impávido— habrá visto esas casas antiguas, señoriales, con un patio inmenso. Todavía quedan algunas en Flores.

—No las he visto, pero capto la idea. La leyenda les añade una parra. Los poetas llegan a adjudicarles un aljibe…

—… y una higuera. Exacto. Ésta no tenía aljibe, y la higuera se había secado.

—Comisario, no le creo. Usted introduce deliberadamente un clima bíblico. No es la primera vez que oigo hablar de higueras secas.

—Gervasio Funes se casó dos veces. La primera esposa, antes de morir, le dejó dos hijos: una mujer y un varón. La segunda, una hija.

—Ahora habla como Pérez Galdós. ¿De qué murió la primera?

—Gastritis.

Arsénico…

Cuando estoy con el comisario Laurenzi, todo lo que me cuenta despierta en mí análogas reacciones. Como en esos tests psicoanalíticos, él dice "accidente", yo pienso: "asesinato". El dice "suicidio", yo pienso: "fraguado".

—¿Y la segunda?

—Fractura del cráneo. Resbaló en el patio.

Martillazo.

Con el comisario hay que estar alerta. Siempre quiere sorprenderlo a uno con un final imprevisto.

—¿Le dejaron dinero?

—Mucho. Qué casualidad, las dos eran mujeres ricas.

—Por supuesto…

—Vea —agregó de pronto—, yo creo que usted agarra para el lado de los tomates. Ese hombre que le digo no mató a nadie. Fue la víctima.

Le hice notar cortésmente que yo no había afirmado lo contrario.

—Pero lo pensó —dijo decisivamente—. Lo que usted piensa hace casi tanto ruido como lo que dice. ¿Me deja terminar la historia sin interrumpirme con el pensamiento?

"Bueno, la muerte de la segunda mujer parece que impresionó mucho a Funes. Se hizo retraído. Ya casi no salió de su cuarto, una habitación sin muebles, salvo una mesa, un par de sillas, una cama de hierro y un colchón miserable que apenas alcanzaba a cubrirla. Los vecinos y los hijos dicen que vivía encerrado. La luz le molestaba. Cerraba los postigos y cuando era necesario se alumbraba con una vela."

—En resumen, estaba chiflado.

—Vaya a saber. No sé quién ha dicho que a los chiflados con plata se les llama excéntricos. El caso es que este hombre tenía unas cuantas manías. Unas eran sabidas y otras se descubrieron más tarde. En un momento dado parece que le dio por la religión.

—¿Qué clase de religión?

—En eso casi nadie está de acuerdo. Algunos dicen que era ocultista. Nosotros encontramos algunos libros de espiritismo, o algo semejante. Yo no entiendo de esas cosas. Pero Rosario, la hija mayor, asegura que una vez lo vio rezando ante una estatuita de madera que era la imagen del diablo.

—¿Cómo lo vio?

—Ése es otro de los detalles curiosos de la historia. Los hijos lo espiaban.

—Pobre hombre.

—No crea. Le temblaban todos. Era capaz de prorrumpir en terribles maldiciones y juramentos que daban

miedo. Nadie sabe por qué la voz del anciano les infundía tanto pavor. Sin salir de su pieza, los tenía en un puño.

—Lo odiarían.

—Sin duda. Cuando murió, confesaron alivio. Es decir, todos menos Merceditas.

—¿La hija menor?

—Sí.

El comisario chupó su cigarrillo y lanzó una bocanada de humo acre y negro. Su voz se hizo reminiscente.

—Pobre muchacha. Parecía destrozada.

—¿Tenía ojos azules?

El comisario se sobresaltó.

—¿Eh?

—Ojos azules.

—Hum, sí. Y era rubia y en esa época no contaba más de diecisiete años. Era bellísima.

Me creí obligado a sonreír. El comisario Laurenzi se tomó la grappa y carraspeó estruendosamente.

—Funes sólo abandonaba su cuarto el primero de cada mes. De las once a la una estaba en la sala de recibo. Era propietario de varias casas, y ese día venían los inquilinos a pagarle el alquiler. Para Funes, era casi una ceremonia. En sus últimos años había concebido un amor feroz por el dinero.

"Los hijos protestaban. Ricardo, sobre todo. Era estudiante de abogacía, hombre grande ya, y el viejo le daba apenas unas moneditas para el tranvía. Cada dos años le compraba un traje y un par de zapatos."

"Rosario tenía que hacer milagros para pagar los gastos de la casa con lo poco que le daba el padre. Al fin se vio obligada a aceptar trabajos de costura que hacía en su casa. Cosía su propia ropa y la de su hermana."

"La situación, figúrese, era explosiva. Una fortuna al alcance de la mano, y este hombre insensato que daba vueltas alrededor de su cuarto, como una araña en su cueva, repitiendo a gritos: ¡Sobriedad! ¡Parsimonia! ¡Moderación en los gastos!"

"Con frecuencia lo oían hablar solo dentro de su cuarto. Rosario dijo que en algunas oportunidades oyó también otras voces. Pero la pobre tenía los nervios trastornados."

"Ricardo era de genio violento. Un día, un primero de mes, esperó al padre en la sala. Estaba pálido y furioso. Le dijo que las cosas no podían seguir así, que Funes, con su condenada avaricia, les estaba poniendo a todos malas ideas en la cabeza. Que el día menos pensado…"

"Rosario, que fue quien me contó todo esto, dijo que en ese momento sólo pensó en huir, aterrada, porque temía lo peor. Se encerró en su cuarto y quiso poner la radio para no oír las voces. Pero la radio no funcionaba. Y no le quedó más remedio que escuchar las horrendas imprecaciones del padre, que llamaba asesino a Ricardo y le ordenaba que saliera para siempre de su casa. Después vio pasar a su hermano, humillado y vencido, en dirección a su pieza, que estaba en los fondos."

"Rosario era todo un personaje, cuarentona, apergaminada, menuda, casi transparente, se había pasado la vida entera entre las cuatro paredes de la casa, sin conocer hombre ni distracción. En una época quizás había sido bonita, pero ya no. En fin, un resultado típico de esa crianza a la antigua que todavía se oye ponderar a veces…"

"En esas mujeres, usted sabe, se desarrolla una curiosidad infatigable. Ella espiaba a los vecinos, a través de las persianas del balcón y al padre por el ojo de la cerradura. Y ese día, como todos los primeros de mes, concluida la cobranza, lo vio alzar el magro colchón que cubría la cama de hierro, hundir las manos ávidas, pasarlas sobre el elástico en un movimiento circular y sacar grandes fajos de billetes de banco que apiló sobre una mesa. Lo vio contar dinero, con un brillo húmedo en los ojos, a la escuálida luz de la vela, agregar lo recaudado esa mañana y esconder todo nuevamente bajo el colchón. En ese momento eran las dos de la tarde."

"El anciano acostumbraba dormir la siesta."

"La puerta estaba cerrada con llave y Funes tenía la llave en el bolsillo. Esto lo comprobamos más tarde."

"Rosario volvió a su cuarto, que estaba frente al del padre con el patio de por medio. La habitación de su hermana daba a la calle y la de Ricardo, como le dije, al fondo. Se sentó ante la máquina de coser con la puerta abierta. Luego me aseguró que *no vio pasar a nadie*."

—¿Eso es importante?

—En cierto modo. Al cabo de una hora, más o menos, dice Rosario que oyó un grito en la pieza de Funes. Atravesó corriendo el patio y pegó el oído a la puerta. Adentro se oían ruidos como de lucha y, según ella, palabras confusas del anciano.

—¿Qué decía?

—Suplicaba a alguien que lo soltara. Rosario dice que nunca olvidará el terror que había en su voz.

—¿Volvió a espiar?

—Sí. Pero lo que alcanzó a ver le quitó la costumbre por el resto de su vida. Funes estaba sobre la cama y un frenesí de movimiento le convulsionaba el cuerpo. Saltaba y rebotaba como una pelota. Parecía luchar con un enemigo atroz e invisible que lo sujetaba del brazo. La pieza estaba casi a oscuras, ¿comprende? En esa penumbra Rosario vio que le saltaban chispas verdes y azules de los dedos y de los cabellos que tenía erizados como un gato. Más tarde me dijo, llorando, que parecía poseído por el demonio.

"De pronto esa fuerza brutal que lo sacudía lo dejó caer sobre la cama como un pellejo seco, como un muñeco roto y lamentable."

"Todo esto habrá durado unos pocos segundos. Rosario no sabía en qué momento empezó a gritar. Y sólo dejó de hacerlo cuando vio a su hermano que se lanzaba sobre la puerta, echándola abajo. Luego llegó Merceditas."

"Entraron al mismo tiempo. La pobre Rosario me dijo después que había un hedor insoportable. A quemado y…"

—¿Sí? —pregunté, sobre ascuas.

—Azufre.

El comisario apagó el pucho del cigarrillo en los restos ya fríos del café.

El siseo de la brasa al extinguirse me puso la piel de gallina.

—Funes estaba muerto. Ricardo lo advirtió en seguida al ponerle la mano sobre el corazón y ver que no latía. Rosario eligió ese momento para desmayarse. Se apoyó en el respaldo de la cama, pero las piernas no la sostuvieron.

"El hermano la alzó en brazos y la llevó a su cuarto. Llamó a un médico vecino y a la policía."

"Cuando regresó a la habitación de Funes con el médico, encontraron a Merceditas arrodillada ante el cadáver, rezando, con las manos apretadas contra el pecho. La muchacha se levantó, miró por última vez al padre y salió en silencio, sin persignarse. Cuando Ricardo me contó esa escena, confieso que me impresioné. ¿Le dije que Merceditas parecía una madona del Renacimiento? No, creo que no se lo dije porque en general me abstengo de esas comparaciones. Pero en este caso no hay otra. Virginal y recoleta en su dolor, con las manos plegadas en un gesto de resignación, los ojos azules y sin lágrimas, pero cegados para siempre a la felicidad… Hum…"

El comisario tosió, se rascó la nuca, paseó la vista por las demás mesas, bostezó exageradamente e hizo ademán de recoger su paraguas del perchero del café.

—Bueno —dijo—, realmente es tarde. Así murió Funes.

Me miró con una sonrisa burlona.

—Y ahora, ¿cree en el diablo o no?

—¡Un momento! —grité—. ¿Quiere decir que su historia ha terminado?

—Prácticamente, sí.

—¡Mire, comisario —le dije con intenso rencor—, si usted pretende hacerme creer que el diablo se llevó a ese viejo chiflado, juro que no volveré a jugarle al casín!

Una expresión de alarma asomó a sus ojos.

—Vamos por partes —dijo—. ¿Usted qué piensa?

—Pienso que uno de los hijos lo asesinó. Eso es lo que pienso. ¡Y usted me va a decir cuál!

—¿No se lo he dicho? —preguntó con absoluta inocencia.

—Si lo dijo, no lo oí.

—Funes murió electrocutado al tocar la cama de hierro.

—No es posible —exclamé—. La había tocado antes, al sacar los billetes del colchón, y no le pasó nada. Rosario la tocó después, al desmayarse, y tampoco le pasó nada. Por consiguiente, la cama no estaba electrizada.

—No estaba electrizada *antes* ni tampoco *después*, pero sí en el momento justo.

—Usted me dijo que la puerta estaba cerrada con llave y que nadie pasó allí.

—Exacto.

—Entonces Funes se suicidó. Nadie sino él pudo…

—No. Lo asesinaron. ¿No le dije que cuando él y Ricardo empezaron a discutir, Rosario huyó a su cuarto y encendió la radio?

—Pero la radio no funcionaba.

—Exacto. Más tarde yo comprobé que la radio andaba perfectamente. Por lo tanto, la explicación es que *en ese momento* no había corriente en ninguna de las instalaciones de la casa. El asesino la había cortado con el interruptor del zaguán.

—¿Por qué?

—Ya verá. Debajo de la cama, sobre el zócalo de la pared, había una toma. Por la mañana, mientras Funes atendía a sus

inquilinos, el criminal cortó la corriente, conectó un enchufe con un cable y ató el extremo del cable a la pata de la cama.

"Todos en la casa sabían que Funes por la tarde dormía la siesta. Yo le dije que esa cama era de hierro y que el colchón no alcanzaba a cubrirla por completo. El asesino calculó que en algún momento, mientras el anciano dormía, su mano rozaría la cama… Entonces bastaba hacer girar nuevamente la llave del interruptor fuera de la pieza, a veinte metros de distancia, para que la cama se electrizara."

—Un plan diabólico —admití con un estremecimiento.

—¿No le dije? Pero cuando yo llegué, no había cable alguno en la pieza de Funes. Fue lo primero que busqué.

—¿Lo encontró?

—Más tarde, sí. De lo contrario, nunca habríamos podido probar nada.

—Comprendo —suspiré—. Bueno, el viejo se lo merecía, en cierto modo. Pobre muchacho. Supongo que le habrán dado veinticinco años, por lo menos.

Me miró con infinito asombro.

—¿De quién está hablando?

—De Ricardo, por supuesto.

—Ricardo era inocente.

—Ah —dije con amargura—. Debí imaginarlo. Rosario, la pobre Rosario…

—No.

—¡Merceditas! —exclamé furioso.

Me miró tristísimo.

—Yo creí que usted se había dado cuenta. ¿No le dije que cuando yo llegué, el cable y el enchufe habían desaparecido?

—Sí, pero…

—Ella fue la única que pudo sacarlos, la única persona que quedó un momento sola en el cuarto, cuando Rosario se desmayó y Ricardo la llevó de ahí. Al regresar con el médico, la encontraron de rodillas ante el cadáver, como si estuviera rezando. Lo que acababa de hacer, en verdad, era recobrar la

prueba del delito. La tenía apretada contra el pecho, con las manos cruzadas. Después se levantó y se fue, pero sin persignarse. Cuando una persona termina de rezar, se persigna, ¿no es así? Pero ella no lo hizo, porque entonces habrían visto lo que ocultaba entre los dedos…

"Merceditas tenía una tremenda penetración psicológica, una agudeza casi diabólica. Sabía que su padre, apenas se encerrara en su cuarto, sacaría el dinero que ocultaba, bajo el colchón, para agregarle el que acababa de cobrar y contar todo, con típica desconfianza de avaro. Y sabía que en ese momento Rosario estaría espiándolo. Más tarde Rosario juraría que la cama no estaba electrizada. Merceditas esperó un tiempo prudencial antes de hacer girar el interruptor. Cuando oyó el tumulto, cortó de nuevo la corriente. No quería que ninguno de sus hermanos cayese fulminado. El enemigo era el padre."

"¿Comprende la situación? La autopsia establecía que Funes murió electrocutado. Pero nosotros, la policía, no podríamos demostrar cómo. Fíjese, el cuarto estaba cerrado con llave, Rosario vio a su padre tocar la cama impunemente y cuando yo llegué, la prueba del delito había desaparecido…"

"Lo que me puso sobre la pista fue esa inocente declaración de Rosario. La radio que no funcionaba… Entré en el cuarto de Merceditas, el más próximo al zaguán y al interruptor de la luz. Me figuré que ella había sacado el cable de algún artefacto eléctrico y que después lo había colocado nuevamente. Había un velador, una estufa y un reloj eléctrico. El velador y el reloj no habían sido tocados. Pero cuando me incliné sobre la estufa, comprobé que el cable estaba pelado en el extremo que conectaba con el artefacto, y los filamentos de cobre que lo componían mostraban un brillo inconfundible. Alguien había manipulado ese cable en fecha reciente."

"En aquel momento oí un gemido y al volverme descubrí a Merceditas apoyada contra la pared a un costado de la puerta. Se había llevado una mano a la boca y me miraba con

un odio insufrible. Ya no era hermosa. Tenía la cara contraída y grisácea. Parecía vieja. Cuando empezó a hablar me corrió un frío por todo el cuerpo. Hablaba con voz monótona, casi inaudible, pero comprendí que me insultaba. Me insultaba con las palabras más soeces que he escuchado en mi vida. El odio le deliraba en los ojos. De sus labios brotaba un hilo de saliva."

"Después lanzó un grito y cayó. Se había envenenado. Ahora creo que yo lo adiviné desde el primer momento, cuando la vi llevarse la mano a la boca, pero no hice nada. Esto me preocupó algún tiempo, más tarde. Quizá si yo hubiera llamado al médico, que aún estaba en la casa…"

Tomó su paraguas y salimos. La lluvia repiqueteaba en los toldos de la Avenida de Mayo.

—Todavía hay una cosa que me intriga —dijo el comisario Laurenzi.

—¿En su historia?

—En la suya —respondió—. Ese amigo de usted. El que inventa historias atroces. ¿Lo conozco?

Esta vez me tocó a mí el turno de hacerme el misterioso.

—Sí, me atrevo a decir que lo conoce.

—¿Quién es?

—¿No se lo dije?

—Si me lo dijo, no lo oí.

—Usted, comisario —respondí—. ¿Quién si no usted?

Zugzwang

Pobre comisario Laurenzi. Las cosas que me ha tenido que aguantar… ¿Cuánto tiempo, por ejemplo, hace que vengo explotando sus recuerdos? Él sólo habla, yo escribo. "No hay bicho más peligroso que el hombre que escribe", suele decir mirándome de reojo. "Explota a los amigos, se explota a sí mismo, explota hasta las piedras. ¿Hay algo sagrado para él? ¿Hay algo intocable para él? ¿Conoce la piedad? ¿Conoce la simple decencia? No. Y todo por ver su nombre en alguna parte. Gente rara…".

Cuando el comisario Laurenzi se pone así, yo me limito a sonreír.

Siempre he sostenido que cada hombre lleva adentro un demonio, y a veces más.

En el bar Rivadavia, donde nos encontramos casi todas las noches, se juega a muchas cosas. El comisario prefiere el casín. Yo prefiero el ajedrez. De esta irreductible diferencia ha salido de todo: desde el patético mate Pastor hasta el más feroz desparramo de bochas y palitos.

Ante el tablero, el comisario practica un juego solapado y simple. Quiero decir que cultiva la agachada y el garrotazo por la espalda. Serio, impávido, paquidérmico, hasta que lo calza a uno. Entonces le brillan los ojitos, se vuelve sentencioso y sobrador, menciona a una misteriosa tía Euclidia que le enseñó a jugar lo poco que sabe…

A esa altura de las cosas, aún se puede abandonar la partida con dignidad. Si uno engrana, las carcajadas del comisario atronarán el café, los dichos encenderán la sonrisa de mozos, acudirán los eternos mirones, comentarán lo perdido que está uno, ensayarán presuntas jugadas salvadoras.

—¡No joroben, por favor! —grita entonces uno— ¡Los de afuera son de palo!

Y mueve. Y pierde. Con sutil satisfacción de equivocarse solo.

—¡Je, afeitado y sin visita! —comenta entonces el comisario, sonriendo modestamente, y mira a su alrededor como invitando a que todos miren. Si lo dejan, en esos momentos de euforia, hasta es capaz de pagar un café.

Claro que éste no es el desarrollo normal de los acontecimientos. Las estadísticas demuestran que me gana una vez de cada cinco que jugamos. Anoche, por ejemplo, lo maté en pocas.

—¡Mueva algo! —le dije con fina ironía.

—No puedo —se quejó—. Cualquier cosa que mueva, pierdo.

—Está en posición de zugzwang —le advertí.

—Claro, en zaguán… Supiera lo cansado que me siento esta noche —aclaró bostezando ostensosamente y barriendo con un delicado movimiento de la mano izquierda sus derrotadas piezas—. Me ha ganado una buena partida.

—Le he dado una buena paliza —dije sin misericordia.

—No crea… Hum… No crea que no.

—La vida tiene situaciones curiosas —dijo Laurenzi, después de consolarse con una grappa doble—. Posiciones de zaguán, como usted dice.

—¡Zugzwang, comisario!

—Eso mismo —respondió sin inmutarse—. Porque, vamos a ver, usted que es leído, ¿qué es una posición de zaguán?

Siempre era así: una roca. Preferí llevarle la corriente.

—La posición de zugzwang —expliqué— es en ajedrez aquella en que se pierde por estar obligado a jugar. Se pierde, porque cualquier movida que uno haga es mala. Se pierde, no por lo que hizo el contrario, sino por lo que uno está obligado a hacer. Se pierde porque uno no puede, como en el póker, decir "paso" y dejar que juegue el otro. Se pierde porque…

—Basta, m'hijo, si yo entiendo. ¿No acabo de verlo? Yo le pedí una definición, y usted me da seis o siete, pero una es bonita. *Se pierde porque cualquier cosa que uno haga está mal*. En la vida también.

—Salute, comisario. ¿Y eso?

—Vea, es muy simple. Suponga que ante una situación cualquiera hay dos modos opuestos de obrar, A y B. Normalmente, si A es bueno, B será malo y viceversa. Es claro como el agua. Pero, a veces, A es malo y B *también* es malo.

—¿Y qué es bueno comisario?

—Nada —dijo tristemente—. Nada.

—Es una historia larga y absurda —murmuró Laurenzi, acariciándose el bigote—. Pero tiene algo que ver con esa partida que usted me acaba de ganar, y por eso se la cuento.

"Yo vengo aquí desde que usted era un chico. Hace veinte años ya se jugaba al ajedrez en estas mesas. Ese lenguaje que usted oye, esas frases hechas que no escucharía en ninguna otra parte, esos chistes que nadie de afuera entendería, se han ido formando con el tiempo. Una costumbre, una comodidad, un vínculo borroso pero fuerte…

—Una tradición —interrumpí.

—Ríase si quiere. Ése era el esquema. El contenido es un cúmulo de cosas que trascienden el juego. Aquí han venido hombres tristes, hombres oscuros, hombres preocupados,

hombres que iban a tomar alguna tremenda decisión. ¿Los hubiera descubierto usted, con una sola mirada?

—Es imposible —admití—. Nadie nos reconoce con una sola mirada. Hacen falta tantas miradas, y tantas palabras, y tanta superfluidad de gestos, y…

—Entonces no me interrumpa —dijo con hostilidad que no acerté a explicar.

—Era —prosiguió sin transición— un hombre canoso, delgado, que conversaba muy poco. Por esa época, y le hablo de quince años atrás, tendría alrededor de sesenta. Siempre lo vi con el mismo traje, pero impecablemente limpio y planchado. También usaba bastón, un viejo bastón de madera bruñida y lisa, de punta ferrada. Le menciono el detalle porque eventualmente supe que era un arma más peligrosa de lo que parecía. Lo usaba, dijo, para defenderse de los muchachos, de las patotas… Quién sabe.

"Al ajedrez no jugaba nunca, pero daba la impresión de entender, porque recorría todas las mesas con cara de inteligente, y si le preguntaban, respondía con una jugada exacta."

"Me parece estarlo viendo, apoyado en su bastón, con la cabeza imperceptiblemente ladeada, en desorden el cabello acerado, los ojos claros y luminosos y el aspecto de una sonrisa en los labios."

Llegaba a una hora fija, saludaba, caminaba entre las mesas, miraba las partidas, saludaba, se iba. No se daba con nadie. Los demás lo tenían por un excéntrico. Pero a mí, usted sabe, siempre me han interesado los viejitos raros.

Tardé tres meses en pasar del saludo a una conversación sobre el tiempo. "Tardé seis meses en averiguar su nombre —se llamaba Aguirre— y algo de su vida. Por esa época me dedicaba treinta segundos al entrar, antes de ir a ver los juegos. Fue una felicidad para mí el día que pude sentarlo a tomar un café. Yo acababa de retirarme de la policía —explicó con una mueca—, y sentía ya ese tedio, ese fastidio que me impulsa a hablar de cualquier cosa, con cualquiera.

"Una de las primeras cosas que le pregunté era por qué no jugaba al ajedrez. Enrojeció. Entonces comprendí que lo que yo había tomado por orgullo era una exagerada timidez."

"—Juego por correspondencia —me dijo."

"—¿Cómo es eso?"

"—Muy simple. Hay una federación internacional de ajedrez por correspondencia. Usted pide que le designen un rival de su misma fuerza. Ellos le dan la dirección de ese rival, que puede estar en Nicaragua, o en Australia, o en Bélgica; y usted le escribe indicándole cuál es su primera jugada. Él contesta, y de ese modo se entabla la partida, que puede durar meses o años, según el tiempo que tarden en llegar las cartas. La más larga que yo jugué duró cuatro años y medio. Con un pescador de Hong-Kong."

"—Y en esa correspondencia —pregunté— ¿no hacen más que anotar las jugadas? ¿O hablan también de otras cosas?"

"—Por lo general hablamos de otras cosas, si tenemos un idioma común, además de la notación ajedrecística que es prácticamente universal. En este momento, por ejemplo, puedo decirle con más exactitud que los diarios cuál es la situación en Asia, merced al pescador de Hong-Kong. Algún día le mostraré mis partidas."

El comisario Laurenzi hizo una pausa, pidió otro café y encendió un cigarrillo negro.

—Entre la promesa y el cumplimiento de la promesa —prosiguió luego—, pasaron varios meses. Un día me invitó a su casa. Su casa era una simple habitación amueblada en una especie de hotel. Había orden allí, pero un orden producto de la voluntad y no del entusiasmo. No sé si usted me entiende. Un cuarto refleja de algún modo el carácter de quien lo ocupa. Y aquí, para darle un ejemplo, los libros estaban escrupulosamente alineados en sus estantes, pero debajo del ropero se adivinaban unas sombras verdosas que, lamento decirlo, eran botellas vacías. Y un almanaque, en un rincón, eternizaba

el mes de noviembre de 1907. Pequeñas cosas, por supuesto, pero yo tengo el hábito profesional de observarlas… Y luego, ese rostro de mujer. Era lo primero que uno descubría al entrar. Estaba puesto de tal manera sobre el escritorio, la luz de la ventana lo iluminaba con tan delicada precisión, que usted no podía dejar de ver, y padecer, en el acto, ese rostro, que era el de una vieja fotografía, que era el fantasma de un tiempo muerto y amarillo, sueño del polvo retornado al polvo, pero conmovedoramente joven y hermosa todavía…

—Comisario —le recordé—. Las ordenanzas de la Policía Federal le prohíben hablar de ese modo.

—Era, había sido su mujer —prosiguió sin hacerme caso—. María Isabel… Usted sabe lo feas que son en general las viejas fotos. Pero ésta no, porque había sido tomada al aire libre, en una hamaca al pie de un árbol, y la muchacha no tenía uno de aquellos atroces sombreros de antaño, y el árbol estaba florecido y una extraña luminosidad iluminaba el ambiente.

—Se enamoró de ella —provoqué.

—¿Qué queda de los muertos? —dijo—. Porque ella estaba muerta, y su lugar exacto en el tiempo sólo por una piadosa ficción podía mi amigo abstraerlo de aquel mes de noviembre de 1907 en que ella se tiró bajo un tren. Mi amigo quedó solo, y entonces supe cuál era ese resorte que yo instintivamente sospechaba en él, y que venía buscando con esta tenacidad de perro de presa que a veces me avergüenza.

—¿Por qué se mató?

—Por una de esas historias fútiles y antiguas. Un hombre la conquistó, la abandonó, y luego se fue. Ella no encontró otra salida.

—¿Y el seductor?

—Era un extranjero. Volvió a su país. Ella no dijo su nombre a nadie. Pero todo o casi todo se supo después, por una de esas fabulosas casualidades. —Aquella tarde en que

Aguirre me invitó a su casa fue para mostrarme una partida por correspondencia que había iniciado poco antes, y que lo tenía muy preocupado.

"—No sé cómo me he metido en esto —dijo—. Conozco la posición como la palma de mi mano, y sé que estoy perdido. Es más, esta partida se ha jugado antes. Puedo señalarle la página exacta del Griffiths en que figura, con una o dos transposiciones, y decirle quiénes la jugaron y en qué año. A primera vista, usted no observa gran cosa: es una lucha equilibrada. Pero dentro de ocho movidas, no tendré que jugar, habré llegado a una típica posición de zugzwang. Y sin haber cambiado una sola pieza. Es para morirse de risa."

"—Pero si usted conocía la partida —inquirí, extrañado—, ¿por qué entró en esa variante?"

"—Ahí está, ahí está —dijo agriamente—. Eso es lo que me subleva. Usted ve la trampa, y puede escapar, pero más que la fuga le interesa el mecanismo de la trampa, le fascina la cerrada perfección de la trampa, aunque usted sea la víctima, y arriesga un pie, y luego el otro, y luego es tarde…"

"—Pero —insistí—, ¿cómo sabe que su rival verá todas las jugadas justas?"

"—Las verá, estoy seguro —contestó sonriendo sin alegría—. Es un lince. Es un diablo. Y además él también conoce la partida."

"—Muéstreme las cartas —dije en un súbito impulso."

"Titubeó. Pero luego me trajo una carpeta con toda la correspondencia: las cartas de su enemigo y copias en carbónico de las suyas. Me gustaría que usted, Hernández, hubiera visto esa carpeta. Las primeras comunicaciones eran formales, lacónicas. Apenas una presentación, y luego: *Mi primera jugada es P4R. O bien: Acuso recibo de su 1.P4R. Contesto: 1.P4AD*. Pero luego esa mínima relación se iba ampliando, desarrollando. Por debajo del frío esquema del juego aparecerían los rasgos individuales, las personas. Un día era mi amigo que se excusaba por una demora en responder

y mencionaba una breve enfermedad. Luego era el Otro, que se interesaba por su salud y hablaba del clima de su país, de su ciudad. Lentamente surgían recuerdos, preferencias, opiniones."

"De ese modo, yo también pude conocer al Otro. Era un escocés de Glasgow, con un nombre teatral: Finn Redwolf. Se retrataba con gracia. Ahora, decía, era un viejo achacoso y reumático, pero en su juventud había sido irresistible para las mujeres y temible para los hombres. Había estado en casi todo el mundo: el Congo, Egipto, Birmania… ¿Argentina? *Sure, fine country. I have been there too.*"

"Recuerdo que esta admisión de haber estado aquí no aparecía hasta el final de la octava carta de Redwolf. En la décima, daba algunos detalles: estuvo trabajando como ingeniero en los ferrocarriles ingleses, entre 1905 y 1907. Se divirtió muchísimo —agregaba en la decimosexta—, a pesar de algunos contratiempos. Había una muchacha, por ejemplo… Alfil-Cuatro-Alfil. Jaque."

"Durante seis meses, mi amigo no apareció por el café. Entonces fui a verlo. Llamé a su puerta y no me contestó. Entré lo mismo. Lo vi sentado ante un tablero, absorto. Sobre la mesa había cuatro cartas más, escritas con la prolija letra de Redwolf."

"A esa altura de las cosas, la partida se había transformado en una lenta crucifixión. Ya no era un juego: era algo que daba escalofríos. Y Redwolf parecía gozar desmesuradamente. *Su jugada es la mejor, pero no sirve*, repetía en cada carta, como un estribillo. Una jactancia sin límites se desprendía de sus comentarios y de sus análisis. Lo tenía todo previsto, todo. Sin darme cuenta, yo también empecé a odiarlo. ¿Cómo sería, cómo habría sido en su juventud aquel anciano reumático que en una brumosa isla, a miles de kilómetros de distancia, sonreía ahora maliciosamente? Lo imaginé alto, lo imaginé atlético, tal vez pelirrojo, con un rostro

flaco y alargado y duro y hermoso, con pequeños ojos verdes y crueles…"

"Pero había algo peor, algo indefinible y siniestro, algo que se parecía —diría yo— a una segunda partida simétrica e igualmente predestinada. *El otro plano*, ¿comprende? El plano personal, desenvuelto en lucha. Al principio me resistí a creerlo, porque era tan absurdo, pero luego tuve que rendirme a la evidencia. Había animosidad allí, había un rencor instintivo de ambos lados. Y ese conflicto tenía misteriosas correspondencias con la partida de ajedrez, tenía su mismo *crescendo*, idénticos augurios de catástrofe y aplastamiento. Era como si Redwolf, llevado por una de esas manías de los viejos y los solitarios, no se conformara con ganar sobre el tablero; como si le quedara otra instancia superior que dirimir y adjudicarse. Era un tempestuoso. Era, y usted sabe las reservas con que yo uso esta palabra, tan malvado. En cada una de sus frases latía un sarcasmo. Pero había que desmenuzar la frase para encontrar el sarcasmo, y eso lo hacía doblemente doloroso. ¡Ah, si mi amigo no hubiera sido tan inteligente! Pero Redwolf desplegaba su vida como una bandera, y desafiaba. ¿Qué no había hecho él? Hablaba de los tigres que cazó en Asia, de las negras que violó en Kenya, de los indios que mató a tiros en la Guayana. A veces parecía inventar, aunque sus referencias eran siempre muy exactas. Y de tanto en tanto, como un *leit-motiv*, surgía el recuerdo de sus dos años en la Argentina, a comienzos de siglo. También aquí (decía) lo habían querido las mujeres. Una sobre todo. Pero tuve que dejarla, usted comprende. Fue un lío. *Lisbeth, I called her. Or Lizzie*. La llamaba Lisbeth; a veces Lizzie."

"Aguirre se defendía del mejor modo posible. Escatimaba detalles de su pasado. Pero el otro volvía a la carga. 'Cuénteme algo de usted. Su país habrá progresado mucho. Dejamos buenos ferrocarriles allí. A propósito, ¿por qué no abandona la partida? *You are lost, you know*. Está perdido."

"Luego recaía en la crónica de sus amores. *Lizzie tenía ojos muy hermosos, indolentes y serios. Sus ojos se arrepentían de sus labios.* Y no sólo de sus labios. Redwolf, impávido, degradaba con sutiles indecencias el viejo tiempo muerto. Componía abominables juegos de palabras (Lazy Lizzie), retruécanos, jactancias. Era toda una técnica la suya. El plano personal había pasado a primer término. Empezaba por arrasarlo todo en ese plano, y luego, en la última línea, pasaba al otro, a la partida de ajedrez, y asestaba un nuevo golpe. Caballo-Seis-Torre, creck. ¡Jaque!"

"—Aguirre, yo también creo que usted está perdido —le dije."

"—Sin duda —contestó en voz muy baja—. Pero se me ha ocurrido una idea, una última idea."

"Pasaron aún dos meses antes de que volviera a encontrarme con mi amigo. Había recibido carta con la jugada decisiva de Redwolf. Se encontraba en la clásica posición de zugzwang que él había previsto. No tenía salida."

"Sin embargo, no parecía tan desesperado como otras veces. Estaba casi tranquilo. Le pedí la carta de Redwolf."

"Presumo que la partida termina aquí —decía el remoto, inverosímil anciano—. *No creo que usted quiera jugar otra. Por eso debo apresurarme a contarle el final de la historia. Lizzie se mató, y creo que fue por mí. Se tiró al paso de un tren. Tratando de evitar el accidente, el maquinista arruinó los frenos. Me tocó repararlos, por una de esas coincidencias. Yo tenía particular aprecio por aquella locomotora. También por Lizzie, pero la pobre no era rival para nuestros constructores de Birmingham. Sin embargo, debo decirle que cuando supe lo que había hecho Liz, comprendí que su país entraba en la civilización. En el Congo no me hubiera ocurrido nada semejante."*

"Pobre Liz-Lizzie-Lisbeth. Me ha quedado una foto suya. Estaba muy hermosa, en una hamaca al pie de un árbol… Ya no recuerdo si fue en octubre o en noviembre de 1907."

"Hernández, usted dirá que soy un estúpido, pero sólo en ese momento quise comprender. Sólo en ese momento identifiqué aquellos nombres, aquellos diminutivos, como una sencilla progresión aritmética: Liz-Lizzie, Lisbeth, Isabel, María Isabel."

"Aguirre estaba muy pálido ahora, y clavaba los ojos en el tablero, en la posición irremediable."

—¿Qué piensa hacer? —le dije—. Cualquier cosa que haga, pierde.

Se volvió hacia mí con un brillo extraño en los ojos.

—Cualquier cosa, no —repuso sordamente."

Eran las cuatro de la madrugada. Sólo el comisario y yo quedábamos en el café.

—¿La partida terminó ahí? —pregunté—. ¿La historia termina ahí?

—Ya le dije una vez que nada termina del todo, nunca. Pero, si se empeña, puedo darle un provisional epílogo. Mi amigo desapareció durante un tiempo, bastante largo. Cuando volvió me dijo que había estado en el extranjero, y no quiso agregar más.

"Pero yo soy muy curioso. ¿Recuerda aquel bastón con que andaba siempre? Lo desarmé en su presencia, le saqué la punta y apareció la aguda hoja del estoque. Aún tenía una mancha de color ladrillo, un hilo de sangre coagulada. Él me miró sin rencor. Había recobrado el aspecto dulce y tímido de un niño."

"—Redwolf, *red blood* —dijo mansamente—. Yo también sé hacer juegos de palabras."

Los diarios ingleses comentaron durante algún tiempo el asesinato de Finn Redwolf, en su residencia de Escocia, sin ahorrar los detalles truculentos."

—¿Sabía su amigo, cuando empezó la partida, que Redwolf era el culpable de la muerte de María Isabel?

—No lo creo. A lo sumo sabía que era extranjero. Tal vez logró averiguar que le gustaba el ajedrez. Ésa pudo ser la

fuente secreta que lo impulsaba a jugar por correspondencia, en busca de su misterioso enemigo.

—No es un mal argumento. Sin embargo, para que su historia tuviese auténtico suspenso, final sorpresivo y todo lo demás, el seductor castigado debió ser otro.

—¿Usted, Hernández? —preguntó con desdén.

—El pescador de Hong-Kong —dije suavemente—. Pero, ¿qué hizo usted, comisario?

—Yo, ¿qué podía hacer? Estaba jubilado, y el crimen ocurrió fuera de mi jurisdicción. Y después de todo, ¿fue un crimen?

"Que el azar no le depare a usted estos dilemas. Si no denunciaba a mi amigo, hacía mal, porque mi deber, etcétera. Y si lo denunciaba y lo arrestaban, también hacía mal, porque con todo mi corazón yo lo había justificado. Sólo puedo decirle que Aguirre murió dos años después, y no en la cárcel, sino en su cuarto, de vejez y cansancio y de desgracia. Pero en todo ese tiempo me sentí incómodo, me sentí en una de esas típicas posiciones… Bueno usted sabe."

Nos echamos a reír al mismo tiempo y salimos a la calle. Amanecía. Un mozo soñoliento cerró la cortina metálica del bar Rivadavia, como quien baja un telón.

Los dos montones de tierra

Daño grande el que hizo el turco Martín por el año cuarenta y tantos, en el partido de Las Flores.

Cada vez han de ser menos los que se acuerden del turco, porque ya entonces todos los viejos se estaban muriendo. Él mismo se iba poniendo viejo y le dolían los huesos de tanto andar con su carro, de Pergamino a la Ventana, de Pehuajó a Chascomús, o a cualquier punto de la provincia que a uno se le ocurra mencionar.

Ya no hay quien sepa lo que es ambular cuarenta años por esos caminos donde ahora se ven ciudades que nacieron después que él.

Me acuerdo cuando yo era chico, la llegada del turco era el jolgorio, el turco Martín con su barba color tabaco, la sonrisa de oreja a oreja, la boina vasca, la faja negra y las bombachas caídas. Qué desgracia estaría pasando si se iba un invierno y se iba un verano y no aparecía traqueteando a lo lejos, envuelto en una polvareda, el carro del turco. Pero él siempre volvía, con frascos de colonia a tres pesos, una bombacha oriental por seis, un apero completo por quince y chucherías para los pibes, y peinetas, vestidos y collares «para la patrona». Él siempre volvía: «¡Qué tal, Miguelito!», «¡Y diai, Juan Delgado!», y los peones lo saludaban con la jarana de siempre: «¡Hola, durgo, tanto tiempo berdido!», y él se reía mostrando los dientes del color de la barba. Los pesos que se perdió el turco jugando a los naipes, y también los que

ganó, y las veces que se quedó de a pie, sin carro y sin mercadería, apostados a lo mejor a un rey o una sota que se quedaron en puerta, y las mozas que se llevó a cuestas cuando era muchacho, aunque eso ya nadie se lo creía, porque había sido en otro tiempo y él estaba viejo y charlatán.

Pero aquel año hubo una muerte en la estancia de don Julián Arce, en el linde con Saladillo, y cuando pasó la tremolina, algunos se acordaron del turco.

Por ese entonces era recién llegado a Las Flores un comisario de apellido Laurenzi, que venía del sur, y del que se decían muchas cosas buenas y otras regulares. Así que don Julián Arce lo quiso conocer, y el diablo armó la ocasión. Resulta que una mañana amaneció muerto a tiros el único chacarero que quedaba en su campo, y don Julián enseguida quiso que se investigara, para que después las malas lenguas no anduvieran diciendo, porque, la verdad, él no se llevaba muy bien con el difunto. Así que mandó un peón con el auto al pueblo para que le trajera al comisario, y cuando lo vio, pareció satisfecho. El comisario era un hombre grandote, vestido como para un velorio, un poco encorvado y asmático.

Don Julián describió al muerto con brevedad característica: un viejo de m… dijo, emperrado en no devolverle el cuadro que arrendaba desde hacía años, unas doscientas hectáreas, donde él quería criar ganado fino.

—Todos los demás se han ido, porque les he pagado para que se fueran. He tenido que comprarles mi propio campo, uno por uno. Hay otros que llaman a la policía y los echan a rebencazos, pero a mí me gustan las cosas legales.

—Así ha de ser —comenzó Laurenzi, armando pausadamente un cigarrillo—. ¿Y ese hombre no quiso irse?

—Por nada.

—Así que usted ahora recupera su cuadro.

—Sí. Pero entretanto lo han matado y esas cosas no quiero que pasen en mi campo.

Estaban sentados en la galería de la vieja casa y el comisario se sentía como intoxicado por el perfume sensual de las glicinas y el jazmín del país. Aceptó un vermú con soda, que trajo una sirvienta morena —la única mujer que el comisario llegó a ver por los lugares— y entrecerró los ojos. El sol deflagraba enceguecedor en el sendero blanco donde sólo se movían algunas avispas cavadoras. Más allá una sobria geometría ordenaba el parque inglés, la quinta, el criadero de aves, el galpón de aperos y los bretes.

—¿Y si pasan? —murmuró el comisario, cabeceando como si tuviera sueño.

—Si pasan, quiero que se averigüe.

Almorzaron casi en silencio y después salieron. El campo estaba ardiendo de calor. Después el comisario vio que había ardido de veras. Don Julián lo llevaba hacia la chacra del viejo Carmen (así se llamaba el muerto), y en el camino observó que había un cuadro completamente carbonizado, del que aún se levantaban columnitas de humo.

—Las desgracias nunca vienen solas —comentó el estanciero—. Trescientas fanegas de trigo, empezaron a quemarse antier a las dos de la tarde.

El auto dobló a la derecha, por un camino vecinal, y cinco minutos más tarde estaban en el rancho del viejo Carmen, ante un cadáver largo, flaco y huesudo, con una campera de cuero agujereada a balazos, que custodiaba un hombre de uniforme rotoso, un tal Sosa. Era el vigilante del pueblo contiguo a la estancia. En los papeles dependía del comisario, pero no había más que ver cómo seguía a don Julián Arce con la mirada para saber quién era su verdadero patrón.

Don Julián se quitó el chambergo, miró al muerto y después se encaró con el comisario.

—Ahí lo tiene —dijo—. Acláremelo, para que pueda enterrarlo.

Laurenzi se acercó al viejo Carmen, y le pareció a primera vista que lo habían matado con un revólver 38.

—Veremos lo que se hace —respondió—. Me va a prestar el auto y un peón.

Don Julián lo miró, después miró al vigilante.

—El amigo Sosa se me va a su casa —dijo Laurenzi—, y se queda esperando hasta que yo lo llame.

—¿Y el muerto? —preguntó Sosa.

—No lo van robar. Déjele una vela prendida, y mañana lo enterramos.

Así que el comisario agarró el auto y un peoncito, un muchacho rubio hijo de chacareros, y anduvo por el pueblo cercano, por el almacén, por los ranchos, por la estación solitaria y muerta como una osamenta blanca bajo el sol de fuego, y en todas partes era el mismo silencio el que se producía cuando él llegaba, la misma sensación de estar empujando una cosa blanda que cedía, o de estar viendo un reflejo en el agua, algo que está y que no está, que se ve y no se puede agarrar. Los hombres se encerraban en soliloquios incomprensibles, había demasiadas copas en el boliche, se jugaba al truco con un vigor exasperado, los borrachos hablaban de Yrigoyen al rayo del sol, pero nadie sabía nada de la muerte de don Carmen.

Y sin embargo, de las reticencias y los dichos, don Carmen iba saliendo, escueto y amarillo, solitario y mudo, entretejido en la desgracia, un hombre con un sulky, con un rancho y nada más. Porque la mujer se le fue con otro diez o quince años antes, un hijo se le murió vaya a saber de qué ("le salió una hinchazón en el cogote") y la hija que le quedaba se la llevó una noche un forastero que venía con una tropa de Nueve de Julio. El viejo Carmen se quedó solo con su perro, y cuando también el perro se le murió un buen día, se encerró en el rancho y no quiso hablar más con nadie, si no era que hablaba con los muertos, porque eso también se dijo.

Y eso fue todo lo que pudo averiguar el comisario. Ni siquiera el peoncito, que le había tomado una simpatía instantánea, pudo decirle más.

—¿Y qué pensás de don Julián? —le preguntó Laurenzi cuando volvían a la estancia.

—Don Julián es un hombre —dijo el muchacho casi con orgullo.

—¿Y eso qué quiere decir, que no los hace dormir en el galpón de los cueros, ni cebar yerba usada y secada al sol?

—Eso también es cierto —respondió el peoncito—. Pero lo que sabe don Julián es respetar.

Un hombre duro como un poste, que había llegado casi con lo puesto, treinta años atrás, cuando esos campos eran una soledad, y compró una chacra abandonada y la hizo producir; y después un estero, y lo secó, nadie sabe cómo, donde ahora ondulaba el agua imaginaria del lino; y después el cuadro que llamaban de «La Tigra», como luego se llamó la estancia, porque allí mataron una en 1913; y al fin todas las chacras de los alrededores, con o sin colonos; llevado por una formidable fuerza constructora que lo quemaba vivo, parado frente a las plagas, los hombres y el tiempo, sin razón aparente, sin más ley que esa implacable de dejar cosas hechas a la manera humana, con la astucia, la fuerza y la paciencia; tres mil hectáreas ahora de buenos pastos, tres mil cabezas de ganado, un monte de acacias que daba gusto verlo, galpones, bretes y acequias. Y todo eso apenas lo había doblado un poco, apenas le había quemado la piel y los ojos, y aún así uno tenía la impresión de que estaba quemado de adentro para afuera, en esa inextinguible pasión o lo que fuese, que no le dejó tiempo para leer un libro o dormir con una mujer, ni aun para pensar a manos de quién iba a ir todo, como si el orden ya no importara para entonces, él el centro y la justificación del mundo que él construyó y de la justicia que hizo, él, Julián Arce, injertado de prepotencia en la savia de la avena y del sudan grass, fluyendo en la sangre de los toros, circulando en

el agua de riego y en el tiempo de las estaciones, socio igualitario en las germinaciones y los apareos, señor de poner marca a los terneros y a la gente, y de señalar con horqueta y muesca esta oreja y este paisaje, este bebedero y aquel naranjal, y que la única pena que se iba a llevar de este mundo era tener que haber dependido y compartido, no poder hacer una planta con sus propios dedos.

Éste era el hombre que hablaba, después que cenaron, en la galería adonde sacó los sillones de mimbre y apagó el sol de noche para que no los molestaran los bichos, y decía, pero no para quejarse, sino para que el otro viera y se hiciera cargo:

—Usted siembra trescientas hectáreas de trigo, y cuando ya las espigas se caen de puro maduras, se le instala un croto en el camino, prende fuego para hacer un yerbeado y se va sin apagarlo. El trigo arde, y nadie tiene la culpa. Usted vacuna el ganado, pero su vecino no: las vacas del vecino dejan su baba en el alambrado, y cuando quiere acordar, ya tiene un tendal de animales muertos. Usted compra un carnero fino, que le cuesta sus buenos pesos, y una noche se lo muerde un perro cimarrón y el carnero muere agusanado.

El comisario volvió apenas la cabeza y miró en la penumbra el perfil del estanciero.

—Perros —dijo.

Entre los pueblos de las chacras (explicó don Julián), de los pueblos y de las propias estancias, había algunos que sin explicación aparente se volvían feroces. Salían de noche, recorrían a veces grandes distancias para atacar una majada, volteaban media docena de ovejas mordiéndolas en la garganta o en los cuartos traseros, y al amanecer regresaban furtivamente al punto de partida y a su existencia inofensiva. Los animales mordidos en la garganta morían desangrados, los otros se agusanaban y la mitad morían también. El hambre no tenía nada que ver. Un mayordomo o un capataz podía descubrir de pronto que su perro mejor alimentado, el más

mimado, era un asesino nocturno al que había que sacrificar. Estos perros cebados adquirían la ancestral astucia del lobo. Era inútil dejarles en el camino trozos de carne con pastillas de estricnina. Era inútil emboscar media docena de peones con escopetas en los accesos a un potrero donde dormía una majada: el intruso no aparecía. Pero apenas se levantaba la vigilancia, la matanza se convertía en desastre.

Don Julián usó un modo expeditivo para acabar con eso. Cualquier perro de la vecindad que no quedara atado de noche, él iba y lo mataba en presencia de su dueño. Si el dueño quería protestar, ya sabía que era cuestión de jugarse contra don Julián. Nadie lo intentó.

El comisario dio un cabezazo. Había estado mirando el cielo y de golpe tuvo la sensación de que se iba a caer en aquel vértigo de constelaciones y galaxias que lo esperaba, allá abajo, pensó con un sentimiento de absurdo y de pena, esa lástima de él mismo que le daban las cosas que no podía comprender. Oyó un cencerro lejano, el grito repentino de un pájaro despertado, el viento en los eucaliptus. Entonces advirtió que don Julián hacía rato que estaba callado.

—Cómo habrá sido —dijo— que se le quemó el trigal.

—Ojalá lo supiera —contestó don Julián—. Si me lo averigua, le quedaré debiendo un favor.

El ferrocarril pasaba como a media legua del sembrado, los linyeras hacía años que daban un rodeo para no pasar por allí, y en cuanto a esas advertencias que solía publicar el gobierno provincial, donde palabras más, palabras menos, se decía que cualquier cosa era capaz de incendiar una cosecha en verano, hasta el reflejo de una lata o de un vidrio de botella, don Julián comentó riendo que él no creía mucho en esas cosas, pero que en fin, todo podía ser. Fue entonces cuando el comisario le preguntó si era la primera vez que le pasaba algo así, y el estanciero dijo que no, que era la segunda, y que la primera fue en el mismo lugar y más o menos en la misma fecha del año anterior.

—¿No habrá sido el difunto don Carmen, que le arrimó un fósforo al sembrado?

Don Julián se quedó pensando.

—Quisiera creerlo —dijo al fin—. Era capaz, por ese entripado que tenía conmigo. Pero no puede ser, porque las dos veces él no estaba aquí. Las dos veces pasó lo mismo: el viejo ató el sulky tempranito, se paró en el almacén del pueblo para comprar una botella de vino y unas latas de sardinas y se fue para Las Flores a ver unos parientes. Cuando entre la una y las dos de la tarde empezó la quemazón, él estaba a seis leguas de distancia.

La Cruz del Sur colgaba alta en el cielo, las voces tomaban imperceptibles inflexiones de bostezo. Don Julián se levantó para mostrarle la pieza donde iba a dormir y le dio las buenas noches. El comisario dejó la puerta abierta y se acostó en la oscuridad. Las sábanas tenían olor a lavanda, y la noche olor a trilla, y todo eso era muy lindo, pero el comisario sentía que el asma le crecía en el pecho como el agua en un tanque. Empezó a revolverse y a cambiar de posición, dobló la almohada para tener la cabeza más alta, le echó la culpa a la lavanda y a las parvas que apenas había visto pero que imaginaba henchidas, húmedas y olorosas, respirando con un ritmo misterioso y seguro, y se respondió, «viejo sonso», porque sabía que la culpa de cualquier cosa nunca estaba afuera, que el asma era cosa de la cabeza y que de todas maneras ya no iba a dormir esta noche. Así que pateó las sábanas y empezó a vestirse en la oscuridad, despacito, sin saber todavía lo que iba a hacer, resollando en silencio y maldiciendo contra la desconocida cifra, la serie de condiciones que lo hacía moverse contra toda aparente necesidad o conveniencia.

Ahora caminaba despacio y descalzo, abría una puerta, luego otra, un mueble se desperezó, una tribu de ratas deliberaba en el techo, o a lo mejor era un pájaro atribulado sobre su cría, él un gato, el viejo Laurenzi gato pesado en el silencio,

oliendo la acidez del tiempo, la carcoma de la madera, gato viejo con un gatito chico en el pie derecho que punteaba prevenciones y le hacía esquives a la desgracia (le voy a robar los cigarros al viejo), el gatito del pie husmeó una silla y se detuvo (que no me oiga mi madre, me voy a la pieza de la mucama), no abras tanto los ojos, viejo palangana, que se te vuelven faroles, ahora olía a tientos y a sogas, a recado animal que jinetea solo en la noche sobre un caballete de madera, a cuero de potro y a grasa, a ver si pateas un cencerro y se te aparece don Julián: Qué busca, mi amigo (busco unos balines para el rifle del 9, señor, busco unos recortes para la honda, busco esos anzuelos que usted me escondió, busco a la Herminia que olía tan lindo cuando mi madre y usted dormían). Aunque lo mejor sería decirle que andaba sonámbulo, y por primera vez en esa noche al comisario Laurenzi le caminaron por todo el cuerpo unas ganas de reírse que parecían más fuertes que cualquier cosa, y tuvo que taparse la boca. Hombre grande, dijo a media voz, y sus manos estaban por los cajones de un mueble que podía ser un escritorio, cuando oyó una tos en la otra esquina del mundo y manoteó el primer picaporte. Ahora estaba de nuevo en la galería, y vio un aerolito rayar el cielo, de norte a sur.

Un perro atado gruñía en la sombra, pero Laurenzi murmuró: «A este viejo no lo para nadie», y fue a su pieza a ponerse los zapatos y el revólver.

Ahora caminaba por una calle de aromos, respiraba con facilidad un aire de polen vivo y animado, saltó una tranquera sin abrirla, ensayó un paso de baile en la tierra blanca y olorosa. Viejo sonso, si te viera la gente. Si lo viera la gente al comisario, caminando solo al velorio de don Carmen.

A lo lejos asomaron los dos sauces melenudos, aspaventando estrellas, el cuadro calcinado donde ardió el trigo, después del caminito vecinal. Laurenzi entró en el rancho sacándose el sombrero y desparramando fósforos hasta que encontró una vela y la encendió sobre la que ya se había

consumido, se sentó en un banquito temblón, y lo mismo que antes, sin saber para qué había venido, si no era a mirar la cara amarilla del muerto que tan pronto se volvía negra y aleteaba por las paredes y el techo como un murciélago de sombras. Así que ésta es la muerte, pensó, cuando uno está solo y viejo y no tiene un perro que le ladre (pero qué hacía él ahí, a ver si don Carmen lo entraba a saludar, con tanto reflejo de vela y sombra). La muerte rodeada de sartenes sucias y latas de yerba y cáscaras secas de naranja colgando de la cumbrera.

Algo le estaba diciendo que se diera vuelta, y no quería hacerle caso. Se preguntaba qué podía haber retenido a este hombre en esa tierra que ni siquiera cultivaba, en ese rancho donde todo se iba, o se moría, o lo humillaba de alguna forma. Y el comisario dijo: Se quedaba para saber lo que era, para no olvidar nunca lo que le había pasado y sentirse vivir contra el abandono y la vergüenza. Después pensó en los campos florecidos que rodeaban ese islote de miseria, en las arboledas creciendo seguras, en un horizonte de tono colorado, y dijo: Se quedaba de puro encono. Y luego no pensó en nada, y de ese vacío salió una frase pronunciándose sola, sin apelación y sin sentido: Se quedaba por amistad con algo que era y no era la tierra.

Fue entonces cuando el viento apagó la vela, y el comisario pegó un salto y ya estaba pelando el revólver y mirando para afuera, donde una luz se movía sobre un montículo entre los sauces, se enredaba como un algodón entre las ramas, flotaba con dolorosa indecisión, tanteando el pasto y los troncos, como sabiendo que nunca iba a encontrar lo que buscaba. La luz azul de unos huesos, la burbuja gaseosa de un sueño. Y el comisario miró el revólver, y por segunda vez en esa noche le agarró un ataque de risa, y dijo en su propia lógica: No sirve para mear, y lo guardó.

La luz ya no estaba.

Pero el comisario sabía ahora por qué se quedó don Carmen hasta que lo mataron, y si se esforzaba un poco iba

a saber también lo otro, y podría cumplir con don Julián. Sólo que en eso no quería pensar, porque ahora estaba contento y silbaba, lo poco y mal que sabía, mientras caminaba de vuelta a la estancia y los puntos cardinales se colocaban en orden, porque iba a amanecer, y no fuera que a alguno lo agarraran fuera de su sitio, pensó Laurenzi. Pero esta vez abrió la tranquera como un hombre serio y rumbeó para la cocina de los peones, donde entró saludando con voz fuerte y deseando buen provecho a todas esas caras recién lavadas con jabón amarillo, que le dijeron: Si gusta. El comisario dijo que sí, se sentó, tomó su jarro de mate cocido y su galleta, y hasta un pedazo de salame que le alcanzaron en la punta de un cuchillo, junto con alguna jarana livianita sobre los puebleros que madrugan, que el comisario empardó para que supieran que venía en paz a comer como un cristiano, y a estar un rato con ellos, aunque eso era más difícil de explicar, porque no tenía gollete.

Y ahí fue cuando apareció a lo lejos el carro del turco Martín, y en el pescante el turco manejando una tormenta de látigos y maldiciones y todos los rayos de la polvareda, porque iba a llegar tarde para el mate cocido, y alrededor del carro y el turco todos los perros de la estancia, que a esa hora ya estaban sueltos y desencadenados, no pensaban en morder ovejas ni soñaban con una cadena infinita que los ataba al centro del orden, pero se tiraban como flechas juguetonas a los garrones de los tungos coceadores y se revolcaban entre ladridos y firuletes de su carne viva y elástica.

El comisario fue el primero en rumbear para los galpones, y el turco se quedó esperándolo mientras la cara se le abría cada vez más en aquella famosa sonrisa que incluía tantas cosas, todo el tiempo que se había ido, y toda la joda junta, y tres o cuatro historias que sólo ellos podían recordar porque la muerte y el olvido... Pero después tiró los yuguillos y las cabezas y corrió a abrazarlo.

—No me digas nada, ya sé que hay una desgracia, pero qué alegría verte.

—Tantos años —dijo el comisario, y se quedó pensando en eso que dijo el turco, él y la desgracia, él y los hombres que se mataban, él y la sangre en los boliches, y la justicia que ya no le importaba más, y la flojera que se le había ganado en el alma, animal pialado, corazón de bagre.

Se quedó acariciando los caballos, el zaino tenía una matadura en el lomo, lo ayudó al turco a desatar, hablaron de una o dos cosas más, y el turco salió regalándole una faja de colores, "que sea lo único que me faltaba en este trance", pensó el comisario.

Volvió a la cocina, el peoncito del día anterior visteaba junto al fogón con otro de su edad. Lo llamó aparte.

—Anda, dile a don Julián que ya pueden enterrar al muerto.

Enterraron a don Carmen en su misma chacra. Don Julián eligió el sitio: al pie de uno de los sauces melenudos, al lado de un montículo donde ya había una torcida cruz de madera que el comisario veía por primera vez, dos peones abrieron una fosa, metieron adentro el cajón hecho de apuro, y cuando terminaron, los montículos eran dos, y el comisario seguía sentado en el primero. Don Julián despidió a los peones y Laurenzi despidió al vigilante, y quedaron solos con una pala que a alguien se le olvidó.

Entonces don Julián Arce empezó a mirarlo fijo mientras armaba un cigarrillo y preguntó si ya sabía cómo era la cosa. El comisario le dijo que sí, y lo siento por usted, que no debió llamarme.

Don Julián también se sentó, en el otro montón de tierra, el de tierra fresca que tapaba a un viejo solitario y muerto, y dijo que a ver, cómo había sido.

—Dígame si me equivoco, don Julián —respondió el comisario—, pero yo creo que si agarro esa pala que han dejado ahí, y empiezo a cavar aquí mismo donde estoy

sentado, voy a encontrar un perro muerto, o por lo menos unos huesos viejos de tres años, que de noche se vuelven luz mala y espantan a la gente. Y si escarbo entre los huesos, y tengo un poco de suerte, voy a encontrar dos o tres plomos de su revólver.

—¿Y diai?

—Y diai, que usted le mató al perro.

—Se lo maté de frente y en presencia de él, porque se había vuelto dañino. Se me escapó de abajo de las patas del caballo una noche de luna, pero le vi el hocico chorreando sangre, y a la mañana siguiente tres ovejas no se levantaron.

—No lo niego, pero el viejo estaba solo y no tenía más que el perro. Usted le mató el perro, él le quemó las cosechas.

—Mi amigo, eso no puede ser, porque él estaba en Las Flores las dos veces que me quemaron el campo.

Entonces el comisario sacó del bolsillo un pedazo como de vidrio derretido y chamuscado, aunque no era vidrio, y se lo mostró.

—Ya ve que puede ser, don Julián. Y usted no debió dejar esto en su escritorio, para que lo encontrara cualquier sonso develado.

Don Julián Arce se quedó callado largo rato, tiró el cigarrillo y aplastó el pucho con la bota.

—Está bueno —dijo, y se paró repitiendo. —Está bueno.

Volvieron callados a la estancia, y él arregló sus papeles, escribió algunas cartas y se pegó un tiro con el mismo revólver con que mató al viejo Carmen y a su perro. Que era lo que el comisario sabía que iba a hacer. Porque el hombre (y esto lo recordó siempre el comisario) tenía sus cosas buenas y sus cosas malas, pero no se tomaba ventajas con la suerte. Mató al perro y tres años después mató al viejo porque se habían vuelto dañinos y contrariaban su ley, que era la ley visible de las cosas, escrita en cada parte y en cada ramita. Pero él no necesitaba llamar al comisario para investigar el crimen:

el vigilante hubiera dicho lo que quisiera. Lo llamó para que hubiese una averiguación en serio, y se jugó a cara o ceca: si el comisario no encontraba nada, la justicia aparente estaba de su lado, además de la que él siempre supo ejercer. Y si encontraba algo, siempre le quedaba la salida que eligió. Era lo que decía la gente: respetaba y se hacía respetar.

El turco Martín siguió por esos caminos, y a lo mejor anda todavía con su carro. Pero ya no vende más esos abrecartas de carey o de plástico que en la punta tenían una lupa, un cristal de aumento, como los que le vendió al viejo Carmen.

—Porquería tan chica —dijo después el turco—, y encerraba como diez o doce soles.

Porque el viejo Carmen no recibía correspondencia, ni siquiera sabía leer. ¿Para qué podía necesitar esos abrecartas? Para clavar uno o dos en el trigal de don Julián, poner cinco leguas de por medio y esperar que el solazo del verano atravesara el cristal de aumento e incendiara la paja seca. Fue el turco mismo quien le dio la idea sin querer, mostrándole lo fácil que era quemar un papel de fumar. Y así fue como don Carmen encontró la manera de quemar un campo, estando en otra parte. La primera vez don Julián sospechó y la segunda tuvo la mala suerte de encontrar un abrecartas casi derretido por el fuego en el linde de su trigal incendiado con la chacra del viejo. Lo guardó en un cajón del escritorio, y el comisario lo encontró esa noche en que el asma no lo dejaba dormir.

«La Tigra» allá está, aparecieron sobrinos, qué se puede decir. En la tapera de don Carmen dice la gente que suelen verse de noche dos luces flotando entre los matorrales, una más grande y otra más chica, una más alta y otra más baja, y algunos fantasiosos las llaman: el viejo y su perro.

Trasposición de jugadas

—Abandone —sugirió Laurenzi.

—Todavía no.

—Está perdido.

—Teóricamente —repuse—. Pero lo importante es saber si usted puede ganarme. Fíjese, yo no estoy jugando contra la teoría, estoy jugando contra usted. Ése es el encanto de las partidas de café.

Me miró con rencor y movió el caballo. Después no habló durante un largo rato. No era un final de problema, era simplemente un final difícil. El caballo debía realizar un complejo movimiento de lanzadera, avanzando y retrocediendo a lo largo de una línea imaginaria que cortaba la retirada de mi rey. Debo decir que, salvo una trasposición de movimientos que pudo enmendar a tiempo, pero que le produjo una inexplicable irritación, el comisario condujo el final con exactitud.

Abandoné tres jugadas antes del mate inevitable, cuando ya el comisario había cambiado de cara y afectaba mover las piezas con sobradora distracción.

—¿Por qué se enojó tanto? —le pregunté intrigado.

—¿Cuándo?

—Recién, cuando traspuso las movidas.

—Oh, eso —dijo encendiendo un cigarrillo negro.

Parecía que no iba a hablar. A través del ventanal del café Rivadavia clavó los ojos en la calle, donde un río oscuro de

automóviles circulaba perezosamente. Pero de pronto dijo, con voz cansada:

—Ciertas situaciones de algunas partidas de ajedrez me hacen recordar de otras situaciones. Eso es todo. No es nada nuevo, no es nada original, no es nada interesante.

—¿Usted se acordó de un error que cometió alguna vez? —insistí.

—Sí, pero aquél no pude remediarlo.

Después empezó a contar una historia de prolegómenos confusos. Su presupuesto inicial era que este hombre asmático y corpulento a quien empezaban a doblar los años, viudo, jubilado, solo, que todas las noches venía al café a jugar conmigo al billar o al ajedrez, era en realidad otro hombre, joven, posiblemente valeroso o despreocupado, que empezaba a abrirse camino en un mundo de necesaria violencia.

Porque todo esto, dijo, había ocurrido treinta y cinco, cuarenta años atrás, en Río Negro. Él había nacido más al sur todavía, pero un día llegó a Choele-Choel arreando una modesta tropilla y se quedó. Allí todavía estaba fresco el rastro sangriento de la conquista. El viento movía un arenal, y parecía la cara de un indio, solemne y enjuto en su muerte; bajaba el río, se secaba el fango y era posible encontrar una lanza todavía filosa o un par de boleadoras irisadas (así fantaseaba el comisario). Pero la tierra heredada ya era de los estancieros, y sólo el respeto se ganaba o se perdía con un gesto. Después de los coroneles bigotudos, vinieron italianos, españoles, turcos con sus carros de baratijas, muchos chilenos "grandes comedores de carne cruda", dijo, y la crónica del Remington contra la lanza perdió un poco de estatura —el Colt 38, el cuchillo—, se hizo menos sistemática, más desordenada, pero también más solapada y acaso más cruel.

Laurenzi trabajó un tiempo de peón en una estancia que era de un ministro de Yrigoyen, antes de pasar a la isla y hacerse vigilante de Lamarque. Lamarque era un pueblo de quinientas almas, sobre el Brazo Chico del río, en el sur de

la isla, pero su relación obligada en tierra firme era Choele-Choel, que estaba al norte, sobre el Brazo Grande, "y ahora es ciudad y ha progresado mucho", comentó Laurenzi.

—Al principio no me aceptaron, y cuando pasó esto, tuve que irme. Así que yo fracasé como vigilante —agregó sonriendo vagamente—. El comisario de Choele-Choel me había cobrado afecto, y cuando dijo que se necesitaba un hombre en la isla, agarré viaje. Me pagaban treinta pesos al mes y me dejaban tener una majadita de ovejas en un terreno del destacamento que la gente llamaba «comisaría», pero que en realidad era un rancho con una pieza y cocina. Después supe que el gobierno de Alvear había construido una cárcel y un juzgado, pero en los tiempos que le hablo, no había nada de eso: yo solo y mi alma como única autoridad.

"Había gente buena y había gente mala. Yo era joven y me gustaba probar la fuerza. Tuve un par de encuentros donde salí bien parado y entonces me respetaron poco a poco. ¿Sabe? —dijo bruscamente—, a veces me pregunto cómo sería si me hubiera quedado. A lo mejor tendría una estancia, o por lo menos una chacra y un caballo."

—Yo no lo habría conocido. No podría escribir sobre usted.

—Lindo consuelo —resopló—. Sin ofensa.

Espantó una mosca, bebió el café que se le había enfriado, hizo una mueca y continuó:

—Era una tarde calurosa, porque el verano era infernal, le prevengo, cuando empezaron a sonar los tiros. Me asomé a la calle de tierra, y no se veía un alma. Era una impresión rara la que producía esa calma, esa falta de curiosidad mientras se acercaba (así me pareció) el retumbo de los tiros. Había un perro durmiendo en mitad de la calle, al sol. Levantó apenas el hocico, entre las patas, se arrastró hasta quedar detrás de un poste y volvió a dormirse.

Le pregunté si sus recuerdos eran demasiado nítidos. Dijo que no, que a ese perro lo recordaba clarito, vaya a saber

por qué, aunque a lo mejor se olvidaba de otras cosas. También recordaba el brillo del sol en la tierra arenosa. El cuarto estampido se dilató ya muy cerca de una granizada metálica. Al mismo tiempo oyó a la vuelta de la esquina las vigorosas maldiciones de un vasco tendero.

—Me figuré que le habían agujereado la chapa de zinc del negocio, y me puse al abrigo de un sauce. La escopeta calibre 16 es un arma embromada.

"En total habrían pasado quince segundos cuando desembocó en la esquina un muchacho Iglesias, que trabajaba de comisionista en el Ferrocarril Sur, y cada cuatro o cinco meses aparecía por la isla. Entonces sonó el quinto escopetazo y la peluquería de la esquina, que era de un turco, se quedó sin vidrios y sin un famoso letrero pintado a mano que decía Peloijeiría, se afeitan pelos."

"Iglesias enderezó al destacamento. Se agarraba el hombro izquierdo con la mano derecha, pero en los pies no tenía nada, se lo aseguro. ¡Cómo corría ese mozo! Culebreaba sin darse vuelta, con la cabeza agachada como quien espera el golpe de gracia, y levantaba una nube de polvo. Al lado mío pasó sin verme, se paró en seco y dio un salto hacia la puerta."

"En eso asomó frente a la peluquería un hombre que llevaba una escopeta más grande que él. Era el viejo Antonio, un italiano que tenía una quinta de frutas. La rapidez de este viejo era una cosa notable. En la mano izquierda llevaba tres cartuchos colorados, y de los bolsillos le asomaban más. Bueno, el viejo se agachó, la escopeta se dobló sobre sus rodillas, la cargó, se la llevó al hombro, hubo un cañonazo y cuando quise acordarme me encontré cubierto de hojitas de sauce, y sintiendo en los oídos un zumbido como el que hace una radio mal sintonizada. Me asomé. Antonio no tenía más que dos cartuchos en la mano, había corrido diez metros, se había parado, y nuevamente doblaba la escopeta sobre la rodilla. En ese momento le di el alto."

"Creí que me iba a tirar. Chiquito como era, aquel italiano metía miedo. De todo lo que decía en una jerga incomprensible yo no entendía más que la palabra '*sporco*'. Pero cuando me acerqué y le manoteé la escopeta, no hizo resistencia. De todas maneras tuve que sujetarlo cuando entramos en la comisaría, y allí estaba Iglesias vendándose el brazo con un pedazo de camisa."

"Como a Antonio no había manera de sacarle nada, le pregunté al muchacho."

"—No sé —contestó mirando al quintero de reojo—. Para mí que está loco. Yo no le hice nada a Julia. Pero él dice que yo me la… bueno."

"Estábamos en eso ¿y quién se aparece? La Yulia, corriendo y despeinada y hecha una magdalena. Entonces el viejo dejó de gritarle a Iglesias y empezó a gritarle a ella."

"Después de pensarlo un poco, decidí que había que llevarlos a Choele-Choel y ponerlos en manos del comisario, del juez, del cura, también del médico porque la herida de Iglesias no era grave, dos o tres perdigones en un brazo, pero sangraba bastante. La Julia era menor de edad y estaba de tres meses, como vine a saber por una de las pocas que le entendí al viejo Antonio."

—¿Y ella valía la pena para todo ese tiroteo? —pregunté con cierto escepticismo.

—Vaya a saber —dijo el comisario—. Uno qué sabe. Si lo pienso ahora no era más que una de esas bellezas campesinas, algo toscas, que luego se casan y se cargan de hijos, y a los veinticinco años ya son viejas. Pero Julia tenía diecisiete y era fresca como una lechuga, o si usted prefiere como un repollo —agregó con repentina propensión a las metáforas hortícolas, que luego interpreté como una pesada broma contra sí mismo.

"El mismo Iglesias me caía simpático, aunque yo lo trataba poco. Hacía alrededor de cuatro meses que no lo veía. En ese momento, claro, estaba un poco mal parado, pero se me

ocurrió que casarse con una chica no era lo peor que le podía ocurrir. Además era voz corriente en el pueblo, aun antes de que los resultados estuvieran a la vista, que se entendían bien."

"No lo pensé más y les anuncié que los llevaba a Choele-Choel."

Sin embargo, explicó el comisario, el asunto no resultó tan fácil. Tuvo que pedir un carro prestado a un turco (divagó largamente sobre las caravanas que allí se concentraban antes de iniciar las duras travesías hacia el sur) y llevar a los causantes hasta el Brazo Grande. Ahí se tomaba una balsa para cruzar.

—Usted hubiera visto lo que era esa balsa. Se manejaba a pulso desde arriba, con una especie de cabrestante y una maroma que atravesaba el río y estaba sujeta a un poste en la otra orilla. En el verano, cuando había bajante, solía quedarse varada en el barro, o a lo mejor había que ir a tomarla en el centro del río.

"Esa tarde pasaba algo peor. Se había roto la maroma y el balsero entre imprecaciones, me dijo que no tenía esperanzas de arreglarla hasta el día siguiente."

"Yo hubiera vuelto a Lamarque, pero no tenía dónde encerrar a esa gente. No quería que el italiano volviera a las andadas, o que Iglesias se fugara con la moza. El balsero, que era un vasco testarudo, accedió a prestarme el único bote que tenía, pero insistió en que no cruzaran más de dos personas por vez. Y aun así, me dio un tarrito para sacar el agua, porque el bote daba lástima, y el río estaba bastante correntoso. Debía ser en diciembre y no habían empezado las grandes bajantes."

"Ya me estaba resignando a cruzar el río cinco veces, tres de ida y dos de vuelta, para llevarlos de a uno en el bote, en vez de hacer un solo viaje en balsa como había calculado. Entonces vi que el problema era menos simple. No podía dejar a Antonio solo con el seductor de su hija, y tampoco podía dejarlo con su hija. Ya no hablaba, pero igual seguí

inquietándome. Los otros también. La chica no dejó de llorar desde que vio a su novio herido. Cuando quiso ayudarlo a vendarse, él la apartó despacito y se vendó solo. Después se mantuvo reconcentrado, acariciándose la rala barbita amarilla, como si pensara en lo que había sucedido. Acababa de averiguar que era un cobarde, o por lo menos que era capaz de correr ante un viejo armado con una escopeta."

"Sí —murmuró el comisario dando una larga pitada a su cigarrillo negro—. Había que llevarlos de a uno, y evitar que los que quedaban se desgarraran entre ellos."

—¿No podía encerrar a dos, cada uno en un calabozo, llevarse al tercero y volver a buscarlos?

—Usted se olvida que ni siquiera en el destacamento yo tenía calabozos, y aquí no había más que la casa del balsero, con una sola pieza que se podía cerrar con llave.

"La situación se repetía en la otra orilla, porque la comisaría de Choele-Choel estaba a más de veinte cuadras del lugar donde yo iba a atracar con el bote. No podía perder tiempo llevándolos de a uno a la comisaría porque nos iba a agarrar la noche. Pensaba pedirle ayuda a un puestero que vivía del otro lado y era amigo mío."

"Así que de los dos lados había un lugar relativamente seguro, pero cuando lo pensé un poco vi en qué consistía el problema: mientras durase el traslado, Antonio tenía que estar solo o tenía que estar conmigo. En ningún momento podía dejarlo sin vigilancia con su hija o con Iglesias."

El comisario partió en cuatro pedazos el boleto de la consumición y colocó sobre la mesa la cucharita del café y una caja de fósforos.

—Se trata de distribuir los papeles.

—¿Esos? —dije empezando a irritarme.

—Como usted quiera. ¿Tiene un lápiz?

Se lo di. Pensé que el comisario se burlaba de mí, y sin embargo alguna idea familiar me rondaba sin que pudiera atraparla.

—Haga de cuenta que esa cuchara es el río. Este papelito, en el que escribo una A, es el viejo Antonio. Este otro papelito —lo marcó con una J—, es Julia. Este papelito —lo marcó con una I— es Iglesias. Y éste —lo marcó con una L— soy yo.

Los alineó a un lado de la cuchara.

—En esta orilla —comentó sin sonreír.

—Ahora tengo que cruzarlos al otro lado, pero de a uno. Y Antonio nunca tiene que quedar solo con Julia, y tampoco tiene que quedar solo con Iglesias. ¿Cuántos viajes tengo que hacer?

—Cinco —vacilé—. ¡Qué sé yo!

—Siete —dijo, y empezó a embarcar los papelitos en la caja de fósforos y a mover la caja por encima de la cuchara—. Cruzo al viejo, uno. Vuelvo, dos. Llevo a Iglesias, tres.

—Y entonces ya tiene que dejar a los dos hombres juntos y uno mata al otro.

—No, porque ahí está todo el truco. En el cuarto viaje, que es de regreso a la isla, me traigo de vuelta al viejo, y dejo a Iglesias solo en tierra firme. En el quinto llevo a la hija. El sexto es de regreso y lo hago solo. En el séptimo, trasbordo por última vez a Antonio, y ya los tengo a todos juntos del otro lado sin que el italiano haya podido hacer un estropicio.

—Un momento —exclamé bruscamente iluminado—. Esa historia ya la he oído. Es el problema de Alcuino.

—¿De quién?

—Un tipo que era amigo de Carlomagno. El lobo, la cabra y la col. No se puede dejar al lobo solo con la cabra, ni a la cabra sola con la col.

—Mi abuela, que me enseñó ese cuento —dijo pausadamente el comisario— no era una persona instruida. No sabía

quién era ese Al… ¿cuánto? Alcuino. Además, decía "chivo", decía "repollo". Pero fíjese lo que son las cosas, yo no quise pensar que fuese exactamente la misma historia.

—¿En qué se equivocó? —dije suavemente.

—¿Cómo saber quién es un lobo? —replicó—. O si usted prefiere, ¿cómo saber que una cabra no se portará como un lobo, o inclusive como una cabra?

—Eso es muy complicado.

Pedí otro café. El comisario pidió una grappa.

—Ya le dije que yo era muy joven y quería medirme con las cosas. Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que era un provocador. Todo lo que pasó lo provoqué, hice tentativas, tenté, y de pronto, ¿sabe lo que había? Un cadáver. No me perdonaré nunca —dijo seriamente—. Porque cuando se me ocurrió la idea, me sentí encantado. Fíjese, había dificultades aparentes (yo no tenía derecho a obligar al viejo a cruzar tres veces el río), pero las descarté todas. Porque lo que me gustaba era el juego. Y lo que hice fue una trasposición de jugadas, como recién. Y también repartí mal los papeles, pero no esos papelitos de recién, sino los que cada uno era.

"Encerré a Julia y a Iglesias en la pieza del balsero y crucé al italiano. Esa parte salió bien, se dejó llevar como un chico. Toda su vida se le había ido, era un paquete, un viejo cansado. Llegó a preguntarme seriamente si yo creía que Iglesias se iba a casar con su hija. ¿Qué le iba a decir? Lo pensó un rato y dijo que a lo mejor *questo sporco* resultaba un buen muchacho a pesar de todo. Cuando agregó que él lo había hecho todo por la Yulia, y que había vivido para ella, y que nunca le había puesto una mano encima, ni siquiera ahora, bueno, empecé a sentirme mal."

"—¿Sabe lo que sentí? Lo mismo que hace un rato, cuando moví el rey en vez del caballo. Pero mucho peor, es claro. Dejé al viejo en la orilla, sin molestarme siquiera en llevarlo hasta el puesto, y emprendí el regreso."

"Nunca he remado con tanta furia, y nunca el tiempo me pareció tan lento. Salté a la isla y corrí a la casa del balsero. El vasco y su mujer estaban parados junto a la puerta de la pieza y se miraban como con susto. Me explicaron que habían oído un ruido, pero como yo tenía la llave…"

"Entonces abrí la puerta."

El comisario vació de un golpe el vaso de grappa.

—Allí estaba Iglesias, sentado en una silla, acariciándose la barbita, olvidado de todo, como si siguiera pensando. Creo que no me oyó entrar. Y la muchacha estaba muerta a sus pies. La había ahorcado con sus propias manos.

El comisario se levantó con gran ruido de sillas y caminó despacio hacia la puerta del café, mientras yo pagaba la consumición.

Lo alcancé. Estaba parado al borde de la vereda y tenía los ojos como perdidos en la negra corriente de automóviles, sembrada de reflejos.

—¿Por qué fue? —dije poniéndole una mano en el hombro.

—Porque la chica estaba embarazada de tres meses. Y él, hacía cuatro que faltaba del pueblo. Cuando el viejo la descubrió, la amenazó, fue a buscar la escopeta, ella sólo atinó a nombrar al que había sido su novio, y no al verdadero seductor. Nunca supimos quién era.

—Usted no tenía por qué adivinarlo —lo consolé.

—Eso se dice fácil. Pero en realidad yo debí adivinarlo. Por un lado, Iglesias no dejó que la chica se le acercara, ni siquiera para vendarlo, ¿se acuerda? Y eso que iba pensando en el camino era la traición que acababa de descubrir, y no los escopetazos que le había tirado el viejo. Por otro lado, Antonio no había intentado maltratar a su hija, salvo de palabra, ni siquiera en el primer acceso de furia..

"Pero yo la encerré con Iglesias en el mismo cuarto y me guardé la llave. Encerré la cabra con la col."

"Así que yo me equivoqué. Pensé que sólo el viejo podía matar, y que la muchacha estaba segura con el que había sido su novio, cuando en realidad sólo estaba segura con su padre. Si hubiera seguido la fábula al pie de la letra, si hubiera repartido bien los papeles, era Iglesias el que nunca debía quedar solo con la chica ni con el viejo, para no ser comido por el lobo ni comerse la col."

"El italiano se murió tres meses después, y a Iglesias le dieron quince años. Yo me fui del pueblo y no he vuelto nunca. Dicen que está muy adelantado…"

Hubo un silencio difícil de llenar. Aprovechando una pausa en el tráfico tomé al comisario Laurenzi del brazo y dije maquinalmente:

—¿Cruzamos?

Me miró con reprobación y tristeza.

En defensa propia

—Yo, a lo último, no servía para comisario —dijo Laurenzi, tomando el café que se le había enfriado—. Estaba viendo las cosas, y no quería verlas. Los problemas en que se mete la gente, y la manera que tiene de resolverlos, y la forma en que yo los habría resuelto. Eso, sobre todo. Vea, es mejor poner los zapatos sobre el escritorio, como en el biógrafo, que las propias ideas. Yo notaba que me iba poniendo flojo, y era porque quería pensar, ponerme en el lugar de los demás, hacerme cargo. Y así hice dos o tres macanas, hasta que me jubilé. Una de esas macanas es la que le voy a contar.

"Fue allá por el cuarenta, y en La Plata. Eso le indica —murmuró con sarcasmo, mirando la plaza llena de sol a través de la ventana del café— que mi fortuna política estaba en ascenso, porque usted sabe cómo me han tenido a mí, rodando por todos los destacamentos y comisarías de la provincia."

"La fecha justa también se la puedo decir. Era la noche de San Pedro y San Pablo, el 29 de junio. ¿No le hace gracia que aún hoy se prendan fogatas ese día?"

—Es por el solsticio estival —expliqué modestamente.

—Usted quiere decir el verano. El verano de ellos, que trajeron de Europa la fiesta y el nombre de la fiesta.

—Desconfíe también del nombre, comisario. Eran antiguos festivales celtas. Con el fuego ayudaban al sol a mantenerse en el camino más alto del cielo.

—Será. La cuestión es que hacía un frío que no le cuento. Yo tenía un despacho muy grande y una estufita de kerosén que daba risa. Fíjese, había momentos en que lo que más deseaba era ser de nuevo un simple vigilante, como cuando empecé, tomar mate o café con ellos en la cocina, donde seguramente hacía calor y no se pensaba en nada.

"Serían las diez de la noche cuando sonó el teléfono. Era una voz tranquila, la voz del juez Reynal, diciendo que acababa de matar a un ladrón en su casa, y que si yo podía ir a ver. Así que me puse el perramus y fui a ver."

"Con los jueces, para qué lo voy a engañar, nunca me entendí. La ley de los jueces siempre termina por enfrentarlo a uno con un malandro que esa noche tiene más suerte, o mejor puntería, o un poco más de coraje que seis meses antes, o dos años antes, cuando uno lo vio por última vez con una Beretta y una 45 de por medio. Uno sabe cómo entrar, cómo no va a saber, después de verlos llorando y, si se descuida, pidiendo por su madre. Lo que no sabe, es cómo salen. Después hasta le piden fuego por la calle, y usted se calla y se va a baraja porque se palpita que hay un chiste en alguna parte, y no vaya a resultar que el chiste es a costa suya."

"Iba pensando en estas cosas, mientras caminaba entre las fogatas que la garúa no terminaba de apagar, esquivando los buscapiés de la juventud que también festejaba, como dice usted, lo alto que andaba el sol, y seguramente, la cosecha próxima, y los campos llenos de flores. Para distraerme, empecé a recordar lo que sabía del doctor Reynal. Era el juez de instrucción más viejo de La Plata, un caballero inmaculado y todo eso, viudo, solo e inaccesible."

"Entré por un portoncito de fierro, atravesé el jardín mojado, recuerdo que había unas azaleas que empezaban a florecer y unos pinos que chorreaban agua en la sombra. La cancel estaba abierta, pero había luz en una ventana y seguí sin tocar el timbre. Conocía la casa, porque el doctor solía llamarnos cada tanto, para ver cómo andaba un sumario o para

darnos un sermón. Tenía ojos de lince para los vicios de procedimiento, la sangre de sus venas pasaba por el código y no se cansaba de invocar la majestad de la justicia, la de antes. Y yo que hasta tengo que cuidar la ortografía, y no le hablo de los vicios de procedimiento, ya va a ver. Pero yo no era el único. Conozco algunos que pretendían tomarlo en farra, pero se les caían las medias cuando tenían que enfrentarlo."

"Y es que era un viejo imponente, con una gran cabeza de cadáver porque año a año la cara se le iba chupando más y más, hasta que la piel parecía pegada a los huesos, como si no quisiera dejarle nada a la muerte. Así lo recuerdo esa noche, vestido de negro y con un pañuelo de seda al cuello."

"Con este hombre yo me guardaba un viejo entripado, porque una vez, en la misma comisaría, adonde llegó como bala, me soltó al tuerto Landívar, que tenía dos muertes sin probar, y más tarde iba a tener otra. Nunca olvidé lo que me dijo: 'Es mejor que ande suelto un asesino, y no una ruedita de la justicia'. '¿Y el peligro?', le pregunté. 'El peligro lo corremos todos', dijo. Pero fui yo el que tuve que matar a Landívar cuando al fin hizo la pata ancha en los galpones de Tolosa, y yo me acordé del doctor, del doctor y de su madre."

El comisario se agarró y meneó la cabeza, como si se riera de alguna ocurrencia secreta, y después soltó una verdadera carcajada, una risa asmática y un poco dolorosa.

—Bueno, ahí estaba, sentado ante su escritorio, como si nada hubiera pasado, absorto en uno de esos libracos de filosofía, o vaya a saber qué, pero en todo caso algo importante, porque apenas alzó la cabeza al verme en la puerta, y siguió leyendo hasta que llegó al final de un párrafo que marcó con una uña afilada y como de vidrio. Tuve tiempo de sacarme el sombrero mojado, de pensar dónde lo pondría, de ver el bulto en el suelo, que era un hombre, de codearme con un jinete de bronce y, en general, de sentirme como un auxiliar tercero que lo van a amonestar. Recién entonces el viejo cerró

el libro, cruzó los dedos y se quedó mirándome con esos ojos que siempre parecían estar haciendo la seña del as de espadas.

"Le pregunté, de buen modo, qué quería que hiciera. Contestó que yo sabía cuál era mi deber, que yo conocía, o debía conocer, el Código de Procedimientos, que él, desde ya, se iba a excusar de entender en la causa, pero que su reemplazante de turno era el doctor Fulano, y que no lo tomara a mal si, ya que estaba, observaba con interés profesional la forma en que yo encauzaba el sumario."

"Le aseguré que no faltaba más. Le dije si estaba bien que hiciera una inspección ocular. Hizo que sí con la cabeza. ¿Y que le preguntara algunas cosas y lo tuviese demorado hasta que el doctor Fulano dispusiera lo contrario? Entonces se echó a reír y comentó: Muy bien, muy bien, eso me gusta."

"Moví con el pie la cara del muerto, que estaba boca abajo frente al escritorio, y me encontré con un antiguo conocido, Justo Luzati, por mal nombre 'El Jilguero', y también 'El Alcahuete', con fama de cantor y de otras cosas que en su ambiente nadie apreciaba. Supe tratarlo bastante en un tiempo, hasta que lo perdí de vista en un hospital, pobre tipo."

"Pero resultaba bueno verlo muerto así, al fin con un gesto de hombre en la cara flaca donde parecían faltarle unos huesos y sobrarle otros, y un 32 empuñado a lo hombre en la mano derecha, y todavía ese gesto bravío de apretar el gatillo a quemarropa, cuando ya le iban a tirar, o le estaban tirando, y le tiraron no más y el plomo del 38 que el doctor sacó de algún cajón lo sentó de traste, y entonces se acostó despacio a lagrimear un poco y a morir."

"Pero ese viejo, era cosa de ver, o de imaginar, la sangre fría de ese viejo. Dejó el 38 sobre la mesa, con cuidado, porque era una prueba. Me llamó por teléfono, sin levantarse siquiera, porque no había que tocar nada. Y siguió leyendo el libro que leía cuando entró Luzati."

"—¿Lo conoce, doctor? —le pregunté."

"Nunca lo había visto. Entonces, mientras lo estaba mirando, descubrí ese estropicio en la biblioteca que tenía detrás de él."

"—¿Y de eso —señalé—, no pensaba decirme nada?"

"—Usted tiene ojos —respondió."

"Había una hilera de tomos encuadernados en azul, creo que eran la colección de La Ley, y uno estaba medio destripado, le salían serpentinas y plumitas de papel, y al lado había un marco de plata boca abajo, un retrato, con la foto y el vidrio perforados."

"—Quédese quieto, doctor, no se mueva —le previne y di la vuelta al escritorio, me paré donde se había parado Luzati, donde todavía estaba el agua de sus zapatos, y desde allí miré al viejo, y luego detrás del viejo, y nuevamente esa cara cadavérica y severa. Pero él me corrigió: 'Un poquito más a la izquierda', dijo."

"—¿Qué se siente, doctor, cuando a uno le erran por tan poco?"

"—No se siente nada —contestó—. Y usted lo sabe.

Entonces me agaché, saqué el 32 de entre los dedos de Luzati, abrí el tambor y allí estaba la cápsula picada y el resto de la pólvora fresca. Todo listo y empaquetado para el gabinete Vucetich, donde seguramente iban a encontrar que el plomo de la biblioteca correspondía al 32, y que el ángulo de tiro estaba bien, y todo estaba bien, y se lo iban a ilustrar con dibujitos y rayas coloradas, verdes y amarillas para probar no más que el doctor había matado en defensa propia."

"Puse el 32 junto al otro, sobre el escritorio, y fue entonces cuando él me oyó decir 'Qué raro', y me miró sin moverse."

"—Qué raro, doctor —le dije caminando otra vez hacia la biblioteca—, que usted, que solía tener tan buena memoria, se haya olvidado de este pájaro cantor. Porque si a mí no me falla, hace cuatro años usted sentenció en una causa Vallejo contra Luzati, por tentativa de extorsión."

"Él se echó a reír."

"—¿Y eso? —dijo—. Como si yo fuera a acordarme de todas las sentencias que dicto."

"—Entonces tampoco recordará que en el treinta lo condenó por tráfico de drogas."

"Me pareció que daba un brinco, que iba a pararse, pero se contuvo, porque era un viejo duro, y apenas se pasó una mano por la frente."

"—En el treinta —murmuró—. Puede ser. Son muchos años. Pero usted quiere decir que no vino a robar, sino a vengarse."

"—Todavía no sé lo que quiero decir. Pero qué raro, doctor. Qué raro que este infeliz, que nunca asaltó a nadie, porque era una rata, un pobre diablo que hoy se puso la mejor ropa para venir a verlo a usted —alguien que vivía de la pequeña delación, del pequeño chantaje, del pequeño contrabando de drogas; alguien que si llevaba un arma encima era para darse coraje—, que este tipo, de golpe, se convierta en asaltante y venga a asaltarlo a usted…"

"Entonces él cambió de postura por primera vez, giró con el sillón y me vio con el retrato entre las manos, ese retrato de una muchacha lejana, inocente y dulce, si no fuera por los ojos que eran los ojos oscuros y un poco fanáticos del juez, esa cara que sonreía desde lejos aunque estaba destrozada de un tiro certero, porque el vencido amor y la sombra del odio que le sigue tienen una infalible puntería."

"Le devolví el retrato, le dije: 'Guárdelo. Esto no tiene por qué figurar aquí', y me senté en cualquier parte sin pedirle permiso, pero no porque le hubiera perdido el respeto, sino porque necesitaba pensar y hacerme cargo y estar solo. Pensar por ejemplo en esa cara que yo había visto dos años antes en una comisaría de Mar del Plata, esa cara devastada, ya no inocente, repetida en la foto de un prontuario donde decía simplemente 'Alicia Reynal. Toxicómana, etc.' Pero cuando pasó un rato muy largo, lo único que se me ocurrió decirle fue:"

"—Hace mucho que no la ve."

"—Mucho —dijo, y ya no habló más, y se quedó mirando algo que no estaba."

"Entonces volví a pensar, y ahí debió ser cuando descubrí que ya no servía para comisario. Porque estaba viendo todo, y no quería verlo. Estaba viendo cómo ' El Alcahuete' había conocido a aquella mujer, y hasta le había vendido marihuana o lo que sea, y de golpe, figúrese usted, había averiguado quién era. Estaba viendo con qué facilidad se le ocurrió extorsionar al padre, que era un hombre inmaculado, un pilar de la sociedad, y de paso cobrarse las dos temporadas que estuvo en Olmos. Estaba viendo cómo el viejo lo esperó con el escenario listo, el tiro que él mismo disparó —un petardo más en esa noche de petardos— contra la biblioteca y contra aquel fantasma del retrato. Estaba viendo el 32 descargado sobre el escritorio, para que Luzati lo manoteara a último momento y hasta apretara el gatillo cuando el viejo le apuntó. Y lo fácil que fue después abrir el tambor y volver a cargarlo, sin sacarlo de la mano del muerto, que era donde debía estar."

"Estaba viendo todo, pero si pasaba un rato más, ya no iba a ver nada, porque no quería ver nada. Así que al fin me paré y le dije:"

"—No sé lo que va a hacer usted, doctor, pero he estado pensando en lo difícil que es ser un comisario y lo difícil que es ser un juez. Usted dice que este hombre quiso asaltarlo, y que usted lo madrugó. Todo el mundo lo va a creer, y yo mismo, si mañana lo leo en el diario, es capaz que lo creo. Al fin y al cabo, es mejor que ande suelto un asesino, y no una ruedita de la compasión."

"Era inútil. Ya no me escuchaba. Al salir me agaché por segunda vez junto 'El Alcahuete' y de un bolsillo del impermeable saqué la pistola de pequeño calibre que sabía que iba a encontrar allí, y me la guardé. Todavía la tengo. Habría parecido raro, un muerto con dos armas encima."

El comisario bostezó y miró su reloj. Lo esperaban a almorzar.

—¿Y el juez? —pregunté.

—Lo absolvieron. Quince días después renunció y al año se murió de una de esas enfermedades que tienen los viejos.

Los oficios terrestres[12] (1965)

12 El cuento titulado "Esa mujer" se refiere, desde luego, a un episodio histórico que todos en la Argentina recuerdan. La conversación que reproduce es, en lo esencial, verdadera. El tema de "Imaginaria" me fue referido hace años, como auténtico, por mi amigo Héctor Cattolica. Los personajes e incidentes de los demás relatos son inventados; no así por cierto el fondo contra el cual transcurren.
Para satisfacer probables curiosidades, diré que el que más trabajo me costó es "Fotos". Empecé a esbozarlo hace siete años y pasó por muchas versiones. "Imaginaria", en cambio, se escribió de un tirón, en un rato. Comencé a escribir "Esa mujer" en 1961, lo terminé en 1964, pero no tardé tres años, sino dos días: un día de 1961, un día de 1964. No he descubierto las leyes que hacen que ciertos temas se resistan durante lustros enteros a muchos cambios de enfoque y de técnica, mientras que otros se escriben casi solos.
Según mis primitivos planes, este libro debió incluir un número mayor de cuentos. Uno de ellos, "Los oficios terrestres", iba a titularlo. Ese cuento no se dejó escribir aún, pero decidí conservar el título, un poco por cábala, y también porque no me parece demasiado ajeno al contenido tácito o expreso de estas historias (Rodolfo Walsh).

Esa mujer

El coronel elogia mi puntualidad:

—Es puntual como los alemanes —dice.

—O como los ingleses.

El coronel tiene apellido alemán.

Es un hombre corpulento, canoso, de cara ancha, tostada.

—He leído sus cosas —propone—. Lo felicito.

Mientras sirve dos grandes vasos de whisky, me va informando, casualmente, que tiene veinte años de servicios de informaciones, que ha estudiado Filosofía y Letras, que es un curioso del arte. No subraya nada, simplemente deja establecido el terreno en que podemos operar, una zona vagamente común.

Desde el gran ventanal del décimo piso se ve la ciudad en el atardecer, las luces pálidas del río. Desde aquí es fácil amar, siquiera momentáneamente, Buenos Aires. Pero no es ninguna forma concebible de amor lo que nos ha reunido.

El coronel busca unos nombres, unos papeles que acaso yo tenga.

Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme.

Algún día (pienso en momentos de ira) iré a buscarla. Ella no significa nada para mí, y sin embargo iré tras el misterio de su muerte, detrás de sus restos que se pudren lentamente en

algún remoto cementerio. Si la encuentro, frescas altas olas de cólera, miedo y frustrado amor se alzarán, poderosas vengativas olas, y por un momento ya no me sentiré solo, ya no me sentiré como una arrastrada, amarga, olvidada sombra.

El coronel sabe dónde está.

Se mueve con facilidad en el piso de muebles ampulosos, ornado de marfiles y de bronces, de platos de Meissen y Cantón. Sonrío ante el Jongkind falso, el Fígari dudoso. Pienso en la cara que pondría si le dijera quién fabrica los Jongkind, pero en cambio elogio su whisky.

El bebe con vigor, con salud, con entusiasmo, con alegría, con superioridad, con desprecio. Su cara cambia y cambia, mientras sus manos gordas hacen girar el vaso lentamente.

—Esos papeles —dice.

Lo miro.

—Esa mujer, coronel.

Sonríe.

—Todo se encadena —filosofa.

A un potiche de porcelana de Viena le falta una esquirla en la base. Una lámpara de cristal está rajada. El coronel, con los ojos brumosos y sonriendo, habla de la bomba.

—La pusieron en el palier. Creen que yo tengo la culpa. Si supieran lo que he hecho por ellos, esos roñosos.

—¿Mucho daño? —pregunto. Me importa un carajo.

—Bastante. Mi hija. La he puesto en manos de un psiquiatra. Tiene doce años —dice.

El coronel bebe, con ira, con tristeza, con miedo, con remordimiento.

Entra su mujer, con dos pocillos de café.

Contale vos, Negra.

Ella se va sin contestar; una mujer alta, orgullosa, con un *rictus* de neurosis. Su desdén queda flotando como una nubecita.

—La pobre quedó muy afectada —explica el coronel—. Pero a usted no le importa esto.

—¡Cómo no me va a importar!... Oí decir que al capitán N y al mayor X también les ocurrió alguna desgracia después de aquello.

El coronel se ríe.

—La fantasía popular —dice—. Vea cómo trabaja. Pero en el fondo no inventan nada. No hacen más que repetir.

Enciende un Marlboro, deja el paquete a mi alcance sobre la mesa.

—Cuénteme cualquier chiste —dice.

Pienso. No se me ocurre.

—Cuénteme cualquier chiste político, el que quiera, y yo le demostraré que estaba inventado hace veinte años, cincuenta años, un siglo. Que se usó tras la derrota de Sedán, o a propósito de Hindenburg, de Dollfuss, de Badoglio.

—¿Y esto?

—La tumba de Tutankamón —dice el coronel—. Lord Carnavon. Basura.

El coronel se seca la transpiración con la mano gorda y velluda.

—Pero el mayor X tuvo un accidente, mató a su mujer.

—¿Qué más? —dice, haciendo tintinear el hielo en el vaso.

—Le pegó un tiro una madrugada.

—La confundió con un ladrón —sonríe el coronel. Esas cosas ocurren.

—Pero el capitán N. . .

—Tuvo un choque de automóvil, que lo tiene cualquiera, y más él, que no ve un caballo ensillado cuando se pone en pedo.

—¿Y usted, coronel?

—Lo mío es distinto —dice—. Me la tienen jurada.

Se para, da una vuelta alrededor de la mesa.

—Creen que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

—Me gustaría.

—Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar bien con esos roñosos, pero sí ante la historia, ¿comprende?

—Ojalá dependa de mí, coronel.

—Anduvieron rondando. Una noche, uno se animó. Dejó la bomba en el palier y salió corriendo.

Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana policromada, una pastora con un cesto de flores.

—Mire.

A la pastora le falta un bracito.

—Derby —dice. Doscientos años.

La pastora se pierde entre sus dedos repentinamente tiernos. El coronel tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

—¿Por qué creen que usted tiene la culpa?

—Porque yo la saqué de donde estaba, eso es cierto, y la llevé donde está ahora, eso también es cierto. Pero ellos no saben lo que querían hacer, esos roñosos no saben nada, y no saben que fui yo quien lo impidió.

El coronel bebe, con ardor, con orgullo, con fiereza, con elocuencia, con método.

—Porque yo he estudiado historia. Puedo ver las cosas con perspectiva histórica. Yo he leído a Hegel.

—¿Qué querían hacer?

—Fondearla en el río, tirarla de un avión, quemarla y arrojar los restos por el inodoro, diluirla en ácido. ¡Cuánta basura tiene que oír uno! Este país está cubierto de basura, uno no sabe de dónde sale tanta basura, pero estamos todos hasta el cogote.

—Todos, coronel. Porque en el fondo estamos de acuerdo, ¿no? Ha llegado la hora de destruir. Habría que romper todo.

—Y orinarle encima.

—Pero sin remordimientos, coronel. Enarbolando alegremente la bomba y la picana. ¡Salud! —digo levantando el vaso.

No contesta. Estamos sentados junto al ventanal. Las luces del puerto brillan: azul mercurio. De a ratos se oyen las bocinas de los automóviles, arrastrándose lejanas como las voces de un sueño. El coronel es apenas la mancha gris de su cara sobre la mancha blanca de su camisa.

—Esa mujer —le oigo murmurar—. Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente. Se veían las metástasis del cáncer, como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada.

El coronel bebe. Es duro.

—Desnuda —dice—. Éramos cuatro o cinco y no queríamos mirarnos. Estaba ese capitán de navío, y el gallego que la embalsamó, y no me acuerdo quién más. Y cuando la sacamos del ataúd —el coronel se pasa la mano por la frente—, cuando la sacamos, ese gallego asqueroso...

Oscurece por grados, como en un teatro. La cara del coronel es casi invisible. Sólo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos. La puerta del ascensor se ha cerrado en la planta baja, se ha abierto más cerca. El enorme edificio cuchichea, respira, gorgotea con sus cañerías, sus incineradores, sus cocinas, sus chicos, sus televisores, sus sirvientas, y ahora el coronel se ha parado, empuña una metralleta que no le vi sacar de ninguna parte, y en puntas de pie camina hacia el palier, enciende la luz de golpe, mira el ascético, geométrico, irónico vacío del palier, del ascensor, de la escalera, donde no hay absolutamente nadie y regresa despacio, arrastrando la metralleta.

—Me pareció oír. Esos roñosos no me van a agarrar descuidado, como la vez pasada.

Se sienta, más cerca del ventanal ahora. La metralleta ha desaparecido y el coronel divaga nuevamente sobre aquella gran escena de su vida.

—...se le tiró encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire —el coronel se mira los nudillos—, que lo tiré contra la pared. Está todo podrido, no respetan ni a la muerte. ¿Le molesta la oscuridad?

—No.

—Mejor. Desde aquí puedo ver la calle. Y pensar. Pienso siempre. En la oscuridad se piensa mejor.

Vuelve a servirse un whisky.

—Pero esa mujer estaba desnuda —dice, argumenta contra un invisible contradictor—. Tuve que taparle el monte de Venus, le puse una mortaja y el cinturón franciscano.

Bruscamente se ríe.

—Tuve que pagar la mortaja de mi bolsillo. Mil cuatrocientos pesos. Eso le demuestra, ¿eh? Eso le demuestra.

Repite varias veces "Eso le demuestra", como un juguete mecánico, sin decir qué es lo que eso me demuestra.

—Tuve que buscar ayuda para cambiarla de ataúd. Llamé a unos obreros que había por ahí. Figúrese como se quedaron. Para ellos era una diosa, qué sé yo las cosas que les meten en la cabeza, pobre gente.

—¿Pobre gente?

—Sí, pobre gente. —El coronel lucha contra una escurridiza cólera interior—. Yo también soy argentino.

—Yo también, coronel, yo también. Somos todos argentinos.

—Ah, bueno —dice.

—¿La vieron así?

—Sí, ya le dije que esa mujer estaba desnuda. Una diosa, y desnuda, y muerta. Con toda la muerte al aire, ¿sabe? Con todo, con todo...

La voz del coronel se pierde en una perspectiva surrealista, esa frasecita cada vez más rémova encuadrada en sus líneas de fuga, y el descenso de la voz manteniendo una divina proporción o qué. Yo también me sirvo un whisky.

—Para mí no es nada —dice el coronel—. Yo estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas. Muchas en mi vida. Y hombres muertos. Muchos en Polonia, el 39. Yo era agregado militar, dése cuenta.

Quiero darme cuenta, sumo mujeres desnudas más hombres muertos, pero el resultado no me da, no me da, no me da... Con un solo movimiento muscular me pongo sobrio, como un perro que se sacude el agua.

—A mí no me podía sorprender. Pero ellos...

—¿Se impresionaron?

—Uno se desmayó. Lo desperté a bofetadas. Le dije: "Maricón, ¿esto es lo que hacés cuando tenés que enterrar a tu reina? Acordate de San Pedro, que se durmió cuando lo mataban a Cristo." Después me agradeció.

Miró la calle. "Coca" dice el letrero, plata sobre rojo. "Cola" dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila inmensa crece, círculo rojo tras concéntrico círculo rojo, invadiendo la noche, la ciudad, el mundo. "Beba".

—Beba —dice el coronel.

Bebo.

—¿Me escucha?

—Lo escucho.

Le cortamos un dedo.

—¿Era necesario?

El coronel es de plata, ahora. Se mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza.

—Tantito así. Para identificarla.

—¿No sabían quién era?

Se ríe. La mano se vuelve roja. "Beba".

—Sabíamos, sí. Las cosas tienen que ser legales. Era un acto histórico, ¿comprende?

—Comprendo.

—La impresión digital no agarra si el dedo está muerto. Hay que hidratarlo. Más tarde se lo pegamos.

—¿Y?

—Era ella. Esa mujer era ella.

—¿Muy cambiada?

—No, no, usted no me entiende. Igualita. Parecía que iba a hablar, que iba a... Lo del dedo es para que todo fuera legal. El profesor R. controló todo, hasta le sacó radiografías.

—¿El profesor R.?

—Sí. Eso no lo podía hacer cualquiera. Hacía falta alguien con autoridad científica, moral.

En algún lugar de la casa suena, remota, entrecortada, una campanilla. No veo entrar a la mujer del coronel, pero de pronto esta ahí, su voz amarga, inconquistable.

—¿Enciendo?

—No.

—Teléfono.

—Deciles que no estoy.

Desaparece.

—Es para putearme —explica el coronel—. Me llaman a cualquier hora. A las tres de la madrugada, a las cinco.

—Ganas de joder —digo alegremente.

—Cambié tres veces el número del teléfono. Pero siempre lo averiguan.

—¿Qué le dicen?

—Que a mi hija le agarre la polio. Que me van a cortar los huevos. Basura.

Oigo el hielo en el vaso, como un cencerro lejano.

—Hice una ceremonia, los arengué. Yo respeto las ideas, les dije. Esa mujer hizo mucho por ustedes. Yo la voy a enterrar como cristiana. Pero tienen que ayudarme.

El coronel está de pie y bebe con coraje, con exasperación, con grandes y altas ideas que refluyen sobre él como grandes y altas olas contra un peñasco y lo dejan intocado y seco, recortado y negro, rojo y plata.

—La sacamos en un furgón, la tuve en Viamonte, después en 25 de Mayo, siempre cuidándola, protegiéndola, escondiéndola. Me la querían quitar, hacer algo con ella. La tapé con una lona, estaba en mi despacho, sobre un armario, muy alto. Cuando me preguntaban qué era, les decía que era el transmisor de Córdoba, la Voz de la Libertad.

Ya no sé dónde está el coronel. El reflejo plateado lo busca, la pupila roja. Tal vez ha salido. Tal vez *ambula* entre los muebles. El edificio huele vagamente a sopa en la cocina, colonia en el baño, pañales en la cuna, remedios, cigarrillos, vida, muerte.

—Llueve —dice su voz extraña.

Miro el cielo: el perro Sirio, el cazador Orión.

—Llueve día por medio —dice el coronel—. Día por medio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano.

Dónde, pienso, dónde.

—¡Está parada! —grita el coronel—. ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!

Entonces lo veo, en la otra punta de la mesa. Y por un momento, cuando el resplandor cárdeno lo baña, creo que llora, que gruesas lágrimas le resbalan por la cara.

—No me haga caso —dice, se sienta—. Estoy borracho.

Y largamente llueve en su memoria.

Me paro, le toco el hombro.

—¿Eh? —dice— ¿Eh? —dice.

Y me mira con desconfianza, como un ebrio que se despierta en un tren desconocido.

—¿La sacaron del país?

—Sí.

—¿La sacó usted?

—Sí.

—¿Cuántas personas saben?

—Dos.

—¿El Viejo sabe?

Se ríe.

—Cree que sabe.

—¿Dónde?

No contesta.

—Hay que escribirlo, publicarlo.

—Sí. Algún día.

Parece cansado, remoto.

—¡Ahora! —me exaspero—. ¿No le preocupa la historia? ¡Yo escribo la historia, y usted queda bien, bien para siempre, coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

—Cuando llegue el momento... usted será el primero...

—No, ya mismo. Piense. *Paris Match*. *Life*. Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera.

Se ríe.

—¿Dónde, coronel, dónde?

Se para despacio, no me conoce. Tal vez va a preguntarme quién soy, qué hago ahí.

Y mientras salgo derrotado, pensando que tendré que volver, o que no volveré nunca. Mientras mi dedo índice inicia ya ese infatigable itinerario por los mapas, uniendo isoyetas, probabilidades, complicidades. Mientras sé que ya no me interesa, y que justamente no moveré un dedo, ni siquiera en un mapa, la voz del coronel me alcanza como una revelación.

—Es mía —dice simplemente—. Esa mujer es mía.

Fotos

1

—Niño Mauricio, vaya a la Dirección.

El niño Mauricio Irigorri le tocaba el culo a la maestra, eludía el cachetazo y en el recreo cobraba las apuestas. Tenía una hermosa letra, sobre todo cuando firmaba "Alberto Irigorri" bajo las amonestaciones de los boletines. Don Alberto no reparaba en esos detalles. Estaba demasiado ocupado en liquidar a precios de fábula un galpón de alambre de púa que empezó a almacenar cuando la guerra de España. Ahora el alambre no venía de Europa porque allá lo usaban para otra cosa. "Gracias a Dios", repetía don Alberto, que por esa época se volvió devoto.

A fin de año la señorita Reforzo se quitó a Mauricio de encima con todos cuatros ("Ese chico necesita una madre", comentó). Entró en sexto de pantalón corto y bigote. El de sexto era maestro y el niño Mauricio tuvo que inventar otros juegos, con pólvora, despertadores y animales muertos. Tal vez se adelantaba a sus años y a su medio, y por eso no era bien comprendido.

—No te juntés con él —decía mi padre.

Yo me juntaba igual.

—¿Eh, Negro? —proponía Mauricio mirándome desde la esquina del ojo.

—¿Y si tal cosa? —protestaba yo.

—Hay que divertirse, Negro. La vida es corta.

Mauricio pegaba una oblea, la oblea decía "Dios es amor", Mauricio la pegaba en la maquinita de preservativos, en el baño del "Roma".

2

No quiso entrar a la Normal porque era cosa de mujeres. Don Alberto lo mandó al comercial de Azul. Depositaba en él grandes esperanzas que nadie compartía. A los tres meses estaba de vuelta, elogiando el río y el cañoncito del parque. "También hay mucho comercio", dijo a modo de esclarecimiento.

Ese año me vine a Buenos Aires. Le escribí, no me contestó. En mayo tuve carta de Estela. Te estoy tejiendo un pulóver, aquí ya empezaron los fríos. Mamá, que a ella tampoco le gustan las tías, pero este año no hay más remedio, sos muy chico para ir a una pensión. ¿Y es cierto que estudiás latín? Ah, a Mauricio lo echaron. Yo veía las grandes pestañas de mi hermana Estela sombreando la carta. Las mujeres siempre lo quisieron a Mauricio.

3

Cuando empezaron a mermarle las botellas de guindado, don Alberto prefirió no tenerlo más de lavacopas. Entró de aprendiz tipógrafo en *La Tribuna*. Por esa época.

Inauguróse el Meoducto
Presidente Perón
Asistió el gobernador

Lo echaron.
—Un error lo tiene cualquiera —dijo Mauricio.

4

Diciembre y allí estaba en la punta del andén, haciéndose el distraído para no encontrarse con la mirada de mi padre. Me había sacado una cabeza de ventaja, pero ésa ya no era su medida, ni los pantalones largos y el cigarrillo colgando del labio, sino el gesto de rechazo, de conquista y de invención con que probaba el filo del mundo y rebotaba, descubriendo siempre una nueva manera de lanzarse al asalto, como un revólver que agota su carga y luego se dispara a sí mismo, el cañón, el tambor y hasta el gatillo, quemado de furor y desmesura. Apoyado en un poste me miraba y su mano izquierda oscilaba suavemente a la altura del hombro en una especie de saludo.

Mi padre terminó de hablar con el jefe de estación, y sólo cuando todas las valijas estuvieron a mi lado y el peoncito esperando órdenes, se volvió hacia mí con los brazos en la cintura —una alta figura quemada por el sol, alta desde el chambergo hasta las botas— y yo sin saber si debía darle la mano o besarlo hasta que sacó de adentro una lenta sonrisa de metal y me puso la mano sobre el pelo.

En el trayecto a la camioneta, me crucé con Mauricio sin mirarlo.

5

—Dejaron la tranquera abierta: el toro se escapó. Corrieron los avestruces: así se matan los caballos. Cosas de gringo.

—Fui yo.

—Cosas de gringo bolichero —insistió mi padre moviendo suavemente el cabo del rebenque como un gran índice—. Ya te tengo dicho.

—Campo hay por todas partes —comentó después Mauricio.

Pero no un campo con media legua de laguna como aquél, no el campo donde andabas a lo pueblero, con las riendas sueltas, rebotando en el recado, con la escopeta en la mano, saliendo ensangrentado de los cardales, tiroteando las gallaretas, hundiéndote hasta las verijas en el barro.

Acordáte: el cerro donde apareció el gliptodonte panza arriba, con la panza llena de agua llovida. Acordáte: la noche en que no encontramos más que las riendas en el alambrado y tuvimos que volver a pie entre los juncos. Acordáte: el espinel lleno de taralilas.

¿Campo como ése? Dónde, Mauricio, dónde.

6

Mauricio, a los quince años, mide un metro setenta y cinco, es campeón de bochas en el almacén de su padre, se acuesta con la sirvienta. Por un tiempo pareció que se iba a dedicar a la guitarra, pero su verdadera vocación es el codillo.

7

Agita una mano y se va.
Dobla una esquina y se va.
Salta a un carguero y se va.
Sonríe:
—Chau, Negro.

Y se lo traga el tiempo, la tierra, la gran inundación de la memoria. Circula clandestinamente en las historias del pueblo y de la familia. “No es malo, pobre”, dice mi madre. “Tiene mala suerte” (Las mujeres, siempre). “¿Mala suerte al truco?”, replica mi padre.

Lo han visto por el lado del general Pinto, trabajando en las cosechas de maíz o girasol.

Quiso ser boxeador en Bahía Blanca, y un negro le desfiguró la cara.

Gana un camión al pase inglés, lo pierde al siete y medio.

8

"Pasó por el pueblo —me escribe Estela— sin saludar a nadie. Paró con un camión colorado frente al Roma y a todos los que fueron a hablarle les dijo que estaban equivocados, que no los conocía. Únicamente conversó con el rengo Valentín, el lustrabotas. Valentín dice que preguntó por vos y nadie más, que se tomó una botella de cerveza y se fue. Venía del sur, iba para Buenos Aires, el camión estaba cargado de bolsas, eso es lo que dice Valentín. Mamá engripada, papá con mucho trabajo, la semana que viene hay un embarque grande de hacienda, de muy mal humor, dice que si las cosas siguen así habrá que degollar las vacas en el campo, que nadie sabe para quién trabaja, y otras cosas que no te puedo repetir, a ver si escribís. ¿Así que te dieron un susto en zoología? Su hermanita le dijo, estudie los celenterados. P. D. Te podés figurar cómo se quedó don Alberto, está muy viejo, yo creo que esas cosas no se hacen."

9

Entre dos puntos de un campo existe una diferencia de potencial de un vol. cuando al transportar un culón de uno al otro se pone en juego el trabajo de un yul.

Sieds, sieds, sieds, seyons, seyez, siéent. Imp.: Séyait, séyait, séyaient. Fut.: Siéra, siéront. Pr. Subj.: Siée, siéent. Ger.: Séyant.

Lugones nació en 1874 en Río Seco y se mató en 1938 en el Tigre. Estaba desilusionado.

¿Eh? Tres valencias, una libre.

Sed nóstri mílites dáto sígno cum inféstis pílis procu… procucurríssent…

—Sobresaliente, Tolosa. ¿Qué piensa seguir?

—Abogacía, señor.

—Política, ¿eh? No olvide las musas. Nuestros grandes políticos llevaban un tintero en el chaleco.

10

—Acordáte quién sos —decía lentamente—, y que todo esto va a pasar. La ciudad se muere sin el campo, y el campo es nuestro. El campo es como el mar, y las estancias están ancladas para siempre, como acorazados de fierro. Otras veces han querido hundirnos y el campo siempre los tragó: advenedizos sin ley y sin sangre, el viento de la historia se los lleva, porque no tienen raíces. Ahora nos insulta por la radio, pero tiene que comprar el trigo afuera, porque este año nadie va a sembrar. Levanta la gente, pero no levanta las vacas. Las vacas no entienden de discursos. Llegará el día de la razón y del castigo, y entonces muchos van a sufrir. Hay que prepararse para ese día.

En el corral el polvo amarillo de las ovejas se alzaba como una profecía. Los perros descansaban su perfil heráldico en los portones. Mi padre tiró al suelo la última tarja.

—Setecientas cinco —dijo y el capataz asintió con una mueca de tierra.

La sonrisa de mi padre se hizo profunda como la intimidad del monte, se contagió a los dedos con que armaba sin mirar un cigarrillo, atento al presente del número y a la entraña del futuro.

—Estoy contento con vos —dijo sacando de la campera un billete de quinientos—. Tomá, andá a divertirte.

Los guardé, en la galería me encontré con Estela, me parece que no hay con quién divertirse.

—No me importa nada —dice Estela—. Por mí que reviente —y se va a esconder a su pieza.

Nadie quiere pronunciar su nombre.

11

Volvió el tiempo de las ciruelas, y después el tiempo de las uvas, y el día de tomar el tren y mirar por la ventanilla el monte gris-plomo que crecía en niveles simétricos, de las acacias a los álamos y los eucaliptus: cubiertas, torretas, un puente.

Navegaba, sin moverse, en el tiempo.

12

Cá-da-grá-no-dea-ré-naes-un-ca-mi-no destino
6 10 sino
En-el-de-siér-to — — — — — — — vino
4 8 10
No me gusta.
Cada grano de arena en el desierto cierto
Es un camino, cada — — — — muerto
6 10 puerto
— — — — — — — — — — —
4 8 10
— — — — — — cada ola un puerto?
6
Bosta.

13

"…que le pongas un telegrama antes de tomar el tren, así te va a esperar. Que no te olvides que tenés que enrolarte, y que aquí no hay partida de nacimiento, así que vayas a la calle Uruguay y pidás un duplicado. Si me prometés que no vas a contar, te tiene reservado un regalo, el oscuro que te gustaba; Roque lo ha puesto mansito, come azúcar de la mano. Poné cara de sorpresa. Mamá, que esa pensión no le gusta,

que retirés todas tus cosas y después tomás otra. Que no te dan bien de comer y pasás frío y que esa no es compañía para vos. No sé cómo sabe todas estas cosas, a lo mejor las inventa. La plata no importa, dice. Yo no sé si te vas a enojar, pero los versos que me mandaste me parecieron tan lindos que los hice publicar en *La Tribuna,* y aunque salieron únicamente con tus iniciales (no me atreví a más) ya todo el mundo sabe que sos vos. Mamá se los ha aprendido de memoria y dice que tienen mucha 'filosofía' para tu edad, pero a mí lo que más me gusta es eso que dice que la vida es difícil porque está llena de caminos todos iguales y uno no sabe por cuál agarrar, ¿es eso, no? Aquí todos bien, tuvimos varias heladas fuertes y el monte está todo pelado, se ve el cielo entre las ramas. El 9 de julio hay carreras en Atucha, corre el zaino de papá, ya hay apuestas, a ver si llegás a tiempo."

"P. D. Adiviná quién vino."

14

…Mauricio, que había vuelto, que al fin sabía lo que quería, que había bajado al fondo de sí mismo (dijo) y se había partido en diez pedazos y cada uno un dragón, y qué hacés Negro tanto tiempo, venga esa mano pajera, la de cosas que tengo para contarte. Se había estirado un palmo más todavía, y con esa pelambrera robusta y las patillas largas y los ojos negros y hundidos, parecía Facundo, o un peluquero de historieta, o las dos cosas a la vez, pero más que nada Facundo cuando me estudiaba en silencio, astuto y sobrador, preguntándose qué habría quedado de mí en todo ese tiempo y hasta qué punto podía contar conmigo.

—Me cagaron —dijo después—. Ahora todos están contentos. Pero vení que te saco una foto.

—¿Una foto? Estás loco.

—No te contaron —murmuró extrañado, y me pareció que por adentro echaba cuentas y se preguntaba cómo era que yo no sabía el hecho más notorio en la historia reciente del pueblo.

Pero en seguida me agarró del brazo, me hizo cruzar la plaza, caminamos por la Colón una cuadra, y casi frente a la Intendencia sacó una llave, abrió una cortina metálica y me empujó al interior de un negocio recién blanqueado que en seguida se empezó a llenar de luces, pero no eran luces como las de todos los negocios sino focos blancos y reflectores como hongos en las paredes y en el techo. Me sentó en un banquito contra un lienzo blanco, y entonces vi la cámara, que parecía una cámara de cine sobre un soporte con ruedas, y Mauricio escondido detrás, asomando la cabeza por la derecha y luego por la izquierda, como un pájaro, torciendo este foco y enderezando aquél, y acercándose y poniéndome la cara de tres cuartos de perfil, y luego su voz que salía de atrás del aparato:

—Sonría, boludito.

—Pero vos —exhalé—, ¿vos sabés sacar?

—Ella sabe —dijo Mauricio—. Apretás el disparador y chau.

15

Mauricio apretó el disparador y chau, salí yo, con un costado de la cara en estado gaseoso y los ojos como de vidrio aterrado. Esto, en el nuevo lenguaje de Mauricio, era un "efecto". Me consta que algunos de sus efectos evaporaron a las más notorias y robustas personalidades locales. Pero era cierto: el pueblo ahora lo aceptaba, estaba contento con él, dispuesto a olvidar sus errores de muchacho. Don Alberto, que al fin y al cabo puso el dinero, exhibía en su almacén retratos de sí mismo cada vez más grandes y satisfechos. "¿Han visto?", parecía decir. Mauricio era un hombre, era el mejor fotógrafo del pueblo, también es cierto que era el único, y yo comparecí

ante la oficina enroladora con esa foto de estupor que me mira ahora desde una libreta ajada entre sellos y colores patrios, la gran arma de la democracia, dijo mi padre burlonamente, recordando quizás la época en que el canto y la resurrección de los muertos lo hicieron senador provincial allá por el treinta.

16

—¿Te das cuenta? Yo estaba viviendo para nada, corriendo de un lado al otro como si el mundo me persiguiera. De golpe me despertaba en Esquel o en Salta. Nunca sabía lo que iba a hacer al día siguiente. Me sentía muy libre, pero era falso. No era yo el que se movía.

—¿Qué era?

Mauricio se inclina sobre el billar, premeditando un bagre que después llamará un lujo.

—No sé, un nudo en la garganta, algo que me empujaba, me decía: "Rajá, pibe", y a la mañana siguiente me levantaba tempranito, salía en ómnibus, a pie, como fuera. Una vez dejé en la cama a la gorda más linda de mi vida, otra vez mi única valija. Pero no estaba loco, sabés.

—¿Y ahora?

—Ahora es distinto. Todo me vino bien. Sin eso, quién te dice, el viejo no me compraba el estudio. Ahora estoy quieto, y los demás se mueven. —Me mira de reojo, desde la intención de un pase de bola inmutable en el paño—. ¿Comprendés, Negro?

Me parece que no quiero comprender, que Mauricio se propone algo más enorme que nunca y mientras dice "Raya" y cuelga el taco, vuelvo a verle aquella vieja expresión de buscar roña, una cosa anhelante que se le desparrama por las narices.

—Vení, vamos a divertirnos.

17

El pueblo se acaba en seguida cuando uno empieza a caminar. Mientras bordeamos el galpón del ferrocarril, Mauricio me dice "Son putas, sabés", y ya es tarde para volverme atrás. De la oscuridad viene una música rasposa, un árbol se hace a un lado y aparece una mancha cuadrada y blanca que es la puerta del rancho de doña Carmen. Mauricio entra pisando fuerte, alguien dice "Cayó piedra" y cuando paso yo, hay un segundo de indecisión, pero el baile sigue.

Doña Carmen fuma en un rincón y oigo que le dice a Mauricio "Para qué lo traes a este pendejo, después vienen la madre y la abuela a quejarse, yo no quiero líos". Mauricio dice "Yo respondo" y la rodea a la vieja de jarana hasta que la cara barbuda y quemada de doña Carmen termina por abrirse en una sonrisa sin dientes y le dice a Rosa:

—Rosa, bailá con el dotorcito.

Bailo con Rosa, que es la menor de las muchachas de doña Carmen y está llena de cosas que crujen debajo del vestido, pero después de unos tragos de ginebra o de vermú —porque ya no distingo— termina por parecerme linda, y entonces Mauricio muriéndose de risa nos empuja a una pieza donde hay un catre y cierra la puerta por afuera. Y mientras hago lo que puedo y Rosa me ayuda y pienso "Así que era esto", oigo como en sueños la voz de Mauricio que dice "Que se calle ese mamao", y después una de piñas.

Que me cuentan al día siguiente. El camionero dijo:

—Yo estaba antes.

Y Mauricio:

—Que se calle ese mamao.

Pero Mauricio había aprendido en Bahía Blanca con el negro.

Así que ahora le debo cosas que no se perdonan.

Al día siguiente mi padre no me habla.

—Se supo —me dice Estela al oído.

18

En secreto Mauricio se propone algo exorbitante: quiere ser un artista, dedicarse al Arte. Él, que no ha podido aprobar un año del secundario, que no lee más que historietas y furtivos libros de "educación sexual", que mantiene con el mundo una relación tan superficial como apasionada, se planta frente al mundo y con un gesto chiquilín de ferocidad enuncia que quiere completar la innumerada y terrible creación, y eso con algunas fotos sacadas en un pueblito del Ferrocarril Sur, en la República Argentina.

"Apretás el disparador y…" ¿Y? Vaya a saber. Parecía tan saludable, tan asentado, y ahora se le ha colado adentro algo irreparable. Un imperceptible movimiento interior, un resorte que se mueve, que descubre una abertura y en el acto la cierra, pero por esa abertura, ese descuido del alma, entra algo insaciable y destructor… ¿qué es?

—Mauricio, querido, ¿qué te pasa?

—Déjame, viejo, ya vas a ver. Espérate que le agarre la vuelta a esto y te juro que el mundo entero se pone a vivir de nuevo, fresquito, recién hecho.

—¿Qué mundo? Esas viejas, esas chicas de primera comunión que van a que les saqués el escracho con esos tules, esa estupidez, esos conscriptos…

—Eso es para vivir, pibito, ¿no te das cuenta? El mundo está acá —palmeando la Rollei que desde entonces siempre le vi colgada al pecho—. Es cuestión de verlo. El campo cuando sale el sol, los tipos en el boliche jugando al codillo, una muchacha nuevita paseando por la plaza, todas esas cosas que si no las agarrás de alguna manera, se te van para siempre.

—Es como agarrar el agua.

—¿Y vos no escribís tus versos? Se te ocurre una idea que te gusta y la sujetás para que no se vaya.

—¿Pero vos qué ponés? Un artefacto mecánico, que no piensa, que no elige. Es como decías vos, apretás el disparador y la cámara hace lo demás. En eso no puede haber arte.

Se ensombreció.

—Tómalo como un chiste —dijo con rencor.

Estaba lastimado. De golpe volvía a tener la cara que tenía cuando chico, cuando se lanzaba contra algo que lo rechazaba, ese gesto empecinado y dolorido al mismo tiempo.

—Mostrarme algo —le dije.

19

Era la misma laguna en la que habíamos pescado y cazado, donde nos habíamos bañado y él se había perdido en un bote, el mismo mundo acuático de garzas y de nutrias, de juncos y totoras.

Estaba atardeciendo, la emulsión había fijado para siempre aquellos reflejos inasibles, el claroscuro del crepúsculo, el agua y el viento, una olita subía y se quedaba petrificada sin regreso, un pato silbón no iba a llegar nunca a su nido en los pajonales, estaba fijo como un punto cardinal, letra de un alfabeto desconocido, los juncos negros en el contraluz se inclinaban como un coro, las nubes estiradas contra el horizonte parecían otra laguna más vasta, acaso un mar.

Era una buena foto, por ser de un aficionado. Traté de imaginar cómo quedaría trasladada al sepia en el suplemento dominical de *La Prensa* con el título "La Oración". Y sin embargo…

¿Qué me inquietaba? El lugar yo lo conocía bien. Había sido tomado desde la loma que llamaban el Cerro, en el cuadro de la Noria. En aquella entradita que hacía el agua a

la izquierda solíamos ir a linternear con los peones. En aquel islote lejano apareció una vez un paisano muerto.

No sé por qué ese sitio familiar me resultaba, de golpe, desconocido, un paisaje del que no se vuelve, porque ya es demasiado tarde y se está muy lejos. La oscuridad crece alrededor por segundos y el agua se vuelve cada vez más honda. Un lugar último, un espejismo del corazón, y en todas partes estaba escrita la muerte.

Vi la cara ansiosa de Mauricio.

—¿Qué te pasa? —dijo.

—Nada. ¿Es la primera que sacaste?

—Sí —ufano ahora que había sorprendido mi interés—. El año pasado, con una Kodak de cajón, así que figuráte.

Traté de figurarme, pero no pude. Quería decirle que volviera, que no pusiera el pie ahí, que la noche, pero era demasiado absurdo. Estábamos en su estudio, brillantemente iluminado, y las otras fotos que me mostró eran solidariamente mediocres, empastadas, pretenciosas.

Qué trampa, Mauricio, qué joda.

¿No es como una cabeza, una cámara? Una cabeza insomne, la Gorgona que mira y paraliza.

20

Cosas para decirle a M:

El arte es un ordenamiento que no está previamente contenido en sus medios.

En todo caso, si un ordenamiento así resultara artístico, el creador sería el creador de los medios.

Míster Eastman es el verdadero autor de todas las fotos que se sacan con una Kodak.

Si el elemento natural no se puede subordinar o eliminar, no hay arte, como no lo hay en la naturaleza misma.

Por qué no te dedicás a la guitarra, vos tocabas lindo.

El goce estético es estático.
Integritas, consonantia, claritas.
Aristóteles. Croce. Joyce.

21

Mauricio:
Me cago en Croche.
Mauricio:
No, viejo, si ya caigo. El arte es para ustedes.
Mauricio:
Si lo puede hacer cualquiera, ya no es arte.
Mauricio:
Cómo querés que lo tome, Negro.
Mauricio:
No te preocupés, si ahora lo hago por morfar no más.
Y por tenerlo contento al viejo.

22

—Debilidad general, le voy a recetar un tónico —dijo el doctor Ríos guiñándome un ojo—. La patria necesita soldados en la universidad tanto como en los cuarteles. Se avecinan tiempos, ¿eh? Perímetro insuficiente, la libreta a la salida, salúdeme a su padre. Ah ve, el huevón que sigue —la fila de hombres desnudos avanzó un paso.

A Mauricio le tocó un regimiento en Neuquén, tuvo que dejar el negocio en manos del boticario Ordóñez, que se lo atendía dos veces por semana.

—Un tipo sin imaginación —me comentó después—. Te saca una foto como si fuera una radiografía. Un accidente de tránsito, eso es una foto para él. La luz choca contra voz y rebota. Y los estragos del accidente, ésa es la foto que el tipo te

ha sacado. Viejo, yo no pongo el escracho para que me fusile un zanahoria de estos.

Ordóñez se reía:

—Un fotógrafo es un peluquero, un boticario, a ver si al peluquero o a mí se nos da por hacernos los artistas.

23

Fotógrafo del regimiento, no te rías que no es chiste, vos no sabés cómo me la dieron al principio, porque a los tipos como yo los tienen junados desde la guerra de la independencia. Me pasé los dos primeros meses entrando y saliendo del calabozo hasta que me salvó la Roli un día que me mandaron a limpiar el jardín del mayor que estaba limpio como una tabla, no sobraba ni faltaba un yuyito. Es así como te joden, te encargan algo que está hecho, y si te ponés a pensar te parece que estás loco. O si no te ponen en una punta del campo de centinela en el desierto y te dicen que no podés apolillar y que si aparece el enemigo tenés que tirarle, pero qué enemigo, viejo, si ahí no ha habido nunca un enemigo, y te pasás la noche pensando Soy un gil. Hasta que un día me avivé y me dije Yo a éstos los voy a joder, y me presento al teniente, Mi teniente, quiero aprender a leer, y el tipo dice ¿Pero vos no sabías leer?, un día te vi leyendo el diario, y yo le digo Miraba las figuritas de los chistes, y el tipo dice Por qué te presentás recién ahora, y yo le digo Porque me daba vergüenza, mi teniente. Así que entré en la clase de los analfas, todas las noches venían a sacarme del calabozo para ir a clase y podía estirar las piernas y cuando quise acordar el que se divertía era yo. Vos sabés qué plato, que te enseñen de nuevo, me sentía chiquito, eme a, ma, ele o, lo, y me moría de risa. Negro, por adentro, claro, y al principio me hice el difícil, no podía aprender a leer glo-bo aunque el teniente dibujaba en el pizarrón un globo grande como una casa, y yo leía na-bo, y

cuando el tipo se chinchaba me hacía el fesa y le preguntaba Pero eso que dibujó, ¿no es un nabo?, y los otros puntos se meaban de la risa. Pero después fue lindo porque empecé a entusiasmarme con la lectura y cada día leía mejor. Les saqué tres cuerpos de ventaja a los otros grasas, el teniente estaba emocionado, me ponía de ejemplo y les decía Miren a éste que era más bruto que todos y ya casi lee de corrido, pero ¿qué te contaba? Ah, los yuyitos del mayor, estaba sentado en ese jardín pensando qué podía hacer, y ya iba a sacar un pino de una punta para ponerla en otra punta, cuando aparece la hija, una pibita de doce años que era un bundincito, y no sé qué me dio que le dije Esperáte un cacho, voy a buscar la cámara y te saco. Me patiné un rollo y la que me salió más linda la amplié en el pueblo y se la di al mayor, que se puso tan contento, y desde ese día soy el fotógrafo oficial del regimiento. Un cacho que te muestro, éste a caballo es el mayor, no, el de arriba, y éstos son los grasas paleando nieve, uno dieciséis por el reflejo, y ésa es la burra Domitila, un quinientos de segundo, pateando a un grasa, y éstos son indios. Te cobran diez mangos cada pose, veinte si es una mina, mirá qué tetas, mirále al indio los poros en la cara, y no se dejan sacar más de tres o cuatro porque piensan que se gastan y que si los escrachás demasiado terminan en fantasmas. Mirá, pero mirá que venir a encontrarte acá, Negro, así que vas a ver a los viejos, yo estuve de licencia por allá, acompañáme hasta el andén que el mío sale antes, sí, para Zapala.

Estela:

Qué suerte, pero yo sabía que te ibas a sacar sobresaliente, y por las dudas le hice una promesa a la Virgen. Vos no creés en esas cosas, pero mirá cómo ayudó. Papá dice que Privado es lo más difícil y que ahora tenés el camino abierto y que vas a ser el abogado más joven de la familia. Yo lo mismo que siempre, casi no salgo, este mes fui a un baile en el club, pero ahí no se puede entrar desde que cambiaron la Comisión. Va demasiada "gente", sabés. ¿Sabés quién se casó? Tu maestra

de quinto, la gorda Reforzo, se casó con el carnicero. Me ofrecieron el puesto, pero Papá no quiso, dice que él me paga el sueldo. Claro, no se trataba de eso, pero él no quiere transar con nada desde las últimas elecciones. Con el intendente no se saluda, cruzan de vereda cuando se ven. Hace meses que tendría que ir a Buenos Aires para comprar una esquiladora y un carterpilar, pero siempre lo posterga; no quiere leer los diarios ni prender la radio para no escuchar al que te dije. Eso sí, ahora viene mucha gente de allá a consultarlo, y se pasan horas hablando en el escritorio, a las mujeres no nos dejan meter baza. Tu amigo M. volvió hace una semana y en seguida tuvo una trifulca con Ordóñez. Fuimos al cine una noche, y no hizo más que hablarme del servicio militar; después quiso llevarme al estudio y mostrarme las fotos que sacó, pero yo no fui porque era tarde. P. D. Mamá insiste en que te hagas una escapada para su cumpleaños. Otra: quemá esta carta, por las dudas.

25

Paulina que incendia el pueblo.

Por la mañana cuando pasa rumbo al colegio con ese modo de caminar que aquí nunca se ha visto los tenderos se asoman a las puertas y las señoras que van al mercado la azotan con los ojos.

Por la tarde cruza la plaza en diagonal como un rápido cuchillo cortando un aire lastimado de espesas miradas y de intenciones que se quiebran en el cancel de la viuda de Grijera donde tienen pensión y refugio inabordable.

Así cunde en la iconografía de los baños del Roma y el Australia.

Un viajante dijo conocerla en Pehuajó, y los otros se rieron.

Los domingos santifican la misa: por ella crece la feligresía.

Los chicos más audaces de quinto aceptan monedas para llevarle inútiles mensajes. Las madres no se explican que hayan ido a buscarla en otra parte:

—Habiendo tantas chicas preparadas en el pueblo, que ahora vigilan a sus novios y el hijo del intendente Bonomí ya no sabe si ama a la hija del doctor Pascuzi, pero el Chevrolet de la intendencia suele aparecer como por casualidad, mañana y tarde, frente a las puertas del colegio.

—No es para tanto —dice Mauricio—, lindas piernas, lindo culito y un perfil con mucho porvenir, pero no tiene nada acá adentro. El otro día la saqué a bailar, no hablábamos de nada, a lo mejor es tímida. ¿A vos qué te parece? No me animé a meterle mano, como no es de acá.

26

Mamá:

Estela no se decide a escribirte, muy desganada, no sé qué le pasa. Tal vez debió aceptar el grado que le ofrecieron en la escuela, pero tu padre no quiso. Yo creo que una temporada en Buenos Aires le haría bien. A lo mejor vos podés convencerla. En el pueblo hay noticias, ¿no sé si conociste esa chica que tomó el grado en vez de Estela? Bueno, "dicen" que anda con M. ¿Qué me contás? En mayo o junio iremos por allá, tu padre quiere cambiar el auto. Vendió bien los últimos Hereford, ahora no quedan más que mochos en todo el campo, que va bien, lástima que no se consigue quién trabaje. Le quisieron meter el sindicato y los sacó carpiendo, pero hay días que no come, de tan furioso que está. ¿Hasta cuándo, no? Todos muy contentos con tus exámenes, ojalá que sigas así. P. D. Escribíle a Estela, está triste esa chica.

27

—La locura, viejo, no creía que me iba a agarrar así. Sabés lo que me pasa, que la miro y todo se me vuelve de ese color turquesa, esa porcelana viva que tiene en los ojos. Después fijáte esa nariz y la línea del cuello, imagináte ese perfil en contraluz mirando al horizonte. No te rías, salame. Ahora tengo que agarrar la máquina otra vez, pero en serio, porque esto es justo lo que yo buscaba, con esto me curo de tanto loro que uno tiene que sacar. Es como hacerla de nuevo, te das cuenta, línea por línea, siempre igual pero distinta. Quiero sacarla de todas partes, de arriba, de abajo y de adentro. Y qué cuerpo, Negro, vos sabés lo que, no quiero ni pensarlo. No, al principio yo pensaba que era pavota, pero después que hablás un tiempo con ella, te das cuenta. Sabe de todo, hasta francés, pero mirá qué suerte, y para colmo tiene guita.

—A vos nunca te interesó la plata.

—¿Plata? —masculla esa noche mi padre en el comedor—. La familia tiene un casco de estancia por el lado de Lobos, hipotecado hasta las raíces del último sauce. ¿Por qué te creés que la mandan a trabajar?

La mirada de mi madre se derrama en sucesivas, protectoras ondas sobre la cabeza gacha de Estela, concentrada en la sopa.

28

Detrás una arboleda y a la izquierda el laguito artificial que tuvieron que hacerle a la Diana bizca de mármol para que no la mancharan con alquitrán y en todas partes la luz derramada como un polen. Mauricio tiene la cara levemente echada para atrás, con una sonrisa pensada, entre viril y tierna, dominante y protectora, mientras pasa el brazo por la cintura de Paulina, separada treinta centímetros por lo menos, aunque inclina la cabeza hacia el hombro de él, y así parece

más cercana. Los dedos de esa mano la ciñen con fuerza, pero se adivina que están confinados a ese estricto paralelo, ese horizonte único, y que para arriba y para abajo hay una zona por ahora inexpugnable, donde se estrella cualquier ímpetu, momentáneo o calculado, mientras Mauricio no se haga sacar por el boticario Ordóñez esa otra gran foto donde aparecerá un poco más rígido y mucho más decidido, vestido de azul o de negro, y a su lado una gran mariposa blanca que entre tules sonríe una definitiva sonrisa de amor y perplejidad.

29

…el doctor Jacinto Tolosa (h), hijo del caracterizado vecino y hacendado, quien esta noche será agasajado en la sede del Club Social con el doble y venturoso motivo de la culminación de sus estudios universitarios y la publicación de su primer libro de poemas. (Foto Mauricio).

30

—No querido, ponéte ahí. Eso, junto a tu vi…, tu padre, Gracias. No, esperáme, otra brindando. Un cacho, un cacho, te saco con Paulina. Bailando, sí, si no salen todos duros. Agarrála bien, melón, no me la despreciés. Ojo, no tanto, jajajá, eso es, mi hermano. No sabés lo contento que estoy, Negro, lo contento.

31

Estaba esperando este día. A veces pensé que me iba a morir sin verlo. Ahora habrá que poner un poco de orden. Ese hombre echó a perder a la gente, ya no hay moral, ni respeto

ni nada. Yo soy viejo, pero vos tenés un lugar que ocupar, una línea que seguir. Vas a cambiar de partido porque el nuestro se murió. Muchos años de refriega, de desgastes. Eso te va a dar una aureola de entrada, a la gente le gusta que los hijos enfrenten a los padres, siempre que sea con respeto, es claro. Cuando hables de los valores caducos van a pensar que te referís a mí, poné un poco de sentimiento en eso. En dos años te puedo sacar diputado provincial, sin apuro, porque los apurados se van a quemar. Acordáte que la pelota se patea en Buenos Aires, pero el pie se apoya aquí. Tenés que conocer a la gente, los chacareros, los acopiadores, los comisionistas, resolverles problemas y pleitos, sacar presos. No te fijés de qué partido son los presos. Vamos a abrirle un estudio en el pueblo, ya lo tengo conversado. Ah, decíle al mayor Ferriño que ahí le mando los máuseres, por aquí no hubo que usarlos. Anticipále que no voy a ser comisionado, pero que le recomiendo al doctor Gomara. Es radical y va a ser tu socio en el estudio. Eso no se lo digas. Que lo espero a cenar mañana, decíle. Otra cosa, empezá a fijarte en esos contratos de arrendamiento que les dio el tipo, yo no he querido mirarlos en todos estos años, pero me vendría bien desocupar esos cuadros.

32

De golpe te pusiste tan raro otra vez, parecía que no ibas a poder descansar más, la mirada se te iba para adentro, tenías como un asma, un jadeo, andabas a contrapelo del tiempo, querías llegar antes, dar un salto y estar vos solo en el lunes que viene o dentro de un año.

Mirabas el sol con rabia, el orden, los mostradores, los formularios, sudabas en invierno, tenías como un tajo blanco en la frente, donde te fajaron en Bahía, una cuña, volviste

a buscar roña, le pegaste a un borracho, "La mano ahí" le dijiste a un hacendado y lo sacaste sosteniéndose los huevos.

Las novias y los cadetes se volvieron amarillos en la vidriera, el neón se desangró, las placas se velaban, las lentes se pudrían como ojos enfermos, el gusano del mundo nadaba en las cubetas, cada línea recta se corrompía y vos te tocabas la cabeza.

—No duermo, Negro, no sé qué me pasa, no duermo, ni como, ni cago.

Una mañana te esperaron dos viejas y una comulgante, pero vos no abriste, tenías un peludo padre y a esa hora la vieja Carmen te curaba con salmuera las patadas que te dieron entre todos. Ordóñez hizo un letrerito que decía:

Vacaciones

Ahora es ella que está frente a mí y dice:

—Usted, que lo conoce tanto.

Y en la luz de la media mañana, que entra exacta y oblicua por la ventana de mi estudio, una lágrima micrométrica tiembla sin caer en cada hilera de pestañas, como puesta a pincel sobre la ordenada, conmovedora desolación de la cara que nunca estuvo tan hermosa, Paulina, y usted qué quiere que yo haga.

…participan a usted el enlace de su hija Estela con el doctor Pedro Gomara en la iglesia parroquial y recibirán a usted…

—Bésame fuerte —dice Estela— y deseáme suerte. Besáme fuerte y deseáme suerte. Fuerte, suerte —llora.

El sombrero de mi madre cubre el mundo.

34

Volvió diciendo Hay que quemar todas las naves, vos has visto, las vecortas zumbaban como abejas. Pero, Mauricio, qué naves vas a quemar acá, para eso hace falta un escenario, un mar.

—No me cargués, Negro —dijo remoto y sombrío como la noche—. No me cargués, fuimos amigos desde pibes, fijáte bien que estoy jodido. Hice mal en volver, no ahora, entendéme, aquella vez cuando puse el negocio. Antes la gente pensaba que estaba tocado, me veían correr de un lado para otro, es que tendría que seguir corriendo, tengo un julepe que me muero. A lo mejor todo viene de aquella vez que me caí cuando era un pendejo y me golpié la nuca y nadie vio lo que pasaba adentro. Vos viste cómo era que no podía estarme quieto, pero no sabés por qué. Es que de golpe me agarraban esas ganas de gritar y de correr, sentía un ácido en los pulmones, por mí hubiera seguido corriendo hasta La Quiaca. Hasta que saqué esa foto y me calmé, pensé que ahí a lo mejor había una salida, que yo tenía una mirada, sabés, y que esa era mi mirada, y el viejo me puso el negocio. Yo quería devolverles algo, mostrar, no sé lo que te digo, pero mostrar el mundo en cuadritos de papel, que se pararan a mirarlo como yo y vieran que no era tan sencillo, que eso tenía su vuelta y nadie la estaba viendo. Entonces viniste vos y me convenciste de que no, pero no me convenciste del todo porque vino ella y me agarró la cosa otra vez, o a lo mejor fue cuando hacía la colimba y saqué a la pibita del mayor, no sé si te acordás. Pero Paulina piensa igual que vos, igual que Ordóñez, igual que el viejo, pero lo que pasa, Negro, lo que pasa, es que yo no me puedo quedar quieto frente a lo que veo, tengo que hacer algo, y todos me dicen que no, de golpe me siento como atado, y hasta las cosas se te ponen en contra, los negativos se rayan, la luz no funciona, no te rías, yo te digo que la luz no funciona como antes, no camina en línea recta, se vuelca de las

cosas como un líquido pegajoso, está cansada de andar y nada la contiene, el mundo está podrido y en sueños me deshago a pedacitos y doy mal olor como si estuviera muerto. Me han jodido entre todos, eso es lo que pasa. Vos, el viejo y Paulina.

Lo arrastré hasta lo de Ordóñez, que le quiso dar bromuro. Mauricio pensó que era un chiste.

35

Paulina:

a] Ahora ya no hacemos más que pelear, a veces creo que me odia.

b] Al principio era tan distinto, daba gusto mirarlo porque estaba lleno de alegría.

c] La desgracia es que lo quiero. En marzo íbamos a comprar los muebles.

d] Hay cosas que una mujer no puede tolerar. Una cosa es ser liberal, yo creo que no soy ninguna mojigata.

e] Quería fotografiarme desnuda.

f] No sé por qué le cuento estas cosas. Estoy sola en el pueblo, usted es el único amigo que tengo.

36

Abre una lente de noche y las estrellas impresionan en la placa sus órbitas perfectas, iguales a las de otros millones de placas, ni la nova, ni el cometa, ni el derrumbe de constelaciones. *¿Qué hacés ahí, muriéndote de frío?* Déjame, Negro, no te metás conmigo.

Anda al acecho tras los bancos de la plaza, en el ojo de las cerraduras, en la penumbra de los boliches, se prolonga en las paralelas de los trenes y las verticales del junco, se agazapa como un jaguar, equilibrista en los faroles, murciélago en el campanario, buscando el momento en que la noche se convierte en día, el adoquín en luciérnaga, el deseo en odio

interminable, como si quisiera parar el mundo y numerarlo, restañar la gran herida del tiempo por donde sangran los hombres, frenar la corrupción que gotea de cada mirada, que nadie se mueva, va salir el Pajarito.

Mauricio, que era el rey de la joda. Ahora lo llaman: el Loco.

37

Asimismo deberá tener en cuenta Su Señoría que al vencimiento de los contratos inconstitucional y arbitrariamente prorrogados ufa qué calor esos campos estaban en óptimas condiciones de explotación, situación que ya no existe pues la incuria de los arrendatarios tendría que abrir la ventana en diez años de ilegítima ocupación dejó caer las mejoras introducidas limitándose al cómodo usufructo de la tierra sin rotar los cultivos ni usar qué cosa ni usar plaguicidas ni fertilizantes linda noche para estar trabajando aquí el viejo podría ponerme aire acondicionado ahora tengo que poner además el lucro cesante la función social de la tierra no eso lo decía el otro qué bochinche están armando ahí afuera.

El febril taconeo se detiene, ahora golpean a la puerta, una voz gime que le abra por favor y cuando corro el pestillo es Paulina, aterrada y desecha, con el vestido roto, que cae en mis brazos.

—Cierre —dice en un murmullo—. Me quiere matar.

La llevo al sofá y como no puedo verla llorar la beso en los ojos, y luego en la boca, mientras Mauricio patea la puerta en la noche gritándome que salga hasta que al fin se cansa y se sienta en la vereda donde de a ratos ríe y de a ratos entona una incomprensible cantilena de borracho.

38

Fue el matrimonio Bibiloni el que al salir del Select punteó por la Colón y vio primero que nadie el humo que salía del negocio de Mauricio y las llamas que lamían la vidriera. La película había sido mala y el público gozó en secreto con aquel espectáculo supernumerario. En seguida se vio que era un fuego robusto, seguro de sus intenciones, con decenas de brazos que asomaban en imprevistos saludos por las claraboyas o lanzaban al cielo de la terraza grandes puñados de esplendor naranja. El comisario Barraza vino a estudiar la situación y alguien le armó el brazo con una hacha. Eso permitió voltear la puerta, pero no entrar; ver algo de lo que pasaba adentro, pero no impedirlo. Cámaras y trípodes se licuaban, rollos de película estallaban en ardientes impromptus, flagrantes rostros terminaban de negarse en los negativos y, como dijo al día siguiente *La Tribuna,* allí se perdieron siete años de la historia gráfica del pueblo al que Mauricio mató simbólicamente (explicación del doctor Pascuzi).

Cuando pasé en el auto con Paulina, los bomberos voluntarios exprimían tres mangueras de jardín que lanzaban tres arcos de pipí sobre el proliferante demonio mitológico que jugaba entre las vigas derrumbadas un incontenible juego de subibaja, de arranques y ensimismamientos, de repentinas corridas hacia la calle que alejaban a los más curiosos. No se podía hacer nada. Abracé a Paulina que miraba fascinada y la llevé a la estancia. Mi madre le dio un té de valeriana y la acostó en el cuarto de Estela.

39

Ahora es la voz de mi padre que suena en la temprana galería, tranquila pero más alta, más cortante que de costumbre, hablando con el hombre de a caballo que grita y

gesticula. Me levanto, me visto casi a ciegas y cuando salgo y veo la cara cetrina y ahora pálida de Roque que con el rebenque señala a su espalda, lejos, creo que ya sé todo lo que ha pasado.

Mi padre pone la camioneta en marcha, deja una portezuela abierta por donde subo a la carrera y en el camino nos separa un silencio más grande que el campo tendido. Media hora después estamos en el Cerro, y a la orilla de la laguna los hijos y la mujer de Roque rodean algo caído, que es Mauricio con un agujero en la cabeza y un revólver en la mano.

Atenta y fija sobre sus tres patas de metal clavadas en la arena la Rollei brilla en el sol de la mañana y en su ojo azul se resume la laguna.

—Podría haber elegido otro lugar —dice mi padre.

40

Es la misma laguna en la que habíamos pescado y cazado, donde nos habíamos bañado y vos te perdiste en un bote, el mismo lugar donde íbamos a linternear con los peones y vos encontraste un gliptodonte. Solo que ahora viene amaneciendo y todo está liso y manso, el agua quieta y las estrías del sol entre las nubes.

Lo que no sé, Mauricio, es por qué te estás riendo y qué hacés con el revólver; por qué le has puesto un hilo atado del gatillo que viene hasta el disparador de la cámara donde trato de meterme para ver qué estás haciendo y qué es eso que te borra un costado de la sien.

El laboratorio dice que el negativo es defectuoso y que no se pudo mejorar la copia. Pero yo pienso que vos buscaste ese efecto y que por algo te tomaste ese trabajo del piolín que da la vuelta a un poste y dispara al mismo tiempo las dos cosas. Un truco vulgar, aunque a vos te cause gracia.

Yo te dije adónde llevaba ese camino pero vos no quisiste hacerme caso. Creo que hice por vos todo lo que pude y que

esta decisión que vos tomaste no es la manera mejor de agradecerme. Pero vos sabrás por qué lo hiciste.

41

…la señorita Paulina Rivas y el doctor Jacinto Tolosa (h) cuyo enlace fue bendecido ayer en la parroquia local. La feliz pareja se alejará de nuestro medio, al que la ligan tantos gratos recuerdos, para radicarse en el partido de Lobos, donde el joven jurisconsulto seguirá poniendo al servicio de la política y de la producción agropecuaria, bases de la grandeza del país, las dotes de energía y patriotismo que caracterizan a su padre. (Foto Ordóñez).

El soñador

Ester lo levantó como siempre. Juan no sabía exactamente cómo lo despertaba, tal vez le tocaba la cara con la mano, o lo besaba. Pero de pronto estaba despierto, y ella siempre estaba a su lado, parada junto a la cama, y hablaba, aunque él no entendía lo que decía.

Ella le pasaba un brazo por la espalda y lo sentaba. Entonces él sacaba las piernas de la cama, repetía infantilmente Tengo frío y apoyaba la cabeza en el pecho de Ester mientras ella le ponía la bata y lo apretaba en instantáneos arranques de ternura.

A veces Ester tenía las manos heladas porque acababa de lavar la ropa. Entonces Juan rehuía el contacto, el frío le ponía la carne de gallina. Pero hoy estaba tibia.

Era difícil explicar por qué había salido tan flojo para el frío. Nació en el sur, y aunque no recordaba casi nada, podía suponerse que de chico estaba acostumbrado al frío. Sin embargo lo detestaba, aun el de Buenos Aires.

Tres años atrás, en el invierno, había estado en Río. Entonces comprendió que había vivido la mitad de la vida que podía esperar en un clima que no tenía que ver con él; y que de algún modo toda su vida era un error.

—¿Qué le pasa, mi amorcito, tiene frío?

Ester lo besaba, le arreglaba el cuello de la bata y se agachaba para calzarle las pantuflas.

En ese momento Juan recordó.

Era algo que quería morderlo, que se enredaba a él y quería morderlo y matarlo. Era algo blando que lo envolvía por todas partes, algo blando, tibio y persistente que no lo dejaba respirar. Tenía cabellos finos y una piel suave y quería matarlo. ¿Por qué? No estaba seguro, pero sabía que tenía que defenderse. Era un juego lento y terrible, él trataba de zafarse y no podía, y había dientes tibios que lo mordían. Entonces él buscaba algo. Entonces Juan buscaba el revólver.

—Vamos, nene, a tomar el desayuno.

Ester lo tomó dulcemente del brazo y lo sacó del cuarto. Sobre el mantel del comedor ya estaba el plato con su manzana, la misma manzana grande de todos los días, de piel verde y lisa. El cuchillo de postre brillaba al lado del plato.

Ester lo sentó, le hizo una última caricia en la nuca y fue a la cocina. En la cocina hervía una pava, se oía el *shhh* intermitente del vapor y el *clic-clang* de la tapa. El olor a café llegó al comedor en ondas suaves, sucesivas. Ester ponía las cucharitas en las tazas, las tazas de loza en la bandeja, vigilaba el tostador sobre el gas. Juan podía imaginar sus movimientos precisos y eficaces. Ahora vendría la pregunta:

—¿Terminaste, querido?

—Sí, mi amor —contestó Juan.

Le faltaba cortar dos pedazos de manzana, pero cuando ella viniera con la bandeja, estaría comiendo el último. La respuesta salía al encuentro del futuro, lo cortaba en el punto prefijado.

Ester llegó con la bandeja, las tazas servidas, las tostadas, la manteca. Estaba fresca y sonriente, hermosa.

—¿Se despertó ya, mi capullito?

Juan sonrió vagamente. Ester encontraba siempre un nuevo diminutivo, algún modo no previsto de derramar su amor.

Eran las nueve. El ruido del agua caliente en el baño lo ocupó un instante. Por la ventana se veía el día nublado, las azoteas grises. Los chicos estaban en la escuela, se levantaban

a las siete. Ester los vestía y les daba el desayuno, mientras él dormía:

Buscaba el revólver, desesperado, pero el revólver estaba en el tercer cajón del placard, detrás de la Leika y de los rollos de película, detrás de las cintas de máquina, detrás de las cajas de témpera, detrás de la latita de aceite, detrás de la gamuza, detrás, detrás. Y las balas estaban aparte, en un sobre.

—¿Qué soñó, mi rico?

—No soñé nada —dijo Juan.

Pero el revólver estaba también en su bolsillo, y mientras forcejeaba suavemente, mientras se escurría como una víbora, pero sin protestar, sin hablar, simplemente circulando, deslizándose, discurriendo a través de aquel abrazo, trataba de poner las balas en el tambor, una a una, empujándolas con el pulgar. Las balas eran distintas y no entraban, o entraban demasiado, y él no veía lo que estaba haciendo, sus manos vagaban perdidas, desencontradas, queriendo completar aquel gesto.

—¿Nada?

—Nada de importancia.

Sabía que no podía engañarla del todo. Ella recibía una vislumbre, un reflejo de todo lo que a él le pasaba. Ninguno de los dos sabía cómo funcionaba ese mecanismo.

—No, usted está preocupado.

—Es un resto de sueño. Ya se me pasa.

Quería que ella dejara de hablar, que no lo interrumpiera. Esto era muy serio, muy grave. Tenía que pensar en esto todo el día, quizá días enteros:

Había perdido el revólver y ya casi no podía respirar. Se ahogaba, tal vez iba a morir. Entonces sus manos también apretaron. Se cerraban en torno a algo suave, algo de piel tibia y cabellos finos, esponjosos. Su mente se abría y se cerraba como un diafragma. En una abertura aparecía aquello que quería matarlo, aquella cosa innombrable, sin rostro, que lo rodeaba por todas partes. En otra, era Ester y él la estaba

ahorcando. Tan pronto lo comprendía, esa imagen desaparecía, él la olvidaba y seguía apretando.

—Voy a ver cómo está el agua —dijo.

Caminó hacia el baño arrastrando las pantuflas. Se desvistió, entró poco a poco en el agua caliente, se acostó sumergido hasta el cuello. Ahora podría pensar, en el agua tibia que lo circundaba como antes de nacer, sin oír nada, sin sentir nada.

Estiró un pie y lo metió en el sueño, en el peligroso sueño. Tenía miedo de reconstruirlo entero. Su mente se resistía a entrar allí, husmeaba el riesgo como un caballo que va a nadar. Recibió y rechazó, casi con coraje, casi con desprecio, frases hechas que alguien le soplaba (Enfrentar al enemigo. Quién soy yo). Se reprimió. La autonomía de aquellos susurros volvió a asustarlo, como aquella primera madrugada (¿habían pasado dos, tres años?) después que se despertó y trató de serenarse.

Entró Ester trayendo su pantalón, sus medias, su camisa, su pulóver. Lo colgó todo en la percha. Lo miró sonriendo. Él devolvió la sonrisa.

—No hay manera de que pongas la ropa en su sitio —dijo Ester—. Siempre la ponés encima de la mía. Tengo que andar a los manotones, cuando me levanto.

—Es una muestra de amor —dijo Juan.

Ella se rió, complacida.

—Vos sabés que hice la prueba. Yo siempre la colgaba en la silla, y vos ibas y ponías tus pantalones encima. Pero anoche colgué la pollera en la hamaca, y esta mañana también aparecieron tus pantalones y tus cosas encima.

—Mi pantalón y tu pollera se hacen el amor —dijo Juan.

Comprendió que la iba a matar, que si seguía apretando la mataría. Pero ahora Ester era también Beatriz, su ex mujer, y Nora, su hija. Alternativamente una y otra, y al final sólo una mujer desconocida, floja, quebrada, que se derrumbaba entre

sus brazos, y él estaba loco y era un asesino. Entonces soltó.

—¿Se lavó bien esos pies? —dijo Ester.

—Me lavé.

—Lávese de nuevo. Después anda lleno de hongos y contagia toda la casa. Vamos, pronto, que usted tiene que hacer y yo también.

Y él trataba de explicarle a aquella mujer, que lo miraba aterrada, que le había dado un ataque momentáneo de locura, que ya otra vez había sucedido, y que por eso había querido matarla, pero que en realidad la amaba profundamente. Fue así, le dijo, te voy a explicar cómo fue.

Se sentó en la bañadera y Ester se inclinó y tomó el jabón, y su cabellera sedosa le rozó la mejilla. Le jabonó las axilas, el pecho, su mano bajó hasta su sexo y allí jugó en un tibio movimiento.

Fue así, le dijo, te voy a explicar. Tomó un jarrón entre sus manos, y otra vez sintió el impulso homicida en los músculos, esa feroz contracción y necesidad de matar, los dientes juntos, el mundo que nuevamente se nublaba, y él que estaba loco. Entonces la mujer lanzó un grito terrible y huyó. El jarrón cayó al suelo.

—Bueno, basta —dijo Ester enjuagándose y secándose las manos—, ya no es hora de concupiscencias. Salga de una vez.

—Yo te quiero —dijo Juan.

—Gracias, pero hay que hacer las compras.

Ahora el agua estaba casi fría y Ester había desaparecido. Juan volvió a pasarse el jabón por los dedos de los pies, por la superficie cortada en rectángulo, que nunca curaba del todo, nunca se agravaba del todo, porque era una enfermedad doméstica, se dijo, tratable.

Ahora el agua estaba decididamente fría.

El jarrón cayó al suelo y se rompió en pedazos, triangulares pedazos de carne blanca, y la mujer huyó hacia el fondo de la casa que era la casa de los padres de Juan cuando él era chico.

Y del fondo de la casa vinieron en tropel varias personas, entre ellas su padre (que estaba muerto), y algunas tomaron un tren, ahí no más, para ir a ver qué se podía hacer por Juan.

Tal vez tenga que ir a un analista, pensó Juan. Pero yo iría a una mujer. Sólo una mujer puede comprender. Pero, ¿cómo explicarle que esto era otra cosa? Esto es que tengo miedo, pensó. Porque tengo trabajo para tres días, y cada vez que hay problemas de dinero en casa, me asusto todo. Eso es lo que pasa.

Entonces él salió al patio de la casa, que describía una curva, y al fondo de la curva, contra la casa, estaba su madre, que cobijaba a la pequeña Nora, a quien él había querido asesinar. Su madre era majestuosa y tranquila, y no parecía asustada, pero sí ridículamente preocupada de que esto ocurriera ahora, "cuando hay tantos extranjeros aquí". Entonces Juan explicó
que él
en realidad
no tenía la culpa.

Imaginaria

Ahora usted va a venir, oiré su bicicleta por el pedregullo, pedaleando despacito, con el farol sin luz. Usted no necesita luz, nos conoce a todos sin vernos, a mí me conoce por el olor, ¿qué olor tiene usted, soldado? Olor a chivo, mi teniente, olor a tulipán, olor a lo que usted quiera.

Va a venir, es su guardia, para eso la estuvo esperando toda la semana, de noche usted no puede dormir, toma pildoritas, esta noche no precisa. Usted piensa mucho, mi teniente, y se va poniendo pálido, se va poniendo verde, me imagino que le ocurren cosas y yo no soy quién a preguntarle.

Lo mismo que yo, pienso demasiado, pero de noche duermo, y a veces me duermo hasta en la guardia. Ahora por ejemplo estoy durmiendo, tirado a la orilla del camino por donde usted va a venir, va a venir con su bicicleta.

Yo sé que está mal, que un centinela no debe dormirse, debe vigilar el campo e informar la novedad. Pero es que no hay novedad mi teniente, el enemigo está a ciento veinte años de distancia, aquí nunca hay novedad y el cielo es lo único que cambia de lugar. Cuando me quedé dormido las Tres Marías estaban detrás del pino, ahora están sobre la ruta, donde se oyen los camiones.

El fusil ahí se lo dejo, ni siquiera lo toco con la mano, está cargado, con el seguro puesto. Si viniera el enemigo, no hay nada que hacerle, pero qué quiere que le diga mi teniente,

los chinos y los rusos están lejos, para mí que ya no vienen esta noche.

Yo sé que es de gusto si le digo que esta vez no tuve la culpa, que a mí nadie me mandó matar las hormigas en el jardín del coronel. Yo sé que es de gusto si le digo que este sábado justamente tenía que salir y no estar aquí de imaginaria.

Quién sabe si le explico usted me deja, pero cómo quiere que le explique que esta noche me roban a la Julia, ya me la han robado, seguro que a esta altura me la están culiando.

No se ría, mi teniente, a usted con esa pinta tienen que sobrarle las mujeres, pero yo la conversé tres meses juntando afrecho y ahora viene un papafrita de civil y me la saca, y yo aquí haciendo la tercera guerra mundial.

No es cierto que el sargento me mandó matar las hormigas del coronel. Si él se olvida yo qué culpa tengo, pero aquí la verdad viene de mayor a menor, usted le cree a él y no me cree a mí, y el hilo se corta por lo más delgado.

Está mal que uno deje el arma tirada en el pasto, a la mano de cualquiera, y se quede dormido pensando en la Julia, pero hay muchas cosas que están mal y a nadie le importa.

Usted se divierte conmigo y dice que yo discuto mucho y que nací para doctor, como todos los cordobeses, será porque una vez me agarró leyendo el código, pero yo no nací para doctor y no le voy a decir en qué rancho nací.

La Julia tiene sus razones, qué va a hacer con un hombre una vez por semana, ella necesita que la saquen y le den conversación, y no darle un vistazo a Garibaldi y correr a meterse en una cama.

Ahora el papafrita tiene un camioncito, usted calcule, yo que a gatas puedo pagarle una cerveza. Hace dos meses que la sigue y si usted la campanea un rato se da cuenta que esa piba está madura para un tipo en cuatro ruedas.

Las Tres Marías, mi teniente, se fueron caminando por la ruta, ahora están sobre el hangar, detrás de esos eucaliptus, y en un rato va a salir la luna.

Ya es tarde para tomar el colectivo, no llego ni a las dos, ella dijo que me esperaba hasta las diez. A esta hora seguro está culiando, muerde la almohada y pega unos grititos.

Usted tiene que venir, porque yo me cansé de contar coyuyos y de escuchar los ruiditos de los bichos en el pasto.

¿Y qué le costaba al sargento decir la verdad?

No es fácil buscarse otra hembra, negro jetón. No, mi teniente. ¿Sos un negro jetón, sí o no? Sí, mi teniente, y por eso le digo que no es fácil.

Ahora me parece que lo oigo.

Usted viene despacito bajando el repecho, sin pedalear, pero las gomas hacen crich, crich en el pedregullo. Toma el puente de la acequia y las tablas hacen jrom jrom. Aquí tiene que pedalear un poco porque perdió el envión, una o dos patadas y ya se viene solo, haciendo unas eses suavecitas, gambeteándole el ruido.

No tengo que abrir los ojos para saber que viene sin luz y sin fumar, le basta con la claridad del cielo y por las dudas va contando los postes de la alambrada: porque usted se las piensa todas, y a veces creo que piensa demasiado y de noche no puede dormir.

En cambio yo me duermo en cualquier parte.

Ahora usted está a veinte metros y como no me ve, me busca. Las eses se hacen un poco más anchas. Usted no quiere aplicar el freno y no quiere parar antes de verme. A lo mejor empieza a desconfiar. A lo mejor piensa que este negro jetón se retobó y lo quiere madrugar de atrás de un poste. ¡Cómo piensa eso, mi teniente! ¿No ve que estoy aquí tirado, que me dormí no más pensando en las hormigas? Es que no había novedad, qué novedad quiere que haya.

Ahora sí me ve, ahora usted se para, frena la bicicleta con el pie, se baja y la acuesta en el camino. Despacito, no se

le vaya a romper. No lo oigo más, pero es seguro que viene para aquí, tanteando las ramitas con el pie, y en cualquier momento va a descubrir la carabina.

Es suya, mi teniente, yo sé que el arma no se deja, pero dormido uno se olvida de esas cosas. Usted abre el cerrojo, apenas se oye el ruido del metal, tira despacito para atrás, la bala cae para un costado entre sus dedos, ahora saca el cargador. Mete la bala en el peine y las cuenta por las dudas. ¿Son cinco, mi teniente? Son cinco. Ya puede dejar la carabina como estaba, y el cargador en su bolsillo.

Usted se arrima y se me para al lado de la cara, está tan cerca que le huelo el cuerpo de los botines. Ésta es la parte más difícil porque no sé si usted me va a romper la cara de una patada, o va a hacer lo que hizo la otra vez cuando lo encontró dormido al flaco Landivar. Tengo unas ganas bárbaras de taparme la cara con el brazo, pero me aguanto. No sé qué hacer con los ojos, si apretarlos fuerte para que no se muevan, siento que me corre arena entre los párpados. Flojito, negro, quedáte piola.

Usted se agacha y mira, no tengo nada, ni cartuchera traje, puede revisarme. Soy un tipo que se quedó dormido.

Ahora usted se para.

Usted se va.

Pero va a volver.

Cien metros más allá Cornejo le da el alto y usted se identifica y charla un minuto con Cornejo. Otros cien metros y Sampietro le pega el grito con esa voz de perro. Son buenos soldados, subordinación y valor, y además lo estaban esperando.

Ahora usted está en la punta del campo y tiene que volver. En cinco minutos lo tenemos por aquí.

El cielo es una fiesta mi teniente y el pasto huele lindo. Yo me juego a que la Julia está dormida, hecha un ovillo en los brazos del tipo. Me va a costar trabajo encontrar otra como ella.

Ahora se lo oye mi teniente, da gusto oírlo cantar Curupaity y pal carnero no hay como la oveja. Pasó de Cornejo y se viene como chifle, ya está a cincuenta metros.

Yo estoy soñando con lo que me contó Landívar, que usted le descargó la carabina y a la vuelta lo atropelló con la bicicleta, y después le dio un par de sopapos y una semana de calabozo por quedarse dormido, extraviar armamento y ser un sotreta. Ve, y quién lo manda al Flaco echarse a roncar cuando está de imaginaria.

Pero yo no soy como Landívar, yo estoy como quien dice atravesado en su camino. Negro atravesado mi teniente, cordobés atravesado como dijo usted.

Usted canta lindo mi teniente, si yo tuviera una voz como la suya quién le dice no me roban a la Julia. Si desafina un poco ha de ser porque grita y porque ahora me prefiere despierto como debe estar un buen imaginaria.

Pero si me quedo donde estoy, seguro que usted me rompe las costillas con el envión que trae y las ganas que me tiene.

Así que le doy el alto.

Porque ahora estoy despierto mi teniente, ahora estoy parado, no me oye mi teniente, ahora le estoy apuntando, por qué se ríe mi teniente, ahora le puse los puntos a la cabeza, a usted no lo conozco, le digo que se pare, ahora tengo el dedo en el primer descanso como me enseñaron en el polígono, alto mi carajo, un tironcito más y esa escupida colorada que le llega hasta la frente, y mientras usted alza los brazos y empieza a bambolearse en una ese que no va a terminar, y mientras todos los perros del mundo están ladrando, ya he movido el cerrojo y otra escupida colorada, aunque ahora no le apunto a usted sino a las Tres Marías, quién le dice que no llega.

Y ahora quién va a decir que no le di el alto, como corresponde, y que usted no contestó, y que no disparé un tiro de

prevención, como dice el reglamento, y que después no maté a un desconocido sospechoso que se me abalanzaba con una bicicleta. Aunque ese desconocido sea usted mi teniente, y esté boqueando mi teniente sobre el pasto y pegando unos grititos mientras lo tanteo como si fuera una mujer, como si fuera la Julia, y le encuentro el cargador que me sacó y lo tiro a la acequia antes que lleguen los otros imaginarias blancos por la luna y el julepe.

Si usted tuviera un ratito más, pero no tiene, le explicarías lo del otro cargador que me colgué entre las piernas, ahí donde le dije.

Irlandeses detrás de un gato

El chico que más tarde llamaron el Gato apareció sin anuncio ni presentaciones contra la pared norte del patio, durante el último recreo anterior a la cena. Nadie sabía desde cuándo estaba acurrucado junto a la ventana de la galería que comunicaba los claustros. En realidad, allí no tenía nada qué hacer, porque era a fines de abril y las clases habían estado funcionando un mes entero, devorando la última luz del fastidioso otoño interrumpido por largos y aburridos períodos de lluvia. Estaba oscureciendo y el patio era muy grande, consumía el corazón mismo del enorme edificio erigido en los años diez por piadosas damas irlandesas. La penumbra, pues, y el vasto espacio que ni siquiera ciento treinta pupilos entregados a sus juegos podían empequeñecer, explican que nadie lo viera antes. Eso, y la propia naturaleza oculta del recién venido, que lo impulsaba a permanecer distante y camuflado, con su cara gris y su guardapolvo gris contra el borrón de la pared más alejada del comedor hacia el que, insensiblemente, habían ido deslizándose durante los últimos veinte minutos las bolitas, la arrimadita y la payana.

El chico parecía enfermo, su rostro era como un limón inmaduro espolvoreado de ceniza. Aún no había cumplido doce años, era muy flaco y los primeros que se le acercaron vieron que los ojos le brillaban febrilmente. Tenía una manera de moverse extraña e inhumana, hecha de bruscos arranques y fogonazos de pasión, o lo que fuera, mezclados con el

más sutil escurrimiento, alejamiento, de un cuerpo sinuoso y evasivo. Era alto, y sin embargo podía parecer mucho más pequeño gracias a un solo movimiento, en apariencia, de la cintura y de los hombros, como si no tuviera huesos a pesar de su flacura. Todo esto resultaba inquietante y ofensivo.

Este chico al que más tarde llamaron el Gato y que en pocas horas más iba a revelar una porción tan inesperada de su naturaleza gatuna, había viajado la mayor parte del día, y toda la noche anterior, y el día anterior, porque vivía lejos, con una madre que iba envejeciendo, con la que estaban rotos los puentes del cariño y que al traerlo lo paría por segunda vez, cortaba un ombligo incruento y seco como una rama, y se lo sacaba de encima para siempre. Es cierto que en el último minuto, cuando lo dejó en la rectoría con el padre Fagan, consiguió derramar unas lágrimas y besarlo tiernamente, pero el chico no se engañó con eso, porque él mismo lloró un poco y la besó, y sabía perfectamente que tales gestos no importan mucho fuera del momento o el lugar que los provocan o estimulan.

Lo que predominaba en la mente del chico era una perseguidora memoria de caminos embarrados bajo una amarilla luz de miel, de pequeñas casas que se desvanecían y de hileras de árboles que parecían las paredes de ciudades bombardeadas; porque todo eso había pasado continuamente ante sus ojos durante el largo viaje en tren y se había sumergido de tal modo en su espíritu que aún de noche, mientras dormía a los sacudones sobre el banco de madera del vagón de segunda, había soñado con esa combinación simplísima de elementos, ese paupérrimo y monótono paisaje en que sintió disolverse a un mismo tiempo todas sus ideas y sueños de distancia, de cosas raras y desconocidas y gente fascinante. Su desilusión en esto tenía ahora el tamaño de la infatigable llanura, y eso era más de lo que se atrevía a abrazar con el solo pensamiento.

Exigencias más urgentes vinieron luego a rescatarlo. El padre Fagan lo transfirió al padre Gormally, y el padre Gormally lo llevó al borde del patio enmurado, inmerso, hondo como un pozo, rodeado en sus cuatro costados por las inmensas paredes que allá arriba cortaban una chapa metálica de cielo oscureciente —esas paredes terribles, trepadoras y vertiginosas— y le mostró los ciento treinta irlandeses que jugaban, y cuando volvió a mirar las paredes verticales, él que nunca había visto otra cosa que la llanura con sus acurrucadas rancherías, una sensación de total angustia, terror y soledad lo poseyó. Fue sólo una erupción de puro sentimiento, que le puso de punta cada pelo de la piel; algo parecido a lo que siente la piel de un caballo cuando huele un tigre en el horizonte. Tal vez comprendió que estaba a punto de conocer a la gente de su raza, a la que su padre no pertenecía, y de la que su madre no era más que una hebra descartada. Les temía intensamente, como se temía a sí mismo, a esas partes ocultas de su ser que hasta entonces sólo se manifestaban en formas fugitivas, como sus sueños o sus insólitos ataques de cólera, o el peculiar fraseo con que a veces decía cosas al parecer comunes, pero que tanto perturbaban a su madre.

A primera vista, sin embargo, parecían completamente inofensivos esos chicos campesinos, pecosos, pelirrojos, de uñas y dientes sucios, bolsillos abultados de bolitas, medias marrones colgando flojamente bajo las rodillas, con sus amarillos botines Patria de punteras gastadas por la costumbre de patear piedras, latas y pelotas de fútbol, plantas, raíces de árboles y hasta sus propias sombras; piernas fuertes y macizas bien calzadas en esos pesados botines trituradores, cazadores, que uno (él) veía instintivamente apuntados a sus tobillos, o a la parte blanda de la rodilla, donde el agua se junta y se hincha durante semanas.

Lo cierto es que ahí estaba ahora, el Gato acorralado, contra una ventana, y por supuesto lo primero que dijo Mulligan, que parecía mandar el grupo, cuando lo vio allí

acurrucado, como listo para saltar, y no queriendo saltar sin embargo, no queriendo pelear, ni siquiera hablar, lo primero que se dijo, tal vez en su idioma, tal vez en el idioma de su madre que él oscuramente comprendía, dijo Mulligan:

—He, parece un gato, y cuando hubo obtenido la razonable cuota de reconocimiento y de risa, el sobrenombre quedó pegado para siempre al chico que desde entonces llamaron el Gato, inciso en su corazón o en lo que fuera más receptivo al castigo y a la burla, en cualquier cosa que se abriera como un tajo para recibir el cuchillo (porque la herida está allí antes que el cuchillo esté allí, la parte blanda antes que la parte dura, la carne antes que la hoja), cuando estuvo así marcado y al fin sabiendo lo que era, alguien, que podía ser Carmody, Delaney o Murtagh, dijo:

—Cómo te llamás, pibe, planteando el terreno, firme para ellos y para él desconocido, porque pudo sospechar que una pregunta tan sencilla tenía un sentido oculto, y por lo tanto no era en absoluto una pregunta sencilla, sino una pregunta muy vital que lo cuestionaba entero y que debía meditar antes de responder, antes de seguir, como siguió, un curso oblicuo y propiciatorio, antes de decir

—O'Hara —como dijo.

Pero el nombre ofrecido no quiso hundirse, simplemente flotó como una manzana descartada o una papa podrida flotan en el río. Se lo tiraron de vuelta, chorreando desprecio y exasperación:

—Ése no. Tu verdadero nombre, como si fuera transparente para ellos. Entonces dijo:

—Bugnicourt, que era, ése sí, el nombre de su padre, al que nunca amó ni siquiera conoció bien, un hombre perdido para siempre en las arenas movedizas del agrio recuerdo y la invectiva, su memoria pisoteada por los hombres que siguieron, un fantasma apenado que tal vez espiaba a través de los agujeros de la ácida memoria a la mujer que fue su esposa

y después, sin explicación, se volvió la puta del pueblo, pero una puta piadosa, una verdadera puta católica que llevaba al cuello una cadena de oro con una medalla de la Virgen María.

—¿Qué clase de nombre es ése? ¿Sos polaco? —y en seguida, con sombría sospecha—: ¿Judío?

—No —gritó—. No soy judío —profundamente lastimado, sintiendo por primera vez ese impulso de arañar a ciegas cuyo síntoma fue que flexionó suavemente los dedos, como si los guardara y replegara hasta sentir el filo de las uñas en las palmas.

—¿O´Hara es tu madre? —preguntaron.

—Sí.

—¿De dónde es?

—De Cork. Cork en Irlanda.

—Corcho —tradujo Mullahy, que sabía geografía—. Un corcho en el culo —mientras el Gato se movía inquieto en la penumbra, y luego, con repentina decisión, se anotaba el primer punto, su primera movida exitosa frente a la batalla inminente y la pregunta inevitable.

—Mi madre es una puta —dijo sin afectación, y así los demoró un instante, horrorizados, incrédulos o secretamente envidiosos de la audacia que permitía decir una cosa como ésa, capaz de hacer temblar el cielo donde planeaban con sus grandes alas membranosas las madres invulnerables y de precipitarlas en un monstruoso cataclismo.

—Oyeron eso —murmuró Kiernan, indagando en la general consternación, en el silencio, en la distancia abierta que ahora sólo podía franquear un jefe.

—Bueno, Gato —dijo Mulligan—. Bueno, Gato —dijo—. Eso me gusta. Sos el polaco, el franchute o el judío más cojonudo que conozco. Lo único que tenés que hacer ahora es pelear con uno de nosotros, después te dejaremos estar y hasta nos olvidaremos de tu vieja, aunque sea una yegua que coge.

—No quiero pelear —repuso el Gato—. Estoy cansado.

—No tenés que pelear conmigo, Gato, yo podría hacerle tiras con una mano atada. Vas a pelear con Rositer, que no tiene más que un buen juego de piernas, pero no pega con la zurda, y al fin y al cabo es un pajero.

—Déjenme solo —dijo el Gato—. No quiero pelear con nadie.

—Pero si te pegamos, Gato —dijo Mulligan—. Si yo te pego. No vas a hacer un papelón, y además tenemos que saber en qué lugar del *ranking* te ponemos, o vos te creés que esto es un quilombo.

—No sé —dijo el Gato, y de pronto le vieron en la cara una sonrisa extraña, soñadora y cenicienta—. ¿No podríamos dejarlo para mañana? —tomándolos nuevamente de sorpresa.

Parecieron deliberar, sin decir nada, las preguntas y las respuestas iban y venían en el parpadear de un ojo, el tic de una mejilla, una larga y acalorada discusión sin palabras, hasta que nació un consenso, no el resultado de una votación democrática, sino del peso y la autoridad que fluían por sus canales naturales, hasta que los últimos remolinos de disentimiento se desvanecieron y el lago de la conformidad mostró su cara inocente y pacífica.

—Está bien —dijo Carmody, porque esta vez fue él quien, frente a la pesada inmediatez de Mulligan, inclinó la balanza—. Está bien —desconcertado, sin saber por qué condescendía, si no era por el aguijón de lo nuevo e inesperado y en consecuencia teñido, aun en perspectiva, con algo de lo diabólico. Ahora, de todos modos, era el custodio de la voluntad general y se proponía hacerla cumplir.

Pero otros, por disciplinados que estuvieran en la aceptación de esa voluntad general, se alarmaron. Sólo alguien que fuese absolutamente extraño a ellos, más, alguien que en verdad participara de la condición de un Gato, podía postergar una de piñas. Por lo tanto, pensaron, esto ya no era un juego, si es que alguna vez lo había sido.

Y así ocurrió que Carmody, después de imponer su punto de vista, quedó malparado, resbalando sobre un ilusorio punto de equilibrio, sintiéndose abandonado e incapaz de evitar nada de lo que pudiera seguir. Porque tal es la naturaleza de las inciertas victorias que se ganan sobre oscuros pálpitos del corazón.

Mulligan sintió volver la marea, esa honda corriente que hace el prestigio.

—Eh, Gato —dijo—. Eh, ¿cómo es que llegás tan tarde al colegio?

El Gato lo miró de frente y algo parecido a una partícula de ceniza, un diminuto destello, pareció moverse en cada uno de sus ojos.

—Estaba enfermo –respondió, y ahora retrocedieron, como si temieran tocarlo. El Gato lo sintió, una fugitiva sonrisa volvió a jugar en su cara flaca y hambrienta; con asombrosa previsión se lanzó sobre ese fragmento de la suerte, lo arrebató, lo manejó como una pelota atada a una gomita.

—Tiña —dijo, y sacudió la cabeza, y les mostró—. El que me toca se jode —tocándose, en honda burla y parodia de sí mismo.

De nuevo retrocedieron, sin dejar de mirar, y a la luz del crepúsculo creyeron ver en la cabeza del Gato manchas amarillas y grises, y más tarde Collins aseguró que eran como algodón sucio o flores de cardo. Todo el mundo comprendió entonces que la cosa sería más difícil de lo que pensaban, porque el corazón humano se resiste a golpear llagas infestadas o males escondidos, y la índole del obstáculo que ahora los frenaba era, más o menos, del mismo orden que impide o impedía en viejos tiempos levíticos que un hombre toque a su mujer en ciertos días.

Con la cabeza agachada el Gato subrayaba su ventaja y se reía por dentro, observándolos desapasionadamente desde sus ojos curvados hacia arriba, eligiendo a éste o aquél para los futuros días de la retribución y del placer gatunos,

porque no menospreciaba la caza ni ignoraba las mudanzas del tiempo.

Los puños se abrieron, ola tras ola de placer desaparecido, de legítima excitación robada escalaron como nubecitas de humo las vertiginosas paredes. En mitad de ese asombro sonó la campana llamando a cenar. Formaron sin ganas contra la pared del comedor, bajo los ojos saltones e inyectados del celador de turno que —certeros para atrapar el motivo central de cualquier desgracia— llamaban la Morsa, por esos dos incisivos que, como largas tizas, quedaban siempre a la vista, aun cuando cerrara la boca. Sin que nadie se lo indicara, el Gato encontró su lugar en la fila, y ese lugar que encontró sin previo ensayo le cuadraba perfectamente de modo que ahora quedaba inadvertido entre Allen y O`Higgins, aunque la fila entera sentía su presencia impune como un ultraje.

Después del rezo, el Gato comió despacio. Bajo la lámpara de pantalla verde, entre los azulejos y sobre las mesas de mármol, en esa enfermiza y espectral blancura que daba al comedor el aire de una sala de hospital, su aspecto no mejoró. Parecía más enfermo, ladino y gris, incómodo para mirar, irradiando esa escandalosa certeza de que uno no podía ser él, bajo ninguna circunstancia y mediante ningún esfuerzo de la imaginación, mientras que podía ser Dashwood, o Murtagh, o Kelly, casi sin desearlo, como en efecto ocurría a veces. Su ajenidad era abominable, y los seis chicos sentados con él en la última mesa, que eligió con la misma precisión con que había tomado su lugar en la fila, apenas se decidían a comer. El guardapolvo nuevo del Gato brillaba con un lustre metálico y verdoso, usaba corbata negra y el cuello de su camisa estaba arrugado. Pero lo que más impresionó a los que realmente se atrevieron a inspeccionarlo fue el largo, largo cuello, y la forma en que se arrugaba cuando ladeaba de golpe la cabeza,

y el espectro, el fantasma, la adivinada y odiosa sombra de un bigote gris. Era feo el Gato.

Luego los platos y las fuentes quedaron vacíos, y todos los ojos vacíos miraron al frente, y a una sola señal de la Morsa, la conversación murió. Exteriormente, nada había ocurrido. Sin embargo, en el alma misma del rebaño acababa de producirse un cambio. Silenciosamente, entre el primero y el séptimo y el último bocado de la sémola friolenta, blancuzca, apelmazada que noche a noche mantenía al pueblo con vida, sus líderes fueron derrocados, mediante un proceso desconocido inclusive para ellos. Mulligan y Carmody lo supieron, aunque nadie dijo una palabra. Habían fallado ante su gente, y otros, desconocidos aún, ocupaban sus lugares. Así debía ser. El pueblo no quedaba ligado por la palabra dada en un momento de debilidad por un sentimental fracasado como Carmody.

¿Lo adivinó el Gato? Apenas tragó la última cucharada, sus pies comenzaron a moverse sin ruido, pedaleando sobre el piso en un estacionario corre-corre-corre, como un ciclista que se entrena o un boxeador haciendo sombra contra el cercano futuro que se agranda, zambulléndose en la corriente de los hechos, siendo arrastrado cada vez más lejos por su propia ansiedad, corriendo en una amortiguada pesadilla.

La Morsa lo sintió también mientras rondaba el callado comedor, poniéndose cada vez más colorado, sintiendo la necesidad de decir algo, oliendo oscuramente el aire asesino, enfureciéndose, hasta que al fin se paró frente a todos y barbotó:

—¡Pórtense bien, ustedes! ¡O les rompo el alma a patadas!

Y de este modo se expuso a un silencioso ridículo.

Salieron al patio y la noche y volvieron a ponerse en fila. Había en el aire un mensaje de los campos tras las altas paredes, un aroma dulzón que el Gato sintió, y entonces miró al cielo que en ese preciso momento, siete de la noche, fines de

abril de 1939, ostentaba una cruz majestuosa y una proliferante argonave.

Pero el suelo era de piedra, grandes lajas de pizarras grises o celestes, pulidas por el tropel de las generaciones hasta un hermoso acabado de finas vetas, extendiéndose lejos hacia las gráciles arcadas de los claustros que brillaban casi blancos contra el mar de sombra que empezaba detrás. En algún momento del día había llovido, quedaban charquitos de agua en la hondonadas de la piedra, y el Gato los cotejó contra las suelas de sus botines nuevos, mientras algo todavía refrenaba a la Morsa, que no daba la orden de romper filas, y por un momento pareció que volvería a hablar, pero al fin se encogió de hombros, dio la orden y el Gato saltó.

Saltó, otros dicen que voló por encima de sus cabezas, elevándose tal vez dos yardas, y la fuerza de su quemante impulso lo llevó hacia adelante como en un sueño, planeando, cinco, diez yardas, navegando sobre su flotante guardapolvo, hasta que al fin tocó la piedra y las punteras de fierro de sus botines arrancaron de la dormida piedra un chaparrón de chispas, un doblo chorro de fuego, signo por el cual fue reconocido más de una vez en esa larga noche, cuando ya parecía haber desaparecido para siempre. ¡Fogoso Gato! ¡Tu terrible desafío aún vibra en mi memoria, porque yo era uno de ellos!

¡Pero qué fue más admirable, ese espantoso salto, o la serena determinación con que Irlanda mandó al frente a sus guerreros! Fácilmente se desplegaron, casi a paso de marcha, Dolan en una punta, Geraghty en el centro, el pequeño pero ingenioso Murtagh a retaguardia, y este único y sencillo movimiento bloqueó todas las posibles retiradas y siguió invisible hacia adelante, entre la renovada prestidigitación del ainenti y el candor del hoyo-zapatero y las conversaciones que disimulaban todo, de suerte que ni siquiera los ojos adiestrados de la Morsa (siempre al acecho de algo que mereciera castigo excepcional)

vieron otra cosa que ese enloquecido chico nuevo, el Gato, que como un rayo pasaba en diagonal hacia el claustro de la derecha.

En algún lugar del patio se oyó el sonido de la armónica, que Ryan tocaba en un agudo bailarín y gozoso, como un pífano guerrero, alentando la fiebre del combate. A la izquierda Murtagh corrió un poco, apenas lo bastante para taponar la galería entre los claustros, y llegó a tiempo para ver la sombra del Gato, a sesenta yardas de distancia en el extremo opuesto.

El Gato probó allí la primera cucharada de un amargo dilema. A su derecha estaba la puerta abierta de la capilla, exhalando un enfermizo olor a cedro, cirios y flores marchitas. Se asomó y vio a un cura muy viejo arrodillado ante el altar, murmurando una oración o, tal vez, durmiendo en voz alta, con los ojos cerrados. A su izquierda el lago corredor, con una puerta de vidrio que daba a la rectoría y la agazapada sombra de Murtagh en contraluz. Y al frente, una escalera que se internaba en la oscuridad. Subió ciegamente.

Murtagh abrió una ventana de la galería y con el pulgar hacia arriba hizo una seña a Geraghty, que aguardaba sin prisa en el centro del patio. Geraghty, a través de anónimos mensajeros, comunicó la novedad a Dolan, que se había quedado muy atrás, a la derecha del largo semicírculo de cazadores, y sobre quien había descendido silenciosamente el águila del mando. Dolan reflexionó y dio sus órdenes. Mandó a Winscabbage, que era estúpido pero de anchas espaldas, a retener la encrucijada que tanto había desconcertado al Gato e impedir a toda costa su regreso. Después transmitió a Murtagh la señal de tomar sus propias disposiciones, y Murtagh llamó al pequeño Dashwood y le ordenó que se quedara allí y gritara si venía el Gato, porque el pequeño Dashwood no podía pelear a nadie, pero era capaz de exorcizarse los propios demonios del aullido. Hecho esto, la línea entera se replegó,

mientras los jefes se reunían para deliberar y escuchar el consejo de Pata Santa.

Pata Santa Walker tenía una pierna más corta que la otra, terminada en un botín monstruosamente alto, rígido, inanimado como un tronco muerto que arrastraba al caminar, y una noble cara afilada y olivácea de ojos visionarios. No era un líder y nunca podría serlo, aunque aseguraba descender de reyes y no de pobres chacareros de Suipacha, pero la intensidad y concentración de sus ideas lo sustraían al círculo de la piedad en que otros simples desgraciados —un epiléptico y un albino, dos rengos más y un tartamudo— chapoteaban. A Pata Santa le sobraba tiempo para pensar mientras los demás jugaban al fútbol o al hurling, y los líderes tenían que escucharlo.

—Subía al dormitorio —vaticinó como si realmente estuviera viendo al Gato—, y después irá hacia atrás.

—¿Y después?

—Puede aparecer a nuestra espalda. Si lo dejamos bajar, lo perdemos. Se convierte en uno de nosotros.

—Hay que mantenerlo arriba —concordó Murtagh.

Dolan mandó a Scally y Lynch a cubrir las otras dos salidas del patio.

El Gato estaba ahora en una trampa. Cuatro lados, cuatro ángulos, cuatro escaleras, cuatro salidas, todas custodiadas. Moviéndose cautelosamente en la oscuridad, encontró un descanso y una puertita de madera que daba al coro. Se asomó y vio una vez más el altar, el cura inmóvil, el Cristo sangrante y repulsivo y el par de arcángeles de plumas azules sosteniendo candelabros eléctricos. En el coro había un órgano empinando la silueta en la penumbra y rosetas de vidrio que daban a alguna parte de la noche y del cielo. Pero algo ajeno a él mantenía al Gato en movimiento; retrocedió, siguió subiendo y volvió a encontrarse en los ángulos rectos de la decisión. A su izquierda había una larga serie de puertas que se abrían sobre un pasillo; a su derecha, un dormitorio con dos

hileras de camas blancas. Se acurrucó, reflexionó, después, caminó sigilosamente por el desierto dormitorio, la interminable perspectiva de camas. No había luz, salvo dos bombitas de veinticinco vatios, separadas por cincuenta pasos, como dos grandes gotas traslúcidas de sangre. El Gato se asomó a una ventana, vio un parque con luz de estrellas, oscuros pinos y araucarias, el portón de entrada por donde había venido con su madre y, más lejos, el blanco camino pavimentado y la señal del ferrocarril que cambiaba de rojo a verde. Así que ése es el sur, pensó, pero no exactamente el sur. Bajó la vista al camino de guijarros: la distancia era siete u ocho veces la altura de su cuerpo, y de todas maneras él no quería volver al sur. Ahora trató de recordar el aspecto que tenía el edificio cuando lo vio por primera vez esa tarde, pero no pudo, y maldijo la estéril emoción que bloqueaba ese recuerdo. Su madre iba de regreso al pueblo en un tren lejano.

En el patio la Morsa se paseaba frenéticamente, persiguiendo la persecución, exigiendo una parte en la invisible ceremonia, pero cada movimiento sospechoso resultaba pertenecer a un juego inofensivo que, cuando se paraba a preguntar, se le aferraba en forma de otras preguntas inocentes, dirigidas en debida y respetuosa forma a un superior y adulto, robándole tiempo y atención, embotando su iniciativa y de ese modo impidiéndole ubicar la zona donde verdaderamente transcurría el mal. En eso también la comunidad era astuta, su población civil distraía al enemigo o al intruso. Y así la Morsa no descubrió nada y supo que no iba a descubrir nada a menos que mentalmente pudiera identificar al jefe, pero apenas pensó en Carmody lo vio a cuatro pasos de distancia, cambiando el Pez Torpedo por Bernabé Ferreyra, y en seguida vio a Mulligan junto a la pared midiendo con la palma chata sobre el suelo las chapitas de la arrimada. Así que maldijo en voz baja, sabiendo que debía esperar casi una hora antes de tocar la campana para el rosario, y volvió a maldecir contra la luz fangosa del patio e incluso contra esas viejas piadosas y

amarretas de la caritativa Sociedad de San José. Fue entonces cuando en el centro del patio estalló una falsa gresca, y al amparo de esa conmoción Dolan y sus secuaces se derramaron por la escalera posterior de la derecha, mientras Murtagh y los suyos iban por la izquierda seguidos por la armónica que alternaba el fino sentimiento de *Mother Machree* con el denuedo de *Wear on the Green*.

Arriba el Gato siguió avanzando hasta encontrarse nuevamente en un ángulo recto, en un rellano, mirando hacia abajo, a la sombra, y queriendo tomar una decisión. Bruscamente resolvió probar la defensa allí y bajó como una catarata.

Desde el centro del patio, donde la ilusoria pelea se desvanecía rápidamente en presencia de la Morsa, la escena se vio así: primero hubo un grito penetrante, luego un breve choque, y en seguida el pequeño Dashwood salió despedido, pateando y gimiendo como un cachorro loco. En el acto se formó a su alrededor un círculo, y entonces todos observaron la marca del Gato: una serie de profundos rasguños, paralelos y sangrientos, en su mejilla derecha. McClusky y Daly ocuparon silenciosamente su lugar, mientras otros lo llevaban al surtidor para lavarle la cara y oírle decir:

—¡Le pegué! ¡Le pegué! ¿No me quieren creer?

Se corrió la voz: el Gato había golpeado. Ahora las caras estaban sombrías, pero nadie perdió su valor.

Tras enfrentar y aporrear a Dashwood, el Gato desanduvo su camino. La pelea estaba ahora adentro de él, se derramaba por su sangre en una incesante, incontenible, filtración. Sentía su propio olor, acre, humeante, inhumano, como el que deja un rayo al golpear la tierra, y un deseo casi intolerable de matar y huir, de hacer frente y volver a golpear y huir nuevamente, que le inundaba el cerebro y lo dejaba a merced de oscuras corrientes que fluían insensatas por su cuerpo. Se sentía transportado y repelido, se agazapaba y se zambullía y se ocultaba y volvía a cargar sin un momento de

reflexión, nadando en esa poderosa corriente de miedo y de odio mientras dejaba atrás otro pasillo y otra hilera de puertas que probó y encontró cerradas con llave menos una, fileteada de luz, que filtraba una música lánguida y envolvente, y que no quiso probar. Escuchó allá adelante un tropel de pasos, se apelotonó y rodó al interior de un baño, el hedor de una letrina, y oyó pasar voces amortiguadas y llenas de excitación, "Por aquí, tiene que haber venido por aquí". El Gato adivinó que en seguida volverían, las aletas de la nariz empezaron a temblarle, llegó a pensar Aquí no, y salió antes que la red terminara de cerrarse.

Lo vieron, giraron sin prisa, como si estuvieran seguros de que ahora no podría escapar. Ese pausado movimiento asustó más al Gato que una arremetida, y aun antes de volver a saltar comprendió por qué: habían dejado un retén en el descanso. Eran dos y lo esperaban, sólidos inconmovibles, sin miedo, con las piernas bien separadas, los puños enarbolados. "Venga, gatito" dijo uno. "Vamos, minino, ahora tiene que pelear". Vio la brecha entre ambos y se zambulló, y ese movimiento tan simple volvió a tomarlos desprevenidos porque eran peleadores a golpe de puño que no concebían otro tipo de lucha.

El Gato cayó sobre el codo derecho y el hueso propagó por todo su cuerpo un instantáneo ramaje de dolor. Sus perseguidores se habían precipitado sobre sus piernas y no sólo lo golpeaban a él sino que se daban entre ellos. Ahora el Gato estaba parado, arrastrando a uno que se aferraba a su guardapolvo, y los demás venían a toda carrera. El Gato hizo un solo movimiento con la cabeza, una breve media vuelta, y el hueso de la frente chocó en carne blanda, que podía ser una mejilla o un ojo. El otro chico no gritó ni soltó el guardapolvo hasta que se desgarró, y ese gran pedazo de tela gris fue llamado la Cola del Gato y llevado en triunfo desde entonces como un trofeo, un estandarte, un anuncio de la próxima victoria.

Pero el Gato estaba libre y corría hacia una puerta, y detrás de la puerta otra larga sala penumbrosa con dos hileras de camas, y mientras corría, de una cama tras otra se alzaban espectrales sombras que se sentaban y lo miraban con ojos huecos como los muertos saliendo de sus tumbas, y fue entonces cuando sus ferrados botines volvieron a arrancar de los mosaicos de la enfermería un doble surtidor de chispas y por primera vez imaginó que eso no estaba ocurriendo, pero no se paró, una nueva inyección de pánico se resolvió en otro gigantesco salto y de ese modo había llegado a la cuarta esquina en lo alto del mundo.

En el patio la Morsa se había apoderado de Dashwood y lo sacudía sin conseguir que hablara o por lo menos que dejara de balbucir una absurda invención de haberse golpeado contra una pared. Lo dejó parado en el centro del patio y por un momento pensó en llamar en su ayuda a Dillon que estaría en su pieza leyendo novelas policiales o escuchando valses en su viejo fonógrafo, pero no lo llamó. Puedo arreglarme, pensó. Y luego: Yo les voy a enseñar, poniéndose al acecho en uno de los claustros hasta que vio una sombra que cruzaba silenciosamente la arcada, diez pasos más lejos. Corrió tras ella, atrapó a Murphy por el cuello y lo abofeteó en la oscuridad. Murphy chilló y la Morsa volvió a abofetearlo.

—¿Así que se divierten, eh? ¿Dónde están todos?

—¿Quiénes? —gimió Murphy—. ¿Quiénes?

—No te hagas el imbécil. Los que persiguen al nuevo.

—No sé nada —dijo Murphy—. Tengo que vestirme para la bendición.

—Ah, sí —dijo la Morsa dándole un coscorrón en la cabeza.

—¡El padre Keven me espera! —chilló Murphy.

—Ah, sí —dijo la Morsa, y entonces otra voz a su lado dijo—: Ah, sí —y vio la mandíbula de fierro y los ojos helados del padre Keven que con la estola en la mano lo miraba desde

la puerta de la sacristía—. Véame mañana, en la rectoría —mientras acariciaba suavemente a su lastimado monaguillo.

Dolan y su estado mayor aguardaban en el cuarto descanso. Oyeron el tumulto en la enfermería y de golpe el Gato apareció cruzando la puerta, se paró y se quedó mirándolos.

—Hola —dijo Dolan, que no era alto, pero sí era fuerte y tenía ojos pardos en una cara cuadrada y maciza como la de un bulldog, con un mechón de pelo amarillo, caído sobre la frente, que se sacudía cada vez que hablaba—. Hola —dijo.

—Me doy por vencido —jadeó el Gato.

Al oírlo todos se echaron a reír.

—Peleo con el que quieran —dijo.

—No habrá pelea —dijo Dolan—. Te dimos un chance y no quisiste. ¿Sabés lo que habrá? Te desnudaremos hasta el hueso.

—Uno de ustedes tiene que pegar primero —propuso el Gato—. Déjenme pelear con ése.

—¿Para qué?

—Para que vean que no le tengo miedo a ninguno.

Volvieron a reírse y sin embargo una cuña había penetrado en ese sólido frente, el desafío colgaba como un trapo rojo y el grupo empezó a disolverse en individuos y a deliberar en silencio como antes, mientras el Gato se movía sin moverse, se deslizaba casi imperceptible y resbaloso y gris hacia una puerta oscura, lenta pero rápidamente mejorando su posición, sintiendo contra la espalda la dura pared que le daba una nueva seguridad, la promesa de un redoblado brinco, pero sin quitar los ojos de Dolan, que ahora vaciló un instante, y eso bastó para que alguien saltara al frente diciendo:

—Dejenmé, y antes que Dolan pudiera oponerse hubo una gran ovación que sólo fue quebrada por el Gato mismo, alzando una mano y ordenando casi a los demás que retrocedieran, cosa que hicieron casi con pesar sintiendo una absurda salpicadura de autoridad que de pronto emanaba del Gato quien al fin se había colocado en guardia, lúgubre

y sereno y plantado con justeza, y entonces todos vieron el buen estilo y el perfil medido, el puño izquierdo alargado casi con despreocupación, el dorso del derecho levemente apoyado en la base de la nariz bajo los ojos deslumbradoramente vivos, el Gato que empezaba a girar en círculo alrededor y alrededor de Sullivan, hasta que su espalda estuvo contra el oscuro hueco de la puerta, y entonces simplemente caminó hacia atrás y se fue, jugándoles la última pero más fantástica broma de esa noche.

Aquel refugio final era el lavadero, una gran habitación cuadrada y sofocante con una sola puerta y una ventana en la que se recortaban sombrías arboledas. En el centro se erguía una enorme máquina de lavar cuyos cilindros de cobre brillaban suavemente en la luz almacenada y reflejada por montañas de sábanas que se alzaban desde el piso hasta el techo exhalando un ácido olor a sueño, transpiración y solitarias prácticas nocturnas. El Gato tropezó, cayó, se hizo una pelota y salió convertido en fantasma hacia la ventana, guiando la caliente ola de persecución que de pronto inundó la estancia con un sordo reverbero de pasos y de gritos. Casi en un solo movimiento abrió la falleba y trepó al antepecho. Una mano lo sujetó, pero ya saltaba hacia la vertiginosa oscuridad.

Diez minutos antes de lo establecido la Morsa tocó la campana llamando a bendición y empezó a meter a todo el colegio en la capilla, casi por la fuerza, yendo y viniendo con prisa frenética a lo largo de la fila, gruñendo y manoteando, "Vamos, vamos, pronto", sin detenerse a contarlos, "Pronto, no se queden dormidos", mientras rezagados y desertores de la cacería volvían trotando y se incorporaban sin ser interrogados, porque mañana habría tiempo para eso, para la distribución de culpas y castigos que esta vez, se prometió apretando los dientes, haría temblar a las piedras, "Pronto, dije", dando un coscorrón al último y allá adelante Murphy prendía las velas del altar mientras el padre Keven salía en oro

y esplendor mirando desconfiando hacia la puerta y Dillon bajaba la escalera ajustándose la corbata para recibir su turno con la cara llena de sueño y de estupor.

—Después te explico —le dijo, y empezó a subir por el camino del Gato.

Debajo de la ventana del lavadero había una leñera con techo de chapas que resonó como un cañonazo bajo el impacto del Gato, poblando el aire nocturno de chillidos de pájaros y remotos ladridos de perros. Mientras se incorporaba sintió que se había recalcado el tobillo y recordó la mano que lo había sujetado desviándolo de su línea de equilibrio. Resbaló cautelosamente por la pared del cobertizo, vio las caras blancas de sus perseguidores allá arriba en la ventana y mientras rengueaba hacia un alto cerco de alambre oyó la campana en la capilla que llamaba a bendición, como la serena voz de Dios o como esas otras voces dulces que a veces se oyen en sueños, incluso en los sueños de un Gato.

En el oscuro centro del patio, el pequeño Dashwood estaba olvidado. Sabía que la caza continuaba porque no había visto regresar a los líderes. Por un momento deseó correr a la capilla, arrodillarse y rezar con los demás, unir su voz al coro rítmico y cálido que en elogio de la Santa Virgen María brotaba ahora de la puerta en ondas mansas y apaciguadoras. Pero nadie lo había relevado de su deber. Además, estaba herido en combate y quería saber cómo terminaba. Acalló sus temblores y empezó a deambular por el vasto edificio, buscando una señal o un ruido.

Desde el lavadero, Dolan vio al Gato que se alejaba en la sombra. A su espalda se ataban sábanas para formar una larga cuerda, mientras Murtagh y otros bajaban corriendo la escalera y saldrían por los fondos en, quizás, treinta segundos. La lucha no había concluido.

Amargado, sombrío, sentado en una pila de sábanas, Walker callaba y despreciaba. De puro pálpito, gracias a una

imaginación infatigable y certera, había conseguido estar en el lugar de la batalla en el momento justo, para que ese montón de imbéciles la dejara evaporarse. No podía correr, como había hecho Murtagh, no podía volar, como en ese mismo instante estaba haciendo Dolan, sólo podía pensar. Tardaría más de cinco minutos en bajar la escalera y salir por el fondo. Su rostro se desfiguraba en una mueca de tormento espiritual al ver cómo los dioses se perfilaban nuevamente contra él.

El Gato no trató de saltar el cerco. Una sola mirada, dada con el tobillo lastimado, el dolor incluido en el circuito de visión, le demostró que era inútil. Además, detrás del cerco estaban el mundo y su casa, adonde no quería volver. Prefería jugar su chance aquí. Se tendió tras una pila de cajones, apoyando la cara en el pasto dulce y frío, y a través de los resquicios de la pila vio los guerreros que se derramaban por el campo, desde el frente y desde el fondo, y luego a Dolan que bajaba flotando como una enorme araña nocturna en su plateado hilo de sábanas. De los vitrales de la capilla venía un manso arroyo de palabras extrañas, destinadas quizás a condoler y aplacar.

Turris eburnea
—Pray for us!

Pero el Gato no se sintió condolido ni aplacado.

El pequeño Dashwood había encontrado su camino hacia la puerta del frente y salió al penumbroso parque de pinos y araucarias. Ahora temblaba un poco porque estaba completamente solo en un mundo exterior cuyas reglas ignoraba. Nunca se había atrevido a ir tan lejos. De golpe lo asaltó una aguda nostalgia de su madre. No se oía otro ruido que el sordo retemblor de un camión en la ruta o el chistido más agudo de las gomas de un auto, hasta que repentinamente todas las ranas se pusieron a cantar. Dobló

hacia la izquierda, canturreando él también, en voz muy baja, para no tener miedo.

Los cazadores se habían desplegado en un amplio semicírculo cuyos extremos se apoyaban en el cerco. Dolan les ordenó alto mientras examinaba el terreno. Vio a la izquierda un gran tanque de agua sobre pilotes de cemento; chorreando sonoramente su exceso en una charca; en el centro, oscuros matorrales; a la derecha, una pila de cajones. En algún lugar de ese semicírculo de ochenta yardas de diámetro debía esconderse el Gato, pero no tenían que apretujarse alrededor sino formar una barrera en terreno despejado hasta encontrar un método que lo sacara de su escondite. Se sentó en el pasto y encendió un cigarrillo mientras pensaba.

En la capilla el padre Keven mostraba la custodia a un soñoliento auditorio. Era un hombre áspero, con una úlcera que lo roía especialmente durante los oficios divinos, lo que sin duda era debido al enfermizo olor del incienso. El celador Dillon miró su reloj y se ubicó junto a la entrada.

La Morsa recorría a la inversa la ruta de la caza. En el descanso del lavadero pasó junto a una sombra acurrucada en la oscuridad, sin verla. Era Walker que había agotado la tortura de la cavilación y se sentía nuevamente guiado por una furiosa certeza que en seguida volvió a ponerlo en movimiento, arrastrando escaleras abajo su pata inútil y pesada como una culpa, tomándose de la baranda y dejándose caer escalón por escalón.

Cuando la Morsa entró en la enfermería, los enfermos se alzaron unánimes en una ola llena de índices y exclamaciones que por supuesto lo mandaron en la dirección equivocada, y cuando lo vieron irse se arracimaron nuevamente junto a una ventana lateral que les permitía observar algo de lo que ocurría abajo. La Morsa bajó por la otra punta del edificio, salió al campo, ambuló, perdido, rumbo a la desierta cancha de paleta.

El Gato vio apagarse las luces de la capilla, después el destello de agonía de los cirios del altar, sintió un flujo de movimiento hacia arriba, una tibia corriente de vida que ascendía rumbo al sueño por sus cauces prefijados, dejándolo solo, él y sus enemigos, ese oscuro círculo señalado de tanto en tanto por la brasa de un cigarrillo. Una raya instantánea de luz recorrió las ventanas superiores del dormitorio. Entonces Dolan dio una orden y una rala hilera de exploradores comenzó a converger sobre el escondite del Gato, mientras los demás se aguantaban en campo descubierto.

El Gato miró hacia el este, vio un manchón de luz cenicienta entre las ramas bajas de los árboles. Estaba saliendo la luna. Su mano apretaba una piedra del tamaño de una manzana mientras el terror volvía a cabalgarle en la sangre.

En el parque, Dashwood se había cansado y extraviado. Su hermosa cara estaba desfigurada por el zarpazo del Gato, la sentía inflamada y dolorida. De tanto en tanto había creído oír los ecos de la caza, un grito, un acorde suelto de la armónica, pero siempre se había equivocado. Las campanadas de la bendición quedaban muy atrás, entre sus recuerdos de ayer y del pasado en general. Ese corte en el flujo de la realidad lo asustó: bruscamente sintió ganas de correr hacia el camino y no volver más, nunca más. El edificio del colegio se alzaba como un dragón alto y sombrío con su reluciente dentadura de luces en los dormitorios. Quería que su madre lo hiciera dormir. De pronto se sintió muy triste y se sentó en el pasto, metió la mano en el pantalón y empezó a acariciarse. Eso le dio consuelo, una especie de indefinida felicidad, como flotar muy alto sobre los campos y los pueblos, liviano como una chajá que baña su plumaje en la luz del sol y la altura de las nubes, un placer sereno que nunca llegaba a culminar, porque era muy chico para eso, pero ya no le importaba que el dragón avanzara sobre él con sus dientes amarillos y lo devorase.

La parábola de la piedra estuvo medida al centímetro. Silbó aguda en la noche, sin que nadie la oyera salvo el Gato, hasta que chapoteó sordamente en la charca debajo del tanque. Entonces ya nadie quiso escuchar las órdenes y maldiciones de Dolan, el círculo se fundió en una única embestida, la red se disolvió en una sola ola de excitación y coraje, y hasta la armónica asumió los primeros compases de la Carga de la Brigada Ligera, alegrando inclusive el corazón del Gato que ya se arrastraba invisible hacia la leñera, empujaba la puerta entreabierta, se confundía con la tiniebla que olía a humedad y piquillín, a sarcasmo y a refugio.

Allí su suerte lo alcanzó. La puerta se abrió de un golpe o de un grito, y allí estaba Walker, recortado en la luna, arrastrando su pata santa y su quemante aliento, la cara saturnina brillando con la luz de la verdad y la revelación. El Gato se ordenó saltar, pero en cambio gimió, atrapado en el aura supersticiosa que emanaba de su verdugo, en la ley que ordenaba que el más pesado y lento de todos, el que no podía correr ni volar, lo reclamara como presa.

Cuando llegó al lugar Richard Enright, 23 años, por mal nombre la Morsa, la batalla había sido librada, y ganada y perdida. Las sombras de los guerreros seguían filtrándose por las entradas del edificio dormido y la luna brillaba sobre la forma casi insensible del chico que desde entonces llamaron el Gato, tendido sobre el pasto, diciendo palabras que Enright no intentó comprender. El celador lo miró, terriblemente golpeado como estaba, y comprendió que ya era uno de ellos. La enemistad de la sangre había sido lavada, ahora quedaban todas las otras enemistades. En diez días, en un mes, se convertiría realmente en un gato predatorio al acecho de tentadores pajaritos. Los aguardaría en un pasillo oscuro, detrás de la puerta de un baño, escondido en un matorral, y golpearía. Si le daban botines de fútbol, trituraría tobillos; si le daban un palo de hurling, apuntaría astutamente a las rodillas. Con un poco de libertad, con un poco de suerte, con un poco de la

fiebre del deseo, con un relumbre de la gloria de las batallas, el águila del mando bajaría a su turno sobre él. Y sin embargo Enright sabía que el alma del Gato estaba llagada y sellada para siempre. Trató de imaginar lo que sería cuando fuera un hombre, trató de inducir alguna ley más general. Pero no pudo, no era demasiado inteligente y al fin y al cabo no era cosa suya.

—Vamos, pibe —le dijo tomándolo de la mano, ayudándolo a levantarse, aguantándose firme contra la mirada fija y sangrienta con que un solo ojo del Gato lo miraba—. Vamos —palmeándole la espalda, como los demás lo palmearían mañana, la semana que viene—. Parece que perdiste el camino al dormitorio.

El Gato sollozó brevemente, después retiró la mano.

—Puedo caminar solo —dijo.

Corso

Vos sabés cómo nos divertimos, el corso era un asco pero nosotros nos divertimos igual. El Ángel se consiguió unos plumachos, dice que los trajo de la isla y que crecen en una planta, pero eran como plumas de avestruz. Después me fijé que en un quiosco los vendían a veinte sopes cada uno, qué atorrantes, imagináte que esas cosas crecen en los árboles y los tipos las venden a veinte mangos.

Hacía un tornillo que te la debo, pero igual las minas andaban casi en bolas en las carrozas, yo siempre digo que estas ñatas con tal de andar en bolas hacen cualquier cosa. El Ángel y yo empezamos a pasarles los plumachos por las gambas, vos sabés qué plato. A las tipas les gustaba, pero algunas ponían cara seria para disimular, vamos, viejo, a quién no le gusta que le hagan cosquillitas. Un jetón que iba en una picá llena de florcitas le dijo al Ángel por qué no se las metés a tu abuela y el Ángel le refregó el plumacho por la cara. El tipo hizo como que se bajaba pero cuando nos vio las caras subió el vidrio y la dejó a la hermanita en el capó y el Ángel le rompió tres plumachos entre las gambas, estuvo exagerado.

Pero lo grande fue cuando vino el hindú en un forcito del tiempo e mama. Este hindú venía todo desnudo, menos un calzoncillo cerradito y un turbante en el melón con una piedra divina, te lo juro. Iba sentado en el capó, con las patas cruzadas, seguro que lo vio en el cine. Con una mano se agarraba la barriga, y con la otra se tocaba la piedra del melón y

después el pecho y saludaba, hablando bajito en un idioma. Pero lo mejor que hacía este hindú era que en cada bocacalle se tomaba un trago de un frasquito, prendía un fósforo y escupía unas llamaradas de samputa.

Cuando el Ángel lo vio, se quedó enloquecido y empezamos a seguirlo. Yo le decía déjame de joder, mirá las minas, y el Ángel nada, el hindú lo tenía entusiasmado, lo miraba de arriba abajo como si fuera Nélida Roca. Ahí supe que iba a hacer una cagada, porque el Ángel será lo que vos quieras, menos eso.

Cuando quise acordar estábamos frente al palco el hindú con el forcito y al lado el Ángel y yo detrás. Entonces el hindú mirando el palco donde estaba el intedente, echa la cabeza para atrás y se manda un trago doble de la nasta, y mirando al cielo se arrima el foforito. Y en eso lo veo al Ángel que levanta el plumacho y lo toca justito en el hueso de la garganta, y el hindú empieza a escupir fuego hasta por los ojos y se siente un olor a bife que no te cuento, el hindú parece que se quema, y yo hago lugar para los bomberos, o sea que me rajo. Y por la otra vereda lo veo al hindú que lo corre al Ángel, y ya no le habla en el idioma sino que le dice la puta que te parió, la puta que te parió, y menos mal que no lo agarra porque si no lo mata. Al rato nos encontramos con el Ángel en la estación, el Ángel hace como que me habla en el idioma, y nos meamos de la risa, viejo, vos sabés qué plato.

La máquina del bien y del mal (1965)

Ustedes no anden diciendo que lo conocieron al flaco Sanabria porque a mí me consta que no. El flaco empezó conmigo, y cuando di el chicharrazo lo tuve escondido en casa. Ahora el hombre se paró y lo buscan hasta en Brasil.

Aquí González se ha de acordar del tallercito que tuve en la calle Gaona. El flaco vivía a la vuelta con la madrina, una viejita chiflada que le daba de comer y le compraba los libros, porque la iba de estudiante.

Siempre le pregunté por qué estudiaba, y él decía que éstas son chauchas, que los grandes chorros aprendieron en los libros. Así que le metía a la aritmética y en las últimas manos del codillo sabía dónde estaba el cartaje.

Después vinieron los puntos grandes y quisieron bancarlo al monte y al gofo, pero él no se animó. Eso demuestra lo vivo que era, porque el flaco nunca trabajó para el semejante.

Yo no le conocí más que un defecto, y es que era flojo con las minas. Se agarraba cada berretín que daba miedo. Venía y lloraba, che, un tipo con esa pinta, y yo le decía Rajá flaco que me estás mojando, y me lo empujaba de encima porque con el asunto ése de la tristeza, siempre te sacaba algún mango.

Andábamos tirados. Yo más tarde peleché y entré en la era industrial como quien dice, pero en ese tiempo no tenía más que la muñeca y un zaguán donde arreglaba bicicletas y motores chicos. Pero la muchachada sufría al borde de los billares.

Para colmo el flaco va y se agarra ese metejón con la griega.

Esa mina tenía más corridas que liebre de quinta. Yo le decía Largá flaco que te lleva a la quema, pero él nada. Salió con que era una cosa del espíritu, manyá vos, y que los ojos de la griega, y le escribía versos. La verdá es que andaba con la pija en un grito.

Cuando vino esa novedad se acabó el escolaso porque el flaco era legal con nosotros hasta que le agarraba el revire amoroso y entonces te afanaba la dentadura postiza. Ninguno quería bancarle a la griega, y el flaco cada día más desesperado porque para aguantar a esa mina había que ser anchorena.

Una tarde estoy trabajando cuando lo veo que pasa dos veces por el zaguán. Ya me extrañó porque nunca pasaba dos veces por la puerta. Se metía y te daba la lata, te pisoteaba las herramientas y en un descuido se llevaba una pinza en el bolsillo.

Cuando lo vi tan serio le dije Ni un guita flaco y apágame el 43, ojo con la nasta. Pero él me contestó Avisá, mientras curioseaba los motores.

Eran motorcitos viejos que yo compraba por ahí. Con el bló de uno y las bielas de otro, armaba cada mula con ruedas que no te cuento. Por algo he nacido entre los fierros. Eso sí, vivía cambiando de zaguán porque el cliente nunca está conforme.

El asunto es que al flaco se le había despertado el amor por la mecánica nacional y popular. Los tocaba, los miraba de arriba abajo, los quería hacer funcionar. Largá chauchón que eso no es para vos. Pero él dijo Parece que no voy a encontrar lo que preciso.

Y qué precisás a ver, yo por seguirle la corriente. Uno de éstos pero que haga mucho ruido. Ahí ya la vi que venía doblada pero como a fesa nadie me gana, voy y le prendo un tres caballos. Era un cachivache del tiempo de Yrigoyen y

metía un bochinche padre. La verdá, era lo único que hacía porque a todo galope daba cien revoluciones por minuto y vos lo parabas con el dedo. Pero al flaco le bailaron los ojitos aunque seguía haciéndose el difícil. Es muy lindo, dijo, ¿no tenés otro más grande y más pintón? Andá a cagar, flaco. No, en serio, mostráme aquél. Le prendí un Villa recién pintado pero no le gustó porque era silencioso. Y entonces me sale con que si no puedo mezclar los dos y hacer uno solo. Ya me cabrié y le digo Aire viejo que el taim is moni.

A que no saben lo que hace el flaco. Me agarra el brazo, se le llenan los ojos de lágrimas y me dice que la griega y que la guita y que estoy desesperado, me tiro bajo el Lacroze. Al rato lloramos los dos y yo le digo Qué podríamos hacer. Entonces se calma y me propone el negocio.

Es una tanga tan rara que me agarra la risa y no paro, y él se ríe también pero finito, haciendo tiempo hasta que yo termine. Pero no te da vergüenza flaco hacerle eso a la vieja, ella que te quiere como si fueras un hijo. El vuelve a ponerse triste y dice Se me parte el corazón, pero necesito la plata por unos días. Después se la devuelvo, dice. ¿Pero es verdad que ahorra para comprarse la Máquina?

Hace veinticinco años, dice el flaco, que ella viene ahorrando para hacerse construir la Máquina del Bien y del Mal.

Siempre he sostenido que este mundo está lleno de colifas y de analfas, y a los giles no los cuento porque esa misma tarde yo estaba desarmando todo lo que había en el zaguán y armando otra cosa. No tiene que parecerse a nada, me previno el flaco, y yo le contesté Perdé cuidado.

En el fondo siempre he sido un artista. No se rían, melones, si al final yo mismo no sabía lo que estaba haciendo. Era una especie de inspiración divina que me agarraba y me decía poné esta válvula acá y este buje más allá y acortále el cigüeñal. Cada mañana se me ocurrían nuevas ideas y de noche no podía dormir pensando en la Máquina.

Lo que más me preocupaba era el asunto ése del bien y del mal porque al fin y al cabo son dos cosas diferentes, ¿no? Entonces me acordé que al tipo que yo más bronca le tenía era el zurdo Requena, así que el mal tenía que ir a la izquierda y el bien de cajón a la derecha. Entonces vos movías la palanca para este lado, y hacía un ruidito suave, pero la mandabas para allá y era el despiporre.

Ahora el flaco venía todas las mañanas a inspeccionar la obra. Ponéle un pito me dijo, y yo le puse un pito del lado del mal para que la vieja supiera que no debía propasarse. Y del lado del bien le acoplé un molinete de florcitas que daba vueltas y largaba una brisa perfumada.

El flaco estaba enloquecido de contento, aunque de a ratos se iba de nuevo al pozo y te inflaba las guindas con la madrina, y qué porquería que soy, cómo me gustaría estar muerto. Pero yo le dije Atenti viejo que a tu madrina no la conozco, y si querés rompo la Máquina ahora mismo. Me atajó desesperado. Largó la madrina y empezó con la griega y la pulsera que le iba a comprar en Escasany y el cuerpito de la griega.

Bueno, a la semana ya me había patinado cinco lucas entre fierros y laburo, pero el artefacto estaba listo. Se te caían las medias cuando lo veías funcionar. Por todos lados salían palancas que subían y bajaban. En la parte del mal le instalé una taza de carburador y vos veías detrás del vidrio cómo se llenaba de un humo negro cuando la Máquina estaba haciendo una cabronada. Pero lo más lindo que hacía esta Máquina era que con el acelerador a fondo empezaba a sacudirse sobre unos resortes que le puse, y entonces parecía un mono que se hamaca.

A la otra mañana viene el flaco y me cuenta que la vieja está esperando. Cómo vamos, le pregunto. Treinta por ciento, me responde. Asnaf, le retruco. Es un afano, protesta. Como quieras, le prevengo. Bueno, dice. Bueno, digo.

Esa noche pido prestada una chatita y cargo la Máquina, que no pesaba tanto porque más que nada era lata pintada y aire de caños. El flaco propio sale a abrirme y me mira como si no me conociera. Qué desea, dice. Quiero hablar con la señora. ¿Por qué asunto? Ahí ya casi me estoy haciendo pis, pero le sigo la corriente y entonces nos hace pasar a la Máquina y a mí. Sube una escalera larguísima, golpea en una puerta y lo oigo chamuyar en lo oscuro. Cuando vuelve sigue serio como perro en bote. Entre, dice, y cuidado con eso, no raye.

Ni una mano.

Antes de subir le echo un último vistazo y lo veo leyendo un libro sobre una mesa con un mantel limpito y un florero con claveles que le ha puesto la madrina. Atorrante.

Me largo cuesta arriba con la Máquina y a cada escalón parece que me vengo en banda. Pero al fin llego al descanso, me tapo la boca con la bufanda y el melón con el funyi que traje a propósito como me aconsejó el flaco, Peter Lor en pinta, y cuando sale doña Rosario no digo nada porque él ya la tenía conversada y cuanto menos hables, mejor. Ella me besaba las manos de contenta y le corrían las lágrimas por la cara. Cuando vi que además se parecía a mi vieja que en paz descanse, se me hizo un nudo en la barriga. Metí la Máquina en la pieza y le dije Atención señora que a mi izquierda es el mal, cuando suena el pito pare. Piense en la persona, pero no más de cinco segundos que sinó la fulmina, ojo. Haga el bien, señora, haga el bien, y le mostré cómo funcionaba. Y a que no saben lo que hace esta vieja, va y se arrodilla frente a la Máquina que se hamacaba igual que la mona Porota y se pone a rezar hasta que yo muevo la palanquita y la paro. Entonces ella corre a la cama, mete la mano bajo el colchón, cuenta cincuenta lucas y me las da y empieza de nuevo a besarme las manos y tiene una cara tan noble con ese pelo blanco y qué sé yo que ahí nomás casi me deschavo.

Lo que me salvó fue que en ese momento suena el timbre de la calle y yo aprovecho para tomar el espiante. En la escalera oigo que el flaco dice: Adelante doña Carmela y me cruzo con esta otra vieja de ojitos negros y nariz puntuda que parece una lechuza de campanario y no sé por qué toco madera y le hago la gambeta. El flaco se ríe al verme la cara, y me cuenta que las dos viejas se detestan y por eso se visitan, y que doña Carmela es bruja y le practica el mal de ojo a su madrina. Pero después se pone serio. Venga la guita y ya no se manda la parte de que no me conoce. Sos un Judas, flaco, esto no se hace, mientras reparto los billetes. Uno para vos y uno para mí pero él no me contesta ni me pierde de vista los dedos. Entretanto las viejas charlan allá arriba.

Cuando se acaba el reparto el flaco va al aparador y saca una botella de 8 Hermanos, sirve dos copitas y se manda un brindis. Pero en mitad del brindis le agarra la risa y empieza a hacer chuf-chuf como la Máquina, y yo también me río mientras el flaco sirve otra copita y esta vez parece que se atora y se dobla en dos, chuf-chuf-chuf.

En eso oigo que las viejas se despiden allá arriba, se dan muchos abrazos y que sigan tan bien y tan linda, no se le notan los años. Doña Rosario cierra la puerta de la pieza y la Carmela se queda un ratito parada en la punta de la escala y nos mira desde lejos como un cuervo desconfiado. Tengo que darle una patada al flaco para que deje de reírse, parece que este animal se ha mamado con anís.

doña Carmela se agarra bien de la baranda, revolea una pata para bajar el primer escalón y recién me doy cuenta de lo escachata que está. Estoy por subir a ayudarla, porque así no va a llegar nunca.

Entonces oigo la Máquina.

Al principio es un ruido suavecito y me alegra el corazón saber que doña Rosario está haciendo el Bien, si hasta creo que siento el perfume de las flores. Pero de golpe el ruido

aumenta y yo que conozco a mi Máquina sé que viene embalada, ya anda por las dos mil errepé y sigue acelerando. El cielo raso empieza a temblar, ojo, señora, piense en la persona, y de golpe suena el pito, haga el bien señora, no más de cinco segundos, si se pasa la fulmina. Y no sé por qué estoy mirando el pie de doña Carmela y la veo que refala y se viene en banda, escalón tras escalón, y en cada uno se va rompiendo una costilla, rápido al Durán, yo me tomo el raje.

Ahoga digan ustedes si no es mala leche. Haber inventado la Máquina del Bien y del Mal y no acordarme cómo hice. Porque he reventado pilas de motores al divino cuete y nunca más sentí esa voz que me decía esa biela aquí y esa válvula más allá. Digan, melones, si con una máquina como ésa yo no estaría lleno de guita y qué necesidad tendría de estar hablando con ustedes.

Un kilo de oro[13] (1967)

a Piri Lugones

13 "Los Oficios Terrestres" es un cuento nuevo, aunque lleva el título de mi libro anterior. Continúa a "Irlandeses detrás de un gato" y precede a otras historias.
"Cartas" está emparentado con "Fotos" a través de algunos de sus personajes. He usado cierto material documental, que debo a la generosidad de Jorge Sarudiansky.

Cartas

Cuando su papá vendió el forté, compró el forá, Estela se hizo pis en la cama. Su madre la dejó sin postre y estuvo fruncida todo el día. Estela andaba por los rincones dibujando con el dedo en las paredes y de tanto en tanto la miraba pero ella seguía fruncida y la tarde se alargó sin que su papá viniera a sacarla de su amargura. Detrás del vidrio y la cortina de cretona las nubes se volvieron doradas, rosadas. Salió a la galería. Ya anochecido apareció el capataz por la avenida de aromos y después, al tranco, los peones que largaron los caballos, encendieron un candil en el fondo del galpón y sacaron baldes a la bomba.

Al fin lo vio venir, desensillar junto a la segunda casuarina, una sombra más oscura dentro de la sombra. Caspio resoplaba bajo el chorro de la manguera y la voz del hombre: Tungo. Quieto, mierda.

Estela aguardaba con un llanto congelado listo para disolverse, pero él no la alzó en brazos como otras veces. Le acarició la cabeza al pasar, hola, pichona, y entró rápido en la sala donde su madre cerró la novela, puso la mejilla y

—Supongo que ya te habrá contado, pero Jacinto Tolosa no quería que le contaran nada y Estela se escurrió tras él resbalando contra los muebles, los ojos desafiantes clavados en su madre hasta que una corta carrera la puso fuera de su alcance en el escritorio donde estaban las cosas: el recado de plata y las muestras de cereales, el Winchester, el plano del

campo y fotos amarillas de viejos toros con grandes sexos en el blanco cegador de las paredes. El capataz esperaba en la puerta visteando la luz, y Tolosa que llamara a Cipriano porque le iba a dar las cuentas. Y el hombre alto y oscuro:

—Bueno patrón, y por qué.

Para que aprendiera a ser chambón y lujoso, quebrarle dos terneros en una semana, y que no le saliera conque ese caballo era duro de boca. Firmá el recibo.

—Por mí, no hay necesidad.

Poné una cruz, entonces, y Cipriano se agachó, firmó con una cruz y guardó los cuarenta pesos en el tirador.

—Mamá es mala —dijo Estela.

Él la aupó en las rodillas y le dijo todas las cosas que Estela quería oír. El domingo saldrían a dar la primera vuelta en el auto nuevo y nadie era tan bueno como su papá aunque hubiera echado a Cipriano que una vez la llevó a pasear en la rastra por el alfalfar.

Pero es que a uno nadie le regaló nada, padre. Yo no compré el campo a mil pesos la legua ni le cambié a los indios una tropa de caballos blancos por medio partido de Maipú. Esos eran tiempos, puro órdago. He tardado mucho en comprender que el autor de mis días, que en paz descanse, era un tarambana. El 89 fue para él el año de la desgracia: nací yo y vino la crisis. Lo agarró con unos papeles en la mano, que no eran muchos, pero se quedó espantado, con una blancura de temor en los ojos, y siempre supo decir que allí estuvo a punto de perder toda su fortuna, que al fin apenas alcanzó para darnos una educación a don Juan y a mí, y casar a las chicas. Todavía en el año dos pudo comprar cualquier cantidad de campo en Tornquist a treinta pesos la hectárea. Pero no, eso era inmoral, la especulación era el diablo mismo que se había metido en los huesos de la gente. Vivía pronosticando una nueva crisis, al fin la ansiaba más que nada en el mundo, y como la crisis no vino, llegó amargado al fin de sus días. ¿Sabe lo último que dijo? "Ya van a ver".

El cura Trelles tomó delicadamente el naipe con el pulgar y el dedo medio y lo hizo subir y bajar en una cascada de monos motociclistas.

—Era un hombre sin fe.

Tolosa volvió a reír y se guiñó mentalmente un ojo, mirando la mandíbula de hierro, el pelo ceniciento cortado al rape, la formidable vida concentrada en los ojos y en las manos. ¿Cómo se hace para reunir ese poder? La fe, sin duda. Si las malas lenguas no mentían, el cura Trelles era el autor del más encarnizado acto de fe en la historia de la Iglesia.

Usted me comprende, padre. Cuando llegué aquí, no había ni alambrados. Tuve que pelear una barbaridad para que me reconocieran títulos, mojones. Primera y única vez que me sirvió la profesión.

—La verdad, doctor —interpretó el gerente del Banco—, uno no entiende por qué uno se mete en un rincón como éste.

Tal vez usted no entienda, Bianucci, porque se mueve con papeles, ficciones al fin. Y además usted no se mete, lo mandan. Pero uno lleva la tierra adentro de la sangre.

—Eso es cierto —dijo pensativo el mayor, que tomaba su vermú a tragos muy pequeños y picaba de un platito: a cada berberecho una frase corta y hondamente meditada. —El país —un berberecho—, el país sólo empieza a comprenderse —otro berberecho— en el campo.

Respiró hondo.

El cura comenzaba a sentir el síntoma vespertino y paseaba la vista con creciente nostalgia sobre la plaza, que se abarcaba entera desde el segundo piso del Fénix. A las ocho quedaba todavía un poco de luz en el cielo, y contra esa luz se recortaban negros y acuchillados los andamios que encerraban como un bicho canasto la forma amada del templo en construcción sobre el espectro de la vieja iglesia que un incendio inexplicado consumió hasta los cimientos.

—También el futuro tiene sus ruinas —dijo suspirando y levantándose—. ¿Cuánto perdí?

—Dos cajas —le informó el gerente.

—Anótemelas.

En la plaza el cura Trelles se cruzó con Bibiano que era mudo y medio tocáme un gato y como siempre empezó a bailar frente a él y a señalarlo con el dedo.

—Vade retro —decía el cura entrando y saliendo de los conos de luz de los faroles. Las baldosas estaban llenas de cascarudos idiotizados, bichos que crecían prematuramente, tal vez en un día. Hacían crach bajo los zapatos. Crach, como el bromista invisible que pedorreaba a su paso desde los balcones del Cívico. "Nido de masones", tocando el cabo del revólver que famosamente llevaba bajo el cinto.

Y contra eso no hay vuelta, mayor. Si uno se para a esperar la crisis, no hace más que provocarla. Lo que hace falta son decisiones.

El mayor andaba por las aceitunas.

—Yo creo —un pinchazo— que tal como van las cosas —otro pinchazo— tiene que venir algún cambio.

Una vez por semana, después de la partida de póker en el pueblo, el doctor Tolosa experimentaba la punzante sensación de que había hablado demasiado o —tal vez— con gente que no estaba a su altura. Sólo en el párroco presentía un igual, pero había demasiadas cosas de por medio. Todo eso le hacía más liviano el regreso por el camino de tierra casi a ochenta en el forá: que aquella tarde tocó bocina en la entrada de la calle mientras un peón corría a abrir la tranquera por donde pasó en un remolino de polvo hasta pararse frente a la casa soltando chorros de vapor.

—¡Cayó el peludo! —gritaba su papá besándolas y abrazándolas, alzando a Estela más alto que nunca como si quisiera hacerle ver el mundo a la altura de su cara de bronce ablandada en sonrisa y los ojos de piedra oscura donde a ella le gustaba meterse.

¿Lo iban a comer con perejil y pimentón como los peones? Él se rió tanto pero al dejarla en el suelo le dio un billete de cinco pesos que su madre rescató en el acto:

—Para la alcancía.

Esa noche llegaron todos los autos y Estela oyó desde su cuarto la marejada de voces que parecían pedir algo y luego la voz solitaria de su papá diciendo que no: las palabras sueltas caían como piedras en un pozo, ambiciones, patria, el chaparrón de aplausos tapado por la sábana, el perfume lavanda, las manos de su madre: que había empezado a engordar y levantarse tarde. Andaba por la casa enfundada en grandes batones floreados y siempre parecía estar pensando en otra cosa, con una gran mirada absorta y puesta más allá de las paredes. Ya no fumaba ni siquiera a escondidas de papá. Estela, asombrada, la oía cantar:

Al pie de un rosal florido
Me hiciste un juramento…

El doctor Gerardo Nieves llegaba a visitarla casi todas las semanas. Se encerraban en el dormitorio y después se quedaban sentados en los sillones de la galería, bajo las glicinas perfumadas, hablando hasta el atardecer de personas que ella no conocía: una señorita Aire y una señora Cati. Le pareció a Estela que entonces se ponían tristes y meditó contarle todo a su papá que siempre estaba a caballo en el campo y volvía de noche cubierto de tierra. Pero lo único que hizo fue preguntarle si su madre estaba enferma.

—El mes que viene va a estar bien —dijo.

Un día de verano Estela hizo las cosas prohibidas: descalza a la mañana en el rocío del pasto, el rayo del sol y las ciruelas calientes a la siesta, la muñeca extraviada, la fiebre por la noche soñando que su madre se moría, se moría y se moría.

Pero no, si de ésta no te vas a morir, Felisa, aunque sería mejor en el futuro dejar las cosas como están, la pareja, el casalito, el deber cumplido sin alterar los índices demográficos, porque como dice tu marido diez millones de argentinos sobran para treinta millones de vacas, ¿y por qué no está aquí? Pero ella prefería que no estuviera, sufre mucho, ¿sufre?, y había una reunión decisiva en el comité. Gracias Gerardo, tomándole la mano.

¿Caliento más agua, doctor? No, Herminia, ya está todo en orden, y ahora Felisa te conviene dormir, y ella iba cerrando los ojos casi sin querer con un amago de lejana complacencia debajo de la piel de la cara todavía amoratada sin oír ya el ruido del auto que venía más despacio que de costumbre, tanteando la madrugada, porque era cierto: Jacinto Tolosa se desangraba frente a las cosas que no podía manejar personalmente.

¿Y qué decía el árbol, pichona? Secreto, el árbol aciago oscuro como un brujo, cada hoja recortada en azul hortensia que iba a ser blanco, devenir ceniza, pero él quieto y mudo como si no hubiera el sol que otras veces lo encendía en un millón de lucecitas, uuush, antes que sintieras llegar el viento, pero ese día no, vení a conocer a tu hermanito, no, aquella cara con los pelos pegados de sudor, no, ratita, no, hasta que al fin accedió, simuló. Todo lo iba a olvidar menos el árbol —¿olmo, álamo plateado?— que el 7 de enero de 1931 estuvo negro de corazón acompañándola en el sentimiento, porque era suyo aunque estuviera en la loma de Moussompes: que andaba por allí y algo le habrá visto de triste inconsolado Domingo Moussompes para bajar de la trilladora con las manos cruzadas plenas de trigo que puso en la falda de Estela y Estela mordisqueó como si fuera su vida. Y Lidia Moussompes también vino y se quedaron sin hablar sentaditas en el pasto junto al alambrado, adonde una vez por año pero nunca en la opulencia del verano Jacinto Tolosa se llegaba para decir:

—¿Y?

para escuchar:

—Todavía no, doctor, para quedarse mirando el campo que Domingo Moussompes se llevaba entre barba de choclo y sombrero de paja en la dura cabeza:

Setenta y dos ectareas el halambrado es vueno sieteilos por los dos costados los palos á quince metros y una cabezera: las casas son dos piesas y cocina paredes nuevas no se desacen ni con la hacha la tierra es vuena produse lo que siembra.

Calentura, llegó a tener Tolosa con esa loma. Ninguna mujer lo calentó tanto; ni Felisa, Gerardo. Aunque yo doy fe que este hombre tan calumniado a quien mucho deben el partido y la provincia, nunca tuvo ojos, pensamientos para otra mujer fuera de la propia, y que fue, a su manera, un verdadero cristiano, aunque no se confesara conmigo.

Es que sinceramente padre, yo creí que íbamos a otra cosa, que esa gente no volvería. Pero ahí lo tiene al peludaje listo para prenderse de nuevo al queso, y acá mismo vamos a perder, ¿por cuánto Argañaraz?

—Doscientos votos —dijo el comisario mascando su asma y su toscano, pero llegaron a trescientos. Y menos mal que se rectificó el rumbo, se anularon las elecciones, se puso una valla a la corrupción y la demagogia, y ahora ganamos por cuánto, Argañaraz?

—Por cuatrocientos.

Milagro, certificó el cura. Fraude, calumnió *La Tribuna* doce horas antes del empastelamiento. El comisario investigó: forasteros. Ortega, que fue a reclamar, se cagaba en él.

—No sea mal educado —reprendió Argañaraz—. Qué lenguaje para un periodista, un hombre culto.

Unas balas perdidas entraron por la ventana del Cívico una noche en que no había ningún festejo y en que no estaban adentro más que Ortega, el doctor Nieves y don Alberto Irigorri, dueño

de *El Progreso*. La actividad social disminuyó sensiblemente a raíz de ese desgraciado episodio.

—Nos llevan por delante, Ortega —admitió Gerardo Nieves—. ¿Qué escribe?

"Desensillar hasta que aclare". Era el título del editorial con que *La Tribuna* se reintegraba a la liza, sin perder un ápice de su espíritu de lucha, después de los penosos acontecimientos que son del dominio público:

—Obra de irresponsables —sentenció Tolosa.

Don Alberto no dijo nada. Durante semanas le zumbaron los oídos y anduvo haciendo gestos como de sacudirse los caireles de la araña. A él le interesaba el mus y no la política. Había dejado de ir al Cívico cuando Irigoyen le infirió esa ofensa personal de poner el Banco Nación frente al almacén y los paisanos retiraron la platita. Volvió de puro aburrimiento al morir su mujer en manos de la partera. De todos modos, Uriburu también lo había traicionado: el banco prosperaba y a menudo veía a Bianucci parado ostentosamente "como un tendero" en la puerta por donde entraba y salía gente e bota o alpargata, rastra o faja.

—Ignorantes —murmuraba.

Tolosa se reía.

—Pero hacen bien, mi amigo. El país cambia. No van a guardar la plata en el colchón.

Durante treinta años la habían guardado en el almacén y a nadie le faltó un centavo. Ahora la confianza se venía abajo, los papeles reemplazaban a las palabras. Puso un letrero: "No se fía a clientes de otras casas". Bianucci bajo cuerda le hacía saber los saldos de los depósitos: un millón doscientos mil pesos en abril de 1932.

La cifra naufragaba en el inmenso tinglado al que Estela siempre entraba boquiabierta, apretando fuerte la mano de su papá, bajo los sucesivos pisos de claridad, penumbra, noche donde flotaban recados, ollas, un bote y altísima una cama.

Tolosa tomaba una sangría alargando sus necesidades al azar de la conversación. Un tambor de fuloil, uno de nafta. Así que su chico ya camina. El antisárnico salió medio flojón.

—Quita la lana sin dañar la sarna —bromeaba don Alberto.

Déme Cooper esta vez. El mío empieza a gatear. Diez rollos de San Martín.

¿Está por alambrarlo a Moussompes?

De eso ni me hable. Una bolsa de sal, dos de galleta. El lápiz iba y venía, sumando.

—Me parece que falta algo, doctor.

—Una granadina —dijo Tolosa simulando no ver el hoyuelo que se formaba puntualmente en la mejilla de Estela. Después apareció un billete—: para los vicios.

Estela lo guardó jurando por tres cruces no decir una palabra.

Cinco pesos poca plata, el ritmo incansable subía por el piso a los pies, al corazón, a cada sonora madera o vidrio crispado. Su madre cambiaba al pequeño Jacinto sobre la frazada gris y negra con rayas blancas y rojas, pero Estela trepó a la cama de arriba, apagó, prendió, apagó la luz amarilla en su burbuja esmerilada. El campo retinto entro en el camarote, en su cabeza. Mecida hasta encontrar algo extraviado: Cipriano la llevaba en la rastra sobre la alfalfa, su papá la hamacaba en las rodillas, dormía suspendida en la cama de don Alberto. Una voz clamándola se resolvió en fogonazos de bruma: ahí abajo estaba el campo madrugado detrás de los chorritos en el vidrio. Los hilos del telégrafo subían, bajaban. Adiós, vaca. Adiós, tranquera. Tordo. Su madre se lavaba los dientes repitiendo su nombre en un buche y la nena bajó de espaldas, piernas flacas, culito empinado bajo el camisón. El espejo le sacó la lengua sobre el lavatorio raro que después se guardaba. Canilla, bronce, temblor, su cuerpo se estremecía de susto en el cruce de vagón a comedor sobre el aire rápido sableado

de pastos. Mamá verde, Jacinto un solo puchero, el mundo brillaba en la cafetera y el mantel, en las vías del costado que el tren de golpe se tragaba y devolvía, y lejos irrumpían de la niebla puentes, señales, chimeneas, el trueno sólido de la estación, y *millones* de personas.

—Me importa nada —dijo Lidia—. Mi papá me va a llevar más lejos —mientras Estela le mostraba en el secreto de la siesta los zapatos de Les Bébés, el vestido de Harrod's, la foto coloreada y una deslumbrante memoria de ascensores, letreros luminosos y tranvías que a Domingo Moussompes le costó conjurar. Claro que la llevaría más lejos, a Santa Fe, donde estaban los campos más grandes, las fortunas mayores. Él conocía todo eso en cien leguas a la redonda:

y a lo mejor devi quedarme cuando fuy con tropo de Estrugamou que tenia una invernada alla y me quisieron yevar de capatas de estancia y capatas de tropa, y no fuy por mi hermano Felipe B. Moussompes que yo lo respectava como si fuera mi padre porque el fue quien los ha criado.

Pero, ¿había ascensores? Moussompes se rascó la nuca. Y, tendría que haber. Eso había progresado mucho desde que él estuvo en 1911. Seguro que ya tenían ascensor en alguna de las estancias más grandes, ¿no Benedita?

Benedita sentada junto al fuego espumaba la olla con una mano y con la otra sujetaba al bebé prendido de la teta.

—Ha de haber.

Lidia debió conformarse. Los hermanos le peleaban al padre, que estaba cansado y quería comer y acostarse en la otra pieza donde después empezarían esos ruidos: su padre que resoplaba y su mamá que gemía, o quizá fuera al revés. Domingo Moussompes se había casado tarde y andaba por los cuarenta y cinco pero tiraba fuerte y en la cama estaba hecho un pibe. Benedita era más ligadora que yegua cuesta abajo. Lidia no entendía estas cosas que debían ser divertidas porque su padre se moría de risa; y un poco sucias porque

Benedita: que se callara, que están los chicos. Entonces era peor. Él se ponía a cantar:

Abrile que viene mayo,
Dijo una corralera…

Benedita iba a dejar el bebé en el dormitorio y tardaba en volver, para no oírlo:

Cimbréale que está de un aspa,
Y abrile el caballo afuera.

Las canciones eran muchas, pero a todas les cuadraba el mismo final, alargado, sentencioso y triunfante:

¡Y no le dejés nada afuera,
Por lo que putas pudiera!

Moussompes, alzando el vaso de vino:

—Aplaudan, chicos.

Los chicos aplaudían con fervor y él iba a mitigar a Benedita que le daba la espalda y se quitaba sus manos de encima. Fuera zafado, hasta que le agarraban las cosquillas: Que se vuelca la sopa. Había llegado el momento de comer, de acostarse, de oír ese ¡ah!, ¡ah! que todas las noches hacía su mamá, de dormir soñando en un tranvía que iba por el campo y era igual al auto del papá de Estela, pero muy largo y con muchas ventanitas.

¿Quién hizo el primer agujero en la cortina del for? La mica se quebraba entre los dedos: chac, chac. La mica era amarilla y cuando uno la doblaba se rompía de golpe: chic. Estela fue.

No importaba. Una mañana trajeron el chévrole cerrado y don Alberto se llevó el for, aunque no lo necesitaba

en absoluto (dijo) y era nada más que para pasear al chico. Mauricio no había conocido madre, andaba ya por los cuatro años y siempre estuvo en manos de sirvientas. Don Alberto no sabía cómo apaciguar el remordimiento paterno. Consultaba cada detalle con la muerta que se le aparecía en sueños, pero todo seguía insatisfactorio. La niñera de turno, por ejemplo, era limpia y alegre, pero a veces se olvidaba de dar de comer a Mauricio. ¿Qué hacer? La muerta fue perentoria: que se acostara con ella. Don Alberto obedeció, dócil y aterrado. Las cosas mejoraron sin cambiar en apariencia. El patrón y la mucama se trataron siempre de usted.

—Perdóneme, padre, porque he pecado.

—¿Y qué has hecho, a ver? —dijo el cura Trelles, alzándola en las rodillas.

Estela, criminal, anonadada, se hundió en memorias turbias de su vida: juguetes rotos de su hermano, encantamientos verbales anti-madre, hasta llegar a esa piedrita blanca palpitando, respirando sobre el cráneo de Jacinto.

Pudo ser una desgracia, admitió el confesor, y ¿desde cuándo las nenas jugaban a la payana?, pero entonces Estela lloró, la piedra subía y bajaba sobre el círculo de piel indefensa, y Jacinto se iba a morir aunque siguiera tan tranquilo sentado en la cuna mientras el cura, última *ratio,* sacaba un caramelo de las profundidades negras y se lo cambiaba por aquella piedra.

—No tenías uso de razón —resumió—. Dos avemarías, una salve, ¿Sabes rezarla?

—Zi —lloriqueó Estela.

—Ahora tienes uso de razón. Anda —una palmadita en la nuca, otra en las nalgas y ella se fue apretando el caramelo con el alma recién lavada y blanca, zalve, esa lúcida telita.

Así eran de buenas las cosas: no había hecho nada especial por adquirir el uso de razón, vino simplemente, después del último portillo por donde el humor de su papá desfiló ganaderías; después que su nariz tomó es apequeña

curva final, y la hermana Genovena, alzándole el mentón: qué bonitos ojos. Con la misma facilidad, felicidad, recibió a Jesús.

—Yo casi me desmayo —dijo Lidia Moussompes devorando pálida la torta después del chocolate, y Estela entendió perfectamente. Inseparables, las unían mongolfieres y aeroplanos sobre mares azules de lámina: istmos, penínsulas, golfos, montañas, llanuras; aroma de pizarritas, soplos últimos, lecciones de cosas:

1. Las alondras se cazan con espejuelos.

(Estela: Papá, ¿qué son espejuelos?

Lidia: Papá, ¿qué son alondras?)

2. El agua con sal es lo mismo que la sangre y las personas heridas que toman agua con sal en el campo de batalla suelen aliviarse.

3. Lo peor es morir sin arrepentimiento de los pecados, pero si uno reza a la Virgen con anticipación, ella interviene: caso del suicida que se tiró del puente, rezó un acto de contrición en el camino, fue al cielo. Había muchos probados, como ése.

Alta, Estela Tolosa, huesuda y burlona. Lidia Moussompes redonda, colorada, creciendo en pecas y largos ojos verdes. En mayo vinieron y fueron todos con flores a Porfía que madre nuestra es. En junio vino y se fue el zepelín. Octubre: Dios de los corazones.

Pero no te juntes tanto con ella, no sea que te cobren la amistad. Del esquinero para aquí, todo lo que quieran: a la estancia no vayas porque después les andan faltando cosas, y al primero que venga a preguntar lo saco con la escopeta. No, mi mascota, si papá no está enojado, un poco de ravia no más, ra-via dijo Moussompes, que a algunos les vaya tan bien, y él sin saber para qué lado caer, porque si sembraba trigo el precio se venía abajo, y si compraba en la feria no llegaba

nunca el día de mandar a plaza donde de todas maneras los estaban esperando los buitres de Liniers.

Pero, ¿se quejaban antes? No. ¿Ahorraron? Cualquier día. ¿Hicieron mejoras? Ni un poste. ¿Le echaban la culpa a los verdaderos responsables? Tampoco. La culpa la tienen los que vinieron a poner un poco de orden, a sacar el país de la bancarrota, y seguirán recibiendo agravios cuando haya en cada plaza pública un monumento a cada demagogo.

—Igual da pena —dijo el martillero.

Claro que daba pena, Despervásquez, toda esa ruina venida de golpe en los ranchos, miseria de haciendas al suelo, tucuras intereses y mermas y fletes y bunges y bornes. Y usted dijo, en el bar del Roma, lo que era más que un deseo, una vaga idea de cosas legales y justas:

—Estamos todos en el mismo brete, doctor —y Tolosa medio se le rebotó.

Todos no. Usted que respira por la herida. Ellos que quieren encajarle al frigorífico los guampudos que trajo don Juan de Garay como si los ingleses fueran sonsos, ¿eh, Lynch? Sí, ya sé que usted no es inglés, no necesita repetírmelo en cada oportunidad.

El sombrero de paja en la mano de Lynch jugaba con una mosca solitaria empeñada en posarse en su cara enorme, redonda y colorada. Bebía complacido un White Horse, y estaba al margen de pequeñas disputas, enfrascado en las guías de embarque.

—¿Alguien lo oyó quejarse a Tolosa? Él perdía más que ninguno, pero confiaba en las reservas morales de la nación. Cuando pasara esta tormenta iban a desaparecer los improvisados, los arribistas, los aventureros, y quedarían los que siempre debieron ser, los que tienen raíz de pasado y visión de futuro.

Entró el capataz, guiñando en la penumbra del bar, la cara terrosa y el rebenque colgado de la muñeca.

—Embarcamos, don Jacinto.

—Vamos —dijo Tolosa y Lynch se paró con él—. ¿Se queda, Despervásquez?

El comprador del frigorífico palmeó distraídamente el martillero y se puso el panamá al salir. Detrás de la plaza en el fondo de la calle una polvareda amarilla iba rumbo a la estación: tropa 132, 240 novillos, 529 kilos en pie por cabeza, procedencia "La Felisa".

¿Qué tenía Herminia debajo del vestido? Cuando salía de su pieza y cruzaba el patio en dirección a la cocina, Jacinto se acostaba sobre las baldosas para ver, o la acechaba y se zambullía de golpe sin conseguir nunca una vislumbre del misterio. Señora, mire al nene. Pero Felisa no miraba. Por esa época empezó a tener palpitaciones, mareos, algún desmayo que Gerardo no pudo diagnosticar. Sufría quizá de neurastenia, de una tristeza que se agravaba por las tardes cuando se quedaba sentada hasta el último bermellón del crepúsculo oyendo crecer el silencio.

—Tendrías que ir a Buenos Aires, ver un médico en serio —comentó Tolosa.

—Ir y quedarte, Felisa —replicaba Gerardo—. Esto nunca fue para vos.

Los dos hombres tiraban por elevación granadas de rencor y desprecio sobre un usado campo de batalla donde era tarde, Gerardo, tarde para irse del campo que, ya está dicho, no aman las mujeres argentinas. No le importaba más que el porvenir de sus hijos.

Pero de eso se encargaba Tolosa, marcando con lápiz colorado las anexiones al plano, que previó desde el comienzo los campos que fueron vecinos y eran propios: quinientas hectáreas de las chicas —sus hermanas— que administraba desde el año veinte y podía comprar cuando quisiera porque estaban viejitas y sólo confiaban en él; más la isleta del difunto Rosales que negoció con la viuda rodeada de hijos y de bártulos en

la misma estación del tren; y el cuadro que en tiempos de los radicales pleiteó durante años a beneficio de aquel italiano sordo chacarero sin familia que al mandato del nuevo juez se mandó mudar después de oír clarito los pesos de lástima o regalo pronunciados en voz argentina, clara y valiente. Todo limpio, consolidado, crecido, sin más deudor que el banco, que al fin estaba para eso, ¿no? Bianucci sonrió con la grasa del asado reluciendo en el bigote, en la mesa larguísima tendida de manteles, escarapelas y botellas, contra la polvareda de los últimos piales ya festivos de los peones.

—Pruebe esta carne, Morán —decía Tolosa, y el intendente probó, se extasió, cayó en efusiones patrióticas.

Las conversaciones crecieron, los chismes de las señoras y las corridas de los chicos, hasta que llegaron los brindis y un jovencito de cuello duro se paró con un papel en la mano y dijo señoras y señores. El comisario lo boleó al cruce, dando un puñetazo en la mesa:

—¡Que hable el doctor, carajo!

Las señoras se taparon la sonrisa y miraron de reojo al cura que absolvía con una carcajada la salida de aquel bárbaro, hijo, mira que eres bocasucia.

De golpe se oyó la risa en los eucaliptos.

Acepto, señores, porque se me pide con empeño que excede mis convicciones de modestia. Acepto, porque vivimos momentos en que el país, la provincia, el partido, reclaman el concurso del último de sus hijos. Acepto, porque después de este sacrificio volveré con la frente más alta al lugar del que siempre estuve orgulloso: al pie del arado.

Volaron sombreros. El comisario disparó su revólver al aire sobre el mar de aplausos. En consecuencia el doctor Jacinto Tolosa pidió al electorado de su circunscripción que votara por él para senador, y el electorado votó, con fervor y aun con insistencia, soliviantado en una ola de cánticos patrióticos que conmovió hasta las tumbas de los muertos:

hubieran querido votar por él. Almas piadosas ayudaron a satisfacer esos deseos de ultratumba.

Ahora viajaba a La Plata dos veces por semana, echaba un sueñito o un párrafo en la legislatura, se codeaba con grandes estancieros y hasta con el gerente del frigorífico. Sus novillos se educaban a la par. Aprendieron a dar el peso justo en la romana y el setenta por ciento de *chilled* en las planillas. De noche soñaban con un viajecito cultural a Smithfield.

—Es un misterio, doctor —se burlaba suavemente Despervásquez—. Aquí nadie saca más de ochenta pesos por cabeza y son novillos iguales a los suyos.

Tolosa sacaba cien pero el ministro Duhau, ciento veinte. Las jerarquías estaban a salvo. Es que yo mantuve la fe, padre. Cuando parecía que todo se iba a desmoronar, cuando los escépticos dudaban, cuando la traición apuntaba en el seno mismo del partido, yo seguí creyendo en el país.

Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando. Jacinto quería morir así. Ir al fin del mundo en un aeroplano hasta deshacerse en fuegos artificiales sobre la plaza entre los aplausos de todos, y mamá llora, pero Estela muerta de envidia. Los aeroplanos de Jacinto eran un Junker trimotor de plomo, un hidro inglés de madera, un biplano con cuerda. Siempre se estaban peleando. Aunque los pusiera lejos, terminaban por agarrarse a tiros o se chocaban en el aire y caían al suelo lanzando llamaradas rojas.

—Vos lo hacés chocar —dijo Estúpida.

Ella tenía cosas más importantes en qué pensar desde que la Madre Superiora entró en el aula revoleando el crucifijo de plata y explicó que la guerra era espantosa, pero el paganismo peor, y que además los negros habían empezado, matando a dos italianos y comiéndolos vivos, y les pidió que ofrecieran mortificaciones a Jesús por la salvación del mundo. Mortificaciones de Estela:

a] Renunció al postre (esta chica está enferma).

b] Regaló el *Billiken* a Jacinto, que lo hizo trizas.

c] Pisó la soga a propósito en el recreo.

d] Una piedrita en el zapato.

e] Soñó, noches seguidas, con un negro enorme que la perseguía con una horguilla.

—Ésa no se cuenta —reprobó la hermana Úrsula—. ¿Y vos?

—¿Yo? —dijo Lidia— ¿Yo?

—Soy el condechano —triunfaba Jacinto—. Soy el italobalbo.

A don Alberto Irigorri el primer cañonazo que estalló en Madrid le destrozó el corazón. Al décimo se había repuesto. Pronosticaba catástrofes mayores, el derrumbe de una civilización de promesas falsas, papeles manchados y bancos de la Nación. Entretanto, tenía sus ojos clavados en el hierro, que iba a gobernar el mundo. Almacenaba montañas de chapa, estibas de rollo de alambre, cajones de herramientas. Eran su arma secreta contra Bianucci.

—El oro vencerá al hierro —provocó el doctor Nieves.

—Usted es una buena persona, Gerardo –replicó el *almacenero*—, pero no entiende de estas cosas.

Los radicales habían vuelto a la política, a los sueldos de combate según *La Tribuna* (segunda época). Gerardo escribió a Felisa una larga carta. Siempre la había amado en silencio. Ahora iba a producir hechos que los alejaban para siempre: ella comprendería.

Tolosa soportó en silencio los agravios que su antiguo amigo le infería en el concejo. Una tarde entró en el bar del Roma cuando Nieves salía. En el cambio de miradas, el senador sostuvo la suya una fracción de segundo más que el adversario, según testigos imparciales. De todas maneras, estaba agobiado por la ingratitud de los tiempos, padre. ¿No habían sacado el país adelante? ¿No prosperaba el campo como en sus mejores épocas? Pero la historia tiene alma de puta: prefiere a los noveleros, los inservibles, los impotentes.

Un poco y no lo verían. Y otra vez un poco, y lo verían, consoló el cura en su viejo estilo enigmático y continuó su paseo alrededor de la plaza, luchando con la idea del sermón. Los albañiles habían retirado los últimos andamios y el templo resucitado iniciaba un brillo de dos siglos, testimonio de la fe que anida en vuestros corazones. Coño, lo que tuvo que lidiar con esos chacareros brutos: querían iglesia, pero no querían abrir la bolsa hasta que Dios mandó langosta y granizo. Chitón con eso. Que anida en vuestros corazones generosos El miserable galpón en que vuestros abuelos. Ds-ds. El modesto sitio de recogimiento y devoción que vuestros antepasados construyeron para adorar a Dios entre lágrimas, sacrificios e invasiones de bárbaros. No me interrumpas, Juana. Sí, los cirios en el altar mayor, las flores ya te dije. Albergó el desfile de las generaciones bajo la mirada tutelar de los fundadores. Ojo. El señor Echandi que descansa bajo esta losa. La señorita Anzoátegui cuya sonrisa dulce quisiéramos ver aquí en primera fila, como la vimos tantos años iluminando. Pero guay. Iluminando digo el dilatado ámbito en que triunfaba su caridad recoleta, preñada, no, colmada de. ¡Pero guay carajo si les tocaban el bolsillo, mercaderes, hipócritas, guay si la caridad y el diezmo porque entonces Dios había nacido en un pesebre y vosotros le hubierais dejado allí por los siglos, sepulcros blanqueados, raza de víboras! Hm, un poco fuerte eso. Sobre todo si venía el obispo a la inauguración.

Pero, ¿no obligaron, Señor, a tu siervo a acudir al fuego, no pusiste la antorcha en su mano, no debió celebrar tu misa en la plaza bajo la lluvia en el barro clamando en el desierto? ¿Y entonces no volviste a encender su lengua, no convocaste a plaga, muerte y ruina hasta que sus corazones se ablandaron, y los fariseos pagaron, y los publicanos pagaron y tuviste casa digna?

Las palomas picoteaban en los canteros de la plaza inundada de sol. Contento del cuerpo en abril, aunque el sermón

estuviera fracasando. ¿Qué eran las palabras? El cura Trelles pidió al Señor que mitigara su lengua, que en esta ocasión lo hiciera humilde y simple como esas criaturas que corrían hacia él, aplastando, ay, las flores de los canteros.

—Dice mi papá —jadeaba Lidia Moussompes—, que si no es lo mismo que le mande un cordero.

El cura volvió a sentir en la entraña la acidez de los profetas bíblicos, hasta que puso la mano sobre la cabeza de la chica. Paz.

—Dile que Dios no necesita un cordero ni una fanega de trigo. Que lo necesita a él en su persona el domingo en la iglesia. Que no sea ateo, hereje y cismático. Mierda —conjuró para sus adentros—. ¿Te vas a acordar?

—Sí —dijo Lidia.

—Mi papá también se va a acordar. Mi mamá se está haciendo un vestido negro.

¿Encontraría las palabras justas? La cuestión seguía indecisa cuando se asomó al púlpito sintiendo a sus pies la respiración del pueblo: manchón de púrpura y oro de jinetas, pañolones y velos de mujeres, mar de cabezas gachas hasta las últimas perspectivas de paisanos parados cerca de la salida con las manos y el sombrero entre las piernas. El ojo vivo de *La Tribuna* anotó mentalmente el silencio. Buscó un adjetivo, no lo encontró. El cura miraba los ángeles armados de tridentes y candelabros de luces eléctricas que luego temblaban como si fueran velas. Felisa se humillaba hasta el piso: tal vez este hombre terrible no mencionara a nadie en sus anales de ceguera y de pecado. Tolosa alzó la cara, sorprendido. El reportero vio una mosca. ¿Era el adjetivo? Las lamparitas llameaban, se incendiaban en la cara del padre Trelles. Tolosa se iba parando mientras aquel toro de hombre se desmoronaba con enorme lentitud sobre el borde del púlpito, pronunciando exactamente cuatro sílabas.

Para Tolosa los hombres crecen cuando mueren, y Bianucci, barajando sin cesar un naipe: así es la vida. Las mesas de juego estaban desiertas esa noche en el Fénix, y un silencio pesado flotaba sobre la plaza a pesar de la gente agolpada ante la puerta de la iglesia.

—Lo están vistiendo —murmuró el comisario.

Morán llegó desolado, conteniendo las lágrimas.

—Todos los honores, senador —dijo desplomándose en un sillón—. He decretado todos los honores.

Los honores estuvieron en su vida, en su acción. Tome algo, Morán.

Volvieron a oírse las campanadas fúnebres.

—¿Se sabe al fin lo que dijo?

Había dos versiones. Algunos le oyeron "Jesús amén". Otros entendieron "Jerusalén". Morán explicó las dos: la ansiedad de ver su obra terminada después de quince años de lucha sin tregua resultó demasiado para ese gran corazón.

—Cura gaucho —recitó Bianucci.

Tolosa quedó sentido. Durante semanas casi no habló. Salía temprano a recorrer, pero una vez se le escapó un alambre cortado, y otra una oveja muerta en un pajonal. Pasaban días de vuelo bajo, cortos y grises. Cada tranquera, cada cuadro, era una historia de años: esto se recorría de un galope, padre. Ahora lleva un día. Y sin embargo, era mejor aquel tiempo, se respiraba de otra manera, hasta el aire parecía más limpio. Su nostalgia se acentuaba al bordear la chacra de Moussompes, que ya era casi una isla, circuida por tres costados, una espina en el corazón del campo. Le había ofrecido el oro, y el moro, y nada, siempre aquel cazurro graznido de gaviotas en la estela del arado:

—Un añito más, doctor.

Ya era una forma de ingratitud.

Una tarde Tolosa rumbeó para el galpón, en vez de las casuarinas. Celestino se quedó azorado al verlo desmontar

del caballo que nunca había puesto en manos de un peón, ni siquiera para desvasarlo.

Bañálo vos. Esta noche le das avena, y mañana lo largás al campo.

—¿No lo ensilla más, patrón?

Tolosa no contestó. Iba a pie en dirección a las casas, y desde el día siguiente sólo anduvo en auto.

¿Lo Valvo? Cállate, dijo Estúpida. ¿*Supici Sedes*? Estela se aburría, pero Jacinto empezaba a contener la respiración cuando la polvareda aparecía en el horizonte y no la soltaba hasta que pasaba a su lado el rugido formidable del auto de carrera trepidando en cada chapa, con esa figura rígida como un gran autómata negro de tierra, aceite y antiparras. Los corredores miraban adelante, una raya situada a cien, doscientos, mil kilómetros de distancia. ¿Risati? Yo quiero morir así, exultaba Jacinto. Sus aviones destrozados se herrumbraban en aburridos campos de batalla. Él también se había pasado al bando de los autos.

Iban a esperar la carrera fuera del poblado, donde el viejo camino se bifurcaba: un ramal conducía a la estancia; un error, directamente al pueblo. Tolosa miraba, calculaba, a veces reloj en mano. Lejos todavía, precedido por aquellos rayos polvorientos, avanzaba el macadam. El país que estamos construyendo, padre, surcado de rutas, puentes, estaciones de servicio. Su tristeza se disipó: renacía como el fénix de sus cenizas. Cayeron las tranqueras, las vacas olisqueaban los guardaganados. Era un nuevo acto de fe porque la vida sigue, Felisa, nada la para.

—Eso es lo malo —dijo ella cruzando los cubiertos sobre el plato que no había tocado.

Tolosa suspiró, encendió un cigarrillo. Ya él tampoco tenía ganas de comer. La mucama retiraba.

—Por la derecha, m'hija —murmuró Felisa; y después—: No aprenden nunca.

No les das tiempo, iba a decir Tolosa, pero se calló. Los ojos de Felisa estaban húmedos. Esa tarde había visto otro linyera, su silueta recortada en sangre, caminando por las vías al atardecer. Era horrible. No, nadie pretendía que los mataran, pero ¿no podían caminar por otro sitio? Jacinto dormía, su cara superpuesta a la cara del niño raptado, asesinado: *Crítica* entraba subrepticiamente en la casa. Felisa vivía agonizando, trababa las puertas con barras de hierro, se despertaba de noche para acudir al dormitorio donde le parecía haber escuchando un ruido. Cambió tres sirvientas en dos meses; todas eran cómplices. Al fin Dios intervino: Gancedo se ahorcaba en la cárcel. Pero todavía Felisa alcanzó a descubrir un peón que se parecía a las fotos del monstruo. Tolosa lo despidió.

—Es un periodo difícil —diagnosticó el joven doctor Pascuzi—. Se le va a pasar.

Con este éxito científico inició la carrera que iba a llevarlo tan lejos en la estima del pueblo.

¿Estela? Se había desarrollado según la púdica expresión de su madre. Tolosa no quiso averiguar detalles, pero asistió complacido a consultas en voz baja, intimidades sorprendentes, el fin de una vieja guerra.

El mapa de sexto no tenía mongolfieres. La mano de la hermana Anunziata disolvía diariamente las fronteras, impávida cuando la raya de tiza desbordó París, temblorosa cuando bajó de Albania sobre Grecia. Éstos no eran negros: debía haber alguna explicación en los designios del Altísimo. Estela padecía en Dunkerque. Enfermera, los tanques alemanes la capturaron abrazada al último oficial moribundo. Su heroísmo salvaje espantó al invasor que detuvo el combate hasta que el inglés exhaló el postrer suspiro. Los tanques formaron en una doble hilera, y ella pasó indomable y altiva entre los soldados que le presentaban armas. Pero no le importaba porque su corazón se había ido con el joven rubio, y nunca volvería a amar.

Lidia la codeó.

—Ché —un murmullo.

La hermana Anunziata repetía su pregunta.

—Lado mayor más lado menor por altura —dijo Estela—. Sobre dos —agregó.

Era el último año que pasaban juntas. Moussompes había resuelto que Lidia siguiera estudiando en La Plata, porque allá saben más que acá, y ella era la espiga más alta del pino, esa punta de flecha o mano de ahogado que quería sacar de sí, aunque todos los demás reventaran, Benedita, los chicos y él mismo. Lidia se doblaba bajo esa carga. No faltó en todo el año: hasta esa mañana de agosto en que las ovejas empezaron a parir con cielo limpio y dulce a pesar del frío y salió con su madre para ayudar a Moussompes que hubiera necesitado un peón y miraba el horizonte donde a mediodía apareció una franja color aceituna que a las dos de la tarde era ancha y negra cuando Lidia llevó el primer guachito a casa y empezaron las gotas chatas y heladas y entonces Moussompes vamos carajo vamos metiendo las manos que desaparecían tironeando en el vientre de los animales ya el campo poblado de balidos bajo el aguacero gris se me van a morir granputa pateando las que se quedaban echadas tratando de empujarlas hacia las casas al reparo de la arboleda, pero los animales ponían el anca al viento estólidos como postes bajo el temporal que ya era la noche y si tuviera dos peones y si cambiara el viento, que no cambió aunque Lidia rezaba mientras hacía la comida bajo el fragor del zinc viendo las manchas negras extenderse por las paredes como un mapa mudando de lugar al último bebé que lloraba con la nariz bajo una gotera y Jesús mío que no le pase nada a mi papá que no se mueran los corderos hasta que entró Benedita amarilla muda y empapada quieta luego en un banco mirando la ventana las víboras violetas de los rayos las gotas que resbalaban de sartenes y cáscaras de naranjas los charquitos en el piso de tierra aturdida para siempre cuando Lidia madre de su madre le llevó el plato de sopa atendió a los chicos y se puso una bolsa en la cabeza, pero Domingo

Moussompes entrá carajo enloquecido falta que te mueras vos moviendo los brazos como aspas bajo la lluvia con alfileres de nieve que era lo único que me faltaba corriendo de aquí para allá detrás de la linterna y Lidia volvió a tientas al monte de acacias donde se acurrucaban apenas cinco ovejas lamiendo sin ganas su cría y siempre de culo al viento que no cambió hasta la madrugada.

Cuando Domingo Moussompes vio por fin en la turbia luz el tendal que ya estaba en su corazón y él también entró despacio enorme y tambaleando cruzó las dos miradas despiertas hasta llegar al borde de la cama donde se acostó boca abajo y empezó a llorar y llorar.

Y esa misma tarde reapareció Tolosa, última vez, junto al alambrado donde se secaban los cueritos, le habló como un amigo, y ya Moussompes agarraba la plata y se estaba yendo al norte a buscar las estancias grandes, porque siempre dijo que el día que se mandara mudar se iba a Santa Fe, lo mejor era eso para su gusto, las fortunas más grandes, todos los campos alfalfados, y además tenía ese amigo vasco, Martiren, que lo quiso hacer quedar de capataz cuando le llevó la hacienda en 1911.

Tolosa vio la mirada del hombre perderse lejos y volver después a sí mismo, a un duro núcleo de obstinación, perversidad, estulticia,

—Le agradezco, doctor —y seguir cuereando.

—Pero qué quiere, mi amigo —rezongó Bianucci ladeando la cabeza y sobándose el bigote—. Ojalá yo pudiera darle un préstamo a todo el mundo.

¿Para qué estaba el banco, entonces? Bianucci contuvo una sonrisa a la altura de los ojos celestes y saltones.

—Vea, Moussompes, con usted quiero ser franco. No hay un peso. Están cerrados todos los créditos.

Pero, ¿estaban realmente cerrados? No, señores concejales. Aquí tengo copias de dos resoluciones por las que se otorgan créditos de cincuenta mil pesos cada uno a este

personaje cuya influencia es nefasta y corruptora en todos los sectores de la comunidad.

El señor presidente hizo notar al orador que estaba fuera de la cuestión.

he señalado más de una vez a vuestra honorable atención sin esperanza alguna de ser oído por quienes de hecho resultan cómplices y beneficiarios de maniobras como la que permitió desviar la ruta nacional.

El señor presidente hizo notar al orador que estaba fuera de la cuestión.

de su trazado primitivo para hacerla pasar frente a su estancia e instalar en la entrada del pueblo la primera estación de servicio; cuyas haciendas se negocian en condiciones de privilegio.

El señor presidente hizo notar al orador que estaba fuera de la cuestión.

que jamás consiguen los humildes pobladores de la zona; que ha logrado silenciar toda voz opositora adquiriendo por vía de un notorio testaferro el único diario del lugar, y que hoy maneja al intendente, a la policía y a este honorable cuerpo.

El señor presidente pidió al orador que retirara la expresión agraviante para el concejo.

llegando en su impudicia a conseguir por medio de otro notorio testaferro la licitación para pavimentar doce cuadras céntricas con financiación bancaria, quedándose con la ganancia del crédito y de la obra a despecho.

El señor presidente admitió que si bien el orador estaba ahora dentro de la cuestión, había vencido el tiempo reglamentario por lo que debía levantarse la sesión.

"No concretó sus denuncias el doctor Gerardo Nieves", destacó *La Tribuna*. Pero don Alberto lo felicitó calurosamente en el bar del Roma.

—Duro con el banco —decía mirando de reojo a Bianucci, que tomaba su café en otra mesa.

Claro que después iban a caer a él, los mismos que en el 1928 corrieron a sacar su plata. Pero él no podía aflojar un centavo aunque se le partiera el corazón. Con las últimas chapas y caños galvanizados que andaban sueltos por ahí estaba redondeando la montaña de hierro sobre la que se sentaría a contemplar el desastre. Lamentaba mucho.

Un sol tibio entraba por el balcón de la escribanía la mañana en que Moussompes acudió a firmar la escritura de hipoteca del campo: 1.200 pesos al diez por ciento adelantado.

—Todavía está a tiempo —dijo el martillero, que insistió en acompañarlo—. Yo que usted no firmo.

Pero qué iba a hacer, Despervásquez. Si no firmaba, no podía mandar la hija a estudiar afuera. Quería dejarlas en buen punto, no en corrales. Ésa era la herencia que les daría, por lo menos a Lidia.

Que prometió escribir todas las semanas, pero Estela: todos los días, y se rieron arreglándose una a otra el pelo o el moño mientras los chicos tironeaban de la falda de su hermana y Moussompes dueño del andén. Ese día llevaba hasta sombrero. El telegrafista bromeaba mirando de soslayo a la muchacha de alto busco y ojos brillantes, cómo era don Domingo que no lo había invitado a tomar mate a su casa, y Moussompes: El que sale bueno no erra.

Ya no había más jaulas de gallinas y tarros de leche que subir al furgón. Con la primera campanada empezaron los rápidos besos y lágrimas. Moussompes irrumpió en el grupo y Lidia desapareció en sus brazos. Después trepó al coche, reapareció en la ventanilla en movimiento. Era feliz, tenía ganas de llorar y con un sobresalto reconoció en el paso a nivel el sulky vacío y atado al alambre.

Estela caminó en dirección a la plaza. Las hojas de los plátanos amarillaban, pronto empezarían a caer. El for blanco de su papá estaba frente al Fénix. Entró y se sentó a esperarlo: el calor de la siesta ida quedaba prisionero en el tapizado, y

quiero decirte que me aburro mucho en el pueblo este año, aunque algunos profesores son fenómeno y el de historia es un churro, trae revistas y las lee en clase, y en geografía tenemos un viejito tartamudo que todos le tomamos el pelo. ¿Sabés quién se me declaró? El hijo de Morán. Lo estuvo pensando tres días y las chicas me avisaron así que fue un plato. Me tomó la mano en el cine y yo la retiré, y después a la salida me dijo que gustaba de mí, con esas mismas palabras. Me quedé ¡asombrada! y le pedí tiempo para pensarlo porque quería hacerlo sufrir un poco pobre pero después me dio lástima y le dije que seguiríamos siendo amigos. Acá ya empezó el frío qué bodrío. Esta tarde fui a pasear sola por el monte pelado se oían las torcazas entre las acacias, pensaba mucho en vos. Qué lástima que tu papá te mande a estudiar a La Plata y otra vez con las monjas, pero él sabrá. A lo mejor te envidio, el pueblo está hecho un barreal con las lluvias por tu casa no he ido, creo que están bien. El otro día me crucé con Nélida al salir del colegio, tan grande que no la conocí. A tu papá suelo verlo de lejos en el campo, parece que le fue mal con el maíz o el girasol, vos estarás enterada.

Pero es que todo lo hacen a destiempo, no escuchan los consejos, no leen siquiera los diarios. ¿Cómo van a progresar así? Se dan lujos de rico y cuando quieren acordar están endeudados hasta la manija. Entonces se sientan a gemir y arar con el culo. ¿Ayudarlos? Nacieron sabios y cuando les duele el callo del pie son capaces de pronosticar la cotización del mercado además de la lluvia.

—Usted siempre tiene razón, doctor.

No es que él tuviera razón, Despervásquez. La razón estaba en las cosas.

La razón de las cosas fue invisible para Moussompes ese año. Cuando llegó la cuenta del tercer bimestre del colegio, y el primer vencimiento de intereses, y médico y remedios para los chicos que engriparon todos al mismo tiempo, liquidó la mitad de las ovejas que acababa de comprar, se emborrachó

fuerte en "El Progreso" y a fojas 23 el declarante le oyó decir que habría que carnear ajeno y no dejarse agarrar en momentos en que sustraía una oveja del campo lindero de don Andrés Almada. Estamos en condiciones de informar que la detención del susodicho Moussompes se debió a un acto de arrojo personal del comisario Argañaraz, quien lo sorprendió *in fraganti* delito sin que atinara a usar la escopeta con que iba armado. En conversación informal con este periódico aseveró el comisario que el tal Moussompes tiene antecedentes de cuatrero. Se investiga en su campo la existencia de numerosos animales sin señalar. Era tiempo que las autoridades tomaran cartas en este asunto del cuatrerismo que durante tanto tiempo ha constituido un descrédito para la zona.

Esa tarde Estela caminó hacia el alambrado, como antes, y se sentó en el suelo. El árbol estaba verde en todas sus hojas aunque sólo unas pocas en los bordes se encendían y apagaban. Si hablaba, no lo oía.

Yo sé que debería escribirte Lidia pero esto es demasiado espantoso para vos. No sé cómo empezar, me siento perdida y al final es posible que no te escriba. En casa ni quieren que se hable, y por eso he venido sol a mirar tu casa y estar triste con vos aunque no estés, y quiero que sepas que soy tu amiga y te quiero mucho, y es terrible que los hijos carguen con las culpas de los padres.

—Papá.

Tolosa alzó los ojos de la correspondencia. Estela lo miraba de frente, mandíbula apretada, ojos desafiantes. Él sonrió apenas mientras sacaba papel de fumar y tabaco de la tabaquera.

—*Desensille*, m'hija —humedeciendo el borde del papel, armando el cigarrillo entre los pulgares y los índices—. Ya está en edad de comprender algunas cosas.

—Tenés que hacer algo.

Estela se aflojaba, ahora sí parecía a punto de llorar. Tolosa no lo quiso permitir:

—Bueno, pichona, ya veremos. Mañana hablaré con Argañaraz.

Lástima que el preso ya estaba en la cárcel de Azul a órdenes del juez. Carajo, ¿qué apuro había? Ninguno, doctor, pero en la comisaría faltaba comodidad. Argañaraz se pasaba la mano por el pómulo donde tal vez tenía una mancha amoratada.

Morán se rió.

—Pegaba fuerte el vasco.

Esa noche el comisario tardó en dormirse. Daba vueltas en la cama, se ahogaba con el asma. Siempre ocurría lo mismo al llegar la primavera.

—¿Sabés una cosa? —dijo.

Su mujer le traía un té de valeriana.

—No entiendo a la gente.

Ella se quedó sentada en la cama acariciándole el pelo ya canoso de las sienes, viendo ablandarse cada arista de la cara hasta que se quedó dormido, sin comprender todavía, oyendo el primer canto de los pájaros: que venía en oleadas desde lejos y Moussompes podía distinguir cada agudo y cada bajo, pero ninguno volaba sobre el trigal quieto y extenso. Sólo el canto en ráfagas sobre su cabeza, una burla de urracas, el chillido excruciante de una banda de golondrinas. ¿Ciego? Veía el trigo sin hálito de viento. ¿Iban a bombardear? Se despertó a las cinco y estaba oscuro en las paredes de piedra, con algo de ceniza en altas claraboyas detrás de las rejas, si lo soñaban a Moussompes en la cárcel, pero no se dan cuenta que y me estoy yendo para la Provincia de Santa Fe, a un pueblo que se llama San Gregorio con mi amigo Martiren, y después de esta guerra pienso venir a comprar hacienda a su feria, señor don Eduardo Desperbasques,

muy señor mío:

El objeto de la precente carta es en saludarlo y al mesmo tiempo en decirle que haber si me lo habla al Comisario:

Algarañaz, por si puedo vender unas cuarenta ovejas orejanas y entrarían cinco ceñaladas y deven entrar veinte corderos al pie que son las que handan queriendo decir que son robadas y que son de las últimas ovejas que compre en su feria, señor Eduardo Desperbasques.

De mi no se que ira á resultar vino un Abogado: por 800. pesos dice que me saca. Es un crimen tener que pagar para salir si no estoy acusado por nadies mas que el Comisario: y sumariante por conceguir galones me salieron una noche al cruce y ya traian la oveja mañada me emprendieron á trompadas en mi casa y garrotasos en la Comisaría: tenía que firmar lo que ellos querían.

Lo malo es la plata preciso una mina entrada ninguna solamente alguna loteria. Y vea Desperbasques. voy á tener que vender el campo y le encargo: averigüar si hay comprador. No ve que las hijas claman paga papito que vamos á trabajar de cirvienta y te vamos a devolver la plata y que quiere Desperbasques. yo creo que al hombre mas corajudo se le ablanda el corason. Vinieron una noche no me dejaron verlas siete hijos y la madre ocho también habran creido que era hurtada la familia y todo lo que han hecho conmigo: es ansi. Y la unica venganza que los queda es mandarme mudar del pago a Santa Fe, no quiero que nadies me vea mas la cara hacer de cuenta que estoy muerto. Vueno Desperbasques, le pido disculpa porque ando muy nervioso las palisas los avusos ciempre mal la cabeza el óhido la memoria mal tomando remedios ciempre estoy fatal que sea lo que Dios: quiera actte. S.S.S. Vale. El Doctor. Tolosa. queria comprarme el campo alo mejor sigue interesado.

Pero mi amigo, qué hago yo con ese potrero, cardal y salitre, y las veces que le ofrecí comprarle fue por la aguada que él tenía, pero ya puse otro molino.

Así que Tolosa no compra, Moussompes.

El andén estaba casi vacío y Estela creyó que Lidia no llegaba. Fue la última en bajar y cuando se abrazaron pareció que todo iba a ser como antes hasta que vio crecer en su cara aquella fea mancha de obstinación, distancia y vergüenza. ¿La llevaba en el auto de su papá? No, ahí venía su hermano a buscarla. ¿Pero se verían? Sí, mañana.

—Gracias —dijo Lidia y la besó en un impulso demasiado breve, caminaba ya por el andén junto a su hermano sin ver al jefe ni al telegrafista ni al comisionista que charlaban debajo de la campana. Tinti chasqueó el arreador y una película de polvo empezó a caer en la tela azul del uniforme de Lidia que después besó su madre y sus hermanos, sacó los libros de la valija y mientras los envolvía con mucho papel y los sepultaba en el baúl comprendió que ya no lloraría, ni siquiera al verlo, después que le revisaron la cartera *le hicieron abrir el paquete y ponerse en la fila* hasta que él apareció detrás de la reja con el pantalón celeste desvaído sin cinto ni faja, la chaqueta que le quedaba grande la cabeza rapada los tapones en los oídos, y tendió las manos que se quedaron nomás en el alambre. Así se estuvieron mirando, respirando en los puntos de luz de los ojos iguales, hasta que los de Moussompes tomaron ese color de película de cal y metió la mano en el bolsillo para sacar un pañuelo que no terminaba nunca, sonarse las narices y guardarlo sin que todavía hubieran dicho una palabra de las pocas que había por decir y que Lidia debió gritar para que él oyera: Mamá y los chicos bien, Nélida y yo vamos a buscar trabajo. Y él: tenía que salir pronto, o serían las ganas, pero si era acusación policial, ia él no lo acusaba nadie; si no lo habían agarrado con nada ajeno. Les había tirado atrás todo el sumario, los pidió a careo: no vinieron; pidió la causa a prueba: ninguno lo acusaba. Entonces tenía que salir.

—Pero vamos a esperar hasta diciembre o enero —dijo el abogado—. A ver qué pasa con el gobierno y las elecciones, saber a quién hay que tocar.

¿Qué esperaban que pasara? Esa gente siempre vivió de fantasías. Y ahora no les bastaba una diferencia de cien mil votos, que era una sanción moral, un reconocimiento del pueblo a la obra que estamos realizando sin ellos, contra ellos, a pesar de ellos. Al pie de una montaña de papeletas, Felisa, Gerardo Nieves lloraba transfigurado en cocodrilo por el acre certero humor de *La Tribuna* mientras tu marido volvía al llano con dignidad y propia decisión, la cabeza alta, a velar por intereses que ya no era lícito seguir sacrificando.

Pero el mar Felisa devoraba el pueblo y el tiempo, avanzaba desde el horizonte altísima muralla disolvía acantilados y se iba con su sorda marea de papeles y de caras dejando a tus pies un borbollón de arena y unas piedritas redondas.

—¡No te vayas tan adeeentro!

Estela luchaba deleitada con aquel pulso potente salobre que la embestía a la altura de los pechos, la alzaba encendiéndole todo el cuerpo, la acunaba, la dejaba caer despacio, y no te podés imaginar cómo me divierto. Estoy hecha un camarón, ayer mamá me dejó ir a bailar con unos amigos, hay uno que está regio y otro te tengo reservado para vos, lástima que no podamos estar juntas, te extraño y te extraño.

PD. Espero que haya salido tu papá.

—¿De dónde, dijo?

—De La Seca —contestó el viejo—. Le llamaban, por una seca grande que hubo en el setenta o a lo mejor fue en el ochenta. Ajá. El dueño era un gringo rosillo y un día en el invierno se encontró con unos indios que lo mandaron de vuelta desnudo y él ni se dio cuenta porque andaba siempre en pedo. Sí señor, y son de cobre.

El viejo volvió a soltar dos sílabas de risa aunque los ojos parecía que lloraban pero no, era el color amarillo del tiempo

en la córnea, algunas venitas rosa y aquel modo de mirar como si estuviera al lado de un fogón. ¿Pitaba?

—Le voy a aceptar. —Silvestre Barraza fumó despacio, en cuclillas, las manos largas y negras rozando la punta de las alpargatas—. Mucha vaca muerta. Ajá. El tendal. Pero eso fue hace que tiempo, señor. Yo soy del sesenta y uno. Ajá. El tendal. Pero eso fue hace quetiempo, señor. Yo soy del sesenta y uno. Ajá.

Un hombre de su edad, en la cárcel. Como si alguien que no fuera él pudiera acordarse de lo que había hecho. ¿No quería que lo hiciera soltar con su abogado?

—Francamente, señor —dijo Barraza—, francamente. Para qué quiero yo salir. Para qué.

Pero yo lo que quiero es haber si el abogado: me saca pronto de la cárcel: ya estoy yeno y las hijas claman amares paga papito y a mi se me va el alma de dolor se me cae el corason de ver lo que los pasa. Así que venda nomas el campo con la vace de 85. pesos la ectarea es muy varato pero tengo que vender que sino el abogado: no me hace la defensa. Tengo que salir a fayo del Juez. Doctor. Cesar. G. Gayoso y el sumario negro pero dice el abogado: que me vá sacar en mayo y me hecije 400. pesos adelantado y los otros 400. á la salida. He retificado el sumario de nuevo por estar mal de la cabeza para declarar y estoy livianito como para saltar al rio tengo testigos los espero sereno como agüa de tanque que vengan á careo: pero no an venido no van á venir. Vea si todavía al comisario: se le vá poner fea si yo le se una nidada que tiene con un carnisero: ahi vamos haber de á cuanto los toca. Haber Desperbasques si le adelanta 100. pesos á mi mujer Benedita. A. de Moussompes. para vicios y ropa para los hijos pero sin orden mia no le de ningun centavo. Se me van á quedar con toda la plata en abogado: si ahi que aligerarse que sino no voy á tener para ir á San. Gregorio. Provincia. de Santa Fe. Y también le encargo averigüar si encuentra colocación para las hijas. La Lidia. se puede garantir como vuena para cualquier

trabajo que sea y muy haceada y la Nélida. mucama o niera, que les den de comer a los mas chicos ahora.

El tiempo vá lindo campo sobra para las haciendas caras. La Guerra. Europea, esta fuerte ninguno quiere aflojar estan bravicimos los Ejercitos. Yo no hago mas que obcervar cuando puedo algun diario: me parece que las haciendas vienen al suelo después de la guerra. No se descuide con lo fiado que lo van á dejar en la via los Bancos: no perdonan á nadies. Estos dias es como mi cárcel: no se cuando salgo ya hace siete meses que estoy ansi. Vueno Desperbasques, venda el campo la confiansa que tengo en usted que lo concidero el mejor hombre del pueblo por eso es que lo clavan yo no lo voy á clavar porque no piso mas mis pagos no quiero que nadies me vea mandarme mudar: a Santa. Fe. P.D. Lastima el Doctor. Tolosa. se haya arrepentido yo preferia que comprara el save tratar la tierra:

La tierra y la ley y la gente, Tolosa, y algo insobornable y desnudo que es él mismo, caminando en silencio en la penumbra de las siete de la mañana. Tose un poco, un ruido como de piedras revueltas dentro de una lata, pero pasa pronto y es el cigarrillo que puede dejar cuando quiera. Va al baño, expulsa gases nocturnos; eso no se oye porque ha abierto con fuerza una canilla. Enciende la estufa. El agua se calienta desde hace una hora en la serpentina. El baño es corto pero la friega con la toalla es larga y enérgica, y entonces la sangre se pone en movimiento. Toda la sangre, Tolosa. Ya puede pararse frente al alto espejo sobre las baldosas crema con dibujos celestes: un metro setenta y cinco, setenta y cuatro quilos, 53 años y ni una gota de grasa en el cuerpo, blanco salvo los brazos hasta el codo, salvo la cara hasta el nacimiento del cuello. Porque ahí es oscuro y tatuado para siempre por el sol, y eso es lo que ve la gente: la cara y los brazos oscuros. No esos pelos grises del pecho, no las piernas casi lampiñas, no el sexo poderoso a medias erecto en esa hora temprana. Pudo ser un padrillo si hubiera querido, pero nunca

le prestó demasiada atención. En eso fue simple como los animales, padre: tomó a Felisa cuando la necesitaba y ella consintió con o sin ganas. ¿Había quemado algo de sí mismo? Tal vez: un cambio deliberado, no un sacrificio. Enjabona, pasa la brocha, se mira. Algunos pelos demasiado gruesos en las cejas, algunas arrugas en la cara bien tallada cuya piel apenas cede a la presión de los dedos y la navaja. Le inspira una confusa ternura esa cara. Senador, doctor, Jacinto, chiquito. ¿De quién? Eso se pierde en el tiempo, ya no lo necesita, ya no necesita casi nada. El café lo espera en la cocina. Lo tomará solo. Después llevará él mismo la bandeja con el desayuno a la cama de su mujer. Después subirá al auto y calentará el motor. Después irá despacio rumbo al pueblo entre árboles grises, alambrados relucientes de telarañas, potreros donde recién empieza a levantar la cerrazón. Hará tiempo retirando unas cartas en el correo, unos bultos en la estación, una docena de bulones y unos torniquetes en el almacén de don Alberto, que se está poniendo nomás las botas con su montaña de hierro. Todavía le quedarán unos minutos para tomar un café en el Roma y leer en *La Nación* su cuota de Stalingrado o Guadalcanal, antes de ir al remate y sentarse como uno más en un tablón de un brete.

Poca gente. Tolosa respondió a los saludos y estudió las caras con indiferencia, después de la oferta inicial por la base, antes de hacer por primera vez la seña del as de espadas al martillero, que

—¡Es una vergüenza, señores! —clamaba—. ¡Ustedes no han visto lo que vendo! —agotando las instancias de la agresión y de la súplica, a la una, los desafíos a la astucia y el amor propio junto con las invocaciones a la historia y al glorioso futuro; a las dos, el último suspenso y la mirada de despecho sobre la rueda de caras estólidas—. Vendí —dijo, y: —lo felicito, doctor —cambiando de máscara, sonriendo

porque había concluido su papel sobre el tablado, primer agonista de la única función de teatro que el campo conoce.

"Lo siento, amigo Moussompes, hice todo lo posible". Y era cierto, las cosas andaban mal, la incertidumbre, la guerra. "Por lo que estimaré me envíe su conformidad con la cuenta" de honorarios de escribano que otorgó poder, certificados de venta, cancelación de hipoteca y de intereses, escritura de cancelación, honorarios de abogado defensor, adelantos a su señora, cancelación de deuda bancaria, avisos de remate, comisiones pagadas, "y con el saldo".

Que no era casi nada, don Silvestre.

—Ajá —murmuró el viejo sacando la pava del brasero—. ¿Gustaba?

—Le voy a aceptar —dijo Moussompes.

—Sí señor y son de cobre. Un día vinieron los indios. Me escondí en un monte y me topé con uno que también se andaba escondiendo. Ajá. Vamos a ver quién gana, y nos pusimos a mirar. Y cuando vi que ganábamos nosotros, le dije: Dispará. Y disparó nomás.

—¿Dónde fue eso?

—En La Seca —respondió el viejo.

—Está bravísima la guerra.

—Ha de estar.

—Puede ser que si se corta, los suelten a los de menos causa.

—Sí, señor.

¿No daban más los alemanes? Jacinto había entrado en el Afrika Korps. Tobruk era un árbol de hojas temblonas que estaba detrás de las alambradas, en una loma difícil de tomar si no era por sorpresa. Por eso Jacinto y su rifle del nueve se arrastraban en silencio mientras la guarnición dormía. En lo alto de la fortaleza había un centinela negro que miraba a todas partes. A mil quinientos metros de distancia Jacinto apuntó con su infalible fusil: tac. El centinela huyó. Ahora podía acercarse más. El trapo colgado del árbol era el cuartel

general; la lata agujereada, el polvorín. El disparo arrancó astillas verdes de la fortaleza. Mala suerte. En ese momento lo sorprendió la carga de la caballería.

Estela decía palabras atroces y yegua sobre yegua hacía crepitar el látigo desde lo alto. Jacinto se respaldó en Tobruk. Era suyo. La ráfaga de ametralladora zumbó junto a su oreja. Entonces se replegó en orden y cuando estuvo a distancia favorable levantó el terrón más grande que pudo encontrar y lo tiró en dirección a su hermana, que había desmontado y tocaba el árbol, sus heridas fibrosas y apenas húmedas.

Estela llevaba un mensaje. Su papá vendría a hablar con Benedita pero hasta fin de año podrían quedar en la casa si Moussompes no salía antes de la cárcel. ¿Escribió?

—Sí —dijo Lidia—. Escribió:

Benedita y mis hijos:

Les deseo felicidad que yo regular á Dios: gracias y Nuestra. Señora. de Luján. Mi causa vá despacio yo no se que piensan hacer conmigo no me ponen en livertad y no me faya el Juez. Los otros dias le escribi á el abogado: asunto de mi causa que espero hasta fin de año y de ahi vá por mi cuenta. Yo creo salir en cuanto pace noviembre y sino perdere mis 400. pesos pero tengo muchas apelaciones las Camaras: la Corte: tiro fuerte ellos creian que yo me iva á quedar quieto estropiado pero al ver que no salgo le sacudo á todos lados. A mi la cárcel: no me hace nada lo unico que pido es slud ohi cumplo 55. años: mal empleados y le tiro á otros 55. yo nunca aflojo ni queriendo y estoy hecho un pive sin vigote. Lo que mas ciento es la plata se me vá. tras que vendi mal el campo. Ahi le escribo á Desperbasques. que te entregue 100. pesos y despues de eso no ahi mas que no ahi mas campo para vender y si alguno pregunta si tengo plata le dicen que nó que yo le estoy dando de lastima á la familia tengo que largarme al suelo del todo si ellos son ligeros yo los sobro como puchero de estancia. Tambien le mando 25. pesos á la Lidia. para que me compre un villete de Loteria: para Navidad. puede que saque la Grande: y

de no paciensia. Yo siempre para Santa. Fe. cuando salgo aqui no me quedo mas que voy hacer mal mirado por el mundo entero tachado de lo ultimo y alla tengo ese amigo vasco creo no me vá dejar morir de hambre mi amigo Martiren.

La vida que paso no he pasado nunca comer y dormir los presos son todos vuenos secos nomás presos por cosas que no tienen inscificancia. Ahi esta un hombre de Bolivar. Ledesma. por unas cosas que no vale la pena tiene 8. años esta por morirse y no lo largan. Yo creo devo salir para Navidad: si Dios: quiere para ir donde estan mis hijos. Contesta en ceguida no te as muerto pero como cosa mala no muere saludos á mis hijos y vecitos que pronto vá ir papa como van a llorar de contentas mis hijas y todas estas lagrimas las causa alguno que me avorrece por conceguir galones con sus amigos y los juezes: son todos uno, hacen y desacen, pero ya les vá a tocar si a cada chancho le yega su Sanmartin si todavia se le vá a poner fea al comisario:

Que cuando vinieron los calores empezó a soñar de nuevo con el mar, una llanura azul que pudiera contemplar cada mañana al levantarse, aunque fuera en Necochea o San Clemente, porque ya estaba harto, sabés, harto del pueblo.

—Pero el mar es malo para el asma —dijo su mujer.

Entonces él se enfureció. Veinte años de trabajo y sacrificio que al final nadie agradecía, una vida al servicio de los otros, de sus enjuagues y tramoyas. ¿Y qué había sacado en limpio? Una bala en una pierna, un cansancio en cada hueso, un enemigo en cada oscuridad y las noches en blanco mirando el cielo raso y pensando en el mar, en algo grande y tranquilo que valiera la pena quedarse mirando en sus últimos años. Así que quiero irme, doctor.

Que estaba en su derecho, dijo Tolosa, y lo vamos a extrañar porque nadie conocía este pueblo como usted.

Que en la semana viajaba a La Plata, hablaba con el jefe y gestionaba el traslado.

Que la decencia y el orden reinantes en la zona eran su mejor recompensa, pero eso no obstaba a manifestarle su reconocimiento personal.

Que una sola cosa quería preguntarle, porque lo venía inquietando, y era: qué pasó con su ex vecino Moussompes aquella noche que lo tomaron preso.

—Usted lo sabe bien, doctor —dijo el comisario—. Era un cuatrero. Se me escapó durante meses y de alguna forma tenía que agarrarlo.

Que no lo dudaba pero de quién era la oveja que le encontraron encima.

—Me extraña —dijo el comisario— que haya esperado tanto para preguntarme eso.

Que de todas maneras se lo estaba preguntando.

—Como si usted —dijo el comisario subiendo de color y envenenándose de a poco— no hubiera conseguido lo que pidió durante años.

Que ésa era otra cuestión y que, mierda, no le alzara la voz.

El comisario se aguantó firme, casi heroico, frente al crecimiento de la justicia y de la cólera.

—Aquella oveja era mía.

—Carajo —murmuró Tolosa—. ¡Carajo! —gritó. El juez;

—Qué lástima, doctor. Ayer dicté sentencia.

El objeto: de la precente carta es en saludarlo y en decirle que el juez: me fayo 6. años. Lo que me tenia molesto es los hijos e hijas que esperavan el fayo del juez: ali papito: con eso los vienes a vuscar; yo no les mando decir nada porque van á llorar á gritos. Pero lo que mas ciento mis 400. pesos al abogado: David. Bordenave. no me presentó ni defenza para fayo de juez: hagarro los 400 pesos y se quedo chato igüal como si le uviese dado una torta de á diez: vamos haber ahora para fayo de las Camaras: mañana le escribo que no vaya hacer el mismo papelón. La familia esta bien estan colocadas las tres: la mujer: y las hijas mayores: ganan 30. pesos por mes cada. una. Nélida. con Doña Victoria. Y la Lidia, con la señora:

del Doctor. Tolosa, cuanta alegría; para mis hijas y para mi mucho más. Los 6. años: me hacen efecto: ando fatal de nervioso. Los otros sevan y yo quedo solo, les digo ando loco: Amelchor. Romero: Mi hermano Fernando. les ha escrito: á los Velloso. que son de los Ejercitos. y yo creo que van avenir: los Ejercitos. no me van á dejar estropiado: con 6. años: enfin que sea loque Dios: quiera: habre nacido para sufrir á la vejes: en hadelante queda por estar tras la reja: tenga suerte: reciva usted los mejores aprecios á sus ordenes. actte

—Por la derecha, m'hija —murmuró Felisa.

Estela trataba de captar la mirada de Lidia detrás del vapor de la sopera, pero Lidia la esquivaba, tal vez para no soltar la risa.

—Pobre —comentó después Felisa—. Está un poco abatatada, el primer día.

—Con tal que dure —dijo Tolosa.

Apenas terminado el postre, Estela fue a su cuarto. Detrás de la ventana abierta sentía los últimos hálitos del verano. Soplaba el viento, caían hojas, ladraba un perro. Cuando se apagaron las luces de la casa, salió en puntas de pie a la galería blanca por la luna. Lidia no se movió al oírla entrar en su pieza. Se metió en su cama y lloraron abrazadas. En medio de todas las desgracias había una suerte: ahora estaban juntas y no se separarían nunca, nunca.

Pero si alguno pregunta como vino Moussompes á la cárcel no hencuentra á nadies que tenga la culpa. Y la ravia mas grande que todos los ladrones mas grandes estan sueltos y la gente aca en la cárcel pobre que da miedo. Las familias con los hijos claman pero no ahi caso ahi que ver las cartas que manda de afuera la pobreza. El que no cae es el que tiene plata ese es el mejor juez y abogado: pero ya les vá a yegar va á venir la igüaldad sin pedirla la avundancia de todas las vacas al suelo. Y yo voy á venir Desperbasques á comprar hacienda á su feria: yo no pienso morir nunca yo pienso volver con los

Ejercitos cuando no haya una mata de pasto porque haora estoy del lado de los Ejercitos: entonces van hacer las deapeso no va haber compasion. Tengo acistente, la gente muy pobre, y ya no puedo ver mas lastimas que las mias.

Los oficios terrestres

En la más temprana y cenicienta luz del mes de junio, después de la misa y la escuálida ceremonia del café con leche tibio en el tazón de lata que mantenía con vida al pueblo todas las mañanas, el cajón de la basura se alzaba tan alto, poderoso y pleno en la leñera, detrás de la cocina y frente al campo, que el pequeño Dashwood empezó a bailotear y patear el suelo e incluso las tablas del cajón en un ataque torrencial de furia mientras gritaba "Me cago en mi madre", cosa que al fin multiplicó su dolor, cólera y vergüenza, porque amaba a su madre por encima de todas las cosas y la extrañaba cada, cada noche cuando se acostaba entre las sábanas heladas oyendo lejanos trenes que volvían a su casa y lo partían en dos, una mano acariciante y un lloroso cuerpo defraudado.

Pero el gato meramente ladeó la boca, prendió un pucho y apoyó el largo cuerpo contra la pared, vigilándolo con una ambigua sonrisa que resbaló sobre el pequeño Dashwood como un pincel pintándolo amarillo de burla y desprecio y desquite largamente postergado.

Era el día siguiente al de Corpus Christi, el año 1939, cuando como es sabido el sol se alzó sin obstáculos ni interrupciones a partir de las 6.59, cosa que ellos no vieron, ni les importaba, ni resultaba creíble, porque esa luz enferma yacía desparramada sobre los campos en jirones lechosos o flotaba entre los árboles en espectros y penitentes de niebla.

En amaneceres más claros, un horizonte de vascos lecheros, negros, ágiles y vociferantes detrás de las grandes vacas y su aterida cría, se recortaba contra el cielo en los fondos del campo que la caritativa Sociedad de Damas de San José nunca se resignaba a vender —aunque cada año recibía una oferta más ventajosa— porque en su centro se alzaba alto y desnudo el edificio que ellas mismas construyeron en los años diez para colegio de pupilos descendientes de irlandeses.

La caritativa Sociedad nos amaba, un poco abstractamente es cierto, pero eso es por que nosotros éramos muchos, indiferenciados y grises, nuestros padres anónimos y dispersos, y en fin, porque nadie sino ella pagaba por nosotros. Pero el amor existió, y de ahí que las damas en persona vinieran a celebrar con nosotros el día del Cuerpo de Cristo, trayendo consigo al auténtico obispo Usher, que era un hombre santo, gordo y violeta, y ojalá siga siéndolo si no fue sometido contra su voluntad a una de esas raras calamidades que ocurren justamente a cada muerte de un obispo.

El obispo Usher celebró los oficios divinos y después gozamos un día de afecto casi personal con las damas, que se desparramaron por el edificio como una banda de cotorras alegres y parlanchinas, queriendo ver todo al mismo tiempo, acariciando tiernamente la cabeza más pelirroja o más rubia y haciendo preguntas extrañas, verbigracia quién construyó el palacio de Emania en qué siglo y qué le ocurrió finalmente a Brian Boru por rezar de espaldas al combate. Curiosidad que originó ese pintoresco pareado de Mullahy, que conocía las reglas del arte poética:

Oh Brian Boru
I shit on you!

Pero estas eran preguntas que sólo el padre Ham podía responder, y no respondió, mientras se ponía cada vez más colorado y sus ojos perforaban su propia máscara de sonriente compromiso, disparando sobre nosotros una oscura promesa de justicia que vendría apenas las damas dejaran de ser tan encantadoramente tontas y entrometidas, es decir mañana, queridos hijos míos. Aquellas piadosas señoras, sin embargo, no tomaron nuestra ignorancia a mal, sino como excusable condición de nuestra tierna edad. Y apenas el padre Ham restableció su prestigio demostrando que alguno de nosotros podía sumar quebrados en el pizarrón, ellas recordaron que la fiesta era de guardar, y declarándose enteramente satisfechas de nuestra educación, propusieron suspender la clase, a lo que el padre Ham accedió en seguida aunque sin apagar los fuegos de la mirada: esa pequeña peste de fastidio puesta en cada ojo. Salimos, pues, vestidos de azul dominical, al patio de piedra cuyos muros crecían altos hacia el cielo, y jugamos al ainenti y la bolita bajo la mirada cariñosa de las damas hasta que llegó la hora del almuerzo y entramos en fila al comedor donde dimos gracias al Señor por estos tus dones y nos sentamos a las mesas de mármol.

Allí ocurrió el milagro.

El primero que entró encabezando el equipo de seis que servía las mesas fue Dolan, con una bandeja de asado tan enorme que apenas podía sostenerla, y detrás de él vinieron los otros con nuevas bandejas de asado y montañas de ensalada de porotos, y ya Dolan sacerdote de hecatombes regresaba más cargado que antes con los brazos más abiertos como dibujando un himno de victoria.

Nos refregábamos los ojos. Allí había comida para mantenernos con vida una semana, según los criterios comunes. De modo que empezamos a comer y comer y comer, e incluso el celador que llamábamos la Morsa traicionó en la cara un trasluz de escondido jolgorio mientras nos miraba hundir los dientes en la carne que chorreaba su tibia grasa dorada

sobre cada extática sonrisa. Transfigurábamos la memoria del hambre, besábamos la tierra en la tierna harina de cada lúmula blanca, cada transparencia de lechuga, cada fibra memorable a sangre. Pero después, hilera tras hilera de botellas de limonada se asentaron en las mesas, y cuando ocurrió esa cosa extraordinaria, ni siquiera la presencia temible de la Morsa pudo impedir una espontánea demostración del pueblo que se alzó en una ola repentina desde las mesas blancas, aclamando a las queridas damas, y arriba cada brazo, y abajo, y arriba nuevamente aclamando a la querida Sociedad, y nuevamente abajo, arriba, aclamando a la Morsa propiamente dicha, las voces concertadas sonando como el trueno el viento o las rompientes en su libre admisión de felicidad y de justicia sentida en las entrañas. Y la Morsa tragó saliva y abrió la boca como si fuera a decir algo, mostrando así los dos enormes dientes por los cuales era mal nombrado, presa esquiva de la contradicción, aclamado a través de la injuria.

En ese momento, afortunadamente para todos, la gran forma violeta del obispo Usher llenó la puerta, seguida por la forma esquelética nudosa increíblemente alta del padre Fagan, el rector, a quien apodábamos Techo de Paja por el pelo albino que peinaba simétricamente a los costados sobre su larga cara de caballo. Y cuando todos volvieron a sentarse y reinó el silencio, el obispo dio un paso al frente y cruzando las manos anilladas y manicuradas sobre el vasto vientre,

—Bueno, muchachos —dijo—, me alegra comprobar que tienen estómagos tan capaces, y solamente espero que no sea necesario usar la sal inglesa que guardamos en la enfermería, detonando una enorme explosión de risa —cosa que sería de mal gusto, renovada en círculos de incontrolable camaradería, espasmódicos movimientos de pura alegría física que arrancaron lágrimas a los ojos de los más emocionados.

—sin mencionar su dudoso patriotismo.

Y ahora el pueblo entero volvió a alzarse en un solo impulso de amor y de adhesión, aclamando para siempre al querido obispo Usher, que lentamente alzó la regordeta y anillada mano pidiendo a todos que volvieran a sentarse, y componiendo lentamente los rasgos de la cara como si fuese una prenda de vestir donde cada pliegue debe estar en su lugar, que era ya el lugar del orden y de un poco de silencio, por favor,

—Mucho me alegra —dijo— comprobar el magnífico aseo, limpieza y esmero que reinan en este colegio. Aquí vuestro rector me dice que todo es obra de ustedes, que ustedes limpian y laban y secan y lustran y barren y cepillan los zapatos y hacen las camas y sirven las mesas. Así es como debe ser, porque ninguno de nosotros nació en cuna de seda, y cada hombre honrado debe aprender sus oficios terrestres, y cuanto antes mejor, para ser independiente en la vida y ganarse el pan que lleva a la boca, como nosotros mismos debemos ganarlo, el padre Fagan y yo que les hablo, celebrando los oficios divinos y cuidando de vuestros cuerpos y de vuestras buenas almas. Trabajando y estudiando como ustedes hacen, y no olvidando el respeto y devoción debidos a Nuestro Señor, serán buenos ciudadanos y dignos hijos de vuestra raza, vuestro país y vuestra Iglesia.

Dicho lo cual viró con la majestad de un viejo galeón y se fue viento en popa, pero aun antes que se extinguiera el eco de los últimos aplausos, el pueblo lanzó un asalto general contra los restos del asado, envolviéndolos en pañuelos o pedazos de papel e incluso en los bolsillos desnudos arruinando más de un traje dominguero —lo que venía a ser un comentario o pronóstico sobre la escasez de los días futuros— hasta que la Morsa reprimió a los más recalcitrantes con un par de bofetadas. Pero aun este episodio fue olvidado cuando entraron los secuaces de Dolan con cestas de naranjas y bananas amarillas delicadamente matizadas de violeta y dulcemente perfumadas.

Por la tarde, tras el forzado descanso que el festín impuso, hubo un partido de fútbol en que los dos equipos batallaron fieramente por quedar grabados en el corazón de las damas, especialmente Gunning, que treinta años más tarde sigue figurando en zonas de la antigua memoria, recortado en oro a la luz de un sol largamente ido, en ese momento único de la chilena que dio a su equipo un aullante triunfo: las piernas en el aire, la cabeza casi rozando el suelo, el botín izquierdo disparando hacia atrás aquel tiro tremendo que entró silbando entre los postes enemigos.

Pero aun mientras esta gloriosa fiesta progresaba, tristeza caía del aire, porque sabíamos que el tiempo se acortaba y que las queridas damas se irían antes del anochecer, dejándonos de nuevo desmadrados y grises, superfluos y promiscuos, bajo la norma de hierro y la mano de hierro. Así ocurrió, y las miramos irse desde las ventanas de los estudios y los dormitorios, saltando sobre el césped verde como pájaros multicolores, agitando las manos y tirando besos entre las oscuras araucarias del parque. ¡Maravillosas damas! Alguna de ellas, tal vez, era hermosa y joven, y su imagen solitaria presidió esa noche encendidas ceremonias de oculta adoración en la penumbra de las frazadas, y así fue amada sin saberlo, como tantas, como tantos. Ese efluvio de amor que subía de las camas en movimiento llenó el enorme dormitorio, junto —es cierto— con el acre olor que evocaba las montañas de porotos y sus recónditas transformaciones, enloqueciendo de tal manera al celador O'Durnin que abandonó su lecho enmurallado de sábanas y empezó a rugir, correr y patear, arrancando a los presuntos culpables de su ensimismamiento, acaso del sueño, y batallando por así decir con una invencible nube espiritual.

Los últimos en dormirse oyeron acercarse la lluvia que caminaba sobre las arboledas, sintieron tal vez el olor a tierra mojada, vieron los vidrios encenderse de relámpagos y gotas.

Pero ya el grueso del pueblo descansaba, parapetado contra el amenazante amanecer.

Y ahora el gato, apoyado en la pared de la leñera, fumaba con una sonrisa de desdén mientras el pequeño Dashwood saltaba y maldecía el cajón de la basura, que debía llevar por primera vez y que nunca había estado tan lleno con los restos de la fiesta: huesos pelados y porotos blanquecinos, compactos bloques de sémola que nadie comió en la cena, colgantes cáscaras de naranjas y bananas y, coronándolo todo como un insulto, un botín de fútbol con la suela abierta, lengua flanqueada por dientes de hierro. Dashwood mentalmente pesó todo esto contra la invasora, angustiada certeza de que nunca, nunca podrían llevar la enorme carga al basural que estaba, tal vez, a quinientas yardas de distancia, tras los empapados campos, caminos y distante hilera de cipreses. Pero entonces el gato tiró el pucho, lo aplastó y mirando a Dashwood desde los amarillos ojos entornados al acecho,

—Vamos, pibe —dijo, agarrando el lado de la izquierda y tomando con la derecha la dura manija de cuero.

Dashwood estaba gordo. Su último oficio terrestre había consistido en servir durante un mes la mesa de los maestros, que era una mesa poblada y diferente donde pudo —a costa de perder el fútbol después del almuerzo y el recreo después de la cena— devorar monumentales guisos, conocer exóticas salsas y hasta embriagarse a medias con largos y furtivos tragos de vino, sin contar los panes untados de manteca y de azúcar que guardaba en los bolsillos y que a veces, harto, cambiaba por bolitas o pinturas. De ahí que sus ojos verdes, líquidos, desaparecieran casi en la hermosa cara hinchada, y que los tres pulóveres bajo el guardapolvo le dieran el aspecto final de una pelota gris con pelo rubio. El gato, en cambio, seguía tan flaco, alto y elusivo como la tarde en que llegó al colegio, pero un poco más saludable, astuto y seguro de sí mismo, como si hubiera descubierto las reglas fundamentales

que gobernaban la vida de la gente y aprendido a extraerles una sombría satisfacción.

Tiró el gato de su manija y Dashwood de la suya, y mientras el cajón se alzaba lentamente, sintió el chico en cada hueso y tejido e incluso en la fugitiva memoria de pasadas dificultades, lo pesado que realmente era, cómo tiraba hacia abajo con el peso de la tierra o del pecado, de cualquier cosa que quisiera degradarlo y humillarlo.

Se mordió el labio y no habló y salieron al campo y la mañana con el cajón torcido, una punta rozando el suelo porque el gato era cinco pulgadas más alto y seguía creciendo mientras Dashwood arqueaba el cuerpo con pasos de cangrejo, hasta que el otro dijo:

—¡Eh, más arriba!, dando a su manija un sacudón maligno que volcó un bloque de sémola sobre el botín del chico, quien ya gritaba:

—Qué hacés, boludo,

y el gato volvió a sonreír, mostrando sus dientes manchados, una sonrisa abominable en la cara sembrada de astucia. Y ahora Dashwood sintió desgarrarse lentamente, como una tela podrida, la piel de los dedos atacados de sabañones que ni el agua caliente en la enfermería ni el jugo de cáscara de mandarina en los rituales secretos de la comunidad habían podido curar. No quiso mirarse, temeroso de ver el líquido amarillento con, tal vez, un toque de sangre, que rezumaría de la piel.

Dejaron atrás y a la izquierda el tanque de agua, atrás y a la derecha la cancha de paleta y llegaron al primer camino de tierra que Dashwood aprovechó para descansar la carga y observar la mano dolorida donde sólo vio entre dos nudillos un breve corte rojo y seco como mica. Pensó que podrían cambiar de lado, pero al cotejar las treinta yardas que habían recorrido con la extensión de campo nebuloso que los separaba de la

meta, desistió. El gato lo miraba como si fuera un montoncito de bosta.

—¿Esperamos a alguien? —dijo.

Cosa que Dashwood negó, encogiéndose de hombros mientras reanudaba la carga y la marcha, internándose en el campo pelado de hurling contiguo a la huerta donde otro grupo de chicos cavaban y sembraban papas, las manos negras de barro y las caras violetas de frío, riendo y bromeando sin embargo, sus gritos ahogados y opacos en el aire opaco. Y cuando estuvieron más cerca, vieron a Mulligan que parecía esperarlos, los brazos en jarras, un gesto indescifrado en la cara picada de viruelas, mientras los miembros del grupo descansaban apoyados en sus palas y una expectativa irónica crecía a su alrededor como en la víspera o la necesidad de una renovada confrontación entre el viejo orden que era Mulligany el abominable intruso que llamaban el gato, castigado pero indómito desde su memorable arribo al colegio.

—Eh, gato —dijo Mulligan—. Eh.

El gato siguió caminando, llevando con soltura su lado del cajón, con apenas un movimiento lateral del ojo, de la boca o de ambos, una oculta tensión del largo cuerpo.

—Tomá una cosa —dijo Mulligan, que sobrenadaba ahora en el secreto regocijo de los demás, en sus risas sofocadas—. Eh, gato.

Y de golpe había en su mano una papa grande y terrosa, que de golpe estaba hendiendo el aire en dirección al gato que meramente se esquivó en un movimiento tan fácil y natural y breve o simple que apenas pareció moverse mientras la papa silbaba a su lado y se estrellaba en la cara de Dashwood:

Quien ahora maldecía con todas sus fuerzas y tomando el botín de fútbol corrió en pos de Mulligan sin esperanzas de alcanzarlo entre las risas y gritos de chacota de todos mientras Mulligan con las manos en las orejas fingía una liebre asustada, hasta que al fin se cansó y enfrentándolo abiertamente grande y poderoso, dijo:

—Bueno, tirá.

Dashwood tiró en un gesto fútil y exhausto, erró el cercano blanco por más de dos yardas, y no le quedó otra cosa que volver, jadeando y renegando, al cajón de la basura donde el gato no se había movido ni reído, ni dicho una palabra, indiferente y gris en la mañana indiferente y gris.

Y ahora, mientras caminaba, el chico sentía un continuo manantial de compasión que surgía en su interior como agua tibia, curando cada dolor y secreta herida inscriptos en el tiempo que podía recordar, y de algún modo igualándolos a todos, los sabañones de las manos y la muerte de su padre, y cada cosa que perdió y cada ofensa y cada despedida mezclándose en el futuro con la total soledad y tristeza de su muerte, que sería la cosa más triste de todas, al menos para él. Y el gato mirando de soslayo notó que el chico lloraba despacito o que, sencillamente, lágrimas iban resbalando por su cara a juntarse con el flujo de la nariz y el aliento brillante de la boca: cosa fea de ver esa hermosa cara hinchada y sucia con el chichón de la frente cada vez más grande y azulado. Pero el gato no dijo nada porque atesoraba en su corazón la memoria de aquella noche en que fue perseguido casi hasta la muerte, y el pequeño Dashwood era uno de ellos. Así vendrían todos a caer, incluso Mulligan, que empezaba a tenerle miedo a pesar de sus bravatas.

La idea alegró tanto el corazón del gato, que en un brusco arranque de exultación marcial y anticipo del futuro comenzó a silbar la marcha de San Lorenzo.

Tras los muros del histórico colegio, Scally y Ross habían encontrado la única línea recta en que cabían cincuenta cabeceras de camas, Murtagh sonreía como un mono a su propia cara que realzada a fulgores de moneda le sonreía desde las profundidades de un bronce lustrado hasta la demencia, y Collins aplicaba una sopapa de goma a un reticente agujero de letrina, meditando en cómo su oficio se vería perjudicado durante muchos días por los severos corolarios del banquete.

En el pequeño Dashwood, el esfuerzo de la carga y de la marcha había reflotado sobre la tristeza metafísica con la fuerza de la insumergible actualidad. Una y otra vez pretendió cambiar la mano de posición en torno a la manija de cuero, no sentirla como un alambre que le cortaba la piel y la carne y le llegaba hasta el hueso. Cuando lo asaltó esta idea intolerable, se paró, abandonó un momento el cajón y se miró: la palma no estaba cortada, pero los nudillos sangraban en una forma tonta y acuosa que no era verdadera sangre, sino algo enfermizo, espectral. Fue entonces que propuso formalmente cambiar de lado, y el gato se negó con un movimiento de cabeza.

—¡Pero no doy más!

—Joderse —repuso estoicamente el gato.

De modo que Dashwood buscó un pañuelo en sus bolsillos, y envolviéndose la mano con él tornó a alzar el cajón, sintiendo que al próximo paso no podría resistir el dolor desgarrante en el hombro, el estiramiento de los huesos mismos del brazo. Pero aguantó. Lágrimas y mocos se habían secado en su cara endureciéndole la piel. Caminaba en una especie de vigorosa ensoñación, mirando los manchones de niebla que surgían y se disipaban alrededor de sus botines Patria, sintiendo el pasto mojado, blando, susurrante que se hundía bajo las suelas y recuperaba despacio su arrastrada forma, amándola, deseándola y peleando por ella aun bajo el peso de repentina catástrofe, como él mismo era capaz de hacer, estaba haciendo.

Álamos desfilaban a la derecha, desnudos, flacos y tristes, y Dashwood los veía pasar en la esquina del ojo, pero aún miraba el suelo, las rociadas estrellas de las ortigas, las absurdas florcitas de los macachines, las espirales de la bosta de vaca y los caminos de las hormigas, prolijos y nítidos en el pasto diezmado por las heladas. El aire se volvió dulce cuando atravesaron un trecho de yerbabuena; y de golpe fue verano en su memoria, se bañaba desnudo en el río con los chicos del

verano, y la voz de su madre lo llamaba musicalmente en el crepúsculo:

—¡Horaaacio!

—Ya voy —dijo.

—¿Qué? —gruñó el gato.

En el patio el niño Mullins, armado de un largo espetón de hierro, pinchaba el último papelito del último charco en las lajas de pizarra que ahora brillaban lisas bruñidas y listas para recibir a los obreros que hubieran concluido sus tareas del día. El padre Keven se paseaba por el claustro, contemplando el edificio, gozando de su limpieza y la limpieza de su mente a es temprana hora, cuando su úlcera estaba tranquila después del reposo nocturno, meditando en la ascética belleza de cada piedra gris empinada en cada piedra gris hasta confundirse con el cielo de peltre. Después oyó al celador Kielty tocar las primeras campanas, y los dignos trabajadores que habían sido lo bastante rápidos, pero también lo bastante eficientes, se volcaron al patio y recrearon los rituales de la apuesta y el desafío, de la prepotencia y la hostil amistad, de la charla absurda y la prestidigitación milagrosa: flamantes hallazgos en los espíritus individuales, viejos, sedimentos en el viejo corazón del pueblo. En quince minutos más, empezarían las clases.

Llegaron al segundo camino de tierra, habían andado la mitad de la distancia al basural que se divisaba como una lengua marrón detrás de los cipreses, y ahora el gato mismo pareció sentir el esfuerzo porque apoyó el cajón y se quedó en actitud de reflexionar. Unas cien yardas a la izquierda, corría perpendicularmente otro camino. Y enfrente, un rastrojo de maíz que podían cruzar en línea recta.

—Por aquí —decretó el gato señalando el rastrojo.

El chico vio instantáneamente lo absurdo que sería caminar entre los tallos secos del maizal que se erguían duros, vidriosos y amarillos en sus túmulos de tierra entre

los empapados surcos, pero el gato parecía tan seguro de sí mismo, tan concentrado, la mirada de sus ojos volando casi como un halcón, tendiendo un puente entre ellos y su meta detrás de los cipreses, que no tuvo ánimos ni fuerza para oponerse ni lo hizo salvo en una forma oblicua, empujando despacito hacia la izquierda desde su primer paso, en la vana esperanza de que finalmente llegarían al camino. Y esto el gato lo entendió, previno, mediante un solo significativo empujón hacia el lado opuesto.

Los tallos y las chalas crepitaban bajo sus pies, el suelo escupía chisguetes de barro y una o dos hojas sueltas latiguearon a Dashwood debajo de las rodillas. Tropezó una vez, luego otra, después ese andar a los tumbos se volvió tan metódico que parecía su forma corriente de moverse, hasta que cayó de cabeza en una zanja y cuando se levantó ciego de barro y de furia, simplemente se lanzó sobre el gato y empezó a aporrearlo, sin llegar jamás a su alta cara aborrecible, a través del muro de sus brazos, a tocar cosa alguna que no devolviera el golpe con triplicada fuerza, hasta que salió patinando y despedido como un cachorro de las patas de una mula. Cuando reanudaron la marcha, sin embargo, el gato tomó el lado de la derecha y desfilaron oblicuamente hacia el camino de tierra.

Los quince minutos de recreo habían terminado. La sabiduría esquiva y trabajosa aguardaba a los ciento treinta irlandeses en los bancos de madera. El celador Kielty, de quien se murmuraba en secreto que enloquecía poco a poco, vio a los maestros parados en los arcos de los claustros, frente a sus aulas. Su pelo rojo brillaba y su bigote rojo brillaba, y un fuego incesante ardía furiosamente en su cerebro. Pero su única misión, a esa hora, consistía en tocar la campana por segunda y última vez.

Los chicos corrieron a las filas. El gato faltaba de sexto grado, y Dashwood de cuarto, aunque eso estaba por

descubrirse todavía. Dashwood creyó oír el tañido lejano que llegaba en el aire dulzón, hablándole con tibia voz humana que sólo él conocía, y una vez más respondió:

—Voy.

Terminando de irritar y, de asustar al gato, que ya dijo:

—Acabála, querés,

pero al pequeño Dashwood el gato había dejado de importarle.

En el último alambrado había una gran telaraña con centenares de gotitas y en el brillo de cada una cabían las arboledas, el campo, el mundo. El gato la pateó en el centro, el agua cayó en breve chubasco sobre el pasto, y la araña gris trepaba hacia la nada en un hilo invisible. Pasaron entre dos cipreses: el basural estaba a la vista, su indiferente escoria, su pacífica ignominia. Pisaron las primeras botellas y latas enterradas, papeles amarillos y recuerdos de comida terrestre vuelta a la tierra, y mientras vaciaban el cajón de la basura, oblicuo, poderoso y lleno, algo se vaciaba también en el corazón de los chicos, influyendo lentamente, chorreando en sordo gorgoteo.

Y cuando eso estuvo hecho, el pequeño Dashwood no miró siquiera al gato sino que empezó a alejarse de él y del basural y del colegio. Sin prisa caminaba entre los tardíos visitantes de la niebla que un viento repentino disipaba a su alrededor, dejando atrás las apacibles vacas, hacia una franja de cielo que se iba volviendo azul en la distancia. Ignoraba dónde estaba, no conocía los puntos cardinales, no había ningún camino a la vista, pero sabía que se estaba yendo para siempre.

El gato encendió un pucho, metió las manos en los bolsillos y desde lo alto de la pila de basura contempló al chico que se iba, volviéndose más chico todavía.

—Eh, dijo.

Dashwood no se volvió, y el gato dio unas pitadas más mientras una mueca fea, envejecida, se formaba en su cara.

—¡Eh, idiota!

Pero el pequeño Dashwood balbuceaba una canción que nadie le enseñó y caminaba hacia su madre.

El gato saltó tras él, y en pocos segundos lo alcanzó, lo tomó del brazo, lo obligó a darse vuelta.

El fugitivo lo miró sin miedo.

—Déjame tranquilo —dijo.

Entonces el gato hizo algo que no quería hacer. Metió la mano en el bolsillo, sacó un pañuelo y empezó a desatar el nudo que guardaba su única fortuna: tres monedas de veinte centavos. Y mientras desataba el nudo, sintió que estaba desatando en su interior algo que no entendía, acaso turbio, acaso sucio. Se guardó una de las monedas, dio las otras dos al chico que las tomó y siguió su camino sin darle las gracias.

Y después el gato, el sobreviviente, el indeseado, refractario, indeseante, volvió al cajón vacío, lo tomó y cargó al hombro y emprendió el regreso, ajustando la expresión de su cara al gesto del edificio alto, desnudo y sombrío que lo estaba esperando.

Nota al pie

In Memoriam Alfredo de León
† circa 1954

Sin duda León ha querido que Otero viniera a verlo, desnudo y muerto bajo esa sábana, y por eso escribió su nombre en el sobre y metió dentro del sobre la carta que tal vez explica todo. Otero ha venido y mira en silencio el óvalo de la cara tapada como una tonta adivinanza, pero aún no abre la carta porque quiere imaginar la versión que el muerto le daría si pudiera sentarse frente a él, en su escritorio, y hablar como hablaron tantas veces.

Un sosiego de tristeza purifica la cara del hombre alto y canoso que no quiere quedarse, no quiere irse, no quiere admitir que se siente traicionado. Pero eso es exactamente lo que siente. Porque de golpe le parece que no se hubieran conocido, que no hubiera hecho nada por León, que no hubiera sido, como ambos admitieron tantas veces, una especie de padre, para qué decir un amigo. De todas maneras ha venido, y es él, y no otro, el que dice:

—Quién iba a decir, y escucha la voz de la señora Berta que lo mira con sus ojos celestes y secos en la cara ancha sin sexo ni memoria ni impaciencia, murmurando que ya viene el comisario, y por qué no abre la carta. Pero no la abre aunque imagina

su tono general de lúgubre disculpa, su primera frase de adiós y de lamento.[14]*

14 *Lamento dejar interrumpida la traducción que la Casa me encargó. Encontrará usted el original sobre la mesa, y las ciento treinta páginas ya traducidas.
El resto no ofrece dificultades y espero que la Casa encuentre quien lo haga. Infortunadamente, he tenido que pasar por encima de sus últimas reconvenciones. No pude rescatar la máquina de escribir y ese texto, como el anterior, le llegará manuscrito. Hice la letra lo más clara posible, y espero que no se irrite demasiado conmigo, considerando las circunstancias.
¿Recuerda usted la sinusitis que tuve hace dos meses? Parecía una cosa de nada, pero al final los dolores no me dejaban dormir. Tuve que llamar al médico, y así se me fueron, entre remedios y tratamientos, los pocos pesos que me quedaban.
Por eso empeñé la máquina. Crei que ya se lo conté pero en los doce años que llevo trabajando para la Casa a mutua satisfacción siempre traté de cumplir, con las salvedades que haré más adelante. Este trabajo es el primero que dejo inconcluso, quiero decir inacabado. Lo siento mucho pero ya no puedo más.
Ciento treinta carillas a cien pesos la carilla, son trece mil pesos. ¿Sería usted tan amable de entregarlos a la señora Berta? Diez mil pesos cubren mi pensión hasta fin de mes. Temo que el resto no alcance para los gastos que han de originarse. Tal vez rescatando la máquina y vendiéndola se consiga algo más. Es una muy buena máquina, yo la quería mucho.
El único defecto es el teclado de plástico, que se gasta, pero en general creo que ya no se fabrican máquinas como la Remington 1954.
También dejo algunos libros, aunque no creo que se pueda sacar mucho por ellos. Hay otras cosas, una radio, una estufa. Le suplico que arregle los detalles con la señora Berta. Como usted sabe, no tengo parientes ni amigos, fuera de la Casa.
Me duele mucho abusar de usted en esta forma, venir a modificar a último momento una relación tan cordial, tan fructífera en cierto sentido. Cuando el asunto de la máquina, por ejemplo, pensé que si yo le pedía algún dinero adelantado, la Casa no se negaría. Pero en doce años no lo había hecho, imaginé que tal vez usted me miraría de un modo particular, que algo cambiaría entre nosotros, y por último no me decidí.
Desearía que usted se quedara con el Appleton. Es una edición algo vieja, y está bastante manoseada, pero no tengo otra cosa con qué testimoniar mis sentimientos hacia usted. Se traba una singular intimidad con los objetos de uso cotidiano. Creo que últimamente lo conocía casi de memoria auque no por eso dejaba de consultarlo, sabiendo en cada caso lo que iba a encontrar, y las palabras que de antemano es inútil buscar. Tal vez usted sonría si le confío que, literalmente, yo hablaba con Mr. Appleton.
Yo decía por ejemplo:
—Mr. Appleton, ¿qué significa *prairie dog*?
—Aranata.
Ajá. ¿Y *crayfish*?
—Lo mismo que *crabfish*.
—Bueno, pero ¿qué quiere decir *crabfish*?
—Cabrajo.
—No le permito.
—Oh, no se ofenda. Puede traducirlo por bogavante de río.
—Ahora sí. Gracias.
¿Cómico, verdad? Uno llegaba a saber cómo se dice una cosa en dos idiomas, y aun de distintos modos en cada idioma, pero no sabía qué era la cosa.
En los dominios de la zoología y la botánica han pasado por mis páginas rebaños enteros de animales misteriosos, flores espectrales. ¿Qué será un *bowfin*), me preguntaba antes de largarlo a navegar por el río Misisipi y7 lo imaginaba provisto de grandes antenas con una luz en cada punta deslizándose en la niebla subacuática. ¿Cómo cantará un *chewink*? y escuchaba las notas de cristal subir incontenibles en el silencio de un bosque milenario.
No he olvidado nunca que todo ese mundo nuevo se lo debo a usted. La tarde en que bajé la escalera de la Casa, apretando contra el pecho la primeras novela que me encargó traducir, está, probablemente, perdida en su memoria. En la mía es siempre luminosa, rosada. Recuerdo, fíjese, que temía extraviar el libro, lo aferraba con las dos manos, y el tranvía 48 que se internaba en el crepúsculo por la calle Independencia se me antojaba más lento que nunca: quería penetrar

cuanto antes en la nueva materia de mi vida. Pero inclusive ese barrio de casas bajas y calles largas y empedradas me parecía hermoso por primera vez.

Subí corriendo a mi pieza, abrí el libro de tapas duras, con esas páginas de oloroso papel que en los cantos se volvía como una pasta blanquísima, una crema sólida. ¿Recuerda ese libro? No, es improbable, pero a mí se me quedó grabada para siempre la frase inicial: "Éste, dijo Dan O'Hangit, es un caso de un tipo que fue llevado a dar un paseo. Estaba en el asiento delantero de cualquier clase de auto en que estuviera, alguien del asiento trasero le pegó un tiro en la nuca y lo empujaron a Morningside Park."

Sí, admito que hoy suena un poco idiota. La novela misma (esa del actor de cine que mata a una mujer que descubre su impotencia) parece bastante floja, a tantos años de distancia.

Lo cierto es que mi vida cambió desde entonces. Sin pensarlo más, dejé la gomería, quemé todas las naves. El patrón, que me conocía desde chico, se negaba a creerlo. Les dije que iba al interior, resultaba difícil explicarles que yo dejaba de ser un obrero, de pegar rectángulos de goma sobre pinceladas de flú.

Nunca, nunca les había hablado de las noches que pasaba en la Pitman, mes tras mes, año tras año. ¿Por qué elegí inglés, y no taquigrafía, y no contabilidad? No sé, es el destino. Cuando pienso todo lo que me costó aprender, concluyo que no tengo ninguna facilidad para los idiomas, y eso me da una oscura satisfacción, quiero decir que todo me lo hice yo, con la ayuda de la Casa, naturalmente.

No los vi más, nunca. Aún hoy, cuando paso por la calle Rioja, doy un rodeo para no encontrarlos, como si tuviera que justificar aquella mentira. A veces lo siento por don Lautaro, que hizo de verdadero padre para mí, lo que no quiere decir que me pagara bien, sino que me quería y casi nunca me gritaba. Pero salir de allí fue un progreso en todo sentido.

¿Necesito hablar del fervor, del fanatismo casi con que traduje ese libro? Me levantaba tempranísimo y no me interrumpía hasta que me llamaban a comer. Por la mañana trabajaba en borrador, tranquilizándome a cada paso con la idea de que, si era necesario, podría hacer dos, tres, diez borradores; de que ninguna palabra era definitiva. En los márgenes iba anotando variantes posibles de cada pasaje dudoso. Por la tarde corregía y pasaba en limpio.

Ya aquí empezó mi relación con el diccionario, que entonces era flamante y limpio en su cubierta de papel madera:

—Mr, Appleton, ¿qué quiere decir *scion*?

—Vástago.

—¿Y *cruor*?

Fastidiado:

—¡Cruor quiere decir crúor!

Pero qué, si hasta las palabras más simples le consultaba, aunque estuviera seguro de su significado. Tanto miedo tenía de cometer un error… Esa novela de Dorothy Pritchett, esa, digámoslo francamente, pésima novelita que se vendía en los kioskos a cinco pesos, la traduje palabra por palabra. Le aclaro que entonces no me parecía pésima, al contrario: a cada instante encontraba en ella nuevas profundidades de sentido, mayores sutilezas de la acción.

Llegué a convencerme de que la señora Pritchett era una gran escritora, no tan grande como Ellery Queen o Dickson Carr (porque yo ahora leía furiosamente la mejor literatura policial, que usted me recomendaba) pero bueno, estaba en camino.

Cuando la traducción estuvo lista, volví a corregirla, y a pasarla en limpio por segunda vez. Ese mecanismo explica cómo pude tardar cuarenta días, aunque trabajaba doce horas diarias, y aun más, porque hasta dormido me despertaba a veces para sorprender a alguien que dentro de mi cabeza ensayaba variaciones sobre un tiempo de verbo o una concordancia, fundía dos frases en una, se deleitaba en burlonas cacofonías, aliteraciones, inversiones de sentido. Todas mis potencias entraban en esa tarea, que era más que una simple traducción, era —la vi mucho después— el cambio de un hombre por otro hombre.

¿Qué tiene de extraño que ese trabajo resultara finalmente defectuoso, pedante, esclerosado por la pretensión de llevar la exactitud al seno mismo de cada palabra? Yo no podía verlo, estaba encantado y hasta me sabía párrafos de memoria.

Temblaba y sudaba el día en que fui a llevarle el manuscrito. Mi destino estaba en sus manos. Si usted rechazaba el trabajo, me esperaba la gomería. En mi desmesura, fantaseaba que usted leería ahí mismo la novela, mientras yo esperaba el tiempo que fuera necesario. Pero apenas le echó un vistazo y la guardó en el interior del escritorio.

—Venga dentro de una semana —dijo.

¡Qué semana atroz! Pasaba sin tregua de la esperanza más enloquecida a la más completa abyección del ánimo.
—Mr. Appleton, ¿qué significa *utter dejection*?—Significa melancolía, significa abatimiento, significa congoja.
Volví. Usted hojeaba pausadamente el manuscrito en su escritorio. Espié con un sobresalto las nutridas correcciones en tinta verde. Usted no hablaba. Debí estar pálido porque de pronto, sonrió.
—No se asuste —dijo tendiéndome la pila de carillas nuevamente ordenadas—. Ahí tiene una mesa. Estudie las correcciones.

Eran casi todas justas, algunas indiferentes, unas pocas me hubiera gustado discutirlas. Con un golpe de sangre en la cara, aprendí que actual no quiere decir actual, sino verdadero. (*Sorry*, Mr. Appleton.)
Pero lo que me llenó de bochorno fue la implacable tachadura del medio centenar de notas al pie con que mi ansiedad había acribillado el texto. Ahí renuncié para siempre a ese recurso abominable.
Todo dicho, usted vio en mí posibilidades que nadie habría adivinado. Por eso acaté sin resentimiento aquella admonición final que, en otras circunstancias, me habría hecho llorar:
—Tiene que trabajar más.
Usted firmó la orden de pago: 220 carillas a dos pesos. Menos de lo que sacaba por cuarenta días de trabajo en la gomería pero era el primer fruto de una labor intelectual, el símbolo de mi transformación. Al salir llevaba bajo el brazo mi segundo libro.
—*Unspeakable joy*, Mr. Appleton?
—Esa alegría que usted siente.
Trescientos pesos se me fueron en el mes de pensión. Cien, en la segunda cuota de la Remington. Me sumergí con encarnizamiento en Forty Whacks, esa historia de la vieja que matan a hachazos en la playa, ¿recuerda? Me sentí feliz cuando en la página 60 adiviné el asesino. Nunca leí con anticipación el libro que traducía: así participaba en la tensión que se iba creando, asumía una parte del autor y mi trabajo podía tener un mínimo de, digamos, inspiración. Tardé cinco días menos y usted debió admitir que había asimilado sus lecciones. Desde luego el oficio sólo se hace en años y años, años de trabajo cotidiano. Se progresa insensiblemente, como si fuera un crecimiento, del cotiledón al Árbol de Navidad.
Comparando una carilla de hoy con otra de hace un mes, no se nota la diferencia, pero si uno se mide con el de hace un año, exclama con asombro: ¡Este camino lo hice yo!
Claro que había cambios más importantes. Mis manos por ejemplo perdieron su dureza, se hicieron más chicas, más limpias. Quiero decir que era más fácil lavarlas, no había que luchar contra ese resabio de ácidos y costras y huellas de herramientas. Siempre he sido menudo, pero me volví más fino, delicado.
Con mi quinto libro (*El misal sangriento*), renuncié al segundo borrador y gané otros cinco días. Usted empezaba a estar contento conmigo, aunque lo disimulaba por esa especie de pudor que nace de la mejor amistad, delicadeza que siempre le admiré. Por mi parte, todavía no igualaba el sueldo de la gomería, pero me iba acercando.
Entretanto, ocurrió ese hecho extraordinario. Una mañana usted me esperaba con una sonrisa especial y la claridad que entraba por la ventana lo nimbaba, le daba una aureola paterna.
—Tengo algo —dijo— para usted.
Ya supe lo que era, fingiendo la misma excitación que sentía, que iba a sentir, mientras usted metía la mano en el cajón del escritorio y con tres movimientos que parecían ensayados ponía ante mis ojos la reluciente tapa bermeja y cartoné de Luna mortal, mi primera obra, quiero decir mi primera traducción. La tomé como se recibe algo consagrado.
—Mire adentro —dijo.
—Adentro, ese relámpago.
Versión castellana
de L.D.S.
que era yo, resumido y en cuerpo 6, pero yo, León de Sanctis, por quien la linotipo había estampado una vez y la impresora repetido diez mil veces como diez mil veces tañen las campanas un día de fasto y amplitud, yo, yo… Bajé al salón de ventas. Cinco ejemplares me costaron 15 pesos con el descuento: tenía necesidad de mostrar, regalar, dedicar. Uno fue para usted. Esa noche compré una botella de cubana y por primera vez en mi vida me emborraché leyéndome en voz

alta los pasajes más dramáticos de Luna mortal. A la mañana siguiente no pude recordar en qué momento había dedicado un ejemplar "a mi mamá".
Mi situación mejoró de a poco. De una pieza de tres, pasé a una de dos. Pero no faltaban dificultades. A los demás les molestaba el ruido de la máquina, sobre todo de noche. Eran y son, como tal vez compruebe usted, obreros en su mayoría. Nunca trabé amistad con ellos: me recordaban mi pasado y supongo que me miraban con envidia.
En mayo de 1956 conseguí traducir en quince días una novela de 300 páginas. El precio había subido a seis pesos por carilla. Desgraciadamente, la pensión también se había triplicado. Las buenas intenciones de la Casa siempre fueron anuladas por la inflación, la demagogia, las revoluciones.
Pero yo era joven y estaba aún lleno de entusiasmo. Todos los meses aparecía uno de mis libros y mi nombre de traductor figuraba ahora completo. Cuando salí por primera vez en una gacetilla de *La Prensa*, mi alegría se colmó. Conservo ese recorte y los muchos que siguieron. Según esos testimonios mis versiones han sido correctas, buenas, fieles, excelentes y, en una oportunidad, magnífica. También es cierto que otras veces no se acordaron de mí, o me tildaron de irregular, desparejo y licencioso, según los vaivenes temperamentales de la crítica.
¿Confesaré que entré en el juego de la vanidad? Me comparaba con otros traductores, los leía con ojo insomne, averiguaba sus edades, número de obras. Recuerdo sus nombres: Mario Calé, M. Alinari, Aurora Bernárdez. Si eran peores que yo, los desestimaba para siempre. A los otros me prometía superarlos, con tiempo, paciencia. A veces mi fantasía me llevaba lejos: soñaba con emular a Ricardo Baeza, aunque cultivábamos géneros distintos y al fin me resigné a dejarlo solo en su vieja gloria. Empezaba a leer otras cosas. Descubrí a Coleridge, Keats, Shakespeare. Tal vez nunca los entendí del todo pero algunas líneas se me quedaron grabadas para siempre:
The blood is hot that must be cooled for this.
O bien:
The very music of the name has gone.
Cuando le pedí que me probara en otras colecciones de la Casa, usted se negó: es más difícil traducir novelas policiales que obras científicas o históricas, aunque se pague menos. El elogio implícito en esa reflexión me consoló por un tiempo. El cambio producido en esos cuatro años era ya espectacular, definitivo. Unos tenaces dolores de cabeza me llevaron al oculista. Al verme con anteojos, pensé con insistencia en el taller de don Lautaro.
La transformación más grande era interna, sin embargo. Una dejadez, un desgano me invadían insidiosamente. Ni yo mismo podía notarlo de un día para otro pausado como el tedio de la arena cayendo en esos antiguos relojes. ¿No es uno un pavoroso reloj que sufre con el tiempo? A mi alrededor nadie pudo comprender la naturaleza verdadera de mi trabajo. Había conseguido ya esa habilidad que me permitía traducir cinco carillas por hora, me bastaban cuatro horas diarias para subsistir. Me creían cómodo, privilegiado, ellos que manejan guinches, amasadoras, tornos. Ignoraban lo que es sentirse habitado por otro, que es a menudo un imbécil: recién ahora me atrevo a pensar esa palabra; prestar la cabeza a un extraño, y recuperarla cuando está gastada, vacía, sin una idea, inútil para el resto del día. Ellos prestaban sus manos, yo alquilaba el alma. Los chinos tienen una expresión curiosa para designar a un sirviente. Lo llaman *Yung-jen*, hombre usado. ¿Me quejo? No. Usted siempre me favoreció con su ayuda, la Casa nunca cometió la menor injusticia conmigo.
La culpa debía de estar en mí, en esa morbosa tendencia a la soledad que tengo desde que era chico, favorecida quizá por el hecho de que no conocí a mis padres, por mi fealdad, por mi timidez. Aquí toco un punto doloroso, el de mi relación con las mujeres.
Creo que me ven horrible y temo su rechazo. No las abordo y así transcurren los meses, años, de abstinencia, de desearlas y aborrecerlas. Soy capaz de seguir a una muchacha cuadras y cuadras juntando coraje para decirle algo, pero cuando llego a su lado paso de largo agachando la cabeza. Una vez me decidí, estaba desesperado. Ella se volvió (no olvido su cara) y me dijo simplemente "Idiota". Ni siquiera era linda, no era nadie, pero podía decirme idiota. Hace tres años conocí a Celia. La lluvia nos juntó una noche en un zaguán. Fue ella la que habló. Es tonto, pero en cinco minutos me enamoré. Cuando paró la lluvia la traje a mi pieza y al día siguiente arreglé para que se quedara. Una semana todo anduvo bien. Después se aburrió, me engañaba con cualquiera en la misma casa. Un día se fue sin decirme nada. Eso es lo más parecido al amor que puedo recordar.
A menudo discutí con usted si fue la caída del peronismo lo que acabó con el fervor por las novelas policiales. ¡Tantas buenas colecciones! Rastros, evación, naranja: arrasadas por la ciencia-ficción. La Casa fue como siempre previsora al crear la Serie Andrómeda. Nuestros dioses se llamaban

Es que no ganan con eso una ínfima parte de lo que ambos hubieran ganado conversando, y tiene de pronto la oscura sensación de que todo viene dirigido contra él, que la vida de León en los últimos tiempos tendía a convertirlo en testigo perplejo de su muerte. ¿Por qué, León?

No es un placer estar ahí sentado, en esta pieza que no conocía, junto a la ventana que filtra una luz ultrajada y pol-

vorienta sobre la mesa de trabajo donde reconoce la última novela de Ballard, el diccionario de Cuyás editado por Appleton, la media hoja manuscrita en que una sílaba final tiembla y enloquece hasta estallar en un manchón de tinta. Sin duda León ha creído que con eso ya cumplía, y ciertamente el hombre canoso y triste que lo mira no viene a reprocharle el trabajo interrumpido ni a pensar en quién ha de continuarlo. Vine, León, a aceptar la idea de su muerte inesperada y a ponerlo en paz con mi conciencia.

De golpe el otro se ha vuelto misterioso para él, como él se ha vuelto misterioso para el otro, y tiene su punta de ironía que ignore hasta la forma que eligió para matarse.

—Veneno —responde la vieja, que sigue tan quieta en su asiento, envuelta en sus lanas grises y negras.

---

ahora Sturgeon, Clark, Bradbury. Al principio mi interés se reanimó. Después fue lo mismo. Paseando por los paisajes de Ganímedes o sintonizando la Mancha Roja de Júpiter, veía el espectro sin colores de mi pieza.

No sé en qué momento empecé a distraerme, a saltear palabras, luego frases. Resolvía cualquier dificultad omitiéndola. Una vez extravié medio pliego de una novela de Asimov. ¿Sabe lo que hice? Lo inventé de pies a cabeza. Nadie se dio cuenta. A raíz de eso fantaseé que yo mismo podía escribir. Usted me disuadió, con razón. Saqué la cuenta de lo que tardaría en escribir una novela y lo que cobraría por ella: estaba mejor como traductor. Después hice trampas deliberadas, mis carillas tenían cada vez más blancos, menos líneas, ya no me tomaba la molestia de corregirlas. Mr. Appleton me miraba tristemente desde un rincón. Ahora no lo consultaba casi nunca.

—*What is the metre of the dictionary?*

—Esa no es una pregunta.

Aquí tal vez usted espere una revelación espectacular, una explicación para lo que voy a hacer cuando termine esta carta. Y bien, eso es todo. Estoy solo, estoy cansado, no le sirvo a nadie y lo que hago tampoco sirve. He vivido perpetuando en castellano el linaje esencial de los imbéciles, el cromosoma específico de la estupidez. En más de un sentido estoy peor que cuando empecé. Tengo un traje y un par de zapatos como entonces y doce años más. En ese tiempo he traducido para la Casa ciento treinta libros de 80.000 palabras a seis letras por palabra. Son sesenta millones de golpes en las teclas. Ahora comprendo que el teclado esté gastado, cada tecla hundida, cada letra borrada. Sesenta millones de golpes son demasiados, aun par a una buena Remignton. Me miro los dedos con asombro.

Y cruza las manos y reza en voz baja, sin llorar ni siquiera sufrir, salvo de esa manera general y abstracta en que tantas cosas la apenan: el paso del tiempo, la humedad en las paredes, los agujeros en las sábanas y las superfluas costumbres que hacen su vida.

Hay un rectángulo de sol y de ropa tendida en el patio, bajo la perspectiva de pisos con barandas de chapas de fierro donde emerge como un chiste un plumero moviéndose solo en una nubecita de polvo, un turbante sin dueña desfila, y un viejo se asoma, y mira y escupe.

Otero ve todo esto en una instantánea, pero es otra la imagen que quiere formarse en su mente: la elusiva cara, el carácter del hombre que durante más de diez años trabajó para él y la Casa. Porque nadie puede vivir con los muertos, es preciso matarlos adentro de uno, reducirlos a imagen inocua, para siempre segura en la neutra memoria. Un resorte se mueve, una cortina se cierra, y ya hemos pasado sobre ellos juicio y sentencia, y una suave untura de olvido y perdón.

La vieja parece que acuna el espacio vacío que miden sus manos.

—Siempre pagaba puntual, y el recuerdo del muerto emerge en magras anécdotas: lo mal que comía y el ruido que hacía de noche escribiendo, y cómo después se enfermó, se vino triste y huraño, y ya no quiso salir de su pieza.

—Después se volvió loco.

Otero casi sonríe al oír la palabra. Resultaba fácil ahora decir que León acabó en la locura, y el sumario tal vez lo diría. Pero nadie iba a saber contra qué enloqueció, aunque sus rarezas estuvieran a la vista de todos.

Así, en los últimos meses, se empecinaba en escribir a mano arguyendo vagos contratiempos con su máquina, y él se lo permitió a pesar de las protestas de la imprenta, como dejó pasar otras cosas porque sentía que no iban dirigidas contra él, que eran parte de la lucha del suicida con algo indescifrable.

En algún cajón de su escritorio ha de estar todavía esa carilla suelta que apareció intercalada en el último trabajo de León. No tenía más que una palabra —mierda— repetida desde el principio hasta el fin con letra de sonámbulo.

La mujer averigua quién va a pagar los gastos de entierro, y el hombre contesta;

—La Casa, que debe de ser la empresa en que León trabajaba.

Ya con esto aclarado, se siente más libre y se lleva un pañuelo a los ojos y enjuga un hilo escaso de llanto, en parte por León, que al fin era pobre y no molestaba, y en parte por ella, por todas las cosas que en ella se han muerto, en tantos años de soledad y de duro trabajo entre hombres mezquinos y ásperos.

La mirada de Otero vaga entre palmeras grises de un enorme oasis donde beben los camellos. Pero es una sola palmera, repetida hasta el infinito en el empapelado, un solo camello, un solo charquito, y el rostro del muerto se embosca en los arcos del ramaje, lo mira con el ojo sediento del animal, se disuelve por fin dejándole el resabio de un guiño, el resquemor de una burla. Otero sacude la cabeza en su necesidad de no ser distraído, de recuperar la verdadera cara de León, su boca enorme, sus ojos, ¿negros?, mientras oye en el *hall* la voz del oficial que llama por teléfono y dice "Juzgado", y cuelga, y disca e inquiere, "¿Juzgado?", y cuelga, y se pasea con las manos a la espalda, entre lúgubres percheros y macetas de bronce.

Tal vez el gesto de León quiso decir que su vida era dura, y no es fácil desmentirlo viendo las paredes de su pieza sin un cuadro, el traje de franela de invierno y verano colgado en el espejo del ropero, los hombres en camiseta que esperan su turno en la puerta del baño.

Pero de quién no es dura la vida, y quién sino él eligió esa fealdad que nada explicaba y que probablemente él no veía.

Quizá no sea el momento de pensar estas cosas, pero qué excusa se daría si en presencia de la muerte no fuese tan sincero como siempre ha sido. ¿Lo fue el suicida con él? Otero sospecha que no. Ya desde el principio detectó bajo su apariencia de jovialidad esa veta de melancolía que apuntaba como el rasgo esencial de su carácter. Hablaba mucho y se reía demasiado, pero era una risa agria, una alegría echada a perder, y Otero a menudo se preguntó si muy subterráneamente, inadvertido incluso para León, no había en todo eso un dejo de burla perversa, una sutil complacencia en la desgracia.

—No tenía amigos —dice la vieja—. Eso cansa.

El visitante ya no la escucha. Se interna en caminos de antigua memoria, buscando la imagen perdida de León. Y lo encuentra siempre encorvado, menudo, con ese aire de pájaro, picoteando palabras en largas carillas, maldiciendo correctores, refutando academias, inventando gramáticas. Pero es todavía una cara sonriente, la cara del tiempo en que amaba su oficio.

Hacía falta alguna perspicacia para adivinar un potencial traductor en aquel muchacho salido de una estación de servicio, ¿o era un taller mecánico?, con su castellano pasable y su inglés empeñoso averiguado por carta. Descubrió poco a poco que traducir era asunto distinto que conocer dos idiomas: un tercer dominio, una instancia nueva. Y después el secreto más duro de todos, la verdadera cifra del arte: borrar su personalidad, pasar inadvertido, escribir como otro y que nadie lo note.

—No entres —dice la vieja.

Otero se para, recibe el pocillo que le tiende la chica, y se sienta, y toma el café.

Otra ráfaga amable del tiempo pasado ilumina su cara: el gesto de asombro de León aquella mañana en que vio la primera novela traducida por él. Al día siguiente apareció con corbata nueva y le regaló un ejemplo dedicado: testimonio de

cierta innata lealtad. Otros pasaron por la Casa, aprendieron lo poco o lo mucho que sabían y se fueron por unas monedas de diferencia. Pero León en algunos momentos, acaso en muchos momentos, llegó a intuir la misión de la Casa, captó oscuramente el sacrificio que implica editar libros, alimentar los sueños de la gente y edificarles una cultura, incluso contra ellos mismos.

Sobre la mesa de luz el despertador se ha puesto a sonar trepidando en sus patas de níquel, y a su lado tiembla una foto en su marco, la efigie impúdica y plebeya de una muchacha sacudida de risa, y también baila el vestido floreado, las anchas caderas.

—¿Mujeres?

—Ya no —y el reloj tiene otro acceso de alarma, la foto otro ataque de baile y de risa.

Otero suspira, confiesa perdido en el tiempo el día en que León empezó a ser otro; el punto de la Serie Escarlata, el tomo de la Colección Andrómeda (alineados en el único estante como un calendario secreto) en que este hombre dijo que no, olvidando incluso el orgullo infantil que le daban sus obras:

—¿A que no sabe cuántas fichas tengo en la Biblioteca Nacional? —la cabeza ya casi calva hundida entre las solapas del traje.

—¿Cuántas, León?

—Sesenta. Más que Manuel Gálvez.

—Qué maravilla.

—Psh. Falta la mitad.

O bien:

—Esta traducción es única. Mil palabras menos que el original.

—¿Las contó?

La risa burlona:

—Una por una.

Después —pero ¿cuándo?— un resorte escondido saltó. Es preciso admitir que en los últimos tiempos no recibía a León con placer. Le llenaba la oficina de problemas, de preguntas y lamentos que a veces ni siquiera tenían nada que ver con él, sino con la generalidad de las cosas, los bombardeos en Vietnam o los negros del Sur, temas sobre los que a él no le gustaba discutir, aunque tuviera ideas formadas. Por supuesto León terminaba por mostrarse de acuerdo con ellas, pero en el fondo era fácil advertir que disentía, y ese disimulo no se sobrellevaba sin mutuas violencias. Cuando se iban daban ganas de barrer con una escoba toda esa escoria de tristeza, de pretextos. ¿Qué le pasaba, León?

—No sé —la voz sollozante—. Es que el mundo está lleno de injusticias.

La última vez, Otero lo hizo atender por la secretaria.

Es inútil de todas maneras recordar ese mínimo episodio, oponerlo al constante interés que mostró por las cosas de León, aun por detalles triviales:

—Este mes tradujo dos libros. ¿Por qué no cambia de traje?

Era lo mismo que pedirle un cambio de piel, y Otero olvidó el proyecto secreto de invitarlo algún día a comer, presentarle al gerente, ofrecerle un empleo estable en la Casa. Se resignó a dejarlo en su abulia, sus vagos ensueños, las horas de ocio que engendran ideas malsanas, llegando a envidiarlo porque podía levantarse a cualquier hora, decretarse un día feriado, mientras él se desvelaba en los remotos planes de la Casa. Tal vez su bondad estuvo mal colocada, quizá no debió permitir que León se enfrentara solo con las fantasías de una inteligencia que —mejor admitirlo— no era demasiado vigorosa.

Pero es difícil fijar el límite de los propios deberes con el otro, invadir su libertad para hacerle un bien. ¿Y qué pretexto invocar? Una o dos veces por mes, León venía, entregaba su pila de carillas, cobraba, se iba. ¿Es que él podía pararlo,

decirle que su vida era errada? En ese caso, ¿no debería hacer lo mismo con el medio centenar de empleados de la Casa?

Otero se levanta, camina, se asoma a la puerta del *hall,* la luz cegadora del patio, escucha los ruidos que el muerto tal vez escuchaba: metales, canillas, escobas. Como si nunca hubiera existido, porque nada se para. La sopa en la olla, el jilguero en su jaula —ese canto impávido en un bosque de chapas— y la voz de la vieja diciendo que ya son las once y ojalá el comisario esté por llegar.

Por un momento el visitante comparte ese deseo, porque muchas cosas lo aguardan en la oficina, presupuestos a resolver y cartas que contestar, y hasta una llamada de larga distancia, sin contar el almuerzo con Laura, su esposa, a quien tendrá que explicar lo ocurrido. Pero antes debe saber cómo era León, y por qué se ha matado: antes de que llegue el comisario y destape la sábana y le pregunte si eso era León.

Tal vez el misterio estuviera en su infancia, en viejos recuerdos de humillación y pobreza. ¿Alguna vez le dijo que no conoció a sus padres? Quizá por eso se sintió despojado y ya no pudo amar el orden del mundo. Pero salvo ese incidente fortuito, que él sin duda exageraba, nadie lo había despojado.

La Casa fue siempre justa con él, a veces generosa. Cuando dos años atrás, sin obligación alguna, decidió conceder medio aguinaldo a uno solo entre sus diez traductores, ese traductor era León.

Es verdad que en los últimos tiempos mostraba una curiosa aversion, una fobia, por cierto tipo de obras —las que al principio más le gustaban— e inclusive un secreto (y risible) deseo de influir en la política editorial de la Casa. Pero aun este último capricho estaba por cumplirse: pasar de la ciencia-ficción a la Serie Jalones del Tiempo. Un paso sin duda arriesgado para un hombre de una cultura mediana, hecha a los tumbos, llena de lagunas y de prejuicios.

Nada bastó, era evidente. León no llegó a comprender su verdadero estatus dentro de la Casa: el traductor policial mejor pagado, más considerado, al que nunca se escatimó trabajo ni siquiera en los momentos más difíciles, cuando algunos pensaron que toda la industria editorial se venía abajo.

Otero no ha visto llegar a los hombres de blanco que charlan afuera con dos pensionistas, la camilla apoyada en la pared ocre del patio, chorreada de lluvias y soles y ropa secada a tender. El oficial de las manos a la espalda mete la nariz en la pieza y anuncia, como una confidencia en voz baja:

—Ya viene, que es la forma verbal del comisario.

Confrontado con esa inminencia, Otero vio de golpe las cosas más claras. El suicidio de León no era un acto de grandeza ni un arranque inconsciente. Era la escapada de un mediocre, un símbolo del desorden de los tiempos. El resentimiento, la falta de responsabilidad anidaban en todos; sólo un débil los ejercía así. Los demás frenaban, rompían, atacaban el orden, ponían en duda los valores. La destructividad que León volvió contra sí: esa era la enfermedad metafísica que corroía el país y a los hombres hechos para construir les resultaba cada día más difícil enfrentarla.

Es inútil que Otero siga buscando. No quiere encontrarse culpable de ninguna omisión, desamor, negligencia. Y sin embargo es culpable, en los peores términos, en los términos que siempre le reprocha Laura: demasiado bueno, demasiado blando.

Atrapado por fin, se retuerce, defiende, responde. No es que sea bueno, es que no tuvo que esperar a que se inventaran las relaciones humanas para dar el trato que merece a la gente que trabaja, que es al fin la que hace lo que puede existir de grandeza en el país, en la Casa.

¿Pero con León falló, Otero? Sí, con León fallé, debí intervenir, reconvenirlo a tiempo, no dejar que siguiera ese camino. La admisión estalla en un suspiro final, y ya León va

dejando de moverse en las palmeras de papel, las evidencias de su oficio terrenal, los saturados circuitos de la memoria. Es la hora, en fin, de sentir por él un poco de piedad, de recordar lo flaco que era y humilde de origen, y entonces la vieja asombrada le oye decir:

—Demasiado.

Cuando llegó el comisario, no fue siquiera preciso que mirara las cosas del cuarto. Las cosas parecieron mirarlo a él en esa fracción de segundo en que todo estuvo abarcado, catalogado, comprendido. Tampoco necesitó presentarse, el sobretodo azul, el sombrero gris, la ancha cara y el ancho bigote. Simplemente abrió la mano a la altura de la cadera, y Otero tendió la suya.

—¿Esperó mucho?

—No —dijo Otero.

El comisario estaba recién afeitado y, tal vez, recién levantado. Bajo la piel oscura se transparentaba un rosado de salud, y aunque los tres pasos que dio en dirección a la cama y el muerto fueron rápidos y precisos, en el respirado aire de la pieza quedó una estela de cansancio, de tedio, de cosa ya vista y sabida.

La mano del comisario tomó una punta de la sábana y dio un tirón descubriendo el cuerpo pequeño, azulado y desnudo. La señora Berta no desvió los ojos, quizá porque ya lo había visto así al acudir a despertarlo en días de verano, quizá porque en su mundo sin esperanzas y sin sexo estaba más allá de pequeños pudores.

Otero se encontraba al fin con lo que había estado esperando, y trató de aguantarse firme. Cuando quiso mirar a otra parte, tropezó con la cara del comisario.

—¿Lo conoció?

Otero tragó saliva.

—Sí —dijo.

El comisario tapó el cadáver y el camino quedó abierto para frases de compromiso que nadie ensayó, consolaciones que ya estaban pronunciadas, gestos de superflua memoria.

León había dejado de moverse. El resorte se había disparado, la cortina estaba cerrada, la imagen lista para el archivo. Era una imagen triste, pero tenía una serenidad de la que careció en vida.

Otero saludó para irse. A último momento recordó el sobre en su bolsillo.

—Hay una carta —dijo—. A lo mejor usted…

Pero el comisario le bastaba la que el difunto León de Sanutis escribió y firmó para el juez.

—Ésa es suya —dijo.

Un kilo de oro

El olor a gato venía caminando hacia él por la vereda mojada. O tal vez no caminaba sino que permanecía inmóvil y suficiente, por lo menos a cierta distancia, como la marquesina de un teatro o el palio de una iglesia por donde salen los novios: un tinglado intangible de olor a pis de gato. Fosfuros. Amoníaco. Algalia. En el umbral el plato con pedacitos de hígado cortado. Algún día me agacharé y lo comeré.

¿Entraría? Entró. Meadas ruinas de Marienbad: llevaba a Pola del brazo por las marmóreas galerías, era de tarde en primavera y ella tenía un vestido suelto de muselina, zapatos grises y bajos, aros sonoros de madera. La luz de esa tarde pervivía en la oscuridad como el recuerdo del sol en el fondo de un río. ¿El perfume de Pola era Shocking? Se le había hecho la piel del ciego mientras bajaba un piso, subía otro, rozando con las yemas las paredes que colgaban en tiras de papel. Alguna vez podrían poner luz estos desgraciados. Salió a los guijarros de la terraza y se orientó pro los letreros luminosos: el verde era el este, el ojo era el norte. Cosmografía parda.

Una siesta de dos meses atrás estaba cristalizada en la cama de su pieza como un molde de yeso probando un delito. Renato volvió a poner en su sitio las sábanas. No quería ver nada, pero automáticamente resurgían pequeños proyectos, las plantitas brotaban del cotiledón, el espíritu germinativo: clavar en la pared el dibujo de Brascó, terminar el libro de Olsen sobre D.T., barrer: cáscaras de naranjas y un pedazo de

pan en el piso.Tonio estaba parado en la puerta, las manos en los bolsillos.

—¿Cómo te va?

—Como la mierda.

Tonio aprobó en silencio, dando un impulso adicional a las manos dentro del sobretodo: era petiso porque vivía tirándose para abajo. Toda su gran cabeza lo estudiaba, las dejas de ligustro, los ojos de escopeta, la calva reluciente con esos terraplenes de pelo a los costados.

—Me alegro —dijo montando en una silla y cruzando las manos bajo el mentón.

—Ah, te alegrás.

A Tonio se le hizo la sonrisa en las puntas de la boca, trepó hacia el otro arco voltaico de sonrisa que bajaba de los ojos. Sonrisa en dos tiempos, ese cabrón.

—Sabés por qué te digo, ¿no?

—Sí. No. Qué sé yo.

—Te acordás que yo te avisé y me retiraste el saludo por quince días.

Renato no se acordaba.

—La relación entre intelectuales de distinto sexo —dijo Tonio— es una relación homosexual. Lo tengo publicado.

—¿La doctora Rubiakov?

Otra doble ojiva sonriente. La picardía jugaba un partido de share en la cara de Tonio, que también era la doctora Rubiakov, autora de *El último enigma del sexo* y de *La mujer ardiente*.

—Vos reíte, pero yo me corto lo que te dije antes de llevarme una de esas tilingas a la cama. Van con la tijera de podar. Vos te rompés todo y ellas miran al techo y piensan en Fellini. Una mujer tembú, eso es lo que hace falta.

—¿Qué es eso?

—Ves —dijo Tonio—. Ahí tenés un intelectual argentino. Seguro que sabés lo que es una mujer Mriji y una mujer Vadawa.

—Una Mriji es una mujer estrecha y una Vadawa un poco menos.

—Extranjeras —condenó Tonio—. La mujer tembú tiene una lenhgüeta adentro de la co, de la vagina —reaccionó retomando el lenguaje científico de la doctora Rubiakov— y te la introduce en el orificio de la, del pene.

—Interesante.

—Hay muy pocas. Yo conocí una sola, en Goya, y era vieja y fea pero te dejaba loco. ¿Te conté que yo tengo un kilo de oro? Ah, tampoco sabés lo que es eso. —Sacó un cigarrillo y un fósforo—. Un kilo de oro es la variedad de pi, de pene más cotizada entre las mujeres. Les hace sonar los siete tamborcitos. El medio kilo es bueno, pero no tanto. Y la Pía Majestad…

Conmovido. Debería estar, por lo menos. Este tipo sabe cómo me siento, viene y enciende la kermés de luces, pone en marcha todos los juegos. Algo circula en su cabeza, una molécula ARN, un impulso eléctrico haciendo contacto en cada chiste, en los releis del bally. Todo para mí. Misterioso, yo nunca le di nada. Me río, cómo no me voy a reír. Pero es igual que reírse con el esternón partido: ese puñal mal puesto.

—…pero hay mucha represión —decía Tonio y recién ahora prendió el fósforo—. Sexofobia. ¿Sabés cómo le llaman algunos a la? Carne meada. Los curas jodieron mucho.

Renato se paró, decidido a capear la lluvia de palabras.

—¿La viste?

Tonio parecía esperar la pregunta, hizo tiempo calentando con el fósforo la punta del cigarrillo.

—¿Esa turra? Anda yirando por ahí. O vos te crees que es fácil encontrar otro punto como vos. Mirá, el otro día comentábamos con Paco, esta mina se ensartó para toda la

cosecha. Lo que pasa es que no pueden aguantar un tipo mejor que ellas, se mueren de envidia. Con una rea de la calle te va a ir mejor. Otra cosa, ¿vos nunca hiciste la prueba? Andá, hacé la prueba un día. Ponéte detrás de un biombo y escuchále la voz sin verla. Voz de hombre, viejo. Y después mirále la boca, ¿nunca le miraste bien la boca? Tiene el labio caído, qué se puede esperar de una mina con el labio caído.

—Ella te quería mucho —dijo Renato.

Como la sombra de una cortina cayó sobre la cara de Tonio, una tenue gradación de ceniza, o tal vez era el humo que ahora largaba por la boca, mirando al cielo raso.

—Yo también, pero jodió a todos mis amigos. A Benito lo jodió, a Paco lo jodió, y ahora a vos.

—Yo estoy bien —dijo Renato.

—Sí, ya veo lo bien que estás. Decíme —Tonio encorvó el índice de la mano derecha alrededor del mentón y hundió la cabeza en la gran masa del tórax; las cejas subieron un centímetro—, ¿criás gallinas en la isla?

Clic, el gatillo montado en la locura propia de Tonio. Renato la había olvidado. Trató de mantenerse serio.

—¿Gallinas?

—Sí, gallinas —dijo Tonio profundamente reconcentrado—. ¿Sabés a cuánto están los huevos?

—Pero viejo, qué.

—Un momentito, ahora hablo yo. ¿Sabés a cuánto están los huevos, sí o no?

Renato volvió a sentarse.

—No —suspiró.

—Cientoveinte pesos la docena —dijo Tonio—. ¿Sabés cuántos huevos pone una gallina?

—Qué sé yo. Dos o tres por día.

—No, boludo. Uno, en el invierno. Supongamos que tenés cien gallinas, y que cuatro no pongan porque salieron flojas. Noventa y seis huevos, ¿cuántas docenas son? Ocho docenas. A ciento veinte mangos, ¿cuánto es? Novecientos

sesenta. Treinta lucas por mes. Y si tenés el doble, sesenta. ¿Comprendés, gil?

Voy a tener que echarlo. El único tipo en el mundo que se preocupa por mí, y mirá de qué forma se preocupa. Pero si le digo que no quiero criar gallinas, capaz que se ofende. Diplomacia:

—¿Cuánto cuestan cien gallinas?

—Treinta y dos mil quinientos cincuenta pesos —respondió Tonio en el acto.

Puñalada:

—¿Me los podés prestar?

Dibujo animado. Nube se rompe. Sal en la herida:

—Aunque sea los treinta. Los dos mil quinientos los consigo en el banco. Cincuenta tengo ahorrados.

Tonio caía agitando los brazos en el aire azul. Pero ya estaba fabricando otra rosada nubecita de pedos: la nomenclatura era suya.

—¿Hasta cuándo te quedás?

—Me voy mañana.

—Esperáme al jueves. El jueves sin falta te los consigo. —Se paró, abotonándose el sobretodo. Una repentina preocupación lo demoraba—. ¿Qué les vas a dar de comer?

—¿A quién?

—A las gallinas, hombre. ¿De qué estamos hablando?

—Maíz —dijo sabiamente Renato.

—Ah, no —se opuso Tonio—. Así no vamos a ninguna parte. Maíz, una vez por semana. ¿Sabés a cuánto está el maíz?

—Novecientos pesos la bolsa —improvisó Renato.

—Exacto —dijo Tonio que había inventado una cifra algo distinta—. Y cien gallinas, ¿cuántas bolsas comen?

—Tres.

—Por semana —precisó Tonio—. Entonces no podés darles maíz. Tenés que darles las sobras de lo que comés, y que

se las rebusquen por ahí. Atorrantas. El campo está lleno de semillitas. ¿Comprendido?

—Sí —dijo Renato en un hilo.

—Bueno. Ahora todo está más claro. ¿Necesitás algo?

—No.

Lo miraba con profunda desconfianza.

—Decíme. ¿Hace mucho que no?

—Más o menos.

—¿Te mando la gorda?

—No —se apresuró Renato—. La verdad, ayer levanté una mina en la isla.

No te creo. Te mando la gorda. Total no tiene nada que hacer, se está cagando de frío en la esquina de Paraguay.

—Tiráme un cien.

Tonio se revisó prolijamente los bolsillos hasta encontrar un billete de quinientos doblado en ocho.

—Tomá. Uniqueti.

Desde el fondo de la escalera gritó todavía:

—Esperá un cacho que ya viene la gorda.

Renato se cambió precipitadamente la ropa mojada y salió. El número no estaba en su memoria, estaba en la punta de sus dedos. Cómico, verlos moverse. El llamado volvió a caer en el vacío. En cambio la voz de Greta diciendo hola sonó como si estuviera en Canadá, para deshacerse luego en deleitadas estalactitas, jirones de asombro y excitación.

—Pero vení en seguida —dijo—. Tengo *millones* de cosas para contarte.

Renato subió. Volvió a verse en el espejo del ascensor. La cara triangular de turco triste con la opacidad enfermiza de la piel, la frente cansada, sin dominio, y esa absurda cantidad de pelo rizado y negro que le había crecido. Había olvidado el odio que sentía por su cara. Greta lo esperaba con la puerta abierta, asomada en el marzo de luz. Al abrazarla sintió el olor a pintura en el tibio pulóver, en los duros pantalones de loneta. Recorrió sin interés los cuadros nuevos apilados

contra las paredes, espectador más abstracto que las desordenadas manchas donde la luz se pulverizaba en sombríos sienas y verdes. Greta en su luna menguante.

—Bueno —dijo ella—, contáme. ¿Es cierto que vivís en una isla? —la voz volteada desde la *kitchenette* donde hacía el café.

—Es cierto. No hay mosquitos —se anticipó—. No se inunda. Los pajaritos cantan todo el día —recibió el pocillo caliente—. ¿Dónde está Pola?

—Ah, ah, ah, —hizo Greta—. Es eso.

—No es eso. Es que los extraño a todos, no puedo vivir sin ustedes.

La cara de Greta se estiró.

—Ironías no, chiquito. Hoy ha sido un largo día, ¿sabés? Desde que me levanté me he sentido como una imbécil.

—Supongo que has estado arruinando tus propios cuadros.

Ella asintió con la cabeza.

—Los retoco demasiado, no sé cuándo pararme. Hay un punto en que deben estar perfectos pero nunca sé cuál es.

—¿Sabés qué podrías ser? Una gran pintora *naïve*. Si tuvieras un crítico al lado.

—¡Pero eso es lo que no quiero ser! —gimió Greta—. Quiero pintar con la cabeza, no con los ovarios.

Renato se fijó en ella por primera vez esa noche.

—Me voy —dijo.

Greta alzó una mano.

—No la vas a encontrar. Esta noche tiene ácido.

Ácido. Qué raro. Pola, que tenía miedo de volverse loca, que veía el mundo partido por la mitad, y cada cosa del mundo también partida, y cada mitad nuevamente partida. "Es como si fuera un gran espejo, comprendés, y alguien lo hubiera tirado al suelo."

—Pola se analiza con Reverdi. Más loco que ella. ¿Sabés quién se le suicidó? Graciela, fue horrible. Ella que no quería ser fea, y se ahorcó del techo. No quise verla, pero me

El dentista. Graciela vista a través de una periostitis y un complejo de culpa: lávese bien; si le duele, vuelva. Mirándola de reojo después del saludo; no era un lugar para hablar. Vestido con lunares rosa. Dejé de leer *Esquire* cuando descubrí que empezaba a comerse las rosas del florero. Se las comió una por una. Nerviosa, sin duda: "Yo vivo en ácido permanente". Cuello Modigliani. Ahora digo Modigliani. Jirafa comiendo rosas, desandando la calle Darwin. Hermoso cuello. No oí la soga cuando se cortó, hermana mía

y violeta, dicen.

deshaciéndose en lenta y olorosa pudrición como las ciruelas que

—Pobre —dijo Renato, pasándose la mano izquierda por el costado de la cara, oyendo el chasquido de la barba que sólo él podía oír—. ¿Cómo está León?

—En el diario —dijo Greta—. A estas horas. Se las ha arreglado para dejarme sin hombre. Lo peor es que no puedo encamarme con otro. Alma unicelular, sabés.

—¿Dónde está la clínica?

—No sé —dijo Greta—. ¿Más café? Si lo supiera, no te lo diría. Primero la mandaste al osteópata. Después al psicoanalista.

—Es la pasión —dijo Renato—. Vos no sabés nada de eso. Por eso León está a estas horas haciendo las necrológicas.

El diente sobre el labio. El fino diente, instantáneo.

—Puede ser.

—¿Muchos muertos? —prosiguió—. He visto que ya no les ponen una cruz. Les ponen un signo más. Fulano más fulano más fulano, rip, rip, rip, suma y sigue. Cuando se den cuenta, les van a poner un signo menos. El buen León.

Los ojos de Greta brillaban en la cruda luz.

—¿Para eso viniste?

Renato se levantó, se arrodilló junto a Greta, Sonia, apoyó la cabeza en su falda, *Iuxta crucem*. Nada podía ser sincero, cada gesto estaba podrido por una palabra previa, y él un traficante de palabras para podrir otros gestos.

—Estoy jodido —dijo.

Sintió sus manos en la nuca, tibias. El olor a pintura en el pantalón de Greta, y tal vez olor a León y a ella en la madrugada anterior. Baño sin agua caliente. Los dedos iban y venían sobre su nuca, *Mater universalis,* la vieja tarjetita perforada.

—¿Vos crees que debo criar gallinas?

—Qué manera de hablar —dijo Greta levantándole la cara y cruzándole la boca con el índice—. Kakós, kaké, kakón.

Renato se sentó en el suelo. La cara de Greta era casi dulce cayendo en declives de piedad hacia él.

—Estoy bien —dijo—. Me voy en seguida.

—Si querés quedarte. Yo voy a trabajar. Podés dormir hasta que venga León. Después te damos un colchón.

Ón, ón. Cacófono ocupado. Renato se paró.

—La noche recién empieza.

Greta lo llevó a la puerta, lo besó en la mejilla.

—*But we love you, Chalie Brown*.

Reverdi, Carlos: ¿Qué clínica? Reverdi Francisco: pero no, hombre, ésta no es hora de llamar. Reverdi Guillermo, Reverdi Walter. Reverdy.

"Vos no sos loco, Reni. Vos te has puesto traje de loco, que es distinto." La guerra entre ella y yo. Responso del guerrero. Pola daba vueltas dentro de su cabeza, todo desembocaba en ella, el mundo armado como un escenario donde iba a aparecer en cualquier momento. Cada cosa la anunciaba, la ropa interior de una vidriera o un tacho de basura. El psicódromo lleno esta noche: un galgo en cámara lenta, los aplausos caían despacio como la nieve, palomitas sonoras entre sonrisas tibetanas, un pie se sacaba la piel como una media pero no se animaba a dar la patada final. La mirada

de Pola venía resbalando desde lo alto de la nariz, una mirada líquida que exprimía entrecerrando los párpados, oh con tanta lentitud, como si fueran un pulgar y un índice que manejaba a voluntad, lo que es el oficio ché; las luces se movían, el fondo de ojo de la noche, luz rasante en el cuerpo de Pola encandeciendo los poros de la espalda, pulverización mezcalínica, y ¿qué Viejo Maestro pintó qué cosa debajo de su piel? Qué amontonamiento de jugadores, viejo, no se ve la pelotita por ninguna parte.

—Seesta, seesta.

Entró en El Ciervo, se sentó frente a la imagen propia del cérvido cornudo que encendía y apagaba sus ojos de topacio, probó el mosela y su matiz crisoberilo, tantos años con esa frase adentro dándome un calorcito, la tarde en su matiz crisoberio, pelota al córner.

(Analizada con razón) la noche venía mal, Renato sentía su olor interno a desastre y recaída. No puede ser que Uno busque lleno de esperanza y lo arrastren así como un bagre por el barro, y que Uno muerda el anzuelo que estaba invisible, mirá vos. Pero sí puede ser, y siempre fue. Qué se puede esperar de un mentón como el que tengo, esta especie de preámbulo de fuga o de argumento dilatorio. Las facultades del alma todas puestas como el ojete, armadas a último momento y con apuro. La bisagra entre la voluntad y la sensibilidad, la roldana del entendimiento. Catul Jobson experimentó una irrefrenable vocación por la psicología después que armó su primer meccano.

El sandwich de pavita tenía gusto a polietileno y a doscientos cuarenta pesos y ella no apareció. Debí quedarme en la isla, estaba tan bien hasta que empezó a llover. Ahora al salir el toldo le escupió unas gotas en el cuello, pero el cielo se agujereaba, viento del sur empujando nubes blancas y deshilachadas, el asfalto inundado de letreros temblorosos, ilegible trepidación, *shimmering, pointillage,* embalsados

capaces de sostener el peso de un ómnibus sin sumergir a los obreros del volante.

La gente salía de los cines, empezó a atravesarla con paciencia. Respiraba más rápido, como si estuviera por llegar a una cita establecida. Ese era el Síntoma, antes, y las piedritas adentro del oído: había empezado a correr en el psicódromo bajo el crepúsculo de Malpighi. Se paró. Estaba internado en *la* calle, tan oscura a cuadra y media de Corrientes, a veinte metros del teatro, único transeúnte posible entre los cajones de basura y la luz de los charcos. Se pegó a la reja. Prisionero, mirando la gran foto con los ojos trágicos de Pola, la sombra triangular cayendo largamente de cada ojo, la deidad que llora, la trampa en que siempre caía. Gran siete, si no es para creer en las formas, miro esa cara y soy como el mono recién nacido al que le muestran una T de madera.

Sobre la cabeza de Pola se tendía en letras anaranjadas el título de su nueva obra, *Los días iguales*. Para eso se habían pasado hablando de Artaud hasta la insensatez; para eso habían imaginado lenguas de oprobio saliendo de cárceles, manicomios y leprosarios hasta arrasar la inicua ciudad: enormes holocaustos que terminarían con los actores armados de hachas y mangueras corriendo al público después de gritarle "¡Fuego!" persiguiéndolo por las calles hasta la llegada de la policía, que también recibiría su parte de la Única Función.

Enternecido, aciago, Renato se reía recordando la acumulación de proyectos que desembocó en su obra solitaria que la gente pateó y los críticos lapidaron. Nadie llegó a ver lo que él había imaginado en aquel *Götterdämmerung* de cómicos que parecían salidos del Teatro del Pueblo para tartajear monstruosidades incomprensibles y jirones de letra olvidada, con sólo Pola modulando impávida los acentos grises y neutros de la muñeca, esa mera figura del alma, que bajaban sobre la platea entre chistidos y risas mientras un diablo de

music-hall la acechaba confundido con los tabiques, las sombras, el piso.

El candado estaba abierto. Renato entró, avanzó por la oscuridad del lunes-descanso en el *hall* suspendido de afiches y fotos y el olor recalcitrante de multitudes ideas. Vio una raya de luz entre dos paños de puerta, pero ya entonces había oído esa hilacha de voz tenue como un recuerdo. Empujó la puerta y miró el escenario donde una sola figura iluminada y perdida era Pola. Desgarbada en un simple vestido negro, las manos caídas y los ojos puestos en un lugar de pullman donde no había nadie como no había nadie en todo el teatro, recitaba la súplica del segundo acto frente a un demonio invisible. Renato asumió su papel, se escondió tras una columna donde ella debía descubrirlo.

La mirada de Pola giró, las manos temblaron, el cuello se movía por grados de esfuerzo hacia la izquierda, la oscuridad, la columna. De pronto lo vio, casi a sus pies, adivinó el salto que lo pondría junto a ella.

Corría por un túnel anillado que se ensanchaba para dejarla pasar y se cerraba detrás en intestinales sopores. El piso afelpado le trajo sucesivos rebotes a destiempo y al volver la cabeza descubrió a Renato caminando altísimo y seguro por el firme suelo de cemento, avanzando sin esfuerzo con largas zancadas, un puñal brillando en la mano y una piedra en un turbante tan absurdo que le dio ganas de reír. Pero al frente el túnel se estrechaba hasta volverse un hilo. Se detuvo, se apoyó en la pared con consistencia de toalla mojada y viva.

—Basta —dijo, suplicó—. Vamos a casa.

Tenía los ojos cerrados, parecía muerta, descomponiéndose ya en la paz: estampa de mendiga con su bajorrelieve de arrugas en cada comisura. Él sintió tironeos de piedad en cada blandura de su cuerpo y la realidad que lo asaltaba en fogonazos: eran las dos de la mañana, el sereno volvería del café de la esquina y los encontraría en ese juego absurdo. Sacó el

paquete de Gloster y prendió uno. Ahora ella vendría. Cuando el fósforo le quemó los dedos se dio cuenta de que estaba solo.

La escuchó reír en los pasillos, escalones, mingitorios. Un trozo de su vestido quedó entre sus manos en una encrucijada. Un pie desnudo y cortado por una ojiva subía una escalera. Los ojos de Pola estaban a diez centímetros de los suyos sobre un fondo de almohada. Estiró la mano y no era nadie. Avanzaba precedido por la luz de la navaja (Nuestra vida estuvo colmada de tristeza. Ahora seremos felices un momento cuando yo te encuentre). Entró en un camarín flanqueado de ropas colgadas, máscaras y túnicas y pieles. Al fondo de todo sin duda estaba ella que había dejado de reírse. Es preciso, murmuró. La vio a la luz de una claraboya, vestida nuevamente de muñeca, con una blusa de mariposas pintadas y el pelo —qué notable— rubio. No volvería a engañarlo con sus pelucas, máscaras, pinceles. Ella fue a gritar, le tapó la boca con una mano. La palma de la otra ascendía debajo de su falda, sobre la piel, conocía de nuevo esa conmoción de apoyarse en su sexo. Felices un momento, repitió, clavando la navaja en el pecho, abrazándola para que no se cayera. Pasa en seguida. Apaguen la luz y no hagan tanto ruido.

—No grités, gallego —decía Tonio tratando de aplacar al sereno que no quería entender razones y optaba por llamar a la policía—. No hagás tanto lío por un maniquí de mierda.

Renato también estaba mirando las serpentinas de paja que salían del pecho de Pola.

—No es eso, señor Tonio —dijo el sereno—. Es la navaja.

—Vino a afeitarse —aseguró Tonio, sacando otro billete de quinientos plegado en ocho—. ¿Vos nunca te afeitás?

Salieron a la calle. El cielo estaba limpio. Las fieras del bosque huían del psicódromo y en cada árbol dejaban una meadita de adjetivo.

—Es grande Corrientes —dijo Tonio—. Sabés que estamos pisando los huesos de los muertos.

—Los indios —dijo Renato.

—¡Qué los indios! —lo agarró del brazo—. Los huesos de los cafishos polacos.

Lo miraba de soslayo esperando la pregunta que no vino.

—En el treinta los barrieron a todos y los enterraron aquí abajo, aprovechando la excavación del subterráneo —Renato seguía callado—. Vení, tomamos algo.

Entraron, se sentaron, les trajeron dos cafés.

—Y, ¿qué tal? —dijo Tonio, como si recién se encontraran.

—Bien. Así que me seguiste.

—No. Te esperé acá. Sos un boludo —agregó de golpe—. La dejaste a la gorda esperando.

—¿Dónde está?

—En tu cama. Dónde querés que esté, con este frío.

Renato empezó a reírse, despacito.

—Tenías otro billete de quinientos.

La cara de Tonio era un trifásico burlándose de él mismo, de Renato, de nada.

—Tenía. Vos pagá los cafés.

Empezó a ponerse serio mientras fumaba. Una profunda meditación se abría paso debajo de su cara, como un cazador en la hojarasca.

—Decíme —bajó la voz—. ¿Qué pescás allá?

—Bagres —dijo Renato—. Bogas.

—¿Pejerreyes?

—Para eso hay que ir al Paraná.

—Bueno, eso es lo de menos. Lo importante es esto. ¿Cuántos pejerreyes caben en un metro cúbico de agua?

—Diez —aventuró Renato—. Cien —viendo la cara de reproche.

—Uno —demolió Tonio—. Ellos también respiran. Pero si tenés una pileta de veinte metros de largo por diez de ancho y tres de hondo, ¿cuántos pejerreyes caben?

—Menefrega.

—Seiscientos. Ahora imagináte seiscientos giles por noche a cincuenta mangos por hora por cabeza tratando de pescar seiscientos pejerreyes en una pileta subterránea en plena calle Corrientes. Vos alquilás las cañas y hacés un millón por mes.

—Bajá, viejo.

—¿Te parece que no camina?

—No —dijo Renato.

Tonio tomó de un trago el café que se le había enfriado. Miraba sin interés la calle, los diarieros, los rezagados que tomaban los últimos taxis. Pensaba.

—Qué joda —murmuró de pronto.

—Sí —dijo Renato—. Es una joda.

Un oscuro día de justicia
(1973)

Cuando llegó ese oscuro día de justicia, el pueblo entero despertó sin ser llamado. Los ciento treinta pupilos del Colegio se lavaron las caras, vistieron los trajes azules del domingo y formaron filas con la rapidez y el orden de una maniobra militar que fuera al mismo tiempo una jubilosa ceremonia: porque nada debía interponerse entre ellos y la ruina del celador Gielty.

En la penumbra de la capilla olorosa a cedro y a recién prendidos cirios el celador Gielty seguía rezando de rodillas como rezó toda la noche. Escurridizo Dios afluía y escapaba de sus manos, acariciándolo igual que a un chico enfermo, maldiciéndolo como un réprobo o deslizando en su cabeza esa idea intolerable, que no era a Él a quien rezaba, sino a sí mismo y su flaqueza y su locura.

Porque si bien los signos no fueron evidentes para todos, el celador Gielty venía enloqueciendo en los últimos tiempos. Su cerebro fulguraba noche y día como un soplete, pero lo que hizo de él un loco no fue el resultado de esa actividad sino el hecho de que iba consumiéndose en fogonazos de visión, como un ciego trozo de metal sujeto a una corriente todopoderosa y llameando hasta la blancura mientras buscaba su extinción y su paz.

Y ahora rezaba sintiendo venir a Malcolm como lo había sentido venir a través de la bruma de los días de las semanas, y

tal vez de los meses de los años, viniendo y aumentando para conocer y castigar: el hombre cuya cara se multiplicaba en los sueños y los presentimientos diurnos, en las formas de la nube o el reflejo del agua. Astuto y seguro venía, labios tachados por un dedo, sin quebrar un palito del tiempo.

En el dormitorio chico los doce internos a cargo del celador Gielty estuvieron solos toda la noche. Eran los más pequeños del Colegio, salvo O'Grady, Malone y el Gato, que llegaron tarde, cuando no quedaban camas en el dormitorio grande, lugar para la amistad, uvas en la viña: triste descarte de escondidas historias de muerte y repudio perdidas en la leyenda del verano.

El celador Gielty había subido apenas un minuto para verlos arrodillarse en sus camisones y recitar la oración nocturna que imploraba a Dios la paz y el sueño o al menos, la merced de no morir en pecado mortal y cuando la palabra amén huyó aleteando por la única banderola abierta, fue hacia el Gato, que sin desvestirse esperaba como de costumbre y le dijo:

—Acostate vos también, y entonces el pequeño Collins lo vio acercarse hasta sentir en la frente su cálido aliento y una mirada más que nunca desesperada y terrible, burlona o amorosa. Sus dientes centellearon bajo el bigote rojo:

—No habrá ejercicio esta noche, y se fue, y bajó a rezar en la capilla.

Primer indicio que tuvo el pueblo de que el celador Gielty presentía la llegada de Malcolm. Porque el secreto de la llegada de Malcolm a Gielty descansaba hasta entonces día y noche contra el corazón del pequeño Collins, en el relicario que vació de pelos y de uñas de santos muertos para guardar el papelito en que Malcolm anunciaba que venía.

No habiendo ejercicio esa noche, ni autoridad a la vista, el Gato sacó un pucho y fumó sentado en la cama, mientras sus largos ojos relampagueaban amarillos, se entornaban con pereza y volvían a dilatarse contra el burbujeante fermento de

ira que brotaba de las amas vecinas, queriendo volverse grande y terrible, diluyéndose en cambio por falta de número en estériles murmullos o en el sofocado pedorreo que surgió en la punta donde estaba en la cama de Scally, la almohada donde Scally escondía la cara. Al Gato no le importaba, ni tenía miedo. Era fuerte ahora, seguro de sí mismo, los estigmas de su cabeza habían desaparecido con el recuerdo de pasadas humillaciones, el guardapolvo le ajustaba mejor, y aunque nunca engordaría, estaba crecido, saludable y despegado. De modo que cuando Collins fue más allá de sí mismo y quiso arrastrar al grupo contra el Gato descubrió que sólo en la teoría del alma estaban con él, y que eso no era bastante. Y así sucedió que el mismo Collins, sobrino y delegado de Malcolm, profeta de su arribo, debió posponer toda idea de castigar al Gato quien al fin no era más que instrumento de Gielty en la diversión siempre sangrienta que llamaban el ejercicio.

Cuyo comienzo databa de dos meses atrás, después que el Gato llegó al Colegio, fue perseguido, golpeado, curado, hizo sus cálculos, indagó en la médula de la autoridad hasta descubrir una honda corriente de afinidad fluyendo entre él y ese hombre ancho, colorado y loco, con quien no cambió una sonrisa ni tal vez una palabra hasta aquella noche en que el celador Gielty se paseó entre los chicos que terminaban de desvestirse, dos libros bajo el brazo y una idea prendida en la cara:

—¿Qué les parece si armamos una peleíta, muchachos?, poniendo en marcha un tren de sorpresas, pues a quién se le ocurría pelear de noche en el dormitorio, en vez de pedir al padre Fagan los guantes que el padre Fagan siempre estaba dispuesto a dar, fijando el día y la hora, a todo el que quisiera boxear en el patio bajo los ojos apropiados y las reglas, y sin embargo.

—¿Qué les parece, eh?, y sólo entonces Mollahy, que era el lenguaraz de la gente, se atrevió a preguntar:

—¿Con guantes, señor?

—Oh no, no con guantes —dijo el celador Gielty—, nada de guantes, que son para mujercitas y no para ustedes, que aún siendo los más pequeños del Colegio, deben aprender a pelear y abrirse un camino en la vida, porque Dios ordena —y aquí palmeó uno de los libros, que era grande y de tapas negras— que las más fuertes de sus criaturas sobrevivan y las más débiles perezcan, como dice este otro libro —que palmeó— escrito por un hombre que conocía la voluntad de Dios mejor que los sacerdotes de la Iglesia, aunque algunos sacerdotes de la Iglesia no lo acepten. En cuanto a mí, hijos míos, no quiero que ninguno de ustedes, que ahora me miran tan indefensos, ignorantes y tontos, perezca antes de su hora, y por lo tanto que ninguno de ustedes sea un pelele traído y llevado por los tiempos o la voluntad de los hombres como una oruga que arrastra el arroyo, sino que aprendan a ser fuertes y resistir incluso cuando el mundo empieza a derrumbarse, como yo lo he visto derrumbarse y por momentos lo veo todavía, estallando y desmigajándose en ardientes pedazos, pero matando sólo a los flojos, inservibles y miserables. ¿Qué les parece entonces si armamos una peleíta?

Y ahora el pueblo, o esa pequeña parte del pueblo, arrastrado por el sonido de las palabras más que por las palabras mismas que apenas entendió, pero más capturado todavía por la expresión atormentada y anhelante en la cara del celador Gielty, la gota de fuego en cada ojo, el erizamiento del bigote y el pelo de cobre, estalló en una gran ovación que él mismo suprimió en seguida.

—Porque esto debe quedar entre ustedes y yo, hijos míos, y ¿quiénes van a pelear?

Todos alzaron la mano. La mirada del celador Gielty anduvo entre las caras inexpresivas y mudas hasta encontrarse con la del Gato, donde se demoró en apreciativo reconocimiento de la historia pasada y el mérito presente:

—Así que ya no te asusta una trompada.

El Gato hundió el pescuezo entre los hombros y pronunció aquellas tres palabras con que había engañado al pueblo una noche memorable:

—Peleo con cualquiera, sólo que ahora era cierto, y todo el mundo lo sabía: el celador Gielty observó que los chicos más chicos estaban bajando la mano y haciéndose los distraídos, salvo Malone y O'Grady, que hubieran querido imitarlo pero no podían porque aún eran los depositarios de un prestigio fundado en el tamaño o la edad si no en la carga de expectativa que los demás depositaban en ellos, y por lo tanto mantuvieron en alto los brazos que temblaban un poco, mientras el tiempo crecía hasta volverse intolerable, y sólo entonces el celador Gielty dijo:

—Está bien, parece que no es a ustedes a quienes hay que salvar, de modo que si nadie más da un paso al frente, seré yo quien elija. —Y cuando nadie más dio un paso al frente, empezó ese largo escrutinio, descarte, que el celador Gielty iba a concluir en el pequeño Collins al señalar:

—Éste —al decir: —Collins —al anunciar: —El pequeño Collins peleará con el Gato.

Entonces hubo por ahí una risita y el celador Gielty se dio vuelta enardecido para descubrir a Malone atragantado, pero ya a su espalda rompía otro pedacito de burla, y el celador Gielty:

—¿Qué pasa?

Nuevamente fue Mullahy el que explicó:

—Collins no puede pelear con nadie, señor. De veras, señor. Está lleno de aire como una burbuja, y se hace pis en la cama.

Cosa que nadie sino él se hubiera atrevido a decir, porque Mullahy era el bardo y vocero del pueblo, perito en rimas, adivinanzas y proverbios, capaz de arrastrar a los suyos a extremos de diversión o sumirlos en negros ataques de melancolía, pero obligado a pronunciar a cualquier riesgo las palabras que latían informes en el ánimo general: por eso lo

habían desterrado del dormitorio grande, donde sus historias, circulando de cama en cama como una víbora de fuego, mantenían a todos despiertos hasta el amanecer. Ahora los chicos engordaban de risa sin dejar de temer el castigo que caería sobre Mullahy, a quien amaban sin la envidia que despertaba cualquier otra habilidad con los puños, los pies o el palo de hurling, como si no existiera por sí mismo sino que fuera una emanación de los demás.

Pero el celador Gielty no miró siquiera a Mullahy, y su cara se puso muy triste, tan triste que las risas cesaron en el acto.

—Por supuesto —dijo en voz casi inaudible— yo sé que Collins no puede pelear con nadie. Por supuesto yo sé que sus brazos son demasiado cortos, que no tiene cintura que valga la pena mencionar, sino una ollita redonda de panza hinchada que le viene de pasarse el día entero comiendo migas de pan que roba de la mesa de los maestros; si no, de prácticas aún más vergonzosas. Por supuesto yo sé que ningún equipo de fútbol del colegio quiere aceptarlo y que nadie nunca lo ha visto correr, porque tiene pies planos dentro de esos horrendos zapatos ortopédicos. Pero, ¿por qué otro motivo —y aquí su voz atronó—, por qué sino por eso, habría de elegirlo? ¿Por qué, sino porque es débil y enfermo e incluso un tonto, habría de fortalecerlo y agrandarlo para que sobreviva donde no sobreviviría entre ustedes, brutos, tramposos y asesinos, por qué habría de convertirlo en mi apuesta personal contra la fatalidad de las cosas? Porque eso también está escrito aquí —palmeó el libro negro— y aquí —palmeó el libro rojo.

Y ahora todos comprendieron y el propio Collins asintió como si advirtiera que estaba siendo reconocido por primera vez en su vida: no importa qué clase de injuria, desprecio, hubiera en ese reconocimiento.

—¿Así que pelearás con el Gato, no? —preguntó el celador Gielty, y Collins dijo:

—Sí, señor —un brillo de emoción en sus ojos celestes—, haré lo que usted diga, señor.

—Buen muchacho —murmuró el celador Gielty palmeándole la cabeza—. Vamos —dijo a los demás—, hagamos un ring. Yo seré réferi.

Con cuatro camas armaron el ring y pusieron en el suelo una colcha para amortiguar el ruido, porque en las semanas y meses que duró el ejercicio, el celador Gielty no quiso que dejara de ser un secreto. Después el Gato se paró en su rincón, alto, suelto, indolente casi, y el celador Gielty le preguntó si conocía las reglas, y el Gato dijo que Sí, que conocía las reglas, y el celador se volvió al otro rincón donde Collins preguntó si podía pegarle en la cara, y todos volvieron a reír pero el celador Gielty se mordió el labio y dijo que Sí, que podía pegarle al Gato en la cara, y dijo Listos, y dijo Adelante.

Los diez chicos que rodeaban el cuadrado sintieron que sus propios músculos se movían, pies clavados al suelo, brazos a la altura del pecho, mientras la sangre saltaba como un caballo, y todo ese movimiento estático iba dirigido contra el Gato, su fría cara detestable, queriendo machacarla y destruirla. De modo que nadie se extrañó cuando semejante carga de participación en el destino de Collins, impulso sólido hecho quizá del alma de O'Grady y de Malone y de todas las almas menores circundantes, se arrojó hacia adelante golpeando con furor. Pero aún esos gloriosos espíritus naufragaron en la simple elegancia de estilo con que el Gato paró cada atormentado golpe, la rapidez con que plegó su largo cuerpo, se agachó bajo los brazos de Collins y apareció intacto a sus espaldas. El pueblo exhaló en asombro el aire contenido en esperanza. El Gato sonreía, parte izquierda de la cara solamente, aventura del labio que parecía llegar hasta el ojo, mientras la mitad derecha seguía de madera.

—Round de Collins —apuró el celador Gielty, y— Un minuto de descanso —mientras desaparecía tras las sábanas que amurallaban su cama, regresaba con una toalla alrededor de los hombros.

¿Quería el Gato pegarle a Collins? La respuesta siempre fue dudosa, sobre todo para él que nunca se hizo la pregunta. Pero cuando en el segundo round Collins volvió a atacar y los demás empezaron a abuchearlo, el Gato dejó de sonreír. Fue entonces que la voz de Gielty llegó a él y solamente a él, en un sordo ladrido:

—Pégale, Gato —y cuando éste miró de soslayo al rincón de donde venía la orden, el pequeño Collins, ya jadeante, acertó con su única trompada de suerte en la oreja del Gato, que en el acto ya no estaba allí sino a dos pasos de distancia, aunque volviendo, ligeramente agazapado, y entonces escuchó por segunda vez la sofocada orden: —¡Pégale!

El Gato cambió de paso, y aun en el tumulto del clamorear del público, sacó la mano derecha, que hasta entonces había mantenido bajo la mandíbula. No fue una trompada, fue un latigazo, tan instantáneo que nadie vio regresar la mano a su punto de partida, a su forma de almohadilla debajo del mentón, pero una mancha roja empezó a inundar la mejilla de Collins, tardando bochornosamente su tiempo bajo la mirada general. Ahora el Gato chapoteaba en ira, volvía a golpear y recuperó sus nudillos tintos en la sangre que había saltado como un surtidor de la nariz del adversario.

La toalla mojada cayó en el ring y el celador Gielty dijo que ya bastaba por esa noche, que el pequeño Collins se había portado muy bien para un principiante y que después de todo bien podría salvar su alma si aprendía a no bajar la guardia ni arrastrar los pies, cosa que el chico creyó a medias mientras dos de los mayores lo llevaban lagrimeando al lavatorio, y aun la comunidad pareció creerlo y empezó a volcar consejo en sus oídos sobre la forma en que había que pelear al Gato. Al día siguiente Malone se ofreció a enseñarle en los recreos, y después intervino Rositer que era del dormitorio grande: la esperanza de sus partidarios había crecido mucho cuando tres días más tarde el celador Gielty convocó a un nuevo ejercicio.

El Gato ya no estaba enojado esa noche, sino juguetón y tolerante. Collins veía ante él su cara desnuda, a veces muy cercana, casi tocando la suya, moviéndose como un reflejo en el agua, cinco pulgadas más arriba o más abajo de donde acababa de estar. Cada largo intervalo el Gato descargaba un solo *swing* bajo o un *cross,* ya no contra su nariz sino en la parte blanda de los brazos que se iban durmiendo con un sueño casi placentero, hasta que no pudo alzarlos al nivel de la cintura y entonces el celador Gielty detuvo la pelea y anunció que su pupilo se había desenvuelto meritoriamente, aguantando casi cinco rounds sin sangrar en absoluto, lo que demostraba que ya estaba más fuerte y mejor encaminado para sobrevivir, siempre que aprendiera a respirar bien y administrar mejor sus fuerzas.

El día siguiente, sábado, los ciento treinta irlandeses lavaron y limpiaron sus cuerpos y sus almas. Después del almuerzo, balde tras balde de pecado empezaron a volcarse en los dos confesionarios de la capilla donde el padre Gormally escuchaba con filosófica diversión mientras el padre Keven sentía su úlcera extender sus largas patas frente a tanta violencia arrepentida, gorda gula en cuerpos flacos, viciosos intercambios que la fuerza podía imponer a la debilidad, la pasión al interés, la belleza al alma de rapiña. Collins se preguntó si hablaría del ejercicio y finalmente se abstuvo, de modo que su confesión resultó muy corta siendo como era demasiado chico y bobo para cargar con grandes culpas, y cuando las manos del sacerdote lo absolvieron subió al dormitorio para el baño semanal y encontró a todos esperando.

Se desvistieron en el frío del invierno que duraba aún, envolvieron en toallas sus cinturas lampiñas y caminaron a las duchas. Dentro del vientre cálido que más que ninguna otra cosa le recordaba a su familia, Collins se miró los brazos y vio los moretones producidos la noche antes por los golpes del Gato. Después oyó la voz del celador Gielty que venía a

lo largo del pasillo asomándose por encima de cada puerta y diciendo, "¡Lavarse! ¡Lavarse!", y cuando llegó frente a la suya el pequeño Collins pensó que el agua se había enfriado de golpe y tapó su gusanito de sexo mientras el celador lo escrutaba largamente, antes de mover la cabeza un lado y a otro, pero lo único que dijo fue "¡Lavarse! ¡Lavarse!" y siguió de largo, y entonces el agua volvió a ser caliente, lo que tal vez obedecía a causas naturales como una canilla que acabara de cerrarse en la ducha vecina o un repentino golpe de fuego en las calderas.

En la capilla, las últimas heces de culpa caían en los oídos de los confesores que las dejaban desaguar al río inmemorial que da siete veces la vuelta a la tierra y sólo ha de venir a la superficie en las postrimerías. Los que bajaban de los baños olían limpio y pensaban limpio, o más bien habían dejado de pensar hasta la mañana siguiente para no caer en la tentación, que era su modo normal de pensar, y formaban en hileras ante la privilegiada cofradía de los lustrabotas para el postrer embellecimiento de la jornada. Después de la cena los juegos del patio fueron apacibles, las voces atenuadas. Los suertudos que disponían de algunas monedas acudieron a la despensa donde el sacristán Brown vendía por cinco centavos chocolatines delgados como suspiros, los dividieron entre los amigos con una generosidad que no figuraba en los días comunes y cuando Murphy el Pajero encontró debajo de la etiqueta roja al famoso Pez Torpedo, nadie se abalanzó sobre él para quitárselo como habrían hecho un lunes o un jueves, sino que el propio Dolan sobre quien seguía encaramada el Águila del mando le ofreció una escolta personal que rodeó a Murphy el Pajero y su preciosa figurita mientras se pavoneaba entre los claustros.

Sonó la campana convocando a la última hora de estudio antes de la bendición. Los sábados estaban consagrados a lecturas espirituales donde se turnaban sacerdotes y maestros pero en las que el celador Gielty, siendo uno de los hombres

más doctos del colegio y acaso una promesa de la teología o de la ciencia, descollaba. De modo que esa noche cuando todos estuvieron sentados en el aula magna, el celador Gielty se alzó en la tarima, pelo rojo brillando y bigote rojo brillando, y con un mundo de fijeza en la cara transfigurada, anunció que hablaría sobre las partes del ojo.

¿Quién podría olvidar lo que dijo? Cualquiera, porque no había allí terreno fértil para la verdad, sino un tropel de chicos somnolientos, colmados de la Gracia obtenida en confesión, hostiles a cualquier cosa que amenazara el sentimiento de seguridad y autojusticia que habían conquistado. El celador Gielty, sin embargo, habló con la certeza de la Revelación, empezando por elementos simples como la luz y los variados artificios que permiten percibirla a los seres más rudimentarios, plantas y flores como el girasol o el tallo tierno de la avena que tiene en la punta una mancha amarilla que es en rigor un ojo. Después se internó libremente en los reinos vulgares de la naturaleza donde el ojo se hacía cada vez más sutil y complicado, desde la piel sensible del gusano hasta la visión mosaica de los insectos hasta la primera imagen que tembló como una gota de agua dentro de la cabeza de un molusco. Y se hundió en las profundidades del mar y las arenas del tiempo donde descansaban los ojos más antiguos del mundo hechos de hueso transparente; encontró los peces telescopios, pupilas que miraban sólo para adentro y ojos que ardían al mirar durando apenas un segundo, piedras que veían y extraños seres de mirada curva con párpados de espinas que nunca se cerraban, ojos copulantes y ojos que veían el pasado o medusas que comían con la vista, ojos en bolsas y bolsillos y ojos que escuchaban, retinas donde el día era noche impenetrable y la noche cegadora luz, sin olvidar la pupila que lleva su linterna propia ni el ojo líquido derramado de su fosa que volvía como gotas de mercurio con la memoria de las cosas visitadas o no volvía nunca y rueda todavía por ahí colmado de las escenas capturadas milenios atrás, ni la retina cubierta

de piel que sólo a sí misma se contempla ni el ojo pineal de la lámpara o el profético ojo del nautilo.

Después se remontó a los reinos intermedios donde el ojo se trascendía a sí mismo deviniendo voluntad de conocer, y quiso explicar el portento de la primera imagen que ya no quedaba en él, sino que viajaba al cerebro, milagrosa transformación de lo material e inmaterial, punto de nacida del alma donde hasta un mono ciego era a su modo un facsímil de Dios construido en torno a la intención de ver (¿qué era Dios al fin, sino el mundo vidente y visto?) y cuando por último entró en la esfera visualmente superior de los ángeles y las aves de presa, antes de recaer en el hombre y las partes del ojo, que era adonde quería llegar y el tema central de su conferencia, el tiempo se había terminado y gran parte de sus oyentes dormían con sus propios ojos abiertos, y los que no se durmieron apilaban montones de evidencia, palabra sobre estulta palabra, en torno a la ahora firme leyenda de la locura del celador Gielty, que el Gato podía desdeñar —porque en su opinión locos eran todos— pero que terminó por lacrar en Collins la conciencia del terror: fue entonces cuando se le ocurrió la grandiosa idea de la salvación a través de su tío Malcolm.

El celador Gielty no dejó que las consideraciones filosóficas turbaran el negocio práctico del ejercicio, que fue debidamente anunciado y ejecutado dos o tres días más tarde y prosiguió en adelante con una lógica que el pequeño Collins sólo podía comprender al revés porque contradecía el recóndito deseo de su corazón, llamándolo a pelear cuando más quería que lo dejaran tranquilo, dejándolo tranquilo cuando realmente había dejado de importarle.

En los habitantes del segregado dormitorio, toda esperanza al principio construida sobre Collins estaba muerta. El chico no tenía médula, reflejos, voluntad de pelear, nada salvo una especie de femenil pudor que le impedía acusar a su verdugo, aceptar ayuda de los otros y aun mostrar las marcas de

su cuerpo. Volvía a su cama donde lloraba desesperado llanto debajo de su almohada, acariciando cada alfilerazo de dolor y de vergüenza, cada huella violenta de la piel hinchada donde el Gato había golpeado y vuelto a golpear.

A principios de septiembre puso dos tiras de papel secante debajo de las plantas de sus pies, por la noche en el rosario ardía, a la mañana siguiente no se levantaba, por la tarde lo llevaron a la enfermería donde deliró: el tío Malcolm se le aparecía limpio, fuerte y vengativo, pleno de cólera y de amor, que eran una misma y sola cosa que el pequeño Collins no entendió en seguida pero que le daba un raro sentimiento de seguridad y de consuelo, y cuando despertó al día siguiente la carta al tío Malcolm ya estaba escrita en su cabeza toda entera y no tuvo más que pedir a O'Grady que furtivamente acudía a visitarlo, lápiz y papel: sentarse en la cama a escribir la carta que el sueño le dictaba, y entonces escribió:

Mi querido tío Malcolm, dondequiera que estés, te mando esta carta a mi casa en tu nombre, y espero que al recibirla estés bien, como yo no estoy, y sinceramente espero, mi querido tío Malcolm, que vengas a salvarme del celador Gielty, que está loco y quiere que me muera, aunque yo no le hice nada, te lo juro mi querido tío Malcolm. Así que si vas a venir, por favor decile que yo no quiero pelear más en el dormitorio con el Gato, como él quiere que pelee, y que yo no quiero que el Gato vuelva a pegarme, y si el Gato vuelve a pegarme creo que me voy a morir, mi querido tío Malcolm, así que por favor y por favor no dejes de venir, te lo pide tu sobrino que te quiere y que te admira atentamente.

No era ésta una carta ordinaria como las que todos escribían el primero de cada mes con el objeto de decirte mi adorada mamá que estoy muy bien gracias a Dios, y con el objeto de decirte mi estimado padre que mis estudios van muy bien con la ayuda de la Virgen, y con el objeto de decirte mi apreciado hermano que la comida es muy buena y que los

domingos nos dan budín de pan, y con el objeto de decirte mi querido perro Dick que estoy muy bien a Dios gracias aunque siempre sueño con vos: todo lo cual era certificado desde sus tarimas por el padre Ham Fagan y el padre Ham y el padre Gormally, y quién mejor que ellos para certificar tales cosas, elogiar a quienes podían descubrir una nueva vuelta de optimismo, cierto color de indudada felicidad, o reprimir a los que por pura distracción se mostraban tibios en el relato de sus propias vidas. No. Era más bien subversiva y anómala, que necesitaba para circular subversivos y anómalos canales, y ésta era la misión de la liga Shamrock, de la que Collins ignoraba casi todo, salvo que existía y que para algunos Shamrock significaba trébol cuando para otros quería decir algo así como carajo.

La Liga jamás había contado a Collins como miembro, ni su suerte le importaba mucho, ocupada como estaba en contrabandear a beneficio de su propia jerarquía cantidades de ginebra, cigarrillos y apuestas de quiniela, y aun contando para los mayores citas en el pueblo con veladas mujeres que acudían a la capilla del colegio a oír misa los domingos. Pero la conducta y locura del celador Gielty eran ya una ofensa para todos, y es posible que alguna de sus bofetadas, arranques insensatos de furor, sarcasmos que escaldaban el alma, hubieran afectado a miembros verdaderos de la Liga. De modo que el mensaje del pequeño Collins ascendió escalón por escalón donde nadie sabía si el próximo escalón era un trébol o un carajo pero donde todos sabían que el mensaje iba subiendo hasta que llegó al nivel más alto en que se escapaba a la censura y se iba por correo expreso.

El celador Gielty estaba preocupado. Sabía naturalmente que el ejercicio era cruel y casi intolerable para Collins, pero había visto la crueldad inscripta en cada callejón de lo creado como la rúbrica personal de Dios: la araña matando la mosca, la avispa matando la araña, el hombre matando todo lo que se ponía a su alcance, el mundo un gigantesco matadero hecho

a Su imagen y semejanza, generaciones encumbrándose y cayendo sin utilidad, sin propósito, sin vestigio de inmortalidad surgiendo en parte alguna, ni una sola justificación del sangriento simulacro. ¿Podía permitir que el pequeño Collins se enfrentara solo, con su caníbal tiempo? No. ¿Pero no estaba yendo demasiado lejos, precipitando lo que quería evitar? Una y otra vez se rezagó en la capilla después de la misa o el rosario, buscando una respuesta, sintiendo que su cerebro ardía más que nunca, perdiendo cada cosa que ganaba porque cada cosa comprendida significaba un pedacito de sí mismo que se disipaba en una incandescente partícula: hasta que oyó una voz que le ordenaba seguir adelante y darse prisa en salvar a Collins, porque alguien venía desde el horizonte del tiempo a detenerlo. Y así fue como Malcolm entró en su cabeza, casi al mismo tiempo que en la cabeza de Collins.

El chico había tenido suerte. El viejo doctor que vino del pueblo a revisarlo diagnosticó una especie de influenza virulenta. Una semana de reposo en la enfermería significaba, por lo general, total soledad y aburrimiento, ver los días que entraban y salían por la ventana interrumpidos solamente por el enfermero que llegaba con la aguachenta taza de té o el plato de sopa desmayada, pero Collins admitió que se le estaba dando un respiro, y no tenía apuro por sanar aunque mejoraba casi insensiblemente: los moretones de sus brazos se volvieron grises, al fin amarillos y el calor y el sudor huyeron de su cuerpo, dejándolo fresco y apacible cuando volvió el doctor, le acarició el pelo, dijo:

—Ya estás bien, muchacho, el lunes puedes levantarte.

Esto sucedió un sábado.

Así que el lunes se levantó, algo tembloroso sobre sus piernas, y cuando los otros chicos lo vieron en el patio acudieron a saludarlo y a conversar con él, todos muy amables, le estrecharon la mano y uno que se llamaba Brennan, a quien apenas conocía, le apretó la mano más fuerte que los otros y cuando retiró la suya había un pedacito de papel sin sobre:

Y ésa era la carta del tío Malcolm.

Que decía simplemente: "El domingo iré, trompearé al celador Gielty hasta la muerte".

Y así fue como el pueblo empezó a prepararse para la batalla y a medida que la semana se iba inflando despacito como un globo, llenándose de expectativa, se vio lo grande que iba a ser esa batalla.

Malcolm, en la versión inicial de Collins, era un hombre más bien alto y rubio, de unos treinta años, rientes ojos verdes, sombrero de ala ancha y un bastón que blandía con despreocupada gracia: así fue representado en los toscos dibujos que empezaron a surgir sobre hojas de canson o cuadernos. Sutiles cambios aparecieron el segundo día de la espera: Malcolm era ya decididamente alto, impersonal, la sonrisa se había convertido en mueca irónica mientras el celador Gielty se reducía un pigmeo que sollozaba abyectamente en su presencia.

Éstos, sin embargo, no eran más que contornos, límites vacíos. Collins se sintió llamado a colmarlos, cada vez con mayor apremio, y no tuvo dificultad en recordar la naturaleza feliz de Malcolm, su fortuna con las mujeres, sus aventuras en cuatro rincones del mundo. En la mañana del tercer día se supo que Malcolm había sido un héroe en la guerra del Chaco o de España, donde fue condecorado por el presidente de Bolivia o por el general Miaja, pero lo que realmente importaba era que él solo liquidó a diez enemigos, si no eran quince, y que al último lo mató con la culata del fusil descargado antes de volver herido y sediento para desplomarse a los pies del comandante en jefe que sobre el campo de batalla lo ascendió a coronel, o tal vez a capitán.

Los retratos de Malcolm eran ya más grandes, acercándose al punto en que se convertirían en afiches. Este proceso, aunque espontáneo, surgido de la entraña de la gente, tuvo sus tropiezos antes de asumir la forma grandiosa que finalmente tuvo. Cuando al promediar el cuarto día, por ejemplo, se supo que Malcolm había sido campeón juvenil de boxeo,

que llegó a pelear con Justo Suárez y que únicamente el destructivo amor de una actriz de cine le impidió obtener el cetro mundial, fue casi irresistible la tentación de pintarlo con pantaloncitos y guantes de box, los bíceps como bochas, la cintura más angosta y el tórax más ancho, tatuado con una mujer rubia y tetona. Prevaleció sin embargo el buen sentido artístico, y la imagen final adoptada por el sentimiento colectivo mostraba un Malcolm que a pesar de cada embellecido detalle se parecía a la versión original: sobriamente vestido con un traje de corte más bien inglés, la mano derecha curvada en torno al puño del bastón, el dorso de la izquierda apoyado en la cintura que adelantaba medio paso el pie, el sombrero y la cara arrojados para atrás en un gesto seductor de optimismo y desafío. Cuando se llegó a esta condensación, el tiempo ya era pobre para cortar grandes rectángulos de cartulina y de sábanas robadas, hervir en agua o disolver en alcohol las tapas rojas de la gramática, verdes del catecismo, azules del libro de lectura, obtener en el campo una raíz que secada era un pigmento amarillo y unas bayas que daban el índigo, pintar la figura y exclamar al pie de cien pendones: ¡Viva Malcolm! o, simplemente, Malcolm.

El celador Gielty no había reanudado el ejercicio. Sentía el temor de la gente esfumarse, la hostilidad crecer como una marea y asumir formas cada vez más abiertas: conversaciones interrumpidas, marchas militares de ambiguo estribillo, inscripciones en paredes, la cruda pantomima que una y otra vez representó ante sus ojos la derrota de un impostor o un payaso, encarnado por Murtagh, frente a un héroe sin mancha en el que todos querían turnarse.

Dudaba. Su cubículo de sábanas permaneció iluminado noche tras noche. Se murmuraba que leía y releía el libro negro, el libro rojo, y en una ocasión, antes del alba, un testigo oyó su voz profiriendo un torrente de terrible y sofocada obscenidad. A medida que el tiempo se acercaba, emergía de su muralla un poco más febril y consumido, con un sedimento de

barro en el fondo de los ojos, y hasta las puntas de los bigotes levemente caídas.

Todo esto alentó inmensamente a la comunidad. Ahora nadie dudaba el resultado del combate, pero todos querían que fuera además una fiesta y en esos enloquecidos preparativos se fue la semana sin que nadie estudiara una línea, cosa que inquietó mucho a sacerdotes y maestros que veían el colegio sustraído al flujo regular de las cosas, transportado en una nube de excitación, sin poder descubrir el motivo que no fue traicionado ni siquiera en el secreto del confesionario.

Si hubo una mancha en ese panorama pasó inadvertida. El viernes por la noche los mayores quisieron oír la opinión de Pata Santa Walker, que fue dada en la oscuridad de la leñera ante un círculo de atentos cigarrillos. Pata Santa, acuclillado, meditó largamente, como si sus famosos poderes estuvieran sometidos a prueba.

—Está viniendo —murmuró al fin y bajó la frente casi hasta tocar su enorme botín de madera, oír en la vibración del suelo el paso anunciado.

Los puchos respiraron desengaño, porque quién no sabía que Malcolm estaba viniendo, y hubo una pausa de nuevo muy larga, a cuyo término Pata Santa reveló su cara adusta y afilada, agregando esa única frase:

—No vendrá de gusto —cuyo sentido fue soplado como una vela navegante en dirección favorable por el ruido de la campana que llamaba al estudio en el aula donde Pata Santa ocupó su banco, que era el último, y nadie vio las dos lágrimas que rodaron de pronto, una de cada ojo, sobre la página más aburrida de su gramática.

¿Qué fue el sábado? Un pasaje, un suspiro, un destello, una hojita podrida del tiempo que cayó por la noche cuando el celador Gielty bajó a la capilla mientras en los dormitorios la gente pronunciaba su propia plegaria: “Mañana Malcolm

vendrá, trompeará al celador Gielty hasta la muerte". Sobre esta certeza durmieron.

Llegó al fin ese día, y a la hora en que el sol de costumbre brillaba en los vidrios, el sol del domingo encontró cien caras despiertas mirando el camino, la tranquera y el parque, y un centenar de estandartes bajaron de las altas ventanas.

La primavera había venido y muerto, regresado, vencido: tempranas rosas centelleaban entre las araucarias, chingolos saltaban sobre el pasto mojado, retumbaba un tren, mujeres acudían a la misa, el mundo se desnudaba en pliegue y repliegue de arboleda, campo, paz, sobre la que se estrellaron las primeras campanas.

Formaron, bajaron, entraron en la capilla donde lo primero que vieron fue al celador Gielty, todavía acurrucado en un banco del fondo, moviendo los labios descoloridos, los ojos clavados en nada. El padre Fagan salió en su caparazón de oro y su cortejo de púrpura.

Mientras duró la misa no hubo noticias de los cuatro centinelas que arriba atisbaban el primer signo de Malcolm. Tras el desayuno una décima parte de la población se turnó en las guardias, y antes de las nueve se supo que un bulto negro avanzaba por el camino: minutos después era la madre de O'Neill, que acudía a visitarlo el único día de visita, y apenas O'Neill fue a la rectoría a recibir su dádiva de lágrimas y besos con quizás un frasco de miel, caramelos, cualquier otra ternura que la pobreza, la viudez, el cansado amor podían permitirse, el gran ómnibus rojo de la ciudad chirrió en el macadam, una figura bajó del estribo, y no era Malcolm sino el padre de Murphy el Pajero, que debía ser tan pajero como él, aunque lo que era, era en realidad un viejo triste y tembleque con un tortuoso chambergo y un chaleco raído que se quedó espiando a un lado y otro del camino antes de abrir la tranquera.

La tardanza de Malcolm planteaba ahora la posibilidad de que el padre Ham o el padre Keven salieran a dar un paseo

entre los grupos familiares que empezaban a sentarse en el pasto, abrir sus paquetes, comer pan y salame, cambiando nostalgias y esperanzas. Se ordenó esconder las insignias, cada un debajo de su almohada al pie de cada ventana. Este movimiento, ejecutado a las diez, debió ser pero no fue motivo de aflicción porque nada podía sacudir la fe de la gente, sobre todo cuando Collins admitió que su tío nunca se levantaba temprano, y que bien podía llegar una hora más tarde que un madrugador.

A las once, nadie cejaba: más bien empezaron a preguntarse dónde andaba Malcolm cuando escribió su mensaje a Collins, en qué remoto campo de batalla, qué ciudad china, qué llanura ártica y, en ese caso, cómo podían reprocharle que demorase un poco.

La mitad de los pupilos estaban en el parque, la otra mitad asomados a las ventanas. Un puntito colado apareció lejos en el cielo, describió un ancho círculo. Al volver rugía a baja altura, rozaba las puntas de pinos y cipreses, pasaba aterradoramente sobre los rosales chasqueando las dos alas en el viento y un hombre se asomaba a la carlinga, tan próximo que todos creyeron ver sus ojos que sonreían detrás de las enormes antiparras, gritaron ¡Malcolm!, y volvieron a gritar, y la tercera vez se quedaron mudos con la boca abierta porque el aeroplano ya estaba lejos y se iba hasta perderse en una línea recta que partía el corazón. Y ahora sí, el espíritu del pueblo pareció flaquear por primera vez, el almuerzo transcurrió en silencio, por la tarde se jugó el partido de fútbol más aburrido en la historia del colegio, donde hasta Gunning hizo un gol en contra y el celador Dillon, que estaba a cargo de los deportes, repitió cinco veces la palabra vergüenza.

Cuando volvieron al patio quedaban las sobras del domingo. Las últimas visitas empezaron a decir adiós, los puestos de los centinelas estaban desiertos y ya nadie creía realmente en la llegada de Malcolm.

Hay un momento, en esas tardes de fines de septiembre, en que el sol entra casi horizontal por las ventanas del comedor, sale, cruza el patio y echa sobre la pared del este una explosión anaranjada. Era ese momento el que Pata Santa Walker, armado de una lupa, estudiaba en aquellos días, y debió ser ese momento el que de golpe captó en su plenitud, su irrevelado misterio escrito en la pared, porque gritó, y al mirar a sus espaldas vio que la muchedumbre entera corría hacia las dos esquinas del patio en un movimiento que nunca fue explicado, se atropellaba en las escaleras, se clavaba a las ventanas desplegando los estandartes y lanzaba una sola inmensa exclamación.

Y allí, frente a todos, junto a la tranquera, estaba Malcolm.

Respondía con los brazos abiertos al clamor de la multitud, el bastón en una mano, el sombrero en la otra, y aunque tal vez no fuera tan alto como habían imaginado, su pelo pareciera demasiado rubio (pero ésa pudo ser una última trampa del sol de azafrán) y sus ropas no estuvieran recién salidas del sastre ni aun de la tintorería, cuando se practicaron todos los descuentos necesarios entre los sueños y los hechos resultaba más satisfactorio que los sueños, porque era verdadero y caminaba hacia ellos.

El celador Gielty salió de la capilla.

Los chicos que lo vieron en escorzo, el paso sonámbulo, el guardapolvo gris y arrugado, se preguntaron cómo habían podido temerle; esa repentina vergüenza desató una abrumadora silbatina mientras el celador Gielty avanzaba hacia Malcolm hasta que se enfrentaron en el centro del parque.

El mundo estaba muy tranquilo, ni un pájaro cantaba ni una hoja se movía y el silencio se tornó aplastante en la hilera de altas ventanas donde los ciento treinta irlandeses se apiñaban, sin que faltara ni siquiera el Fato, y mucho menos Collins en un sitial de privilegio sobre el retrato más grande de

Malcolm, multiplicado en una fantástica selva de banderas, gallardetes y caricaturas de último momento.

Malcolm depositó en el pasto el sombrero y el bastón, se quitó el saco, lo plegó cuidadosamente y lo dejó también. En un gesto lleno de nobleza adelantó un paso tendiendo la mano al adversario antes del combate.

Pero el celador Gielty simplemente se escupió los nudillos y se puso en guardia.

Atacó, lanzando dos golpes a la zona alta, y cuando Malcolm bloqueó el más peligroso, eludió el segundo con un movimiento muy sobrio de la cabeza, se oyó la primera ovación y las banderas ondearon. Gielty arremetió de nuevo, encorvando la espalda y de pronto se vio lo poderosa que era esa espalda, cómo se hinchaba al descargar un puñetazo. Pero Malcolm tornó a esquivar con facilidad y mientras giraba a su alrededor en un círculo muy estrecho desplegó esos primeros toques de arte que tanto alegraron el corazón de los entendidos: sus pies se movían como si cantaran. Y ahora el poderoso y rítmico coro se alzó de las tribunas: ¡Malcolm! ¡Malcolm!

¿Fue eso lo que irritó a Gielty, precipitándolo a una furiosa embestida? Malcolm ya no podía eludir sin responder, y lo hizo con un *cross* que sonó redondo y hueco en la cara de Gielty, y mientras el clamor arreciaba, lo frenó con un *swing* al cuerpo que extenuó cada garganta, inflamó cada estandarte.

¡Oscuro, insomne, empecinado Gielty! Una vez más escupió en sus nudillos, una vez más hundió la cabeza entre los hombros y echó para adelante, en su guardapolvo gris, su apostura desgraciada, su fe santa y asesina. La combinación que lo recibió tuvo tal belleza en su impresionante rapidez que sólo con dificultad pudo un intelecto ajeno reconstruirla o creerla, y más tarde se discutió mucho si fue un *jab* un *hook* y un uno-dos, o sólo el *jab* y el uno-dos, pero el resultado estaba

a la vista y regocijo general, aquel hombre acérrimo frenado como un toro por la maza, en el centro del parque, jadeando hondamente y bamboleándose contra las oscuras araucarias, el sol poniente y el perfume cercano de la noche. Y cuando esta cosa tremenda sucedió, el corazón del pueblo empezó a arder en una ancha, arrasadora, omnipotente conflagración que sacudió toda la hilera de ventanas hamacándola de parte a parte, el amigo abrazando al enemigo, la autoridad festejando al hombre común, el individuo fundiéndose en sentimiento general mientras Collins era besado y el Gato refractario se retiraba a una segunda línea desde donde aún podía ver sin perjuicio de escapar.

Y cuando Malcolm, Malcolm, se sintió confrontado con esta demostración, qué otra cosa podía hacer, qué habría hecho cualquiera sino abrir los brazos para recibirla y guardarla hasta su vieja y gloriosa edad, saludando a la derecha, y saludando a la izquierda y saludando especialmente al centro, donde vos estabas, mi querido sobrino Collins, por quien vine de tan lejos. Y esto refutaba acaso para siempre la pregunta que semanas más tarde formularía Geraghty: ¿qué necesidad tenía de saludar?

Entretanto hubo alguno que no quiso sobrevivir a una culminación, que experimentó ese instantáneo deseo de la muerte inseparable de la extrema dicha y cayó ocho metros desde una ventana agitándose en alegría sobre unos matorrales donde no murió. Se llamaba Cummings.

Allí acabó la felicidad, tan buena mientras duraba, tan parecida al pan, al vino y al amor. Recuperado Gielty sacudió al saludante Malcolm con un mazazo al hígado, y mientras Malcolm se doblaba tras una mueca de sorpresa y de dolor, el pueblo aprendió, y mientras Gielty lo arrastraba en la punta de sus puños como en los cuernos de un toro, el pueblo aprendió que estaba solo, y cuando los puñetazos que sonaban en la tarde abrieron una llaga incurable en la memoria, el pueblo aprendió que estaba solo y que debía pelear por sí mismo, y

después que las figuras se perdieron en los límites del parque, el pueblo aprendió que estaba solo y que debía pelear por sí mismo y que de su propia entraña sacaría los medios, el silencio, la astucia y la fuerza, mientras un último golpe lanzaba al querido tío Malcolm del otro lado de la cerca donde permaneció insensible y un héroe en la mitad del camino.

Entonces el celador Gielty volvió, y con la primera sombra de la noche en los ojos, miró una sola vez la hilera de caras majestuosamente calladas y de banderas muertas, se persignó y entró rápido.

Otros cuentos

Los Nutrieros

Renato oyó los tiros. Volaron patos y garzas, y en la lejanía una nubecilla de humo azul se desguedejó lentamente en la quietud infinita de la tarde. Al filo de la noche volvió Chino Pérez, ceñudo y silencioso. Traía a remolque un bote pintado de rojo, con las letras blancas en el costado de babor: "San Felipe" —Lo encontré —explicó, sin mirar a Renato—. Creo que es de la estancia —Y añadió al cabo de una pausa—: Se habrá cortado el amarre. Renato se incorporó lentamente, fumando su pipa, y acercóse a la orilla. Renato era bajo y escuálido. Sus ojos azules tenían una fijeza de alucinado, que desmentía el diseño casi pueril de la boca. La cadena del bote era nueva, Renato vio que estaba intacta, pero no dijo nada. En el fondo había flamantes aparejos de pesca y un rifle calibre 22; en uno de los bancos, un *sweater* de lana a rayas multicolores.

—¿Cazaste algo?—preguntó Renato en voz baja.

—No —replicó su compañero. Y agregó con una sonrisa torva—: Gallaretas.

—Oí los tiros—dijo Renato. Chino Pérez no contestó. Ensimismado y remoto sentóse en la orilla de la isleta; se sacó las alpargatas y hundió los pies en el agua fría con la mirada clavada en la distancia. Aquella noche hubo desvelo de perros en la costa de la laguna; pisadas y linternas; voces apagadas, que el viento traía y llevaba. Renato dormía. Chino Pérez

estuvo fumando, absorto y lejano, hasta que el cielo empezó a clarear.

Chino Pérez terminó de cuerear las nutrias y estaqueó los cueros. Renato lo observaba con sus ojos azules e impávidos.

Chino Pérez tapó con tierra el fogón, y luego tendió la mirada a lo lejos. El agua había tomado un color plomizo, y en el oro verde de los juncos se alargaban las primeras sombras. Por los confines de la laguna, ensimismada en la quietud vesperal, entre las últimas barreras de juncos, flotaban a ras del agua nubecillas de vapor.

—Está bien, hermanito; esta noche es la vencida —dijo Chino Pérez sin volverse. Los dos botes balanceábanse en la orilla de la isleta. Las líneas de pesca se sacudían a intervalos con breves convulsiones eléctricas. "Dientudos", pensó Chino Pérez de mal humor. Todavía no era la hora de las tarariras. Las tarariras se llevaban la línea de un golpe, dejándola tensa y vibrante como una cuerda de violín. —Ya sé que querés irte— dijo Chino Pérez. Renato no contestó. Dejó que el silencio flotara entre ellos, separándolos, restituyéndolos a sus mundos distintos, suavemente, sin violencias. Chino Pérez era de baja estatura, fornido, cetrina la faz, tallado a cuchillo el entrecejo, hirsuto el pelambre, pétrea y estólida la expresión. A lo lejos, en el campo, encendióse una luz. Ladraron perros. Gorgoteaba el agua. "Ya sé que querés irte —pensó Chino Pérez—. Yo también quiero irme" —meditó mirando el bote de la estancia. Las rayas coloridas del *sweater* se destacaban en la oscuridad. Chino Pérez no había querido tocar nada. Un temor recóndito le impedía poner la mano sobre cualquiera de esas cosas. "Ya te vendrán a buscar", pensó con saña.

Luna llena: pila de monedas amarillas y temblonas sobre el paño gris del agua. En el fondo del juncal gritó la nutria; era un grito quejumbroso, como el gemido de un ser humano. Chino Pérez se levantó el cuello del saco, como si tuviera frío.

—Ya puse las trampas —dijo. Renato pensó que no hacía falta decirlo. Lo había visto salir temprano, en el bote, con

las trampas, preparadas para ponerlas en los nidos y comederos. Chino Pérez acercóse al fogón y se acuclilló, frotándose las manos. Entonces advirtió que él mismo había apagado el fuego y lamentó haberlo hecho. "Mañana nos vamos —pensó—. Para siempre". Tres meses durmiendo en cualquier parte, sobre la tierra húmeda y podrida, sin encender fuego de noche, sin mostrar el bulto de día. Tenía el gusto del pescado pegado a la garganta. Escupió con asco.

—¿Y qué vas a hacer, gringo, con la plata?

—¿La plata?—Renato parpadeó—. Volveré a la chacra —dijo a la vuelta de un largo rato. Su padre había querido tener un tractor. Toda su vida había querido eso. Ahora estaba muerto, en medio del campo, y los tractores pasaban por encima de sus huesos. Muerto, para siempre, y sin estrellas. El espejismo había renacido en el hijo, más torturado y violento: para hacerlo realidad a la fuerza, se había metido a nutriero. En la estancia vecina a la chacra de su padre había visto una vez un tractor de oruga, un Caterpillar pintado de rojo... Renato, acaso sin saberlo, tenía la tierra metida en todo el cuerpo, como sus padres y sus abuelos. Salió de su ensoñación con algo parecido a un escalofrío. —Si la cobramos... —agregó en voz baja.

Chino Pérez, cabizbajo, pateó el suelo húmedo. Oyóse un chapoteo en el agua, y una de las líneas quedó bruscamente tirante. Empezó a retirarla, despacio, con acompasados movimientos de ambas manos. Cabresteaba la tararira, veloz y frenética al extremo de la línea, mordiendo el hilo reforzado con alambre. Con un último tirón la sacó a la orilla. Brillaban en la boca del pescado los dientes amarillos y fuertes, y sus ojos tenían una fijeza azulina y viscosa. Chino Pérez la sujetó con el pulgar y el índice por las agallas y la golpeó dos veces en la cabeza con el mango de un rebenque. Después le sacó el anzuelo. Silbó en el aire la plomada de tuercas y hundióse en el agua. Renato apagó la pipa y se puso en pie.

—Voy a recorrer las trampas—dijo.

—Dejá; voy yo —replicó Chino Pérez. Su acento se dulcificó—. Mejor que duermas un poco, hermano. Mañana hay que caminar mucho. Renato obedeció. Acostóse sobre unas lonas, con la ropa puesta; y antes de quedarse dormido, vio por última vez la silueta de su compañero, erguido sobre el bote, remando a la luz de la luna.

Chino Pérez hundía el remo silencioso y el bote quebraba el espejo terso y pulido del agua. Dormía la laguna profunda de ecos y rumores. Las cejas de los juncales se destacaban nítidas y oscuras.

Chino Pérez no siguió el camino de costumbre. Un miedo supersticioso y agudo le aleteaba en la sangre. No estaba acostumbrado al miedo. Pugnaba por sacudírselo, como un perro a un tábano. Al llegar frente a la isleta de espadañas, dejó de remar. En el recodo de la isleta, la tarde anterior se le había aparecido el hijo del mayordomo en el bote de la estancia. Chino Pérez lo había visto una sola vez, de lejos, recorriendo el campo, pero lo reconoció en seguida. Al ver al nutriero, un gesto de hombría le había curvado los dedos en torno al rifle. No mediaron palabras, ni hacían falta. Con ese mismo gesto viril en el rostro adolescente se había doblado y había caído por la borda —un tiro en la garganta—, entre las ásperas ortigas de agua.

Chino Pérez no quiso pasar por allí. En la isleta dejaba dos buenas trampas. "Que se quede con ellas el mayordomo", pensó torvamente. El viento soplaba de la costa, peinando los juncos. Un cencerro trasudaba gotas de sonido en las manos heladas del aire. Y se hizo de pronto, a lo lejos, la noche de los perros, de los tiros, del odio desatado como una llamarada. Chino Pérez oyó las voces sordas que el encono aceraba. Se las traía el viento, acres y feroces como mordeduras. Después fue el silencio, más súbito, más grande y terrible que antes. El silencio de la laguna, preñado de misterio.

De lejos lo ventearon los perros. Chino Pérez arrastrábase por el pajonal, sigiloso como un gato, en dirección al

Molino Grande, en desuso desde que las aguas del cuadro se tornaron salobres. Al pie del molino los peones de la estancia habían encendido una fogata. A su cárdeno resplandor se destacaba en silueta la figura del mayordomo, sombrío como la noche, los brazos cruzados, separadas las piernas, desafiando a la noche a que le quitara su venganza. A la luz de la luna giraba la rueda del Molino Grande, como una enorme flor blanca. Giraba lentamente, deteniéndose a ratos; y amarrado a las aspas chorreando sangre, con los ojos vidriados de dolor y espanto, giraba el cuerpo torturado de Renato. El viento traía y llevaba sus gemidos, y la rueda giraba lentamente bajo el cielo tachonado de estrellas. A doscientos pasos del molino se detuvo Chino Pérez para tomar aliento. Quemábanle en las manos las pinchaduras de los abrojos. Los perros se revolvieron, inquietos, recrudeciendo el coro exasperado de ladridos. Siguió avanzando. A intervalos le llegaba el quejido estertoroso de Renato.

—Paciencia, hermanito. Paciencia. Se detuvo a cien pasos del molino.

Chino Pérez no erraba nunca un tiro. A veinte metros de distancia mataba una nutria con un tiro en el ojo, para no perforar el cuero.

—Paciencia, hermano.

Alzó el Winchester, despacio, muy despacio. Las miras se clavaron en el semblante taciturno del mayordomo, vacilaron un instante, después siguieron subiendo por el bruñido esqueleto del molino. La rueda dio media vuelta más y se detuvo chirriando, dejando a Renato vertical, de pie en lo alto, suspendido y solo, con los ojos azules extraviados. Chino Pérez apretó el gatillo.

Ese hombre

El guardia civil pregunta el nombre, consulta su lista, abre la puerta del parque. El tenue sol madrileño quita de las rodillas la lluvia de París, funde la nieve de Praga.

En la casa me recibe el secretario discreto, urgido por irradiación cotidiana. Yo sé que debería estar observando los detalles pero no veo más que la alfombra, el artesonado, la penumbra de la sala donde enseguida aparece el Viejo, su voz tranquila. Me estaba esperando.

Sigue alto y erguido, indestructible. Se agacha un poco para darme la mano.

—Lo estaba esperando —dice.

—Tenía muchos deseos de conocerlo —aseguro.

Todo es claro y ordenado en su despacho: libros en los anaqueles, un Martín Fierro a caballo, el banderín argentino, Juan XXIII bajo el vidrio del escritorio.

Cuando se sienta, veo por primera vez la desollada cara del Viejo, la cascada de venitas rojas que no aparece en las fotos o que las fotos olvidan, lo mismo que uno.

—¿Café? —dice—. ¿Coñac?

Ofrece Winstons, se inclina hacia adelante para dar fuego con el encendedor de oro. Tal vez me he quedado dormido en alguna butaca de algún aeropuerto en alguna indescifrable escala nocturna y este sueño preocupado es una broma del cansancio. Pero el Viejo está allí, veo el traje pizarra, el pulóver rojo, las ideas que se ordenan en su cara, la embellecen, escucho la voz persuasiva que habla del mundo, sus grandes movimientos circulares, sus leyes inmutables.

—A los imperios no los derriba nadie —dice—. Se pudren por dentro, se caen solos.

Solos, pienso.

Parece que adivina.

—Cuando alguien los empuja —dice, recuerda—. En este continente yo los he enfrentado —dice, anulando de un golpe la distancia, regresando o no partiendo nunca, clavado a este continente que no es este, no es la muchacha que vuelve y sirve el coñac y sirve el café.

—Café sin cafeína —dice el Viejo—. Es más sano. Mire Vietnam —dice.

Miro Vietnam: sonrisas ambiguas, pisadas nocturnas en la selva húmeda, espaldas maternas cargando obuses, una bandera roja flameando sobre Hué bajo una lluvia incesante de napalm.

—Los militares yanquis —explica— son muy brutos, no leen la historia, creen que la guerra se gana con el ejército.

Otra vez el gesto circular abarca las edades, los pueblos, el orgullo pisoteado, Roma se derrumba en el espejo de la memoria y la voz del Viejo parece que gozara.

—Líneas de abastecimiento. Lo sabe un cadete.

Toma su café sin cafeína.

—Ya no les quedan amigos en el mundo —dice.

—Si estos se salvan —dice— será porque tienen dos océanos de por medio.

—Pero a usted lo derrocaron.

—A me derrocó la Sinarquía —aclara—. Después vinieron a buscarme. Los yanquis —dice, rememora—. Cuántas veces.

—Y usted.

Me pregunta si conozco el cuento del vasco. Escucho el cuento del vasco, rodeado de parientes, que no quería firmar el testamento. El índice del Viejo va y viene despacio sobre el índice izquierdo, preparando la pregunta, la pausa, el corte de manga, su porfiada respuesta. Y ahora no sé cuál es mi

risa, cuál es la suya, la del Papa Juan divertido a su modo en el cromo.

El círculo pulsa, se achica, se concentra. El Viejo desliza sobre el vidrio una caja taraceada de tabacos. Tomo uno, lo hago girar entre los dedos, aspiro su lejano aroma.

—Me los manda Fidel —dice el Viejo—. Cómo están por allá.

—Siempre preguntan por usted.

Es cierto: siempre preguntan por él.

—Esperaban su visita —digo.

—Me hubiera gustado ir —suspira—. No ha llegado el momento. Usted sabe, había que pasar por Moscú.

El periódico sigue inmóvil sobre el escritorio, con sus terremotos, naufragios, sobresaltos del oro, el nuevo récord de Iberia: seis horas, treinta y dos minutos, vuelo directo. No veo las manos del Viejo, tal vez el índice derecho sigue moviéndose despacito sobre el izquierdo, debajo de la mesa, una broma conjunta que podemos apreciar.

El círculo ha vuelto a crecer, las costas se dilatan, la selva. América. Ahora hablamos de los muertos. El Viejo guarda la caja de tabacos, saca un libro abierto en la dedicatoria de —un adversario que evolucionó—, la firma brevísima del gran muerto reciente cuyas cenizas llueven sobre mil ciudades, que anda por ahí asomado a las cocinas, a los dormitorios, probando el caldo de las ollas, creciendo en los huesos de los chicos.

—Tenía el fuego sagrado —dice el Viejo—. Lástima que no trabajara para nosotros —y la cara se le nubla, de pena, desconcierto, quién sabe.

—El pensaba que había que apurarse.

-Sí, pero ya ve.

—Porque ellos creen que Vietnam se acaba, y que después caerán sobre ellos, sobre nosotros —digo—. Por eso estaban apurados.

—La guerra es larga —responde sin apuro.

Vuelvo a mirarlo como si yo fuera el Viejo y él tuviera un largo futuro por delante.

Si él quisiera, pienso.

La puerta se abre sola. Un fogonazo de alegría alumbra la cara surcada de venitas del Viejo, que se para, avanza hacia el perro lanudo que entra en dos patas. Yo miro el despliegue de mimos y festejos que corta las preguntas, acaso la entrevista.

Pero el Viejo vuelve, se sienta.

—Otro café —dice.

De la manga del saco sale otra anécdota, como otro conejo. Cada vez que el general Roca recibía al embajador boliviano, ponía dos sillas. Una para el embajador, otra para la mala fe.

—Yo le mandé decir que tuviera cuidado, que desconfiara de esa gente. No era tiempo.

—Cuándo entonces —digo.

—Yo he esperado mucho.

Tal vez lo estoy fastidiando, acaso va a mirar su reloj, usar un pretexto que no necesita, la mujer que atravesó el Atlántico para conseguir su dedicatoria en una foto, el dirigente que aguarda en la sala su epifanía de palabras lejos, vestales con pinta de herederos, tahúres de doble entraña, empresarios dispuestos a compartir las pérdidas, terratenientes a socializar los caminos, clérigos a repartir el reino de los cielos, gorilas convertidos.

El arresto del último general que casi se subleva flota sobre los pocillos de café sin cafeína.

—Es un buen muchacho —sugiere—. Le voy a contar un chiste —sugiere.

Las once de la mañana entran por el ventanal, aclarando la sonrisa.

Un empresario americano fue a Brasil, donde querían comprar petróleo; fue a Kuwait: querían vender petróleo; a

Grecia: les propone transportar petróleo. Armó el negocio, se quedó con la mitad. Los otros le peguntaron: ¿Pero usted qué pone?

—¿Cómo qué pongo?—, dijo el empresario —dice el Viejo—. —Yo pongo el Atlántico. —Con este muchacho pasa lo mismo. El ejército pone las armas. Nosotros ponemos la gente. ¿Y él qué pone? ¿La patria?

Risas. Imposible no reír cuando el Viejo cuenta un chiste, porque lo cuenta muy bien. Pero consigue que el cotejo con la realidad parezca un segundo chiste, mejor que el primero.

Ahora sí, ha mirado su reloj. De golpe entiendo que he pasado horas sumergido en la envolvente conversación del Viejo, como quien escuchara a cualquier padre, y que al salir estaré caminando por una calle de Puerta de Hierro, de Southampton, de Martín García, con todas las preguntas sin hacer.

—Esa mujer —digo.

Su cara es gris. Una muralla.

—Creo que la quemaron —dice.

—No la quemaron —fantaseo—. Está en un jardín, en una embajada, de pie, una estatua bajo tierra, donde llueve —digo. Llueve siempre, pienso, y ella se pudre.

—Puede ser —su cara es más remota que nunca—. Algún día se sabrá.

—Y los otros muertos —quiero saber—. Los fusilados, los torturados.

Un ramaje de la vieja cólera circula por su cara, relámpago entre nubes.

—El pueblo pedirá cuentas.

¿Cuándo?

—Algún día. Saldrá a la calle, como el 56, el 57.

¿Por qué no ha vuelto a salir?

—Porque yo no he querido —dice.

—¿Cuándo, general, cuándo?

Portugueses

1)

El primer portugués era alto y flaco.

El segundo portugués era bajo y gordo.

El tercer portugués era mediano.

El cuarto portugués estaba muerto.

2)

—¿Quién fue? —preguntó el comisario Jiménez.

a. Yo no —dijo el primer portugués.

b. Yo tampoco —dijo el segundo portugués.

c. Ni yo —dijo el tercer portugués.

El cuarto portugués estaba muerto.

3)

Daniel Hernández puso los cuatro sombreros sobre el escritorio.

El sombrero del primer portugués estaba mojado adelante.

El sombrero del segundo portugués estaba seco en el medio.

El sombrero del tercer portugués estaba mojado adelante.

El sombrero del cuarto portugués estaba todo mojado.

4)

—¿Qué hacían en esa esquina? —preguntó el comisario Jiménez.

a. Esperábamos un taxi —dijo el primer portugués.

b. Llovía muchísimo —dijo el segundo portugués.

c. ¡Cómo llovía! —dijo el tercer portugués.

El cuarto portugués dormía la muerte dentro de su grueso sobretodo.

5)

—¿Quién vio lo que pasó? —preguntó Daniel Hernández.

a. Yo miraba hacia el norte —dijo el primer portugués.

b. Yo miraba hacia el este —dijo el segundo portugués.

c. Yo miraba hacia el sur —dijo el tercer portugués.

El cuarto portugués estaba muerto. Murió mirando al oeste.

6)

—¿Quién tenía el paraguas? —preguntó el comisario Jiménez.

a. Yo tampoco —dijo el primer portugués.

b. Yo soy bajo y gordo —dijo el segundo portugués.

c. El paraguas era chico —dijo el tercer portugués.

El cuarto portugués no dijo nada. Tenía una bala en la nuca.

7)

—¿Quién oyó el tiro? —preguntó Daniel Hernández.

a. Yo soy corto de vista —dijo el primer portugués.

b. La noche era oscura —dijo el segundo portugués.

c. Tronaba y tronaba —dijo el tercer portugués.

El cuarto portugués estaba borracho de muerte.

8)

—¿Cuándo vieron al muerto? —preguntó el comisario Jiménez.

a. Cuando acabó de llover —dijo el primer portugués.

b. Cuando acabó de tronar —dijo el segundo portugués.

c. Cuando acabó de morir —dijo el tercer portugués.

Cuando acabó de morir.

9)

—¿Qué hicieron entonces? —preguntó Daniel Hernández.

a. Yo me saqué el sombrero —dijo el primer portugués.

b. Yo me descubrí —dijo el segundo portugués.

c. Mi homenaje al muerto —dijo el portugués.

Los cuatro sombreros sobre la mesa.

10)

a. Entonces, ¿qué hicieron? —preguntó el comisario Jiménez.

b. Uno maldijo la suerte —dijo el primer portugués.

c. Uno cerró el paraguas —dijo el segundo portugués.

d. Uno nos trajo corriendo —dijo el tercer portugués.

El muerto estaba muerto.

11)

a. Usted lo mató —dijo Daniel Hernández.

b. ¿Yo señor? —preguntó el primer portugués.

c. No, señor —dijo Daniel Hernández.

d. ¿Yo señor? —preguntó el segundo portugués.

e. Sí, señor —dijo Daniel Hernández.

12)

—Uno mató, uno murió, los otros dos no vieron nada —dijo Daniel Hernández. Uno miraba al norte, otro al este, otro al sur, el muerto al oeste. Habían convenido en vigilar cada uno una bocacalle distinta para tener más posibilidades de descubrir un taxímetro en una noche tormentosa "El paraguas era chico y ustedes eran cuatro. Mientras esperaban, la lluvia les mojó la parte delantera del sombrero." "El que miraba al norte y el que miraba al sur no tenían que darse vuelta para matar al que miraba al oeste. Les bastaba mover el brazo izquierdo o derecho a un costado. El que miraba al este, en cambio, tenía que darse vuelta del todo, porque estaba de espaldas a la víctima. Pero al darse vuelta, se le mojó la parte de atrás del sombrero. Su sombrero está seco en el medio, es decir, mojado adelante y atrás. Los otros dos sombreros se mojaron solamente adelante, porque cuando sus dueños se dieron vuelta para mirar el cadáver, había dejado de llover. Y el sombrero del muerto se mojó por completo al rodar por el pavimento húmedo." "El asesino usó un arta de muy reducido calibre, un matagatos

de esos con que juegan los chicos o que llevan algunas mujeres en sus carteras. La detonación se confundió con los truenos (esa noche hubo una tormenta eléctrica particularmente intensa). Pero el segundo portugués tuvo que localizar en la oscuridad el único punto realmente vulnerable a un arma tan pequeña: la nuca de su víctima, entre el grueso sobretodo y el engañoso sombrero. En esos pocos segundos, el fuerte chaparrón le empapó la parte posterior del sombrero. El suyo es el único que presenta esa particularidad. Por lo tanto es el culpable."

El primer portugués se fue a su casa.

Al segundo no lo dejaron.

El tercero se llevó el paraguas.

El cuarto portugués estaba muerto.

Muerto.

El Santo

El santo está en el fondo de un nicho, en el rincón más sombrío de la capilla. Dicen que no siempre fue así, como ahora es. El imaginero que lo talló hízolo en madera roja, sangrante, lo sometió a inacabables torturas entre sus manos alucinadas, afligióle el semblante con cortaplumas feroces, contorsionó brazos y piernas, y por fin lo dejó como testimonio de quién sabe qué ignorados procedimientos. Quizá deseoso de olvidarlo él mismo, lo entregó a una orden religiosa. El prior se quedó sobrecogido de espanto al verlo: más que una imagen sagrada, parecía la representación de algún pasado desconocido, tan temible que jamás lo oyera en confesión. Y no atreviéndose a rechazar el donativo —pues el artista era célebre e influyente, y además, había tallado antes para el templo de la orden varias esculturas apacibles y hermosísimas—, lo regaló otra congregación.

A partir de entonces fue larguísimo el peregrinaje de la inquietante figura. Pasó de congregación en congregación ante el asombro, la zozobra y aun la indignación de los buenos padres, ninguno de los cuales, sin embargo, se avino jamás a destruirla. Y después de recorrer los caminos sinuosos de una interesada y temerosa claridad, fue a parar a la capilla de una orden tan ínfima importancia, y tan pobre que, al cabo de algunos días de afligida meditación, no halló el superior nadie a quien adjudicarla. Por un instante, pensó él también, el buen siervo de Dios, destruirla o rehacerla,

pero había algo en la imagen —tal golpe maestro de escolpo, tal detalle soberbiamente terminado— que infundía temor y respeto. Se contentó pues, con ponerla donde ahora está, casi oculta a la vista de los feligreses, haciéndole añadir un halo omitido; imaginaba así, ingenuamente, darle algo de la santidad que carecía.

Después transcurrieron siglos, y el tiempo mismo, la gran quietud, el ambiente embalsamado de plegarias y rogativas —tal vez un poco de gratitud por parte de la efigie al encontrar, por fin, seguro paradero— consumaron lentísimamente lo que imaginara el prior, alisando el esguince violento de la boca, desmesurando la frente, absortando los ojos, cubriendo la figura de una suave pátina amarillenta, concediéndole ese estarse en paz de las penas y esmerando el pliegue simplísimo de las vestiduras. A tal punto que no hay en la capilla otra imagen que trasciende tanta beatitud y mansedumbre. Ahora bien, cuando la última rogadora se marcha, haciendo sonar sobre las lozas las cuentas de su rosario, porque ha venido la noche igualando los vitrales —la anunciación a María y la adoración de los Reyes—, y el hermano compañero se duerme sobre el último banco, masticando aún borrosos padrenuestros, las doradas lenguas de la lamparilla alumbran una escena de asombro.

El santo vuelve a su forma primitiva, la que el artista quiso. Lo recorren entrañables estremecimientos, lo agitan recónditas penurias, su faz luminosa se apaga y enjuta, sus manos se crispan estrujando afligentes memorias.

El hermano oye un grito, despierta entonces, piensa que ha comido mucho, que eso es malo pues trae pesadillas, se sacude con un vigoroso cabezazo las dos nubecitas de sueño que aún tiene adheridas a los ojos, y al pasar frente a la imagen del santo se demora, como tiene costumbre, admirando una vez más la dulzura sublime de la cara, las manos en paz y la suave caída del ropaje.

Epílogo

"Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política"[15]

Estilo y autobiografía

Ricardo Piglia: Empecemos con este cuento, ¿cuándo lo escribiste, en qué época lo escribiste?

Rodolfo Walsh: Este cuento lo escribí… me acuerdo la época en que terminé de escribirlo, lo debo haber terminado en noviembre del 1967 y debo haber empezado a escribirlo a mediados de ese año; me acuerdo de la fecha porque en octubre del 1967 murió Guevara, y yo terminé de escribirlo más o menos un mes después.

Ricardo Piglia: ¿Cómo lo ves vos dentro de la serie de los Irlandeses, qué idea tenés sobre esos cuentos?

Rodolfo Walsh: Claro, bueno, en la serie de los Irlandeses que por ahora son estos tres cuentos, evidentemente hay una recreación autobiográfica pero, quizá no tan estrecha como podría parecer. Lo autobiográfico es nada más que un punto de partida, una anécdota y a veces ni siquiera una anécdota entera sino media anécdota. Porque yo estuve en

15 Entrevista de Ricardo Piglia a Rodolfo Walsh, marzo de 1970.

dos colegios irlandeses, uno en Capilla del Señor, que era un colegio de monjas irlandesas en el año 1937 y después en el 1938, 1939 y 1940 estuve en otro, el Instituto Faghi de moreno, que era un colegio de curas irlandeses. En este sentido hay una realidad mixta, ¿no es cierto? porque hay un mundo de irlandeses pero al mismo tiempo es en la Argentina, y es indudablemente en la Argentina, es decir, hay una burla acerca de uno de los personajes, no sé si en este cuento o en cuál de los cuentos, que dice que uno de los personajes que pretendía ser descendiente de reyes y no de humildes chacareros de Suipacha. Cada tanto eso está, está porque estaba, el mundo se vivía así doblemente…

Ricardo Piglia: Dicotónicamente.

Rodolfo Walsh: Exacto, hay una evidente dicotomía. Por otro lado hay una cierta evolución en la serie, en este cuento aparece… una nota política, la primera más expresamente política, porque había una connotación política en todos los otros pero mucho más simbólica e inconsciente. Quiero decir, hay una evolución en los cuentos; aquí, en este cuento se empieza a hablar del *pueblo* y de sus expectativas de salvación representadas por un héroe, es un héroe que es externo, es decir, no deposita sus expectativas en sí mismo, sino en algo que es externo, por admirable que pueda ser… creo que la clave de la iluminación, de la comprensión sobre la relación política en este caso entre el pueblo por un lado y sus héroes por el otro, está en el final, cuando dice "… mientras Malcolm se doblaba tras una mueca de sorpresa y de dolor, el pueblo aprendió…" y después, más adelante, cuando dice "…el pueblo aprendió que estaba solo…" y más adelante "…el pueblo aprendió que estaba solo y que debía pelear por sí mismo y que de su propia entraña sacaría los medios, el silencio, la astucia y la fuerza…".

Creo que ese es el pronunciamiento más político de toda la serie de los cuentos y muy aplicable a situaciones muy concretas nuestras… concretamente al peronismo e inclusive a las expectativas revolucionarias que aquí se despertaban o se despertaron con respecto a los héroes revolucionarios, inclusive con respecto al Che Guevara, que murió en esos días, te das cuenta, la gente que te decía: "si el Che Guevara estuviera aquí entonces yo me meto y todos nos metemos y hacemos la revolución…". Concepto totalmente místico, es decir, el mito, la persona, el héroe haciendo la revolución en vez de ser el conjunto del pueblo cuya mejor expresión es sin duda el héroe, en este caso el Che Guevara, pero que ningún tipo aislado por grande que sea puede absolutamente hacer nada, es decir cuando se delega en él lo que es una cosa de todos no se da el proceso, no se puede dar. Creo que esa es la lección que ellos aprenden ese día; no es un tipo venido de afuera porque no hay ninguna connotación peyorativa para el tipo que viene de afuera, que pelea, se juega y es un héroe. No deja de ser un héroe por el hecho de que el otro lo cague a patadas, pero lo que ellos aprenden es que ellos, en una segunda instancia, si es que ellos se la quieren cobrar con respecto al celador, se tienen que combinar entre ellos y ellos cagarlo a patadas entre todos. Esa es la lección.

R. P.: Una especie de metáfora política.

R. W.: Que se me hizo consciente después, en este tipo de relato donde yo recupero cosas muy viejas y que tienen una vida propia muy poderosa; yo no necesito legislar por anticipado lo que va a pasar, eso pasa y después vuelvo y lo interrumpo y a lo sumo hago algunos ajustes.

R. P.: Volviendo un poco atrás, ¿qué perspectiva le ves vos a la serie de los Irlandeses? ¿La vas a seguir? ¿La ves como una sola historia?

R. W.: Sí, yo pienso seguirla. Hay un par de temas más que tengo pensados por allí y seguramente si me pusiera saldrían muchos más en vez de un par. En ese caso asumiría la forma de esas novelas hechas de cuentos que es una forma primitiva de hacer novela, pero bastante linda. Habría un par de historias adicionales ya pensadas, una de las cuales será de adultos, es decir, es un cuento contado por chicos pero que es de adultos. El título es "Mi tío Willy que ganó la guerra". Es una historia contada por los chicos en una circunstancia especial: están enfermos en la enfermería. Hay una peste de escarlatina y un chico cuenta la historia de un tío que va a pelear a la guerra mundial, entonces la historia ahí se le escapa: comienza a ser una historia de adultos, después vuelve al narrador final, pero la historia se le escapa. Esa sería una de las historias. Hay otra historia probable con la intervención y participación del diablo, también en la misma enfermería. Probablemente yo calculo muy *grosso modo* que la historia puede crecer, pero yo no quiero darle un crecimiento infinito. Es probable que la historia final la constituyan seis o siete historias que constituyan una novedad hecha por cuentos, todos episodios transcurridos en un año hasta el último día en el colegio.

R. P.: ¿Vos veías esto desde el principio, viste la posibilidad de esta serie cuando empezaste a escribir el primer cuento?

R. W.: Es medio difícil. Evidentemente la intención de escribir sobre esto yo ya la tenía hace mucho, es decir, yo tengo borradores o apuntes sobre la vida del colegio, que datan de hace muchos años, quince años tal vez, pero como eran muy malos, nunca los retomé. De golpe, en el 64 escribí el primer cuento, yo no sé si en ese momento tuve la intención de escribir más que ese primer cuento, pero ya cuando escribí el segundo la idea de la serie apareció sola.

R. P.: También se conecta con cierta tradición de la literatura en lengua inglesa, digo, porque es un poco cierto mundo del primer Joyce, un poco el tono de Faulkner. Sobre todo en la textura de los cuentos, esa escritura que podríamos llamar "bíblica" de algún modo, en este sentido los veo con una personalidad propia en relación al estilo del resto de tu obra, que tiende a ser más ascético.

R. W.: Exacto, puede ser. Yo ahí en ese caso más que con Joyce, si bien evidentemente en el *Retrato* y en algunos cuentos e inclusive en el *Ulises*, ya ni me acuerdo, haya algunas historias que transcurren en un colegio de curas, fíjate que si yo tuviera que buscar alguna influencia en la forma, es decir en el tipo de estilo que vos llamaste bíblico, es decir en el tipo de desarrollo de la frase, lo buscaría tal vez más en Dunsay, que temáticamente no tiene nada que ver. Y yo a Dunsay lo he leído en traducción, salvo algún cuento; no sé si te acordás aquellos cuentos de un soñador, esa forma creciente, envolvente; eso me impresionó mucho, mucho cuando lo leí hace muchos años. Ahora, es cierto que son diferentes de los otros. Evidentemente si queremos calificar el modo de escritura o la tentativa que hay en el modo de escritura hacia un uso ampliado de la palabra, una amplificación de los recursos, hacia una lenguaje; si quisiéramos calificarlo de algún modo épico que es lícito usar en el sentido de que las anécdotas y el medio son muy pequeños y entonces vos podés usar un lenguaje grandioso y grandilocuente para historias de chicos que no me lo permitiría quizá si tuviera que escribir una historia épica, entonces tal vez usaría un lenguaje muy reducido.

Contra una concepción burguesa de la literatura

R. P.: Otra cosa que me interesa ver es la relación entre cuento y novela, digamos en términos generales esta especie de novela fragmentaria que vos proponés. Es una novela

que se va leyendo en textos discontinuos, es el lector quien reconstruye distintos momentos que van formando en el lector una sola historia y a la vez, cierta particularidad en la estructura narrativa que siempre se ordena alrededor de una acción breve; incluso relatos largos, como cartas, están armados sobre pequeñas situaciones. Yo no sé si vos has pensado sobre esto.

R. W.: Sí, yo he pensado cosas muy contradictorias según mis estados de ánimo o, en fin, pasando por distintas etapas. El mayor desafío que se le presenta hoy por hoy y que se le presenta sistemáticamente a un escritor de ficción es la novela. Yo no sé bien de dónde procede eso, por qué esa exigencia y hasta qué punto la novela es la forma más justificable porque hasta cierto punto tiene una categoría artística superior, aunque hay excepciones; a Borges, por ejemplo, nadie le pide una novela. Por otro lado esto nos lleva a un problema mucho más general sobre el cual habría que indagar, es decir, no he terminado de convencerme ni de desconvencerme. Habría que ver hasta qué punto el cuento, la ficción y la novela no son de por sí el arte literario correspondiente a una determinada clase social en un determinado período de desarrollo y en ese sentido y solamente en ese sentido es probable que el arte de ficción esté alcanzando su esplendoroso final, esplendoroso como todos los finales, en el sentido probable que un nuevo tipo de sociedad y nuevas formas de producción, exijan un nuevo tipo de arte más documental, mucho más atenido a lo que es mostrable. Eso me preguntaron, me hicieron la pregunta cuando apareció el libro de Rosendo. Un periodista me preguntó por qué no había hecho una novela con eso, que era un tema formidable para una novela. Lo que evidentemente escondía la noción es que una novela con ese tema es mejor o es una categoría superior a la de una denuncia con ese tema. Yo creo que esa concepción es una concepción típicamente burguesa, de la

burguesía y ¿por qué? Porque evidentemente la denuncia traducida al arte de la novela se vuelve inofensiva, no molesta para nada, se sacraliza como arte. Ahora, en el caso mío personal, es evidente que yo me he formado o me he criado dentro de esa concepción burguesa de las categorías artísticas y me resulta difícil convencerme de que la novela no es en el fondo una forma artística superior; de ahí que viva ambicionando tener el tiempo para escribir una novela a la que indudablemente parto del presupuesto de que hay que dedicarle más tiempo, más atención y más cuidado que a la denuncia periodística que vos escribís al correr de la máquina. Creo que es poderosa, lógicamente muy poderosa, pero al mismo tiempo creo que gente más joven que se forma en sociedades distintas, en sociedades no capitalistas o bien en sociedades que están en proceso de revolución, gente más joven va a aceptar con más facilidad la idea de que el testimonio y la denuncia son categorías artísticas por lo menos equivalentes y merecedoras de los mismos trabajos y esfuerzos que se le dedican a la ficción y que en un futuro, inclusive se inviertan los términos: que lo que realmente sea apreciado en cuanto a arte sea la elaboración del testimonio o del documento, que como todo el mundo sabe admite cualquier grado de perfección. Evidentemente en el montaje, en la compaginación, en la selección, en el trabajo de investigación se abren inmensas posibilidades artísticas. Digo eso por que pienso en trabajos como el de Barnet, por ejemplo, no tanto en el segundo como en el primero *Biografía de un Cimarrón*, e inclusive aquí mismo, cuánta gente hay que la historia de cuya vida uno contaría con mucho gusto realmente y sin limitaciones en cuanto a lo que podés conseguir; por eso yo te digo que es muy probable, con esto no se trata de firmar el certificado de defunción de la novela o de la ficción, pero es muy probable que se pueda caracterizar a la ficción en general como el arte literario característico de la burguesía de los siglos XIX y XX principalmente, y por lo tanto no como

una forma eterna e indeleble sino como una forma que puede ser transitoria, a lo mejor no, pero puede ser transitoria. En este sentido es necesario volver siempre y tomar como marco de referencia las cosas que a uno le hicieron creer, y no hablo de las cosas que a uno le hicieron creer cuando iba a la escuela, sino que las cosas que a uno le hicieron creer después, cuando era grande y empezaba a escribir, a relacionarse con la literatura y cosas que a uno lo condicionaron, lo frustraron, lo inhibieron y son frustraciones e inhibiciones que llegan hasta el día de hoy por más que uno se la sacuda hasta cierto punto. ¡Cuándo pienso en las imbecilidades que realmente uno oyó repetir durante décadas y que incluso tímidamente repitió o no refutó acerca de la relación entre el arte y la política! Pensar que aquí hasta hace poco tiempo hubo quien sostenía que el arte y la política no tenían nada que ver, que no podía existir un arte en función de la política, una cosa que formaba una vez más parte de ese juego inconsciente en la medida que las estructuras sociales funcionan también como inconscientes; es parte de ese juego destinado a quitarle toda peligrosidad al arte, toda acción sobre la vida, toda influencia real y directa sobre la vida del momento. Yo hoy pienso que no sólo es posible un arte que esté relacionado directamente con la política, sino que como retrospectivamente me molesta mucho esa muletilla que hemos usado durante años, yo quisiera invertir la cosa y decir que no concibo hoy el arte si no está relacionado directamente con la política, con la situación del momento que se vive en un país dado, si no está eso para mí le falta algo para poder ser arte. No es una cosa caprichosa, no es una cosa que yo simplemente la siento, sino que corresponde al desarrollo general de la conciencia en este momento, que incluye por cierto la conciencia de algunos escritores e intelectuales y de que realmente se va a ser muy clara a medida que avancen los procesos sociales y política, porque es imposible hoy en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política o hacer arte desvinculado de la política, es decir, si está desvinculado

de la política por esa sola definición ya no va a ser arte ni va a ser política. Por eso, lo que yo dije antes no debe tomarse como un descarte aislado de las formas literarias tradicionales de la novela, del cuento, para reemplazarlos siempre y definitivamente por el testimonio, pero sí pienso que va a haber que usar esas formas de otra manera. Pienso que ya se van a poder usar inocentemente con una serie de convenciones que prácticamente ponen a toda la historia en el Limbo; me siento capaz de imaginar, no digo de hacer una novela o un cuento que no sea una denuncia y que por lo tanto no sea una presentación, sino una representación, un segundo término de la historia original sino que tome abiertamente partido dentro de la realidad y pueda influir y cambiarla usando las formas tradicionales, pero usándolas de otra manera. Por otra parte es evidente que el solo deseo de hacer propaganda y agitación política no significa que vayas a elegir la literatura para desacreditarla, porque hay otras maneras: si por ejemplo, el cuero o el tiempo no te dan podés hacer política de otra manera, no necesitás ponerte a escribir una mala novela que le dé la razón a la derecha, que diga: "ven, esos tipos no saben escribir novelas".

Escritura y lucha política

R. P.: ¿Cómo te instalarías desde esa perspectiva si tuvieras que leer la literatura que sale en este momento en la Argentina?

R. W.: Yo estoy muy atrasado porque debo confesar que leo muy poco; es decir leo bastante más política que literatura. Creo que el grueso de la literatura argentina tanto de derecha como de izquierda, incluyendo —supongo— la mía, salvo en los dos libros de testimonios, está todavía de este lado de la franja divisoria que yo tracé hace un rato, es decir, ha sido

literatura hecha por burgueses aún por burgueses opositores para consumo de la clase burguesa y para afirmar todo el sistema. Creo que del grueso de la literatura nuestra se puede decir esto, independientemente de sus valores como arte literario; es inútil que esto parezca una acusación contra los demás escritores porque debiera empezar por mí, pero ¿qué es lo que refleja nuestra literatura? Refleja los conflictos de la pequeña clase media y ni siquiera los conflictos reales de raíz económica, su lucha por el poder, los generalmente llamados conflictos espirituales, íntimos, eróticos, amorosos, alguna parcela de eso. Nosotros no tenemos en nuestra literatura una lucha obrera claramente representada, digamos; no hay ningún cuento, aunque debe haber alguno, que hable sobre una huelga o una revolución o sobre la resistencia o sobre lo que está pasando ahora, no tenemos nada. Si nuestra literatura fuera sometida a un marciano, un visitante de afuera para que a partir de nuestra literatura desentrañara la realidad argentina, ese visitante se formaría una idea totalmente exótica; quiero decir que más verdad se encuentra en los diarios, porque por lo menos está la foto. Pienso que eso va a cambiar, debe haber ya signos de cambio, pero por ahora…

De todos modos pienso que esos cambios habría que ligarlos no sólo a la voluntad personal de los escritores, sino también al momento de la lucha de clases en la Argentina. Quiero decirte: no es casual que nos planteemos esa problemática, esta discusión en este momento, a un año del cordobazo. La movilidad de las masas le replantean constantemente a los intelectuales el problema de sus posibilidades y de sus maneras de actuar, participar en la lucha del pueblo.

Es cierto, ahora en ese sentido los escritores de ficción, dentro del campo de los escritores y de los intelectuales hemos ocupado una posición de retaguardia porque esto que yo digo en relación a los escritores de ficción no es enteramente cierto en relación a los ensayistas, por ejemplo. No es enteramente

cierto porque tipos como Scalabrini Ortiz en el año 1940 ya eran escritores, no hay ninguna duda, aunque él había empezado escribiendo un cuento. Esos tipos, sí fueron una vanguardia. Lo que yo te digo de los escritores era cierto de los estudiantes hasta hace 4 ó 5 años y la capacidad de ellos de reaccionar con hechos frente al proceso y la de maniobra que tiene un estudiante es mucho mayor que la que tiene un escritor, porque el estudiante reacciona cuando cambia una idea; pero vos cuando cambia la idea tenés que escribir un libro que es más difícil que tirar una piedra y entonces el movimiento es más difícil y parece más serio. Yo no creo que haya un atraso, sino que, en efecto, el proceso es más duro para escritores que nos hemos criado en la idea de la novela burguesa; esa novela que uno quiso escribir desde los 15 años no sirve para un carajo y en realidad lo que hay que escribir es otra cosa.

R.P.:Digamos que de algún modo entonces lo que hay que enfrentar al mismo tiempo es una idea de la literatura.

R.W.: O por lo menos desacralizarla un poquito porque evidentemente Occidente ha hecho del escritor una imagen tan monstruosa como la de la actriz: es la puta del barrio. Son sagrados los tipos. Ahora, para desacralizar los tipos tenés que cuestionar todo, para la utilidad de lo que están haciendo y sobre todo para poder desafiarlos con su propia ambigüedad, salvo Borges, que preservó su literatura confesándose de derecha, que es una actitud lícita para preservar su literatura y él no tiene ningún problema de conciencia. Vos viste que desde la derecha no hay ningún problema para seguir haciendo literatura. Ningún escritor de derecha se plantea si en vez de hacer literatura no es mejor entrar en la Legión Cívica. Solamente se plantea el problema de ese lado; entonces vos tenés que hablar, tenés que decir eso con los escritores de izquierda. Hay un dilema. De todos modos no es tarea para

un solo tipo, es una tarea para muchos tipos, para una generación o para media generación volver a convertir la novela en un vehículo subversivo, si es que alguna vez lo fue. Desde los comienzos de la burguesía, la literatura de ficción desempeñó un importante papel subversivo que hoy no lo está desempeñando, pero tienen que existir maneras de que vuelva a desempeñarlo y encontrarlas. Entonces, en ese caso, habrá una justificación para el novelista en la medida que se demuestra que sus libros mueven, subvierten. Por otro lado mientras uno está fuera de todo contacto con la acción política, ya sea directa o por el medio que te rodea, uno está alienado en el concepto burgués de la literatura. Sos un inocente en realidad, vos estás en realidad compitiendo con estos tipitos a ver quién hace mejor el dibujito cuando en realidad te importa un carajo porque vas a estar compitiendo con estos tipos… hasta que te das cuenta de que tenés un arma: la máquina de escribir. Según cómo la manejás es un abanico o es una pistola y podés utilizar la máquina de escribir para producir resultados tangibles, y no me refiero a los resultados espectaculares, como es el caso de *Rosendo,* porque es una cosa muy rara que nadie se la puede proponer como meta, ni yo me lo propuse, pero con cada máquina de escribir y un papel podés mover a la gente en grado incalculable. No tengo la menor duda.

Ricardo Piglia

Índice

Prólogo 9

Variaciones en rojo (1953)
La aventura de las pruebas de imprenta 21
Variaciones en rojo 89
Asesinato a distancia 137

Cuento para tahúres (1953) 189

Los casos del comisario Laurenzi (1956-1961)
Simbiosis 197
La trampa 209
Zugzwang 221
Los dos montones de tierra 233
Trasposición de jugadas 247
En defensa propia 259

Los oficios terrestres (1965)
Esa mujer 269
Fotos 279
El soñador 309
Imaginaria 315
Irlandeses detrás de un gato 321
Corso 345

La máquina del bien y del mal (1965) 347

Un kilo de oro (1967)
Cartas 357
Los oficios terrestres 399
Nota al pie 415
Un kilo de oro 431

Un oscuro día de justicia (1973) 447

Otros cuentos
Lo nutrieros 473
Ese hombre 479
Portugueses 485
El santo 489

Epílogo 491
"Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política", Entrevista de Ricardo Piglia a Rodolfo Walsh. 493

EDICIÓN DIGITAL
febrero de 2018

Caracas, Venezuela

los ríos profundos
contemporáneos

Rodolfo Walsh (Argentina, 1927-1977)

Periodista, traductor, compilador, dramaturgo, investigador por la justicia ante crímenes políticos, y testimoniante de la represión contra los peronistas durante los años de 1955 a 1976. En esta antología se recoge gran parte de sus relatos (considerando que se perdieron sus escritos últimos), en los que predomina el género policial tradicional, sin estar exentos de una preocupación periodística por temas políticos e históricos. Magistrales son los relatos "Irlandeses detrás de un gato", "Un oscuro día de justicia", "Los oficios terrestres", "Esa mujer" y "Nota al pie". Este último, por ejemplo, un ingenioso cuento paralelo. Parte fundamental, también, de obra literaria son los testimonios ficcionales o periodismo de investigación (*Operación masacre*, 1957; *El caso de Satanowsky*; 1958 y *¿Quién mató a Rosendo?*, 1969), sobre todo porque con estos da un vuelco tanto a la narrativa como al periodismo. Walsh fue uno de los fundadores de *Prensa Latina* (1959), y tras el golpe a Perón, fundador de la agencia clandestina de noticias Ancla (1976). Es asesinado en 1977 un día después de firmar e intentar publicar en los periódicos su "Carta abierta de un escritor a la Junta Militar", otro extraordinario documento histórico contra la censura, escrito a un año de la instauración de la dictadura militar de Videla (1976).

9 789801 441090

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura